





ANTOLOGIA

DE POETAS

HISPANO-AMERICANOS

4

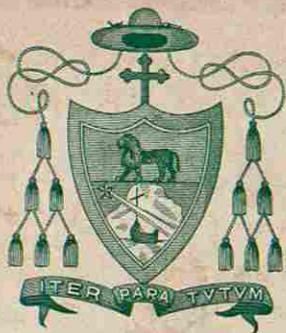


PQ7084

A5

v. 4

003062

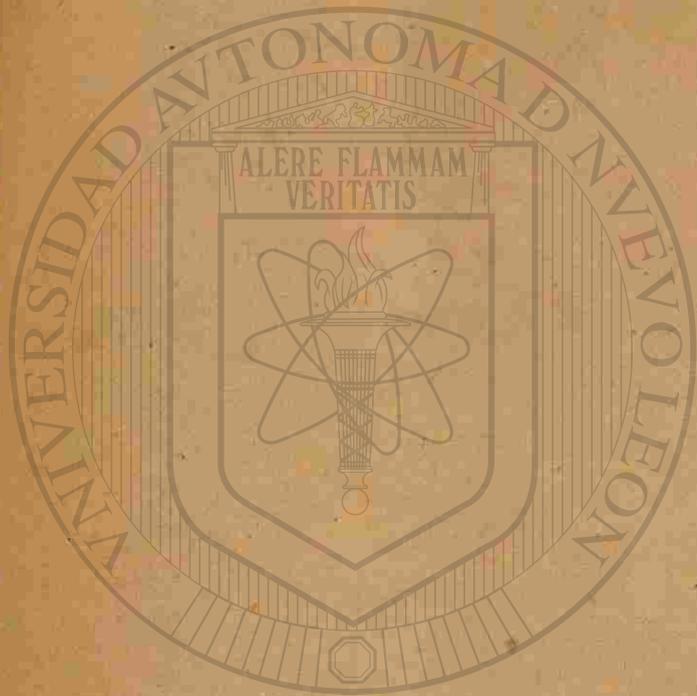


EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080019125

E  
HEMET



ANTOLOGÍA

DE

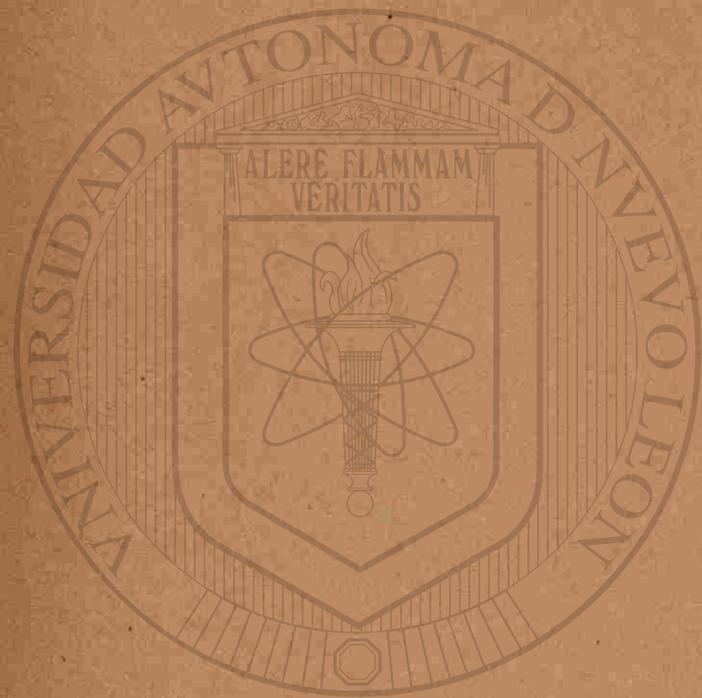
POETAS HISPANO-AMERICANOS.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS

PUBLICADA POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO IV

CHILE.—REPÚBLICA ARGENTINA.—URUGUAY.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRAS»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1895

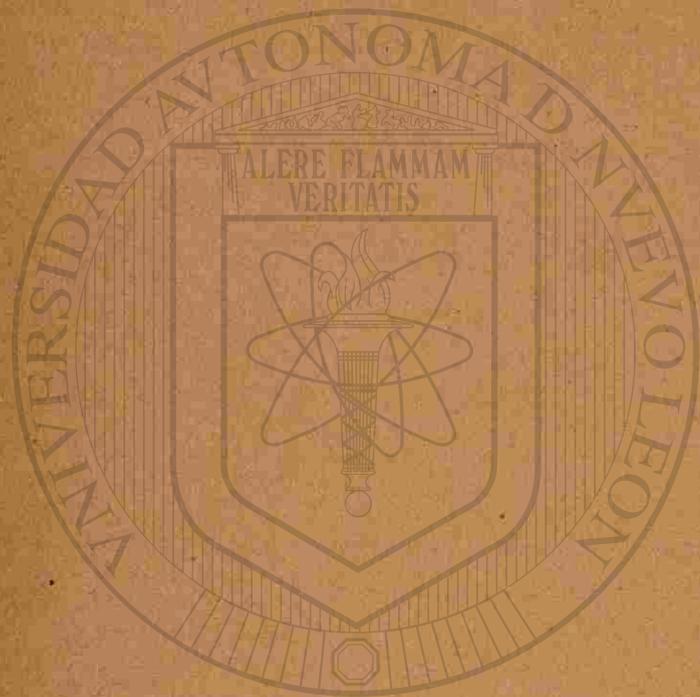


VALVERDE Y TELLEZ

PQ 7084

A5

V.4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INTRODUCCION.

XII.

CHILE.

La raza indígena, que tan escasa ó nula influencia ha ejercido en la literatura hispano-americana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile una acción indirecta tan poderosa que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que allí durante dos siglos se compusieron. Aquella estrecha faja de litoral, árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación que todo el resto del continente americano, y aun hubo parte de ella que nunca fué enteramente domeñada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía austera y viril de aquella colonia, á la vez que ofrecía un tema casi inagotable á los primeros ensayos de sus inge-

003062

nios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco, y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocían la poesía y la oratoria en sus formas más rudas y elementales, daban á lo menos continua ocasión con las hazañas de su increíble resistencia á que se multiplicasen los poemas y las historias de que ellos venían á ser héroes sin saberlo. Así se formó en tiempos plenamente históricos una literatura de temple muy épico, que contrasta con el carácter patriarcal y algo casero que las letras coloniales ofrecían por lo general en los pacíficos emporios de Méjico y Lima, ó en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aun en cierto sentido puede decirse con D. Andrés Bello que «Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico». Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo que tenga tan noble principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con *La Araucana*, obra de ingenio español, ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció á un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos los de materia histórica, compuestos en América, ó sobre América, durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe ó no dentro de la antigua categoría épica. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún

poema moderno, ni, entre los antiguos, la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como es la genuina epopeya. Tan imposible es producirla á sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología nueva ó inventar una nueva lengua. La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya, ó están latentes, hasta que en un medio social adecuado, que el volver de los tiempos puede traer consigo, como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo.

Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituída por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio ó de Virgilio), los ignorados cantares del *Rolando*, del *Mío Cid* y de *Los Niebelungos* pudieron ser tan épicos como los rapsodas homéricos, sin conocerlos ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que Ercilla no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean Camoens, ni el Ariosto, ni el Tasso, ni Milton. La obra de cada cual de ellos constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio é individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que quieran remedarla á veces, aunque nunca de un modo tan sistemático como Virgilio lo intentó respecto de Homero. La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son en esta parte visibles é innegables. ¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un poema como el *Orlando Furioso*, que no tiene principio ni fin,

ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y que acaba dejando abierta la puerta á todas las continuaciones que puedan discurrirse y que, en efecto, se discurrieron? Y sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia, y transformada por la invasión del naturalismo pagano, no deja de ser una de las obras más deleitosas del ingenio humano, á la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico-irónico, en que la imaginación, libre de toda traba, se deleita con lo mismo de que parece burlarse. Por el contrario, el alma grande y melancólica del Tasso escribió el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente respondía á aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo xvi. Fué en Italia el poeta del segundo Renacimiento, como Milton en Inglaterra; Tasso con el espíritu de la reacción católica, Milton con el espíritu de la reacción puritana. Al procurar encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada eflorescencia de la poesía novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espigas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos que conservaron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo xvi á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase. No con frías composiciones de escuela como la *Italia Liberata*, del Trissino, sino con obras vivas y llenas del

alma de la patria, dieron simultánea expresión Ercilla y Camoens, aunque por caminos diversos, y con méritos desiguales, á la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles. Un Nuevo Mundo se abrió para el arte, casi un siglo después de haberse abierto para el arrojo y esfuerzo del genio ibérico. Camoens tuvo todas las ventajas del argumento, aparte de su propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo. Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica, capital en la historia de la humanidad, brillante en todos sus accesorios, aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas, no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India. Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto ni la épica ruina de la Ilión de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de «veinte leguas de término, sin pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo», habitada por bárbaros sin nombre ni historia, hasta que él vino á darles la inmortalidad en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camoens y las desventajas de Ercilla. El primero acertó á condensar en un poema que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en

torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia. Ercilla se limitó á convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, aun éstas tuvieron carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas, por lo demás, con su argumento, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana*, que por otra parte merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas. Si un espíritu adverso á España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar como pensaban y sentían todos los españoles del siglo xvi, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta.

De esta penuria á que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra. No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una isla de los Amores, que vengan á recrear la fantasía con más apacibles paisajes ó más dulces afectos. Allí rueda sólo el carro de Marte, con el mismo son duro y estridente, durante treinta y siete larguísimos cantos. Las sombras de Tegualda, de Glaura, de Fresia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la

sangre. La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloe. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos, al decir de los historiadores y geógrafos chilenos; pero no son gráficas, ni representan nada á la imaginación.

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua, y aun trivial á veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega á los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realzarle con artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia humana, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusíadas*, que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, ó más bien una galería de cuadros históricos que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio? La lectura del poema de Camoens es tan fácil y amena, como dura y penosa la de *La Araucana*; pero la impresión poética que esta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión. No hay poema moderno que contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana*, y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente á alguien, es al Ariosto ó á Virgilio, sino por especial privilegio, debido en parte á la indole candorosa y sincera del poeta, que era él propio un personaje épico, sin darse cuenta de ello, y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte á la novedad de las costumbres bárbaras que él describía y que no podían menos de tener intrínseco pa-

rentesco con las de las edades heroicas. No sabemos á punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco; pero toda la parte del canto segundo en que esto se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere á los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó, seguramente, con dotes y sentimientos morales, impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, é inventó de cierto, si no los nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad ó con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero, á tal punto que *La Araucana* ha estado pasando por una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos con ayuda de otros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico, aun por los que dudan de aquellas circunstancias que sólo en Ercilla constan.

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede á ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de los indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra); las descripciones de batallas y encuentros personales en que probablemente no ha tenido rival

después de Homero, las cuales se admiran una tras otra y no son idénticas nunca, á pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan varias y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva, que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza. Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que, en general, me gustan menos. Si la desesperada fiereza de Galvarino, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Cautopolicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocolo, tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Araucana*), me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararle con los discursos del viejo Néstor. Pero mejores ó peores, no ha de tenerse por impropiedad en Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados á la oratoria, y la cultivaban á su manera, y la daban grande importancia en sus deliberaciones, «usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias é interrogaciones retóricas». Ercilla, pues, en esto, fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta á las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes. Guacolda, la amada de Lautaro, habla como Dido en el libro IV de *La Eneida*. Tegualda, buscando en el campo de batalla el

cadáver de su esposo, trae en seguida á la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en *La Cyropedia*, de Xenofonte.

Creemos superfluo insistir en la crítica de *La Araucana*, que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Araucana* á un grado de perfección á que llegan muy pocos libros, ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, en que apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos haya envejecido. Y todos se lamentan á una de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en Ercilla es rastrera cuando no es perfecta, y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas á que le arrastraban su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debió, por otra parte, bellezas de un orden muy nuevo. Tal como es, si no lleva la palma á todos nuestros poemas del siglo xvi, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos sin duda le aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y fué sin duda la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada á la dignidad de la epopeya (1).

(1) Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana*, trabajo realizado ya con esmero, por D. J. Tori-

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes no llegaron á imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarinos, más notable en verdad por la abundancia que por el valor de sus frutos. Sin contar las imitaciones menos directas como *El Peregrino indiano*, *La Mejicana*, *Las Armas antárticas*, y *La Argentina*, tenemos respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de grande extensión: la *Cuarta y quinta parte de la Araucana*, de D. Diego Santisteban Osorio; el *Arauco domado*, de Pedro de Oña; las *Guerras de Chile*, de D. Juan de Mendoza; el *Purén indómito*,

bio Medina, en su *Biblioteca Americana*. Las tres partes de que el poema consta fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosin y de Pedro Madrigal, años 1569, 1578 y 1589. De este mismo año es la primera edición en que las tres partes aparecieron juntas. Entre las posteriores, merecen especial atención la de Madrid, 1597 «*en casa del licenciado Castro*», con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo; la de 1733, única que contiene la continuación de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828 (por D. Miguel de Burgos), que en corrección tipográfica la vence; la de la Academia Española, con prólogo de Ferrer del Río, 1867, que aventajaría á todas, si no tuviese el defecto de haber suprimido los preliminares de las antiguas, y, finalmente, la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham König, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere á la guerra de Arauco.

Los juicios de *La Araucana*, desde el que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique*, que acompaña á su *Henriada*, son innumerables; pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa, en su *Apéndice sobre la poesía épica española* (tomo II de sus *Obras*, 1827); el de Quintana, en el magnífico *Discurso preliminar* de su *Musa épica* (1833); el de Bello, en sus *Opúsculos literarios y críticos* (tomo I), y el de Alejandro Nicolás, *L'Araucana*.

de Hernando Alvarez de Toledo, y el *Compendio historial*, de Melchor Xufré del Aguila. Algunas de estas obras se limitan á poner en narración versificada ésta ó aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas ellas, cuyo deliberado propósito fué volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar á D. García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía á su condición de caudillo de aquella guerra, y á los méritos indudables de su gobernación. Ercilla había castigado, no con injusticia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que, por el lance de la Imperial, había querido llevarle al patibulo juntamente con su contrario D. Juan de Pineda. Pero no habian de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. Él mismo tampoco se descuidaba de buscar y alentar á los ingenios que en tal faena quisieran emplearse, temeroso y con razón de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase, con alguna mengua de su crédito de gobernador, á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que los poetas poseen de decretar la inmortalidad ó el desdoro á los personajes que suenan en su canto. Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*. Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria á la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente: el *Arauco domado* de Lope de Vega;

la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza*; *El Gobernador prudente*, de Gaspar de Ávila; *Los españoles en Chile*, de Francisco González de Bustos; sin contar con *La Bélijera española*, de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de D.ª Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

Pero la obra capital, el ensayo épico que los familiares y aduladores de D. García quisieron oponer á *La Araucana*, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña, *Arauco domado*, que si no correspondió plenamente á las esperanzas que en él habían fundado, no deja de ser muy digno de consideración, así por las bellezas que contiene como por ser el más antiguo monumento poético de autor de aquella región, y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Nació este patriarca de la literatura chilena en la llamada ciudad de los Infantes de Engol, que apenas pasaba de ser un puesto avanzado sobre la línea araucana, con pocos soldados de guarnición, uno de ellos el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos, padre de nuestro poeta (1). Huérfano éste en edad muy temprana, á consecuencia de haber sucumbido el capitán Oña, *hecho piezas*, en uno de los lances de aquella continua y ferocísima guerra de frontera, pasó en época ignorada á Lima, donde en 1590 le hallamos de colegial de San Felipe y San Marcos. Al publicar el *Arauco domado*,

(1) No ha de confundirse al autor del *Arauco domado*, como alguna vez se ha hecho, con otros escritores de su mismo nombre y apellido, coetáneos suyos, tales como el filósofo aristotélico y elocuente orador sagrado Fr. Pedro de Oña, autor, entre otros muchos libros, del que se titula *Pi-mera parte de las Postrimerias del hombre*.

en 1596 se titulaba Licenciado. Las pocas noticias que tenemos de él durante aquellos años, nos le presentan muy activamente mezclado al movimiento literario de la metrópoli del Perú. Sostuvo en varios sonetos una controversia literaria, más desvergonzada que chistosa, con un poetastro llamado Sampayo (1), sobre si podía ó no podía beber del agua del Parnaso. En el libro de las *Constituciones y ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos* (1602), hizo estampar un soneto en loor de dicha *florentísima* Universidad, «dedicado al evangelista San Marcos». Á nombre de la *Antártica Academia* de la ciudad de Lima, que, á mi entender, no era una academia poética propiamente dicha, sino la Universidad misma, ensalzó en 1609 con otro soneto, la *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*, del sevillano Diego Mexía (2). Otros libros perua-

(1) Estos sonetos de Pedro de Oña, que son cinco, con otras tantas respuestas de Sampayo, fueron comunicados por D. José Sancho Rayón á don Diego Barros Arana, y pueden verse en el tomo III (páginas 26-30) de la *Historia colonial de la literatura de Chile*, de D. José J. Medina (Santiago de Chile, 1878), obra de grande erudición, que nos ha sido muy útil para nuestro trabajo. Sabemos que su autor piensa adicionarla con nuevos y peregrinos datos. Así en esta obra como en el *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, de D. Adolfo Valderrama, se hallan sobre los poetas de la época colonial extensas noticias, que no pueden tener cabida en un estudio rápido como el presente.

(2) De Diego Mexía traté en el capítulo concerniente al Perú; pero quiero subsanar aquí la omisión de la segunda parte inédita de su *Parnaso Antártico*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París (núm. 599 del catálogo de Morel-Fatio). El manuscrito perteneció al Virrey Príncipe de Esquilache, cuyas armas lleva, y á quien fué dedicado por el propio *Díxo Mexía de Fernangil, ministro del Santo Oficio de la Inquisición en la visita y corrección de los libros, y natural de la ciudad de Sevilla*. El autor residía entonces en la villa de Potosí, después de haber perdido la mayor parte de su fortuna en la «deshecha tormenta que corrió por sus negocios». De todo ello se consolaba con el cultivo de las letras, «desenvolviendo muchos

nos de aquel tiempo, entre ellos la *Miscelana austral* y la *Defensa de damas*, de D. Diego de Avalos y Figueroa, se autorizan con versos suyos. Y él á su vez obtiene cumplido elogio en los tercetos de la poetisa anónima, discípula de Diego Mexía:

«Con reverencia nombra mi discante  
Al licenciado Pedro d'Oña: España,  
Pues lo conoce, templos le levante.  
Espíritu gentil, doma la saña  
D'Arauco (pues con hierro no es posible)  
Con la dulzura de tu verso extraña.»

No habiendo llegado á nuestras manos *El Temblor de Lima*, rarísimo canto épico que, según autoridad de doctos bibliógrafos, publicó Pedro de Oña en 1609, sólo podemos juzgarle hoy por dos poemas de muy distinto carácter y materia, y también de muy desigual mérito, el *Arauco domado* y el *Ignacio de Cantabria*.

autores latinos y frecuentando los umbrales del sagrado templo de las Músas». «Conozco (añade) que en treinta y tres años que há salí de España, es ya otro el lenguaje y otra la perfección y alteza de la poesía; pero con ésta que entonces traje y acá se ha disminuído, quise hacer este servicio á aquel señor que estimó en más el cornadillo de la pobrecita que las magníficas ofrendas de los ricos y poderosos..... Es ésta mi poesía como los ídolos que Alcibiades consagraba al dios Sileno, que en lo exterior eran feos y mal compuestos, y dentro de sí encerraban joyas y piedras preciosas; y ninguna de más valor ni estima que las obras de Cristo N. S.»

Esta segunda parte, en efecto, es de carácter enteramente distinto de la primera, pues sólo contiene versos religiosos. Ocupan la mayor parte del tomo 200 sonetos sobre la vida de Cristo, escritos con idea de que acompañasen á unas estampas del P. Jerónimo Natal, de la Compañía de Jesús. Después se encuentran una *Epístola á la Serenísima Reina de los Angeles, Santa Maria Virgen*; *La Perla de la vida de Santa Margarita, Virgen y Mártir*, dirigida al Licenciado Alonso Maldonado de Torres, presidente de la Real Audiencia de las Charcas, y luego oidor en el Consejo de Indias; una *Oración en alabanza de la Señora Santa Ana, Las Novisimas*, una *Égloga del Buen Pastor* y otra *del Dios Pan* al Santísimo Sacramento.

Salió el *Arauco domado* de las prensas de Lima en 1596 con título de *Primera parte*, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habían de ser los *venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte.

El *Arauco domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al Marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, «*Porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha*». Fué, sin duda, trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, «*con apremio y tarea de veinte octavas al día*» (1), según afirma un contemporáneo, é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

«Es el discurso largo, el tiempo breve,  
Cortísimo el caudal de parte mía,  
Y danme tanta prisa cada día,  
Que no me dejan ir como se debe.»

La *prisa* que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había hilvanado ocho cantos, de los diez y nueve que comprende la obra total, cuya extensión pasa de diez y seis mil versos.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor

(1) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *Guerras de Chile*, del Maestre de Campo Santiago de Tesillo.

no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla; al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

«¿Quién á cantar de Arauco se atreviera  
Después de la riquísima *Araucana*?  
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,  
Por mucho que de música supiera?»

Sólo le dolía que en cánticos tan raros faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que él, «*preciándose mucho de ir al olor de su rastro*».

Con efecto, el *Arauco domado* no es una continuación, sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el Marqués de Cañete nombra á su hijo Gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa que justificaría el título de *domado*), sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobío. Todo lo demás, ó son puras ficciones poéticas, como los amores de Caupolicán y Fresia, de Tucapel y Gualava, ó hechos del virreinato de D. García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés Sir Richard Hawkins (Aquines) en el mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos dos larguísimos episodios (de los cuales el primero es sobre toda ponderación

prosaico é intolerable) recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india, arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea por eso que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden. Al contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease más su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años de su autor, lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. Á ratos parece que el poeta no toma su asunto en serio; siembra la narración de rasgos realistas y aun cómicos; usa por lo común un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas, tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos en su poema la muelle y enervadora influencia del clima limeño, bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario, que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía

más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles y aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvasino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza; mucha nobleza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léanse, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tuccapel), y mucho brío de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados á tijera, por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda ó convencional, propia, á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza. Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes, no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y conocer su

*frasis, lengua y modo.* El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto v, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico; pero, ¿quién, si se detiene un poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios, claveles; engalanado por vides trepadoras; poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es notorio, que ninguno de estos árboles, flores y animales existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y en cambio, el rey de aquellas selvas, la *araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido á su sombra, y ni siquiera tiene ojos para verla. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen nacen, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadriadas con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos, y finalmente, el empleo de una máquina absurda que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo, por fin, Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero

indígena llamado Pillalonco, habla del humoso *Flegeton* y del *Estigio lago*, é invoca á Hecate y á Ixión, y á Tántalo y Ticio y á Dermogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno, que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar tan malamente aplicada se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que derrama unas veces el color como á tientas, y otras se eterniza en accesorios infecundos, sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco domado*, que, además, bajo el aspecto histórico vale poco, y nada de sustancia añade á lo que consta por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al licenciado Pedro de Oña como digno rival de D. Alonso de Ercilla, y encontremos excesivos los elogios que Gutiérrez, Rosell y Valderrama han tributado á este primogénito de la musa chilena, todavía andamos más lejos de asentir á la opinión de Ferrer del Río, el cual en sus ilustraciones á la edición académica de *La Araucana*, llega á decir que «ni por casualidad brota un destello de poesía de la vulgar pluma de Pedro de Oña». Pedro de Oña tendría todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo; pero lo que sobra en él son destellos de talento poético.

Del episodio erótico de Caupolicán y Fresia ya se ha hablado. La enumeración de los capitanes en el canto ix parece haber servido de modelo á la que hay en *Las Naves de Cortés*, de Moratín el padre, y la recuerda

sin gran desventaja. Son muy dulces y tiernas las quejas de Gualeva,

«Haciendo que despierte á su gemido  
La ya dormida tórtola en el nido.»

En las comparaciones tiene á veces novedad é instinto gráfico, y suele tomarlas de objetos no comunes, verbigracia:

«Cual águila caudal que desde el cielo  
En viendo al ballenato dar en tierra,  
Prestísima con él en punta cierra,  
Dejando roto el aire con su vuelo,  
Y dando con las alas por el suelo  
Encima dél se arroja y dél se aferra,  
Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja  
La bárbara frenética se arroja.»

Ó cuando dice de D. García, impaciente antes de su primer batalla:

«Está como el azor empihuelado  
Antes de haberle puesto el capirote,  
Que si pasar un ave se le antoja  
Mil veces de la alcándora se arroja.»

Y aun en los lugares comunes y más trillados del género, procede con cierta franqueza de estilo propio:

«Cual suele andar la vaca si ha perdido  
El tierno becerrillo, prenda cara,  
Que ya sin orden corre, ya se para,  
Llamándole con hórrido bramido,  
Ya sobre alguna loma del ejido,  
Si alguna cosa ve, con ella encara,  
Alzando la cerviz y armada frente  
Con un feroz denuedo y continente.»

Tuvo, pues, razón uno de los aprobantes del libro en decir que su autor «muestra una natural facilidad, un

caudal propio y un no imitado artificio con que descubre muchas lumbres de natural poesía.» Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil; pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto, que llegó á inventar *una nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava, menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto, combinación simétrica y agradable que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos llamada en América *bermudina*, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva, pudiendo sustituir con ventaja á la sexta rima italiana. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

(1) *Primera parte de Arauco domado, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima. Dirigido á Don Hurtado de Mendoza, Primogénito de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argete y su partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile.... Hijo, nieto y biznieto de Virreyes. Con privilegio, impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo, de Turin, primero impresor en estos Reynos.—Año de 1596, 4.º, 352 hojas, con el retrato del autor grabado en madera.*

Aprobaciones del P. M. Esteban, de Avila, y del Licenciado D. Juan de Villela. Versos laudatorios del Licenciado Gaspar de Villarreal y Coruña; del P. M. Esteban, de Avila; del Dr. Francisco de Figueroa, de Fr. Diego de Ojeda, del Dr. Suigo de Hornero, de D. Pedro de Córdoba Guzmán, Dr. Jerónimo López Guarnido, D. Pedro Luis de Cabrera y Cristóbal de Arriaga Alarcón. La canción del Dr. Francisco de Figueroa está escrita con entonación muy valiente y robusta.

Esta primera edición es de estúpida rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

No correspondieron las restantes obras del primer poeta chileno á las esperanzas que había hecho concebir este juvenil ensayo suyo. Ó porque su ingenio, como el de otros criollos, se agotase antes de la madurez como en compensación de su precocidad; ó más bien, según yo creo, porque el contagio del mal gusto heló las flores de su fantasía, es lo cierto, que *El Ignacio de Cantabria*, poema publicado en Sevilla en 1636, ni parece hermano del primero, ni apenas puede leerse sin un soberano esfuerzo de paciencia. Los traductores de Ticknor le reconocen el mérito de algunas octavas fáciles; yo ni aun esto encuentro en aquellas páginas que parece que destilan jugo de adormideras. Y sin embargo, este esfuerzo infeliz, más de su devoción que de su talento, había costado al autor quince años de trabajo, que no pudieron ser más santa, pero menos literariamente ocupados. El libro, no obstante, debió de tener aceptación entre las gentes piadosas; la Compañía de Jesús le tomó bajo su protección, haciendo de él una edición elegante para aquel tiempo, con viñetas grabadas en cobre; Lope de Vega le llamó *poema heroico, armónico y suave*, y el aprobante del libro

*Arauco domado, compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile. En Madrid, Fr. Juan de la Cuesta, 1605, 8.º* No es vulgar esta edición, aunque mucho menos rara que la primera.

Hay dos reimpressiones modernas del poema de Pedro de Oña; la una de Valparaíso, 1849, en 16.º, por D. Juan María Gutiérrez, y otra de Madrid, en 1854; en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra, coleccionado por D. Cayetano Rosell.

El trabajo más importante sobre este poeta chileno es el que incluyó don Juan María Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (Buenos Aires, 1865). Otro estudio más breve que acompaña á su reimpression del poema, fué objeto de un plagio en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851.

fué no menos que D. Pedro Calderón de la Barca. El poema es medio historial, medio alegórico, intervinendo en la acción personajes tan extraños como *El tedio* y *El qué dirán*. Tiene doce cantos y acaba prometiendo una segunda parte que por fortuna no vino á acrecentar la indigesta mole de poemas devotos, tan inútiles para la devoción como para la literatura (1).

El mérito relativo del *Arauco domado* parece mayor cuando se le coteja con los demás versos de Pedro de Oña, y todavía más con los otros poetas que intentaron reanudar el hilo de la narración de Ercilla. Fué de los primeros, y sin duda de los más infelices, D. Diego de Santisteban y Osorio, ingenio leonés, que al año siguiente de la publicación del *Arauco* en Lima, y, por supuesto, sin tener noticia de él, publicó una *Cuarta y Quinta Parte de La Araucana, en que se prosigue y acaba la historia de D. Alonso de Ercilla, hasta la reducción del valle* (2).

(1) *El Ignacio de Cantabria. Primera parte. Por el Licenciado Pedro de Oña. En Sevilla, por Francisco de Lyra, año de 1639, 4.º*

Del mismo estilo que este poema, pero algo menos mala, es la más extensa composición lírica que conocemos de Pedro de Oña, es á saber: la *Canción Real en que se recogen las excelencias de San Francisco Solano, introduciendo al río Lima, que habla con el Tibre de Roma*. Está en la segunda edición de la *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fr. Francisco Solano*, por Fr. Alonso de Mendieta (1643). En medio de las lobregueces del culturanismo, todavía centellea de vez en cuando el vivo ingenio del autor del *Arauco domado*, en éste que podemos llamar su canto de cisne, puesto que por entonces debía de ser muy anciano, y no volvemos ya á encontrar noticia de su persona.

(2) La primera edición de estas dos partes, dirigida á D. Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos y de Villalba, es de Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, 1597, 12.º—Fueron reimpresas en Barcelona por Joan Amello, 1598, y figuran unidas á las tres de Ercilla en una sola edición de

La cuarta parte tiene trece cantos y la segunda veinte; el autor nos informa de que tenía «pocos años», y confiesa, además, con loable y verídica modestia que le faltaban *caudal y arte*. Lo más singular del caso es que apenas hay una palabra de verdad histórica en todo lo que relata. Ni el autor había estado en América ni la conocía más que por los libros, ó hablando más propiamente, por un solo libro, por *La Araucana*, cuyos episodios va calcando servilmente: inventando, por ejemplo, un Caupolicán 2.º, sucesor del Caupolicán 1.º, haciendo á Colocolo pronunciar nuevos discursos, y sustituyendo la homérica prueba del tronco con una especie de elección de cofradía en que los caciques van depositando pacíficamente sus votos en una urna de ébano guarnecida de perlas. Para que nada falte en esta insípida rapsodia, hay conjuros y magia, y una descripción del mundo y una historia de la conquista del Perú que ocupa nada menos que cinco cantos, todo con intervención de la diosa Belona y del sabio Zoroastro, que viene de la laguna Estigia á contar la conquista de Orán por el Cardenal Cisneros. Al fin el poeta se cansa de amontonar disparates sin orden ni concierto, y acaba por hacer que se suicide el imaginario Caupolicán 2.º, que le había dado pie para tantos desvaríos. Lo pedestre y desmañado del estilo y de la versificación corre parejas con la insensatez del plan. Únicamente ha de

*La Araucana*, la de Madrid, 1735, por Francisco Martínez Abad, en folio, la cual por esta circunstancia es bastante estimada entre los bibliófilos.

Santisteban Osorio es autor de otro voluminoso poema, *Primera y segunda parte de las guerras de Malta, y toma de Rodas*.... Madrid, en la Imprenta del Ldo. Varez de Castro. La primera parte consta de doce cantos, y la segunda de trece.

notarse que Santisteban no forma en el coro de los poetas áulicos de D. García de Mendoza: al contrario, pone todo su empeño en enaltecer la figura militar de Ercilla, atribuyéndole una porción de aventuras apócrifas que algunos biógrafos han tomado como moneda corriente.

Mejor nombre que Santisteban Osorio merecen el sargento mayor D. Juan de Mendoza y Monteagudo, y el capitán Hernando Alvarez de Toledo. Siquiera sus extensos poemas no son meras composiciones retóricas, sino memorias personales, aunque prosaicas y desabridas, de los sucesos en que sus autores intervinieron. Pero á decir verdad, tales documentos, inestimables para el historiador, poco importan para la crítica literaria y no se les hace grave ofensa en pasar rápidamente por ellos. El sargento mayor Mendoza era un aventurero que desde la edad de quince años, en que pasó al Nuevo Mundo, había tomado parte en las más románticas y temerarias empresas por las regiones tropicales; ora buscando los soñados palacios del Dabaybe, donde debía de haber un ídolo del sol, todo de oro fino; ora arrojándose en un frágil madero al peligroso paso de Ancerma; ora remontándose en demanda de las fuentes del río de San Jorge, viaje que describe en estas octavas, las cuales pueden dar alguna idea de su estilo en los trozos en que es mejor.

Entre un muelle de peñas temerario,  
Donde de nácar tiene la urna viva,  
Sale el sagrado viejo solitario  
Y setecientas leguas se deriva:  
Cruza sobre su frente de ordinario  
La grande cordillera fugitiva,

Que tiene, según fama, las espaldas  
 Lastradas de oro fino y esmeraldas.  
 En el discurso desto, ¡qué de cosas  
 Dificiles pasé, cuántas montañas  
 De arcabucos rompí maravillosas!  
 Pues ¡qué yerros pasé, pues qué campañas!  
 ¡Qué empresas no emprendí dificultosas!  
 ¡Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,  
 Que al fin se quedó atrás el pensamiento;  
 Que lo excedió el humano atrevimiento!  
 Las venas vi y profundos tragaderos  
 Del cuerpo de que todos somos hijos;  
 Los secretos del mar respiraderos  
 Que salen por conductos y escondrijos;  
 Los negros, infernales sumideros  
 Que el azufrado fuego brotan hijos,  
 Y otras mil extrañezas que en sí encierra  
 Aquesta casa grande de la tierra.  
 Viboras de corales vi funestas,  
 Sierpes de cascabeles sonadores,  
 La *icotea* que la casa lleva á cuestras,  
 Los nietos de Saturno burladores,  
 Los grasos semibueyes nadadores,  
 El *perico* enemigo de las cuestras,  
 Los micos que al pasarlas hacen soga,  
 Y el lagarto que el agua nunca ahoga.  
 Sin estas animalias, vi infinitas  
 De tales calidades y figura,  
 Que no pudo dejallas Plinio escritas,  
 Porque ignoró su forma y su hechura;  
 Las siete maravillas exquisitas,  
 De quien la fama antigua tanto cura,  
 Ya es vano exagerallas ni escribillas  
 Teniendo el mundo tantas maravillas.

Cansado de los rigores de tan insalubres climas pasó al Perú, y de allí á Chile, alistado bajo las banderas de D. Francisco de Quiñones al finalizar el año 1599. Allí sirvió honrosamente en la milicia y en la toga, durante una vida muy larga, puesto que en 1666 otorgaba un poder para testar.

El poema de D. Juan de Mendoza se cita generalmente con el título de *Guerras de Chile*, por más que ni este título, ni otro alguno, ni el nombre de su autor constan en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que nos le ha conservado (1). En once cantos que comprenden cerca de ocho mil versos, narra los acontecimientos en gran parte desastrosos de la gobernación de Martín García de Loyola y de D. Francisco de Quiñones, y las matanzas y rebatos hechos por los araucanos en las poblaciones españolas al finalizar aquella centuria. El primer canto puede considerarse como una introducción, y en él, según se expresa el autor, «describense las provincias que el reino de Chile en sí contiene; las que, por más belicosas, han sustentado las guerras; los modos que en gobernarse tienen, y algunas cosas no escritas hasta aquí de sus costumbres, y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola, que viajando de la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Coralaba». En el

(1) Tiene en las tapas las armas de la reina D.<sup>a</sup> Mariana de Austria, y por consiguiente, es muy verosímil que pertenezca al fondo primitivo de la biblioteca, procedente de Palacio, y sea distinto del que Barcia tuvo en su librería, y cita como de autor anónimo, en las adiciones á Pinelo. La copia por donde se ha impreso fué llevada á Chile por D. Diego Barros Arana.

Algunos han atribuido este poema al Dr. Luis Merlo de la Fuente, gobernador ó presidente interino que fué en Chile; pero el Sr. Medina, y á nuestro parecer con buenos argumentos, recaba la paternidad del libro para don Juan de Mendoza. Véanse *Las Guerras de Chile, poema histórico, por el sargento mayor D. Juan de Mendoza Monteagudo, publicado con introducción, notas é ilustraciones, por J. Medina*. (Santiago de Chile, 1888). Primer tomo de una *Colección de Poemas Épicas relativos á Chile, ó escritos por chilenos durante el período colonial*, que por las vicisitudes políticas de aquel país ha quedado interrumpida.

canto segundo prosíguese con la muerte del gobernador y la retirada de los suyos. La narración es fácil, y por lo general, noble y decorosa: el autor remeda bastante bien el tono de Ercilla, y como soldado de profesión, da á la pintura de las batallas una animación y un fuego que no tienen en la retórica pluma de Pedro de Oña. El episodio de la india Guaiquimilla es tierno y agradable, y muy original el cuadro de una sequía en Chile. En la dicción se advierten pocos resabios del mal gusto del siglo xvii, y aunque la versificación no corra siempre sin tropiezo, ha de tenerse en cuenta que el autor no limó su obra ni la destinaba acaso á la publicidad, y que además la copia que tenemos es imperfecta, y aun incompleta en algunas partes.

Pero tal como está, el poema atribuido á D. Juan de Mendoza me parece el tercero en mérito poético entre los compuestos sobre Chile, y muy preferible en tal respecto al *Purén indómito*, enorme crónica rimada de Hernando Álvarez de Toledo, caballero andaluz y soldado veterano de Flandes, que pasó á Chile en 1581, curtido ya por los azares de la vida y de la guerra, como declaran estos versos suyos:

«Tuve, tengo y tendré constante pecho:  
Infortunios he visto y tempestades  
En el mar de Noruega y paso estrecho;  
Muertes, naufragios, espantables guerras  
En partes varias y en remotas tierras.»

(Canto xvi.)

En Chile, manejando alternativamente la espada y el arado, fué á un tiempo capitán y ganadero, alcalde de Chillán, donde vió saqueadas sus haciendas por los araucanos, de quienes tomó luego amplio desquite; y bravo

combatiente contra el corsario inglés Tomás Cavendish en 1587. Las noticias de su vida, aunque pocas y dispersas, alcanzan hasta 1631, en que aparece otorgado su codicilo testamentario.

Parece probado que Álvarez de Toledo escribió no uno sino dos poemas: *La Araucana* y el *Purén indómito*. Del *Purén* mismo prometió una segunda parte, que acaso no pasara de proyecto. Pero que *La Araucana* existió y era obra distinta del *Purén*, nos lo persuade el no encontrarse en éste ninguna de las octavas que el P. Ovalle cita como pertenecientes á aquel poema, y que además tratan todas de sucesos anteriores á la muerte del gobernador Loyola, en que comienza el *Purén indómito*. Al parecer, todo el libro vi de la *Historia relación*, de Ovalle, que tiene por asunto el gobierno de D. Alonso de Sotomayor, está tomado en sustancia de *La Araucana*, de Alvarez de Toledo, con lo cual podemos fácilmente consolarnos de su pérdida, viendo transformado en elegante prosa lo que seguramente estaba contado en infelices y desmañados metros.

Porque, en efecto, el *Purén indómito*, con sus veinticuatro cantos y más de quince mil versos, es ración muy suficiente para empalagar y rendir al más tolerante lector de crónicas rimadas. Si suponemos que *La Araucana* y el *Purén* segundo tenían próximamente la misma extensión, sólo Juan de Castellanos, ó el fabuloso autor del *Ramayana*, excedieron en fecundidad épica al capitán Alvarez de Toledo. ¡Todo para contar unos cuantos años de monótona guerra contra salvajes medio desnudos, cantados además hasta la saciedad por un tan gran poeta como Ercilla, y por otro tan notable como Pedro de Oña! A este último se propuso

por principal modelo el autor del *Purén*, según declaran estos versos suyos:

«Si de vuestro favor yo careciera,  
Y en él no confiara cual confío,  
No pasara tras de Oña la carrera  
En un rocín tan flaco como el mio.....»

Su *rocín* era ciertamente flaco, y no hace nada de más en confesarlo. El *Purén indómito* no tiene de poesía más que el metro, bien desaliñado por cierto, afeado por frecuentes consonancias homónimas y por dislocaciones de acentos. Del estilo dice el mismo autor (y no hay por qué contradecirle) que es «pobre, humilde, bajo y escaso de elegancia». Hay octavas llenas de nombres propios, y nunca se olvida de consignar la fecha exacta de los acontecimientos. Aquello de la *trompa épica* nunca tuvo menos aplicación que tratándose de este árido cronista, cuyo valor histórico está en razón inversa de su nulidad poética. Ni él mismo se preciaba de otra cosa que de la más rígida veracidad:

«Pero como es historia verdadera  
No lleva cuento ó fábula de amores,  
Porque de la verdad patente y pura  
Es con lo que se adorna mi escritura.....

.....  
Que yo lo he visto bien, y soy testigo.  
.....

Porque ha de ser de todo el coronista,  
Testigo de gran crédito y de vista.  
.....

Por lo cual digo en esto haberme hallado,  
Y en todo ó en lo más que ha sucedido,  
Y de lo que no he visto, me he informado  
De gente de verdad y que lo vido.....

Á tan terminantes cuanto prosaicas declaraciones,

nada tiene que objetar hoy la investigación más escrupulosa. El *Purén indómito* está considerado como fuente principal para un periodo de la historia de Chile, y encierra además muy curiosas noticias sobre las costumbres de los araucanos y sus relaciones en paz y en guerra con los colonos. Á diferencia de los otros poetas de Arauco, sigue su autor el hilo de la narración escueta, y no se distrae jamás á digresiones ni episodios amorosos:

«Pues tengo en el principio prometido  
De no contar hazañas de Cupido.»

En cambio llena el poema de insulsas reflexiones morales, que acaban de hacer tediosa y aun imposible su lectura (1).

Parecía imposible descender más, pero todavía hubo en la colonia otro poeta, justamente calificado de macarrónico, que hizo bueno á Hernán Alvarez de Toledo. Fué éste el capitán Melchor Xufre del Aguila, natural de la villa de Madrid, el cual en 1630 publicó en Lima uno de los más raros libros del mundo, hasta el punto de no conocerse de él más que un solo ejemplar. Tiene por título: *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudentiales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey destos*

(1) El *Purén indómito*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, ha sido impreso en París, 1861, bajo la dirección de don Diego Barros Arana, como primer tomo de la *Biblioteca Americana. Collection d'ouvrages inédites ou rares sur l'Amérique*, del editor A. Franck.

*Reinos del Perú, Tierra Firme y Chile* (1). Precede al libro (y es lo más interesante de él) una larga carta del Dr. Luis Merlo de la Fuente, capitán general que había sido en la guerra de Chile, desde 1606 á 1628, dando cuenta á su amigo Xufre de los sucesos de su gobernación. El capitán Xufre había perdido una pierna en la guerra de Chile, y se hallaba en Lima, pobre y mal pagado, ocupando su «ociosa soledad» en poner por escrito sus campañas y sus quejas. Su libro tiene de todo; pero principalmente de memorial de servicios mal galardonados. Como no le hemos visto, no sabemos si está todo él en verso, ó si hay una parte en prosa, como parece inferirse de las noticias de Gayangos, quien añade que la parte relativa á la guerra de los araucanos tiene forma de diálogo entre Gustoquio, capitán en Flandes, y Provecto, alférez chileno, los cuales habiendo acudido á la corte á ciertas pretensiones, se reúnen para platicar de asuntos militares. De qué calidad serán los versos *historiales* de Xufre del Aguila, júzguese por la siguiente muestra, que transcribe el mismo erudito:

«Hallábame yo en Lima en este tiempo  
Con una lanza sola, que pagada  
Los menos años es, y della poco;  
Y procurando merecer mayor  
Merced de nuestro Rey, quise á mi costa  
Á aquella empresa ir do fui ofrecido,  
Y sin querer tomar socorro alguno

(1) El único ejemplar conocido de esta obra fué cedido hace años por D. Pascual de Gayangos á mister Lennox, y hoy para en la Biblioteca pública de Boston. No sabemos de él más que lo que el mismo Gayangos dice en sus notas á Ticknor (tomo III, pág. 472). Xufre del Aguila había escrito además un *Tratado de cosas admirables del Perú*.

O paga (que hasta hoy un solo pesso  
Ni un maravedí solo he recibido  
De paga real), habiendo en su servicio  
Gastado más millares de ducados  
Que tengo, á Chile fui de aventurero;  
Mas no penséis que he de dezir por esto  
Nada con más espacio, aunque de vista  
De casi quarenta años soy testigo.  
En fin, con esta gente el de noventa,  
Á veinte y seys de Enero, allí aportamos.»

Puede decirse que á este ciclo de poemas históricos se reduce la literatura de la colonia durante dos siglos. Fuera de ellos apenas pueden citarse más que dos obras de carácter literario, inspiradas también por sucesos de la guerra araucana y que contienen algunos versos: un libro de memorias y una especie de novela: el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, del maestre de campo D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, natural de Chillán; y la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles*, de Fr. Juan de Barrenechea y Albis. El libro de Bascuñán es la narración muy agradable, interesante y simpática de los siete meses de cautiverio que en su juventud (1629), siendo capitán, pasó en poder del honradísimo cacique Maulicán, cuyos buenos sentimientos competían con los de su caballeroso prisionero. Este libro, escrito con tanta sinceridad como nobleza, tiene más poesía verdadera en algunas escenas, por ejemplo, la vuelta del cautivo á los brazos de su padre (viejo heroico y digno de la epopeya) que casi todos los poemas que llevamos analizados hasta ahora. Bascuñán, que había recibido educación clásica en un colegio de jesuitas, entretenía los ocios de su cautividad en composiciones poéticas, esti-

mables por la naturalidad y el sentimiento, de las cuales en sus memorias intercala algunas muestras. Al cacique que le aprisionó dirige un romance, que es manifiesta imitación de uno de los más célebres de Góngora:

«En la guerra batallando,  
Mal herido en el combate,  
Desmayado y sin sentido,  
Confieso me cautivaste.  
La fortuna me fué adversa,  
Si bien no quiero quejarme  
Cuando tengo en ti un escudo  
Para mi defensa grande.  
En la batalla adquiriste  
Nombre de esforzado Marte,  
Y hoy con tu cortés agrado  
Eternizarás tu sangre....  
Cautivo y preso me tienes  
Por tu esfuerzo, no es dudable;  
Mas con tu piadoso celo,  
Más veces me aprisionaste.  
Mas podré decir que he sido  
Feliz cautivo en hallarme  
Sujeto á tus nobles prendas,  
Que son de tu ser esmalte.....»

Otros romances tiene muy recomendables por la afectuosa resignación y piedad sencilla; verbigracia:

«Gracias os doy infinitas,  
Señor del empireo cielo,  
Pues permitis que un mal hombre  
Humilde amanezca á veros.  
En este pequeño bosque,  
Las rodillas por el suelo,  
Los ojos puestos en alto,  
Vuestra grandeza contemplo.  
Consolado y afligido  
Ante vos, Señor, parezco:  
Afligido con mi culpa,

Consolado, porque os temo.  
Diversos son mis discursos,  
Varios son mis pensamientos,  
Y luchando unos con otros  
Es la victoria por tiempos.  
La naturaleza flaca  
Está siempre con recelos  
De los peligros que el alma  
Tiene entre tantos tropiezos.  
El espíritu se goza  
En medio de mis tormentos,  
Porque es docta disciplina  
Que encamina á los despiertos....  
Trabajos y adversidades  
Entre inconstancias del tiempo  
Padezco con mucho gusto  
En este feliz destierro.  
En mí las tribulaciones  
Han sido un tirante freno  
Que ha encadenado mis pasos  
Y refrenado mis yerros....  
Vos, Señor, sois mi refugio,  
Vos sois todo mi consuelo,  
Vos de mi gusto la cárcel,  
Vos mi feliz cautiverio.  
Lo que os suplico rendido,  
Lo que postrado os ruego,  
Es que encaminéis mis pasos  
Á lo que es servicio vuestro.  
Que si conviene que muera  
En esta prisión que tengo,  
La vida que me acompaña  
Con mucho gusto la ofrezco.  
En vuestras manos, Señor,  
Pongo todos mis aciertos,  
Que nunca tan bien logrados  
Como cuando estáis con ellos.»

No hay en los versos de Bascuñán notable entonación poética, pero sí una sencillez grande, que contrasta con el gusto del siglo xvii, ya muy entrado cuando él escribía. La distancia, el cautiverio, el ningún propósito de

vanidad literaria, bastan para explicar este fenómeno. No es fácil encontrar en los poetas americanos de entonces, por ejemplo, en los innumerables que deliraban en Lima, un modo de decir tan llano, terso y apacible como el de estos versos de otro romance:

«Rueda, fortuna, no pares  
Hasta volver á subirme,  
Porque el bien de un desdichado  
En tu variedad consiste.  
Un tiempo me colocaste  
Con las estrellas más firmes,  
Y ahora me tienes puesto  
En la tierra más humilde.  
Entonces me vi tan alto,  
Que me pareció imposible  
Ver mis glorias humilladas  
A los pies de quien las pise....  
Tu natural inconstante  
Con varios efectos vive:  
Abatiendo al que merece,  
Sublimando al que no sirve....  
Que no pares en mi daño  
La rueda, quiero pedirte,  
Porque es mi dicha tan corta  
Que presumo ha de estar firme.....»

Luce Bascuñán sus buenos estudios de humanista en versiones no infelices de algunos pasajes cortos de Virgilio, Ovidio y Silio Itálico, que con más ó menos oportunidad trae á cuento en su narración. Pero el mejor de estos ensayos de traducción es el que hizo del salmo sexto *Domine, ne in furore tuo arguas me* (1).

La *Restauración de la Imperial*, que el provincial de los Mercenarios Fr. Juan de Barrenechea y Albis, hijo

(1) Las Memorias de Núñez de Pineda están publicadas en el tomo III de la *Colección de Historiadores de Chile*.

de la ciudad de Concepción, escribió por los años de 1693, es obra de más pretensiones literarias que el *Cautiverio feliz*, pero muy inferior á ella en estilo, en interés histórico y en todo. Sólo tiene la curiosidad de ser el único ensayo de novela hecho en Chile durante la época colonial, y seguramente uno de los rarísimos que se hicieron en toda América (1). La heroína es una india llamada Rocamila, manifestamente imitada de las indias de Ercilla. Sus amores con el araucano Carilab, interpolados con escenas de guerra y cautiverio, que debían terminar probablemente con la conversión y muerte de ambos amantes (porque el libro no está completo), forman el argumento asaz vulgar de este relato, cuya acción se supone en el gobierno de D. Alonso de Sotomayor. La novela, que ya de suyo tiene muy poco interés, se echa á perder además por lo enfático, declamatorio y pedantesco del lenguaje. Hay intercaladas en el proceso de la narración algunas octavas, crespas y sonoras. La expresión de los sentimientos es casi siempre falsa é impropia de los indios, á quienes se atribuyen (2).

Hasta aquí la producción poética anterior al siglo

(1) Algunos novelistas europeos del siglo decimoséptimo pusieron en Chile y en el Perú ciertas escenas de sus libros. Entre ellos descuella el caballero gascón Francisco Loubayssin de la Marca, que escribió en muy buen castellano la *Historia tragi-cómica de D. Enrique de Castro* (París, 1617). Puede citarse también *La Monja Alférez*, donde el nombre de la protagonista y el fondo de sus aventuras son reales, pero que en su actual forma literaria quizá no se remonta más allá del siglo pasado, y aun casi nos atreveríamos á señalar su autor verdadero ó á lo menos posible.

(2) La obra del P. Barrenechea está manuscrita en la Biblioteca Nacional de Chile. Me valgo del extenso extracto que hace de ella el Sr. Medina (tomo II, páginas 336-349), porque no tengo noticia de que todavía se haya publicado integra.

xviii (1). Si no fué más abundante, la causa está bien manifiesta en la falta de imprenta y en el relativo atraso de aquella colonia, llamada después á tan altos destinos. Hubo no obstante, establecimientos de educación desde el principio. Ya antes de 1591 ordenaba una cédula real que en Santiago se estableciese una cátedra de gramática «para que la juventud del reino pudiese aprender latinidad, y que al que leyere se le diere en cada un año cuatrocientos y cincuenta pesos de oro». Pero esta fundación no llegó á tener efecto inmediato, por falta de preceptor, hasta que los dominicos la establecieron en su convento, junto con algunas enseñanzas de artes y filosofía, que inauguraron Fr. Acacio de Naveda y fray Cristóbal Valdespino. Los chilenos que deseaban más extensa instrucción y aspiraban á recibir algún grado académico, tenían que acudir á Lima, como lo hizo Pe-

(1) Pueden añadirse algunas composiciones sueltas en elogio de autore y de libros. Al principio de la *Historia general de Chile* del P. Diego Rosales se leen unos tercetos bastante buenos de un D. Jerónimo Hurtado de Mendoza.

Apenas merece citarse más que á título de rareza un poema en latin casi macarrónico y rima castellana que compuso y sacó á luz en Lima en 1645 el Presbítero Diego Núñez Castaño, con motivo de una invasión frustrada de piratas holandeses en Valdivia. Titúlase este aborto (que entre otras cosas contiene varios sonetos en latin) «*Breve compendium hostium haereticorum Olandesium adventum in Valdiviam, exploratorem missum et narrationem ejus, fugam illorum cum pacto redeundi: providas dispositiones Proregis: classim expeditam ad conditum ejus cum rebus necessariis et alia continens.... Lima, anno 1645.*» Con aprobaciones del Dr. Antonio Maldonado y Silva, Catedrático de Derecho en la Universidad de Lima y de Fr. Miguel de Aguirre, y versos estrafalarios, latinos y castellanos de D. Lope de Figueroa, de los bachilleres Juan de Torres Villa Real y Juan de Torres Guerrero y de D. Juan de Landecho.

Vid. reproducido (con algunas erratas) este poema en el tomo III de la *Literatura colonial de Chile*, de Medina (páginas 94-111).

dro de Oña, es decir, á más de quinientas leguas. Los padres de Santo Domingo trataron de elevar á la categoría de universidad las cátedras que tenían en su convento, y enviaron á España á gestionarlo á un religioso suyo Fr. Cristóbal Núñez. La Real Audiencia apoyó la pretensión, por seguirse de ella «gran provecho y utilidad á los vecinos y moradores de las provincias de este reino de Chile y á las de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata; por ser tierra de mejor temperamento y de más salud que no la de las provincias del Perú y ciudad de los Reyes, donde los que van á seguir sus estudios enferman y padecen otras muchas necesidades, y estar la ciudad de los Reyes muy distante de las provincias y la mar del Sur en medio»; añadiendo que para poder sustentar la Universidad tenía el convento frailes graves, de ciencia y experiencia. Era esto por los años de 1610, y para entonces ya se leían artes y teología en otros conventos, como el de San Francisco, el de San Agustín, el de la Merced y el de la Compañía de Jesús. Siete años después una bula pontificia de Paulo V autorizó la fundación de la *Universidad de Santo Tomás*, con facultad de conferir grados, y siempre bajo la dirección de la Orden de Predicadores. Pero aquella Universidad nunca prosperó mucho por falta de profesores y de recursos y por sobra de pleitos; y en lo que toca á letras humanas, la hicieron ventajosa concurrencia los colegios de la Compañía de Jesús establecidos en la capital y en Concepción durante el siglo xvii y más adelante en La Serena, en Valparaíso y hasta en las islas de Chiloé. El colegio de Santiago, que era el más importante, celebraba ya en 1616 justas ó certámenes poéticos, donde se repartían premios «con música y saraos y otras alegrías.»

Añade el P. Ovalle en su *Relación histórica del reino de Chile*, publicada en 1646 que los estudiantes hacían á veces alguna *representación* á lo divino á manera de coloquio.

Sólo en la segunda mitad del siglo pasado llegó á tener Chile Universidad propia con carácter y título de *Real*, y organización muy parecida á la de Lima. Fué principal promotor de esta erección el alcalde D. Francisco Ruiz de Beresedo, á quien secundó el cabildo de Santiago en un memorial redactado por el licenciado Valcarce Velasco en 1720. Por fin, y después de largas negociaciones para arbitrar los fondos necesarios, que fueron cubiertos por suscripción de los vecinos, una Real cédula de 27 de Junio de 1738 autorizó la creación de la Universidad de San Felipe, con cátedras de teología, cánones, leyes, matemáticas, cosmografía, anatomía, medicina y lengua indígena, diez entre todas, ascendiendo el total importe de la dotación á 5.000 pesos. Esta Universidad vivió próximamente un siglo, hasta 1843, en que fué reemplazada por la actual Universidad de Chile, la más renombrada y floreciente de la América española.

La expulsión de los jesuitas, que habían dado á Chile sus dos principales historiadores, Ovalle y Rosales, é iban á añadir á estos nombres el del gran naturalista Molina, vino á ser grave contratiempo para los estudios de humanidades, que en Chile, como en lo demás de América, corrían casi exclusivamente á su cargo. El *Conventorio de San Francisco Javier*, que era el principal establecimiento de educación que tenían en Santiago, se convirtió en *Colegio Carolino*, pero no hizo más que decaer y vivir en gran descrédito y abandono. El Fis-

cal de la Audiencia insinuaba en 1774 que el país estaba *destituido de las fuentes de literatura*. Bien se confirma tan lastimoso estado de decadencia recorriendo los pocos y desabridos frutos que dió la literatura criolla de Chile en aquella centuria de profunda somnolencia. Todo es trivial, baladí y prosaico, así por la ejecución como por los temas. Como muestras de esta poesía pedestre y casera, puede citarse *La Tucapelina*, poema satírico, en octavas reales, cuyo ignorado autor se ocultó con el seudónimo de Pancho Milla-leubu. El asunto es la descripción burlesca de unas fiestas celebradas en la frontera araucana con motivo de la restauración de la iglesia y misión de Tucapel en 1783. Las alusiones que el poema contiene al Capitán general del Reino, D. Ambrosio Benavides, y á sus tenientes D. Ambrosio O'Higgins y D. Domingo Tirapegui, tendrían mucha sal en su tiempo, pero hoy nos parecen insulsos juegos de palabras (1).

Entre los varios copleros que por entonces lograron fama, se cita á un P. López, dominico, improvisador chistoso, á quien, como á todos los de su especie, se atribuyen muchos chistes que seguramente no dijo; á un P. Escudero, franciscano; á un capitán de artillería, don Lorenzo Múgica, que hacía con bastante donaire décimas conceptuosas en el gusto de nuestros poetas del siglo xvii. Hay otros muchos desenfadados anónimos, críticas de sermones, satirillas chabacanas, que pueden tener alguna curiosidad como documento de costum-

(1) *La Tucapelina* ha sido impresa en la *Literatura colonial de Chile*, del Sr. Medina, tom. III, páginas 31-51. Consta de diez cantos, cada uno de diez octavas, por lo cual el poeta las llama *décadas heroicas*.

bres (1), pero que poéticamente nada valen. La colección más extensa y notable de este género es la *Ensalada poética joco-seria, en que se refiere el nacimiento, crianza y principales hechos del célebre D. Plácido Arteta, compuesta por un íntimo amigo suyo, tan ignorante de las cosas del Parnaso que jamás ha subido á este monte, y aun apenas llegó alguna vez á sus faldas*. El autor de este manuscrito, que era español y se llamaba D. Manuel Fernández Ortelano, debía de estar dotado de vena facilísima, aunque incorrecta, puesto que en la *Ensalada*, que bien merece tal nombre, hizo alarde de versificar en todo género de metros, emulando las *Fábulas literarias*, de Iriarte. Su mamotreto, que viene á ser una especie de novela en verso, cortada

(1) Son las más curiosas bajo este respecto las *Décimas joco-serias y lírico-formales, que compuso un numen poético.... á la comedia francesa, á sus farsantes, comparsas, música, expresiones y sentimientos, como asimismo á sus espectadores nacionales intrusos, supersticiosos, por razón de moda y estado; y el Canto encomiástico de la famosa batalla de las Lomas, el día 20 de Septiembre de 1807. La famosa batalla fué un simulacro entre cómico y trágico, en que por la inexperiencia de las milicias de Santiago hubo mucha confusión y algunas víctimas.*

Pueden citarse además *La Visión de Petorca*, que es un romanzón del agustino Fr. Sebastián de la Cueva, narrando la catástrofe de unos mineros sofocados por los humos en 1779; otro romance anónimo sobre la *Relación de la inundación del río Mupocho en 1783*; los *Llantos del reino de Chile*, con motivo de la partida del gobernador Amat en 1762.

Existen también manuscritas dos detestables colecciones de versos devotos: una del famoso predicador agustino Fr. Manuel Oteiza (*Liberto penitente, alias el pecador arrepentido, que á imitación de David implora misericordia por medio de la penitencia; fuga del mundo por el camino del cielo; pensamientos piadosos del penitente Rey, que guian á la cumbre de la perfección evangélica por las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva; glosa moral de la divina Salmodia*), y otra de un capuchino anónimo (*Dibujo de un alma que puesta en los crisoles purgativos camina por la muerte mística á la unión pasiva con Jesucristo. Trabajo de un contemptible sacerdote para luz de las almas que S. M. pusiere en esta felicidad. Año de 1798*).

por todo género de digresiones, no ha de ser juzgado como obra literaria, sino como la expansión de un espíritu chancero, que se ríe de sí propio y de todas las cosas humanas, y escribe sin más intención ni propósito que divertirse.

El teatro apenas puede decirse que existiera en Chile hasta los últimos días de la época colonial, y aun entonces de una manera pobre y precaria. Con ocasión de algún regocijo público solían hacerse comedias, y el grande obispo Fr. Gaspar de Villarroel en su *Gobierno elesiástico pacífico* (1657), habla de las que hubo en el convento de padres mercenarios de Santiago, y añade que el día del *Corpus Christi* y de su octava se representaban también «en el cementerio de la iglesia metropolitana de Lima, asistiendo los señores Virreyes y señores Arzobispos, los dos cabildos y las religiones; y no eran las comedias autos sacramentales, como aquellos de la corte, sino comedias formadas, y aunque se procuraba que fuesen religiosas, como la fábula es el alma de la comedia, ninguna es tan casta que no se mezclen algunos amores».

Las más antiguas fiestas dramáticas de índole enteramente profana, fueron las celebradas en la ciudad de la Concepción en 1693, para solemnizar la llegada del presidente Marín de Poveda. «Constaba el obsequio (dice el cronista Córdoba y Figueroa) de 14 comedias, y la del *Hércules chileno*, obra de dos *regnicolas*, toros y cañas» (1). Ni el tal *Hércules chileno* ha llegado á

(1) Vid. *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, por Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1888.)

Con especial agrado empezó á utilizar desde ahora las doctas y amenas

nuestros días, ni se tiene siquiera noticia de los dos *regnicolas* que le compusieron. De todos modos, la diversión tardaba en aclimatarse, puesto que todavía en 20 de Marzo de 1778 podía decir el Obispo de Santiago, D. Manuel de Alday y Aspe, al presidente Jáuregui, oponiéndose al establecimiento de un teatro estable: «en esta ciudad sólo se han representado comedias muy de tarde en tarde, y por unos pocos días, sirviendo algunos muchachos para los papeles de mujer.» Por entonces triunfó la oposición del Obispo, basada en el dictamen de los teólogos más rígidos, pero en 9 de Enero de 1793 el cabildo de Santiago acordó que «se estableciese por asiento una casa pública de comedias». Con todo eso, hasta la época del último presidente español, D. Casimiro Marcó del Pont, entusiasta aficionado á los espectáculos escénicos, tales acuerdos no lograron entero cumplimiento, ni hubo en Chile teatro donde los espectadores pudieran estar bajo techo.

La caída del régimen colonial marca en Chile, como en las demás repúblicas de América, una división en la historia literaria. Con el movimiento inaugurado en 18 de Septiembre de 1810, se abre el segundo período de la literatura chilena. Los principales representantes de la poesía revolucionaria en este período son Camilo Henríquez y D. Bernardo de Vera y Pintado (1). Los versos de uno y otro no pertenecen en rigor al arte, pero sí á la historia de las agitaciones políticas.

investigaciones de mi difunto amigo D. Miguel Luis Amunátegui, que es sin duda el escritor á quien más ilustración debe la historia literaria de Chile.

(1) Vid. *La Alborada poética en Chile después del 18 de Septiembre de 1810*, por Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1892.)

Camilo Henríquez, llamado comúnmente *el fraile de la buena muerte*, era, en efecto, un fraile apóstata de la congregación de los Agonizantes, nacido en Valdivia y educado en el Perú, donde se había entregado ávidamente á la lectura de los libros de los enciclopedistas franceses que empezaban á correr de contrabando en los conventos de Lima como en los de la Península. Rousseau, principalmente, fué su ídolo, y á las doctrinas del *Contrato social* quiso ajustar todos los actos de su vida pública, cuando de improviso le lanzó en ella el torbellino de la revolución americana, á la cual sirvió, como ahora dicen, de *verbo*. Él fué el primero que en una proclama de 6 de Enero de 1810, que circuló profusamente manuscrita, lanzó sin ambages la idea de independencia, que sólo tímidamente se aventuraban á insinuar los que pasaban por más resueltos, y que el mismo Blanco (Whithe) impugnaba todavía en *El Español* de 1811. Él predicó en la catedral de Santiago el sermón de 4 de Julio de 1811, con ocasión de la apertura del primer Congreso chileno. Él fundó en 1812 el primer periódico de aquella región: *La Aurora de Chile* (1), y posteriormente el *Monitor Araucano*, continuando además el *Semanario Republicano*, cuyos doce primeros números había escrito el guatemalteco D. Antonio José de Irisarri. Él redactó en gran parte la primera Constitución chilena (27 de Octubre de 1812). Su fanatismo liberal no tenía límites: había ideado un sistema de misiones para propagar de pueblo en pueblo los nuevos ideales, y compuso un *Catecismo de los pa-*

(1) Tengo á la vista una colección completa de este rarísimo periódico, quizá la única que existe en España.

*triotas*, para que sirviese de guía á los tales misioneros.

Después de la victoria de Rancagua y el restablecimiento del Gobierno español, Camilo Henríquez emigró á Buenos Aires, donde, abandonando por completo el hábito clerical, se hizo médico, y redactó por algún tiempo la *Gaceta de Buenos Aires*, y más adelante una revista *El Censor*. Consolidada ya la independencia de Chile después de las jornadas de Chacabuco y Maipo, Henríquez pudo regresar á Chile bajo los auspicios del dictador O'Higgins. Entonces fundó *El Mercurio de Chile*, revista de economía política y derecho público; trabajó activamente por la difusión del sistema lancasteriano de enseñanza mutua, y fué Secretario de la Convención de 1822 y del Senado que la sucedió, después de la caída de O'Higgins. Pero el continuo alarde que hacía de sus ideas antirreligiosas, todavía exóticas en Chile, y la parte que tuvo como senador en el proyecto de *reforma eclesiástica* de 1823, concitaron contra él la animadversión pública, y le mantuvieron en posición obscura y subalterna hasta su fallecimiento, ocurrido en 16 de Marzo de 1825.

Si el arte presupone el culto de la belleza, nunca hubo autor menos artista que Camilo Henríquez. En prosa escribía con cierto calor tribunicio; pero fué, sin duda, detestable poeta. Parece imposible que sus rencores de sectario no le dictasen alguna vez imprecaciones enérgicas, sacándole de la esfera vulgar y ruin en que se movía.

Había tomado por modelo á los autores más prosaicos del siglo XVIII, á Iriarte en el *Poema de la Música* y á Trigueros en *El Poeta Filósofo*, y consiguió darles quince y raya en cuanto á prosaísmo, pero con la des-

ventaja de ser Trigueros, y sobre todo Iriarte, correctos en la metrificación, al paso que los versos de Camilo Henríquez, además de lo desmayado y trivial de los pensamientos, están llenos de groseras faltas prosódicas, que denuncian una educación literaria y gramatical por todo extremo deficiente. De Trigueros tomó la forma de los que llamaba *pentámetros*, y son pura y simplemente alejandrinos pareados á la francesa, de este tenor:

«Los talentos de Chile yo te vi que aplaudías;  
Pero su sueño y ocio sempiterno sentías.  
Nuestra juventud hábil, graciosa y bien dispuesta,  
Conserva aún tristemente en inacción funesta  
El ánimo sublime. Ya la época presente  
La llama á grandes cosas y á iluminar su mente.....

.....  
¡Quién pudiera del genio seguir la marcha augusta  
Y de sus beneficios dar una idea justa!  
Ve Urania ser la tierra uno de los planetas;  
Los réditos predice de los tardos cometas,  
Y al fin de sus fatigas por preceptos muy fieles,  
Con rara certidumbre dirige los bajeles....  
¡Oh, cuán rica aparece y con cuánta belleza,  
Ornada de trofeos de la naturaleza,  
La quimica, alta gloria de la época presente.....»

La *Exhortación al estudio de las ciencias*, de donde están entresacados estos versos, es una de las poesías más antiguas de Henríquez, y se publicó en *El Mercurio Peruano* con el seudónimo de *Cefalio*. Por entonces hizo también algunos versos latinos, no mucho mejores que los castellanos (1).

Pero el género que cultivó con predilección fueron los himnos patrióticos; y entre los muchos malos que

(1) Amunátegui transcribe unos exámetros destinados á conmemorar el aniversario de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos.

entonces se compusieron en América, y son otros tantos atentados contra la poesía y contra la música, no los hubo peores que los suyos, porque era imposible tener peor oído ni desconocer en tanto grado la noción del acento. Véase una muestra de estos desapacibles graznidos:

«Aplaudid, aplaudid á los héroes  
Que á la patria el cielo otorgó.  
Por su esfuerzo se elevó gloriosa  
Á la dicha que nunca esperó.  
Coronada de olivas se ostenta,  
Llena de gloria y de bendición.  
Venid, pueblos, volad á su seno:  
Cayó el muro de separación.  
Al Sud fuerte le extiende los brazos  
La patria ilustre de Washington:  
El Nuevo Mundo todo, se reúne  
En eterna confederación.  
.....  
Volverán de la paz las dulzuras;  
Cesará de Belona el furor;  
Se oirán de la sabiduría  
Los consejos y la amable voz.  
Dictará las sacrosantas leyes  
De la más justa Constitución.  
Tales son de la patria los votos  
Y deseos de su corazón.....»

Quando no hacía himnos, hacía proclamas rimadas, en las cuales alguna vez tiene arranques menos infelices:

«En triste obscuridad, pobres colonos,  
Por tres centurias os miró la tierra,  
Indignada del bajo sufrimiento  
Que toleraba oprobios y miserias.....  
¿Sois hombres? Pues sed libres; que los cielos  
Al hombre hicieron libre. Sus eternas  
É imprescriptibles leyes lo prescriben,  
¡Y la razón lo dicta y manifiesta!.....»

Si da derecho la conquista, somos  
Sólo nosotros dueños de estas tierras,  
Pues todos somos, sin haber disputa,  
De los conquistadores desceadencia.....

¿Hasta cuándo en papeles miserables  
Se buscan los derechos? La suprema  
Mano los escribió en los corazones:  
Ésta es la voz de la naturaleza.....

En donde en otro tiempo el yugo indigno  
De servidumbre se sufrió por fuerza,  
Hoy de la libertad republicana  
El estandarte tricolor se eleva.....

El estruendo que formen al romperse  
Vuestros pesados grillos y cadenas,  
¡Cuánta consolación, cuánta esperanza  
Derramará en los pueblos que os contemplan!

De libertad los triunfos no acompañan  
Ni suspiros, ni lágrimas, ni quejas.  
Las alegrías, sí, de los tiranos,  
¡Cuántos clamores, cuántos llantos cuestan!

Quando de la opresión cae un coloso,  
Toda la especie humana se consuela:  
Los nobles gozos de los pueblos libres  
La razón preconiza y los celebra.....»

Este trozo de romancé endecasílabo no está exento, en verdad, de defectos bien obvios y palpables, pero tiene cierta nobleza y robustez, y es cierto que la pobre musa del fraile Henríquez nunca se elevó á mayor altura. Una sola excepción hay que hacer, y muy notable por cierto, puesto que es la única poesía suya que corre sin tropezones; pero en ella no pertenece á Henríquez el pensamiento, puesto que es mera traducción del himno nacional de los Estados Unidos, «*Hail great Republic of the world*», aunque aplicado á Buenos Aires:

«¡Salve, gloria del mundo, República naciente,  
Vuela á ser el imperio más grande de Occidente.  
Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Que tus hijos entonen, de vides á la sombra,  
 Y entre risueñas fuentes sobre florida alfombra:  
 ¡Oh patria de los libres, suelo de libertad!  
 Que canten tus hijuelos con balbucientes labios,  
 Y enseñen á los pueblos en la vejez tus labios:  
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!  
 Tus ángeles custodios te cubran con sus alas,  
 Y unidas las naciones en fe y amistad pura,  
 Salúdente con lágrimas, lágrimas de ternura:  
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!»

Compuso, además, Camilo Henríquez bastantes letrillas satíricas, sin chiste ni espontaneidad alguna, pero dirigidas al mismo fin político que el resto de sus obras; y, por último, abordó, con éxito todavía más infeliz, el teatro, que él no rechazaba en absoluto como Rousseau, sino que aspiraba á convertir en instrumento de propaganda cívica. «Yo considero el teatro únicamente como una escuela pública (decía)..... *La musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política.....* Entre las producciones dramáticas, la tragedia es la más propia de un pueblo libre, y la más útil en las circunstancias actuales..... *para inspirar odio á la tiranía y desplegar toda la dignidad republicana.»*

En consonancia con esta absurda poética compuso tres dramas, tan atestados de declamaciones como pobres de acción y de interés, *Camila ó la patriota de Sud-América, La Inocencia en el asilo de las virtudes, y Lautaro*. Ninguna de ellas se representó, y las dos últimas ni siquiera llegaron á imprimirse. El público americano no se había acercado bastante al *estado de la naturaleza* que para él deseaba Henríquez, y prefería á sus soporíferos sermones democráticos aquellos otros espectáculos que Henríquez llamaba «fútiles, enervantes, afeminados», tales como *El Sí de las niñas*, que á

los ojos del ex fraile era «una inmoralidad y una bufonada, tolerable sólo en pueblos estúpidos y bribones».

El otro poeta patriótico de aquella época, casi tan malo como Fr. Camilo, no había nacido en Chile, sino en comarcas que hoy son argentinas, en la ciudad de Santa Fe de la Veracruz, á orillas del Paraná; pero es imposible omitirle aquí, porque fué autor del himno nacional chileno, que todavía sigue cantándose, aunque creo que con algunas modificaciones, que dudo que literariamente le hayan mejorado mucho. Lo más discreto, en nacionalidades ya adultas y formales, como Chile y otras de América, sería renunciar á todos esos himnos que en el concepto poético nada valen y que producen el grave daño de renovar anualmente odios que son para olvidados. Ninguna de las grandes naciones de Europa tiene himno, ni necesita conmemorar el aniversario de su fundación ni de su independencia quemando fuegos artificiales y cantando disparates mal acentuados. Ni pueden decir los americanos que en esta parte les hayamos dado mal ejemplo, porque en España no se conmemora más que una fiesta patriótica, y esa no es un triunfo, sino un martirio.

El autor de la canción nacional chilena fué un profesor de Jurisprudencia, D. Bernardo de Vera y Pintado, discípulo de las Universidades de Córdoba de Tucumán y de Santiago de Chile. De carácter más ameno y regocijado que Camilo Henríquez, no tenía escrúpulo en componer versos festivos, amorosos y báquicos, distinguiéndose mucho en la improvisación y en los brindis, y viniendo á ser en pequeño el Arriaza de las tertulias de la colonia. Pero después del 18 de Septiembre de 1810, el Dr. Vera, convertido en revolucionario muy

activo, trocó las rosas de Erato por la oliva de Minerva, como se decía en el estilo mitológico de aquella era; comenzando por plantar en una de las ventanas de la casa del cabildo de Santiago un cartel con enormes chafarri-  
 nones que contenían la primera oda patriótica que se vió en Chile. El procedimiento de exhibición no podía ser más primitivo, pero tampoco más seguro, para atraerse lectores. Colaboró después en *La Aurora de Chile*, y por su fama de repentista fué personaje obligado en todas las fiestas y banquetes patrióticos de entonces. Él y Fray Camilo, cubiertos siempre con el gorro frigio, se sentaban á la cabecera de la mesa y cantaban alternativamente como dos rapsodas, á cual más roncós y destemplados. En calidad de Auditor general de guerra del ejército de los Andes asistió Vera á la batalla de Chacabuco en 1817, y en 1819 recibió el encargo de escribir la *canción patriótica* que habían de cantar los coros en el aniversario del 18 de Septiembre. Para satisfacer la curiosidad de los muchos españoles que seguramente no conocerán el himno nacional chileno, transcribiremos algunas estrofas, pésimas, sin duda, como poesía, pero que tienen, como todas las de su clase, el valor de un documento histórico:

«Dulce patria, recibe los votos  
 Con que Chile en tus aras juró,  
 Que ó la tumba será de los libres,  
 O el asilo contra la opresión.  
 Ciudadanos, el amor sagrado  
 De la patria os convoca á la lid.  
 Libertad es el eco de alarma;  
 La divisa triunfar ó morir.  
 El cadalso ó la antigua cadena  
 Os presenta el soberbio español....  
 Arrancad el puñal al tirano;  
 Quebrantad ese cuello feroz ....

Habituarnos quisieron tres siglos  
 Del esclavo á la suerte infeliz,  
 Que al sonar de sus propias cadenas,  
 Más aprende á cantar que á gemir.  
 Pero el fuerte clamor de la patria  
 Ese ruido espantoso acalló,  
 Y las voces de la independencia  
 Penetraron hasta el corazón.....

.....  
 Los tiranos en rabia encendidos  
 Y tocando de cerca su fin,  
 Desplegaron la furia impotente,  
 Que, aunque en vano, se halaga en destruir.  
 Ciudadanos, mirad en el campo  
 El cadáver del vil invasor....  
 ¡Que perezca ese cruel, que el sepulcro  
 Tan lejano á su cuna buscó!

Esos valles también ved, chilenos,  
 Que el Eterno quiso bendecir,  
 Y en que ríe la naturaleza  
 Aunque ajada del déspota vil.  
 Al amigo y al deudo más caro  
 Sirvan hoy de sepulcro y de honor,  
 Mas la sangre del héroe es fecunda,  
 Y en cada hombre cuenta un vengador.

Del silencio profundo en que habitan  
 Esos manes ilustres oid  
 Que os reclaman venganza, chilenos,  
 Y en venganza á la guerra acudid.  
 De Lautaro, Colocolo y Rengo  
 Reanimad el nativo valor,  
 Y empeñad el coraje en las fieras  
 Que la España á extinguirnos mandó.

Esos monstruos que *cargan* consigo  
 El carácter infame y servil,  
 ¿Cómo pueden jamás compararse  
 Con los héroes del cinco de Abril?  
 Ellos sirven al mismo tirano  
 Que su ley y su sangre burló;  
 Por la patria nosotros peleamos,  
 Nuestra vida, libertad y honor.....» (1).

(1) Tengo entendido que el moderno y apreciable poeta D. Eusebio Lillo

¡Y hay un gran pueblo que todavía en sus fiestas canta esto con el mismo entusiasmo que si cantara odas de Píndaro ó elegías de Tirteo!

El Dr. Vera, lo mismo que Camilo Henríquez, trabajó alguna vez para el teatro, en varias loas y otras composiciones de circunstancias, siempre con la mira de «imbuir espíritu de independencia y libertad» (1). Pasaba por volteriano y fué uno de los pocos que se pusieron de parte de Camilo Henríquez cuando, á consecuencia de haber llamado el ex fraile á Voltaire, Rousseau y Montesquieu «los apóstoles de la razón, que han lanzado al Averno la intolerancia y el fanatismo», saltó contra él á la palestra el dominico Fr. Tadeo Silva en el *Aviso del Filósofo Rancio*, en *Los Apóstoles del Diablo* y en *El Observador Eclesiástico*.

Con mejor gusto y más letras que Camilo Henríquez y el Dr. Vera cultivaban por entonces la poesía, á título de meros aficionados, dos personajes políticos de mucho viso é influencia: D. Ventura Blanco Encalada, de quien ya se ha dado razón al hablar de los poetas de Bolivia, á cuya región pertenece por su nacimiento; y el limeño D. Juan Egaña, á quien sus tareas de estadista y legislador, autor de Constituciones y Proyectos de ley, y hasta del Censo general de Chile, no impidieron desempeñar por muchos años la enseñanza elemental de

compuso en 1847 un nuevo *himno* que oficialmente sustituyó al antiguo, aunque no del todo. Ya he indicado antes lo que pienso de toda esta literatura de los *himnos*; pero á lo menos el del Sr. Lillo no tendrá faltas métricas como el de Vera.

(1) Anumátegui en *La alborada poética* transcribe una que sirvió de introducción á la tragedia de *Guillermo Tell* (¿de Lemierre?), representada en Santiago la noche del 12 de Febrero de 1820.

retórica y poética en el Instituto Nacional de Santiago, y ensayar no sólo la poesía lírica, sino la dramática. Suya es la más antigua obra escénica impresa en Chile: una traducción libre y modificada de la *Cenobia*, de Metastasio, con este título: *Al amor vence el deber. Melodrama para cantar ó representar: en obsequio de la ilustre Marfisa*. Del mismo Metastasio tradujo la famosa canción *Nise ó la perfecta indiferencia* («*Grazie a gli inganni tuoi*»), que ya antes, y con bien poca fortuna, había puesto en castellano Meléndez. Quedan los títulos de otras piezas teatrales de Egaña: dos comedias: *La porfía contra el desdén* y *El amor no halla imposibles*, y tres sainetes: *Polifronte ó el valor ostensible*, *El marido y su sombra* y *Amor y gravedad* (1).

Tan desmedrada vivió la poesía en Chile durante el periodo revolucionario. Mientras en otras partes cantaban un Olmedo, un Bello, un Heredia, en Chile no hubo ni siquiera un versificador comparable á Fernández Madrid ó á Sánchez de Tagle. Los chilenos lo confiesan sin ambages, y por lo mismo que luego han adelantado tanto y que en ciertos puntos van á la cabeza de la cultura americana, no tienen reparo en añadir que esta pobreza se extendía á todas las manifestaciones del espíritu, y que Chile era positivamente la más atrasada de todas las nacientes repúblicas hispano-americanas. La Universidad de San Felipe no era más que una sombra, y el *Instituto Nacional*, organizado en 1813 y restablecido en 1819, no pasaba de ser una escuela normal con mezcla de seminario. La clase llamada de *elocuencia é*

(1) Vid. *Los primeros años del Instituto Nacional* (1813-1835), por Domingo Amunátegui Solar (Santiago de Chile, 1889.)

*historia literaria general*, se reducía á aprender de memoria el compendio de las *Lecciones* de Blair formado por D. José Luis Munárriz. Como temas de oratoria solían darse á los alumnos el elogio del *general* (sic) araucano Lautaro y otros análogos. Hacíanse, sin embargo, loables aunque lentos esfuerzos para reponer otros estudios y darles sólida base. Durante el rectorado del ingeniero francés Carlos Lozier se reformó la enseñanza de las matemáticas y de la física. Más adelante, D. José Miguel Varas y D. Ventura Marín, dieron más amplitud á los estudios filosóficos, primero sobre la base de la ideología de Destutt-Tracy y luego sobre el sensualismo mitigado de Laromiguière, de donde el segundo de ellos pasó luego á la filosofía escocesa, recibiendo además la influencia kantiana, aunque indirectamente y por medio de Cousin.

Pero el progreso literario continuaba muy rezagado respecto del científico, y así permaneció hasta que tres hechos capitales vinieron á despertar la actividad dormida. Estos tres hechos fueron la estancia de D. José Joaquín de Mora desde 1828 á 1831; el establecimiento en Chile y el largo magisterio de D. Andrés Bello, desde 1829; y la emigración de algunos escritores argentinos, fugitivos de la tiranía de Rosas, en 1841.

El gaditano Mora, de cuyas posteriores andanzas en el Perú y en Bolivia tenemos ya alguna noticia, llegaba á Chile de Buenos Aires, á donde le había atraído en 1826 el gran gobernante Rivadavia para que redactase el periódico oficial. Envuelto en la caída de aquel Presidente, de cuya política había sido acérrimo defensor, recibió honrosa invitación del Gobierno de Chile para pasar á aquella República y «emplearse en objetos de

utilidad pública». Aceptó la invitación y el puesto de Oficial mayor de la Secretaría de Estado, y llegó á Santiago precedido de la fama literaria que le habían granjeado en toda la América española los numerosos libros y periódicos que para ella había publicado en Londres. En Chile la prodigiosa actividad de Mora tuvo las más diversas manifestaciones. Afiliado en el partido radical, del cual llegó á ser ídolo, redactó la Constitución de 1828 y varias leyes, entre ellas la de Imprenta, convirtiéndose (como se ha dicho con gracia) en el Solón de aquella naciente República. Bajo los auspicios del presidente Pinto, y con amplios auxilios oficiales, abrió un grande establecimiento de educación, el *Liceo de Chile*, y compaginó para él una serie de libros elementales de Gramática latina, Derecho natural y de gentes, Derecho romano, Geografía Descriptiva y otras materias de las más variadas y heterogéneas. El plan de estudios de aquel colegio, que en la parte científica dirigía otro español, D. Andrés Antonio de Gorbea, comprendía las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial é integral; la física, la química y la astronomía. La enseñanza de las humanidades aparecía perfectamente graduada en cinco años, dándose especial importancia á la lectura y análisis de los clásicos latinos y castellanos, y alternando este estudio con nociones de historia, literatura española, ideología y economía política, que se explicaba por el Tratado de James Mill. Quizá Mora, que era el alma del colegio, no tenía más que superficiales conocimientos de muchas de estas materias; pero así y todo, su nivel científico era tan superior al del país en que había ido á establecer su cátedra, y era tan nueva y amena su forma de exposición y

enseñanza, que debió de ser, y fué en efecto, recibido como un prodigio. Al mismo tiempo fundaba *El Mercurio Chileno*, la primera revista digna de tal nombre que apareció en aquella República; escribía de política en *El Constituyente*; daba al teatro, huérfano entonces de autores y de actores, dos comedias, *El Marido ambicioso* (imitación de Picard) y *El Embrollón*, y publicaba innumerables versos, muchos de los cuales no fueron recogidos en ninguna de sus dos colecciones poéticas, no porque en mérito cedan á las restantes, sino por motivos de índole política y personal. Mora era entonces muy revolucionario y muy mal español, hasta el punto de haber aceptado carta de ciudadanía en Chile; y cuando el tiempo vino á modificar sus ideas, puso grande empeño en hacer olvidar ó ignorar en España esta parte de su vida, tan brillante bajo el aspecto literario como desastrosa bajo el político.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que Mora, excelente poeta en la narración joco-seria, en la sátira y en la fábula, no pasa de ser un versificador primoroso, aunque frío y amanerado, en el género lírico, propiamente dicho. Pero son tales sus recursos técnicos, que llega á simular la inspiración que le falta; y de todas suertes, sus versos, sonoros y nutridos aventajaban de tal modo á todos los que se habían oído en Chile desde el remotísimo tiempo de Pedro de Oña, que no nos maravilla el entusiasmo con que fué recibido, por ejemplo, el *Canto fúnebre* en honor de los hermanos Carreras, ó la epístola á Martínez de la Rosa, donde se leen estancias de tan noble y sostenido tono como la siguiente:

Ya es tiempo de que imprima  
 Tu genio al arte hispano impulso noble  
 De más alta ambición. Cual alza el roble  
 Frondosos brazos, sólidos, robustos,  
 Sobre humildes arbustos,  
 Tal erguido descuellas  
 Entre los vates de tu edad. Dirige  
 Tu vuelo raudo á las mansiones bellas,  
 Do la meditación callada rige  
 Los pasos del altivo pensamiento,  
 Y presta le conduce  
 De portento en portento;  
 Do immaculado el claro nombre luce  
 Del cantor de Ilión, y el grande Urbino  
 Tomó el pincel divino;  
 Donde á Bacón se descubrió el arcano  
 Del espíritu humano,  
 Y al Dante adusto la región umbrosa.  
 ¿Qué aguardas? Afanosa  
 La humanidad, cual si escondido numen  
 Con celeste vigor la enfureciera,  
 Avanza y precipita su carrera.  
 En sed de grandes cosas se consumen  
 Los pueblos agitados,  
 Los climas apartados,  
 Las soledades mudas,  
 Donde imperaba el Austro, do vivían  
 Tribus dispersas, rudas;  
 Los incógnitos llanos que aturdían  
 Del Óhio las corrientes turbulentas  
 Se cubren de ciudades opulentas:  
 Ya no hay barreras para el hombre. El Noto  
 Desencadena en vano sus rugidos,  
 Y en vano entumecidos  
 Se abren los senos de Anfitrite airada:  
 Tranquila en tanto al Hindostán remoto  
 Boga la nave, cuyas fuerzas mueve,  
 Por la anchura irritada,  
 Vapor activo y leve  
 Que ponderosa construcción oprime.  
 Canta en eco sublime  
 Tanto prodigio, y la grandiosa escena  
 Que abre la industria á la ventura humana,

Distribuyendo en la región lejana,  
Antes de errores y miseria llena,  
Con el fruto sutil de sus telares  
De las ciencias los puros luminares.....

Mora, que después fué tan enemigo de los versos sueltos, y con tan fútiles razones intentó desacreditarlos, los hacia entonces con facilidad suma. Asi lo prueba, aunque no honre mucho sus sentimientos patrióticos, la alocución que compuso para que fuese recitada en el teatro en el aniversario del 18 de *Septiembre*.

Cetro rompimos que á la vez pesara  
Sobre la fértil vega donde gira  
Pomposo el Eridano, y en los montes  
De Anahuac opulento, en el alcázar  
Del potente califa, y en la margen  
Del agitado Magdalena; cetro  
Que envolvió en sus tinieblas espantosas  
El maléfico error; cetro manchado  
En sangre de oprimidos, y cubierto  
Con maldición y lloros. Lo rompimos,  
Y en su lugar lozana, victoriosa,  
Se alza la libertad, cual castigada  
De Tarquino la audacia se alzó en Roma  
Con austeras virtudes, y ceñida  
De inflexible vigor; cual en Atenas,  
Grata al comercio y al saber, y ansiosa  
De gloria y de esplendor; cual en la orilla  
Del Delawar, modesta, infatigable,  
Dócil al eco del precepto justo,  
Del genio y de las artes protectora.

.....  
¡Hijas del cielo! ¡Leyes venturosas!  
Reinad incommovibles; á raudales  
Verted dicha, reposo y opulencia  
Sobre el pueblo sumido. ¡Que á la sombra  
De vuestra égida, rompa el duro arado  
Nuevas llanuras, y su faz adornen  
Opimos frutos y dichosas gentes!  
Cubra el mar de Occidente, flameante

La tricolor bandera, y con los frutos  
Del suelo patrio, á la región opuesta,  
Que Chile es grande y poderosa anuncie.  
La ciencia triunfe del error, y ensanche  
La existencia mental, y purifique  
Nuestra mansión espléndida, y transforme  
Su voz potente en plácidos canales  
La vertiente espumosa, los desiertos  
En vastos focos de labor activa,  
Y el patrio hogar en templo de virtudes.....

La posición de Mora en Chile podía ser para algunos envidiable, pero estaba cercada de peligros que él, con la viveza é impetuosidad propias de su carácter y con la soltura de lengua de que entonces adolecía, pareció como que se complaciese en acumular sobre su cabeza. La experiencia de lo que le había pasado en Buenos Aires no había sido suficiente escarmiento para que dejase de tomar parte muy activa en las luchas de un país al cual sólo por adopción pertenecía, y en el cual realmente todo el mundo le consideraba como extranjero. Servía de instrumento á los liberales, pero al mismo compás que crecía la admiración de éstos, iba cosechando odios inextinguibles en el bando opuesto de los conservadores, á quienes en Chile llamaban por aquellos años *pelucos*. Este partido, al cual pertenecía el nuevo director del Instituto Nacional, el presbítero D. Juan Francisco Meneses, antiguo y fervoroso realista, y adicto en todo á las tradiciones de la colonia aun después de haber pasado al servicio de la joven República, declaró la guerra al Liceo de Mora y á su enseñanza; apoyando en contra de él, primero á ciertos profesores franceses que trajo D. Pedro Chapuis, por el sistema de *contrata* de sabios extranjeros, adoptado á la sazón en Chile, y que no sé si enteramente ha desaparecido á pesar de los

grandes progresos ulteriores de la cultura indígena; y luego al ilustre fundador del *Colegio de Santiago*, don Andrés Bello, traído de Londres, también por contrata, en 1829, y oficial en el ministerio de Relaciones Exteriores. Nacieron de aquí agrias é interminables polémicas en que Mora triunfó sin gran dificultad de la que él llamaba *colonia de sabios ó barcada* de profesores franceses, los cuales no llegaron á entenderse con Mr. Chapuis ni á cobrar sus sueldos ni á plantear el proyectado colegio, si bien la mayor parte de ellos pasaron al *de Santiago*, primero bajo la dirección del clérigo Meneses, y luego bajo la de Bello. Pero su furor se estrelló contra la ciencia de éste, más sólida y positiva que la suya; y aunque la polémica entablada entre ambos tuvo mucho de pueril y versó únicamente sobre *tiquis-miquis* gramaticales, degenerando en torneo pedantesco (1), Mora no llevó la mejor parte; quedó maltracho en la opinión, acabó de hacerse enemigos con la intemperancia de sus contestaciones, perdió los auxilios oficiales que se daban al Liceo, tuvo que cerrarle, y exasperado con su derrota, se lanzó ciegamente en la oposición más radical y facciosa contra el presidente Ovalle y el verdadero jefe de los conservadores, don Diego Portales. Pero este ilustre hombre de estado, el gobernante más enérgico que ha tenido Chile, no era de los que sufren con paciencia los atentados contra el principio de autoridad; así es que después de haber per-

(1) Rompió el fuego Mora en una *oración inaugural* de la clase de oratoria del Liceo de Chile. La censuró Bello en una serie de artículos insertos en *El Popular*. Replicó Mora en tres papeles sueltos, firmados por los *alumnos de oratoria del Liceo*.

seguido judicialmente á Mora y sus periódicos, acabó por prenderle y expulsarle del país. Mora, que tenía especial habilidad para componer letrillas, casi tan buenas como las de Bretón, tomó de sus adversarios el mejor desquite que en su situación cabía, lanzando contra Ovalle y Portales aquella tan chistosa de *El uno y el otro*, que todavía muchos chilenos repiten de coro:

Quitándonos el sombrero  
Gritaremos á la par:  
¡Felices noches, don Diego!  
¡Abur, don José Tomás!

En Lima, donde Mora encontró refugio y protección, y estableció un nuevo colegio y dió á luz nuevos libros, continuó desatándose en denuestos, no ya contra el partido conservador, sino contra todos los chilenos en general, á quienes llamaba «*bipedos de la Beocia americana*», calificándolos, además, de «*potros y potrancas á quienes había tenido que domar*». Él mismo se arrepintió más adelante de estas injurias dictadas por la exasperación del momento; se reconcilió con su antiguo adversario don Andrés Bello, mantuvo con él amistad no rota sino por la muerte, y divulgó más que nadie en España las nuevas de la prosperidad y del desarrollo de Chile. El pueblo chileno olvidó también sus agravios con la generosidad propia de los fuertes, y hoy coloca el nombre de Mora entre los de sus institutores más preclaros (1), pues aunque su enseñanza duró poco, removié mucho los espíri-

(1) *Don José Joaquín de Mora, Apuntes biográficos por Miguel Luis Amunátegui*. (Santiago de Chile 1888.)

tus, dejando profunda huella en alguno tan reflexivo como el de Lastarria, que se preci6 siempre de haber sido discipulo predilecto del que en Chile llamaban *el Gallego*, aunque fuese andaluz, como queda dicho.

La influencia de Bello fu6, sin embargo, mucho m6s profunda y saludable que la de Mora. No pertenece 6 este lugar la apreciaci6n de los m6ritos de aquel var6n extraordinario 6 quien ya procuramos dar 6 conocer en el estudio relativo 6 Venezuela; Bello, como poeta no pertenece 6 Chile; sus dos composiciones magistrales y caracteristicas, la *Alocuci6n 6 la poesa*, la *Silva 6 la agricultura en la zona t6rrida* estaban escritas y publicadas en Londres desde 1823 y 1825, respectivamente. En Chile hizo pocos versos, y m6s bien traducidos que originales. En cambio, 6 la educaci6n de Chile dedic6 los frutos de la madurez de su entendimiento y de su cultura cientifica. Chile le debi6 el *C6digo Civil*, los *Principios del Derecho de gentes*, la *Gram6tica castellana*, y con ella el inapreciable bien de la conservaci6n de la integridad del idioma; los *Principios de Ortologfa y M6trica*, todavfa no superados hasta hoy; la *Filosoffa del entendimiento*, y con ella la propagaci6n de las sabias y templadas ensefanzas de la psicologfa escocesa; la organizaci6n de la Universidad sobre el modelo de las de Inglaterra; y, domin6ndolo todo, un alto y severo espfritu de disciplina moral y jurfdica, que ha sido el m6s duradero fruto de su ensefanza.

Bello no habfa ido 6 Chile 6 formar poetas, ni se le llamaba para eso. Lo primero que hizo fu6 abrir c6tedra de Gram6tica castellana, que era lo m6s urgente,

para que con el tiempo pudiesen florecer poetas y prosistas. «Habfa pocos pa6ses en la Am6rica Espa6nola—dice Amun6tegui (1)—donde se hablara y escribiera peor que en el nuestro; aun las personas m6s condecoradas, las que ocupaban los primeros puestos de la Rep6blica, cometfan 6 cada paso las faltas de lenguaje m6s groseras y ridfculas. Podfa decirse sin exageraci6n que aquella era una jerigonza de negros» (2).

Bello transform6 todo esto en menos de diez afios, ya con su ensefanza en el *Colegio de Santiago* y en su propia casa, ya con aquel otro g6nero de magisterio que ejercfa desde las columnas oficiales de *El Araucano*. «La gram6tica nacional—decfa—es el primer asunto que se presenta 6 la inteligencia del ni6o, el primer ensayo de sus facultades mentales, su primer curso pr6ctico de raciocinio; es necesario, pues, que todo d6 en ella una acertada direcci6n 6 sus h6bitos; que nada sea vago ni obscuro; que no se le acostumbre 6 dar un valor misterioso 6 palabras que no comprende; que una filosoffa, tanto m6s diffcil y delicada cuanto menos ha de mostrarse, exponga y clarifique de tal manera los hechos, esto es, las reglas del habla, que, generaliz6ndose, queden reducidas 6 la expresi6n m6s sencilla posible..... Hay muchos que creen que el estudio de la lengua nativa es propio de la primera edad, y debe limitarse 6 las escuelas de primeras letras. Los que asf piensan no tienen una idea cabal de los objetos que abraza el conocimiento

(1) P6gina 156 de la biograffa de Mora.

(2) *Vida de D. Andr6s Bello*, por Miguel Luis Amun6tegui (Santiago de Chile, 1882), p6g. 404.

de una lengua, y del fin que deben proponerse estudiándola. El estudio de la lengua se extiende á toda la vida del hombre, y se puede decir que no acaba nunca.»

«La influencia del magisterio de Bello (dice Lastarria) fué inmensa en aquella época, fué casi una dominación» (1). Pero como todas las dominaciones, no dejó de ser combatida. El espíritu de anarquía, no ya sólo literaria sino lingüística, levantó la cabeza contra la dictadura de Bello, en las producciones de varios escritores argentinos (Gutiérrez, Alberdi, López, Sarmiento), á quienes la tiranía política de su país había forzado á buscar asilo en Chile en 1840. Eran algunos de ellos ingenios brillantes, de ardiente fantasía, que contrastaba con la imaginación un tanto apocada y tímida de los chilenos; pero su educación había sido enteramente francesa, su espíritu político era el de la revolución del 89, su literatura la del romanticismo francés; su odio á todo lo español rayaba en manía; hacían alarde y gala de ignorar nuestra literatura y de hablar pésimamente nuestra lengua, y ni sentían, ni pensaban, ni leían más que en francés. Aun el mismo Gutiérrez, que había recibido educación clásica y era bastante correcto en la dicción, y comenzaba ya á ocuparse en investigaciones eruditas sobre la poesía colonial, no difería de los demás en cuanto al fondo de las ideas, aunque sí en la manera de expresarlas. Pero el principal representante de la demagogia literaria era el famoso maestro de escuela y futuro Presidente de la República Argentina,

(1) J. V. Lastarria. *Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América española y del progreso intelectual en Chile*, 2.<sup>a</sup> edición. Santiago de Chile, 1885, pág. 69.

D. Domingo Faustino Sarmiento, conocido aún en España por la tremenda aunque merecida sátira de Villerigas, *Sarmenticidio, ó á mal sarmiento buena podadera*.

Era Sarmiento hombre originalísimo y excéntrico, así en su persona como en sus ideas y en su estilo, que adolecían de todos los defectos inherentes á su educación vagabunda y desordenada, y á lo cerril é indómito de sus tendencias nativas, las cuales le arrastraban á ser una especie de *gaucho* de la república de las letras, intemperante, desmandado y sin freno en nada. Además, comenzaba á escribir entonces; y su gusto, que no llegó á formarse nunca, estaba virgen de toda influencia extraña que pudiera modificarle. Aquel estro bravío y poderoso que había de inspirar las páginas calenturientas de *Facundo Quiroga*, de los *Recuerdos de provincia* y de la *Campaña del ejército grande*, ardía ya en el cerebro de Sarmiento; pero no había logrado aún la forma de expresión, selvática sin duda, pero arrogante, apasionada y pintoresca, que realza aquellos libros, los más originales quizá de la literatura americana. En 1841 Sarmiento no era más que un periodista medio loco, que hacía continuo y fastuoso alarde de la más crasa ignorancia, y que habiendo declarado guerra á muerte al nombre español, se complacía en estropear nuestra lengua con toda suerte de barbarismos, afeándola además con una ortografía de su propia invención.

Sarmiento, sin embargo, como forastero que era, no hubiese roto el fuego contra la enseñanza académica en Chile, como no le había roto su compañero de emigración D. Vicente Fidel López, que desde Febrero de 1842 redactaba, con la colaboración de Gutiérrez y de Alberdi, la *Revista de Valparaíso*, si á deshora no hu-

biese venido á prestarles ocasión y armas un profesor chileno, que discípulo primero de Mora, y luego de Bello, había conservado mucho más del espíritu innovador del primero que del pacífico y mesurado del segundo, y que ya por entonces había levantado la bandera de la emancipación mental de Chile, en el sentido de romper con todas las tradiciones de la colonia. Era éste D. José Victorino de Lastarria, espíritu rígido y anguloso con apariencias de positivo, sectario fanático de ese ideal de política abstracta que pretende someter á teoremas inflexibles el rico contenido de la historia y la complejidad de los actos humanos. Lastarria fundó en 1842 una *Sociedad literaria*, compuesta en su mayor parte de estudiantes, y en la inauguración leyó un discurso que él consideraba como un monumento de gloria, por lo cual le reproduce íntegro en sus *Recuerdos literarios*. En él se leían estos conceptos: «*Durante la colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo, ¡y cómo había de rayar! La misma nación que nos encadenaba á su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el ponderoso yugo de lo absoluto en política y religión.....*» «Hay una literatura que nos legó la España con su religión divina, con sus *pesadas é indigestas* leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran á la Península, comenzó á tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad»..... «Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadoras, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella litera-

tura.» Lastarria no renegaba enteramente de la lengua: «¡Ah, no! ¡Este fué uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron los conquistadores sin pensarlo!» Y prosiguiendo con la quimera de una literatura nacional chilena, antípoda de la española aunque se expresase en la misma lengua, añadía: «Fuerza es que seamos originales; *tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos necesarios para serlo*, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad.»

Sarmiento, en un artículo del *Mercurio* de Valparaíso (periódico que salía de las prensas del tipógrafo catalán D. Manuel Rivadeneyra, después tan célebre como editor de la *Biblioteca de Autores Españoles*), se apoderó ávidamente del discurso de Lastarria, para comentarle á su modo y herir á Bello y su escuela con mortificantes alusiones. Era tesis suya, que «países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin artes, sin cultura, *aprendiendo recién (sic)* los rudimentos del saber, no podían tener *pretensiones* de formarse un estilo castigado y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa.» Atribuía luego la esterilidad poética de Chile, «á la perversidad de los estudios, al influjo de los gramáticos, al respeto á los *admirables modelos* que tenían *agarrotada* la imaginación de los jóvenes». Y, finalmente, tirando ya la piedra á tejado conocido, designaba claramente á Bello, aunque sin nombrarle, y se atrevía á pedir nada menos que su expulsión del país por el crimen nefando de saber gramática. «Por lo que á nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido *en tiempo* el destierro de un gran lite-

rato que vive entre nosotros; sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente literatura exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar á nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado á Sicilia, á Salvá y á Hermsilla, que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.»

De este modo proseguía Sarmiento, desbarrando con tan poco sentido común como gramática, cual si quisiese confirmar con el ejemplo lo mismo que teóricamente predicaba. «No hay espontaneidad (decía); hay una cárcel guardada á la puerta por el inflexible *culte-ranismo* (sinónimo para Sarmiento de literatura culta), que da, sin piedad, de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes ó Fr. Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época..... Entonces habrá prosa, habrá poesía, *habrán* (*sic*) defectos, *habrán* bellezas. La crítica vendrá á su tiempo y los defectos desaparecerán.»

Sarmiento, que se titulaba con énfasis «ignorante por principios, ignorante por convicción» (como si la ignorancia fuese alguna virtud muy recomendable y extra-

ordinaria), parecía ignorar, entre otras muchas cosas, que esas soberbias profesiones de no saber nada y de pisotear la lengua propia para vengarse de no acertar á escribirla, lejos de ser un rasgo de heroico *americanismo*, eran cosa corriente entre los románticos españoles, si bien, á decir verdad, nunca llegaron entre nosotros las cosas al punto de demencia que revelan los renglones transcritos. Ni llegaron tampoco en Chile, gracias á la sana influencia de D. Andrés Bello, el cual representaba allí el mismo género de disciplina que D. Alberto Lista entre nosotros. Bello, por la gravedad de su carácter y de sus funciones oficiales, no intervino ni podía decorosamente intervenir en un debate donde tan inoportunamente se traía su nombre, casi por los mismos días en que otro patriota chileno y rabioso enemigo de los españoles, un D. Juan Miguel Infante, le llamaba en letras de molde nada menos que *miserable aventurero*, por el capital crimen de querer que se enseñase Gramática latina y Derecho romano, estudios propios tan sólo, según la opinión del tal Infante, para crear generaciones de esclavos y de *godos* contumaces y empedernidos. Pocas veces la barbarie se ha presentado con tan candorosa franqueza, y pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país como el que Bello contrajo, alejándola para siempre de Chile. Enfrente de adversarios que en política y en derecho querían retrogradar á los tiempos de Caupolicán, y en literatura no concebían la independencia del genio más que como la de un jinete de las pampas, mantuvo los derechos imprescriptibles de la razón y del gusto, y ni siquiera pudo ser tachado de clasicismo intolerante, puesto que en 1841 había dado á luz una poesía enteramente romántica, *El incendio de*

la *Compañía*, muy elogiada por el mismo Sarmiento; y se preparaba á enriquecer nuestra lengua con las bellísimas imitaciones de Víctor Hugo, que fueron apareciendo en *El Museo de Ambas Américas*, fundado en Valparaíso en 1842 por el colombiano García del Río (antiguo colaborador suyo en el *Repertorio Americano* de Londres); y en el *Semanario de Santiago*, periódico que aquel mismo año y en son de desagravio de la juventud chilena contra las diatribas de Sarmiento, que parecía negarles todo género de aptitud para las bellas letras, comenzaron á publicar varios discípulos de Bello. En aquellas columnas se dió á conocer un escritor de costumbres J. I. Vallejo (*Fotabeche*), imitador de *Figaro* y de *El Curioso Parlante*; y allí apareció también el primer poema chileno, de alguna extensión é importancia entre los que produjo la nueva generación, *El Campanario*, de D. Salvador Sanfuentes.

Sanfuentes no hacía entonces sus primeras armas: ya era conocido por una traducción en verso de la *Ifigenia*, de Racine, de la cual había publicado Bello algunos trozos en el periódico oficial, recomendándola con singulares elogios, cuando el traductor apenas tenía diez y siete años. En los primeros números del *Semanario* escribió sobre clasicismo y romanticismo, provocando la indignación de los argentinos López y Sarmiento. Al segundo quiso responder de un modo más directo en el prólogo de su poema, compuesto expresamente como ensayo de la capacidad poética de los chilenos. *El Campanario* fué puesto en las nubes por el entusiasmo local, y tuvo un valor de circunstancias, que es preciso descontar hoy de su mérito absoluto. Es una imitación evidente de las *Leyendas Españolas*, de Mora; pero está

á mucha distancia de lo que en este género hacía en Guatemala Batres. La narración de Sanfuentes es sosa, y la parte sentimental de su cuento vale poco, pero tienen chiste las descripciones de algunos tipos y costumbres de la colonia, y están lindamente hechas las octavas jocosas en que se describe la vida plácida y regalona de un Marqués del antiguo régimen.

Sanfuentes, á pesar de sus tareas políticas y forenses, siguió escribiendo muchos versos; pero nunca llegó á obtener un éxito que superase al de su primer ensayo, ni pasó nunca de una medianía elegante. Tradujo el *Británico*, de Racine, con la misma «exactitud y propiedad de lenguaje, y tacto fino en variar las cesuras del metro», que había elogiado Bello en su versión original de la *Ifigenia en Aulide*. Tradujo con igual esmero, pero con más libertad, *Los celos infundados* (*Le cocu imaginaire*), de Molière. Su teatro original, aparte de algunos ensayos juveniles que él mismo destruyó, se compone de tres piezas originales: *Carolina*, *Cora ó la Virgen del Sol* y *Fuana de Nápoles*; pero aun esta última, que es la más apreciable, se deja leer con fatiga, y no sabemos si resistiría la prueba de las tablas. En la poesía narrativa, que era su género predilecto, se sostuvo siempre con facilidad y desembarazo, é hizo loables esfuerzos para dar á sus obras color de naturaleza americana; pero á pesar de haber escrito tres largas leyendas, *El Bandido*, *Inami ó la laguna de Ranco*, *Huentenmagu*, y un poema en dos volúmenes, *La Destrucción de la Imperial*, que tiene nada menos que 17.626 versos, continuó siendo para todo el mundo el autor de *El Campanario*. Preciábase de imitador de Ercilla, y ha sido, probablemente, el último discípulo aventajado de

su escuela, la cual tenía más razón para durar en Chile que en ninguna otra parte (1).

Entre los redactores del *Semanario de Santiago* figuraban, al lado de Sanfuentes, otros poetas principiantes: D. Hermógenes Irisarri, hijo del famoso escritor guatemalteco D. Antonio José, á quien superó en estro lírico y elegancia de versificación, ya que no igualase su ingenio acerado y vasta doctrina (2); D. Jacinto Chacón, autor de un poema fragmentario, *La mujer*; los dos hijos de Andrés Bello, D. Carlos y D. Francisco, el primero de los cuales dió á la escena un ensayo de drama romántico, *Los amores de un poeta*, muy aplaudido entonces como primer paso del ingenio nacional en tan difícil carrera, y muy olvidado después como fruto pre-

(1) Don Salvador Sanfuentes y Torres nació en Santiago de Chile el 2 de Febrero de 1817. Era el discípulo predilecto de D. Andrés Bello. Su carrera administrativa fué brillante. Tuvo á su cargo en varias ocasiones el Ministerio de Justicia, Culto é Instrucción pública, y el de Estado. Estas elevadas funciones no le impidieron desempeñar con gran lucimiento la de Secretario general de la Universidad de Chile, durante el rectorado de Bello. Falleció en 17 de Julio de 1860, siendo Decano de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad. Además de las obras citadas en el texto, dejó un drama sin terminar, *Don Francisco de Meneses*, y presentó á la Universidad en 1850 una Memoria histórica, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*. En la *Revista de Ciencias y Letras* (1857) publicó las cuatro primeras partes de otro poema, *Teudo, ó Memorias de un solitario*.

Acerca de Sanfuentes, vid. Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año 1859. (Santiago, 1861, páginas 277-315), y *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, páginas 186-205.

(2) Tradujo H. Irisarri en verso la tragedia *Francesca de Rimini*, de Silvio Pellico, y el drama de A. Dumas, *Carlos VII entre sus grandes vasallos*, y en prosa, *Una sola falta*, de E. Scribe, y *Los cuentos de la Reina de Navarra*, del mismo Scribe y de Legouvé. En *La Semana*, revista fundada por los hermanos Alemparte en 1859, publicó una serie de siete cartas sobre el teatro moderno.

matureo y sin sazón. Hubo entonces otras tentativas teatrales, como las del español D. Rafael Minvielle, que además de sus arreglos del *Antony* y del *Hernani*, compuso un drama original, *Ernesto* (1). Pero todas estas producciones mediocres no sirven más que como datos en la cronología literaria.

Mucho antes que se hubiesen dado á conocer los noveles ingenios citados hasta aquí, y con independencia en cierto modo del movimiento universitario promovido por Mora y Bello, escribía notables versos una esclarecida matrona que ha dejado en Chile tan gratos recuerdos por su piedad y por sus virtudes, como por su talento. Cuando en 1837 sucumbió bajo el plomo de vulgares asesinos políticos el gran magistrado D. Diego Portales, un clamor de angustia se levantó de todos los confines de la República chilena, y la poesía, que hasta entonces sólo había acertado á exhalar roncós sonos, así en las tribulaciones como en las alegrías de la patria, se asoció dignamente á aquel inmenso duelo en las vigorosas estancias de un *Canto fúnebre*, que corrió anónimo de mano en mano, excitando la admiración común,

(1) Minvielle era natural de Játiva, y emigrado liberal de 1823, primero en la República Argentina y luego en Chile, donde prestó muchos servicios á la enseñanza. Además de las piezas citadas, tradujo otras de Adolfo Dennery, Aniceto Bourgeois, Victoriano Sardou, y Teodoro Barrière, entre ellas, *Las mujeres de mármol*.

Falleció en 1887. Puede leerse su biografía en *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, de Amunátegui (páginas 315-334).

Para completar, en lo posible, la ligera enumeración del repertorio del teatro chileno en estos años, hay que citar la traducción que D. Andrés Bello hizo de la *Teresa*, de Dumas; *El Proscrito*, de Soulié, arreglado por Lastarria, autor también de alguna comedia original; la tragedia de Sheridan, *Pizarro*, traducida del inglés por D. Juan García del Río, y alguna otra de menos importancia.

sin que nadie pudiera atinar con el nombre de su autor verdadero. Salvo Bello y D. Felipe Pardo, que por entonces estaba emigrado en Chile, no había persona en el país capaz de escribir versos de tan noble sentimiento, de tan elevado espíritu, de tan pura y bríosa dicción. No eran, ni con mucho, los primeros de su autora, de quien bien puede decirse que se había educado á sí misma con la lectura de algunos libros españoles y franceses, especialmente piadosos, y con el trato de algunas personas cultas, como D. Ventura Blanco Encalada y el mismo Bello. De ellos pudo aprender la corrección de la frase y el arte de la forma limpia y castiza; pero la fuente de los afectos poéticos la encontró sin estudio dentro de su propia alma dulce, religiosa y modesta. No fué nunca literata de profesión, sino ejemplarísima mujer de su casa, que sólo escribía versos cuando la devoción, la caridad ó la piedad maternal se los dictaban. Entonces corría su vena, fácil y sin esfuerzo, espontánea y candorosa, demasiado abundante en ocasiones y expuesta á los peligros de la facilidad excesiva. Hay redundancia de palabras en sus mejores composiciones. El *Canto fúnebre*, ya citado, el *Canto á la caridad*, la *Plegaria al pie de la Cruz*, ganarían todas reducidas á menos versos, y así podrían eliminarse algunos prosaicos y desmañados, que de vez en cuando las desdoran. Quizá escribió también demasiadas composiciones de índole familiar y casera. Pero la sinceridad lírica es tan evidente, y tan puro el manantial de que brota, y tan hermoso el corazón que se refleja en aquellos versos, que puede suscribirse sin ambages al juicio de Bello, cuando en 1859 llamaba á esta poetisa chilena «la musa de la caridad cristiana, que tiene gemidos para todos los do-

lores, y sólo presta su voz á los afectos generosos». No lo negará quien haya leído aquellas estancias suyas, que comienzan: «*Dulce es morir*».

Dulce es morir, cuando en la edad primera  
Con la aureola feliz de la inocencia,  
Parece del Señor en la presencia

El alma juvenil,

Como cándida flor de la pradera,  
Que, para ornar al templo soberano,  
Separó diestra, cuidadosa mano

De su tallo gentil....

Dulce es morir, cuando una fe sublime  
Al hombre le revela su destino,  
Y de flores y palmas el camino

Le siembra de la cruz;

Y al débil sér que en este mundo gime  
Agobiado de penas y dolores,  
Transforma de la muerte los horrores,

En apacible luz....

Dulce es morir, cuando en la edad temprana  
El alma, como cándida paloma,  
Vuela desde los montes de la aroma,

En pos del serafín;

Diáfana exhalación, que en la mañana,  
Matizada con tinte de oro y rosa,  
Se disuelve brillante y pudorosa

Del cielo en el confin....

Ni faltan en las poesías de D.<sup>a</sup> Mercedes Marín rasgos enérgicos, que hacen más impresión por lo mismo que contrastan con la habitual sencillez de su estilo, verbigracia:

¡Son ciegos que han errado su camino:  
Llámalos al redil, Pastor divino,  
Antes que baje el sol de tus piedadess!

Ó bien cuando exclama en la bella elegía á la muerte de D. Andrés Bello:

Sobre el limpio cristal de su conciencia  
Las corrientes del siglo resbalaron.... (1).

La primitiva *América poética*, de Valparaíso (1846), no dió entrada á más ingenios de Chile, que Sanfuentes, D.<sup>a</sup> Mercedes Marín, Chacón, Irisarri *junior*, y D. Eusebio Lillo, del cual nada decimos aquí, porque, según nuestras noticias, es uno de los tres poetas que viven de los comprendidos en aquella famosa antología. Si á los nombres citados hasta aquí se agrega el del argentino D. Gabriel Real de Azúa, que fué chileno por adopción; poeta correcto de la escuela de nuestro siglo XVIII; conocido principalmente por sus fábulas, entre las cuales hay algunas ingeniosas y bien versificadas (2), tendremos casi completo el cuadro del movimiento literario en Chile, durante la primera mitad de nuestro siglo.

La fundación de la Universidad en 1843, bajo la sabia dirección de Bello, determinó un notable desarrollo de la cultura, pero más bien en sentido científico é histórico que propiamente literario. En el discurso inaugural del Rector se daba, no obstante, la debida importancia al estudio de las bellas letras, y se proclamaba una fór-

(1) Nació D.<sup>a</sup> Mercedes Marín en Santiago de Chile el 11 de Septiembre de 1804, y murió en 21 de Diciembre de 1866. Su biografía está en *La Alborada poética*, de Amunátegui (páginas 476 568). Sus poesías han sido coleccionadas con este título: *Poesías de la Señora D.<sup>a</sup> Mercedes Marín del Solar, dadas á luz por su hijo Enrique del Solar* (Santiago, 1874). Fué autora, además, de varios escritos en prosa, una biografía de su padre, otra del primer Arzobispo de Santiago, D. Manuel Vicuña (1843), otra del arcediano don José Miguel del Solar (1847), etc.

(2) Las obras poéticas de Real de Azúa ocupan tres volúmenes, publicados en París por D. Vicente Salvá, en 1839 y 1840. Su comedia *Los Aspirantes*, representada en 1834, mereció los elogios de D. Andrés Bello en un artículo de *El Araucano*.

mula de libertad estética muy amplia: «Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta á nombre de Aristóteles y Homero, y atribuyéndoles á veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles á la mirada de lince del genio.....; creo que hay un arte que guía á la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin ese arte, la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Ésta es mi fe literaria. Libertad en todo. Pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.»

Pero no eran «orgías de imaginación» lo que había que temer de los chilenos. De la Universidad salieron historiógrafos, investigadores, gramáticos, economistas y sociólogos, más bien que poetas. El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado á idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente é innegable. No pretendemos por eso que haya de durar siempre. Dios hace nacer el genio poético donde quiere, y no hay nación ni raza que esté desheredada de este don divino. Los nombres, caros á las musas, de Eusebio Lillo, Guillermo Matta, G. Blest Gana, Eduardo de la Barra, y otros poetas vivos aún, y que, por consiguiente, no deben ser aquí materia de nuestro estudio,

son prenda de un porvenir que puede ser tan honroso para Chile como lo es el presente bajo otros respectos. Pero hoy por hoy todavía puede decirse que la cultura estética no ha echado raíces bastante hondas en Chile; lo cual se comprueba, no sólo con la relativa escasez de su producción poética comparada con la de otras Repúblicas hispano-americanas, sino con el carácter árido y prolijo que se advierte en muchos escritos en prosa dignos de alabanza por su contenido; y con la falta de estilo y arte de exposición que en las mismas monografías históricas, que son el nervio de su literatura, deslucen muchas veces los resultados de una labor sabia, paciente y honradísima. No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman é ilustren con comentarios; pero el historiador, para no ser un simple cronista, necesita cierto grado de imaginación histórica, y cierto buen gusto que le marque la distinción entre lo importante y lo superfluo. Yo admiro y aplaudo el ardor patriótico con que los chilenos se consagran al esclarecimiento de sus anales patrios; pero observo cierta falta de armonía y de proporción en sus trabajos, por lo cual es difícil que fuera del país en que se escriben logren muchos lectores. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que las de Grecia por Curtius ó por Grote. Evidentemente es demasiado, y no basta todo el entusiasmo nacional para borrar la diferencia y para hacer interesante lo que de suyo no lo es. Por último, el predominio del positivismo dogmático, triunfante al parecer en la enseñanza oficial durante estos últimos años, contribuye á aumen-

tar la sequedad habitual de la literatura chilena, sólida por lo común, pero rara vez amena.

Como principales periódicos literarios, posteriores al *Semanario de Santiago*, pueden citarse *El Crepúsculo*, que en 1843 fundó Lastarria, y pereció al año siguiente á consecuencia del famoso artículo heterodoxo de Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, que atrajo sobre su autor y sobre la revista una condenación y un proceso; la *Revista de Santiago*, que el mismo infatigable Lastarria comenzó á publicar en 1848 con la colaboración de Bello, los hermanos Amunátegui y otros, durando, con varias alternativas, hasta 1857; la *Revista de Ciencias y Letras*, que empezó á salir aquel mismo año como órgano de la escuela conservadora; la *Revista del Pacífico*, que en 1858 dirigía en Valparaíso D. Guillermo Blest Gana; *La Semana*, de los hermanos Arteaga Alemparte (D. Justo y D. Domingo); *La Estrella de Chile*, revista católica fundada en 1867; la nueva *Revista de Santiago*, de D. Fanor Velasco y D. Augusto Orrego Luco (1872), y en estos últimos años, la *Revista de Artes y Letras*, que por desgracia ha desaparecido. Como publicación oficial, de las más notables de América, descuellan los *Anales de la Universidad de Chile* (1).

En todas ó en la mayor parte de las colecciones antes citadas, pueden seguirse paso á paso los progresos de la literatura chilena, á cuyo desarrollo han contribuido

(1) Es obra de indispensable consulta la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena. Obra compuesta en virtud de encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile, por D. Ramón Briseño*. Santiago de Chile, 1862. Dos tomos en folio.

también diversas asociaciones de vario género, como el *Círculo de los Amigos de las Letras*, la *Academia de Bellas Artes* (instituciones una y otra en que predominó el espíritu racionalista de Lastarria), el *Centro de Artes y Letras de Santiago*, etc., todas las cuales abrieron certámenes de poesía y premiaron muchos versos.

De los poetas que en estos últimos años han fallecido, merece especial recuerdo D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), que se distinguió además como publicista liberal de mucha nota y como enérgico orador parlamentario. Sus estudios habían sido clásicos, y en defensa de la enseñanza del latín sostuvo una notable campaña. Esta sana educación se revela en el limpio estilo, así de sus versos originales, entre los cuales sobresale el himno *Al Amor*, en metro manzoniano, que va en esta colección; como en sus traducciones de lord Byron y Víctor Hugo, y de un fragmento del libro 1 de la *Eneida*. Pero también es justo confesar que nada de primer orden se encuentra en estas rimas, y que el vigoroso talento de su autor tuvo por verdadero campo de acción y de triunfo la polémica política (1). Puede citarse también á D. Manuel Blanco Cuartín, poeta satírico y festivo (2), que heredó de su padre D. Ventura Blanco Encalada la afición á los clásicos españoles y la pureza del idioma; á D. Zorobabel Rodríguez, valiente

(1) Las poesías de Domingo Arteaga Alemparte forman el primer tomo de sus *Obras completas* (Santiago, 1880).

(2) Publicó además dos leyendas, *Doña Blanca de Lerma* y *Mackandal ó amor de tigre*. Debió su principal reputación al periodismo en *El Conservador*, *El Mosaico*, *El Cóndor* y *El Mercurio*.

controversista católico y autor del muy útil *Diccionario de chilenismos*; y al malogrado D. Martín José Lira (1835-1867), cantor de estro suave y melancólico.

## XII.

## REPÚBLICA ARGENTINA.

El inmenso territorio comprendido entre el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico, formó, por Real cédula de 1778, un nuevo virreinato, llamado de Buenos Aires, que la Revolución separatista vino á fraccionar en cuatro repúblicas de muy desigual extensión é importancia: Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay. De la primera hemos hablado ya; la tercera no tiene historia literaria, propiamente dicha, á lo menos en los tiempos modernos (1); resta tratar de las otras dos, y muy especialmente de la Argentina, cuya superior importancia en la cultura de la América del Sur, comienza propiamente con el hecho de la emancipación.

En el período colonial, sus tradiciones literarias son muy escasas. La literatura empieza allí, como en lo restante de América, con crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista; tan importantes algunas

(1) De algunos vestigios de su antigua cultura se hablará en este capítulo por la relación que tienen con las cosas de Tucumán y Buenos Aires. No dudo que recorriendo íntegramente las bibliografías jesuíticas de los PP. Backer y Sommervogel, se encontrarán los nombres de algunos Padres de la Compañía, residentes en el Paraguay, que compusieran versos latinos ó castellanos; pero confieso que me ha faltado tiempo y valor para empeñarme en esta investigación de resultado tan dudoso.

también diversas asociaciones de vario género, como el *Círculo de los Amigos de las Letras*, la *Academia de Bellas Artes* (instituciones una y otra en que predominó el espíritu racionalista de Lastarria), el *Centro de Artes y Letras de Santiago*, etc., todas las cuales abrieron certámenes de poesía y premiaron muchos versos.

De los poetas que en estos últimos años han fallecido, merece especial recuerdo D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), que se distinguió además como publicista liberal de mucha nota y como enérgico orador parlamentario. Sus estudios habían sido clásicos, y en defensa de la enseñanza del latín sostuvo una notable campaña. Esta sana educación se revela en el limpio estilo, así de sus versos originales, entre los cuales sobresale el himno *Al Amor*, en metro manzoniano, que va en esta colección; como en sus traducciones de lord Byron y Víctor Hugo, y de un fragmento del libro 1 de la *Eneida*. Pero también es justo confesar que nada de primer orden se encuentra en estas rimas, y que el vigoroso talento de su autor tuvo por verdadero campo de acción y de triunfo la polémica política (1). Puede citarse también á D. Manuel Blanco Cuartín, poeta satírico y festivo (2), que heredó de su padre D. Ventura Blanco Encalada la afición á los clásicos españoles y la pureza del idioma; á D. Zorobabel Rodríguez, valiente

(1) Las poesías de Domingo Arteaga Alemparte forman el primer tomo de sus *Obras completas* (Santiago, 1880).

(2) Publicó además dos leyendas, *Doña Blanca de Lerma* y *Mackandal ó amor de tigre*. Debió su principal reputación al periodismo en *El Conservador*, *El Mosaico*, *El Cóndor* y *El Mercurio*.

controversista católico y autor del muy útil *Diccionario de chilenismos*; y al malogrado D. Martín José Lira (1835-1867), cantor de estro suave y melancólico.

## XII.

## REPÚBLICA ARGENTINA.

El inmenso territorio comprendido entre el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico, formó, por Real cédula de 1778, un nuevo virreinato, llamado de Buenos Aires, que la Revolución separatista vino á fraccionar en cuatro repúblicas de muy desigual extensión é importancia: Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay. De la primera hemos hablado ya; la tercera no tiene historia literaria, propiamente dicha, á lo menos en los tiempos modernos (1); resta tratar de las otras dos, y muy especialmente de la Argentina, cuya superior importancia en la cultura de la América del Sur, comienza propiamente con el hecho de la emancipación.

En el período colonial, sus tradiciones literarias son muy escasas. La literatura empieza allí, como en lo restante de América, con crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista; tan importantes algunas

(1) De algunos vestigios de su antigua cultura se hablará en este capítulo por la relación que tienen con las cosas de Tucumán y Buenos Aires. No dudo que recorriendo íntegramente las bibliografías jesuíticas de los PP. Backer y Sommervogel, se encontrarán los nombres de algunos Padres de la Compañía, residentes en el Paraguay, que compusieran versos latinos ó castellanos; pero confieso que me ha faltado tiempo y valor para empeñarme en esta investigación de resultado tan dudoso.

como la del bávaro Ulrico Schmidel, que en 1534 formó parte de la expedición de D. Pedro de Mendoza, en que iban 150 alemanes y flamencos; y los *Comentarios* del heroico adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por primera vez impresos en 1555.

Entre estas crónicas no podía faltar alguna escrita en verso y con pretensiones de poema épico. Pero la región del Plata, menos afortunada en esta parte que Chile y Nueva Granada, no tuvo un Ercilla ni siquiera un Pedro de Oña ó un Castellanos, que enalteciesen los hechos de su conquista; sino que le hubo de caer en suerte uno de los más pedestres y desmayados versificadores, entre los muchos á quienes la historia del Nuevo Mundo prestó argumento. Tal fué el extremeño D. Martín del Barco Centenera, natural de Logrosán, en la diócesis de Plasencia, soldado en la expedición del adelantado Juan Ortiz de Zárate (la cual partió de Sanlúcar en 17 de Octubre de 1572), y en su vejez arcediano del Tucumán. Su poema histórico, que consta de veintiocho cantos, lleva el título de *Argentina y conquista del río de la Plata, con otros acaecimientos de los reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil* (1), y fué impreso en Lisboa en 1602.

(1) *Argentina...* por el Arcediano D. Martín del Barco Centenera, dirigida á D. Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo, virrey, gobernador y Capitán general de Portugal, por el rey Philipó III nuestro señor.... con licencia. En Lisboa. Por Pedro Crasbeek, 1602.

8.º mayor; 230 pliegos dobles sin contar cuatro de principios. Preceden al poema, además de un soneto del autor á su obra, versos laudatorios de Juan de Zumárraga Ibargüen; de Diego de Guzmán, vecino de Oropesa, en el Perú; del licenciado Pero Jiménez, vecino de Oropesa; del bachiller Gaminó Correa, y de Valeriano de Frías de Castillo, que se titula lusitano.

Ha sido tan menudamente analizado y tan magistralmente juzgado por el crítico argentino D. Juan Manuel Gutiérrez, que casi me parece inútil pretender hacerlo de nuevo y con palabras distintas de las suyas. «La Argentina (dice Gutiérrez), toca con la prosa más humilde, por la desnudez del estilo y el desaliño de la locución.... Pertenece á esa degenerada familia de poemas americanos, que no merece llevar en su blasón los cuarteles del hidalguísimo Ercilla, sino cruzados por barras transversales que indican bastardía, según las leyes de la heráldica.... En vano hostiga Barco Centenera á su lerdo Pegaso.... Se entrometió á historiar en verso lo que apenas hubiera escrito bien en prosa casera y corriente; pero fué el único que legó á la posteridad, como testigo ocular, los interesantes sucesos de la conquista del Río de la Plata.... Centenera es el exclusivo cronista del adelantado Juan Ortiz de Zárate, y el biógrafo más minucioso de una parte de la vida del fundador de Buenos Aires, D. Juan de Garay. Al lado suyo se encontraba cuando se echaron los primeros cimientos de esta gran ciudad. La administración de Garay y la de su sucesor Mendieta, no puede estudiarse ni conocerse

Esta primera edición es muy rara y de alto precio en el mercado bibliográfico.

La *Argentina* está reimpressa en el tomo III de los *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales*, coleccionados por D. Andrés González Barcia (1749), y también en el tomo III de la importante *Colección de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones, por Pedro de Angelis* (Buenos Aires, imprenta del Estado, 1836, 7 volúmenes, folio). Sé que hay alguna edición posterior, de Montevideo ó de Buenos Aires.

El estudio más importante sobre este poema es el que publicó D. Juan María Gutiérrez en el tomo VI de la *Revista del Río de la Plata*.

en otra fuente original y verídica, que en los versos de la *Argentina*».

Hasta aquí Gutiérrez, el cual por otra parte advierte (quizá con excesiva indulgencia), que no deja de haber entre el fárrago de las *déscoloridas* y *bozales* octavas del Arcediano, «alguna que otra perla que pudiera sacarse á lucir con agrado de los más delicados en materia de buenos versos».

Yo no he tenido la suerte de encontrar tales *perlas* en la *Argentina*; pero sí muchas curiosidades que hacen tolerable, y á ratos entretenida su lectura, sobre todo si uno se olvida de que está leyendo versos. El único elemento de poesía que hay en la obra, procede de la nimia credulidad del autor, de su desenfrenada inclinación á todo lo maravilloso. Creía á pies juntillos en la encantada laguna del Dorado y en el imperio del Paytiti, describiéndonos la magnificencia de sus edificios; el palacio del Emperador, ó gran Moxo; los aparadores y las vasijas de metal con que se servía; las puertas de bronce con leones aherrojados en cadenas de oro; la imagen del disco de la luna sobre una columna de veinticinco pies de alto (como si él propio la hubiera medido) toda de plata, iluminando la laguna; las plazas, arboledas, jardines y fuentes con caños de oro; el altar y lámparas de plata inextinguibles, con otras mil maravillas y grandezas que exceden á cuanto puede inventar la más delirante fantasía. No son menos estupendos los prodigios naturales de que nos informa, dándose siempre por testigo de vista, y procediendo, sin duda, de buena fe, aunque guiado por una observación superficial é incompleta, como de hombre rudo y supersticioso. Nos habla, por ejemplo, de varios pescados muy semejan-

tes al hombre; de la Sirena, «hermosa como una bella dama», que aparece gimiendo y esparciendo sus doradas crines en medio de la laguna donde mora; y sobre todo de un anfibio «de espantable compostura», pero muy sentimental y muy inclinado al amor de las mujeres. Los versos del canto noveno, en que cuenta el susto que este enamorado monstruo dió á una dama en la playa, deben transcribirse á la letra, porque, como vulgarmente se dice, no tienen desperdicio:

Un pece de espantable compostura  
Del mar salió reptando por el suelo:  
Subióse ella huyendo en una altura  
Con gritos que ponía allá en el cielo:  
El pece la siguió: la sin ventura  
Temblando está de miedo con gran duelo;  
El pece con sus ojos la miraba,  
Y *al parecer* gemidos arrojaba.  
Salió en esto el galán de la montaña  
Y el pece se metió en la mar huyendo.....

Quien había visto tales peces, no es maravilla que conociera también mariposas que se convierten en ratones dentro del hueco de cierta caña (canto III).

El agua es muy sabrosa, clara y fría;  
Mas, yendo ya la caña madurando,  
Un gusano se engendra adentro y cria,  
Y al cañuto el gusano horadando  
Afuera mariposa parecía:  
Con las alas comienza de ir volando,  
Y por tiempo las pierde, y queda hecho  
De forma de ratón hecho y derecho.

Hay episodios en el poema que si estuvieran escritos en otro estilo, interesarían grandemente. Tal es la descripción del hambre que pasaron los expedicionarios de

Zárate en la isla de Santa Catalina, con el tierno rasgo de dos enamorados de Hornachuelos, que mueren extenuados en aquellas selvas buscando *palmitos* (ó sean cogollos tiernos de palmera). Habían pasado allí una noche bajo los árboles, el amante devorado por la fiebre, su compañera velándole:

No quiero referir lo que trataron  
Los tristes dos amantes y su llanto,  
Las voces y suspiros que formaron,  
Porque era necesario entero canto.....

Al llegar el alba, el amante se aleja para buscar algún sendero, y sucumbe á la fatiga en el camino, y el autor termina su narración con estos sentidos versos, que son quizá los mejores de su poema:

Quedó por esta causa allí la dama  
De dolor y congoja y pena llena,  
Do la siguiente noche tuvo cama  
Triste, sola, llorosa, en el arena.

La fantasía de un verdadero poeta podía sacar partido de otros episodios del poema de Centenera; por ejemplo: de la mágica navegación de un tal Carreño á España en tres días, en un barco tripulado por una legión de demonios, á los cuales daba órdenes contrarias á las que él quería que ejecutasen, y ellos realmente ejecutaron (canto x); de las hechicerías de Yamandú, emperador de las islas del Paraná, á quien quiso catequizar el propio Centenera, aunque *en vano*,

*Porque era muy malvado este pagano;*

de los amores de Liropeya y Yanduballo, imitados manifiestamente de los de Caupolicán y Fresia, en Pedro

de Oña; de la muerte del franciscano Fr. Alonso de la Torre, á quien el mismo Centenera, perdido con él en los bosques, ayuda á cortar algunas ramas para hacerse una cama de hojas donde cerrar los ojos para siempre; de la muerte tan diversa del joven Leiva, á quien sus enemigos arrancan de los brazos de su esposa, que proféticamente le había dicho: «Te huele el pescuezo á esparto»:

El hilo le cortaron de la tela,  
Que el triste sin ventura mal tejía;  
Su esposa con dolor está llorando  
Y sus rubios cabellos arrancando.

Por lo demás, el poema no tiene unidad, ni plan, ni concierto: el autor va y viene á merced de sus recuerdos: mezcla continuamente lo geográfico con lo histórico: se pierde en interminables descripciones y en moralidades impertinentes al asunto, aunque no inútiles para conocer el carácter del poeta, que, si no era enteramente lo que hoy diríamos un pesimista, parece haber sido, por lo menos, muy propenso á la melancolía. «Estoy enseñado (dice) á tratar de tristezas y lamentos, porque en la vida he tenido pocos placeres», se complace en describir todo género de escenas lúgubres, y meditando sobre el destino humano, llega á expresar, aunque en malos versos, pensamientos bastante análogos á los del monólogo de *Hamlet*, según nota acertadamente Gutiérrez:

La muerte de sí tiene tal tristeza  
Por no saber el hombre el paradero;  
Que si de éste se tiene tal certeza,  
Alegre es aquel trance y plentero:  
Dejar un mundo tal y tal vileza

Había de dar gozo muy entero,  
Y en lugar de tristeza, gran consuelo,  
Pues vemos que salimos de este suelo.

.....  
¡Si se tuviese el buen conocimiento  
De aquesta triste vida tan funesta,  
Con la muerte contento se tendria,  
Tomándola por gozo y alegría!

Los desengaños del amor debieron de influir algo en esta disposición de su ánimo: á lo menos son frecuentes sus lamentaciones sobre la perfidia de las mujeres:

Por do decir podemos de la hembra:  
Mudanza cogerá quien amor siembra.....  
.....  
Pues ¿quién tendrá en mujer ya confianza  
Sabiendo que en su pecho está estampada  
Y al vivo la mudanza retratada?

Gran parte del poema se refiere á las cosas del Perú, y no á las del Río de la Plata, y el autor pasa de las unas á las otras con muy poco orden. Así intercala en los cantos XVI y XVII la rebelión de D. Diego de Mendoza contra el virrey D. Francisco de Toledo, y más adelante el terremoto de Arequipa, los cánones del Concilio Limense de 1581, la enumeración laudatoria de las damas de Lima, de quienes dice, no obstante, al contar la prohibición de los rebozos que hizo el Concilio:

No se muestran esquivas y tiranas;  
Que escuchan á quien quiere requebrallas,  
Y dicen so el rebozo chistecillos  
Con que engañan á veces á bobillos.

Los tres últimos cantos están enteramente dedicados á contar la derrota del pirata inglés Tomás Cavendish, en aguas del Brasil, en 1592.

Pero el mayor interés histórico del poema consiste, sin duda, en lo que atañe á su peculiar asunto, que es el Tucumán y el Río de la Plata; y aquí resulta Centenera exactísimo cronista y fiel observador de los caracteres de la raza indigena llamada *charrúa*, de quien escribe:

Es gente muy crecida y animosa,  
Osada y atrevida en gran manera,  
En guerras y batallas belicosa,  
Empero sin labranza y sementera:  
.....  
Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan,  
Corriendo por el campo, los venados;  
Tras fuertes avestruces se abalanzan,  
Hasta de ellos se ver apoderados;  
Con unas bolas que usan los alcanzan  
Si ven que están á lejos apartados;  
Y tienen en la mano tal destreza,  
Que aciertan con la bola en la cabeza.

En resumen, aunque el poema del arcediano Centenera sea fastidioso y mal pergeñado, es, sin disputa, uno de los libros más importantes de la primitiva historia de América.

Además, puede decirse que á este poema está reducida la literatura argentina en los dos siglos XVI y XVII. Sólo de otros dos poetas tengo noticia que residieron en lo que entonces vagamente se llamaba Paraguay y reino de Tucumán. Fué el primero Bernardo de la Vega, á quien Nicolás Antonio supone natural de Madrid, pero que se titula gentilhombre andaluz al principio de la rarísima novela que en 1591 imprimió con título de *El Pastor de Iberia* (1), libro que estaba en la

(1) *El Pastor de Iberia*, compuesto por Bernardo de la Vega, gentil-hombre andaluz. Dirigido á D. J. Téllez Girón, Duque y Conde de Ureña, Camarero

librería de D. Quijote y fué entregado al brazo seglar del ama, juntamente con el *Desengaño de amor y zelos*, de Enciso, y las *Ninfas y Pastores del Henares*, de B. González de Bobadilla. Es obra del género pastoril, dividida en cuatro libros, y compuesta en prosa y verso como todas las de su clase. El autor parece haber intercalado en ella alguna parte de sus aventuras, pintándose en la persona del protagonista Filardo, que, preso en su aldea por sospechas de asesinato, logra evadirse con el favor de sus amigos de Sevilla, se embarca en Sanlúcar y va á parar á Canarias, donde nuevamente le prenden, y nuevamente recobra la libertad. La narración es insulsa y pesada, el lenguaje inculto y plagado de solecismos, y los versos son tales, que el gran Cervantes, que era la indulgencia misma, no sólo los condenó al fuego en el donoso escrutinio, sino que en el *Viaje del Parnaso* (cap. vii) puso á su autor en el ejército de los malos poetas que embestían la montaña sagrada:

Llegó *El Pastor de Iberia*, aunque algo tarde,  
Y derribó catorce de los nuestros,  
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.

Créese generalmente, sobre la autoridad de Nicolás Antonio, que este novelista sea el mismo Bernardo de la Vega, que pocos años después se encontraba en América (sin duda porque la estancia en Canarias no le pareció bastante segura), y que, andando el tiempo

*mayor del Rey nuestro señor y su Notario mayor en los reinos de Castilla. En Sevilla, en casa de J. de León, impresor, 1591.*

8.º, 228 páginas dobles. Con aprobación de Fr. Pedro de Padilla, y versos laudatorios del Licenciado Baltasar de Cepeda, del Licenciado Mesía de la Cerda y de B. Cairasco de Figueroa.

y abrazando el estado eclesiástico, llegó á ser canónigo de Tucumán, después de haber residido en Méjico, donde en 1600 compuso algunos versos para el túmulo de Felipe II, que se leen en la *Relación historiada de las exequias* de aquel monarca, escrita por el Dr. Dionisio de Ribera Flórez (1). Lo que no hemos llegado á ver son dos libros suyos, impresos también en Méjico en 1601, que hallamos citados por Nicolás Antonio: *La Bella Cotalda y cerco ae París*, que será probablemente un poema caballeresco del género orlándico, y la *Relación de las grandezas del Perú, México y los Ángeles*. Vivía aún Bernardo de la Vega en 1623, puesto que se le menciona en el *Encomio de los ingenios sevillanos*, de Juan Antonio de Ibarra.

También anduvo *por Paraguay y el reino de Tucumán* otro desconocido poeta andaluz, llamado Luis Pardo, de quien no sé que reste verso alguno, pero de quien Lope refiere, en el *Laurel de Apolo* (silva 2.ª), una leyenda de las más extrañas y fantásticas:

Aquí *Luis Pardo* estuvo,  
Ingenio felicísimo, si diera  
Más á la pluma y menos á la espada;  
Mas la contienda que en su pecho tuvo  
El Dios sangriento de la quinta esfera,  
Siempre la vista de diamante armada,  
Con el docto Cilenio,  
Fué causa que inclinase más su ingenio  
Al estruendo marcial, si bien tenía  
Á Venus que de trino le miraba,  
Con que templar este rigor solía,  
Y deponiendo la fiereza amaba.  
Pues olvidando á Flandes,

(1) Méjico, en casa de Pedro Balli, 1600.

Donde tuviera por hazañas grandes  
 Los cargos más honrosos de la guerra,  
 Amigos, ocio, amor y propia tierra  
 Le dieron lotos; y una Circe hermosa  
 (No de otra suerte que detuvo al griego  
 Después de aquel fatal troyano fuego)  
 Dulcemente engañosa,  
 Rémora fué de nuestro gran poeta;  
 Mas siendo más hermosa que discreta,  
 Daba lugar á un hombre poderoso  
 Que la hablaba de noche de secreto.  
 El poeta celoso,  
 No armado de satírico soneto  
 Ni de prólogos fríos,  
 Con tantos ignorantes desvarios,  
 Sino de su valor y de su queja,  
 Quitó los embozados de la reja,  
 De suerte que de cuatro dos se fueron;  
 Que los dos que esperaron no pudieron.  
 Con esto fué forzosa diligencia  
 Embarcarse á las Indias con la flota.  
 La dama lamentó su injusta ausencia,  
 Porque la vida rota  
 Adora en los amores criminales;  
 Pero al fin de seis meses que tenía  
 Nuevas de que vivía  
 Entre los argentados minerales  
 Del reino de Tucuma,  
 La noche del mayor de los nacidos (1)  
 Para ver una huerta prevenidos  
 El arraez y el barco,  
 Que estaba media legua de Sevilla,  
 Rompió del Betis la nevada espuma,  
 Siendo piloto amor, y el remo el arco.  
 Llegados á la orilla,  
 Cortó el arraez ramos, renovando  
 Los que estaban marchitos, y durmiendo,  
 Lisonjeado del susurro blando  
 Del agu y viento, poco más de un hora,  
 Despertó con los rayos de la aurora;

(1) La noche de San Juan Bautista, que se consideraba como clásica para las hechicerías.

Y á la ciudad volviendo,  
 Se fué la dama, y él quedó pagado  
 Del viaje y del sueño.  
 Estaba por la tarde con su dueño  
 Á la orilla del agua el barco atado,  
 Cuando algunos indianos, viendo el leño  
 De mil árboles indios enramado,  
 Bejucos de guaquimos,  
 Camaironas de arroba los racimos,  
 Aguacates, magüeyes, achiotes,  
 Quitayas, guamas, tunas y zapotes,  
 Preguntaban de dónde había traído  
 Árboles que en la India habían nacido,  
 Tan frescos á Sevilla.  
 El arraez juraba  
 Que los cortó de la primera huerta,  
 Que cerca de la orilla  
 Del Betis claro á media legua estaba,  
 Dejando los marchitos que llevaba,  
 Sin ver la gente ó descubrir la puerta;  
 De donde se entendió por cosa cierta,  
 Y porque declaró que había tenido  
 Un sueño que le tuvo en tanto olvido  
 Que aun despertando le turbó la vista,  
 Que fué y vino la noche del Bautista,  
 Pues no hay otra razón que se presuma  
 Desde Sevilla al reino de Tucuma.

La instrucción pública en esta vasta región de la América meridional corrió casi exclusivamente á cargo de los jesuitas, siendo su principal centro la Universidad de Córdoba del Tucumán, una de las más célebres de América después de las de Méjico y Lima. En 1586 penetraron en la gobernación de Tucumán, procedentes del Perú, los primeros misioneros de la Compañía, extendiéndose desde allí por el Paraguay, cuyo nombre tomó la célebre provincia jesuítica fundada en 1606, en el generalato de Claudio Aquaviva. Cuando el P. Torres, su primer Provincial, empezó á regirla, no había en ella

más que catorce religiosos repartidos en un colegio y tres casas. En 1614 llegaban ya á diez y nueve los colegios, residencias y misiones, y á ciento veintidós el número de Padres. Once años adelante, la acción de los misioneros se extendía al Paraná y al Uruguay, y en 1650 recibía su organización definitiva aquel pacífico imperio colonial, el más extraordinario de que la historia conserva recuerdo.

Desde 1610 el colegio de Córdoba del Tucumán, considerado como colegio máximo y principal Seminario de la provincia, tenía estudios de artes y teología para los novicios; pero los primeros conatos de Universidad datan de 1613, en que el obispo Dr. Fr. Fernando de Trejo y Sanabria, de acuerdo con el provincial Torres, destinó gran parte de sus rentas á la fundación de un colegio en que los Padres de la Compañía de Jesús «leyesen latín, artes y teología». Ocho años después (1622) estos estudios fueron elevados, por Breve de Gregorio XV y Real cédula de Felipe III, á la categoría de Universidad, con facultad de conferir grados académicos (1). Esta Universidad, cuyas primitivas *Constituciones* son de 1680, permaneció siempre con mucho crédito en manos de los jesuitas hasta su expulsión, en que por breve tiempo se hicieron cargo de ella los franciscanos; secularizándose definitivamente en 1808. Hasta 1791 no tuvo ninguna cátedra de jurisprudencia civil ni dió grados de Doctor en esta facultad hasta 1797. Los legistas de la región argentina salían comúnmente de la Universidad de Charcas ó Chuquisaca en el Alto Perú, la cual

(1) *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba, con un apéndice de documentos, por Juan M. Garro.* Buenos Aires, 1882.

tuvo en los últimos tiempos de la colonia un espíritu enteramente diverso de la de Córdoba: ésta tradicional y conservadora, la de Chuquisaca, regalista y anticlerical: en ella se habían formado los hombres que más parte tuvieron en el movimiento revolucionario de 1810.

También se debe á los jesuitas la introducción de la imprenta, así en las misiones del Paraguay como en la ciudad de Córdoba del Tucumán. La imprenta del Paraguay tuvo carácter eminentemente catequístico, y la mayor parte de los libros que produjo están en lengua de los indígenas, circunstancia que realza su extraordinaria rareza bibliográfica con una importancia lingüística todavía mayor. Ya en 1693, con ocasión de haber traducido en lengua guaraní el P. José Serrano el libro de la *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del P. Nieremberg, y el *Flos Sanctorum*, del P. Rivadeneira, trató el general Tirso González del establecimiento de una imprenta en las llamadas *Doctrinas* del Paraguay. Lo más prodigioso fué que ni los tipos ni las planchas que sirvieron para las láminas que en grandísimo número adornan el primer libro, publicado en 1705, fueron trasladados de Europa, sino fundidos los primeros y grabadas las segundas en el breve plazo de tres años por los indios de las misiones, habilísimos artífices en todo género de obras de imitación. El aspecto de la estampación es tosco sin duda, y tiene cierta semejanza con el de los libros *xilográficos*; pero no es dudoso que la mayor parte del texto, por lo menos, se imprimía con tipos de metal. Para que todo parezca singular y misterioso en esta imprenta, hemos de añadir que no parece haber tenido domicilio fijo, sino que anduvo errante por los diversos pueblos de misiones, puesto que mientras

unos libros suenan impresos en Santa María la Mayor, otros lo están en Loreto, otros en San Francisco Xavier, y en algunos se dice solamente *Impreso en las doctrinas*. Alguna razón hubo para tanta cautela. Lo cierto que esta imprenta duró muy poco. No se conoce ningún producto suyo posterior á 1727. El libro más antiguo es, sin disputa, la traducción guaraní hecha, por el P. Serrano, del tratado *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del P. Nieremberg, libro de los más famosos de nuestra literatura ascética, que ha sido vertido, no sólo á todas las lenguas cultas, sino á las más bárbaras y exóticas, y con el cual por raro caso se inauguraron, con pocos años de diferencia, dos imprentas tan *extravagantes* como la imprenta paraguaya de los jesuitas (1705) y la imprenta árabe de los drusos del monte Líbano (1734). El texto guaraní (del cual se conoce *un solo ejemplar* en la colección americana del Sr. Trelles, de Buenos Aires), es un tomo en folio con capitales grabadas, viñetas y más de 40 láminas de gran tamaño, imitadas de las que lleva la edición de Amberes de 1684, y destinadas á hablar con gran viveza á la imaginación de los indios, mostrándoles los estragos del pecado, y el horror de los tormentos infernales (1).

Otro de los libros más célebres que de esta imprenta salieron, es el *Vocabulario de la lengua guaraní*, del Padre Antonio Ruiz de Montoya, dos veces reproducido en 1722 y 1724, con escolios, anotaciones y apéndices del P. Restivo y otros ilustres varones de la Com-

(1) Pueden verse reproducidas todas estas láminas en la magnífica publicación del bibliófilo chileno D. José Toribio Medina, *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata*. (Forma el segundo tomo de los *Anales del Museo de la Plata*, 1892.)

pañía. Fué el limeño P. Montoya (1585-1652) uno de los más grandes misioneros de aquella provincia, tenido por los suyos en opinión de santidad, insigne en los anales de la filología americana por el *Catecismo*, *Vocabulario* y *Tesoro*, que compuso, de la lengua guaraní; y memorable también por su libro de la *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape* (Madrid, 1639), libro del cual otro jesuita hizo una extraña reducción en guaraní, acomodándola á la capacidad de los indios (1).

Queda indicado ya el carácter de todo lo que esta imprenta produjo: catecismos, sermonarios, ejemplos, todo en guaraní. No hay más excepción que la misteriosa carta del infortunado Dr. Antequera y Castro, condenado poco después á muerte por el Virrey del Perú. La primera edición de esta carta, que es pieza capital en la contienda larguísima entre los jesuitas y el obispo don Bernardino de Cárdenas, tiene por pie de imprenta, *Typis missionarium Paraguariae*, 1727, y fué probablemente lo último que se imprimió allí. La imprenta de Córdoba del Tucumán es muy posterior, y tuvo mucha menos importancia. La establecieron los jesuitas un año antes de la expulsión, para que los alumnos de su colegio de Montserrat (fundado en 1686) y los de la Universidad, que también dirigían ellos, como hemos visto, tuviesen una prensa para reproducir sus tesis y demás ejercicios literarios. Esta imprenta no alcanzó más que un

(1) Ha sido publicada por D. Baptista Caetano d'Almeyda, con traducción portuguesa, en el tomo VI de los *Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio Janeiro* (1879).

año de actividad, y en tan efímera vida no llegó á producir más que tres folletos, siendo el único de alguna curiosidad la colección de cinco elogios latinos del Dr. D. Ignacio Duarte y Quirós, fundador del colegio, compuestos por el P. Manuel Peramás, natural de Mataró. Después de la expulsión de la Compañía, esta imprenta fué trasladada á Buenos Aires en 1780, y su material sirvió para establecer la primera oficina tipográfica de aquella ciudad, la llamada de *Niños Expósitos*.

El vandálico decreto de 1767 ordenando la expulsión de los jesuitas, produjo en las gobernaciones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, todavía mayor trastorno que en lo restante de América, porque las circunstancias sociales eran muy diversas (1). En otras

(1) Óigase á Gutiérrez, ciertamente nada sospechoso de parcialidad en favor de los jesuitas:

«Cualquiera que haya hecho estudio de la literatura sud-americana hasta fines del siglo pasado, no podrá menos de confesar que ninguna colonia europea ha producido más talentos ni mayor número de hombres estudiosos que la española en el Nuevo Mundo. Sólo la Compañía de Jesús cuenta en él muchos más de doscientos entre profesores y predicadores, filólogos é historiadores, brillando entre estos últimos los chilenos Ovalle y Molina, el mejicano Clavijero, el ecuatoriano Velasco y los argentinos Iturri, Juárez, Morales, Suárez, etc., etc., cuyas obras corren traducidas á varias lenguas cultas de la Europa. Lacunza dió prueba en su tiempo de una vasta lectura y de un hondo conocimiento de los libros sagrados, estudiándolos en las lenguas griega y hebrea. Buenaventura Suárez, autor del conocido *Lunario Perpetuo*, cuya primera edición es de Lisboa, adquirió por sí mismo en los claustros de Córdoba y en los bosques silenciosos del Paraguay conocimiento profundo en las ciencias matemáticas aplicadas á la astronomía, dejando pruebas prácticas de su capacidad en los gnomones solares con que decoró los patios del colegio en donde pasó (oscuro y desdeñado de los suyos) la mayor parte de su vida, manteniendo comunicación epistolar con afamados astrónomos de su tiempo.... Vióse en la necesidad de construir los instrumentos de observación con sus propias manos, empleando las maderas tersas y consistentes de los bosques vírgenes, en aquellas piezas que

partes existían diversos elementos de cultura que podían llenar en alguna medida el vacío causado por la supresión de los regulares de la Compañía, pero en las provincias argentinas no había más educadores que ellos. Buenos Aires, enriquecida por el contrabando europeo, empezaba á ser un centro comercial, pero no se había despertado aún á la vida literaria: no tenía ni imprenta ni escuelas. Los jesuitas (Techo, Xarque, Lozano, Guevara) eran los únicos que habían hecho la historia civil y religiosa del país. Si existían mapas especiales del territorio, á ellos se debían; é imperfectos y todo, eran los únicos que habían servido de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750. Asperge, Montenegro, Lozano, habían sido los únicos exploradores de la fauna y de la flora argentinas. No había faltado tampoco, á lo menos en los últimos tiempos, alguno que otro cultivador de los estudios amenos, entre ellos el ya citado P. Peramás, de quien se citan un poema manuscrito sobre *La religión en el Nuevo Mundo* y dos elegías latinas sobre la expulsión, además de las biografías de los misioneros del Paraguay, que publicó en Faenza durante su destierro, juntamente con una especie de utopía política muy curiosa, en que se compara la administración de las misiones del Paraguay con la república de Platón. (*De administratione guaranica comparatè ad Rempublicam Platonis.*)

A la tutela jesuítica sucedió la tutela *económico-tuitiva* del regalismo filantrópico del siglo pasado, repre-

requerían bronce ó platino para recibir las delicadas graduaciones con que se miden las distancias entre los astros y se señala su paso por el meridiano.» (*Revista del Río de la Plata*, tom. x, pág. 312.)

sentada especialmente por el segundo Virrey de Buenos Aires, D. Juan José de Vértiz (1). En torno suyo se agruparon hombres como Labardén, Basilabaso, Maciel, influidos todos por el espíritu reformista de su tiempo, y ganosos de extenderle á todas las esferas de la administración colonial. Hemos dicho que antes de aquella época no existían en Buenos Aires escuelas públicas de humanidades y de filosofía propiamente dichas, si bien en los conventos de dominicos, franciscanos y mercenarios nunca dejó de cursarse algún género de estudios. En 16 de Noviembre de 1771, el Virrey pidió informe á los dos cabildos, eclesiástico y secular, sobre la aplicación que había de darse á las temporalidades de los jesuitas, conforme á la Real cédula que mandaba emplearlas en objetos de beneficencia ó enseñanza. Ambos cabildos opinaron que se fundase un *Colegio Convictorio* (es decir, de vida común) y una Universidad. El Procurador general de la ciudad, D. Manuel de Basilabaso, redactó un plan de estudios en que entraban las Matemáticas y la Náutica, siendo en total once las cátedras proyectadas. Muy poco de esto llegó á realizarse. Se fundó, en efecto, el colegio de San Carlos, se dotaron cátedras de Latinidad, Filosofía y Teología, y una de Cánones; pero no se llegó á establecer las de Derecho ni menos las de Ciencias exactas, ni á darse forma á la Universidad, á pesar de la Real cédula de 31

(1) Vid. la monografía de D. Juan M. Gutiérrez sobre este personaje en la *Revista de Buenos Aires*, tomo VII, pág. 17, y también el cap. XIX del primer tomo de la *Historia de la República Argentina*, de D. Vicente J. López (Buenos Aires, 1883); obra escrita con mucho talento, aunque con innumerables galicismos, y no sé si con bastante precisión histórica.

de Diciembre de 1779, que así lo preceptuaba. Los estudiantes argentinos de Jurisprudencia siguieron formándose en Charcas, ó en Santiago de Chile. El nuevo Colegio ó Convictorio de San Carlos prosperó poco á pesar de haber tenido por primer Cancelario y Director al magistral D. Juan Bautista Maciel, famoso canonista y uno de los hombres más ilustrados de la colonia (1). En 16 de Julio de 1818 este colegio se refundió en el *de la Unión del Sur*, pero la Universidad no fué erigida definitivamente hasta el 9 de Agosto de 1821 (2).

Al mismo tiempo que se trataba de la fundación de la Universidad de Buenos Aires, Vértiz nombró visitador de la de Córdoba al obispo de Tucumán, D. José Antonio de San Alberto, que en 28 de Marzo de 1784 redactó nuevas Constituciones. Pero en el plan de estudios no se hizo por entonces novedad importante, salvo el establecimiento de una cátedra de Sagrada Escritura. Por otra parte, las competencias entre los franciscanos y el clero secular, que pretendía obtener la dirección de la Universidad y del colegio de Montserrat, originaron una lucha funesta al prestigio del claustro y á la disciplina escolar; triunfando por fin los canónigos,

(1) En la *Revista de Buenos Aires* (tomo VI) puede leerse su biografía escrita por Gutiérrez. Fué Maciel Provisor y Vicario del Obispado, y murió en el destierro en tiempo del Marqués de Loreto, sucesor de Vértiz. Compuso algunos versos de circunstancias en loor de los Obispos y de los virreyes, especialmente de Ceballos. Una de ellas se titula *Apolo presidiendo el coro de las Musas, al son de su lira, las exhorta á que canten las proezas del Júpiter español*.

(2) J. M. Gutiérrez, *Noticia histórica sobre los estudios y colegios públicos en Buenos Aires, desde el 16 de Noviembre de 1771 hasta la erección de la Universidad, con documentos inéditos y biografías*. (En el tomo II de la *Revista de Buenos Aires: directores Miguel Navarro Vióle y Vicente G. Quesada*, 1863.)

ó más bien el famoso deán D. Gregorio Funes, recientemente salido de las aulas de Alcalá, teólogo con ribetes jansenistas, escolástico ilustrado, orador con pretensiones de pompa ciceroniana, hombre docto, aunque campanudo y petulante, que fué quien principalmente llevó el peso de la contienda, ensayándose entonces para mayores y más ruidosas campañas, en que pudo campear libremente su espíritu de audacia y de intriga. Funes redactó el Memorial del cabildo contra los franciscanos, en Enero de 1785, y él fué también el primer Rector de la nueva Universidad, secularizada y condecorada con título de *Mayor* por Real cédula de 1.º de Diciembre de 1800. Su pingüe patrimonio le permitió fundar aquel mismo año la primera cátedra de Matemáticas, servicio más positivo que su celebrado plan de estudios de 1813, que no difiere en cosa sustancial de los innumerables planes y documentos del mismo género que tanto abundan en nuestra literatura de las postrimerias del siglo XVIII (1). Aquí le mencionamos sólo porque en él se inicia cierto género de enseñanza literaria, recomendando la obra de Batteux para la parte teórica, y la del abate Andrés para la histórica.

Al virrey Vértiz se debió también la inauguración del primer teatro, ó *casa pública de comedias*, en Buenos Aires, no sin oposición de los teólogos; y el establecimiento de la primera imprenta, la *de los Niños Expósi-*

(1) *Plan de estudios para la Universidad de Córdoba, que ha trabajado el Dr. D. Gregorio Funes, Deán de esta Santa Iglesia Catedral, por comisión del ilustre Claustro, á quien se lo presenta el año de mil ochocientos trece.—Córdoba, imprenta de la Universidad, año de 1842, 4.º*

(Véase la *Monografía del Dr. D. Gregorio Funes*, por A. Zinny, en el tomo xv de la *Revista de Buenos Aires*.)

tos, cuyo material se trajo de Córdoba, como ya hemos dicho. Claro es que esta imprenta no sirvió en los primeros tiempos más que para reproducir bandos, ordenanzas, edictos, pastorales y otros documentos de interés público, para surtir las escuelas de catones y cartillas, para estampar anualmente el *Almanaque* y la *Guía de forasteros*, y para alimentar la devoción con novenas, gozos y letrillas (1). Pero ya desde 1796 comenzaron á salir libros de mayor novedad y bulto como los *Principios de la ciencia económico-política*, que tradujo del francés el entonces Secretario del Consulado, y luego famoso general D. Manuel Belgrano. Y también, aunque rara vez, se ve algún opúsculo literario. Uno de ellos, las *Poesías fúnebres á la tierna memoria del virrey D. Pedro Melo de Portugal* (2), parto

(1) Quizá la primera publicación original en verso, que salió de las prensas de Buenos Aires, fué el *Septenario de los dolores de Maria Santísima..... Por..... Dr. Fr. Josef Antonio de San Alberto, Carmelita Descalzo y Obispo de Córdoba de Tucumán* (1781). Contiene siete décimas y una canción. Fué reimpresso muchas veces como opúsculo popular de devoción. De este Obispo hay muchas y muy curiosas pastorales.

(2) *Poesías fúnebres á la tierna memoria del Excmo. Sr. D. Pedro Melo de Portugal y Villena..... Virrey, Gobernador y Capitán general de las provincias del Río de la Plata..... Las compuso y respetuosamente se las consagra..... el presbítero D. Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave, licenciado en Sagrada Teología, Bachiller en Leyes y Capellán de la Real Armada..... Buenos Ayres, en la Real Imprenta de los Niños Expósitos, 1797.....*

—*Segunda parte de las poesías fúnebres..... Escribelas el autor de las mismas..... para complemento de ellas, y última demostración de su fina gratitud..... 1797.*

—*Poesías místicas teológico-morales, que para el aprovechamiento espiritual escribió el Capellán de la Real Armada, etc..... 1799.*

Una de estas poesías se titula *Avisos al pecador sumergido en la culpa y de la muerte olvidado.*

La glosa en décimas que Agüero hizo del *Misereve*, parece escrita para rivalizar con la muy conocida del Obispo de Buenos Aires, D. Manuel de Azamor y Ramírez, reimpressa en dicha ciudad en 1797, que es el mismo de la edición de las *Poesías místicas*.

poco feliz de la pedestre musa del capellán de la Armada, D. Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave, autor también de otras *Poesías místicas teológico-morales*, y de una glosa en décimas del *Miserere*, excitaron la vena satírica de algunos ingenios de la colonia, los cuales empezaban á formar un pequeño grupo de tendencias clásicas y de relativo buen gusto. Labarden, Casamayor y Prego de Oliver, eran los principales de esta *Sociedad Patriótico-Literaria*, cuyas primicias aparecieron en el más antiguo periódico de Buenos Aires, el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiográfico* (sic) *del Río de la Plata*, que comenzó á salir en 1801 bajo los auspicios del virrey Marqués de Avilés y del Real Consulado, y bajo la dirección de don Francisco Antonio Cabello y Mesa, «natural de la provincia de Extremadura, Coronel del regimiento provincial fronterizo de infantería de Aragón en los reinos del Perú, protector general de los naturales de Xauxa, Abogado de la Real Audiencia de Lima»; que tales eran los títulos con que en el prospecto se engalanaba. También gustaba de firmarse «El filósofo indiferente», y «Narciso Fellovio Cantón», anagrama con que solía pu-

Después de la revolución, este Dr. Agüero (que era español) cambió radicalmente de ideas, se hizo furibundo materialista y utilitario, fué nombrado en 1822 profesor de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires, y publicó unos *Principios de ideología elemental abstractiva y oratoria* (1824 y 1826), que le hicieron expulsar de la enseñanza.

Entre las varias sátiras que impresas y manuscritas corrieron contra las *Poesías fúnebras*, hay que contar la titulada *Diseción anatómica ó especie de análisis apologético..... en contra de los críticos que como plaga de ranas han llovido, pero indemne, sobre el autor del impreso que novisimamente corre sin especial nota por los sabios y discretos, mas despreciado por los ignorantes y tontos.*

blicar insulsas letrillas y artículos de costumbres, muy necios. La publicación era bisemanal: duró hasta Septiembre de 1802, y la colección forma cuatro volúmenes. Del estilo que gastaba «el filósofo indiferente», júzguese por algunos rasgos del enfático prospecto: «Volverán los alegres días de Saturno..... ¡Vamos al trabajo!..... Salga el *Telégrafo* y en breve establézcase la *Sociedad Patriótico-Literaria y Económica*, que ha de adelantar las ciencias, las artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre, le inflama y saca de su *soporación*, lo hace diligente y útil. Fúndense ya aquí nuevas escuelas, donde para siempre cesen aquellas voces bárbaras del escolasticismo..... Empiece á sentirse ya en las provincias argentinas aquella gran metamorfosis que á las de México y Lima elevó á par de las más cultas, ricas é industriosas de la iluminada Europa. Empiece mi pluma, en fin, á imponer á los lectores de todos los objetos, progresos y nuevos descubrimientos de la Historia, la antigüedad, las producciones naturales, las artes, las ciencias y la literatura de este país ameno, virgen, rico y venturoso. Ayudadme á escribir, oh sabios argentinos..... Ayudadme propicios para esta obra; y para acertar á hacerla dignamente, á Mercurio implórenos nos dé su ciencia.»

El intento era ciertamente patriótico, y se ve que el novel periodista había tomado por principal modelo el *Mercurio Peruano*; pero ni su talento estaba á la altura del de Baquijano ó del de Unanue, principales redactores de aquella célebre Revista; ni el terreno estaba tan preparado en Buenos Aires como en Lima para una empresa de este género, á pesar del innegable desarrollo que el espíritu de curiosidad científica iba

tomando, merced en gran parte á las comisiones de astrónomos, geodestas y naturalistas españoles, que ya para la demarcación de límites de 1777, ya para la exploración de la fauna y flora del territorio en 1789, depositaron allí los primeros gérmenes de una cultura antes desconocida. Entonces fué cuando D. Andrés de Oyarvide trazó la carta esférica de las provincias septentrionales del virreinato; y D. Diego de Alvear y D. José María Cabrer exploraron por espacio de veinticuatro años, en una extensión de más de 500 leguas, las ignoradas y extensas regiones que bañan el Paraná y el Uruguay; y D. Félix de Azara describió por primera vez más de 400 aves y cerca de 100 cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata, clasificándolos por grupos tan naturales, que algunos han sido admitidos después como géneros; dejando además un tesoro de datos de historia natural y civil en sus abundantísimas obras.

Algo de este impulso vino á reflejarse, aunque débilmente, en las páginas del *Telégrafo*, que insertó las primeras observaciones meteorológicas hechas en Buenos Aires, y alguna vez honró sus páginas con escritos del naturalista bohemio, D. Tadeo Haencke (entonces residente en Cochabamba), compañero que había sido de Pineda y Néé en la expedición científica á Filipinas, Marianas y Australia. Y realmente, por el espíritu científico está inspirada la primera y más notable poesía que apareció en el *Telégrafo*, y la primera sin duda de algún valor é importancia que se compuso en Buenos Aires: la oda *al Paraná*, de D. Manuel José de Labardén:

Augusto Paraná, sagrado río....

Este romance endecasilabo, que hoy nos parece de un

mérito no más que relativo, pudo y debió ser entonces recibido con asombro. Era una tentativa de poesía descriptiva americana, con toques de color local, agradables siempre, y novísimos en la escuela á que el autor pertenecía.

En medio del aparato mitológico propio del tiempo, aparecía el dios del gran río argentino, coronado de juncos retorcidos y de silvestre camalote,

En el carro de nácar refulgente,  
Tirado de caimanes recamados  
De verde y oro....

Describíase su gruta decorada de perlas nevadas é ígneos topacios,

En que tiene volcada la urna de oro  
De ondas de plata siempre rebosando.

El Paraguay y el Uruguay salían á su encuentro, conduciendo, para engancharlos á su carro, *los caballos del mar patagónico*. Y poseído Labardén de un entusiasmo muy sincero, aunque no muy líricamente expresado, saludaba á aquél monarca de los ríos del Sur con una especie de himno triunfal, que era al mismo tiempo anuncio ó presagio de la opulencia y felicidad que el poeta auguraba para su patria por ministerio de la industria y de las artes:

Baja con majestad, reconociendo  
De sus playas los bosques y los antros,  
Extiéndase anchuroso, y sus vertientes,  
Dando socorro á los sedientos campos,  
Den idea cabal de tu grandeza.  
No quede seno que á tu excelsa mano  
Deudor no se confiese. Tú las sales

Derrites, y tú elevas los extractos  
De fecundos aceites. Tú introduces  
El humor nutritivo, y suavizando  
El árido terrón, haces que admita  
De calor y humedad fermentos caros.

.....  
Ya enjambre vistósimo de naos  
De incorruptible leño, que es don tuyo,  
Con banderolas de colores varios  
Aguardándote está....

.....  
Ven, sacro río, para dar impulso  
Al inspiradó ardor: bajo su amparo  
Corran, como tus aguas, nuestros versos....

¿Quién no ve en el pensamiento, y hasta en algunos giros de esta oda, un no remoto parentesco con las *Silvas Americanas* de Bello, que no fueron compuestas sino muchos años después? No intentamos poner en parangón cosas de mérito tan desigual: la oda *Al Paraná* es muy incorrecta y está llena de versos que son pura prosa; pero recuérdese que en este tiempo Bello no había pasado aún de la insipidez que revela su poema *sobre la vacuna*, y había muy pocos versificadores en América capaces de competir con Labardén en los rasgos felices que tiene su canto.

Además de esta oda, se publicaron en el *Telégrafo* fábulas de Azcuénaga y varias composiciones de Prego de Oliver, de D. Eugenio del Portillo, que se firmaba *Enio Tullio Grope*, y de D. Manuel Medrano; además de una oda *Al Comercio*, anónima. Pero Labardén era, sin duda, el más poeta de todos ellos, y es lástima que se conserven tan pocas muestras de su numen. Probablemente ha perecido su tragedia de asunto americano *Siripo*, representada en el Carnaval de 1779 á beneficio de los Niños Expósitos. Fué el Ldo. Labardén uno de

los hombres más influyentes y respetados de su tiempo, y como Auditor de guerra de la Capitanía general, mereció y obtuvo la confianza del virrey Vértiz, é inspiró muchas de sus disposiciones encaminadas al bien público.

Prego de Oliver, cuyo nombre se cita siempre con el de su amigo Labardén, era español y Administrador de la Aduana de Montevideo. Gutiérrez le gradúa de poeta elegante, aunque mediano, y cita de él una oda *Á España en su decadencia*, y algunos versos eróticos. Pero lo que le dió más nombradía fueron sus *Cantos á las acciones de guerra con los ingleses en las Provincias del Río de la Plata, en los años 1806 y 1807* (1).

Aquella espléndida reconquista, que inmortalizando con el nombre de Liniers el del pueblo de Buenos Aires, dió por primera vez á los argentinos la conciencia de su fuerza viéndose vencedores de los primeros soldados del mundo, provocó en España y en América una explosión poética comparable con la que dos años antes había estallado después de Trafalgar. Ante el recuerdo de la magnífica oda de D. Juan Nicasio Gallego *Á la defensa de Buenos Aires*, quedan las demás reducidas á mera curiosidad bibliográfica; pero no faltan en algunas de ellas (2) cosas estimables, dentro de la

(1) Buenos Aires, 1808. Son cuatro odas que antes se habían impreso sueltas. ®

En *El Correo de Comercio*, que publicaba en 1810 D. Manuel Belgrano, hay también versos de Prego de Oliver. (*Himeneo*—una sátira.)

(2) El Sr. Medina, en su obra ya citada, *La Imprenta en Buenos Aires*, reproduce íntegras las principales, y trae una bibliografía muy copiosa de todas ellas; de la cual extracto las notas siguientes, que me parecen de algún interés histórico por lo que pueden contribuir á la ilustración de aquel memorable suceso.

rigida y enfática monotonía con que los falsos Píndaros de la escuela española de entonces querían simular el arrebato lírico.

No sin expresiva ternura, decía, por ejemplo, Prego de Oliver deplorando la muerte de su amigo el heroico teniente de fragata Abreu:

—*Á la reconquista de la capital de Buenos Aires por las tropas de mar y tierra á las órdenes del capitán de navío D. Santiago Liniers, el día 12 de Agosto de 1806. (De Prego de Oliver.) Buenos Aires, en la imprenta de Niños Expósitos, 1806.*

—*Á la gloriosa memoria del teniente de fragata D. Agustín Abreu, muerto de resultas de las heridas que recibió en la acción del campo de Maldonado con los ingleses, el día 7 de Noviembre de 1806. Su amigo D. Joseph Prego de Oliver.... Buenos Aires.... Año 1806.*

—*Oda en elogio de la que D. Joseph Prego de Oliver dedicó á la buena memoria de su amigo D. Agustín Abreu.... (De autor anónimo.)*

—*Á Montevideo, tomada por asalto por los ingleses en 3 de Febrero de 1807, siendo Gobernador de dicha plaza el brigadier de la Real Armada, D. Pascual Ruiz Huidobro. Por D. José Prego de Oliver....*

—*Al Sr. D. Santiago de Liniers, brigadier de la Real Armada y Capitán general de las Provincias del Rio de la Plata, por la gloriosa defensa de la capital de Buenos Aires, atacada de diez mil ingleses el 5 de Julio de 1807. Por don José Prego de Oliver. Oda.*

—*Romance heroico en que se hace reelección circunstanciada de la gloriosa reconquista de la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreynato del Rio de la Plata, verificada el día 12 de Agosto de 1806. Por un fiel vasallo de S. M. y amante de de la patria.... Buenos Ayres.... Año de 1807. (Fué su autor el presbítero D. Pantaleón Rivarola, profesor de filosofía en el Colegio de San Carlos, que la compuso en forma de romance de ciego, ó como él dice, «en verso corrido, porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y por consiguiente, es el más á propósito para que toda clase de gentes lo decore y cante: los labradores, en su trabajo; los artesanos, en sus talleres; los señores en sus estrados, y la gente común, por las calles y plazas.»)*

—*Adiciones y correcciones á la dedicatoria que el autor del Romance heroico sobre la reconquista de Buenos Ayres hizo al M. I. Cabildo.... Buenos Ayres.... 1807. (Versa principalmente sobre los errores históricos del romance, y se atribuye á D. José Joaquín de Araujo. Romance y adiciones fueron reimpresos en Lima, al año siguiente 1808.)*

—*La gloriosa defensa de la ciudad de Buenos Ayres, capital del Virreynato*

No sonará tu voz en mis oídos;  
Aquella voz que de consejo llena  
El penoso vivir me solazaba....

El mismo poeta, en estrofas de agradable corte, que recuerdan el estilo de Arriaza, saludaba de este modo á Liniers, después de su segunda victoria:

*del Rio de la Plata, verificada del 2 al 5 de Julio de 1807. Brevemente delineada en verso suelto, con notas, por un fiel vasallo de S. M. y amante de la patria, quien lo dedica, con notas, al Sr. D. Santiago Liniers y Bremont.... Buenos Aires.... Año de 1807. (Son nuevos romances de ciego, compuestos por el Dr. Rivarola.)*

—*Poema panegirico de las gloriosas proesas (sic.) del E. S. D. Santiago Liniers y Bremont... dirigido en obsequio de su excelencia y demás personas y gremios que han contribuido á la defensa de nuestro patrio suelo en dos ataques contra la nación británica. Por el Dr. D. Joseph Gabriel Ocampo, Cura y Vicario de las Dotrinas de San Juan Bautista de Finogasta, partido de Catamarca, provincia de Córdoba del Tucumán.... Buenos Aires.... 1807. (Son treinta y nueve detestables décimas.)*

—*Breve recueda del formidable ataque del ejército inglés á la ciudad de Buenos Ayres, y su gloriosa defensa por las legiones patrióticas el día 5 de Julio de 1807. (Contiene cuatro composiciones en varios metros, que se atribuyen al mismo Dr. Rivarola, y que de todos modos son muy malas. La más tolerable es un romance endecasílabo que se titula: Canto de reconocimiento al Dios de los ejércitos, según los sentimientos de algunos salmos y cánticos de la Sagrada Escritura, por el inestimable beneficio que nos ha dispensado el día 5 de Julio.)*

—*Poema que un amante de la patria consagra al solemne sorteo celebrado en la plaza Mayor de Buenos Aires por la libertad de los esclavos que pelearon en su defensa.—1807.*

Fué autor de esta oda el franciscano Fr. Cayetano Rodríguez, y de ella dice D. J. M. Gutiérrez: «Este dignísimo varón no se sintió inspirado por la victoria, que costaba sangre, sino por la magnanimidad, que desataba cadenas del pie del hombre esclavo.... La aurora de la revolución baña ya con su luz azulada las estrofas del franciscano.» Á pesar de tal recomendación, la oda es de las peores que se escribieron en aquellas circunstancias. El padre Rodríguez brilló más como orador sagrado que como poeta. Véase lo que de él escribe Gutiérrez en sus *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina* (Buenos Aires, 1860), y en su estudio *De la elocuencia sagrada en Buenos Aires antes de la revolución.* (Tomo II de la *Revista de Buenos Aires.*)

¡Gloria inmortal al héroe que al britano  
Lanzó del patrio suelo;  
Bajo la augusta bóveda del cielo  
No resonó, señor, tu nombre en vano:  
Tu militar denuedo  
Dió al hispano salud, al anglo miedo.....  
.....

—*Relación en que se individualizan la entrega de la Lámina que costó y consagró la muy noble villa de Oruro á la memoria de las dos gloriosas acciones ejecutadas en esta capital los días 12 de Agosto de 1806 y 5 de Julio de 1807.....* Buenos Aires, 1808. (Contiene varias inscripciones en verso.)

—*Sucinta memoria sobre la segunda invasión de Buenos Aires el mes de Julio de 1807.....* Buenos Aires, 1808. (Está en octavas reales, con largos comentarios en prosa.)

—*La reconquista de Buenos Aires por las armas de Su Majestad Católica.....* Silva, por D. Manuel Pardo de Andrade..... Reimpresa en Buenos Ayres..... Año de 1808.

De este mismo poeta gallego, que era oidor de Barcelona, hay otra composición al mismo asunto:

—*Derrota de los ingleses el 5 de Julio de 1807.* Silva, por D. Manuel Pardo de Andrade. Publicala el Real Consulado de la Coruña en obsequio de sus antiguos corresponsales y amigos, los valerosos habitantes de aquella leal y gloriosa ciudad. La Coruña, 1807.

—*El Triunfo Argentino.* Poema heroico en memoria de la gloriosa defensa de la capital de Buenos Ayres contra el ejército de 12.000 hombres, que le atacaron los días 2 á 6 de Julio de 1807. Por D. Vicente López y Planes, capitán de la Legión de Patricios de la misma capital. En Buenos Aires. Año 1808.

—*Buenos Aires reconquistada,* poema endecasilábico. Por J. B. de Portegueda. (México, 1806, 4.º)

—*Oda á la gloriosa defensa de Buenos Ayres por los españoles en los días 5 y 6 de Julio de 1807.* Dedicada al teniente de navio D. Manuel de la Iglesia y Darrac, su hermano. Sin l. ni a. Imprenta de Quintana. (Es edición peninsular.)

—*Rimas en honor de la España.* Por D..... Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1817. Contiene un canto épico, *La invasión inglesa en la América meridional.* El autor de estas rimas fué D. Mariano Colón, Duque de Veragua.

—*Rasgo poético á los habitantes de Buenos Aires, en obsequio del valor y lealtad con que expelieron á los ingleses de la América Meridional el 5 de Julio de 1807.....* Reimpreso en Buenos Aires..... Año de 1808.

(Es un romance endecasilabo; su autor, D. Miguel Belgrano.)

Cubrid el suelo de arrayán y rosa;  
Que ya lleno de gloria  
Se acerca el capitán, y la victoria  
Imprime el pie donde su planta posa.  
Marte le dió la lanza,  
Virtud el cielo, la virtud templanza.....

Más celebrado fué entonces, y más reputación tradicional ha conservado, aunque ciertamente no serán muchos los que en nuestros tiempos le hayan leído entero, el *Triunfo argentino*, interminable y prosaico romanzón endecasilabo de D. Vicente López y Planes, que tomó parte activa en aquella jornada como capitán de una compañía de voluntarios *patricios*. Tal circunstancia, á la vez que da valor histórico á su testimonio, explica el calor y la animación de algunos trozos en que el poeta, á pesar de su medianía, acertó á ser intérprete del sentimiento unánime y sincero de su pueblo. Por lo demás, el poema está lleno de reminiscencias virgilianas, especialmente del libro VII de la *Eneida*.

*El Triunfo Argentino*, aunque consagrado todavía á la gloria de las armas españolas, puede considerarse como el primer destello de la poesía patriótica argentina, puesto que lo que principalmente exalta es el heroísmo del pueblo de Buenos Aires. Cabalmente el mismo López Planes iba á ser uno de los prohombres de la revolución, ya como secretario del general Ocampo, en 1810, ya como diputado á la Soberana Asamblea de 1813, ya como ministro del dictador Pueyrredón, en 1816, ya como Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1827. Su nombre es principalmente famoso por ir unido al *Himno Nacional Argentino*, que puso en música el catalán D. Blas Parera. Este himno es el mejor de los cantados en América durante el pe-

riodo revolucionario, lo cual no quiere decir que sea una obra maestra, ni mucho menos. Desde luego, empieza con un verso que no lo es, si se pronuncia como es debido:

«Oid, mortales, el grito sagrado.....»;

y hay otros varios también mal acentuados, cosa doblemente grave en una composición destinada al canto.

Pero en conjunto, esta *marcha* guerrera tiene viveza é impetu bélico. Se ve que el autor quiso imitar el canto de guerra que Jovellanos había compuesto para Asturias en 1811:

«Ved qué fieros sus viles esclavos  
Se adelantan del Sella al Nalón,  
Y otra vez sus pendones tremolan  
Sobre Torres, Naranco y Gozón.»  
.....

Y dice López remedándole:

«¿No los véis sobre Méjico y Quito  
Arrojarse con saña tenaz,  
Y cuál lloran, bañados en sangre,  
Potosí, Cochabamba y la Paz?.....»  
.....

Compuso López otras poesías de circunstancias, que, generalmente, valen poco (1). Quizá merezca exceptuarse una oda *A la batalla de Maipo*, que no conocemos, pero de la cual dice Gutiérrez: «La composición que comienza, *Aquella ingrata noche había pasado*, es intachable entre las que se conocen de López.»

(1) En *El Correo del Comercio*, que publicaba en 1810 D. Manuel Belgrano, hay de D. Vicente López, una oda titulada *Delicias de la vida del labrador*.

Con él compartieron, en los días de la guerra, el oficio de poetas patrióticos, el sargento mayor de artillería D. Esteban Luca, D. Juan Crisóstomo Lafinur, y otros versificadores clásicos de menos nombre. Luca tenía más estro y dicción más poética que López; su *Canto lírico á la libertad de Lima* (1) contiene trozos de noble y majestuosa entonación en el género de Quintana; sus odas *A la batalla de Chacabuco* y *Al triunfo de lord Cochrane en el Callao*, son ciertamente poesías de escuela, atestadas de fárrago mitológico y de invocaciones á Apolo y á las Musas, pero están versificadas con mucho vigor, y valen más que las de Fernández Madrid y otros colombianos y mejicanos que por entonces lograban efímera gloria, obscurecida del todo apenas resonó el canto victorioso de Olmedo. Á Lafinur le considera Gutiérrez como «el poeta romántico de esta época clásica» (romántico á la manera de Cienfuegos); y pondera mucho sus tres elegías á la muerte del general Belgrano, «por su pasión, por su abundancia y por su ter-

(1) Es aquél tan celebrado, que comienza:

«No es dado á los tiranos  
Eterno hacer su tenebroso imperio.....»

Luca naufragó en el Río de la Plata, en Marzo de 1824, volviendo de Río Janeiro, sin que se pudiese encontrar su cadáver. Este fin trágico ha inspirado á Olegario Andrade su fantasía de *El Arpa perdida*, que termina con estos versos:

«Desde entonces el viajero  
Oye en la noche plácida y serena,  
O entre el rumor de la tormenta brava,  
Como el eco de dulce cantilena  
Que de lejos lo llama;  
Es el arpa perdida,  
El arpa del poeta peregrino,  
Casi olvidado de la patria ingrata,  
Que duerme entre los juncos de la orilla  
Del turbulento y caudaloso Plata.»

nura casi filial»; pero de tales elogios hay que descontar bastante cuando se leen las celebradas elegías y se tropieza con versos de esta laya:

«Así la rosa, cuando dulce expira,  
Descarga su fragancia en quien la mira.»

Lafinur, cuyo gusto no llegó á formarse nunca, era, al decir del mismo Gutiérrez, «uno de esos hombres de acción y de entusiasmo, cuyos escritos son inferiores á su talento y á su fama». En los veintisiete años de su vida, fué sucesivamente sochantre de la catedral de Córdoba, militar, periodista en Chile en colaboración con Fr. Camilo Enriquez, músico, y profesor de filosofía materialista, de cuyos errores abjuró después, muriendo como fervoroso cristiano (1).

Más notable también por su personalidad excéntrica y aventurera, por su raro talento y variedad de facultades, que por sus escritos, que fueron muy poco numerosos, se nos presenta otro argentino, D. Juan Antonio Miralla. Estudiante de medicina en Lima; comerciante en la Habana; amigo de Vargas Tejada y de Fernández Madrid, con quien fundó, en 1821, *El Argos*; conspirador contra España en Colombia, en Méjico y en los Estados Unidos, pasó la mayor parte de su vida fuera del

(1) La mayor parte de las poesías patrióticas de los autores citados hasta aquí, y de otros que omitimos, están recopiladas en una colección, ya muy rara, que se publicó en Buenos Aires durante la administración de Rivadavia:

«*La Lira Argentina, ó Colección de las Piezas Poéticas, dadas á luz en Buenos Ayres durante la guerra de su independencia. Buenos Ayres, 1824, 4.º, VII-515 páginas.*»

Muchas de ellas figuran en la *América Poética* de Valparaíso.

suelo natal, y murió en Puebla de los Ángeles en 1825 (1). Apenas queda de él ninguna obra original; pero hizo dos traducciones muy notables: la de las *Cartas de Jacopo Ortis*, de Hugo Fóscolo (publicada en la Habana en 1822, reimpresa en Buenos Aires en 1835), donde los pasajes de Dante y Alfieri que Fóscolo cita están puestos en verso castellano con notable propiedad y acierto; y la literalísima versión, casi improvisada, que en 1823 hizo de la elegía de Tomás Gray, *En el cementerio de una aldea*, hecha verso por verso, á pesar de la gran diferencia de concisión entre ambas lenguas. Los demás intérpretes castellanos de esta elegía, entre los cuales se aventaja D. Enrique de Vedia, han tenido que acudir á la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo á cuerpo; y si no puede decirse que saliera siempre victorioso, porque era empresa casi imposible, á lo menos superó enormes dificultades, y en algunas estrofas acertó á no perder nada del texto y á calcarle en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia. Como esta traducción, aunque bastante conocida en América, por haber sido reproducida en muchos periódicos de Méjico, Venezuela, Colombia y Buenos Aires, lo es muy poco en España, no estará de más

(1) Véase la biografía de Miralla por Gutiérrez, en el tomo x de la *Revista del Rio de la Plata*.

El poeta colombiano D. José María Salazar deploró la temprana muerte de Miralla en una elegía, á la cual pertenecen estos versos:

«Cuando más esperanza prometía,  
Le sorprendió la muerte en su camino:  
Bajó la noche en la mitad del día.»

dar aquí alguna muestra de sus nerviosos y viriles versos, que no son la menor prueba de la concisión que cabe en nuestra lengua:

«So aquellos tilos y olmos sombreados,  
Do el suelo en varios cúmulos ondea,  
Para siempre en sus nichos colocados  
Duermen los rudos padres de la aldea.  
.....  
¡Cómo las mieses á su hoz cedían,  
Y los duros terrones á su arado!  
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!  
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!  
Boato de blasón, mando envidiable,  
Y cuanto existe de opulento y pulcro,  
Lo mismo tiene su hora inevitable:  
La senda de la gloria va al sepulcro.  
No los culpéis, soberbios, si en la tumba  
La memoria trofeos no atesora,  
Do en larga nave y bóveda retumba  
Del alto honor la antifona sonora.  
¿Volverá la urna inscripta, el busto airoso  
El fugitivo aliento al pecho inerte?  
¿Mueve el honor al polvo silencioso?  
¿Cede á la adulación la sorda muerte?  
Tal vez en este sitio abandonado  
Hay pechos donde ardió celeste pira;  
Manos capaces de regir Estados  
Ó de estasiar con la animada lira.  
.....  
¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa  
Encierra el hondo mar en negra estancial!  
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa,  
En un desierto exhala su fragancia!  
Tal vez un Hámpden rústico allí yace  
Que al tiranuelo del solar valiente  
Resistió; un Milton que sin gloria calla,  
De sangre patria un Cromwell inocente.  
Oír su aplauso en el Senado atento,  
Ruina y penas echar de su memoria,  
La tierra henchir de frutos y contento,  
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,  
Su suerte les vedó; mas en su encono

Crimenes y virtudes dejó yertas,  
Vedóles ir por la matanza á un trono  
Y á toda compasión cerrar las puertas,  
Callar de la conciencia el fiel murmullo,  
Apagar del pudor la ingenua llama,  
Ó el ara henchir del lujo y del orgullo  
Con el incienso que la musa inflama.  
Lejos del vil furor, del lujo insano,  
Nunca en deseos vanos se encendieron,  
Y por el valle de un vivir lejano  
Su fresca senda sin rumor siguieron.»

Pero Miralla no hizo más que traducir, y aun esto como distracción de aficionado; y los demás versificadores hasta aquí mencionados gastaron todas sus fuerzas en la poesía de circunstancias políticas que, pasado algún tiempo, resulta tan enfática, y empalagosa. Digámoslo claro: antes de 1824 se habían hecho en Buenos Aires muchos versos, pero no había aparecido un verdadero poeta. El primero que entre los argentinos fué digno de este nombre, el que representó allí honrosamente la escuela clásica, colocándose, si no al nivel, á corta distancia de los Olmedos y Heredias de otras partes, fué Juan Cruz Varela, de quien hemos de hablar extensamente, no sólo porque el número y variedad de sus composiciones así lo exigen, sino porque la mayor parte de ellas son mejores para citadas á trozos que para figurar integras en una antología. Servirános de guía el minucioso, aunque por desgracia no terminó estudio que á la memoria de Varela dedicó su antiguo amigo D. Juan M. Gutiérrez, el cual compendia en estos rasgos la semblanza del hombre y del poeta: «Juan Cruz Varela jamás desmintió, ni en su conducta ni en sus escritos, que había nacido bajo la atmósfera instable y eléctrica del Río de la Plata. Impresionable, apasio-

nado, devpto con firmeza á su credo social, despreocupado, entusiasta, abierto á las ideas nuevas, agudo, chistoso, ameno, tan diestro en herir como pronto para perdonar, reúne en sí todas las cualidades de la índole de sus compatriotas» (1).

Nació Juan Cruz Varela en Buenos Aires, el 24 de Noviembre de 1794, y comenzó á educarse en pleno período revolucionario, concurriendo desde 1810 á las aulas de Córdoba del Tucumán, donde en 1816 se graduó de Bachiller en Teología y Cánones. Su primera producción fué un poema en quintillas, imitación del *Lutrin* de Boileau, sobre un motín universitario que hubo en Córdoba. Pero su principal vocación no era la de la sátira, ni tampoco la de la poesía amorosa, que en su primera mocedad cultivó bastante, siguiendo, como todos, las huellas de Meléndez. Sus anacreónticas *Á Delia* y *Á Laura*, son frías, amaneradas é insípidas; pero en un poema erótico-mitológico, que tituló *Elvira*, compuesto también en su temporada de estudiante, y excluido luego (salvo algún fragmento) de la colección definitiva de sus poesías que corrigió en 1831, hay octavas muy bien hechas, que recuerdan las mejores de la *Silvia* de Arriaza, á quien indudablemente había tomado por modelo (2):

(1) *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan de la Cruz Varela.* (En los tomos I, II, III y IV de la *Revista del Río de la Plata*, periódico mensual de historia y literatura de América, publicado por Andrés Balmori, Vicente F. López y Juan María Gutiérrez (Buenos Aires, 1871 y siguientes.)

(2) Es también imitación de Arriaza, aunque muy posterior (1872), la galante oda *Al bello sexo argentino*, especialmente en esta estrofa:

«Buenos Aires soberbia se envanece  
Con las hijas donosas

«Tiemble la hermosa cuando sola al lado  
De su querido el corazón le lata;  
Que contra el ruego de un amante amado  
Es imposible que el rubor combata:  
El primer beso á la modestia hurtado  
El primer nudo del pudor desata,  
Y arrancada al pudor la primer hoja,  
Un hálito del aire la deshoja....

.....  
Sola conmigo la adorada mía  
En las calladas horas se encontraba  
De una pesada siesta, y era el día  
Que amor para su triunfo reservaba:  
Nada nuestro silencio interrumpía;  
Nadie nuestros suspiros escuchaba;  
Que hasta el sordo ruido de las gentes  
Cesa en las horas del verano ardientes.

.....  
¡Oh días de mi gloria! ¡Oh dulces horas  
Las que, testigos de mi amor, volaban!  
¿Quién os creyera nunca precursoras  
De los días de horror que me esperaban?  
Pero, ¿cuándo las penas roedoras  
Con la quietud del corazón no acaban?  
¿Cuál barquilla, que incauta se ha engolfado  
En el mar del amor no ha zozobrado?»  
.....

Pero su predilecto entre los poetas españoles de fines del siglo pasado fué, sin duda, el melancólico Cienfue-

De su suelo feliz; y así parece  
Cual rosal lleno de galanas rosas  
Que en la estación primaveral florece.  
Todas son bellas, y la mano incierta  
Que á la flor se adelanta,  
Una entre mil á separar no acierta  
Entre la pompa de la verde planta.»

Arriaza había dicho en el poema *Emilia*:

«Y escogiendo fragancia y colorido  
En tantas flores párase indecisa;  
Mas codiciosa del botín florido,  
Son su despojo al fin cuantas divisa.»

gos, cuyo énfasis sentimental, sostenido por condiciones de excelente versificador, se asimiló en parte Juan Cruz, si bien guardándose de imitarle en las extrañezas de lengua. Esta derivación es visible en la elegía que Varela compuso en 1820 a la memoria de su padre; de ella son estos versos:

«¡Ah, memoria, memoria! La honda herida  
Que en mi azorado pecho abrió tal golpe,  
Todavía reciente, está sangrando.  
Un giro apenas el planeta nuestro  
Ha dado en torno al sol, desde la noche  
En que bañado en mi copioso llanto  
Y desgarrado el corazón, mil besos,  
¡Últimos besos!, en la yerta frente  
Di al amado cadáver, y de pronto  
De mis brazos amantes le arrancaron  
Y le escondieron en la horrible huesa.

.....  
¡Oh Señor de la vida y de la muerte!  
¿Por qué no me escuchaste? Yo humilde  
Mi faz cosía con el polvo negro,  
Y te rogaba que el instante aciago,  
Señalado al morir del padre mío,  
Lentamente viniera, y tarde entrara  
En la serie constante de las horas.  
¿Por qué no me escuchaste, y en mis ojos  
Perenne material de amargo llanto  
Sin piedad has abierto? Si una sombra  
De unirse había á las del reino obscuro,  
¿Mi vida aquí no estaba? En flor yo hubiera  
Á la tumba bajado, y ningún hijo,  
Ninguna esposa, en mi morir pensara.»

Salía Varela de la Universidad con un buen fondo de cultura clásica. Ya entre sus ensayos de colegio hay versos latinos y una traducción de la elegía tercera del libro 1 de los *Tristes*, de Ovidio, en que cada dos dísticos del original están interpretados en una octava. Más

adelante tradujo con poca felicidad algunas odas de Horacio (1). Pero su más notable ensayo en este género fué la versión de algunos libros de la *Eneida*, con que entretuvo sus ocios de desterrado en 1829 y 1836. Sólo llegó á dejar limados y corregidos los dos primeros libros; y sólo el primero y algún fragmento del segundo, han sido impresos, que yo sepa (2). Están en endecasílabos libremente rimados; el estilo es puro y agradable, la versificación corre fácil y sin tropiezos; pero el uso frecuente de los pareados quita á esta versión dignidad clásica, y, por otra parte, el trabajo tiene visos de improvisación, y no siempre es fiel á la letra, ni menos al espíritu de Virgilio. El encuentro de Eneas con su madre en el libro primero, y la muerte de Laoconte en el segundo, son de los trozos mejor traducidos. El intérprete comprendía bien las dificultades de su tarea, y tenía sobre el arte de traducir muy sólidos principios, que expuso en una carta de 29 de Abril de 1836 á su antiguo Mecenas, D. Bernardino Rivadavia: «Mi sistema de traducir á Virgilio (decía), no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y aun usar sus mismas palabras en

(1) Están en los números 40, 41, 42 y 51 de *El Patriota*, de Montevideo, y son las siguientes:

*Pastor cum traheret* (un romancillo muy pobre).

*Parcus Deorum cultor et infrequens* (otro romance menos malo que el anterior).

*Cælo Tonantem* (endechas).

*Mecenas atavis* (endechas). Esta última es la más aceptable de todas.

Gutiérrez, en la *América Poética*, dice que Varela llegó á traducir la mayor parte de las odas de Horacio; pero no sé que se hayan impreso más que las citadas.

(2) En la *Revista del Rio de la Plata* (1874).

Varela hizo otras diversas traducciones del latín, del italiano y del francés, entre ellas *La Matrona de Éfeso*, cuento de Lafontaine. La copia Gutiérrez.

cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas que cuando se traduce presenta la versificación» (1).

Si Varela, considerado como traductor, no pasa de la medianía a pesar de su buen gusto y sólidas humanidades, resulta muy superior a sí mismo, cuando en vez de traducir imita, inspirándose libremente en los modelos antiguos, especialmente en Virgilio. Los versos más virgilianos de Juan Cruz no son los de su traducción de la *Eneida*, sino los de su tragedia *Dido*, que es una adaptación dramática del libro IV del poema, siguiéndole á veces casi á la letra, pero con mucha pasión y mucho fuego, especialmente en los monólogos de la infortunada reina de Cartago. Tratándose de obra tan olvidada y difícil de conseguir, no creemos inútil reproducir algunos versos, ciertamente notables:

DIDO.

«Me miró, me incendió, y el labio suyo  
Trémulo hablando del infausto fuego  
Que devoró su patria, más volcanes  
Prendió con sus palabras aquí adentro

(1) Juzgaba con dureza las traducciones anteriores, así en castellano como en otras lenguas: «La de Hernández de Velasco, no puede ser más defectuosa y ridícula; ni aquellos son versos, ni allí hay poesía ni el más ligero remedo de estilo de Virgilio.... Existen también en prosa los seis libros primeros de la *Eneida*, mal atribuidos á Fr. Luis de León, y esta prosa es de lo más insoportable que puede leerse. La traducción de Iriarte, mirándola sólo por lo textual y ceñida á la letra, puede llamarse perfecta; en lo demás no se parece á Virgilio.... En Delille se advierte á cada paso con sentimiento que están completamente alteradas las formas antiguas, y vestidos á la moderna, si es lícito expresarse así, no sólo el poeta que celebró á los héroes de la *Eneida*, sino los mismos héroes celebrados.»

Salvo el excesivo rigor con Hernández de Velasco (en cuyo trabajo hay que distinguir la parte que está en verso suelto, y es casi siempre floja y desaliñada, de la parte compuesta en octavas, donde á veces se muestra poeta) todos estos juicios son de exactitud incontestable.

Que en el silencio de traidora noche  
Allá en su Troya los rencores griegos.  
Amor y elevación eran sus ojos;  
Elevación y amor era su acento.  
Y al mirar, y al hablarme, yo bebía,  
Sedienta de agrardarle, este veneno  
En que ya está mi sangre convertida,  
Y hará mi gloria y mi infortunio eterno.

.....  
Testigo ha sido de mi unión el cielo:  
En el fuego del rayo que cruzaba  
Prendió su antorcha el plácido Himeneo;  
Fué nuestro altar un álamo del bosque,  
Y la selva frondosa nuestro templo.»  
.....

Todavía hay más arranque patético en las imprecaciones de Dido próxima á la muerte:

«La ambición es tu Dios: te llama; vuela  
Donde ella te arrebató, mientras Dido  
Morirá de dolor, si; ¡pero tiembla!  
Tiembla, cuando en el mar el rayo, el viento,  
Y los escollos que mi costa cercan,  
Y amotinadas las bramantes olas  
En venganza de Dido se conmuevan.  
Me llamarás entonces; pero entonces  
Morirás desoido. Cuando muera  
Tu amante desolada, entre los brazos  
De tierna hermana expirará siquiera,  
Y sus reliquias posarán tranquilas  
Y bañadas de llanto en tumba regia;  
Pero tú morirás, y tu cadáver,  
Al volver de las ondas, será presa  
De los marinos monstruos, é insepulto,  
Ni en las mansiones de la muerte horrenda  
Descansarán tus manes. Parte, ingrato;  
No esperes en Italia recompensas  
Hallar de tu traición: parte; que Dido  
Entonce al menos estará contenta,  
Cuando allá á las regiones de las almas  
De tu espantable fin llegue la nueva.»

No por su contextura dramática, que es floja, pero sí por los méritos de su robusta versificación, es la *Dido* la primera tragedia argentina digna de ser citada. De la *Siripo* de Labardén no queda más que el título y la fama; y bien puede decirse que el teatro fué insignificante en Buenos Aires hasta 1823 en que apareció esta obra. Inútiles habían sido los esfuerzos de cierta *Sociedad del Buen Gusto*, creada en 1817, para fomentar los espectáculos escénicos, de la cual formaron parte Luca, López Planes, D. Bernardo Vélez y el fraile Camilo Henríquez, que ciertamente no parecía llamado á iniciar en el buen gusto á nadie. Algunas traducciones y algunas piezas de circunstancias fué todo lo que esta asociación produjo, y casi todo ello ha perecido sin dejar rastro: la *Fornada de Maratón*, traducida del francés por D. Bernardo Vélez; la *Camila*, del fraile Enriquez; *La Quincallería*, comedia imitada del inglés por D. Santiago Wilde; *La Revolución de Fupac-Amaru*, del Dr. Lafinur, con intermedios de música; el *Aristodemo*, de D. Miguel Cabrera Nevares; el *Philippo*, de Alfieri, traducido en verso por D. Estéban Luca «con fidelidad y maestría notables» (al decir de Gutiérrez); y finalmente, una tragedia anónima, basada en el famoso libelo *Cornelia Bororquia*, en que se pintaba la Inquisición *en la plenitud de sus sombras* (según expresión de C. Henríquez), es todo lo que se cita en este repertorio.

No fué la *Dido* el único ensayo dramático de nuestro poeta. Al año siguiente (1824) publicó la *Argia*, tragedia por el corte de las de Alfieri (1) y de sus imitadores

(1) J. Cruz Varela había traducido en prosa la *Virginia*, Ms. que poseía Gutiérrez.

castellanos Cienfuegos y Solís. El *Polinice* y la *Antígona*, del ceñudo trágico piamontés, fueron las principales fuentes de esta composición, según el mismo Juan Cruz declara en el prólogo. Y no imitó sólo el argumento; imitó también la dicción y el estilo. Los versos de la *Argia* son menos armoniosos y elocuentes que los de la *Dido*, pero tienen, en su áspera concisión, un corte más propio del diálogo dramático. Gutiérrez expresa de una manera elegante y pintoresca, aunque algo retórica, este contraste entre la versificación de ambas tragedias: «La de *Argia* no es, como la de *Dido*, una agua que corre por pendientes esmaltadas de flores, sino un torrente de odio y sangre que se estrella bramando contra caracteres de granito. El período es corto, la frase contenida, el movimiento frecuente y áspero, y el verso suena al oído como hierro que se quebranta, ó como cedro que estalla devorado por las llamas.»

Ni la *Dido* ni la *Argia* son recomendables como piezas de teatro (1), sino como obras abundantes en bellezas líricas. Porque lírico era el numen de Juan Cruz, y en ninguna parte brilló tanto como en sus odas, aunque sean de muy desigual mérito. Abundan entre ellas, como era de recelar dado el tiempo, los cantos patrióticos con título kilométrico, más propio que de poesía, de boletín ó de gaceta: *En elogio de los señores generales D. José de San Martín y D. Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando en los llanos*

(1) Mármol, que nada tenía de clásico ni tampoco de unitario en el sentido en que se aplicaba esta calificación á los partidarios de Rivadavia, se divierte en parodiar en su novela *Amalia* algunos pasos de la *Dido* y de la *Argia*.

del río Maipo, el día 5 de Abril de 1818; *Á la muerte del Excmo. Sr. General D. Manuel Belgrano, acaecida en Buenos Aires en el mes de Junio de 1820; Á la libertad de Lima por las armas de la patria el día 10 de Julio de 1821.* En conjunto ninguna de ellas merece grande alabanza, y no es extraño que hayan muerto con las circunstancias que las inspiraron, pero en todas hay trozos de noble entonación y buen lenguaje, que dan indicio de la sana educación literaria del autor, testificada de vez en cuando por hábiles imitaciones ú oportunas reminiscencias de los poetas antiguos, especialmente de Horacio (1).

(1) Obsérvese, por ejemplo, la fácil y noble elevación de los primeros versos del canto *por la libertad de Lima*, que recuerdan inmediatamente aquellos otros de Horacio (od. iv, carm. ix):

*«Vixere fortes ante Agamemnona  
Multi: sed omnes illacrymabiles  
Urgentur, ignotique longa  
Nocte, carent quia vate sacro.....»*

«Sólo es dado al poeta y á los dioses  
Sobrevivir al tiempo. ¿Quién ahora  
A Eneas y sus hechos conociera?  
¿Quién de Priamo, triste, los atroces  
Dolores, y la llama asoladora  
De su infeliz ciudad, si no viviera  
La Musa de Marón? Y sin Homero,  
¿Qué fuera ya de Aquiles?.....»

En la elegía á la muerte del general Belgrano leemos estos otros, que proceden, sin duda, de la oda xxiv del lib. I:

*«Non vanae redeat sanguis imagini  
Quam virga semel horrida  
Non lenis precibus fata recludere,  
Nigro compulerit Mercurius gregi.  
Durum! Sed levius fit patientia  
Quidquid corrigere est nefas.»*

«Pero en vano: el camino de la Parca  
Nunca más se atraviesa;  
Y si una sombra el Aqueronte abarca,  
Nada es bastante á rescatar su presa;  
Que al reino del espanto  
Ni penetra el clamor ni llega el llanto.»

Son de advertir también en algunas de estas composiciones la soltura y la maestría que Juan Cruz Varela llegó á adquirir en el verso suelto; ya por el aprovechado estudio que hizo de los italianos, especialmente de Monti, de quienes aspiró á imitar el suave y ondulante movimiento del período poético, y aquellas que Gutiérrez llama «armonísimas curvas por entre el pensamiento, el colorido y la imagen»; ya por el influjo, persistente siempre en él, de Cienfuegos, á quien en medio de todos sus extravíos de gusto, no puede negarse el mérito de haber vuelto á infundir en el endecasílabo castellano la plenitud y el número que había perdido (1). Juan Cruz repetía hasta las imágenes predilectas de Cienfuegos, los trozos semirománticos en que abunda: «el tiempo, despeñando los siglos hacinados; el límite espantable del imperio de la muerte», pero al verterlas en su estilo, les imprimía cierto sello de facilidad graciosa, que contrasta con la manera violenta y atormentada de su modelo, mayor poeta que él, sin duda, pero menos disciplinado.

La imitación de Cienfuegos cedió el paso á la de

(1) Son enteramente versos de la escuela de Cienfuegos, más todavía que de la de Quintana á pesar de la reminiscencia inicial, estos de Juan Cruz Varela, que como tipo cita su biógrafo:

*«Yo ví de blonda mies la rubia espiga  
Moverse al viento en el dorado campo;  
Y henchido de esperanzas al colono,  
Nublóse el sol, entristeciése el éter  
Y el Aquilón bramó; granizo á ríos  
Del seno aborta la preñada nube,  
Y aborta destrucción; sus diques rompe  
El arroyo vecino, y muere á un tiempo  
Su mies con su esperanza, y otro día  
Inconsolable el infelice padre  
Llorará sobre el rostro macilento  
De los hijuelos cuando el pan le pidan.....»*

Quintana en las poesías de la última y más característica manera de Juan Cruz Varela: en la serie de odas menos políticas que sociales que empezó á escribir en tiempo de la administración de Rivadavia, de quien fué, más que amigo, colaborador entusiasta. Varela fué el poeta clásico del partido *unitario*: sinónimo en Buenos Aires de una tentativa, quizá prematura y teórica, de cultura europea, que por entonces estuvo á punto de fracasar ante el salvaje impulso de las hordas casi nómadas, que obedeciendo al movimiento de desorganización traído por la guerra, se desbordaron desde la inmensa llanura sobre la capital, implantando allí los hábitos del caudillaje del desierto. Durante aquel breve intervalo de paz y cándidas esperanzas, en que Rivadavia gobernó como un filántropo del siglo pasado, como un Turgot ó un Campomanes; Juan Cruz Varela, asociado á sus planes, y aun iniciador de algunos de ellos, no sólo defendió su política en *El Mensajero Argentino*, en *El Tiempo*, en *El Centinela* y en *El Porteño*, sino que transportó á sus versos el pensamiento de la reforma de Rivadavia, y se convirtió en una especie de comentador poético de ella. No hubo decreto del Presidente en pro de la general cultura, que no se viese enaltecido con versos suyos, generalmente buenos, á pesar de lo árido y prosaico de algunos de estos temas de literatura administrativa: odas á *la libertad de la prensa*, á *la erección de la Universidad*, al establecimiento de *la sociedad filarmónica*, á *una distribución de premios de la Sociedad de Beneficencia* y, finalmente, á *los trabajos hidráulicos ordenados por el Gobierno*. «Canto lleno de originalidad (dice Gutiérrez), en el cual el talento del autor ha hecho brotar poesía de

entre las severas nociones de la economía política y de las ciencias aplicadas.» Pero la más brillante de estas composiciones es la oda *Á la libertad de imprenta*. Quintana mismo, á quien el autor va siguiendo paso á paso, y á quien ensalza dignamente al principio de su canto (1), no hubiera desdeñado algunos versos de esta composición; la cual peca, no obstante, de discursiva y poco férvida, aun en la expresión del sincero entusiasmo que el autor sentía por el progreso humano (2). El es-

(1) «De Gutenberg nació. Quintana sólo  
Supo cantar su nombre;  
Quintana, el hijo del querer de Apolo;  
Quintana, el inventor del nuevo canto,  
A quien sólo se diera  
Que de su lira al pasmador encanto,  
Digno de Gutenberg su verso fuera.»

(2) Algunos versos darán muestra del estilo de este olvidado canto, que tiene alguna curiosidad, aunque sólo sea por su título y por la terrible comparación que suscita:

«Él inventó la imprenta, y de la muerte  
Hizo triunfar con su invención al hombre,  
Y ató todos los tiempos al presente.

Así la ilustración, como la llama  
Del sol inapagable,  
Que enseñoorea inmóvil la natura,  
De un día en otro sin cesar revive,  
De un siglo en otro permanente dura.

Así llegó de la fecunda tierra  
Al seno engendrador su mano osada,  
Y el metal que se encierra  
En las hondas entrañas  
De las erguidas ásperas montañas,  
Arrebató con sudoroso anhelo  
Á la caverna oscura  
Do plugo sepultarla á la natura.  
El campo alhorozado  
Vió transformar el no pulido fierro  
En surcador arado,  
Y una mies abundosa prometía.  
Pero pronto sonó, de guerra impía,  
La maldecida trompa;

Y la sangre humeante discurriera  
Por entre el surco del arado abierto.»

collo inevitable de esta poesía es el de caer en estilo de preámbulo de ley ó de artículo de fondo; y si el gran Quintana no acertó siempre á salvarse de la plaga de los lugares comunes filosóficos y humanitarios, calcúlese lo que habrá acontecido á sus imitadores, aun teniendo algunos de ellos la discreción y buen gusto que nunca abandonan del todo á Juan Cruz Varela.

Y con esto llegamos al más celebrado de sus poemas líricos, al *Triunfo de Ituzaingó*, con que en 1827 ensalzó la memorable batalla en que el ejército aliado de argentinos y uruguayos, al mando de D. Carlos Alvear y del almirante Brown, triunfó de 12.000 soldados brasileños, entre los cuales había una legión de infantería alemana. Este larguísimo canto, imitación evidente del de Olmedo á la batalla de Junín, obtuvo el aplauso de los mejores humanistas de aquel tiempo. Don José Joaquín de Mora, que por entonces redactaba, bajo los auspicios de Rivadavia, la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* (1), decía en su número de 5 de Abril: «El autor de este poema es uno de los pocos americanos que cultivan con éxito el lenguaje de las Musas. Exposición grandiosa, movimientos líricos, giros poéticos, elegancia sostenida, tales son las principales dotes que lucen en el poema.» D. Andrés Bello, crítico más severo y docto que Mora, juzgó la obra en el *Re-*

(1) Mora había llegado al Río de la Plata, en Febrero de 1827, acompañado del erudito italiano Pedro de Angelis, que había sido preceptor de los hijos del rey Joaquín Murat, y que luego prestó tan buen servicio con su colección de documentos relativos á aquella parte de la América del Sur. Mora y Angelis juntos redactaron dos periódicos *El Conciliador* y *La Crónica*, y fundaron también juntos un Colegio. Pero al año siguiente cayó Rivadavia, y Mora pasó á establecerse á Chile, como ya queda referido.

*pertorio Americano*, de Londres, en términos, no tan generales, pero casi igualmente honoríficos: «Entre la multitud de obras poéticas que se han publicado en América durante los últimos años, se distingue mucho la presente por la armonía de los versos, por alguna más corrección de lenguaje de la que aparece ordinariamente en los escritos americanos, y por la belleza y energía de no pocos pasajes.» Citaba Bello, como de los mejores, estos diez versos de la introducción (que á la verdad hoy nos parecen bastante declamatorios), en que el poeta se transporta á las edades venideras para presenciar en ellas la gloria de su patria y de su héroe.

«Las barreras del tiempo  
Rompió al cabo profética la mente;  
Y atónita se lanza en lo futuro,  
Y á la posteridad mira presente.  
¡Oh porvenir impenetrable, obscuro!  
Rasgóse al fin el tenebroso velo  
Que ocultó tus misterios á mi anhelo.  
Partióse al fin el diamantino muro  
Con que de mi existencia dividias  
Tus hombres, tus sucesos y tus días.»

El gran defecto del poema es la hinchazón continua, aquella satisfacción infantil y seudopatriótica, aquella hipérbole desaforada y candorosa, como de pueblos recién nacidos, que infestaba entonces los versos y hasta la prosa oficial de los documentos americanos. ¿Quién no se ha de reír, por ejemplo, cuando oye á Juan Cruz Varela afirmar muy en serio que después de la victoria de Ituzaingó no quedará en el mundo memoria de griegos ni de romanos, y que sólo *la República Argentina* se salvará de la ruina de las edades «en las líneas fatidicas del verso y en páginas eternas?»

«No suenan las Termópilas, los llanos  
De Maratón no suenan;  
Platea y Salamina,  
Cual si no fueran son, y ya no llenad  
Leonidas y Temístocles el orbe.

.....  
Esos nombres ilustres se eclipsaron,  
Los de Alvear y Brown los reemplazaron;  
Y en todos los anales de la guerra  
Ituzaingó y el Uruguay escritos  
Enseñan á los Reyes de la tierra  
Que los libres no sufren sus delitos.»

Semejantes extremos no hacen más que amenguar la indisputable grandeza de aquel hecho, que por el número y calidad de las fuerzas que á él concurrieron se eleva bastante sobre el ordinario nivel de las batallas americanas. Fué el último y más glorioso canto de la epopeya argentina, y en él hicieron el más bizarro alarde de su brío aquellos soldados curtidos por la guerra de la Independencia, en Tucumán, en Salta y en Maipo, de quienes en noble tono dice el poeta:

«..... que llevaron  
Triunfantes sus banderas  
Desde la margen del undoso Plata  
Hasta el opimo Chile. Las barreras  
Eternas de los Andes se allanaron  
Al marchar de los fuertes campeones;  
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones;  
Y con igual decoro  
En el Perú la espada desnudaron,  
Y de sangre enemiga la lavaron  
En las corrientes del Rimac sonoro.....»

El poema es muy desigual, y no podía menos de serlo, dados su extensión y el afán de detallar con minuciosidad de gaceta todas las peripecias de la batalla; pero campea en todo él una franqueza de ejecución que hace agrada-

ble su lectura. Es fácil entresacar trozos en que la locución corre limpia y animada (1); pero otros muchos son pura prosa, ó pecan por exceso de frases hechas y sobrecarga de epítetos vulgares, ó parecen centones de versos de otros poetas (2); y como además en toda la composición hay plaga de sinéresis indebidas é importunas asonancias, no lucen tanto como debieran las bellas descripciones del choque de las tropas argentinas con las brasileñas cuando, caído el intrépido Brandzen, jura Alvear vengar su muerte; ó del incendio horrible y rapidísimo de la árida yerba del seco campo en medio de la batalla, á la cual puso lúgubre y fantástico complemento.

(1) Por ejemplo, la estancia que comienza:

«Alzóse Brown en la barquilla débil;  
Pero no débil desde que él se alzára.»

.....  
Ó la invectiva contra los auxiliares alemanes, que no querían descender á batirse en las llanuras.

«Y están entre vosotros los valientes  
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,  
Y á la ambición y al despotismo fieles,  
A playas remotísimas vinieron  
En demanda de gloria y de laureles?»

.....  
«Vano esperar! Ni en la enriscada altura  
Defendidos se creen: así acosada  
Del veloz cazador tímida cierva,  
Más y más se enmaraña en la espesura,  
Y aun su pavor conserva  
Ya del venablo y el lebrél segura.»

(2) Por ejemplo, *las bóvedas espléndidas del cielo*, que es un verso de Quintana; ó aquel otro famoso de Vaca de Guzmán en *Las Naves de Cortés*:

«Pero tienen valor: son españoles.....»

que Juan Cruz se apropia con esta sencilla y patriótica variante:

«Pero tienen valor: son argentinos.»

Este valiente ensayo épico-lírico no fué el último laurel de la corona poética de Juan Cruz Varela, por más que envuelto después de 1826 en el torbellino de la discordia política, arrastrado de prisión en prisión, amagado por el puñal de los asesinos, y, finalmente, desterrado en Montevideo y en la isla de Santa Catalina, pudo ya escribir muy pocos versos en aquel periodo de lucha terrible que se cerró con la temprana muerte del proscrito en 24 de Enero de 1839 (1). Aunque clásico siempre, se mostró benévolo con las primeras tentativas románticas: saludó con júbilo la aparición de los *Consuelos*, de Echevarría, y él mismo no dejó de buscar, si bien tímidamente, nuevos rumbos líricos, aun dentro de lo clásico, cambiando, por ejemplo, la imitación de Quintana por la de Horacio en alguna oda sáfica; y arrojándose en la última y más bella de sus composiciones, en la inspirada y vehemente invectiva contra Rosas, que tituló *El veinticinco de Mayo de 1838*, á remedar el estilo y el metro del primero de los coros del *Adelchi*, de Manzoni.

«Dagli atrii muscosi, dai fori cadenti.....»

Después de este poeta, sin duda el más notable del primer periodo de la literatura argentina, puede hacerse rápida memoria de su hermano menor D. Florencio Varela, que más que al mérito muy relativo de sus versos, entre los cuales sobresale la oda *Á la Concordia* («*¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!*»), debe su

(1) No existe, que yo sepa, colección impresa de sus poesías. Él las había recogido en sus últimos años, corrigiéndolas mucho, y este manuscrito pasó á poder de su hermano D. Florencio. (Véase el estudio de Gutiérrez.)

celebridad á la prosa política, y sobre todo á su trágica muerte á manos de los sicarios de Rosas (1).

Próximos ya á las fronteras de la época romántica, conviene hacer aquí breve pausa para saludar, lejos de las orillas del Plata, á un clásico escritor, nacido en Buenos Aires, el cual, aunque pertenece á la literatura general de España, y no á la particular de América, y aunque por haber residido desde su infancia entre nosotros, tuvo más de madrileño que de argentino, nunca olvidó el lugar de su cuna, y se preció siempre de *americano-español* (2), simbolizando en su persona el perenne lazo espiritual entre las colonias emancipadas y la

(1) *El día de Mayo, dedicado al pueblo oriental. Por Florencio Varela, ciudadano de Buenos Aires. Montevideo, 1820. Contiene cinco piezas tituladas: El veinticinco de Mayo.—Al Estado oriental del Uruguay.—Á la Concordia.—Al restablecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo.—Al bello sexo oriental.*

En la *América Poética*, de Gutiérrez, hay dos composiciones no incluidas en este folleto: *La anarquía.—Á la hermandad de la Caridad de Montevideo.*

(2) En unos versos de álbum decía en 1857:

«La madre España en su seno  
Me dió acogida amorosa:  
Suyo fui; mas siempre yo  
Recordé con noble orgullo  
Que allá mi cuna al arrullo  
De las auras se meció.  
Mientras rentor fraticida  
Ardió en uno y otro bando,  
Mis lágrimas devorando,  
Calló mi musa asfígida.  
Hoy que á coyunda tirana  
Suceden fraternos lazos,  
Y España tiende los brazos  
Á la América su hermana;  
Bañado en júbilo santo,  
Yo, americano español,  
A la clara luz del sol  
La unión venturosa canto.  
Ven, inspiración divina;  
Que ya á mi laúd sonoro  
Añado una cuerda de oro  
Para la gloria argentina.»

metrópoli. Sería impertinente aquí un trabajo extenso y formal sobre D. Ventura de la Vega (1807-1865), no sólo porque este insigne autor estuvo fuera de la corriente de la literatura argentina, sino porque su biografía ha sido primorosamente trazada, con rasgos familiares y anécdotas juveniles que la dan extraordinario precio, por uno de sus amigos y camaradas de estudios, venerable Director hoy de nuestra Academia (1); y sobre sus obras dramáticas y líricas han recaído ya fallos magistrales y definitivos (2), que por nuestra parte sería temeridad someter á nueva revisión, ni menos contradecir en cosa sustancial. Ventura de la Vega ha pasado ya á la categoría de los clásicos modernos, y aunque puede haber diversos pareceres sobre el mérito relativo de tal ó cual obra suya, y sobre la preferencia que á una ó á otra debe asignarse, el sufragio de la crítica puede decirse unánime en tenerle por el más correcto, atildado y pulcro, por el más académico, en suma, de todos los artistas literarios de la generación á que perteneció.

Su verdadera gloria está en la poesía dramática; pero en la lírica tiene, aunque con menos perfección y amplitud, cualidades muy análogas: el mismo respeto á la forma, el mismo acicalamiento de versificación, la misma tersura y nitidez de estilo con que á veces llega á simu-

(1) Véase en el tomo II de las *Memorias de la Academia Española* (1870), páginas 434-467, el *Elogio-fúnebre de Ventura de la Vega*, por el señor Conde de Cheste.

(2) Son los más extensos é importantes el discurso de D. Patricio de la Escosura, en sesión pública inaugural de la Academia Española en 1870, y el *Estudio biográfico-crítico*, escrito por D. Juan Valera en la colección que lleva por título *Autores dramáticos contemporáneos*, reimpresso después separadamente.

lar la efervescencia de la vida poética que nunca es en él muy intensa, y el sentimiento que nunca es muy profundo. Su cultura clásica, superficial sin duda, pero sana, unida á un exquisito buen gusto, que parece haber sido en él casi innato aunque luego se desarrollase con las enseñanzas y los consejos de Lista, le dieron desde muy temprano la perfección negativa, esto es, la ausencia de defectos monstruosos y palpables, tales como los que en torno suyo cometía á diario la escuela romántica. Su estro lírico no era muy vigoroso, y por consiguiente, no le fué difícil encerrarle en un cauce fácil y ameno (semejante al del *Pusa* descrito por él), donde la vista se recrea en la transparencia de las aguas sin buscar misterios en el fondo. Todo es natural, sencillo y culto; todo está bien dicho y bien versificado, sin ningún género de afectación ni de violencia: no se puede dar una poesía de salón más amena ni más ingeniosa: nadie ha hecho los versos de álbum con más primor y buen tono, ni las odas de circunstancias con tanta oportunidad. Se dirá que todo esto es tan efímero como las flores ó los perfumes de un sarao; pero algún mérito ha de tener la dificultad vencida cuando son tan pocos, á lo menos en España, los que han sobresalido en este género de agradable pasatiempo (1).

(1) Antes de pasar adelante, advertiremos que es muy incompleta la colección de *Obras poéticas de D. Ventura de la Vega* (Paris, 7, Claye, 1866), publicada con elegancia tipográfica que está muy en armonía con el género de producciones que contiene. Sin salir de la sección de poesías líricas, echo de menos las siguientes, prescindiendo de otras muchas de corta extensión, que podrán hallarse registrando periódicos: *Oda á la reina Maria Cristina*, que comienza: «¡Que calle yo!.... cuando gozoso en torno»—Octavas leídas en el teatro del Príncipe la noche del 13 de Junio de 1834, en solemnidad de la promulgación del Estatuto Real.—*La Revelación* (quintillas), 1835.—

Lo que falta en la mayor parte de las composiciones sueltas de Ventura (y hablando de tal ingenio, puede decirse sin reparos la verdad entera) es personalidad lírica, ímpetu varonil, entusiasmo sincero, pasión hondamente sentida por algo divino ó humano. Sé que pueden

Á D. Carlos Latorre, en el papel de «Oscar».—*El entusiasmo, oda á Adelaide Tossi, cantando el «Último día de Pompeya»*. (Muchos versos de esta oda fueron utilizados luego en 1838 para otra presentada en nombre del Liceo á la reina D.<sup>a</sup> Cristina: esto de plagiarse á sí mismo prueba la poca espontaneidad con que el poeta trabajaba.)—*Oda á la defensa de Sevilla*, premiada en público certamen, abierto por D. José de Salamanca, 1844.—*El hambre, musa diez*, sátira contra el *Pauléxico*, ó Diccionario de la lengua castellana, por D. Juan López Peñalver, 1842. Esta sátira fué contestada con otra mucho más virulenta, pero no menos bien versificada, por D. Juan Martínez Villergas.—El libro I de la *Eneida*, que luego se citará. Todo esto sin contar con muchos sonetos y otras piezas fugitivas, que no puedo precisar ahora.

Algunas composiciones muy poco conocidas de la primera época de Ventura, están en el raro tomito titulado *Rimas americanas*, publicadas por don Ignacio Herrera Dávila. Habana, 1833.

De comedias originales en todo ó en parte, faltan *Los Partidos* (1843), *El plan de un drama ó la conspiración*, improvisación de Ventura de la Vega y Bretón de los Herreros (1835).—*Un clavo saca otro clavo*, en colaboración con Ariza y Rubí (1830).—*Los dos camaradas*, drama póstumo, que debía ser principio de una trilogía acerca de Cervantes.

Sin pretender apurar el catálogo de sus traducciones ó arreglos dramáticos, creo de alguna curiosidad apuntar los que recuerdo, ordenándolos en lo posible por fechas. En muy pocos consta el nombre del autor original, ni yo conozco bastante el repertorio francés de ese tiempo para precisarlo. Pero el autor principalmente explotado por Ventura, fué Scribe, sin disputa.

*El Testamento* (1831).—*La Expiación* (1831).—*La Máscara reconciliadora* (1831).—*Shakespeare enamorado*, de A. Duval (1831).—*Acertar errando; el cambio de diligencia* (1832).—*Hacerse amar con peluca, ó el viejo de veinticinco años*, de Scribe (1832).—*Las Capas*, de Scribe (1833).—*Un Ministro* (1834).—*El Tasso*, de A. Duval (1835).—*Marino Faliero*, de Casimiro Delavigne (1835).—*Jacobo II* (1837).—*La mujer de un artista* (1838).—*La segunda Dama Duende*, imitada de *Le domino noir*, de Scribe (1838).—*El Rey se divierte*, de Victor Hugo (1838).—*Una ausencia* (1840).—*Mateo ó la hija del Espanoleto* (1840).—*Una boda improvisada* (1841).—*Un secreto de estado* (1841).—*Marcelino el tapicero* (1841).—*Memorias de un coro-*

alegarse excepciones; pero son tan pocas, que por el momento sólo recuerdo una, aunque bellísima y llena de fuego, *La Agitación*, que es una ráfaga romántica; quizá pueda añadirse la oda política *Á mis amigos*, escrita en 1830, tributo pagado á ciertos hervores revolucionarios que nunca volvió á sentir el autor, y que eran de todo punto contrarios á su índole y temperamento. Todo lo demás son versos de encargo en que ha entrado la cabeza, pero no el corazón del poeta. Es cierto que su buen gusto no le permitía hacer versos por el mero capricho de hacerlos; así es que ninguna de sus poesías puede tacharse de vacía de contenido: mu-

*nel* (1841).—*El Hijo de la tempestad; Larga Espada el Normando*, de Bouchardy (1841).—*El héroe por fuerza* (1841).—*El Hombre más feo de Francia* (1841).—*Amor de madre* (1841).—*Jusepo el Veronés* (1841).—*La Sociedad de los Trece* (1841).—*Los dos solterones* (1841).—*Los perros del monte de San Bernardo* (1841).—*El Honor español* (1841).—*Á muerte ó á vida ó la Escuela de las coquetas* (1842).—*El Galán duende* (1842).—*El Castigo de una madre* (1842).—*El Corsario* (1842).—*El fuglar* (1842).—*El Primito* (1842).—*Fabio el Novicio ó la predicación* (1842).—*Gaspar el Ganadero* (1842).—*La Escuela de los periodistas* (1842).—*La Familia improvisada* (1842).—*La vuelta de Estanislao*, de Scribe (1842).—*Las Memorias del Diabolo* (1842).—*Los Independientes* (1842).—*Llueven bofetones* (1842).—*Mi honra por su vida* (1842).—*Noche toledana* (1842).—*Otra casa con dos puertas....* (1842).—*Perder y cobrar el cetro* (1842).—*Por él y por mí* (1842).—*Quince años después ó el campo y la corte*, de V. Ducange (1842).—*Retascón barbero y comadrón*, de Scribe (1842).—*El Pozo de los enamorados* (1843).—*El Diplomático* (1844).—*La Calumnia*, de Scribe (1844). Había dos traducciones anteriores, una de ellas del poeta catalán Carbó.—*La Farsa*, comedia de Scribe titulada en su original *Le Puff* (1848).—*La Duquesita* (1848).—*El Tío Tarariva* (1848).—*¡Fortuna te dé Dios, hijo....!* (1848).—*Adriana de Lecouvreur*, de Scribe y Legouvé (1850).—*El Fuego del cielo* (1851).—*Un hablador sempiterno* (1859).—*Bruno el Tejedor*.—*Cada oveja con su pareja*.—*Cazar en vedado*. Hay que añadir los libretos de las zarzuelas *Fugar con fuego* (1853).—*La Cisterna encantada* (1853).—*El Marqués de Caravaca* (1854).—*Estebanillo* (1855).—*El Planeta Venus* (1858); y, finalmente, *El Diabolo predicador*, libretto de una ópera del maestro Basili, é imitación de la antigua comedia española del mismo titulo (1846).

chas de ellas están inspiradas por grandes acontecimientos políticos que conmovieron la faz de España y que debían de interesar al autor como á todo ciudadano; otras expresan delicados afectos de amistad y galantería, que dejan ver en el poeta el hombre de mundo perfecto, como sin duda lo fué; pero en todas, si bien se mira, no sólo viene el impulso de fuera (que esto es compatible con la más intensa emoción lírica, y en cierto modo es inseparable de ella), sino que el poeta no lo mezcla con nada íntimo suyo, no le infunde ninguna partícula de su alma, y por eso su poesía resulta exterior, aunque admirablemente cincelada; y tiene algo como de juguete. Vega permanece frío, no por serenidad clásica, sino por frivolidad mundana ó retórica, lo cual es cosa muy diversa. Compáresele, no ya con los líricos románticos, sino con sus inmediatos precursores clásicos, con los que fueron sus maestros, con Gallego, con Quintana, con el mismo Lista en ocasiones; y se verá palpablemente lo que quiero decir; y se comprenderá por qué no han envejecido *el Dos de Mayo* y la *elegía á la muerte de la Duquesa de Frias*, al paso que pocos recuerdan las octavas de intachable factura con que Ventura de la Vega cantó la vuelta de Fernando VII de Cataluña en 1828; ó las innumerables y elegantísimas odas que dedicó á la reina Cristina en todos los grandes momentos de su regencia; ó los que escribió en loor de los defensores de Sevilla contra el regente Espartero en 1843; ó los que posteriormente le inspiraron los triunfos de nuestra guerra de Africa, ó el nacimiento del Príncipe Imperial de Francia. Todo ello es bueno en su línea, y Vega procedió con demasiado rigor (si ya no es que obedeciese á consideraciones ajenas al arte), excluyendo de su colec-

ción muchas de estas piezas de circunstancias, que empiezan á ser inasequibles. Con mucho mejor gusto y menos espontaneidad tiene, en esta sección de sus obras, algún parecido con Arriaza, á quien puede decirse que sucedió en su puesto de poeta áulico, entendida esta calificación en el más noble sentido posible; puesto que lo mismo en Vega que en su predecesor, la poesía oficial y cortesana estuvo siempre en armonía con las honradas convicciones del poeta, que había nacido para frecuentar palacios y para cantar á los reyes dignamente. Pero con esta especie de gracia y este perfume aristocrático que la poesía de Vega tiene, por excepción entre sus contemporáneos, se junta á veces una magnificencia de estilo, en que parece discípulo más bien de D. Juan Nicasio Gallego, que del tierno y bondadoso D. Alberto Lista, cuyas cualidades poéticas eran muy otras.

Todas sus condiciones positivas y negativas de selecta dicción, de gusto acendrado, aunque algo nimio y estrecho, y de timidez ó poco vuelo en la producción original, parece que predestinaban á Ventura para el papel de intérprete felicísimo de pensamientos ajenos. Y, realmente, como traductor é imitador, dejó ensayos memorables que valen tanto ó más que sus composiciones originales. Pasma leer las fechas de 1825 y 1826, al pie de unas paráfrasis de los *Salmos* y del *Cántico de los cánticos*, ó más bien de sus imitadores castellanos, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Escribir con tal pureza, con tan nítida elegancia á los diez y nueve años, raya casi en prodigio; no hay enseñanza literaria que alcance á producir esto sin un instinto casi infalible en el discípulo. Pero convengamos en que Ventura de la

Vega, ni por sus estudios ni por sus inclinaciones podía hacer poesía bíblica que no fuese de segunda mano, y aun ésta *per summa capita*, esto es: cogiendo al vuelo algunos rasgos que se prestaban á ser expuestos con aquella fácil elegancia que era el principal distintivo de su numen. Tenía buen gusto, pero no tenía el gusto *grande*, si se nos permite esta manera de expresar el sentimiento de la gran poesía que todos afectan tener, y que en realidad poseen muy pocos. De tal hipocresía se salvó siempre Ventura; pero hay que reconocer esta limitación de su gusto. Le agradaban más las cosas bonitas, arregladas y graciosas, que las verdaderamente bellas, y, por de contado, mucho más que las trágicas y sublimes. En el fondo de su naturaleza estética había un escepticismo grande, que nunca es indicio de fuerza creadora. Miraba desde lejos las cumbres del arte, y hacía como que las respetaba con cómica sumisión; pero en la intimidad se vengaba con chistes que han quedado proverbiales, sobre Dante, Calderón y Shakespeare.

Con tales disposiciones acometió la traducción de un gran poeta de la antigüedad, á quien sinceramente admiraba; y dejó en magníficos versos sueltos un ensayo de traducción de la *Eneida* que no pasa del primer libro. El entusiasmo de doctos críticos, amigos y compañeros del poeta, puso este ensayo en las nubes, considerándole unos como «la mejor traducción que de Virgilio existe en lengua alguna», y otros como «lo que de poesía latina se ha traducido mejor en verso castellano desde que hay en España literatura».

La versificación es ciertamente intachable, aunque no superior á la de otros endecasílabos sueltos que antes había compuesto el mismo Vega; y en cortes, pausas y

cadencias, recuerda los mejores modelos italianos. Pero si se la considera este fragmento como traducción de Virgilio, no se la pueda conceder tanto precio. El traductor sentía el efecto general de la poesía virgiliana, pero no era bastante humanista ni tenía bastante paciencia para penetrar en los secretos del estilo de Virgilio, en la docta elaboración y *callida junctura* de sus imágenes y de sus versos. El arte de Virgilio es cosa muy distinta de aquel ideal de corrección académica con que Vega soñaba; está lleno de variedad, de sabios atrevimientos y de *speciosa miracula*, que nuestro poeta rara vez reproduce con fidelidad, y de cuyo valor no siempre se da cuenta. Lo que más falta en esta elegantísima traducción, es sabor virgiliano; si se prescinde del texto, se la puede leer con encanto (1).

(1) No parecerá severo este juicio, aunque no vaya muy conforme con la opinión dominante entre nosotros, si se coteja con el del profundo humanista D. Miguel A. Caro, que ha traducido á Virgilio por método enteramente diverso: «Ventura de la Vega, dice, con su fácil y perpetua elegancia, carece de originalidad y energía de estilo, no tiene ingeniosa y variada elocución; si jamás lastima el oído del exigente lector, tampoco le sorprende agradablemente; si nunca lo deja á obscuras, tampoco le induce á pensar; y de aquí que al trasladar los pensamientos de Virgilio, los despoje á menudo del vigor, de la concisión y frescura del original latino. No digo yo que en la traducción de modelo tan perfecto sea posible trasladar todas las cláusulas latinas en otras castellanas que en todo las igualen, pero á lo menos han de conservarse las imágenes ó imitarse el efecto de la frase con cierta energía, cuando es enérgica, con alguna gracia, si es graciosa; y esto es lo que casi siempre no practica Ventura de la Vega, ni parece que le preocupase. El *incedo Regina*, se convierte en un débil «me apellido Reina»;  *nec vox hominem sonat*, se explica, vulgarizándose, «ni humano es el sonido de tu voz»; *notos puer pueri induit vultus*, se deslía en «pues eres niño, de otro niño sabrás fingir el conocido aspecto». Del tremendo poder de los vientos, briosamente indicado por Virgilio, ¿qué queda en la traducción de las siguientes líneas:

Ya he dicho que Ventura de la Vega fué principalmente poeta dramático, y no sólo uno de los mejores de nuestro siglo, sino uno de los hombres que más profundamente han conocido el teatro bajo todos sus diversos aspectos. Dotado de prodigioso talento escénico, hubiera sido, según el unánime sentir de sus contemporáneos, el primer actor español, si alguna vez hubiese pisado las tablas de un teatro público. Extraordinaria viveza para simular la pasión, frialdad en el fondo como al actor conviene, singular talento para el remedo, un delicado sentimiento de los matices de la dicción, son las cualidades que principalmente atribuyen á su declamación, aun prescindiendo del atractivo de la voz, del ademán y de la mirada. Y por caso no raro, sino estrictamente lógico dentro del concierto de las facultades humanas, éstas mismas son las notas características de su ingenio literario, ya se ejercitase en la poesía lírica, ya triunfase con más señorío en el teatro, que fué, á la vez que su gran pasión, el honrado medio de subsistencia, de su juventud, y aun puede decirse que de su edad madura. Superior á todos los dramaturgos á quienes hizo la honra de traducirles, puesto que ni Scribe compuso comedia como *El Hombre de mundo*, ni Delavigne tragedia como *La muerte de César*, pasma á primera vista que se resignase á tal labor; pero luego la explicación se ve muy clara. Era, en sumo grado, perezoso, y era, al mismo

«Ni faciat, maria ac terras coelumque profundum  
 Quippe ferant rapidi secum, verrantque per auras.»  
 Que si no hiciese tal, por los espacios  
 Con rapidez arrebataran ellos  
 La tierra, el mar, el firmamento mismo.

tiempo, grande amante de la perfección; dos cualidades que parecen contrarias, pero que en España suelen andar juntas, y que cada cual de por sí, cuanto más las dos unidas, eran bastante rémora para que no abasteciese el teatro de producciones originales con la frecuencia que á sus intereses convenía. Por otra parte, empezó á escribir en tiempos de gran decadencia para el teatro español, en que el público indiferente, distraído y generalmente iliterato, apenas hacía distinción entre lo original y lo traducido, ni preguntaba siquiera por el nombre del autor, ni establecía ninguna diferencia en la retribución pecuniaria que á unas y otras obras se otorgaba. El oficio hoy tan desacreditado de traductor ó arreglador de comedias no lo estaba entonces, sino que era ocupación seria de literatos eminentes, que muchas veces mejoraban, y siempre castellanizaban, los originales que traducían: así Gallego, Marchena, Saviñón, don Dionisio Solís. Vega, educado en estos tiempos y guiado por los consejos de Carnerero y de Grimaldi, comenzó á traducir piezas francesas desde 1824; como simultáneamente lo hacían los otros dos únicos poetas dramáticos de la generación de entonces, Bretón de los Herreros y Gil y Zárate. Pero así como éstos, especialmente Bretón, se dejaron llevar luego de su originalidad dramática, y no volvieron á traducir sino *per accidens*, convirtiéndose Bretón en creador de un nuevo teatro cómico español, el más castizo y rico de sales que puede imaginarse; Vega, aun en los tiempos más favorables á la producción personal, continuó traduciendo á destajo, y sólo en 1845 dió á las tablas su primera comedia enteramente original, que es á la vez su obra maestra.

Estas traducciones ó arreglos que él excluyó á carga

cerrada de la colección de sus obras, considerándolos como trabajos *de pane lucrando*, no merecían, en verdad, tan absoluta é inflexible condenación. Algunos de ellos tienen tanto de original como de traducido: otros están en verso y son obras verdaderamente literarias, como todos los versos que su autor compuso. Una mano inteligente y menos rigurosa que la del poeta, puede subsanar este defecto en ediciones posteriores, dando entrada por lo menos á algunos libretos de zarzuela, entre los cuales descuella el nunca olvidado de *Fugar con fuego*, digno de la música que le acompaña. El número total de estos *arreglos* (que es el nombre con que en el teatro se designan) quizá pase de ochenta. Algunos de ellos forman todavía parte del caudal de los teatros, y se oyen siempre con gusto. El estilo es desigual, y no faltan galicismos, impropios de autor tan esmerado. En la elección de las piezas que tradujo, consultó más bien el gusto reinante que su escrupulosa conciencia artística, y no tuvo reparo en dar vestidura castellana á los melodramas de Víctor Ducange y á las piecillas de Scribe. Pero obsérvese que todas las obras que trasladó á nuestro repertorio tienen, á falta de otro mérito, el de ser eminentemente escénicas. Para discernir esto tenía un don casi infalible, así como en el modo de adaptarlas ó *arreglarlas* se mostraba siempre peritísimo en la mecánica teatral.

Esta industria literaria no perjudicó mucho á su gloria, porque nunca hubiera sido muy fecundo; y de todos modos le dejó espacio y libertad bastante para consagrarse con ahinco á la corrección de sus pocas, pero muy selectas, obras originales. Sólo seis de ellas quiso admitir en su colección, y aun tres son de muy breves

dimensiones y pertenecen al género que Hartzenbusch llamaba *de encargo*; á pesar de lo cual nada pierden de su mérito. Son piezas cortas de asunto literario, en que el autor hace, en muy vario estilo, como cuadraba á la índole de los poetas elogiados, pero siempre con buen sentido y agudeza, la crítica, ó más bien la apoteosis de Lope, Calderón y Moratín. Y así como en *La tumba salvada* procura con buen éxito remedar la manera alegórica y conceptuosa y la robusta entonación de los *Autos sacramentales*; en la *Crítica del sí de las niñas*, que es una joya, llega á rivalizar con el *Café*, del mismo D. Leandro, y con la *Crítica de la escuela de las mujeres*, y con todas aquellas obras más excelentes en que la preceptiva literaria, vigorizada por el genio satírico, ha puesto en las tablas su cátedra, tanto más eficaz cuanto más amena.

No nos detendremos en el drama histórico *Don Fernando de Antequera*, noble y simpática producción, abundante en bellezas parciales, pensada con madurez y reposo, escrita con gravedad y aliño, sembrada de altas moralidades y sentencias políticas, fiel á lo menos en lo sustancial al espíritu de los tiempos en que la acción pasa; obra, en suma, elevada y serena, romántica en el sentido en que lo son las dos tragedias de Manzoni, y con todo eso no tan estimada y celebrada como otras cosas de Ventura, sin duda porque en medio de todas sus excelencias artísticas le falta un cierto grado de calor en la emoción dramática y de interés en la fábula.

Las dos obras maestras de Ventura de la Vega son una comedia y una tragedia: *El Hombre de mundo* y *La muerte de César*. Sobre el mérito de la primera

no hay controversia posible; *El Hombre de mundo* es una comedia casi perfecta dentro del género á que pertenece, y que con llamarse *alta comedia* no es, sin embargo, el más elevado de la poesía dramática. Con menos profundidad de intención y menos fuerza cómica que Molière y Moratín, Vega pertenece á su escuela, y en el arte de la composición quizá les aventaja: composición clara y lúcida, á la vez que ingeniosa, con una punta de artificio excesivo, pero sin detrimento de la observación fina de costumbres y caracteres, que es el alma de esta especie de comedia. Conocimiento profundo de cierto género de sociedad; conocimiento todavía más cabal de los recursos escénicos, empleados con tal destreza, que parece natural y sencillo lo que es efecto del cálculo más refinado; enseñanza moral, si no muy nueva, importante por lo menos y de verdad eterna; figuras reales y humanas, aunque no muy complejas ni muy profundamente estudiadas; delicada parsimonia en la expresión de los afectos: urbano gracejo en la parte cómica; y en todo ello un no sé qué de nativa elegancia, que, sin dejar de ser castiza, llega á un grado de perfección técnica rarísimo en nuestro teatro; tales son las dotes que hicieron clásica esta pieza desde el momento de su aparición, y las que en tal categoría la mantienen á pesar de los años y de los cambios de gusto. Si algo se echa de menos en ella, no en cotejo con las comedias de su tiempo, aunque entre en cuenta todo el regocijadísimo teatro de Bretón (más genial y espontáneo poeta, pero no mayor autor dramático que Vega) sino con el arte maduro y reflexivo de Tamayo y Ayala, que vinieron después, es cierta gravedad del pensamiento que éstos han tenido, un modo más elevado de conside-

rar la pasión y el deber, un grado más de elevación en la conciencia ética y estética del autor; en suma: el hábito de tomar la vida por lo serio, que es en el fondo el modo más poético de tomarla. Sin duda por falta de esta fibra, sin la cual Molière no hubiera escrito *El Misantrópo*, ni Moratín *El sí de las niñas*, resulta que una comedia tan primorosa deja en el ánimo una vaga impresión de prosaísmo, y con tener un fin moral tan marcado, parece una obra frívola.

Quizá esta misma consideración aplicada, no al mundo de relaciones domésticas en que se mueve la comedia, sino al mundo de la arqueología y de la historia, sea la principal razón de la inferioridad relativa de *La muerte de César*, obra de gran estudio, predilecta de Vega entre las suyas, escrita con más amor y conciencia que otra ninguna, trazada con suma sencillez de plan, admirablemente dialogada, llena de detalles felices, en que se pasa sin violento contraste de la majestuosa entonación de la Melpómene francesa á la manera más familiar del drama moderno, fundiéndose armoniosamente ambos tonos; memorable tragedia de gabinete, que no agradó representada (quizá por el sistema de declamación realista que inflexiblemente seguía el grande actor que la puso en escena), pero que leída vale más que el *Edipo*, de Martínez de la Rosa, y sólo cede á la *Virginia*, de Tamayo, entre todas cuantas tragedias se han compuesto en nuestra lengua. El defecto orgánico de esta producción de Vega, tan literaria y tan digna de respeto, no está en su carácter híbrido, ó más bien ecléctico, que es, por el contrario, una muestra de originalidad nada vulgar y una gran dificultad vencida; sino en el falso y algo mezquino concepto de la historia que el

poeta manifiesta, subordinándola á una paradoja política de bajo vuelo, como es la apología del cesarismo y la supuesta necesidad de la tiranía en pueblos corrompidos ó degenerados. Era la misma idea que por aquellos días se desarrollaba con aparato erudito y dogmático en la entonces tan ruidosa y hoy tan olvidada *Historia de Julio César*, con que el último de los Césares modernos quiso razonar el fundamento histórico de su personal imperio. Sin examinar tal doctrina (que aquí para nada nos importa), baste decir que este concepto político, que, como todos los del mismo orden, sólo ha servido para viciar la historia y convertirla en folleto, tenía que ser todavía más dañoso para el poeta trágico, apartándole de la serena y amplia intuición de la realidad histórica, ó lo que es lo mismo, del espectáculo de la vida, que en el *Julio César*, de Shakespeare, es tan ardiente y tan intensa. La energía interior del drama histórico hay que buscarla en la historia misma, y no en ninguna concepción exterior y sobrepuesta á ella. Pero ni Vega había ahondado bastante en el espíritu del pueblo romano, ni las condiciones de su clarísimo ingenio eran las más á propósito para interpretarle. Había estudiado la historia para las necesidades de su argumento, pero sin compenetrarse íntimamente con ella. Por eso, lo único que falta en su tragedia es grandeza; no porque alguna vez apunte la sonrisa (que en esto hizo bien, separándose de la monotonía del género), sino porque todo está visto á una falsa luz y empequeñecido con sentimientos y preocupaciones de ahora. No hay anacronismos exteriores, pero hay un continuo anacronismo interior: lo mismo en la caricatura de Cicerón, cuyo original reconocieron

todos que, en la importancia que se concede á la supuesta paternidad de César respecto de Bruto, y al personaje de Servilia, sin el cual Vega no veía tragedia posible; como si á Shakespeare no le hubiesen bastado para la suya los grandes móviles de la historia, sin acudir á un recurso sentimental y novelesco, de índole privada, y enteramente ajeno de las costumbres antiguas.

Nada de esto se trae aquí para amenguar en modo alguno el mérito de obras que fueron clásicas desde el momento de su aparición, y que forman ya parte del tesoro de nuestra lengua. Si bien se mira, la continua perfección en los detalles es mérito casi tan relevante como el de una originalidad vigorosa, y en España ha sido siempre mucho más raro. Precisamente por tener las cualidades que menos abundan entre nosotros, debe recomendarse á los principiantes el estudio de éste tan correcto y pulido escritor, como se recomienda el de Moratin con preferencia á otros ingenios más grandes sin duda, pero con los cuales se corre más peligro de extraviarse.

Terminada esta digresión hartó larga, y quizá para algunos libre é irreverente en demasía, conviene volver los ojos á la olvidada patria de Ventura de la Vega, donde por los mismos años en que él conquistaba en Madrid sus primeros laureles, comenzaba á darse á conocer como introductor del romanticismo y fundador de una nueva escuela poética americana un autor muy notable por su mérito positivo, y mucho más aún por la novedad y trascendencia de sus propósitos, y por la influencia que sus doctrinas y ejemplos han tenido en la generación que le sucedió. Tal fué D. Esteban Echeverría, uno de los primeros líricos americanos y pa-

triarca de la poesía romántica en el Parnaso argentino.

Hemos visto que en los demás países americanos, en México, en Cuba, en Venezuela, en Colombia y en el Perú, el romanticismo fué recibido de segunda mano y por importación española, exceptuando si acaso á José Eusebio Caro, en quien la influencia de los poetas ingleses es visible, y comenzó muy pronto. Pero no aconteció así en la Argentina: Echeverría importó el romanticismo francés casi por el mismo tiempo en que comenzaban en España las tentativas románticas, pero con entera independencia de ellas y con carácter mucho menos castizo.

Para determinar bien el mérito de este autor, hay que considerar separadamente lo que intentó realizar y lo que efectivamente realizó, porque Echeverría, además de ser un poeta de todas suertes notable, se ha convertido en una especie de símbolo de la poesía argentina nacional y emancipada. Así le ha presentado, y dignamente ensalzado en hermosos versos, el más argentino de los poetas que hoy viven, D. Rafael Obligado. Después de pintar la desolación de la pampa, dilatada y sola,

«Sin más palabra que la voz vibrante  
Del buitre carnicero,  
El alarido de la tribu errante  
Y el soplo del pampero»;

la extensión vacía donde jamás había penetrado el alma del canto, describe en estos términos la aparición del genio poético de aquella región, encarnado en Echeverría:

«Llegó por fin el memorable día  
En que la patria despertó á los sonos

De mágica armonía;  
En que todos sus himnos se juntaron,  
Y súbito estallaron  
En la lira inmortal de Echeverría.

Como surgiendo de silente abismo,  
El mundo americano  
Alborozado se escuchó á sí mismo:  
El Plata oyó su trueno,  
La pampa sus rumores,  
Y el verjel tucumano,  
Prestando oído á su agitado seno,  
Sobre el poeta derramó sus flores.

Desde la hierba humilde  
Hasta el ombú de copa gigantea;  
Desde el ave rastrera, que no alcanza  
De los cielos la altura,  
Hasta el chajá que allí se balancea  
Y, á cada nube oscura,  
Á grito herido sus alertas lanza;  
Todo tiene un acento  
En su estrofa divina;  
Pues no hay soplo, latido, movimiento,  
Que no traiga á sus versos el aliento  
De la tierra argentina.

.....  
Desde entonces hay cantos de ternura,  
Rumor de besos en la pampa inmensa.....  
.....

Y el panegirista, en alas del entusiasmo poético, llega á comparar la obra de Echeverría con las grandes jornadas de la Independencia americana.

«Él fué también libertador, guerrero,  
De la lucha más noble.—*La Cautiva*,  
Que el sentimiento nacional exalta  
Y su estandarte victorioso ondea,  
Es como Maipo, y Ayacucho, y Salta,  
El triunfo de una idea» (1).

(1) *Poemas de Rafael Obligado*. Buenos Aires, 1885, páginas 1 y 55.

El poeta que tal himno ha merecido no puede haber sido vulgar, y no lo fué por cierto, á pesar de las muchas salvedades que el buen gusto tiene que hacer, traándose de sus versos; y á pesar también de que la intención poética valió generalmente en él más que la ejecución, por lo cual resulta un ingenio fragmentario ó incompleto, más digno de estudio que de admiración.

La manera como Echeverría educó y formó su gusto, explica en parte lo que puede encontrarse de bueno y de malo en sus versos (1). Fué pensador antes que poeta, y concibió la poesía principalmente como obra de civilización, como magisterio social. Su influencia política, que fué muy activa, aunque enteramente teórica y doctrinal, es inseparable del pensamiento de sus versos. Lo cual quiere decir que la vocación poética no fué en él muy espontánea, sino que comenzó á despertarse de un modo deliberado y reflexivo, después de largas vigiliias, consagradas principalmente al estudio de las ciencias morales y de la filosofía de la historia. Esta es la razón capital de la frialdad de muchos de sus versos y de las enfadosas divagaciones filantrópicas á que con predilección se entrega.

Sus primeros estudios habían sido muy descuidados, y

(1) *Obras completas de D. Esteban Echeverría, con notas y explicaciones, y una noticia acerca de la vida del autor, por D. Juan María Gutiérrez.* Buenos Aires, 1870-1874. Cinco volúmenes. En el último, además de los escritos en prosa de Echeverría y de su biografía, escrita por Gutiérrez, figuran artículos críticos de los Sres. Goyena, Mitre, Alberdi, Varela (D. Florencio), Torres Caicedo, Amunátegui, y poesías laudatorias de Adolfo Berro y A. Mariños Cervantes.

Nació Echeverría en Buenos Aires, de padre vizcaíno y madre argentina, el 2 de Septiembre de 1805, y falleció en Montevideo el 19 de Enero de 1851.

su juventud algo licenciosa; pero desde 1825 se propuso seriamente reformar su educación, y emprendió un viaje á París, donde residió cinco años, haciendo pobre, obscura y laboriosísima vida de estudiante, saludando, más ó menos de paso, todas las ciencias, pero empapándose con predilección en las doctrinas de la filosofía ecléctica, entonces dominante, y del individualismo liberal y económico; sin dejar de prestar atento oído á las vagas aspiraciones del humanitarismo y de la escuela del progreso indefinido; con todo lo cual formó para su uso un cuerpo de doctrina que luego formuló en *El dogma socialista* y en otros escritos suyos en prosa. Los tres autores que parecen haber dejado más huella en su ánimo son el apocalíptico Lamennais (á partir de las *Palabras de un creyente*); el enfático y hoy tan olvidado Lermínier, y el extraño apóstol de la humanidad, Pedro Leroux, que todavía lo está más. De la filosofía y las ciencias sociales pasó á la literatura, donde ardía entonces la lucha entre clásicos y románticos. Leyó en su original á Shakespeare y Byron; en traducción francesa á Goethe y Schiller, que le «conmovieron profundamente (son sus palabras) y le revelaron un nuevo mundo». Entonces entró en deseos de poetizar, pero se encontró con que apenas sabía escribir en castellano, ni conocía las reglas más elementales de nuestra versificación. Resignóse á aprender algo de lo que ignoraba, y venciendo la antipatía que todo lo español le causaba, comenzó á estudiar la propiedad de nuestra lengua en libros que no debieron de ser muy numerosos, pero sí selectos: la colección de Capmany para la prosa, y la de Quintana para el verso.

Los primeros ensayos poéticos del joven argentino

empezaron á correr con estimación entre algunos compatriotas suyos residentes en París; pero ninguna composición suya se había impreso antes de 1830, en que regresó á Buenos Aires, más rico de ideas ajenas que de experiencia del mundo, y por lo mismo lleno de esperanzas y deseoso de intervenir en la vida pública, aplicando á ella los altos pensamientos que había aprendido en los libros de los filósofos y publicistas, que habían sido asiduos compañeros de su soledad. El espectáculo político de su patria, donde comenzaba á incubarse la tiranía de Rosas, le contristó profundamente: «la patria ya no existía». Su pena moral se agravaba con los padecimientos físicos, iniciándose en él la terrible dolencia del corazón que había de arrancarle la vida. «Me encerré en mí mismo (añade), y de ahí nacieron infinitas producciones, de las cuales no publiqué sino una mínima parte con el título de *Los Consuelos*.»

Pero su estreno literario no fué esta colección, sino un poema titulado *Elvira ó la Novia del Plata*, impreso en 1832, precisamente el mismo año en que salió de las prensas de París *El Moro Expósito* del Duque de Rivas, primera obra importante del romanticismo español. Fuera de esta coincidencia de fechas, el poemita de Echeverría, vaga reminiscencia de las baladas alemanas, especialmente de las de Bürger, vale muy poco, y, á pesar de su título, carece de todo color americano. *Elvira* puede ser la novia del Plata como la de cualquiera otra parte, ó más bien, ni ella ni su amante Lisardo son más que fantasmas sin consistencia. La parte imaginativa pertenece al amaneramiento romántico más vulgar: ronda de espectros, sábado de brujas, etc. El

pesimismo del autor era muy sincero, pero rara vez logra una expresión francamente poética. La versificación ofrece muestras de muy diversos metros, y de ella pueden entresacarse trozos agradables, como esta canción de Elvira, que Gutiérrez llamaba «Canción de la Ofe-  
lia americana», y que efectivamente recuerda algo los versos del sauce, que el mismo Echeverría tradujo después libremente:

«Creció acaso arbusto tierno  
 Á orillas de un manso río,  
 Y su ramaje sombrío,  
 Muy ufano se extendió;  
 Mas en el sañudo invierno  
 Subió el río cual torrente,  
 Y en su tímida corriente  
 El tierno arbusto llevó.  
 Reflejando nieve y grana,  
 Nació garrida y pomposa  
 En el desierto una rosa,  
 Gala del prado y amor;  
 Mas lanzó con furia insana  
 Su soplo inflamado el viento,  
 Y se llevó en un momento  
 Su vana pompa y frescor.  
 Así dura todo bien....  
 Así los dulces amores,  
 Como las lozanas flores,  
 Se marchitan en su albor;  
 Y en el incierto vaivén  
 De la fortuna inconstante,  
 Nace y muere en un instante  
 La esperanza del amor.»

El cuento fantástico de *Elvira* halló mal preparado el terreno, y cayó en medio de la indiferencia general, por hallarse la atención del público muy apartada de todo género de literatura. No sucedió lo mismo en 1834, en que aparecieron *Los Consuelos*, primera colección

lirica del vate argentino, y una de las más antiguas de versos castellanos en que domine el elemento romántico. Una nota puesta al fin del tomo exponía por primera vez el programa estético de Echeverría. «La poesía entre nosotros aun no ha llegado á adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas: preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea á la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará á ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca.»

El libro de *Los Consuelos* era, sin embargo, mucho menos revolucionario de lo que pudiera creerse por esta nota y de lo que dejaba esperar el poema que le había precedido (1). Rara vez cambiaba el autor de metros dentro de una misma composición, y por el contrario conservaba bastantes reminiscencias de los poetas españoles. *La Profecía del Plata* era evidente remedo de Fr. Luis de León: en otras odas patrióticas predominaba el tono de Quintana; y ya en el estilo, ya en los metros, se notaba alguna que otra vez la influencia de Cien-

(1) Al fin de *Los Consuelos* hay otro poemita, *Layda*, del mismo género que *Elvira*.

fuegos ó la de Arriaza. Pero todo esto era accesorio en *Los Consuelos*, y aunque el color local americano no asomase todavía por ninguna parte, lo que daba carácter al libro era la melancolía del subjetivismo romántico. Si es lícito comparar lo pequeño con lo grande, Echeverría, como Lamartine, era mucho más romántico en el sentimiento que en la forma. Los mejores versos de la colección, *El Poeta enfermo*, *Mi destino*, *Crepúsculo en el mar*, están inspirados por aquella musa de suave y lánguida tristeza que con Millevoye lloró la caída de las hojas y la juventud marchita. El poeta era realmente infeliz: una horrible dolencia cardíaca le atenaceaba en la flor de su vida, presagiándole un fin inminente y prematuro. La forma poética en muchas piezas de *Los Consuelos* es trivial é incolora; pero los afectos que expresan son siempre sinceros. Y en la poesía lirica no es pequeña condición la absoluta sinceridad. Otros fueron quejumbrosos por imitación y por escuela: á Echeverría, el dolor le hizo poeta.

*Los Consuelos* fueron recibidos con admiración. Eran, como dijo Florencio Varela, «la primera colección de poesías dignas de este nombre que ha aparecido en Buenos Aires». El libro estaba en consonancia con su público. Los jóvenes y las mujeres, sobre todo, saludaron su aparición con simpatía y entusiasmo, «hallando en aquel pequeño volumen (dice Gutiérrez) la historia de su vida anterior».

Pero el poeta no había puesto lo mejor de su numen en *Los Consuelos*. Tres años de recogimiento y estudio antecedieron á la publicación de las *Rimas* (1837), que contienen, sin duda, lo más selecto de su caudal poético, lo que ha sido más celebrado, lo que tiene más pro-

babilidad de sobrevivir: el himno estoico *Al dolor*, inspirado por unas palabras de Kant; la primorosa canción de *La Diamela*, y, sobre todo, el poema de *La Cautiva*. El autor se había engrandecido y transformado, y volvía victorioso de su lucha con el dolor. Sus versos no eran ya «desahogos del sentir individual», sino que aspiraba á darles un interés más general y humano, conforme á las teorías sobre el arte que en el prólogo desarrolla. «La poesía no miente ni exagera (decía).... La forma artística está como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característica expresión.... La poesía consiste principalmente en las ideas, y el verdadero poeta idealiza siempre.... Idealizar es sustituir á la tosca é imperfecta realidad de la naturaleza, el vivo trazado de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu alcanza.»

El poema de *La Cautiva* se presentaba como ensayo y primera muestra de este credo estético, tan noble y elevado. En cuanto al fondo, «la energía de la pasión, manifestándose por actos, y el interno afán de su propia actividad que poco á poco la consume»: en cuanto á la forma, el popular octosílabo, del cual Echeverría se declaraba apasionado, «á pesar del descrédito á que lo habían reducido los copleros». Pero la mayor novedad consistía en el escenario, en la pintura poética del Desierto. «El Desierto es nuestro (decía Echeverría), es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner nuestro conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura.»

Si las explicaciones del teórico parecieron algo meta-

físicas para lo que entonces se estilaba en América, el poema, en cambio, se apoderó desde el primer día de la atención y del favor del público. La descripción de la *pampa*, aunque hecha con rasgos que convienen á cualquier desierto, era nueva entonces, y era además bella, reflejando algo de la austera monotonía del paisaje y de la melancólica majestad con que el sol se pone en el vasto horizonte de la silenciosa llanura. Por primera vez entraban en el arte los campamentos de la frontera, los aduares de los bárbaros, los festines en que se embriagaban mezclando el licor con sangre de yegua, el inmenso y enmarañado pajonal abrasado por terrible quemazón tras de devorante sequía. *La Cautiva* no era más que un bosquejo; pero si la parte dramática valiese en ella lo que vale la parte descriptiva; si la influencia del sentimentalismo de Chateaubriand fuese menos visible; si las figuras de Brian y María tuviesen más realce, esta historia tierna y sencilla de dos amantes perdidos en el desierto sería una de las mejores cosas de la literatura americana. Tal como está no pasa de la categoría de agradable, aparte del valor que tiene como primera tentativa. Los versos corren fáciles y sonoros, pero con cierto género de facilidad *acuosa*, que es precisamente lo contrario de la perfección rítmica. Aun en sus mejores momentos, Echeverría es un artista negligente y amanerado, que piensa con alteza, pero que no tiene bastante aliento para infundir vida inmortal en sus creaciones (1).

(1) Si esta opinión mía parece demasiado severa, puede el lector argentino preferir el bello ditirambo que la amistad y el patriotismo inspiraron á D. Juan M. Gutiérrez, el cual decía así, hablando del primer canto de

Con *La Cautiva* llegó al apogeo de su fama poética, que penetró hasta en España, á pesar de la incomunicación en que vivían entonces los ingenios americanos respecto de los nuestros. Quinientos ejemplares de las *Rimas* se vendieron en Cádiz. Lista y Ventura de la Vega las elogiaron, y fué preciso hacer una nueva edición española, que se agotó en seguida: caso bien raro, aun en aquellos tiempos en que había más afición á versos que ahora. La leyenda de Echeverría traspasó además las fronteras de los pueblos en que es nativa la lengua de Castilla, y obtuvo los honores de una traducción alemana, que hizo en el mismo metro del original, y en igual número de estrofas, Guillermo Walter (1861), poniéndole este honroso epigrafe: *Res, non verba*.

Hasta 1837, Echeverría, aunque preocupado siempre por ideas de reforma social, no se había manifestado más que como poeta. Aquel año descendió á la propaganda clandestina, fundando una especie de sociedad secreta, que tituló *Asociación de Mayo*, en la cual se afiliaron la mayor parte de los estudiantes de Buenos Aires, capitaneados por Alberdi y Gutiérrez. Esta asociación tenía por objeto preparar la caída de Rosas,

*La Cautiva*: «Las diez y ocho estrofas de este canto son otras tantas perlas, y de las de más bello oriente, entre las muchas que adornan la cabeza de la musa argentina. El metro, la versificación, los epitetos, las palabras todas empleadas por el poeta, son sencillas y casi familiares. Esas estrofas maestras no necesitan ni de oropél ni de ruido. Puede decirse de ellas, parodiando á Virgilio, que bástales mostrarse para convencerse de que son divinas y reinas en los dominios poéticos de nuestro Parnaso.... El canto del *Desierto* pertenece á esas creaciones que vivirán eternamente, y serán por siempre hermosas, como lo son la naturaleza y la verdad. La poesía de la *pampa* está toda entera elaborada y comprendida en esos pocos versos, así como la poesía de una noche estrellada y *serena* se encierra con todas sus armonías en la oda de León á D. Loarte.»

cuya tiranía, sin haber llegado al punto de sanguinaria insensatez á que llegó después, comenzaba á ser intolerable; y acelerar la *regeneración* de la patria, conforme á los principios que Echeverría desenvolvió en un célebre folleto, *El dogma socialista*: palabra que aquí ha de entenderse en el sentido de *dogma social*, pues, por lo demás, nadie más lejano del socialismo que Echeverría, á quien hoy calificaríamos de individualista de los más clásicos y radicales. Su credo, bandera ó programa, aunque formulado con varonil elocuencia, no contiene más que los lugares comunes de la antigua escuela democrática, tal como la exponían los publicistas franceses anteriores á 1848. Á lo sumo, puede traslucirse en algunos conceptos influencia sansimoniana (1).

La *Asociación* tuvo que dispersarse pronto para salvarse de las pesquisas de la policía de Rosas; y Echeverría se retiró á una de las haciendas que poseía en el campo, esperando con el alejamiento y la obscuridad de su vida, esquivar la persecución y proseguir trabajando en la educación política de sus compatriotas. Allí compuso sus sentidos versos á la muerte del poeta Juan Cruz Varela, muerto en la expatriación; y allí le sorprendió la noticia del alzamiento liberal de los hacendados del Sur, en Octubre de 1839: tentativa prematura y frustrada, que no hizo más que exacerbar las crueldades de Rosas. Aquella insurrección le dió tela para un fastidioso y prosaico poema en variedad de metros, ó más bien gaceta rimada, que dió á luz años después en Montevideo.

(1) En sus *Cartas á D. Pedro de Angelis*, editor del *Archivo Americano* y panegirista asalariado de Rosas, Echeverría rechaza toda complicidad con el socialismo europeo.

Echeverría, á quien su quebrantada salud impidió alistarse en las filas del ejército libertador del general Lavalle, que con tan mal éxito luchó contra Rosas en 1840 y 1841, tuvo que resignarse á la expatriación y buscar asilo, primero, en la colonia del Sacramento, y luego en Montevideo. Allí, durante el memorable cerco de aquella plaza, continuó la lucha contra el dictador, en verso y en prosa, en periódicos, discursos y folletos, Pero el visionario, el iluminado, el utopista, fué sobreponiéndose cada vez más al poeta. Sus compañeros de proscripción le respetaban más bien que le seguían, teniéndole por inútil para la acción revolucionaria; y él se perdía cada vez más en nebulosidades de metafísica social, explanando y comentando de mil modos su *dogma socialista*, que quiso introducir hasta en un compendio de moral que escribió para las escuelas primarias. Entretanto, el poeta, aunque versificando á destajo, no volvió á encontrar inspiraciones semejantes á las de *La Cautiva*. La bella descripción del Tucumán al principio del poema *Avellaneda*, es casi lo único que merece salvarse de esta segunda manera suya, en que el político mató miserablemente al poeta que, aspirando al lauro épico, sólo consiguió poner en renglones desiguales é incorrectos la prosa de los periódicos. Y sin embargo, aquella guerra era trágica y de proporciones aterradoras, y merecía tener, y tuvo en efecto, su poeta; pero no en verso, sino en prosa; no el autor de *Avellaneda* y de la *Insurrección del Sur*, sino el de *Facundo Quiroga*; no Echeverría, sino Sarmiento. Echeverría no tenía genio épico, y sus poemas largos son otros tantos abortos. Si alguno puede citarse como peor que los restantes, es el más largo y el último de

todos, aquel en que precisamente fundaba mayores esperanzas, *El Ángel caído*, del cual puede decirse con mucha más razón, que de *La chute d'un ange* de Lamartine, que no es la caída de un ángel, sino la caída de un poeta. Esta farragosa composición, que llena por sí sola un grueso volumen de más de 500 páginas en 4.º en la colección de las obras de Echeverría, es punto menos que ilegible; y el mismo Gutiérrez, con todo su entusiasmo, reconoce que están de más una gran parte de los ocho mil versos de que consta. El héroe del poema es el eterno D. Juan, pero un D. Juan trasplantado á las orillas del Plata é introducido en la sociedad argentina; ó más bien, el *D. Juan* de Echeverría no es nadie, por el mismo empeño loco de que lo sea todo. Es una abstracción quimérica, compuesta de elementos contradictorios: «un tipo (dice el autor con toda sencillez), en el cual me propongo concretar y resumir, no sólo las buenas y malas propensiones de los hombres de mi tiempo, sino mis sueños ideales y mis creencias y esperanzas para el porvenir. Como todas las almas grandes y elásticas, la de mi D. Juan se engolfará á veces en las regiones de lo infinito y lo ideal, y otras se apegará, para nutrirse, á la materia ó al deleite. Así, representará la doble faz de nuestro sér, el espíritu y la carne, ó el idealismo y el materialismo....., y como nuestra sociedad es el *medium*, ó el teatro donde esa alma debe ejercitar su devorante actividad, esto me dará lugar para ponerla á cada paso en contacto con ella, pintar nuestras costumbres, censurar, dogmatizar é imprimir, hasta cierto punto, al poema, un colorido local y americano».

Como este tipo, que realmente no es tal tipo ni cosa

que lo valga, daba tanto de sí, el autor nos amenaza con nuevos poemas que tenía ideados, en los cuales «este *multiforme Proteo americano* (¡americano D. Juan Tenorio!), reaparecería bajo otra luz y con distinto relieve». Hay que advertir que *El Ángel caído* es ya continuación de otro poema no corto que se titula *La Guitarra* (en que hay imitaciones, bastante desgraciadas, de la *Parisina*, de Byron), y luego iba á venir el *Pandemonium*, y luego, no sabemos qué, porque el poeta había perdido enteramente la brújula, y era, como García de Quevedo, una de las más señaladas víctimas del furor épico, trascendental y simbólico. Nada interesa en *El Ángel caído*: ni la fábula, que es insulsa y desatinada; ni la construcción del poema, que es informe y sin ningún género de unidad orgánica; ni las ideas filosóficas, que son un barullo caótico y pedantesco, último residuo de lecturas mal digeridas; ni la dicción poética, que es arastrada, débil, palabarrera. Echeverría, que hacía alarde de despreciar á todos los poetas españoles antiguos y modernos, porque «no descubría en ellos acción psicológica, afectos íntimos, ni pensamientos filosóficos, sino la manifestación orgánica y brutal de la pasión», hubiera hecho bien en pedir prestado, no ya al gran Tirso, sino á sus propios contemporáneos, Espronceda y Zorrilla, algo del interés y de la vida que pusieron en sus reproducciones del tipo de D. Juan.

Resumiendo todo lo expuesto sobre Echeverría, hay que reconocer, como reconoce su mayor panegirista Gutiérrez, que en sus obras anda revuelto «el oro de buena ley con materias muy humildes». Fue un pensador sincero, aunque mediano, un entusiasta con visos de iluminado, un patriota algo cándido y enamorado de

abstracciones, pues aun buscando base histórica para su política, tenía tan pobre manera de entender la historia de su país, que no empezaba á contarla más que desde fecha tan reciente como la revolución de Mayo de 1810, como si ninguna nación se hubiese improvisado en un día. Del mismo modo quiso improvisar una literatura americana, renegando de todos los precedentes coloniales y quedándose sólo con la lengua. Sobre esto son muy dignas de tenerse en cuenta, por lo atinadas y sagaces, las reflexiones de un crítico y poeta de la nueva generación argentina, D. Calixto Oyuela (1). «Precisamente por haberse apartado Echeverría de lo español y castizo más de lo que nuestra propia naturaleza consiente, no pudo ser suficientemente americano. No acertó á librarse de la imitación romántico-francesa, como se libró de la seudoclásica española; y pensando en francés, escribió en castellano de mediana ley. Afrancesado su pensamiento por influjo del deslumbrador romanticismo, ya no pudo hallar en moldes castellanos su manifestación natural y espontánea. «Aceptemos de España su hermosa lengua», dice. Pero ¡qué! ¿Puede aceptarse una lengua, rechazando á la vez de todo en todo el pensamiento, el medio de imaginar y de sentir y de expresar, que de consuno la engendraron, amamantaron y desarrollaron hasta el altísimo grado de perfección en que hoy se encuentra? La lengua no es un ropaje exterior, susceptible de sacarse, ponerse y cambiarse á voluntad, sino la expansión inmediata que lleva embebida esencialmente el alma del pueblo que la posee. Cervantes, Calderón, Lope, León, Quevedo, viven y

(1) *Carta á Rafael Obligado*, Buenos Aires, 1885.

palpitan todavía en las voces, modulaciones y giros de la lengua castellana, la cual sólo podrá ser natural instrumento de los pueblos que, si bien modificados, conservan sustancialmente indole ó afinidades españolas. Si Echeverría quiso renegar de esta indole y de estas afinidades naturales, debió ser lógico y renegar también del idioma que es su consecuencia necesaria, proponiendo que hablásemos en francés ó en quichua.»

Después de estas palabras tan llenas de sensatez, no hay más remedio que ver en Echeverría un artista incompleto, que emprendió grandes cosas con fuerzas desproporcionadas á su intento, y que nunca llegó á dominar el instrumento que empleaba. Su americanismo, valga lo que valiere, se reduce á *La Cautiva*, y á algún rasgo del *Avellaneda*, poema muy mal escrito en casi todas sus partes. Tenía dotes de observación realista, como lo prueban su cuadro de *El Matadero*, y algún otro de sus fragmentos en prosa; pero no utilizó esta vena, que le hubiera conducido quizá á una literatura más americana que la de sus versos. Prefirió perderse en nieblas teosóficas, y hoy yace enterrado bajo la balumba de sus obras en el suntuoso, pero demasiado completo, monumento que le levantó su fiel amigo Gutiérrez. Es autor que sólo debe ser leído por extractos y en muy pequeño volumen, tal como le presenta Obligado. Pero con todos sus defectos de fondo y forma, no se puede negar que fué sacerdote fiel del culto del ideal, y que tuvo un noble y elevado concepto de la poesía. El hombre y el ciudadano valían en él más que el poeta: por eso mereció del ilustre orador católico D. Félix Frías, en pleno Parlamento argentino, este elogio póstumo, que vale por muchos: «D. Esteban Echeverría era capaz

de hacer algo mejor que bellos versos: era un poeta en acción; jamás prostituyó su honor ni su musa.»

Desde 1837, fecha de las *Rimas* de Echeverría, hasta 1852, fecha de la caída de Rosas, la literatura argentina no se desarrolló en Buenos Aires, de donde la había ahuyentado la tiranía de aquel demente; sino en Bolivia, Chile y Montevideo. Entre estos proscritos brillaron en la prensa chilena, ó en la del Estado Oriental: D. Vicente Fidel López, autor del primer *Curso de Bellas Letras* que rompió en América con la rutina seudoclásica, y escritor muy celebrado después por sus extensos trabajos históricos: Sarmiento, á quien hemos encontrado ya en nuestro camino, y que fué, con toda su selvática incorrección, el más ardiente é inspirado de los prosistas del Sur, distinguiéndose además, como reformador de la enseñanza primaria: D. J. B. Alberdi, que empezó escribiendo artículos de costumbres á imitación de Larra, con el seudónimo de *Figarillo*, y abandonó luego los floridos senderos de la literatura (1) para dedicarse á las ciencias jurídicas, especialmente al derecho político y al internacional, en que llegó á ser eminente por la fuerza analítica y el vigor de su pensamiento: D. Félix Frías, que á diferencia de la mayor parte de sus compañeros de emigración y correligionarios políticos, fué siempre fervoroso campeón del catolicismo en la prensa y en la tribuna; varón de vida inculpable y austera, de gran caridad y generosa elocuencia. Prescindimos aquí de los pocos que hoy so-

(1) Hay en el segundo tomo de las *Obras Completas* de J. B. Alberdi (Buenos Aires, 1886), pág. 152 y siguientes, una especie de poema, *El Edén*, escrito en prosa por Alberdi y puesto en verso por Gutiérrez.

breviven de aquella gloriosa emigración, entre ellos el respetable general Mitre, uno de los primeros historiadores de América, poeta además y traductor de Dante. Pero debemos hacer especial mención del ya tantas veces citado en estas páginas, D. Juan María Gutiérrez, que no sólo fué el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente (1). Como colector, prestó el gran servicio de la

(1) Nació Gutiérrez en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809, y era hijo de español, lo cual hace todavía más extraño é inexcusable su odio á España. Su primera profesión fué la de ingeniero. Durante la emigración fué Director de la Escuela Naval de Valparaiso; después de la caída de Rosas Ministro de Estado; y en 1861 Rector de la Universidad de Buenos Aires. Falleció en 26 de Febrero de 1878. Fué el único americano que rehusó el puesto de correspondiente de la Academia Española; acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras.

Falta una colección completa de sus obras, que sería muy importante. Algunas de ellas ya están citadas en el curso de este trabajo. Las más extensas y eruditas son:

*Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta el año de 1810 inclusive, precedida de una biografía del virrey D. Juan José de Vertiz, y de una disertación sobre el origen del arte de imprimir en América, y especialmente en el Río de la Plata (1866).*

—*Bosquejo biográfico del general D. José de San Martín (1868).*

—*Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX (1865).* Los poetas de quienes trata son Juan de Ayllón (peruano), el dramaturgo Ruiz de Alarcón (mejicano), Labardén (argentino), Caviedes (peruano), Sor Juana Inés (mejicana), el P. Aguirre (ecuatoriano), Pedro de Oña (chileno), Olavide (peruano).

—*Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires (desde 1767 á 1821). Con notas, biografías, etc., 1868.*

Añádanse las vidas de Franklin, Washington, etc., é innumerables artículos en el *Mercurio*, de Valparaiso, y en todas las revistas argentinas.

Hay varias biografías literarias de Gutiérrez. Las más minuciosas son la de D. Antonio Zinny (escritor gibraltareño, nacionalizado en la Argentina). *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos* (Buenos Aires, 1878), y la del

*América Poética*, compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846; pero así y todo no superada ni igualada después por ninguna otra. Es cierto que contiene mucho fárrago, pero no por mal gusto del editor, sino por el deseo de ser completo, y también (justo es decirlo) por un americanismo indulgente y mal entendido, que solía extraviarle en su crítica. Salvo este defecto, y su aversión á España, y su empedernido volterianismo, que rayaba en fanática é intolerante manía, Gutiérrez era hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento, de muy vasta y sólida lección en los clásicos antiguos y modernos, de grande aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica. Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fué además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo, en suma, estaba en contradicción con el papel que en mal hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable.

La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus ver-

infatigable polígrafo chileno, Vicuña Mackenna, *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos conforme á documentos enteramente inéditos.*

En el ameno é interesante libro que lleva el nombre de *Memorias de un Viejo*, por Victor Gálvez (Buenos Aires, 1889), hay una semblanza física y moral del Dr. Gutiérrez (tomo 1, páginas 389-404).

sos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto á la Revolución de Mayo, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.

Colaborador de Gutiérrez en algunos periódicos de Montevideo durante el periodo de expatriación, fué el malogrado publicista D. José Rivera Indarte, natural de Córdoba del Tucumán; el primero que en 1834 defendió en un célebre folleto, *El Voto de América*, la conveniencia de restablecer las relaciones mercantiles con España, y abrir los puertos á su bandera. Su campaña de cinco años contra la tiranía de Rosas en las columnas de *El Nacional*, le ha dado más celebridad que sus medianos versos, entre los cuales recuerdo *El rey*

*Baltasar*, melodía hebraica, imitada de la *Visión of Belshazzar* de Byron.

A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aun puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias, y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *Urica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación imita (1), procurando emular su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérbolas desaforadas de venganza y exter-

(1) No hay más que comparar las famosas *Nubes*, de Zorrilla, con el canto de los *Trópicos* en los fragmentos de *El Peregrino*.

minio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgredada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos.

Pero Mármol tenía en su lira otra cuerda más suave y cadenciosa, sin la cual su estro hubiera degenerado fácilmente en convulsión epiléptica. Mármol sentía grandiosamente la naturaleza, y gustaba de abismarse en la contemplación melancólica que infunden las noches tropicales. Los fragmentos de *El Peregrino*, en que quiso imitar el *Viaje de Childe-Harold*, pero sin tomar de Byron la ironía ni el pesimismo, son lo mejor de su obra poética; el pensamiento es allí más elevado y más sereno, y hasta la forma se depura algo de las infinitas escorias que en otras composiciones la afean. No es justo olvidar, como generalmente se olvida, que el verdugo poético de Rosas es también el autor del espléndido canto á *Los Trópicos*, «radiante palacio del Crucero.»

Hizo Mármol representar en Montevideo dos ensayos dramáticos, que valen poco (*El Cruzado* y *El Poeta*), y dejó además una larga novela, *Amalia*, que es

de las obras más conocidas de la literatura argentina, por haber sido impresa en Europa varias veces, y leída siempre con el vivo interés que nace de su carácter histórico y de la extrañeza de su contenido. Es una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve, fueron personas reales, y aun son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, á no tratarse de tiempos tan cercanos, y en que la invención era imposible, parecería aborto de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio. Apenas se concibe que tal estado social haya podido en parte alguna del mundo subsistir por más de catorce años. La novela está mal escrita, como puede suponerse conociendo al poeta; adolece de galicismos y aun de solecismos y faltas gramaticales de toda especie, y, por otra parte, la prosa de Mármol no tiene el nervio ni el vigor pintoresco de la de Sarmiento; pero el interés de la narración es muy grande, y difícilmente se suelta el libro de las manos. Lo cual no quiere decir que sea una obra propiamente literaria, sino que tiene aquel mismo atractivo de curiosidad que en las espeluznantes novelas de Soulié ó de Eugenio Sué, tan en boga por aquellos años, puede encontrarse (1).

(1) Nació Mármol en Buenos Aires, el 4 de Diciembre de 1818, y murió ciego en 12 de Agosto de 1881. Había sido Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La colección de sus *Obras Poéticas y Dramáticas* (París, 1882, ed. Bouret), formada por D. José Domingo Cortés con el mayor descuido y falta de inteligencia, y afeada con gran número de erratas tipográficas, no contiene los fragmentos de *El Peregrino*, que deben buscarse en

breviven de aquella gloriosa emigración, entre ellos el respetable general Mitre, uno de los primeros historiadores de América, poeta además y traductor de Dante. Pero debemos hacer especial mención del ya tantas veces citado en estas páginas, D. Juan María Gutiérrez, que no sólo fué el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente (1). Como colector, prestó el gran servicio de la

(1) Nació Gutiérrez en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809, y era hijo de español, lo cual hace todavía más extraño é inexcusable su odio á España. Su primera profesión fué la de ingeniero. Durante la emigración fué Director de la Escuela Naval de Valparaíso; después de la caída de Rosas Ministro de Estado; y en 1861 Rector de la Universidad de Buenos Aires. Falleció en 26 de Febrero de 1878. Fué el único americano que rehusó el puesto de correspondiente de la Academia Española; acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras.

Falta una colección completa de sus obras, que sería muy importante. Algunas de ellas ya están citadas en el curso de este trabajo. Las más extensas y eruditas son:

*Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta el año de 1810 inclusive, precedida de una biografía del virrey D. Juan José de Vertiz, y de una disertación sobre el origen del arte de imprimir en América, y especialmente en el Río de la Plata* (1866).

— *Bosquejo biográfico del general D. José de San Martín* (1868).

— *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (1865). Los poetas de quienes trata son Juan de Ayllón (peruano), el dramaturgo Ruiz de Alarcón (mejicano), Labardén (argentino), Caviendes (peruano), Sor Juana Inés (mejicana), el P. Aguirre (ecuatoriano), Pedro de Oña (chileno), Olavide (peruano).

— *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (desde 1767 á 1821). Con notas, biografías, etc., 1868. Añádanse las vidas de Franklin, Washington, etc., é innumerables artículos en el *Mercurio*, de Valparaíso, y en todas las revistas argentinas.

Hay varias biografías literarias de Gutiérrez. Las más minuciosas son la de D. Antonio Zinny (escritor gibraltareño, nacionalizado en la Argentina). *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos* (Buenos Aires, 1878), y la del

*América Poética*, compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846; pero así y todo no superada ni igualada después por ninguna otra. Es cierto que contiene mucho farrago, pero no por mal gusto del editor, sino por el deseo de ser completo, y también (justo es decirlo) por un americanismo indulgente y mal entendido, que solía extravíarle en su crítica. Salvo este defecto, y su aversión á España, y su empedernido volterianismo, que rayaba en fanática é intolerante manía, Gutiérrez era hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento, de muy vasta y sólida lección en los clásicos antiguos y modernos, de grande aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica. Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fué además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo, en suma, estaba en contradicción con el papel que en mal hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable.

La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus ver-

infatigable polígrafo chileno, Vicuña Mackenna, *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos conforme á documentos enteramente inéditos*.

En el ameno é interesante libro que lleva el nombre de *Memorias de un Viejo*, por Victor Gálvez (Buenos Aires, 1889), hay una semblanza física y moral del Dr. Gutiérrez (tomo 1, páginas 389-404).

sos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto á la Revolución de Mayo, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.

Colaborador de Gutiérrez en algunos periódicos de Montevideo durante el período de expatriación, fué el malogrado publicista D. José Rivera Indarte, natural de Córdoba del Tucumán; el primero que en 1834 defendió en un célebre folleto, *El Voto de América*, la conveniencia de restablecer las relaciones mercantiles con España, y abrir los puertos á su bandera. Su campaña de cinco años contra la tiranía de Rosas en las columnas de *El Nacional*, le ha dado más celebridad que sus medianos versos, entre los cuales recuerdo *El rey*

*Baltasar*, melodía hebraica, imitada de la *Visión of Belshazzar* de Byron.

A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aun puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias, y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *lírica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación imita (1), procurando emular su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exter-

(1) No hay más que comparar las famosas *Nubes*, de Zorrilla, con el canto de los *Trópicos* en los fragmentos de *El Peregrino*.

minio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos.

Pero Mármol tenía en su lira otra cuerda más suave y cadenciosa, sin la cual su estro hubiera degenerado fácilmente en convulsión epiléptica. Mármol sentía grandiosamente la naturaleza, y gustaba de abismarse en la contemplación melancólica que infunden las noches tropicales. Los fragmentos de *El Peregrino*, en que quiso imitar el *Viaje de Childe-Harold*, pero sin tomar de Byron la ironía ni el pesimismo, son lo mejor de su obra poética; el pensamiento es allí más elevado y más sereno, y hasta la forma se depura algo de las infinitas escorias que en otras composiciones la afean. No es justo olvidar, como generalmente se olvida, que el verdugo poético de Rosas es también el autor del espléndido canto á *Los Trópicos*, «radiante palacio del Crucero.»

Hizo Mármol representar en Montevideo dos ensayos dramáticos, que valen poco (*El Cruzado* y *El Poeta*), y dejó además una larga novela, *Amalia*, que es

de las obras más conocidas de la literatura argentina, por haber sido impresa en Europa varias veces, y leída siempre con el vivo interés que nace de su carácter histórico y de la extrañeza de su contenido. Es una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve, fueron personas reales, y aun son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, á no tratarse de tiempos tan cercanos, y en que la invención era imposible, parecería aborto de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio. Apenas se concibe que tal estado social haya podido en parte alguna del mundo subsistir por más de catorce años. La novela está mal escrita, como puede suponerse conociendo al poeta; adolece de galicismos y aun de solecismos y faltas gramaticales de toda especie, y, por otra parte, la prosa de Mármol no tiene el nervio ni el vigor pintoresco de la de Sarmiento; pero el interés de la narración es muy grande, y difícilmente se suelta el libro de las manos. Lo cual no quiere decir que sea una obra propiamente literaria, sino que tiene aquel mismo atractivo de curiosidad que en las espeluznantes novelas de Soulié ó de Eugenio Sué, tan en boga por aquellos años, puede encontrarse (1).

(1) Nació Mármol en Buenos Aires, el 4 de Diciembre de 1818, y murió ciego en 12 de Agosto de 1881. Había sido Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La colección de sus *Obras Poéticas y Dramáticas* (París, 1882, ed. Bouret), formada por D. José Domingo Cortés con el mayor descuido y falta de inteligencia, y afeada con gran número de erratas tipográficas, no contiene los fragmentos de *El Peregrino*, que deben buscarse en

Mármol es el último poeta argentino de los que alcanza la *América Poética* de Gutiérrez (1), y puede decirse que con él se cierra el primer período romántico de la literatura argentina, por más que continuase pujante la imitación de Víctor Hugo en unos, y la de Alfredo de Musset en otros. Pero esta imitación se combinó con otras tendencias; se modificó luego por la lectura de nuevos modelos franceses, como Gautier y los *parnasianos*, y aun por influencias italianas más ó menos profundas; y aun fué rechazada de plano por algunos poetas jóvenes que, ora vuelven á tremolar la bandera americana de Echeverría, ora prestan culto á los eternos modelos del clasicismo greco-latino y de sus más puros imitadores españoles. Todas estas tendencias están representadas por ingenios de positivo mérito; pero no todos pueden entrar en el cuadro que vamos bosquejando, porque afortunadamente viven los más de ellos, y á la posteridad toca hacer justicia á sus esfuerzos y dividir entre ellos el codiciado lauro. Omitimos, pues, con harta sentimiento á poetas tales como D. Carlos Guido Spano, D. Ricardo Gutiérrez, y entre los más jóvenes, á D. Rafael Obligado, D. Calixto Oyuela, D. Martín Coronado, D. Domingo Martinto, D. M. García Mérou, y

la *América Poética* de Gutiérrez, puesto que la primera edición de Montevideo, 1846, es casi inasequible.

(1) Figuran también en esta célebre antología, pero no me parecen dignos de particular estudio, *Balcarce* (Florencio), *Cantilo* (José María), *Godoy* (Juan), *Inurrieta* (Manuel), *Pacheco y Obes* (Melchor): todos ellos (á excepción acaso del último), no eran poetas, sino meros aficionados. Don Luis L. Domínguez, autor de la composición *El Ombú*, y de otras verdaderamente notables, es uno de los tres poetas de aquella colección, que viven aún. Los otros dos son: el mejicano D. Guillermo Prieto, y el chileno don Eusebio Lillo.

otros que no habrán llegado á nuestra noticia; y sólo vamos á decir dos palabras de los que ya han rendido á la muerte el común tributo.

Al frente de ellos figura D. Olegario V. Andrade, uno de los poetas de más grandilocuencia y más robusto acento que ha producido la América del Sur. Sus defectos son palmarios, y de ellos no cabe excusa. Andrade era un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido á cañonazos. Pero en esta poesía, toda boato y pompa, toda estrépitos, tempestades, volcanes y cataclismos, hay un fondo de sinceridad y de grandeza lírica que triunfa de lo exuberante y barroco de la forma. Andrade tenía el gusto sin educar, y le fascinó la imitación de lo peor de Víctor Hugo, por quien profesaba una especie de culto, ó más bien de fanatismo; pero tenía también, aunque en pequeña escala, algunos de los grandes dones de su modelo: la sensación ardiente y luminosa; cierta especie de visión hipnótica que agranda y transfigura los objetos; la *imaginación retórica*, que los interpreta de un modo siempre eficaz, aunque desmesurado y sofisticado; y juntamente con esto la arrogancia, plenitud y número de la versificación, la pródiga y despilfarrada magnificencia del estilo, fecundo en hipérbolos, abundante en palabras rotundas, de sonido y brillo metálicos. En él, como en Víctor Hugo, fatiga la monotonía de lo grandioso, la luz abrasadora de Mediodía, derramada por igual y de plano sobre todos los objetos. Y como en todo imitador, aun siendo tan distinguido como Andrade, se extreman los defectos y no las cualidades del modelo, de ahí que el poeta argentino sucumba con frecuencia bajo el peso de los colosos de granito y de las

montañas de metáforas con que pretende escalar el cielo.

Tuvo Andrade la ambición de los grandes asuntos, y no se mostró indigno de tenerla. *La Atlántida* y *El Prometeo*, capitales poesías suyas, demuestran esta aspiración elevada, y en parte la justifican. Es cierto que su saber era corto, elementales sus estudios, vagas y mal digeridas sus lecturas, confusas las nociones que tenía de la Naturaleza y de la Historia. Por otra parte, el periodismo, que es mala escuela poética, había viciado su gusto, educándole en la declamación ampulosa, en el verbalismo insustancial con que se compaginan los programas políticos y los artículos de fondo. No es imposible, ni mucho menos, que concurren en una misma persona la cualidad de poeta y la de publicista; pero será á condición de que el poeta se olvide del publicista y el publicista del poeta. Y por desgracia, en Andrade no acontecía así. Un poeta como él, dotado de grandes condiciones plásticas, nacido para la visión intensa de las cosas concretas, introduce á cada momento en su estilo, como chillona discordancia, el vocabulario abstracto, amanerado y marchito de la lengua parlamentaria y de los folletos de propaganda; y rima, sin darse cuenta de ello, las más enfáticas y prosaicas vulgaridades. Verdad es que lo mismo hacía Víctor Hugo en su última manera, convirtiéndose en gárrulo tribuno de la plebe, y no, como él imaginaba, en «pensador alado», en «boca del clarín negro», y en «nuevo Prometeo».

Disuenan, pues, en los versos de Andrade, generalmente armoniosos y viriles aunque incorrectos y plagados de asonancias, una multitud de expresiones que el dialecto poético no puede admitir, y más siendo tan

enfático y encumbrado como el que habla nuestro autor; porque no son de las que le enriquecen trayéndole nuevas formas y nuevos aspectos de la vida y una nueva y más íntima penetración de las cosas, sino de las que violan la esencia misma del genio de la poesía, poniendo en sus labios de diosa la jerga vil de las arengas de partido, de los brindis patrióticos, de los manifiestos electorales; la lengua lacia y mustia de los negocios, de las transacciones y de las polémicas, lengua que nada dice á los ojos, que suena ingrata en los oídos, y que con fórmulas huecas anula la espontánea vivacidad del pensamiento.

No tenemos que pedir cuentas al poeta de la falsedad intrínseca de muchos conceptos suyos, ni censurar, como en otra parte fuera justo y debido, el espíritu sectario á que rinde tributo; su filosofía de la historia superficial y enmarañada; su pomposo *latinismo* de raza, que viene á resolverse en un galicismo perpetuo; sus mil candideces democráticas; su incoherente simbolismo religioso. De todo esto ya dió cuenta D. Juan Valera en una carta tan ingeniosa y amena como todas las suyas (1).

Andrade sabía ciertamente poco para hacer poemas teogónicos ni cosmogónicos; pero sentía con cierto vigoroso, aunque confuso naturalismo, el hervor de la existencia, y aspiraba á encerrar en vastas síntesis el tumulto de la historia. Su espléndido canto sobre los destinos de la raza latina, impropriamente llamado *Atlántida*, tiene, á vueltas de todas sus imperfecciones de pensamiento y de formas, versos magníficos, trozos caldeados por la pasión y el entusiasmo, y un juvenil y sim-

(1) *Cartas americanas*, 1.ª serie (Madrid, 1889).

pático alborozo por el progreso humano, que hace prorrumpir al autor en ditirambos de férvida elocuencia. Las ideas valen poco, y son de las más vulgares del liberalismo; pero el poeta parece que vuelve á inventarlas por el arranque y el brío con que las siente y expone. Daña, no obstante, á esta composición el plan demasiado simétrico, y más propio de una lección de historia ó de un tratado que de una oda.

Superior, en mi juicio, bajo el aspecto de la ejecución poética, aunque afeado también por vicios radicales en la concepción, es el *Prometeo*, en que Andrade, después de tantos otros, pero siguiendo principalmente las huellas de Edgar Quinet, trata de dar nuevo sentido trascendental y moderno al mito griego del *Titán filántropo*, convirtiendo á Prometeo en precursor del espíritu humano emancipado y del pensamiento libre. Confieso que este símbolo progresista me parece mucho menos estético que la sublime y religiosa poesía del viejo Esquilo, en que tantos han visto una prefiguración ó anuncio vago de la Redención humana. El Titán de Andrade, que habla muchas veces en estilo de orador de club, no nos interesa ni nos conmueve como el de Esquilo, porque es una abstracción, una alegoría muerta, sin ningún género de virtualidad divina ni humana. Nadie niega el simbolismo del *Prometeo encadenado*, aunque pueda interpretarse de diversas maneras, pero aquel símbolo vive eternamente, porque fué engendrado de las entrañas de una teogonía en que firmemente creían Esquilo y sus contemporáneos. Despojada hoy la fábula de su carácter religioso; trasplantada á un medio tan diverso; interpretada de un modo tan infiel, con tan poco estudio de la antigüedad, por un espíritu tan poco

maduro como el de Andrade, no podía producir más que una declamación poética, brillante, eso sí, y de gran vuelo, pero muy cándida y superficial, que ni siquiera tiene el amargo dejo de la poesía satánica con que interpretó Shelley el mito de Prometeo. Pero si el poema no se recomienda por el pensamiento, vale mucho por los esplendores de la forma: por la riqueza y magnificencia de la dicción poética, aquí menos rígida y monótona que en otros cantos de Andrade: por la salvaje y áspera energía de las maldiciones que lanza el Titán: por la suavidad delicada y etérea del coro de las Oceánidas.

Si á estos dos poemas capitales se unen *El Nido de Cóndores*, original y poética apoteosis del genio de la independencia americana; *El Arpa perdida*, elegía al naufragio del poeta Luca; *Paisandú*, canto magnífico al heroísmo uruguayo en la resistencia contra el Brasil; y finalmente, los versos *A Victor Hugo*, arrogante composición digna de Victor Hugo mismo, y muy mal pagada por él con frases de trivial cortesía, se encontrará justificada la reputación de Andrade, aun para los que gusten menos de poetas *hierofantes* y de filosofías de la historia puestas en verso. En Andrade debemos reconocer y aplaudir mucho de lo bueno que encontramos en nuestro Tassara, cuyos aciertos y caídas se parecen mucho á los suyos, salvo la expresión que siempre es en Tassara mucho más limpia y correcta. Andrade no había tenido ningún género de estudios de humanidades, y no leyó más que en libros franceses (1).

(1) Olegario V. Andrade. *Obras Poéticas*. Publicación ordenada por el Excelentísimo Gobierno Nacional. Buenos Aires, 1887, 4.º Con un prólogo de don Benjamín Basualdo.

Por sus aspiraciones filosóficas y doctrinales tiene cierta semejanza con Andrade, otro ingenio malogrado en 1882, el matemático y pensador evolucionista Carlos Encina, de quien sólo quedan tres largas poesías: un *Canto lírico á Colón*, otro *Canto al Arte*, y otro que se titula *La lucha por la idea*. Basta pasar la vista por los primeros versos de cualquiera de estas composiciones hinchadas y pedantescas, para convencerse de que su autor era leyente asiduo de Hegel y de Spencer, pero que apenas había recibido de la naturaleza ninguna condición poética. Sus versos, duros, secos, desarticulados, sin color ni música, plagados de voces técnicas y abstractas, son prosa rimada, y de la peor especie posible, prosa de tratados de filosofía puesta en malos versos. Véanse para muestra algunos versos de *La lucha por la idea*:

«El Dios irreveleado,  
El eterno misterio,  
De su increado ser la vida crea,  
Por ese acto supremo  
Que no cabe en las formas de la idea.  
Es germen invisible  
Que en su misterio el átomo cincela;  
Bosquejo que las formas de la vida  
Como inmortal aspiración, despliega.  
Rudimento de luz, dudoso ensayo,  
De la conciencia vacilante rayo.  
¡Hombre por fin! Y mente iluminada  
En que el Creador refleja su mirada,  
Y que de Dios resuelve  
El eterno problema,  
Última faz del inmortal poema.  
¡Ley de unidad que en la unidad absorbe  
El átomo y el orbe!  
Transformación sublime  
En que el divino Autor su sello imprime.  
Así nace la idea,

Germen imperceptible de la mente,  
En cuyo seno el porvenir se encierra.....

.....  
Cristó es la *idea humana*  
Encarnada en las formas,  
La vida y el amor: ¡Cristo no muere!  
Rompiendo las tinieblas  
Del fanatismo, que á la tierra humilla,  
Como eléctrico fuego,  
El libre examen poderoso brilla.....»

Parece imposible que este galimatías haya sido puesto en las nubes como dechado de poesía filosófica, y como nuevo rumbo abierto al arte americano. Y sin embargo, así fué, como puede juzgarse por la lectura de los artículos y discursos que acompañan al tomito de las poesías de Encina (1). Los que creen que la primera obligación del poeta es saber escribir en verso, no lamentarán mucho que se quedasen en ciernes otros cantos que Encina tenía comenzados, y cuyos títulos ya indican lo que podían ser: *El Poema del Infinito*; *La Evolución del Espíritu*; *La mujer ideal*. ¡Cuántos desastres acarrea la Metafísica mal digerida!

En frente de la poesía culta que hasta ahora venimos estudiando, ha florecido en la República Argentina, por excepción rara entre las demás literaturas de América, una poesía popular, ó si se quiere vulgar, y en cierto grado indígena, que ha sido imitada con talento por algunos poetas artísticos. El *gaucho* de la pampa, que

(1) Carlos Encina. *In Memoriam*. Buenos Aires, 1883.

Entre los poetas argentinos malogrados en estos últimos años, se cita con elogio el nombre de Adolfo Mitre, cuyas *Poesías*, publicadas en 1882, sólo conozco por un artículo de Ernesto Quesada, en su libro *Reseñas y Críticas*. (Buenos Aires, 1893.)

no es ni más ni menos que el campesino andaluz, ó estreño, adaptado á distinto medio geográfico y social, y modificado por la vida nómada del desierto y por el continuo ejercicio del caballo y del lazo, ha sido siempre cantador y guitarrista, y tiene desde antiguo sus poetas populares, llamados *payadores* (1), uno de los cuales, San-

(1) En su célebre *Facundo* describe Sarmiento al cantor de la pampa en estos términos: «El cantor anda de pago en pago, de *tapera* en *galpón*, cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia; los llantos de la viuda á quien los indios robaron sus hijos en un *malón* reciente; la derrota y la muerte del valiente Rauch; la catástrofe de Facundo Quiroga, y la suerte que cupo á Santos Pérez.... El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche le sorprende; su fortuna, en sus versos y en su voz. Donde quiera que el *cielito* (baile popular) enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan, y cada *pulperia* tiene su guitarra para poner en manos del cantor, á quien el grupo de caballos estacionados á la puerta anuncia á lo lejos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

»El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar cuenta de *sendas* (sic) puñaladas que ha distribuido, una ó dos *desgracias* (muertes) que tuvo, y algún caballo ó una muchacha que robó....

»Por lo demás, la poesía original del cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona á la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y de las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas ó las de algún afamado *malévolo* (gaucho malo), parece al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose á la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstas hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiración y sentimiento.»

(*Facundo ó Civilización y Barbarie*, por Domingo F. Sarmiento. Montevideo, 1888 (ed. de la *Biblioteca Latino-Americana*), pp. 99-103.)

En otro libro de Sarmiento (*Vida y escritos del coronel D. Francisco J. Muñoz*, Buenos Aires, 1886), se define el verbo *payar*: «improvisar entre dos

tos Vega, que no sé si es personaje real ó fabuloso, ha llegado á convertirse en símbolo de la clase entera, como es de ver en la preciosa leyenda en que Rafael Obligado cuenta su lucha poética con el diablo y su vencimiento por él.

Prescindiendo de esta poesía tradicional, sobre la cual no tenemos datos bastante positivos y seguros, y llegando á la poesía escrita ó de imitación más ó menos literaria, aparece como remoto precursor de ella, aquel capellán del Fijo de Buenos Aires y exprofesor en el colegio Carolino, autor de romances históricos sobre la defensa de Buenos Aires, compuestos para «ser cantados en *comunes instrumentos* (¿la guitarra?) por los labradores, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente común en las calles y plazas». Pero estos romanzones vulgares, en el tono de las jácaras de Francisco Esteban, nada tienen que pueda decirse muy peculiarmente argentino.

El primero que, coincidiendo en este procedimiento con muchos poetas dialectales de todos tiempos y naciones (1), se apoderó del tipo del *gaucho* para hacerle

»sobre cualquier asunto, cantándolo en verso al son de la guitarra. La dificultad principal para ambos vates consiste en.... el deber casi forzoso de contestar con materia siempre alusiva á la expuesta por el contrario, y en la necesidad de servirse del consonante del último verso del antagonista.»

Esta especie de torneos poéticos, así como otras circunstancias que se refieren de los improvisadores argentinos, recuerdan algo los hábitos de la poesía árabe anteislámica; sin duda porque el desierto y la vida nómada crean en todas partes iguales costumbres.

(1) En nuestra poesía regional gallega y bable son frecuentes desde el siglo xvii estos diálogos políticos entre rústicos. Pero aun son más antiguos y clásicos; ejemplo las coplas de Mingo Revulgo, y alguna de las églogas de Juan del Encina, compuestas en sayagüés ó en charro.

discurrir en su propio dialecto sobre los acontecimientos políticos, fué un poeta uruguayo, D. Bartolomé Hidalgo, antiguo oficial de barbero, y por consiguiente coplista y tocador de guitarra. Tenía, no obstante, pretensiones de poeta culto; pero nunca los *unipersonales* ó monólogos que hizo representar en festividades cívicas en los teatros de Montevideo y Buenos Aires, le dieron la reputación que justamente logró por los pintorescos y graciosos diálogos entre Jacinto Chano, «capataz de una estancia en las islas del Tordillo», y Ramón Contreras, «gaucho de la guardia del Monte», describiendo el uno lo que vió en las fiestas de Mayo en Buenos Aires el año 1822, y dando el otro sanos consejos políticos, con sentido común análogo al del *Buen hombre Ricardo*, de Franklin.

Los diálogos de Hidalgo y los de sus imitadores, no tenían un fin poético, propiamente dicho, pero no puede negarse que fueron el germen de esa peculiar literatura *gauchesca*, que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sudamericana. Estanislao del Campo, Hilario Ascasubi y José Hernández, son los que logran más nombradía entre estos ingenios del terruño; y con su lectura descansa algo el ánimo de la servil y fastidiosa imitación de Víctor Hugo y otros franceses, que es la plaga del arte argentino. Estos poetas, sea cualquiera su valor intrínseco, son al cabo de nuestra familia, hablan, no muy estropeada, la lengua de nuestro vulgo, y son los únicos que pueden revelarnos algo de lo que verdaderamente piensa y siente el pueblo de los campos, la masa que más intacta se ha conservado de la antigua colonización española.

Ni Estanislao del Campo, hijo de un coronel de la guerra de la Independencia, diputado varias veces, secretario del Gobierno de Buenos Aires; ni Hilario Ascasubi, ayudante del general Urquiza; ni José Hernández, antiguo redactor de *El Río de la Plata*, pueden ser calificados en rigor de *payadores* ni de poetas populares: hay en sus obras mucho *dilettantismo* artístico, pero la fibra popular persiste, y en el último llega á manifestarse épicamente.

En 1870 apareció el *Fausto* de Estanislao del Campo, poema de singular asunto, en que un gaucho cuenta á su modo el argumento de la ópera de Gounod, que vió representar en Buenos Aires. Prescindiendo de lo inverosímil del dato, divierte é interesa mucho esta especie de parodia inocente, ó más bien de libre interpretación del pensamiento poético de Goethe por un campesino ingenuo y semisalvaje, que cree haber visto realmente al diablo en el teatro. «Poco á poco (dice Mefistófeles):

»Si quiere, hagamos un pato:  
Usted su alma me ha de dar  
Y en todo lo he de ayudar;  
¿Le parece bien el trato?  
Como el doctor consintió,  
El diablo sacó un papel,  
Y le hizo firmar en él  
Cuanto la gana le dió.»

Todo está dicho con sencillez suma, y nada hay que exceda de la comprensión del rústico narrador:

«Al rato el lienzo subió,  
Y desecha y lagrimeando,  
Contra una máquina hilando  
La rubia se apareció.  
La pobre *dentró* á quejarse

Tan amargamente allí,  
Que yo á mis ojos sentí  
Dos lágrimas asomarse.....»

Hay redondillas sumamente felices, por la rápida viveza con que se precipita el relato. Así, cuando el capitán presenta al diablo la cruz de la espada:

«—Viera al diablo retorcerse  
Como culebra — ¡aparcerol  
¡Óiganle!  
—Mordió el acero  
Y comenzó á estremecerse.»

«El poeta—dice un escritor argentino—ha preparado el efecto de su diálogo con mano maestra: le ha dado por escenario la pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la naturaleza, y se entregan sin testigos á los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos ó tiernos, y de supersticiones infantiles que á cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imagen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalación de fuego.... Aumenta el encanto y la majestad de la escena, el idioma propio de sus actores....., que se presta admirablemente para la expresión espontánea y genuina de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados.... El poema se desenvuelve en un diálogo sabroso, en el que cruzan, como nubes coloreadas por el iris, los cuadros más brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de color inagotables» (1).

(1) Joaquín V. González, *La Tradición Nacional* (Buenos Aires, 1868); página 162.

De estas descripciones, vamos á presentar dos ejemplos: uno en que puede decirse que habla el poeta; otro en que, con más naturalidad y no menos poesía, habla el gaucho:

«El sol ya se iba poniendo,  
La claridá se auyentaba,  
Y la noche se acercaba  
Su negro poncho tendiendo.  
Ya las estrellas brillantes  
Una por una salían,  
Y los montes parecían  
Batallones de gigantes.  
Ya las ovejas balaban  
En el corral prisioneras,  
Y ya las aves caseras  
Sobre el alero ganaban.  
El toque de la oración  
Triste los aires rompía,  
Y entre sombras se movía  
El crespo sauce llorón.  
Ya sobre la agua estancada  
De silenciosa laguna,  
Al asomarse la luna  
Se miraba retratada.  
Y haciendo un extraño ruido  
En las hojas trompezaban,  
Los pájaros que volaban  
Á guarecerse en su nido.  
Ya del sereno brillando  
La hoja de la higuera estaba,  
Y la lechuza pasaba  
De techo en techo chillando.....»

Á esta descripción, ciertamente agradable, pero hecha con los lugares comunes de la retórica descriptiva, contraponemos la siguiente del mismo poeta:

«—¿Sabe que es linda la mar?  
—¡La viera de mañanita  
Cuando á gatas la puntita  
Del sol comienza á asomar!

Ve usted venir á esa hora  
 Roncando la marejada,  
 Y ve en la espuma encrespada,  
 Los colores de la aurora.  
 A veces con viento en la anca  
 Y con la vela al solcito,  
 Se ve cruzar un barquito  
 Como una paloma blanca.  
 Otras, usted ve patente  
 Venir boyando un islote,  
 Y es que trai un camalote  
 Cabrestiendo la corriente.  
 Y con un campo quebrao  
 Bien se puede coniparar,  
 Cuando el lomo empieza á hinchar  
 El río medio alterao.  
 Las olas chicas, cansadas,  
 A la playa á gatas vienen,  
 Y allí en lamber se entretienen  
 Las arenitas labradas.  
 Es lindo ver en los ratos  
 En que la mar ha bajao,  
 Cair volando al displayao  
 Gaviotas, garzas y patos.  
 .....  
 Y no sé qué da el mirar  
 Cuando barrosa y bramando,  
 Sierras de agua viene alzando  
 Embravecida la mar.  
 Parece que el Dios del cielo  
 Se amostrase retobao,  
 Al mirar tanto pecao  
 Como se ve en este suelo.  
 Y es cosa de bendecir  
 Cuando el señor la serena,  
 Sobre ancha cama de arena  
 Obligándola á dormir.

Todo esto, á pesar de su forma modestísima, es buena, sana, legítima poesía, que recrea suavemente la imaginación más que las rapsodias filosóficas de Encina y los arrebatos apocalípticos de Andrade.

Menos importantes que el *Fausto*, son las demás poesías vulgares de Estanislao del Campo, que en ellas se muestra imitador del fecundísimo Hilario Ascasubi, cuyas obras completas llenan tres tomos publicados en París en 1872, con los títulos de *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo* y *Paulino Lucero*.

Pero la obra maestra del género, es, por confesión unánime de los argentinos, el poema de José Hernández, *Martin Fierro*, obra popularísima en todo el territorio de la República, y no sólo en las ciudades, sino en las pulperías y ranchos del campo; obra de la cual en diez años (de 1872, en que apareció, á 1882) se agotaron cerca de sesenta mil ejemplares, y de la cual existen más de doce ediciones en forma de libro, ya plebeyas, ya lujosas, y no sé cuántas más en las columnas de los periódicos. Entre nosotros ha tenido por ferviente encomiador á uno de los jóvenes de mayores esperanzas y de más vigoroso pensar con que hoy cuenta el profesorado español.

Quizá habría que rebajar algo de su entusiasmo; quizá el poema no sea tan genuinamente popular como él supone, aunque sea sin duda de lo más popular que hoy puede hacerse; quizá el pensamiento de reforma social resulte en el poema de Hernández más visible de lo que convendría á la pureza de la impresión estética, defecto que crece sobremanera en la segunda parte titulada *La vuelta de Martin Fierro*; pero en general, el juicio del Sr. Unamuno (1), que es el crítico á quien aludimos, nos parece penetrante y certero. Lo que pálidamente intentó Echevarría en *La Cautiva*, lo realiza con viril y

(1) *Revista Española*; Madrid, 1894, núm. 1.º

sana rudeza el autor de *Martín Fierro*. El soplo de la pampa argentina corre por sus desgreñados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva, en lucha con el mecanismo social que inútilmente comprime los ímpetus del protagonista, y acaba por lanzarle á la vida libre del desierto, no sin que sienta alguna nostalgia del mundo civilizado que le arroja de su seno:

«Una madrugada clara  
Le dijo Cruz que mirara  
Las últimas poblaciones,  
Y á Fierro dos lagrimones  
Le cayeron por la cara.....»

De este modo el gaucho pacífico, perseguido por la leva y acorralado por la civilización, se convierte de desertor en nómada ó *matrero*, gasta la vida en huir de la justicia, y vuelve como sus antepasados, los conquistadores, á abrirse camino por las selvas con su cuchillo.

«En *Martín Fierro*—dice el Sr. Unamuno—se penetran y como que se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; *Martín Fierro* es de todo lo hispano-americano que conozco lo más hondamente español..... Cuando el *payador* pampero, á la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, ó en la noche serena á la luz de las estrellas, entóne, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas de *Martín Fierro*, y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos inextingibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres..... *Mar-*

*tin Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué á América á servir de avanzada á la civilización y á abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas (1) y su

(1) Véase alguna muestra de estas máximas ó consejos de sabiduría práctica y popular, puestos en boca de *Martín Fierro*, ya que del poema no damos extracto en el cuerpo de la Antología, por no saber á ciencia cierta si su autor vive todavía:

#### CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO.

Yo nunca tuve otra escuela  
Que una vida desgraciada:  
No extrañes si en la jugada  
Alguna vez me equivoqué,  
Pues debe saber muy poco  
Aquel que no aprendió nada.  
Hay hombres que de su ciencia  
Tienen la cabeza llena;  
Hay sabios de todas menas,  
Mas, digo sin ser muy ducho:  
Es mejor que aprender mucho  
El aprender cosas buenas.  
No aprovechan los trabajos  
Si no han de enseñarnos nada;  
El hombre de una mirada  
Todo ha de verlo al momento;  
El primer conocimiento  
Es conocer cuándo enfada.

Las faltas no tienen límites,  
Como tienen los terrenos:  
Se encuentran en los más buenos,  
Y es justo que les prevenga:  
Aquel que defectos tenga,  
Disimule los ajenos.  
Al que es amigo, jamás  
Lo dejen en la estacada,  
Pero no le pidan nada.  
Ni lo aguarden todo de él:  
Siempre el amigo más fiel  
Es una conducta honrada.

sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura.»

Ni el miedo ni la codicia  
Es bueno que á uno le asalten;  
Así no se sobresalten  
Por los bienes que parezcan:  
Al rico nunca le ofrezcan.  
Y al pobre jamás le falten.  
Bien lo pasa hasta entre pampas  
El que respeta á la gente:  
El hombre ha de ser prudente  
Para librarse de enojos,  
Cauteloso entre los flojos,  
Moderado entre valientes.  
El trabajar es la ley  
Porque es preciso adquirir;  
No se expongan á sufrir  
Una triste situación:  
Sangra mucho el corazón  
Del que tiene que pedir.  
Debe trabajar el hombre  
Para ganarse su pan;  
Pues la miseria, en su afán  
De perseguir de mil modos,  
Llama en la puerta de todos  
Y entra en la del haragán.  
.....  
Para vencer un peligro,  
Salvar de cualquier abismo,  
Por experiencia lo afirmo,  
Más que el sable y que la lanza,  
Suele servir la confianza  
Que el hombre tiene en sí mismo.  
Nace el hombre con la astucia  
Que ha de servirle de guía;  
Sin ella sucumbiría;  
Pero sigue mi experiencia:  
Se vuelve en unos prudencia,  
Y en los otros picardía.  
Aprovecha la ocasión  
El hombre que es diligente,  
Y téngalo bien presente.  
Si al compararla no yerro:  
La ocasión es como el fierro,  
Se ha de machacar caliente.  
Muchas cosas pierde el hombre  
Que á veces las vuelve á hallar,  
Pero las debe enseñar;  
Y es bueno que lo recuerde:  
Si la vergüenza se pierde  
Jamás se vuelve á encontrar.  
.....  
Respeten á los ancianos:  
El burlarlos no es hazaña.  
Si andan entre gente extraña

## XIII.

URUGUAY.

Sólo una razón política, y que pudiéramos decir de equilibrio internacional, divide las dos Repúblicas, de

Deben ser muy precavidos,  
Pues por ignal es tenido  
Quien con malos se acompaña.  
La cigüeña, cuando es vieja,  
Pierde la vista; y procuran  
Cuidarla en su edá madura  
Todas sus hijas pequeñas;  
Apriendan de las cigüeñas  
Este ejemplo de ternura.

.....  
El que obedeciendo vive  
Nunca tiene suerte blanda,  
Mas con su soberbia agranda  
El rigor en que padece;  
Obedezca el que obedece  
Y será bueno el que manda.

.....  
Ave de pico encorvado,  
Le tiene al robo afición;  
Pero el hombre de razon  
No roba jamás un cobre;  
Pues no es vergüenza ser pobre  
Y es vergüenza ser ladrón.

.....  
El hombre no mate al hombre  
Ni pelee por fantasía:  
Tiene en la desgracia mía  
Un espejo en que mirarse;  
Saber el hombre guardarse  
Es la gran sabiduría.

.....  
La sangre que se derrama  
No se olvida hasta la muerte:  
La impresión es de tal suerte,  
Que, á mi pesar, no lo niego,  
Cae como gota de fuego  
En la alma del que la vierte.

.....  
Si entriegan su corazón  
Á alguna mujer querida  
No le hagan una partida  
Que le ofenda á la mujer;

sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura.»

Ni el miedo ni la codicia  
Es bueno que á uno le asalten;  
Así no se sobresalten  
Por los bienes que parezcan:  
Al rico nunca le ofrezcan.  
Y al pobre jamás le falten.  
Bien lo pasa hasta entre pampas  
El que respeta á la gente:  
El hombre ha de ser prudente  
Para librarse de enojos,  
Cauteloso entre los flojos,  
Moderado entre valientes.  
El trabajar es la ley  
Porque es preciso adquirir;  
No se expongan á sufrir  
Una triste situación:  
Sangra mucho el corazón  
Del que tiene que pedir.  
Debe trabajar el hombre  
Para ganarse su pan;  
Pues la miseria, en su afán  
De perseguir de mil modos,  
Llama en la puerta de todos  
Y entra en la del haragán.  
.....  
Para vencer un peligro,  
Salvar de cualquier abismo,  
Por experiencia lo afirmo,  
Más que el sable y que la lanza,  
Suele servir la confianza  
Que el hombre tiene en sí mismo.  
Nace el hombre con la astucia  
Que ha de servirle de guía;  
Sin ella sucumbiría;  
Pero sigue mi experiencia:  
Se vuelve en unos prudencia,  
Y en los otros picardía.  
Aprovecha la ocasión  
El hombre que es diligente,  
Y téngalo bien presente.  
Si al compararla no yerro:  
La ocasión es como el fierro,  
Se ha de machacar caliente.  
Muchas cosas pierde el hombre  
Que á veces las vuelve á hallar,  
Pero las debe enseñar;  
Y es bueno que lo recuerde:  
Si la vergüenza se pierde  
Jamás se vuelve á encontrar.  
.....  
Respeten á los ancianos:  
El burlarlos no es hazaña.  
Si andan entre gente extraña

## XIII.

URUGUAY.

Sólo una razón política, y que pudiéramos decir de equilibrio internacional, divide las dos Repúblicas, de

Deben ser muy precavidos,  
Pues por ignal es tenido  
Quien con malos se acompaña.  
La cigüeña, cuando es vieja,  
Pierde la vista; y procuran  
Cuidarla en su edá madura  
Todas sus hijas pequeñas;  
Apriendan de las cigüeñas  
Este ejemplo de ternura.

.....  
El que obedeciendo vive  
Nunca tiene suerte blanda,  
Mas con su soberbia agranda  
El rigor en que padece;  
Obedezca el que obedece  
Y será bueno el que manda.

.....  
Ave de pico encorvado,  
Le tiene al robo afición;  
Pero el hombre de razon  
No roba jamás un cobre;  
Pues no es vergüenza ser pobre  
Y es vergüenza ser ladrón.

.....  
El hombre no mate al hombre  
Ni pelee por fantasía:  
Tiene en la desgracia mía  
Un espejo en que mirarse;  
Saber el hombre guardarse  
Es la gran sabiduría.

.....  
La sangre que se derrama  
No se olvida hasta la muerte:  
La impresión es de tal suerte,  
Que, á mi pesar, no lo niego,  
Cae como gota de fuego  
En la alma del que la vierte.

.....  
Si entriegan su corazón  
Á alguna mujer querida  
No le hagan una partida  
Que le ofenda á la mujer;

tan desigual extensión, que se asientan en las márgenes oriental y occidental del Río de la Plata. La historia de ambos países es una misma, idénticas sus condiciones sociales, análogo el carácter de sus moradores, y tan mezclada su producción literaria, que es casi imposible dejar de mencionar entre los argentinos algún escritor uruguayo, ó viceversa. La pequeñez del territorio de la República Oriental está compensada con las riquezas del suelo y con la posesión de uno de los más hermosos puertos y de las más opulentas ciudades de la América del Sur. Su independencia política parece garantizada también por su posición intermedia entre dos grandes y poderosos Estados, el Brasil y la República Argentina, cuyas fuerzas puede decirse que se han neutralizado para constituir esta Bélgica americana. La historia ha conducido á esta solución por muy largos rodeos, y la constitución definitiva de esta República es mucho más moderna que la de ningún Estado ultramarino. Aun la misma capital, Montevideo, es de fundación modernísima; nació en 1726 al patriótico impulso del Goberna-

Siempre los ha de perder  
Una mujer ofendida.  
Procuren, si son cantores,  
El cantar con sentimiento:  
No templen el instrumento  
Por sólo el gusto de hablar,  
Y acostúmbrense á cantar  
En cosas de fundamento.  
Y les doy estos consejos  
Que me han costado adquirirlos,  
Porque deseo dirigirlos;  
Pero no alcanza mi ciencia,  
Hasta darles la prudencia  
Que precisan pa seguirlos.  
Estas cosas y otras muchas,  
Medité en mis soledades;  
Sepan que no hay falsedades  
Ni error en estos consejos;  
Es de la boca del viejo  
De ande salen las verdades.

dor de Buenos Aires, D. Bruno Mauricio de Zabala, para anular la colonia portuguesa del Sacramento. Aquella resolución memorable salvó el porvenir de la raza y de la lengua castellana en la margen oriental del río, y aseguró al mismo tiempo un baluarte inexpugnable para los inmensos territorios de la orilla opuesta.

Siguió Montevideo el impulso general de la revolución argentina, y en 1812 quedó emancipada de la metrópoli, después de las acciones de *Las Piedras* y de *El Cerrito*; pero su dependencia del Gobierno de Buenos Aires fué muy transitoria. Un jefe de gauchos, llamado Artigas, á quien los uruguayos consideran como un héroe, y los argentinos poco menos que como un facineroso, constituyó en la banda oriental un Estado independiente, que entregado á sus solas fuerzas, no pudo resistir á la invasión portuguesa en 1817. Desde esta fecha hasta 1825, el Uruguay estuvo sometido primero á la corona de Portugal, y luego al Imperio del Brasil, con el nombre de provincia *cis-platina*. El heroico esfuerzo de los *treinta y tres patriotas* inició la reconquista de la independencia, que con auxilio de los argentinos quedó realizada en el campo de batalla de Ituzaingó, y fué sancionada diplomáticamente en 25 de Agosto de 1825.

Es claro que un país constituido de esta suerte ha de carecer de toda tradición literaria del tiempo de la colonia. Aun la imprenta es allí modernísima: fué introducida por los ingleses durante el breve periodo de su ocupación en 1807, con la mira de publicar sus bandos y gacetas, y hacer propaganda en favor de su dominación.

Las discordias civiles de Buenos Aires en el segundo tercio de nuestro siglo favorecieron de una manera muy

eficaz el desarrollo de la cultura en Montevideo, que por algún tiempo pudo considerarse como la Atenas del Plata. En ella buscaron refugio los principales escritores argentinos fugitivos de la tiranía de Rosas, y allí publicaron gran número de periódicos y algunas de sus principales obras Florencio Varela Echeverría, Gutiérrez, Mármol, Rivera Indarte y muchos otros, ya mencionados en el capítulo anterior.

Pero á pesar de su escasa población y limitado territorio, no ha dejado el Uruguay de producir escritores muy estimables en varios ramos del saber, tales como el erudito historiógrafo D. Andrés Lamas, el naturalista D. Dámaso Larrañaga, y el pedagogo D. Marcos Sastre, autor también de un bello libro descriptivo de las islas del Paraná, que llama *El Tempe Argentino*. Esta República es madre también de algunos poetas de mérito, entre los cuales el primero, en el orden de los tiempos, no menos que en la fecundidad, es D. Francisco Acuña de Figueroa (1).

Todo el que vea el retrato de este simpático ingenio, le encontrará desde luego gran parecido con nuestro Bretón de los Herreros; y si recorre sus obras, notará que esta semejanza no se limita á la parte fisiológica. Aunque Acuña de Figueroa no cultivó ja-

(1) Nació en Montevideo el 20 de Septiembre de 1790, y murió en 6 de Octubre de 1862. Había sido durante muchos años Director de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

Sus *Obras completas*, revisadas y anotadas por D. Manuel Bernárdez, forman ocho volúmenes en 4.<sup>o</sup>, impresos en 1890. (*Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes, editores.*) La distribución es la siguiente: cuatro tomos de poesías diversas, sin distinción alguna de asuntos ni de géneros: dos de *epigramas y trovadas*, y otros dos con el *Diario histórico del sitio de Montevideo*. Estos dos últimos no los he visto.

más la poesía dramática, su musa festiva y satírica, y aun lírica á su modo, es de la misma familia que aquella musa juguetona, cándida y risueña que dictó á Bretón sus letrillas, sus sátiras y otras muchas de sus composiciones sueltas. A Acuña de Figueroa puede aplicarse, como á Bretón aplicó Lista, lo que de sí propio dice Ovidio: «*Quidquid tentabat dicere, versus erat.*» Fué, en efecto, un versificador inagotable, dotado de grandes condiciones para la improvisación, y bastante dueño de la lengua y del metro para hacerse perdonar su facilidad, que en otro hombre de menos ingenio hubiera sido desastrosa. Acuña de Figueroa no tiene elevación ni ternura: las poesías en que quiso levantar el tono son generalmente las que menos valen de toda su voluminosa colección; si bien en algunos himnos patrióticos y en algunas composiciones sagradas, la elegancia y soltura de la rima hacen perdonar la ausencia de inspiración original y vigorosa. Como lírico, vale menos que Arriaza, pero pertenece á su escuela. Poeta de circunstancias, incansable proveedor de versos para todos los acontecimientos públicos, para todas las solemnidades domésticas, repentista de banquetes lo mismo que de profesiones de monjas, oscila entre lo poeta y lo coplero, y tropieza muchas veces en lo segundo. Hay entre el farrago de sus poesías (que ganarían mucho con reducirse á la quinta parte) extravagancias de gusto propias de un improvisador de tertulias caseras: enigmas, anagramas, charadas, acrósticos, pies forzados, versos en forma de cruz, de reloj de arena, de copa. La mayor parte de sus composiciones no pueden tomarse en serio, ni seguramente las tomaba el mismo autor; pero muchas tienen donaire y agudeza, y en todas

pasman la vena abundantísima y el jovial humor que no abandonaron al poeta ni aun en la extrema ancianidad. Era un hombre algo vulgar en sus aspiraciones artísticas, pero sano, bien avenido con la vida, castizo é inocente en sus chistes, muy español en todo, muy regocijado y simpático en su honesta alegría, y muy á propósito para recrear el ánimo de los lectores después de tanta bambolla sentimental, lúgubre y afrancesada como se escribía á orillas del Plata. Sus versos vienen á formar una especie de crónica muy divertida de las costumbres de Montevideo durante más de medio siglo.

Acuña hacia versos sobre todas las cosas, y ya hemos dicho que en general los hacía bien, aunque versasen sobre fruslerías. Nada tenía de poeta inculto: su educación clásica era muy sólida, como lo prueban sus traducciones de Horacio y sus reminiscencias de otros poetas latinos y castellanos del buen tiempo. En la dicción, es uno de los escritores más puros que en América pueden encontrarse. Sus faltas de gusto nacen de la idea un poco trivial que se había formado de la poesía, que para él consistía principalmente en el mecanismo y artificio de los versos. Por eso no tenía reparo en versificar las materias más ingratas, y estaba más satisfecho que de ninguna obra suya, de un *Diario poético* ó crónica rimada del sitio de Montevideo durante los años de 1812, 1813 y 1814, en más de 1.000 páginas. Mucho más hubiera valido, probablemente, para su fama, la publicación de *Los Animales Parlantes*, de Casti, poema que tenía completamente traducido en 1846, y que estaba tan en su gusto y en su cuerda.

Lo más apreciable de sus versos son, sin disputa, algunas letrillas; las *Toraidas*, ó revistas de corridas de

toros, en octavas reales con otros metros intercalados; y sobre todo la colección de epigramas que tituló *Mosaico*. De ella, como de todas las de su género, puede repetirse la sentencia que formuló Marcial sobre la suya propia: «*Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.*» Pero, á decir verdad, hay pocos centones de epigramas compuestos por un solo autor, en que se encuentren tantos buenos como los que pueden entresacarse de la enorme cifra de 1450 á que ascienden los del *Mosaico*. Se conoce que el poeta había nacido para este género de chiste lapidario, y que le perseguía con ahinco, acertando muchas veces con la punta aguda y sutil, aunque rara vez envenenada. Son pocos los que, ni aun remotamente, ofendan el decoro ó parezcan dictados por la maledicencia. Pero muchos consisten en meros retruécanos ó juegos de palabras, y otros tienen poco de originales, hasta cuando no se confiesan traducidos.

Fué también versificador aventajado, dentro de la escuela clásica (1), D. Bernardo P. Berro, autor de una oda *A la Providencia*, en liras, y de una larga *Epístola á Doricio*, que es más bien un poema bucólico, en el que campean á menudo la facilidad en la parte métrica, la pureza de dicción, la belleza de las descripciones y la naturalidad del sentimiento: todo conforme al gusto de nuestros poetas de fin del siglo XVIII, si bien con la liga de prosaísmo que entonces solía mezclarse en toda descripción de la belleza campestre, y de que es memorable y candoroso ejemplo el *Observatorio rústico* de Salas. Algunos tercetos darán idea de la manera des-

(1) Basta citar muy de paso el nombre de otro poeta del mismo grupo, D. Carlos G. Villademoros, de quien hay algunos versos en el *Parnaso Oriental*.

criptiva del poeta uruguayo, tanto en sus aciertos como en sus caídas:

«Un peñón circundado hasta la altura  
De hojosas ramas, forma en sus entrañas  
Una gruta de rara arquitectura:  
No habitada de fieras alimañas,  
Dulce reposo y dulce fresco ofrece  
Con sus bellas alcobas cuanto extrañas.  
Allí al ruido del céfiro que mece  
Los circunstantes árboles sombríos,  
Mi cuerpo poco á poco se adormece;  
Y al fin vencidos los sentidos míos,  
Fugaces sueños la adormida mente  
Halagan en risueños desvaríos.  
Tal vez donde bullendo la corriente  
Mansamente murmura, luego acudo;  
Lugar do reina siempre un fresco ambiente:  
Y á la sombra de un ceibo alto y copudo,<sup>1</sup>  
Que cerca de ella se halla, me recuesto  
Sobre el césped suavísimo, menudo.  
Un aircillo entonces en vuelo presto,  
Triscando entre las hojas susurrante,  
Baña en grato frescor aqueste puesto  
En tanto que con voz dulcisonante  
Modulan en mil quiebros y trinados,  
Los pájaros su música brillante.  
Callan luego los sonos acordados;  
El aura apenas expira desmayada;  
El susurro disípase por grados:  
Natura toda en calma reposada,  
En un hondo suspiro mudo y quieto  
Yace lánguidamente sepultada.  
Empapada mi alma en un completo  
Estado de placer indefinible,  
Vagamente se espacia sin objeto,  
.....  
Pues si de estos objetos se desvía  
Y se encumbra á la parte de Occidente,  
Goza encanto mayor la vista mía.  
Del claro día el luminar fulgente  
Tras los últimos montes escondido,  
El horizonte tiñe en rojo ardiente,

Sobre el cual leves nubes de lucido  
Oro bordadas, trazan mil informes  
Figuras varias con pincel fingido.  
Ves allí en confusión montes enormes,  
Hondas cimas, peñascos erizados,  
Descomunales masas disconformes.  
Encima de aquel pico, al aire alzados  
Los colosales miembros, un gigante  
Semeja al genio, rey de los collados.  
En aquella otra punta, que distante  
Sale á un lado, un anciano venerable  
Tiende su larga barba hacia adelante.  
Á otra parte un castillo inexpugnable;  
Á otra, miro soberbios torreones;  
Á otra, ruinas de fábrica espantable.  
Tan bellas, tan magníficas visiones,  
Exaltando mi ardiente fantasía  
La entregan á sublimes ilusiones;  
Y en ellas abismada todavía  
Está cuando su manto tenebroso  
Tiende la noche pavorosa umbria.»

El malogrado joven D. Adolfo Berro (1), que sigue á Acuña de Figueroa en el orden cronológico de los ingenios del Uruguay, fué, más que un poeta propiamente dicho, la esperanza de un poeta. Muerto á los veintiún años, no se le puede pedir cuenta muy rigurosa de sus versos. Sus apuntes en prosa sobre educación popular, y sobre la emancipación y mejora intelectual de las gentes de color, empresa á que se consagró con el más generoso aliento, prueban que era ante todo un filántropo

(1) Nació en Montevideo el 19 de Agosto de 1819. Falleció en 29 de Septiembre de 1841. Había practicado la abogacía en el bufete del escritor don Florencio Varela, que dió á conocer sus primeros versos en *El Correo de la Plata*. La colección póstuma de todos ellos se publicó en Montevideo en 1842 con un discurso preliminar de D. Andrés Lamas. De Berro hablaron los hermanos Anumátegui en su *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. (Santiago de Chile, 1861, págs. 329-333.)

cristiano. Algunas de sus poesías, *El Esclavo*, *El Mendigo*, *La Expósita*, *La Ramera*, están inspiradas por la misma tendencia: la forma es romántica, y revela la imitación de Espronceda, pero á la verdad muy poco afortunada. El estilo es endeble, vulgar é incoloro: las ideas simpáticas, pero triviales, y la versificación tan floja y desaliñada, que recuerda la del cubano Milanés, cuando en su segunda época trataba estos mismos asuntos. Las poesías no sociales de Berro resultan más agradables, aunque en extremo candorosas, y bastante incorrectas. De un episodio de *La Argentina*, de Barco Centenera, tomó asunto para uno de sus romances históricos, *Yandabuyu y Liropeya*.

Tuvo más estro lírico y más grandilocuencia Juan Carlos Gómez, aunque no fuese poeta de profesión, sino publicista y hombre político. Pero ni sus enfáticos alexandrinos *A la libertad*, atestados de lugares comunes y de ripio y cascote de la peor especie, ni sus versos de sentimiento romántico son tales que un colector de buen gusto deba recogerlos, si se exceptúa alguna composición breve como *El Cedro y la Palma*.

De D. Bartolomé Hidalgo, patriarca de la poesía *gauchesca*, ya se ha hablado incidentalmente al tratar de Buenos Aires.

Creemos inútil detenernos en otros poetas de menos nombradía y mérito, cuyos versos pueden leerse en las diversas colecciones especiales de poetas de la República oriental, publicadas hasta el presente (1). Pero es

(1) La más antigua y ya bastante rara es el *Parnaso oriental ó Guirnalda poética de la República Uruguaya*. (Montevideo, imp. de *La Libertad*, 1835.) Son tres volúmenes en que no todos los versos pertenecen á poetas uruguayos.

justo hacer mención honrosa del fecundísimo y benemérito escritor D. Alejandro Magariños Cervantes, que durante cierto período representó casi sólo la literatura de su país, y que por haber hecho vida literaria en Madrid y publicado aquí algunas de sus primeras obras, ha sido mucho más conocido que otros poetas americanos. Y no fué poeta tan sólo, sino también historiador, novelista, crítico y periodista, de todo lo cual dan testimonio sus apreciables y numerosas obras. Su genialidad poética tiene puntos de contacto con la del venezolano Heriberto García de Quevedo, aunque la musa de Magariños Cervantes fué menos emprendedora y temeraria, y no se aventuró tanto por los senderos de la poesía trascendental. Magariños era versificador muy afluente, cualidad que en algún modo le perjudica, haciéndole degenerar en verboso. Hay cierta insipidez en su estilo, y más riqueza aparente que real en sus obras. Las más extensas son leyendas románticas en variedad de metros, en las cuales se combina la imitación de Zorrilla con algunos rasgos descriptivos de naturaleza americana,

La más copiosa lleva el título de *Páginas Uruguayas*. Tomo 1. *Album de poesías coleccionadas con algunas breves notas, por Alejandro Magariños Cervantes*. (Montevideo, 1878.)

Figuran en esta compilación los siguientes poetas, que ya han fallecido: *Argüelles* (Fernando), *Arrascaeta* (Enrique), *Berro* (Adolfo), *Berro* (Bernardo), *Bermúdez* (coronel D. Pedro), *Carrillo* (Manuel M.), *Fajardo* (Carlos A.), *Fajardo* (Heraclio C.), *Ferreira y Artigas* (Dr. Fermín), *Figuerou* (Julio), *Gómez* (Dr. Juan Carlos), *Gordon* (Eduardo), *Hidalgo* (Bartolomé), *Lapuente* (Laurindo), *Magariños Cervantes* (D. Alejandro), *Otero* (Dr. Luis), *Rosende* (Petrona), *Varela* (Horacio), *Varela* (José Pedro), *Varela* (Juan Cruz: distinto del poeta argentino del mismo nombre y apellido), *Vázquez* (Dr. Juan Andrés).

En el libro titulado *Poetas de la América de habla española. Colección de poesías escogidas, por Enrique de Arrascaeta*. (Montevideo, 1881), están en mayoría los poetas uruguayos.

en que parece seguir el modelo de *La Cautiva*, de Echeverría; si bien creemos que Magariños Cervantes, portugués de origen, no fué tampoco ajeno á la influencia de algunos épicos brasileños, como el autor del *Caramurú* (fray Benito de Santa Rita Durão), el del *Uruguay* (José Basilio de Gama), y el más moderno cantor de *La Confederación de los Tamoyos* (Domingo Gonçalves Magalhaes).

Aleccionado por estos modelos (si bien el último de estos poemas publicado en 1857, es posterior á la leyenda *Celiar*, con que empezó á consolidarse la fama poética del Sr. Magariños), procura el poeta uruguayo poner color americano en sus obras é inspirarse en la vida y costumbres de las tribus indígenas, y si no puede decirse que consiga siempre poetizarlas, tiene, á lo menos, el mérito de haber abierto y mostrado esta senda al autor del *Tabaré*, que hoy la recorre con tanto aplauso, y que es el que verdaderamente ha naturalizado á los *charrúas* en el arte. Las novelas en prosa de Magariños Cervantes, especialmente la titulada *Caramurú*, tienen la misma tendencia y se componen de los mismos elementos que sus poemas, pero han alcanzado menos fama.

En sus rimas líricas, que son abundantísimas, y que para su fama importaría mucho que no lo fuesen tanto, Magariños, como todos los románticos de segundo orden, peca por exuberancia de palabras más que por exuberancia de imaginación: son versos que suenan bien, que se dejan leer con facilidad y aun con cierto agrado, pero que con la misma y aun con mayor facilidad se olvidan. Las ideas son generalmente nobles y simpáticas; pero hay tantas frases hechas, tantas imágenes marchitas, que no sé yo lo que de tan voluminosa colección de

versos podrá salvar la posteridad. Mas por riguroso que sea su fallo, siempre habrá de encomiarse el entusiasmo artístico de este autor, la pureza de sus motivos, la elevación de su sentido moral, su sincero y ferviente espiritualismo, la originalidad relativa de sus temas americanos, y el impulso que con el ejemplo de su laboriosidad infatigable dió á la naciente literatura de su país (1).

(1) Nació D. Alejandro Magariños Cervantes en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. Comenzó allí sus estudios y los terminó en España, recibiendo el grado de doctor en Jurisprudencia. Ya antes de su partida para Europa había publicado gran número de composiciones sueltas, un *Ensayo de oratoria*, y dos cantos de un poema con el título de *Montevideo: Episodios de nuestra historia contemporánea*.

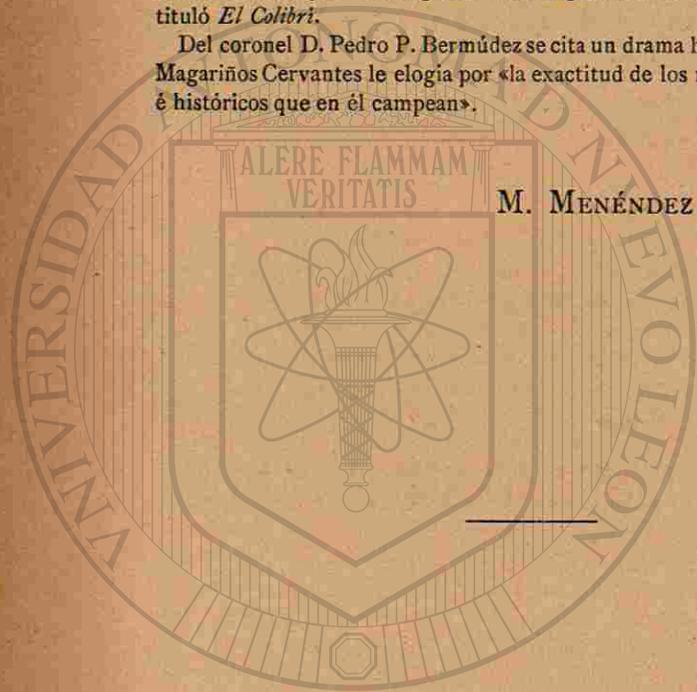
En España fué colaborador de *La Patria*, *El Orden*, *La Ilustración* (de Fernández de los Ríos), *La Semana*, y otros periódicos y revistas; publicó varias novelas: *La estrella del Sur*, *Caramurú*, *No hay mal que por bien no venga*, unos *Estudios histórico-políticos sobre el Río de la Plata*, una comedia (representada en 1850), *Percances matrimoniales*, y, finalmente, la leyenda *Celiar* (1852), con un prólogo muy laudatorio de Ventura de la Vega. En París sostuvo por más de dos años la *Revista Española de Ambos Mundos*. Vuelto á su patria, en 1855 dió á luz un opúsculo sobre *La Iglesia y el Estado*, y en 1858 inició la publicación de la *Biblioteca Americana*, curiosa colección que forma diez tomos, en que, juntamente con varias obras de Gutiérrez, Sastre, Florencio Varela y Cané, figuran dos nuevas colecciones poéticas de Magariños, *Horas de melancolía* y *Brisas del Plata* (1864). Durante algún tiempo pareció abandonar las letras por el foro y la magistratura, pero luego brotaron de su incansable pluma multitud de escritos de todo género. La colección definitiva y más extensa de sus versos, interpolada con largas notas, lleva por título *Palmas y Ombúes* (Montevideo, 1884-1888), dos gruesos volúmenes en 4.º El libro rotulado *Violetas y Ortigas* (Montevideo, 1850), es un centón de artículos, propios y ajenos, sobre diversas materias. No pretendemos aquí apurar el catálogo de sus obras impresas, ni mucho menos de las que dejó inéditas, tales como un drama sobre *Vasco Núñez de Balboa*, y una traducción de la *Guerra Catilina*, de Salustio.

Desempeñó, entre otros cargos, el de Rector de la Universidad de Montevideo.

Entre los poetas uruguayos de la última época, debe añadirse el nombre de Heraclio C. Fajardo, que, además del drama *Camila O'Gorman* y de va-

rios trabajos históricos, dejó una colección de versos líricos *Arenas del Uruguay*. Su composición de aparato, *América y Colón*, premiada en un certamen de 1858, vale tan poco como casi todas las que se han dedicado al mismo asunto, pero son agradables é ingeniosos los versos de álbum que tituló *El Colibrí*.

Del coronel D. Pedro P. Bermúdez se cita un drama histórico, *El Charria*. Magariños Cervantes le elogia por «la exactitud de los rasgos antropológicos é históricos que en él campean».



M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

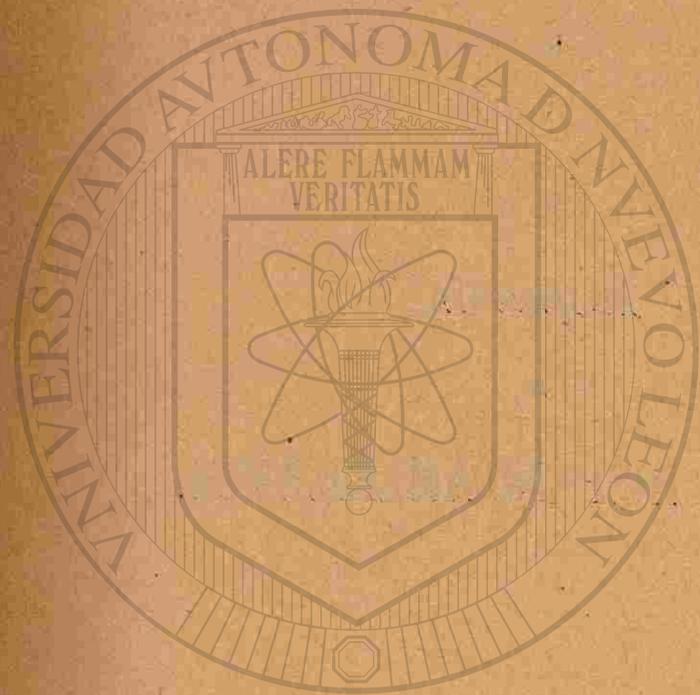
ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

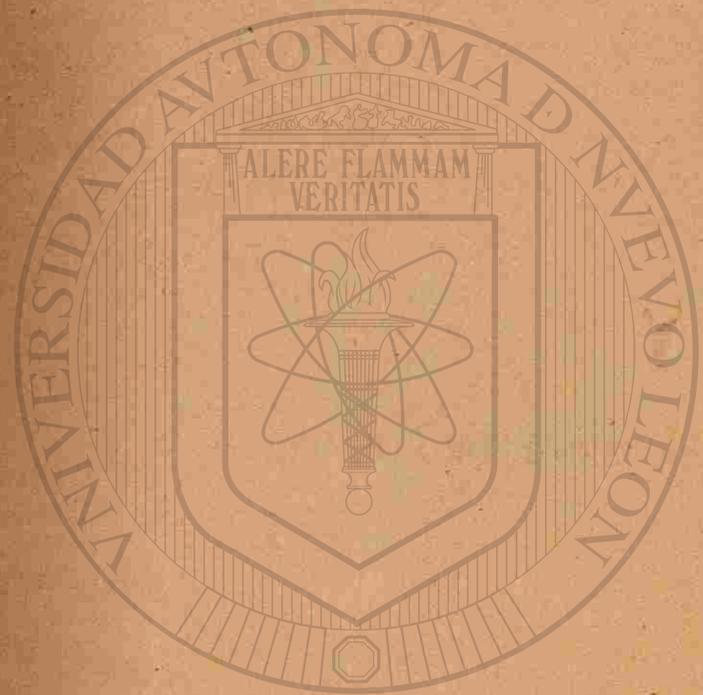
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL CHILE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



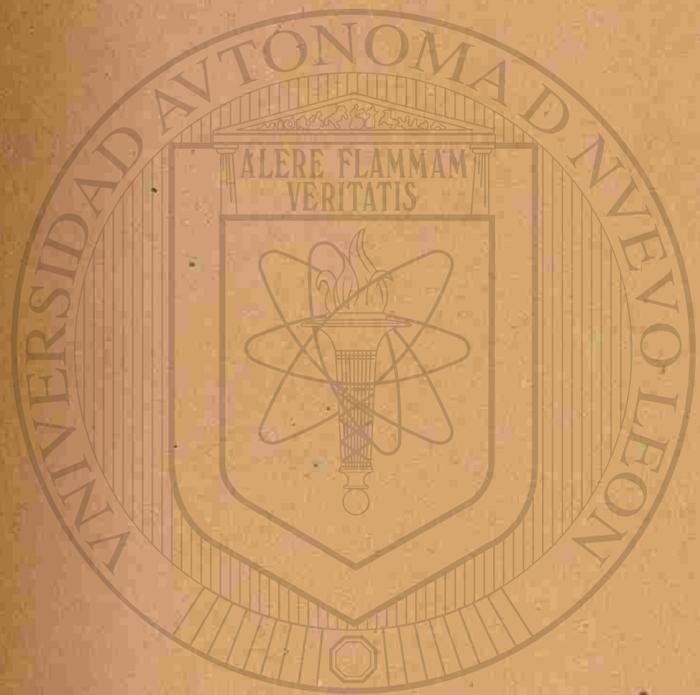
EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

UANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

—  
ARAUCO DOMADO.

CANTO V.

Estaba á la sazón Caupolicano  
En un lugar ameno de Elicura,  
Do por gozar el sol en su frescura,  
Se vino con su palla mano á mano ;  
Merece tal visita el verde llano,  
Por ser de tanta gracia y hermosura ;  
Que allí las flores tienen por floreo  
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el Septiembre frío,  
Nunca el templado Abril estuvo fuera ;  
Allí no falta verde primavera  
Ni asoma crudo invierno y seco estío.  
Allí, por el sereno y manso río,  
Como por transparente vidriera,  
Las náyades están á su contento  
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,  
Que por colar allí su luz febea,  
Con los tejidos árboles pelea,

Que al agua están, mirándose, mirando;  
Tal vez de ver que el viento respirando  
Á los hojosos ramos lisonjea,  
Tal vez de que los dulces ruiseñores  
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,  
Que van á dar al cielo con las frentes  
Y al suelo con sus fértiles vertientes,  
La deleitosa vera está fundada.  
¡Oh, quién tuviera pluma tan cortada  
Y versos tan medidos y corrientes,  
Que hicieran el vestido deste valle,  
Cortado á la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado  
Está de hierba y flores guarnecido,  
Las cuales muestran siempre su vestido  
De trémulos aljófares bordado:  
Aquí veréis la rosa de encarnado,  
Allí el clavel de púrpura teñido,  
Los turquesados lirios, las violas,  
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando  
Los dos Favonio y Céfito las vuelven,  
Y ellas, en pago desto, los envuelven  
Del suave olor que están de sí lanzando;  
Entre ellas las abejas susurrando,  
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,  
Ya de jacinto, ya de croco y clicie,  
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinuoso,  
Hecho de puro vidrio una cadena,  
Por la floresta plácida y amena,  
Bajando desde el monte pedregoso;  
Y con murmurio grato sonoro  
Despacha al hondo mar la rica vena,

Cruzándola y haciendo en varios modos  
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados  
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,  
El sauce, el fresno, el nardo, el cipariso,  
Los pinos y los cedros encumbrados,  
Con otros frescos árboles copados  
Traspuestos del primero paraíso,  
Por cuya hoja el viento en puntos graves  
El bajo lleva al tiple de las aves.

También se ve la hiedra enamorada,  
Que con su verde brazo retorcido  
Ciñe lasciva el tronco mal pulido  
De la derecha haya levantada;  
Y en conyugal amor se ve abrazada  
La vid alegre al olmo envejecido,  
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,  
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas  
Las driadas, oréades, napeas,  
Y otras ignotas mil silvestres deas,  
De sátiros y faunos perseguidas;  
En álamos Lampecies convertidas,  
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,  
Que son, por conocerse tan hermosas,  
Selváticas, esquívas, desdeñosas.

Por los frondosos débiles ramillos  
Que con el blando céfito bracean,  
En acordada música gorjean  
Mil coros de esmaltados pajarillos;  
Cuyos acentos dobles y sencillos  
Sus puntos y sus cláusulas recrean  
De tal manera el ánima que atiende,  
Que se arrebatada, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera  
Veréis al blanco cisne paseando,  
Y alguna vez en dulce voz mostrando  
Haberse ya llegado la postrera;  
Sublimes por el agua el cuerpo fuera,  
Veréis á los patillos ir nadando,  
Y cuando se os esconden y escabullen,  
¡Qué lejos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado  
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,  
Ya pasa el gamo tímido y ligero,  
Ya corren la corcilla y el venado,  
Ya se atraviesa el tigre variado,  
Ya penden sobre algún despeñadero  
Las saltadoras cabras montesinas  
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos  
Por la frisada, tosca y dura peña  
En fugitivo golpe se despeña,  
Llevándose de paso los oídos;  
En medio de los árboles floridos  
Y crespos de la hojosa y verde greña,  
Enfrena el curso oblicuo y espumoso,  
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente  
Las guijas y pizarras de la arena,  
Sin recibir la vista mucha pena,  
Se pueden numerar distintamente;  
Los árboles se ven tan claramente  
En la materia líquida y serena,  
Que no sabréis cuál es la rama viva,  
Si la que está debajo ó la de arriba.

Titán, al tramontarse, lo saluda,  
Tornando sus arenas de oro fino,  
Y para descansar de su camino

No tiene otro lugar á donde acuda;  
La verde yerba nace tan menuda  
Orillas del estero cristalino,  
Y toda por igual por donde quiera,  
Como si la cortaran con tijera.

Aquí ninguna especie de ganado  
Fué digna de estampar su ruda huella,  
Ni se podrá alabar de que con ella  
Dejase su esplendor contaminado;  
Tan solamente el niño Dios alado  
En esta parte vive y goza della,  
Y esparce tiernamente por las flores  
Alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso  
Con Fresia, como dije, sesteaba,  
Y sus pasados lances le acordaba  
Por tierno estilo y término amoroso:  
No estaba de la guerra cuidadoso,  
Ni cosa por su cargo se le daba,  
Porque do está el amor apoderado,  
Apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca;  
La ociosidad por otro le convida  
Para comunicar á su querida  
Palabra, mano, pecho, rostro y boca,  
Y al regalado son que amor le toca,  
Le canta: «Dulce gloria, dulce vida,  
¿Quién goza como yo de bien tan alto,  
Sin pena ni temor ni sobresalto?»

»¿Hay gloria ó puede habella que se iguale  
Con esta que resulta de tu vista?  
¿Hay pecho tan de nieve que resista  
Al fuego y resplandor que della sale?  
¿Qué vale ceño y mando, ni qué vale  
Del universo mundo la conquista,

Respecto de lo que es haberla hecho  
Al muro inexpugnable de tu pecho?

» ¡ Dichosos los peligros desiguales  
En que por ti me puse, amores míos!  
Dichosos tus desdenes y desvíos,  
Dichosos todos estos y otros males;  
Pues ya se han reducido á bienes tales,  
Que entre estos altos álamos sombríos,  
Tu libre cuello rindas á mis brazos  
Y á tan estrechos vínculos y abrazos.»

« ¡ Ay, Fresia le responde, dueño amado,  
Y cómo no es de amor perfecto y puro  
Hallarse en el contento tan seguro,  
Sin pena, sin temor y sin cuidado;  
Pues nunca tras el dulce y tierno estado  
Se deja de seguir el agro y duro,  
Ni viene el bien, si vez alguna vino,  
Sin que le ataje el mal en su camino!

» De mí te sé decir, mi caro esposo  
(No sé si es condición de las mujeres),  
Que en medio de estos gustos y placeres  
Se siente acá mi pecho sospechoso;  
Mas siempre del amor huye el reposo,  
Ó al menos está preso de alfileres;  
Que en la labor de un pecho enamorado  
Siempre es el sobrestante su cuidado.»

Caupolicán replica: « ¿ Quién es parte,  
Por más que se nos muestre el hado esquivo,  
Para que desta gloria que recibo  
Y deste bien tan próspero me aparte?  
No hay para qué, señora, recelarte  
Que en esto habrá mudanza mientras vivo,  
Y pues que estoy seguro yo de muerte,  
Estarlo puedes tú de mala suerte.

» Sacude, pues, del pecho esos temores  
Que sin razón agora te saltean,  
Y no te dé ninguno de que sean  
Menes de lo que son nuestros amores.»  
Con esto se levantan de las flores,  
Y alegres por el prado se pasean,  
Aunque ella, no del todo enajenado  
Su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente;  
Que los está llamando su frescura,  
Y Apolo, que también los apresura,  
Por se mostrar entonces más ardiente;  
El hijo de Leocán gallardamente  
Descubre la corpórea compostura,  
Espalda y pechos anchos, muslo grueso,  
Proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja,  
La cual, con alboroto encanecido,  
Al recibirle forma aquel ruido  
Que el árbol sacudiéndole la hoja;  
El cuerpo en un instante se remoja,  
Y esgrime el brazo y músculo fornido,  
Supliendo con el arte y su destreza  
El peso que le dió naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,  
Y sola no se puede sufrir tanto,  
Con ademán airoso lanza el manto  
Y la delgada túnica desprende;  
Las mismas aguas frías enciende;  
Al ofuscado bosque pone espanto,  
Y Febo de propósito se para  
Para gozar mejor su vista rara.

Abrásase mirándola, dudoso  
Si fuese Dafne en lauro convertida,  
De nuevo al ser humano reducida,

Según se siente della cudicioso;  
Descúbrese un alegre objeto hermoso,  
Bastante causador de muerte y vida,  
Que el monte y valle, viéndolo, se ufana,  
Creuyendo que despunta la mañana.

Es el cabello liso y ondeado,  
Su frente, cuello y manos son de nieve,  
Su boca de rubí, graciosa y breve,  
La vista garza, el pecho relevado;  
De torno el brazo, el vientre jaspeado  
Columna á quien el Paro parias debe,  
Su tierno y albo pie por la verdura  
Al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,  
Huyendo de miralla, con aviso  
De no morir la muerte que Narciso,  
Si dentro la figura propia viera;  
Mostrósele la fuente placentera,  
Poniéndose en el temple que ella quiso,  
Y aun dicen que de gozo al recibilla  
Se adelantó del término y orilla.

Va zbullendo el cuerpo sumergido,  
Que muestra por debajo el agua pura  
Del cándido alabastro la blancura,  
Si tiene sobre sí cristal bruñido;  
Hasta que da en los pies de su querido,  
Adonde, con el agua á la cintura,  
Se enhiesta sacudiéndose el cabello  
Y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos, antes bellos que velludos,  
Ya que se les prohíbe el penetrarse,  
Procuran lo que pueden estrecharse  
Con reciprocación de ciegos nudos;  
No están allí los Géminis desnudos  
Con tan fogosas ansias de juntarse,

Ni Salmacis con Troco el zahareño,  
Á quien por verse dueña amó por dueño.

Alguna vez el nudo se desata,  
Y ella se finge esquiva y se escabulle;  
Mas el galán, siguiéndola, zabelle,  
Y por el pie nevado la arrebatá;  
El agua salta arriba vuelta en plata,  
Y abajo la menuda arena bulle;  
La tórtola envidiosa que los mira,  
Más triste por su pájaro suspira.

Estando en esto el uno y otro amante,  
Linfáticos haciendo ya del agua  
Á costa del amor chisposa fragua,  
Que á tanto suele ser amor bastante;  
Se les presenta súbito delante,  
Con que el presente gusto se les agua,  
La disfrazada furia de Megera,  
Hablando al general desta manera:

«No es tiempo agora, príncipe araucano,  
De darte á pasatiempos y placeres,  
Ni de rendirte al pie de las mujeres,  
Pendiendo todo el reino de tu mano.  
¿No ves el nuevo ejército cristiano,  
Que, sin respeto alguno de quien eres,  
Su huella imprime ya en la tierra tuya,  
Con vana presunción de hacerla suya?»

Quedó Caupolicán alborotado  
Oyendo novedad tan espantosa,  
Y Fresia despulsada y pavorosa,  
Su blanco velo en pálido trocado;  
Él la miraba atónito y pasmado  
Sin que decir pudiese alguna cosa,  
Y ella entre sí, mirándole, decía:  
«¡Esto era lo que tanto yo temía!»

La furia, como tiempo ve oportuno,  
De las que á mano están sobre la frente,  
Dos víboras arranca prestamente,  
Llenas de más que tósigo importuno,  
Y escóndeles la suya á cada uno,  
Que sin acuerdo están del accidente  
Allá en lo más intrínseco del seno,  
Do siembren su mortífero veneno.

Deslizanse revueltas por los pechos  
Do la ponzoña pésima vomitan,  
Y con aguda lengua solicitan  
Mortales iras, rabias y despechos;  
Con que en furor diabólico deshechos  
Ya los infieles ánimos se irritan,  
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,  
Ya, del veneno hinchándose, revientan.

Megera entonces, viéndolos dispuestos,  
Prosigue: «Torna en ti, Caupolicano;  
Que ser señor del mundo está en tu mano,  
Si sabes acudir con pasos prestos.  
Sabrás que cien cristianos descompuestos,  
Que perdonó el furor del mar insano,  
Han levantado en Penco un flaco muro,  
Donde los tiene un joven mal seguro.

»Partióse del Pirú con vano intento  
De ser la confusión de tu reinado,  
Y con desprecio loco del Estado  
Ha fabricado á vista dél su asiento;  
Importa que, dejando atrás el viento,  
Vayas á que te pague de contado  
Su temerario y frívolo designo,  
Ya de tu indignación y enojo digno.

»Pero conviene hacerse de manera,  
Que no le dé lugar la prisa tuya  
Para que al espumoso mar se huya,

Haciendo de sus ondas talanquera;  
Mas antes que el ejército que espera  
Tu gente desanime con la suya,  
Abrevies tanto el tiempo de asaltalle,  
Que aun para arrepentirse no le halle.

»Pues goza de tan buena coyuntura,  
Que no la habrá mejor según barrunto,  
Y vuela con tu fuerza y poder junto  
Á do te está llamando la ventura.  
Mira que la victoria está segura  
Con sólo que perder no quieras punto,  
Y que una dilación pequeña puede  
Negarte lo que el cielo te concede.

»¿Cómo? ¿Qué, tu soberbia frente altiva  
Podrá sufrir agora ver delante  
Que con desprecio della la levante  
Uno que en verdes años sólo estriba,  
Y que con poca gente apenas viva  
Ose salir á puesto semejante,  
Á tiro de ponerse en tierra firme,  
Contigo rostro á rostro y firme á firme?

»¿De qué te sirve, oh gran Caupolicano,  
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,  
Si agora que subida está en el techo,  
Sufres que den con ella por lo llano,  
Y que á pesar del crédito araucano,  
Un mozo advenedizo tenga pecho  
Para que sólo en fe del tierno suyo  
Se ponga al duro encuentro dese tuyo?

»Cuando otra cosa nunca hacer pudiese  
Que haberse en el lugar que digo puesto,  
Aunque después medroso en curso presto  
Al mar por donde vino se volviese,  
Le fuera de grandísimo interese,  
Y á ti tan mal contado y mal honesto,

Que escurecieras bien con este solo  
Tus hechos claros más que el mismo Apolo.

»En nombre de Pillan, te hago cierto  
Que si padeces punto de tardanza,  
Verás resuelta en humo tu esperanza,  
Y contra ti la suerte al descubierto;  
Pues la cerviz enhiesta y cuello yerto  
Jamás á ley sujeta ni ordenanza,  
Verás al yugo dellas sometida,  
Si á bien librar quedares con la vida.

»Por cuanto quieres verte deste modo,  
Estando el remediallo á tu albedrio,  
Sin hijos, sin mujer, sin señorío,  
Sin dulce libertad, que es sobre todo;  
Pues no te quieras ¡ay! poner de lodo,  
Por dar al blando amor lugar vacío,  
Ni de famoso rey potente y bravo  
Venir á ser infame y triste esclavo.

»Mira, Caupolicán, que eres la base  
Donde tan grande máquina se apoya;  
No quieras que se pierda como Troya,  
Por consentir que amor te desencase;  
Traba de la ocasión antes que pase,  
Porque si aquí te estás como la boya  
En amorosas aguas sobre aguado,  
Serás en las de Lete sepultado.»

Con esto remató la furia horrible  
Su caviloso encanto persuasivo,  
Dejando al pecho bárbaro y altivo  
Nadando en puro fuego inextinguible;  
Y haciéndose á sus ojos invisible,  
Vuelve al estado el paso fugitivo,  
Adonde su furor, veneno y llama  
Por las médulas íntimas derrama.

Ya con ardiente soplo turbulento,  
Ya con sangrientas áspides mortales,  
Ya con la lengua y ojos infernales  
Va corrompiendo en torno aquel asiento;  
Hasta que casi calva y sin aliento,  
Así de haber lanzado soplos tales,  
Como de echar culebras de la frente,  
Se vuelve adonde está la triste gente.

Y en un volcán de fiera boca oscura,  
Por donde escupe horror la negra estanza,  
Dejado lo fantástico, se lanza  
Llevándose tras sí la puerta dura;  
En tanto que del agua clara y pura  
Caupolicán saltando se abalanza  
Á se vestir frenético el vestido,  
Ya de furioso espíritu embestido.

De allí se parte luego acelerado,  
Siguiéndole su Fresia presurosa,  
Colérica, linfática, furiosa,  
Con pecho de temor enajenado;  
Y marchan hasta cuando el sol dorado,  
Huyendo de la noche tenebrosa,  
Que á más andar siguiéndole venía,  
Al mar como á sagrado se acogía.

Llegado el indio al rancho, aplica el cuerno  
Al tímido carrillo y recia boca,  
De do la voz horrisona revoca  
Allá en lo más oculto del infierno:  
Suenan de mano en mano en su gobierno,  
Y en breve casi todo se convoca,  
Porque iban como en vuelo arrebatados,  
De aquel furor diabólico llevados.

El hecho llanamente les declara,  
Sin pompa ni artificio de razones,  
Porque para mover sus corazones

Resobra que les miren á la cara,  
Y ordénales que cuando el alba clara  
Abriese los oscuros pabellones,  
Dejando cama y lado de su esposo,  
Se embista el fuerte lleno de reposo.

Pues cuando, con sonido carrasqueño  
Que al órgano del oído destemplaba,  
El importuno grillo aviso daba  
De ser llegada ya la vez del sueño,  
Enderezando á Talca, sitio isleño  
Que á vista del vecino muro estaba,  
Caminan veinte mil á sordo paso  
Por entre muda noche y campo raso.

Venidos brevemente á Talcaguano  
Cubiertos del capote y velo obscuro,  
Marcharon sin parar al breve muro  
Orillas del ondoso mar insano;  
Mas con silencio tal, que el aire vano  
Se estaba tan sutil, tan raro y puro,  
Como si por allí nadie pasara  
Que con aliento y voces lo espesara.

Debajo una barranca, al pie del monte  
Que en su cabeza tiene la albarrada,  
Esperó el fiero bárbaro en celada  
Á que el nocturno tiempo se remonte,  
Para que, en argentando al horizonte  
La matutina voz del alborada,  
Que es cuando el sueño ocupa lo más alto,  
Se dé con furia súbita el asalto.

Ya pues que el negro manto adelgazaba,  
Abriéndose por todos sus dobleces  
Y limpio de neblina y otras heces,  
Aljofarado el valle se mostraba;  
Rompiendo aquel silencio en grita brava,  
Y con los alaridos que otras veces,

Asaltan el palenque y baluarte,  
Cinéndole por una y otra parte.

En tres formados gruesos escuadrones  
Presenta el enemigo la batalla,  
De cruda piel cubierto y fina malla,  
Y tremolando enseñas y pendones;  
Ya los de más fogosos corazones  
Se van adelantando á la muralla  
Con mil cabezas, colas y pellejos  
De tigre, de león, de zorros viejos.

Asómase á mirar su fiera traza  
Aquella clara sangre de Mendoza,  
Que dentro de las venas le retoza  
Por experimentar la dura maza,  
Y no se turba punto ni embaraza,  
Mas todo lo posible se alboraza,  
De ver que ya lugar se le concede  
Para mostrar, en parte, lo que puede.

Previene con fervor, industria y maña  
Aquello que no estarlo parecía;  
Y enfrente, por la parte que venía  
Arauco denodado contra España,  
Seis piezas, como dije, de campaña  
El adivino joven puesto había,  
Que fueron casi todo el instrumento  
Para que se cantase el vencimiento.

Quisiera bien saltar la palizada,  
Y á recibir al bárbaro saliera,  
Si ser temeridad no conociera,  
Y cosa en generales reprobada;  
Ya sube á toda prisa la emboscada  
Con astas erizando la ladera;  
Pero, con todo, el Hércules gallardo  
Se mata porque viene á paso tardo.

No suele estar jamás lebrél de Irlanda  
Si al jabalí cerdoso ve mostrarse,  
Con tanta voluntad de abalanzarse  
Tirando del collar y quien le manda,  
Como de ver subir la espesa banda  
Revienta el general por señalarse;  
Mas la razón, que sola es quien le humilla,  
Sabe tenelle corta la trailla.

Y como la visera no ha calado  
Para que así mejor advierta y note  
Cuál viene por su mal y por su azote  
El enemigo ejército formado,  
Está como el azor empiguelado  
Antes de haberle puesto el capirote;  
Que si pasar un ave se le antoja  
Mil veces de la alcándara se arroja.

Estando, pues, intrépido mirando  
Al indio bravo el joven orgulloso,  
No sé qué brazo idólatra nervoso  
Desembrazó con ímpetu nefando  
Una redonda piedra, que zumbando  
Con más furor que el rayo impetuoso,  
Su curso fugacísimo endereza  
A la cabeza fuerte del cabeza.

Allí quebró la furia desmedida,  
Y tanto, que con dar á la celada,  
Por especial milagro la pedrada  
Dejó de dar al blanco de la vida;  
Pues con la frente el joven aturdida  
Miró de abajo el muro y albarrada,  
Mas no tocó la tierra cuando luego  
Se enderezó brotando vivo fuego.

No dudo que Megera de su mano  
Hiciese el riguroso tiro fuerte,  
Sabiendo que si al joven daba muerte,

Estaba lo demás rendido y llano;  
Mas el Eterno Padre soberano,  
Que permitió acertalle desta suerte,  
Por ser tan lleno el blanco y espacioso,  
Previno, como Dios, lo más dañoso.

Después que firme el pie en la tierra pone,  
Y la esperanza y ojos en el cielo,  
El cesarino espíritu novelo,  
Su gente anima, exhorta y la compone.  
No hay prevención ni ardid á que perdone,  
Porque los halla escritos en el suelo  
Su claro entendimiento y perspicacia,  
Herido con los rayos de la gracia.

Ya la trabada cerca y terraplano,  
Que al morro exento sirve de corona,  
De espesa gente en orden se corona,  
Con hierro en mano y ánimo en el seno;  
Ya no hay lugar allí que no esté lleno  
De quien por él arriesgue la persona;  
Ya todos dan la suerte por echada,  
Aunque la vida va de esta parada.

Ya con soberbios altos alaridos,  
Estrépito confuso y ruido espeso,  
El pérfido escuadrón cerrado y grueso  
Asalta los bastiones guarnecidos;  
Los nuestros al asalto apercebidos,  
Con orden y valor en contrapeso  
Del excesivo número contrario,  
Resisten al encuentro temerario.

Los orgullosos bárbaros de fama,  
Con los que la procuran, más se allegan,  
Y al enemigo hierro así se entregan  
Como pudieran toros de Jarama;  
Unos echando tierra y otros rama  
Para pasar el ancho foso ciegan;

Otros no esperan esto mal sufridos,  
Salvándolo con saltos desmedidos.

Cuáles, para mejor poder havello,  
Se valen de las picas prolongadas;  
Cuáles, de correndillas atrasadas;  
Cuáles, del aire solo del cabello;  
Y cuáles, sin aquesto y sin aquello,  
Apenas dan algunas braceadas,  
Cuando de pies están en la otra parte  
Y luego sobre el fuerte y baluarte.

Fué éstos el primero Gracolano,  
Mozo gallardo, fuerte y atrevido,  
Y fuélo por havello prometido  
Al sumo general Caupolicano,  
De que ganando á todos por la mano,  
En fe de su renombre esclarecido,  
Al muro crespo de armas entraría,  
Abriendo por entre ellas ancha vía.

En cumplimiento, pues, de su promesa,  
El animoso joven se adelanta,  
Do sobre el foso puesta la una planta,  
Con la otra por el aire lo atraviesa;  
Y luego al agro muro y gente espesa,  
Sin espantalle que es atal y tanta,  
Trepando furioso el bárbaro derecho,  
Mostrando á duras arma, duro pecho.

Al fin rompió con él por todas ellas,  
Subiendo, aunque de sangre y golpes lleno,  
Sus prestos pies al ancho terraplano,  
Y su valor y nombre á las estrellas;  
Do haciendo ver á muchos muchas dellas,  
Á costa de los nuestros hizo bueno  
Su dicho tan infiel como arrogante,  
Llevándolo con hechos adelante.

Tras él se arroja el bravo Tucapelo,  
Siguiéndole Talguen su amigo grande,  
Con Rengo, Leucotón y Lepomande  
Y Euglón, á quien sirvió mi patrio suelo;  
Los cuales todos siete dando un vuelo,  
Que no hay quien se lo impida ni demande,  
Pasan de claro en claro el foso obscuro,  
Viniendo á dar de manos en el muro.

Quedó temblando en torno la barrera  
Del poderoso golpe y duro encuentro,  
Haciendo conocer á los de dentro  
El ánimo y vigor de los de fuera;  
Que luego sin escala ni escalera  
Suben arriba en busca de su centro,  
Sin ser á defenderse lo bastante  
Ver contra sí mil puntas de diamante.

Que de temor los bárbaros desnudos,  
Como los que á vencer estaban hechos,  
Mil armas desbaratan con los pechos,  
Que son allí sus cóncavos escudos;  
No bastan á tenellos golpes crudos  
Ni el granizar de rayos contrahechos,  
Que por broncinas bocas escupidos,  
Retiñen sordamente en sus oídos.

Del muro los impelen y rebaten  
Con duras picas y ásperas espadas,  
Unas á botes y otras á estocadas,  
Á cuyo ronco son los montes laten;  
Mas ellos como rocas á quien baten  
Las ondas por el cierzo reforzadas,  
No sólo tienen fuerte en esta guerra,  
Mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,  
El otro á la contraria bien asido,  
Arriban al palenque defendido

Y al peligroso fin de su esperanza;  
Quién luego su membrudo cuerpo lanza  
Por el lugar de gente más tupido,  
Y quién sobre el bastón nudoso y grueso  
Sustenta de la guerra todo el peso.

Mas ¿quién podrá pintar á Tucapelo  
De pie sobre la cerca y palizada,  
En medio de la gente amontonada,  
Soberbio despreciando tierra y cielo,  
Armado un peto doble de su abuelo,  
Y una marina concha por celada,  
Con que la maza en mano se rodea,  
Y haciendo campo el bárbaro campea?

Á cuál de un golpe solo el cuerpo muele,  
Á cuál con otro deja sin sentido,  
Á cuál del muro abajo sacudido,  
Hace que á su pesar sin alas vuele;  
Nada le queda allí que no lo asuele  
Su brazo de infernal furor movido,  
Por donde hacia la parte que lo cala  
Retira, lleva, arrolla y acorrala.

No lleva con paciencia don Felipe,  
¡Oh justa indignación de sangre noble!  
Que tanto golpe el pérfido redoble,  
Sin que él también alguno participe;  
Y no queriendo que otro se anticipe,  
Se va para él tan fuerte como un roble,  
Firme la espada rígida en la diestra,  
Y el acerado escudo en la siniestra.

El indio con la dura maza en alto  
Y atrás el pie derecho lo recibe;  
Aguarda el español que la derribe,  
Para, salvando el cuerpo, entrar de un salto;  
Mas de destreza el bárbaro no falto  
Al enemigo intento se apercibe,

Tirando el primer golpe blandamente,  
Á fin de segundalle fácilmente.

Aciértale; mas ved si fué tan blando,  
Pues dándole en el canto del escudo  
Y haciendo el caballero lo que pudo,  
Se lo llevó dos pasos tropicando;  
Tras él entró, la maza levantando  
Para el segundo golpe, y fué tan crudo,  
Que si lugar el nuestro no le hiciera,  
Muerto á sus pies el indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encajado  
En la albarrada el leño con tal fuerza,  
Que aunque á librallo el dueño dél se esfuerza,  
Tiene primero tiempo el bautizado  
De dalle, habiendo ya con él entrado,  
Sin que el agudo filo se le tuerza,  
Por el siniestro brazo una estocada  
Que le pasó con más de media espada.

Hallóse con el bárbaro tan cerca,  
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,  
Creyendo hacelle entre ellos mil pedazos,  
Doblando su cerviz tan dura y terca;  
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca  
Envueltos en durísimos abrazos,  
Que entrambos en la lucha son maestros,  
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas  
Á fuerza de los vínculos estrechos,  
Y con los pies izquierdos y derechos  
Se valen de trapiés y zancadillas;  
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,  
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,  
Ya laten los ijares, ya garlean  
Y los ardientes pulsos menudean.

Revuélvense por una y otra parte,  
Arando con sus pies la tierra dura,  
Y válese tal vez de fuerza pura,  
Tal vez de su destreza, maña y arte;  
La firme trabazón del baliarte  
Se siente á sus vaivenes mal segura,  
Y toda en torno tanto se estremece,  
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien á despartillos parte sea,  
El uno porque á tanto no se atreve,  
Y el otro porque haciendo lo que debe  
Acude en su lugar á la pelea;  
Demás de que por toda la trinchea  
Tan á menudo flecha y bala llueve  
Por nubes de materia salitrada,  
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,  
Andando cuál encima y cuál debajo,  
El bárbaro de un salto vino abajo  
Dejando al español y á la barrera;  
Y no cayó á la parte de hacia fuera  
Para que se librara del trabajo,  
Sino en la plaza, en medio de enemigos  
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrójase tras él de la muralla  
El presto don Felipe de Hurtado,  
Ganoso de acabar lo comenzado  
Y de ganar al indio la batalla;  
Mas él que en tales términos se halla,  
Bramando más que el toro agarrochado,  
Espumajoso y fiero en el semblante,  
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza á un indio la macana,  
Y á la primera vez que la voltea  
Hace subir más gente á la trinchea

De la que se le queda en tierra llana:  
En esto la batida barbacana,  
Vuelta de cana en roja, bermejea,  
Y á más andar por una y otra parte  
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el indio flechas en la plaza;  
Graniza sobre el fuerte piedra dura;  
Ya dellas la formada nube oscura  
Al claro cielo encubre y embaraza;  
Ya el dardo arrojadizo desembraza,  
Rompiendo la región sutil y pura;  
Ya calla el mar furioso y bravas ondas  
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el español, á fuerza de tronidos,  
Hace temblar el monte y la trinchea;  
Ya el seco polvorín relampaguea,  
Ya se disparan rayos encendidos;  
Ya el cielo y aire están escurecidos;  
Ya no hay debajo dellos qué se vea,  
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,  
La temerosa imagen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba  
Venir la tempestad impetuosa,  
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,  
Con desigual horror y furia brava;  
La cual al cielo, que antes raso estaba,  
Viste de negra nube procelosa,  
Que despidiendo lanzas á la tierra,  
Maltrata el prado, monte, valle y sierra;

Quando se ven el mar, el aire, el cielo,  
Armados del rigor que están lanzando,  
Y la rasgada nube retronando  
Escupe fuego vivo contra el suelo;  
El pájaro en su nido eriza el pelo,  
Y todo se acorruca tiritando;

Debajo de sus madres los cabritos  
Están temblando mudos y marchitos;

Ó como suelen dos discordes vientos  
Iguales en las fuerzas encontrarse,  
Y en una opaca selva contrastarse  
Con encontrados soplos turbulentos,  
Haciendo que á sus ímpetus violentos,  
Unos con otros vengan á trabarse  
Los árboles del bosque entretrejido,  
Formando fragosísimo rúido:

Así las huestes bárbara y cristiana,  
Dado que desiguales tanto sean,  
Es tanta la igualdad con que pelean  
Que aun no se pierde tanto ni se gana;  
Aunque con mano todos inhumana  
Así los duros golpes menudean,  
Que van atropellando los postreros,  
Por priesa que se dan, á los primeros.

En medio del estruendo y batería,  
Enhiesto sobre el muro, entre su gente  
Parece aquel magnánimo y valiente,  
Aquel insigne joven don García;  
Cual suele parecer al mediodía  
Á vueltas de agua un sol resplandeciente,  
Ó como cuando el cielo está nublado  
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera  
Un blanco y limpio arnés de temple fino,  
Y por de dentro al alma un diamantino  
Que al ímpetu de un monte resistiera;  
Brotaba por su rostro y la cimera  
Más luz que el sol en medio su camino,  
Bastante á que mirándole de frente  
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba  
Con suma perfección y gracia puesto,  
Y el aguileño, rojo y blanco gesto  
Envuelto en fina púrpura mostraba;  
Ninguno de los suyos le miraba  
Por mínimo que fuera, que con esto  
No concibiese un ánimo terrible  
Para poner el pecho á lo imposible.

Al fuerte corazón el fuerte escudo  
Como á seguro arrimo está arrimado,  
Y á la derecha mano encomendado  
El blanco, ya bermejo, filo agudo;  
Que por su cuerpo el bárbaro desnudo  
Á su pesar mil veces paso ha dado,  
Haciendo de la clara sangre nueva,  
Á costa de la suya, clara prueba.

Solicito por todas partes anda,  
En todo se interpone, á todo atiende,  
Y aunque en furor colérico se enciende,  
Con gran reportación ordena y manda;  
Á quien la mano muestra floja y blanda,  
Con apretar la suya reprehende,  
Y en el que con mayor esfuerzo lidia  
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave  
Anima á su escuadrón en tal estrecho,  
Y sobre el alto dicho pone el hecho,  
Cosa que en un sujeto apenas cabe;  
Y menos cabe en mí que los alabe  
Faltándome la voz, el canto, el pecho,  
Si no me presta el cielo para tanto  
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.



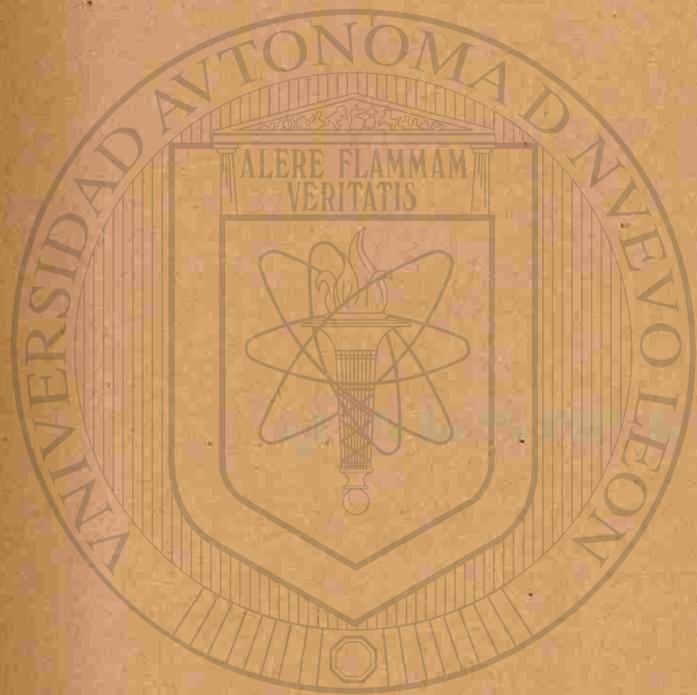
D.ª MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D.<sup>a</sup> MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

CANTO FÚNEBRE

A LA MUERTE DE DON DIEGO PORTALES.

Despierta, musa mía,  
Del profundo letargo en que abismada  
Yaces por el dolor. Musa de duelo,  
Modera tu quebranto,  
Inspiración benigna pide al cielo,  
Y desde esta mansión de luto y llanto  
Anuncia con acento lamentable  
Una desgracia inmensa, irreparable,  
Un crimen sin segundo,  
Ingratitud nefanda  
Que escándalo y horror será del mundo.

Mas ¿cuál sonido penetrante escucho  
Que atormenta el oído y que resuena  
En lo íntimo del alma? La campana  
Es esta de la muerte, y ella hermana  
Sus destemplados lúgubres sonidos  
Con un coro de llantos y gemidos.

Justicia eterna, ¿cómo así permites  
Que triunfe la maldad? ¿Así nos privas

Del tesoro precioso  
En que libró su dicha y su reposo  
La patria, y así tornas ilusoria  
La esperanza halagüeña  
De un porvenir que á Chile prometía  
De poderío, de grandeza y gloria?  
¿Dónde está el genio que antes diera vida  
Á nuestra patria amada? ¡Oh caro nombre  
Que en vano intenta pronunciar el labio  
Mudo por la aficción! Su infeliz suerte,  
Su prematura dolorosa muerte  
No acierto á describir. ¡Ilustre sombra!  
Perdona mi extravío en este canto,  
Empapado mil veces con mi llanto.

¿Qué se hicieron los días venturosos  
Del esplendor chileno?  
El Pacífico en vano su ancho seno  
Franquea á nuestras naves. Los pendones  
Que victoria anunciaban  
Y tantos nobles pechos inflamaban  
Y terror infundieron al tirano  
En su asiento lejano,  
Ya en sangre y polvo envueltos  
Se ven, y de vergüenza, ¡oh Dios! cubiertos.  
Enrojecido el suelo  
Está de sangre fraternal. Despojos  
De víctimas humanas  
Se ven doquier, y cual torrente fiero  
De destrucción la muerte se ha lanzado:  
La obra de iniquidad se ha consumado.

Sí, desencadenada,  
Saliera del averno horrenda furia;  
Oculta con cautela la sangrienta  
Cuchilla á las traiciones avezada,  
La torpe faz velada  
Con apariencias dulces y engañosas,  
Cual sierpe que se oculta entre las rosas,

Ella se arrastra y hasta el alto solio  
Penetra del poder: allí combina  
El plan de maldición. Su envenenado  
Soplo respira sobre mil incautos  
Corazones que, ilusos, extraviados,  
De incomprensible error siguen su huella:  
Los días numerados  
Tiene ya de la víctima inocente;  
Y no hay rasgo alevoso  
Que del crimen odioso  
La magnitud enorme no acreciente.

Tú mueres, ¡oh dolor! La cruda fiera  
Que supo alucinarte con falsías  
No respetó tus días,  
Que tan queridos á la patria fueran.  
¡Qué! ¿El mérito sublime,  
El talento divino,  
Poderosos no fueron á librarte  
De tan injusto y bárbaro destino?  
¿Con qué fatal conjuro el fementido  
Pudo cerrar tu oído  
Al aviso oficioso,  
De la fiel amistad que al lazo oculto  
Tus sagaces miradas convertía?  
¿Cómo su noble celo  
Rasgar no pudo el velo  
Con que las encubrió la alevosía?

Mas ¿qué infernal instigación ofusca  
La mente del traidor? Los beneficios  
Que con tan larga mano le prodigas  
¿No desarman la suya? La brillante  
Carrera que le ofreces á la gloria,  
Á la estima, al poder, á los honores,  
Cual sendero de flores,  
¿No halaga su ambición? ¿Ni aquella noble  
Magnánima segura confianza  
Con que le libras tu preciosa vida,

Un solo sentimiento  
De lealtad á despertar no alcanza?  
Tú, cual el grande Macedón, la copa  
Apuras sin recelo,  
No ya de saludable medicina,  
Sino de activo y pérfido veneno.  
Mas ¡ay! no era posible que en el cieno  
De la maldad, un ser degenerado  
Por tan viles instintos  
De ambición y bajeza,  
Percibiese el exceso de grandeza  
Que encierra un proceder tan delicado.

¿Cómo, oh Dios, el prestigio poderoso  
De la víctima ilustre, el crudo golpe  
No vedó al asesino, como al cimbrío  
La faz aterradora del romano?  
La sacrilega mano  
Quedar debiera al punto yerta y fría,  
Al suelo descendiendo el hierro insano;  
Pero no vió la luz del claro día  
Esta escena de horror; tiniebla obscura  
Sirvió de velo al crimen espantoso.  
Nada en torno se oía: en el silencio  
Que al modo de la calma precursora  
De hórrida tempestad allí reinaba  
Con imperio terrible y pavoroso,  
Sólo un ¡ay! doloroso  
El eco de la selva repetía  
Y entre débiles auras se perdía.

Dime, infeliz Portales, ¿qué sentiste  
Cuando el amargo cáliz de la muerte  
Se presentó á tus ojos por la mano  
De la negra maldad? ¿Di, cuál sufriste  
Más agudo dolor? ¿Fué la injusticia  
De la cadena atroz? ¿La alevosía  
Y baja ingratitud? ¿Fué el pensamiento  
Del hondo precipicio en que sumida

Vías la dulce patria, ó la memoria  
De aquellas prendas á que la Natura  
Con vínculos de amor te había unido?  
Revélalo, amistad ardiente y pura (1),  
Que cual numen de paz y de consuelo  
Descendido del cielo,  
Tu bálsamo suavísimo vertiendo  
En el alma afligida,  
Tocar pudiste la profunda herida.

Inútil fué el denuedo  
Y tanta noble sangre derramada  
Por la leal Milicia en su defensa;  
Ni la preciosa vida  
Del valiente Zaldívar en las aras  
De la patria ofrecida.

Y tú, infeliz Cavada,  
De la fiel amistad ilustre ejemplo,  
¿Por qué mueres también? ¿Cuál fué el delito  
Que provocó la rabia  
Sangrienta de esos lobos carniceros,  
Para cebarse en tu modesta vida?  
Tú sigues á la víctima querida  
Al sacrificio fiero; mas en vano  
Su salvación procuras: el camino  
Del dédalo intrincado  
Por astucia infernal está cerrado.

Mas veo la venganza de los cielos  
Descender al momento,  
Confiada á nuestros bravos, que acometen,  
Y cual llama que acrece el raudo viento,  
Nuevo ardor los inflama  
Á vista de la víctima sangrienta  
Que exánime á sus ojos se presenta.

(1) Esta alusión se dirige al coronel D. Eugenio Necochea, que habiendo sido aprehendido junto con Portales en Quillota, le acompañó hasta la muerte. —(La A.)

Furor, ira, venganza, dolor fiero,  
Llena los hondos pechos; por sus ojos  
Raudal vertiendo de ardoroso llanto,  
Esgrimen denodados el acero,  
Que vibra refulgente cual espada  
Del exterminador: seguid, valientes;  
Purificad un suelo amancillado  
Por tan horrendo crimen: no son hombres,  
Son furias infernales las que cruzan  
Ese campo fatal: corred, guerreros;  
Perseguidlas en todos los senderos,  
Y si huyen á sus hórridas guaridas,  
Ponga el remordimiento,  
Con incesante roedor tormento,  
Fin espantoso á sus infames vidas.

Triunfáis al fin, y la afligida patria  
Tornó de su angustioso parasismo,  
Para sentir, empero, mil dolores  
En el aciago triunfo. Al mismo tiempo  
Que besa agradecida los laureles  
Que el general valiente  
Le consagra con llanto, un ¡ay! doliente  
Se escapa de su seno, penetrado  
De una inmensa aflicción. Un eco triste  
Repite por doquier: «¡Murió Portales!»  
Y todo es miedo, indignación y susto,  
Y todo anuncio de futuros males.

No hay himno de victoria  
En este infausto día, ni otra gloria  
Que llorar y gemir. El pueblo en tanto (1)  
Se avanza á recibir el don funesto  
De la negra traición. La fiel matrona,  
Sorpresa, aterrada,

(1) El pueblo de Valparaiso se adelantó á recibir los cadáveres de los señores Portales, Zaldívar y Cavada. Estos dos últimos quedaron sepultados allí; pero el de Portales, después de embalsamado, fué conducido con grande pompa á la capital, donde se le hicieron honores extraordinarios.—(La A.)

Su morada, sus hijos abandona  
Y se muestra también: vertiendo llanto  
En medio de las calles, las doncellas  
Están de sí olvidadas. Los infantes,  
Fijos los ojos en sus madres tristes,  
Enmudecen de espanto:  
Y el decrepito anciano,  
Que ver tantos horrores no esperaba  
Y en dulce paz tranquilo se gozaba,  
Se enjuga el lloro con la débil mano.

Ardiendo en ira santa,  
La juventud chilena se percibe  
Á vengar el ultraje. No la espanta  
Puñal aterrador; su sangre toda  
Gustosa verterá, si así redime  
El honor ultrajado y el reposo  
De la patria infeliz. El entusiasmo,  
Como fuego del cielo descendido,  
Llena los corazones. Cuál quisiera  
Con atrevida mano  
Derrocar al tirano; cuál, tornando  
Al mártir de la patria sus miradas,  
Ansía seguir su huella esplendorosa,  
Y halla suerte dichosa  
La de morir llorado  
Del pueblo libre, cuya dicha fuera  
De su desvelo el fin..... Pero la patria  
Verá días de gloria..... Noble arrojo  
Será, no vil oprobio y desaliento,  
El fruto del profundo sentimiento  
Con que á Portales llora desolada  
La familia chilena. ¡Sombra amada!  
No te conmuevas en la fría tumba,  
Ni turbe tu reposo  
El pensamiento odioso  
De ver por el tirano envilecida,  
Aherrojada, oprimida,  
Esta patria adorada.

Que merced á tu celo se vió un día  
Á tan excelsa gloria levantada.

Mas oigo ya el estruendo  
Con que el cañón anuncia que se acerca  
El carro funeral. Lucida pompa  
Se mira en torno de él. Los viles hierros  
Que á la inocente víctima ligaron,  
De signo ignominioso  
En timbre de alto honor se ven trocados  
Y en público espectáculo se ostentan,  
No menos gloriosos  
Que á los que al gran Colón apercibieron  
Calumnia atroz y bárbara injusticia.  
El carro en que á la muerte fué llevado  
Por insanos verdugos,  
Aparece en las calles enlutado,  
Y de sorpresa y duelo  
Indefinible sensación produce.  
Ya la amistad con mano fiel conduce,  
La faz en tiernas lágrimas bañada,  
La ceniza preciosa  
Al postrimer asilo. Reverente  
Hondo silencio en torno se difunde,  
Y arrobada la mente se confunde,  
En solo un doloroso pensamiento.  
¿Son estos restos fríos,  
Es esta imagen insensible y muda  
Lo que nos ha quedado de Portales?  
¿Su indeleble memoria,  
Sus acciones legadas á la historia  
Son de hoy en más todo su ser y vida?  
¿Dó está el soplo divino que animaba  
Aquel semblante hermoso? ¿Dó se esconde  
La mente osada, altiva,  
De aspiraciones elevadas llena;  
El alma firme, impávida, serena,  
La mirada sagaz y penetrante,  
La voluntad resuelta, decidida,

El aliento de vida  
Que á todos de su espíritu animaba,  
La pasión generosa y anhelante  
De lo grande y lo justo? La faz yerta  
Carece de expresión. No ven sus ojos,  
Su oído no percibe ya el lamento  
Y amargo sentimiento  
Con que todos contemplan sus despojos.  
¿Dónde estás? ¿Es posible? ¿Te perdimos  
Para siempre jamás? ¿No nos escuchas,  
Y el pueblo idolatrado  
Es nada para ti? ¿Tú mismo en nada  
Te tornas para él? Terror, espanto  
Yerman el corazón y no hay consuelo....  
Empero torno al cielo  
Mis ojos, por el llanto fatigados,  
Y veo allí la religión divina,  
Que con faz de belleza peregrina  
Y descorriendo misterioso velo,  
Me muestra en los alcázares del cielo  
El asilo dichoso,  
Donde libre su espíritu reside  
En sempiterna paz, en almo gozo.  
«No llegan los malvados,  
Me dice, á este lugar, ni su malicia  
Dardos emponzoñados  
Asestar puede aquí con mano aleve;  
Los que están fatigados  
Aquí descansan, y en el blando seno  
Del Hacedor Supremo, no hay cuidados,  
No hay insidias, ni engaños, ni traiciones.  
De las viles pasiones  
El imperio tiránico no alcanza  
Á perturbar el goce inalterable  
De este bien inefable,  
Y su furor inútil aquí expira,  
Cual las olas del mar tempestuoso  
Contra el escollo inmóvil que las mira.

¡Salve, feliz y veneranda sombra!  
¡Salve mil veces! Tu alma generosa,  
Otra morada ocupa más grandiosa  
Y digna de habitarse. El suelo impuro  
Que premia la virtud con cruda muerte  
No mereció, Portales, poseerte.  
Habita esa mansión de luz divina  
Que cobarde traición no contamina;  
Mientras tu cuerpo helado,  
Por la doliente patria custodiado,  
Cual reliquia preciosa,  
Entre los puros ardorosos votos  
De un pueblo agradecido,  
Ante el santuario del Señor reposa.

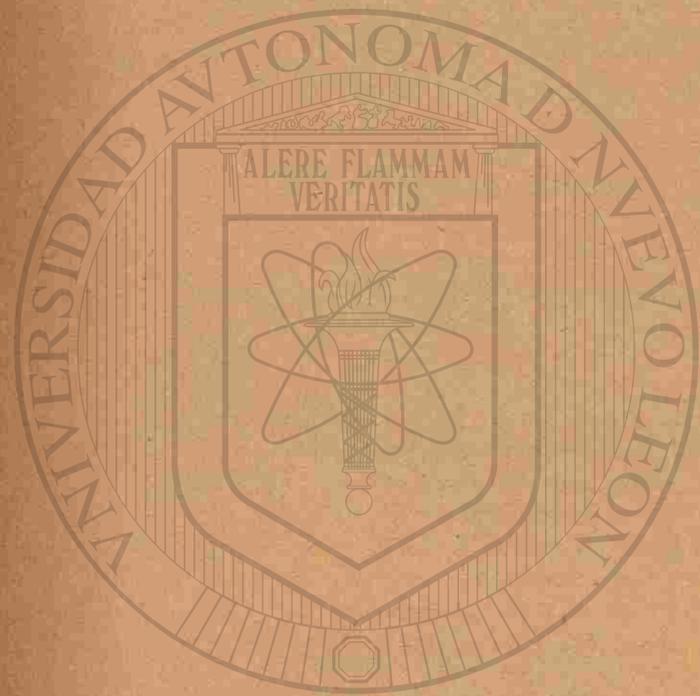
Á LA SEPULTURA

DEL SEÑOR DON MANUEL VICUÑA, PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA  
CHILENA.

*Soneto.*

Yace bajo esta losa muda y fría  
El despojo mortal del Pastor santo,  
Que en vano riega el abundoso llanto  
De su grey solitaria noche y día.  
La tierna Magdalena así gemía  
No encontrando el cadáver sacrosanto  
De Jesús, y tal era su quebranto,  
Que la divina voz desconocía.  
Cumpliósese aquí la ley de la natura:  
Un vacío, un dolor, una memoria,  
Sólo deja al morir la criatura;  
Mas si rauda se eleva hacia la gloria  
El alma eterna, refulgente y pura,  
¿Dónde está de la muerte la victoria?

D. SALVADOR SANFUENTES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. SALVADOR SANFUENTES.

EL CAMPANARIO.

CANTO PRIMERO.

Cuando el siglo diez y ocho promediaba,  
Cierta Marqués vivía en nuestro suelo,  
Que las ideas y usos conservaba  
Que le legó su castellano abuelo;  
Quiero decir que la mitad pasaba  
De su vida pensando en irse al cielo;  
Viejo devoto y de costumbres puras,  
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,  
Que él hubiera mirado cual delito  
El que se hablase de francesas modas,  
Ó á París se alabase de bonito.  
Sobre la filiación de casi todas  
Las familias de Chile era perito,  
Y de cualquier conquistador la historia  
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,  
Aducía argumentos con destreza  
Para hacer verosímil su concepto  
De derivar de reyes su nobleza,  
Nosotros hoy llamáramos inepto

Al hombre que albergase en su cabeza  
De loca vanidad tales vestiglos,  
Mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi Marqués sin mengua  
Alarde hacer de pretensión tan loca,  
Porque él era muy rico, y ¿á qué lengua  
No hace callar tan fuerte tapaboca?  
En vano contra el oro se deslengua  
Un moralista y su valor apoca:  
Lo que yo siempre he visto desde chico  
Es que hace impune cuanto quiere un rico.

En el año una vez sus posesiones  
Visitaba el Marqués por el verano,  
Ejerciendo en sus siervos y peones  
La amplia jurisdicción de un soberano;  
Y luego á los primeros nubarrones  
Que anunciaban el invierno cano,  
Exento de molestias y pesares,  
Tornaba con gran pompa á sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario  
En que sonaban cajas y cohetes,  
Ora una procesión con lujo vario  
De arcos triunfales, música y pebetes,  
De admiración llenaba al vecindario,  
Y daba á las beatas y vejetes  
Para conversación fecundo tema,  
En que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,  
Dormía hasta las ocho este magnate:  
En su oratorio le decían misa,  
Y tomaba después su chocolate.  
La comida á las doce era precisa,  
Y la siesta después, y luego el mate,  
Y tras esto por vía de recreo  
Iba á dar en calesa su paseo.

Á oraciones se vuelve, y si del templo  
Llama á Escuela de Cristo el campanario,  
El Marqués y los suyos dan ejemplo  
De infalible asistencia al vecindario.  
Si no hay distribución, ya le contemplo  
Rezar con la familia su rosario,  
Y luego ir á palacio diligente  
Para hacerle la corte al Presidente.

Á las diez de la noche se despide,  
Sin propasarse un punto de esta hora,  
Y vuelto á su mansión, la cena pide,  
Porque ya el apetito le devora.  
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,  
Donde cabrían bien sus cuatro ahora,  
Y viniéndole el sueño dulce y blando,  
Á los once el Marqués está roncando.

Tenía este dichoso personaje  
Un hijo y una hija; y al primero,  
Por no hacer una injuria á su linaje,  
Sólo de paso describir yo quiero:  
Leía no muy bien: su aprendizaje  
De la escritura fué tan pasajero,  
Que en vez de letras con trabajo hacía  
Garabatos sin ley ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse  
Que aprendiese á Nebrija de muchacho;  
Pero en llegando á *quis vel qui* estancóse,  
Sin poder digerir aquel empacho.  
Al fin un sabio preceptor cansóse,  
Y recibió el alumno su despacho  
Para vivir, cual viven tantos otros,  
Laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios, á los cuales  
Se aficionó bien pronto á tal extremo,  
Que el andar en rodeos de animales

Era su dicha y su placer supremo!  
Con tal educación, con gustos tales,  
Muchos lectores pensarán, yo temo,  
Que cuando Cosme á la ciudad venía,  
En sociedad ridículo sería.

¡Error, solemne error! Desde el momento  
Que el señorito Cosme se mostraba,  
La atención general y el rendimiento  
De su persona en rededor volaba:  
El mismo sexo hermoso ¡qué portento!  
Con su conversación se deleitaba,  
Aunque hablar de otra cosa no le oyera  
Que de pechadas, lazos y carrera.

¡Tanto es lo que valía y lo que vale  
Ser hijo de Marqués! Mas si discurro  
Mucho tiempo sobre esto, el cuento sale  
Muy prolongado y al lector aburro.  
Así, evitando que mi esplín se exhale  
En duras voces, á pintar me escurro  
A la bella Leonor, digna por cierto  
De tener un hermano más despierto.

Á su edad, si la cuenta bien se ajusta,  
Para enterrar diez y ocho poco falta.  
Su estatura es crecida: á mí me gusta  
Como á Lord Byron la mujer que es alta;  
Y no se tache esta opinión de injusta,  
Que en pigmea mujer nunca resalta  
Ese gentil y seductor donaire  
De que habla aquel proverbio: *amor es aire.*

Su delicado talle es tan esbelto  
Que sin duda las Gracias le han formado;  
Breve es su planta, su ademán resuelto,  
Y su seno gracioso y abultado.  
Cuando el negro cabello ondea suelto  
Al rededor del cuello torneado,

Ver en todo su cuerpo me imagino  
La obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color obscuro,  
Pero chispeando de celeste fuego,  
Y su mirada al corazón más duro  
En blanda cera lo convierte luego.  
Mas ¡habré de meterme en el apuro,  
Yo, pobre bardo que á escribir me entrego,  
Cuando ya tantos otros han escrito,  
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si no es henchida,  
En que los signos del talento lucen;  
Boca pequeña y á la vez pulida,  
Donde las perlas y el coral relucen:  
Tanta gracia mil veces repetida,  
Que los poetas sin cansarse aducen  
Para pintar sus bellas heroínas,  
Son, describiendo á mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,  
Y hablemos de su noble entendimiento,  
Que es como fértil planta entre breñales  
Nacida sin cultivo ni fomento;  
Mas su despejo y su vigor son tales,  
Que á tener el más leve pulimento,  
Daría en profusión rico tributo  
De sazonado y exquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato  
Poco servían tan brillantes dotes,  
Y era en las niñas excesivo ornato  
El saber algo más que hacer palotes;  
Cosar, bordar y por la noche un rato  
Leer devotamente unos librotes  
Donde raros prodigios se ingirieran,  
Los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenía letra hermosa,  
Era porque copiaba de contino  
Novenas que su madre religiosa  
Juzgaba flores del amor divino;  
Y siempre que ocurría alguna cosa  
En que importaba el escribir con tino,  
Desde el amo de casa hasta el sirviente  
Hacían de Leonor su confidente.

Un viejo motilón, que era muy diestro  
En tocar en el órgano una misa,  
Y con su canto lúgubre y siniestro  
Causaba á veces á los niños risa,  
Fué de clave y de canto su maestro,  
Y si bien la enseñanza anduvo aprisa,  
De tal manera adelantó la dama,  
Que hizo adquirir al motilón gran fama.

En casa de Leonor no se permite  
Visitar sino á Condes y Marqueses;  
Gente de estado llano no se admite  
Sino por grande precisión á veces.  
El padre confesor hace en desquite  
Más de veinte visitas en dos meses,  
Y siempre su persona gorda y santa  
Á la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,  
Son sus discursos fáciles y amenos,  
Y al mismo tiempo que consejos dicta,  
Cuenta pasajes de chuscadas llenos.  
Y sobre todo su elocuencia invicta  
Parece despedir rayos y truenos,  
Cuando por blanco de su arenga toma  
Á los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa  
Del Marqués, tiene en ella tal imperio,  
Que por precepto incuestionable pasa

Cuanta regla prescribe su criterio;  
Con cuidado especial no se traspasa  
Lo que él decide sobre baile serio,  
Siendo sólo el *minuet* lícita danza,  
E invención infernal la contradanza.

En los días también de alguna fiesta  
Dice que puede haber gran *manducacio*,  
Y mesa de manjares bien repuesta,  
Pero con el licor se ande despacio:  
Que haya un poco de canto, que haya orquesta,  
Mas que se deje suficiente espacio  
Entre ambos sexos, pues la vil lujuria  
Con la proximidad se vuelve furia.

Y á las diez de la noche cada uno  
Se retire á su casa sin desvelo;  
Que el pasar de esta hora es importuno  
Y anuncia planes que reprueba el cielo.  
Yo estoy con este padre: yo me aduno  
Á los consejos de su santo celo,  
Y al ver tal mutación en años pocos,  
Exclamo: « ¡ *Oh tempora corrupta!* ¡ Oh locos!

Vivió Leonor tranquila y satisfecha  
En tan mística vida algunos años,  
Á pesar que ha llegado ya á la fecha  
En que amor suele hacer terribles daños,  
Y en que la niña á la virtud más hecha,  
Por más que la refiera desengaños,  
Empieza á desear con ansia mucha  
Triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando á tal edad, la mujer siente  
Una vaga inquietud; gustosa mira  
De dos palomas el cariño ardiente,  
Y apartando los ojos, ¡ ay! suspira;  
Ama á los niños con ardor vehemente,  
Y su inocencia encantadora admira:

Se vuelve hacia un espejo, y se alborozaba  
Al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va á mirar si está el zapato  
Ajustado á su pie; si el chal es rico:  
Examina el vestido un largo rato,  
Y abre y cierra con gracia el abanico:  
Se hace de crespón pomposo ornato,  
Y ufana se acomoda el sombrerico;  
Y al fin, después de agitación tan viva,  
Viene á quedarse mustia y pensativa.

Mas Leonor no ama aún: no, quien lo crea  
Se engañará por cierto: ella conoce  
De Condes y Marqueses la ralea,  
Pero la encuentra insoportable, atroce;  
Y por más bellos jóvenes que vea  
De una clase inferior, los desconoce,  
É imbuída en las ideas de su rango,  
Cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algún encanto  
Para ser más completa su ventura;  
Mas de advertir cuál sea dista tanto,  
Que se jacta de ser cual bronce dura:  
Viendo tal perfección, lleno de espanto  
Dice su confesor que alma tan pura  
No ha encontrado jamás desde que confiesa,  
Y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso  
Confesaros que pienso de otro modo,  
Y de un sabio francés sigo el aviso,  
Pues que se amolda á mi experiencia en todo.  
Dice, pues, Labruyère en su conciso  
Lenguaje, que á mis versos acomodo,  
Que la mujer que de tibieza charla,  
Aun no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba, con un caso sucedido  
En la ciudad de Esmirna á cierta dama,  
Que niña que hasta tarde no ha querido,  
Cuando llega á querer, de veras ama,  
Y las aguas del ancho mar tendido  
No son bastantes á extinguir su llama.  
¡Ojalá que esta máxima absoluta  
La desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto á ver, porque se acerca  
La hora decisiva de su suerte,  
Y si aun consigue mantenerse terca,  
Ya diré con razón que es mujer fuerte.  
Figúrese el lector que ya está cerca  
El día del Marqués, que de su inerte  
Reposo él sale, y quiere que haya boda (1)  
Á que se invite la nobleza toda.

Brillando como el día los salones  
Me imagino ya ver con los reflejos  
Que despide la luz de los blandones,  
Repetida en finísimos espejos.  
Las techumbres ornadas de florones  
Y portentosos figurones viejos,  
Mas de ricos dorados esmaltadas,  
Se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines  
Las damas de purísimo linaje,  
Con ricos y plegados faldellines  
Y ligeras mantillas por ropaje.  
Los adornos de perlas y rubines,  
El bordado de plata y el encaje  
Con que su lujo y su riqueza ostentan,  
De sus encantos el poder aumentan.

(1) La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier función doméstica. En este sentido se toma aquí. (N. del A.)

Sentado en un macizo taburete,  
Y de grandes señores rodeado,  
Preséntase el Marqués con más copete  
Que si fuera un monarca coronado;  
Parece tener algo que le inquiete,  
Porque ya varias veces ha cortado  
El hilo del discurso de improviso,  
Y se ha puesto á escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo,  
Porque en venir el Presidente tarda,  
Cuya honrosa visita con orgullo,  
Por un aviso anticipado aguarda;  
Y si un leve rumor, cualquier murmullo  
Hierde su oído, que se encuentra en guarda,  
Con dulce sobresalto se detiene  
Creyendo ya que su Excelencia viene.

Últimamente un ruido no engañoso  
De coche y de caballos se percibe:  
«¡El Presidente!» grita sonoro  
Clamor al punto, y el Marqués revive.  
Con los demás señores presuroso  
Se precipita hacia el zaguán, recibe  
En él al noble amigo, y muy ufano  
Le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salón, do en impaciencia viva  
Las señoras esperan su llegada,  
Don Antonio Gonzaga y comitiva  
Hacen con pompa y majestad su entrada.  
Era el tal don Antonio de atractiva  
Presencia y de estatura algo elevada,  
Cortés, afable, y amador de gloria,  
Según lo pinta la chilena historia.

Pero á pesar de ser tan halagüeño  
Y popular su trato, bien se observa  
En cierto aire sombrío de su ceño

Que un mal oculto su interior reserva:  
El ver frustrado el favorito empeño  
De hacer vivir en pueblos la caterva  
De indomables indígenas, le causa  
Dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto  
Bordado de oro el personaje tiene,  
Sobre cuyas labores con encanto  
La vista de las damas se detiene.  
En pos de él, aunque no con lujo tanto,  
Lucida escolta de oficiales viene,  
Jóvenes, viejos y de edad mediana,  
Que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, á quien parece  
Un cariño especial tener Gonzaga,  
Joven gallardo, que en su aspecto ofrece  
Cuanto el capricho mujeril halaga:  
El valor en sus ojos resplandece  
Si corre el campo de la lid aciaga,  
Mas si á un estrado por ventura asoma  
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello  
Que cubre su cabeza en leve rizo,  
De extrema agilidad su cuerpo bello,  
Y su conversación llena de hechizo.  
Un clásico poeta, al conocello,  
Diría pronto que el Amor lo hizo,  
Á fin de que las damas insensibles  
Aprendiesen á ser más accesibles.

Tal fué el joven á quien el Presidente,  
Luego que se sentó, llamó á su lado;  
Y al Marqués, que le asiste diligente,  
Presenta el oficial afortunado,  
Diciendo: «Amigo mío, este valiente  
»Joven, que siempre como á hijo he amado,

»Es el ilustre capitán Eulogio,  
»De quien os hablé mil veces con elogio.

»Es el que me ha sacado del barranco  
»En que he estado metido sin remedio,  
»Y derrotando al fiero *Curianco*,  
»Libró á *Cabrito* de su duro asedio.  
»En vano de mil tiros se hizo el blanco,  
»Rompiendo con sus bravos por el medio  
»Del ejército infiel que á Angol cercaba,  
»Pues su próspera suerte le guardaba

»Para honor de su patria. Bien merece  
»Que le titule salvador la España.  
»¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece  
»Á nuestra imitación tan noble hazaña!»  
Así dice Gonzaga, y se entenece,  
Ocasinando admiración extraña,  
Con su tierno discurso laudatorio,  
Á todo el nobilísimo auditorio.

La vista general clavóse al punto  
En el joven así favorecido,  
Y todos alabaron el conjunto  
De las prendas que Dios le ha concedido.  
Mas Eulogio entre tanto era el trasunto  
De un hombre que se encuentra confundido,  
Y no hallando expresión que satisfaga,  
Con cortesías respondió á Gonzaga.

También le hizo el Marqués gran agasajo,  
Aunque fué más forzado que sincero,  
Porque al momento á su memoria trajo  
Que Eulogio no era un noble caballero;  
Y aunque es verdad que en su linaje bajo  
Se podía citar más de un guerrero  
Que se cubriera de esplendente gloria,  
Esta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzón modesto  
Por la falsa afección que le mostraba,  
Y de aquel sitio retiróse presto,  
Porque en completo aturdimiento estaba.  
Pero ya Leonor, ¡trance funesto!,  
No sé qué cosa en su interior notaba,  
Que daba á sus ideas raro giro;  
Ello es que sin querer lanzó un suspiro.

Y á una amiga de su íntima confianza  
Que allí se hallaba, con misterio dijo:  
«Lástima es que ese joven de esperanza  
»No sea de ascendientes nobles hijo.»  
Que la respuesta fué maligna chanza,  
Esto cualquiera lo tendrá por fijo,  
Y con sorpresa tal llena de susto,  
Hizo Leonor un gesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,  
En el cual varias veces mi heroína  
Llenó al concurso de agradable encanto  
Con los gorjeos de su voz divina;  
Pero nada le atrajo aplauso tanto,  
Y nada ejecutó con voz tan fina,  
Con tan propia expresión, cual la cantata  
Que aquí voy á copiar y la retrata:

«Corren mis días en perfecta calma:  
No halla el camino de mi pecho amor,  
Y de sus tiros, victoriosa el alma,  
Burla el rigor.

No, no se han hecho para mí sus penas,  
Libre me veo entre cautivas mil,  
No quiero que arda por mis puras venas  
Fuego tan vil.

Dicen que suele ocasionar mil bienes;  
Que amor es fuente de inmortal placer;

Yo de laurel coronaré mis sienes,  
Libre he de ser.

Una pastora conocí que amaba  
A un pastorcillo con extremo ardor,  
Y á la inocente el seductor juraba  
Sincero amor.

Mas ¡ay! que pronto la olvidó triunfante,  
Viéndola frío ante sus pies gemir,  
Y otro consuelo no quedó á la amante  
Que el de morir.

La triste suerte de esa fiel pastora  
Siempre grabada en mi memoria está,  
Siempre del lazo de pasión traidora  
Me salvará.

Y como el ave que la red burlando,  
Que la tendiera cazador cruel,  
Vuela, su dulce libertad cantando,  
Por el verjel;

Yo, que orgullosa de desprecios huyo;  
Yo, que no quiero de dolor morir,  
Siempre ¡oh amor! del cautiverio tuyo  
Me he de eximir.»

No bien su canto terminó Leonora  
Entre aplauso sonoro y repetido,  
Cuando exclamó Gonzaga: «Pues ahora  
Una guitarra para Eulogio pido.  
No sólo la Natura bienhechora  
La prenda del valor le ha concedido;  
Que mostrándole pródiga su afecto  
Le ha formado también galán perfecto.

«¡Vamos, Eulogio, vamos! Tus canciones  
»Distrajeron mil veces mis fatigas,

»Cuando en pos de contrarios escuadrones  
»Corriamos las tierras enemigas.  
»Osténtanos, pues, hoy tus perfecciones,  
»Y que el digno Marqués y las amigas  
»Nobles y bellas que á su fiesta asisten,  
»De tus talentos á juzgar se alisten.»

Y á tal invitación, de rubor lleno,  
El mancebo gentil quiso excusarse;  
Pero ningún pretexto se halló bueno  
Y le fué necesario resignarse.  
Al dulce son del instrumento ameno  
Deja al fin estos versos escucharse,  
Que, según malas lenguas refirieron,  
Para aquel caso improvisados fueron.

Laura hermosa, cual la estrella  
Que precede á la mañana,  
Vive sola y muy ufana  
Con su dulce libertad.

Amadores mil por ella  
Largo tiempo han suspirado;  
Pero ya se han ausentado,  
Maldiciendo su impiedad.

Con afecto más sincero  
Á sus pies llega otro amante,  
Y así pinta sollozante  
Á Laura su padecer:

«Influjo del hado fiero  
Me fuerza á amarte, bien mío,  
Ni pendió de mi albedrío  
El dejarte de querer.

»Sé que otros te han ofrecido  
Títulos, honor, riqueza;

Sé también que tu belleza  
Sus presentes despreció.

» En hora fatal nacido,  
Sin fortuna y sin honores,  
Para obtener tus favores  
¿Qué puedo ofrecerte yo?

» Sólo un corazón poseo  
Que te adora apasionado,  
Y únicamente á tu lado  
La vida podrá sufrir.

» Complacerte es su deseo,  
Y como por ti respira,  
Si compasión no te inspira,  
Su sólo anhelo es morir.

» Á ti dictar mi sentencia,  
Vida mía, corresponde.»  
Laura entonces le responde:  
«La libertad es mi bien.

Ni me engaña tu apariencia,  
Que otros morir me han jurado,  
Pero ya me han olvidado;  
Tú me olvidarás también.»

Desprecio tan riguroso  
Sufrir no pudo el amante,  
Y ante Laura al mismo instante  
De sentimiento expiró.

«¡Vive para ser mi esposo!»  
Clamó Laura arrepentida;  
Pero el cuerpo, ya sin vida,  
Sus palabras no escuchó.

El que vagando en una fértil vega  
Á orillas de un arroyo entre el carrizo,  
Oye al nevado cisne que despliega  
De su voz melodiosa el suave hechizo,  
Nunca á sentir las impresiones llega  
Con que á Leonor enternecerse hizo  
En delicioso inexprimible encanto  
Del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algún sueño  
De los que habían su niñez mecido,  
Aquel acento dulce y halagüeño  
Escuchado por ella había sido,  
Que la llamaba: *mi querido dueño*,  
Y se quejaba triste y dolorido  
De la frialdad é indiferencia dura  
Con que pagaba su mortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante  
Su mente absorbe, y en estatua muda  
La deja convertida, al mismo instante  
Que un palmoteo al capitán saluda.  
La amiga, que la observa vigilante,  
Le dice: «Hola, Leonor, ¿qué es lo que anuda  
» Al presente tu voz? ¿No te entusiasma  
» Esa linda canción que á todos pasma?»

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo  
Débil enfermo que el causón padece,  
Responde la doncella: «El trance amargo  
» Del desdichado amante me enternecé!»  
La amiga sonrióse, y aunque largo  
Espacio á nuevas chanzas se le ofrece,  
Esta vez prefirió dejar que libre  
El fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,  
Y al oficial tomando de la mano,  
Le llevó hacia Leonor, y con atento

Ademán y lenguaje cortesano,  
» Señorita, le dice, mucho siento  
» No verme ya tan ágil y lozano  
» Como en los días de mi edad primera,  
» Pues danzar un *minué* con vos quisiera.

» Mas como impropio de mi edad reputo  
» Ofrecerme yo á vos por compañero,  
» Os presento en Eulogio un sustituto,  
» Que vos gustosa aceptaréis espero.»  
La joven, sin tardarse ni un minuto,  
Se levanta con rostro plentero,  
Y siguiendo al mancebo afortunado,  
Se halló bien pronto en medio del estrado.

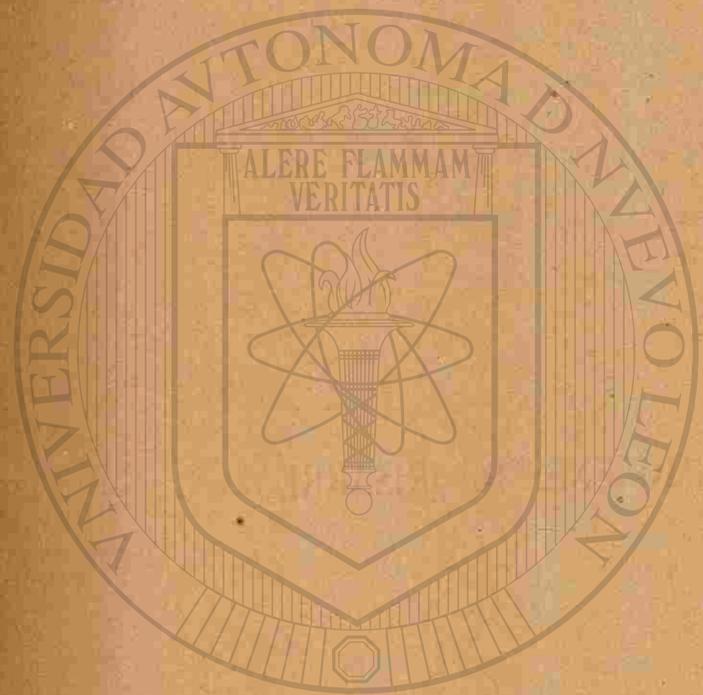
La música sonó: los dos danzantes,  
Enlazadas las manos avanzaron,  
Y luego en movimientos elegantes,  
Y graciosas posturas se apartaron.  
Sus ojos expresivos y brillantes  
Diversas veces con temor se hallaron,  
Y el carmín de sus rostros encendiése  
Y aun en sus pasos turbación notóse.

Mas Leonor en su gracia majestuosa  
Y aéreos ademanes parecía  
Aparición celeste y luminosa  
Que en sueños suele ver la fantasía.  
Una respiración algo anhelosa  
En su agitado seno se veía,  
Y cierta languidez que cunde en ella  
Le hace mostrarse cada vez más bella.

Y cuando, á fin de terminar, volvieron  
Los dos con leves pasos á acercarse,  
Y sus dos manos en unión sintieron,  
Y sus pies mutuamente aproximarse,  
Sin duda en aquel punto conocieron  
Que si merece la existencia amarse,

Es sólo por saber cuáles arcanos  
El amor les descubre á los humanos.

Nunca había bailado con más gusto  
Mi heroína un *minué*, ni hubo quien fuese  
Con la bella pareja tan injusto,  
Que aplausos repetidos no le diese:  
Sólo el Marqués sufrió con ceño adusto  
Que un compañero tal su hija tuviese;  
Mas su enojo no osó salir al labio;  
Que ofender al amigo temió sabio.



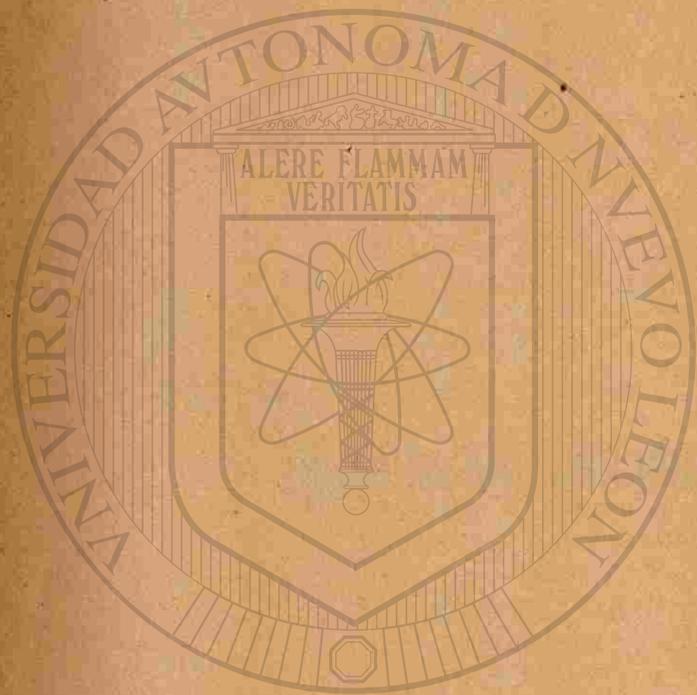
D. HERMÓGENES DE IRISARRI.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. HERMÓGENES DE IRISARRI.

LA MUJER ADÚLTERA (1).

I.

« Con mirra y con alóes  
Perfumé cuidadosa el lecho mío ;  
El nardo y cinamomo  
Mis alfombras sahumaron del Egipto :  
Galana entre oro y piedras  
Luzca mi frente ante tu vista el brillo.  
¡ Oh, ven, pues, á embriagarme,  
Caro mío, de amor en los deliquios,  
Hasta que dé la hora  
En que el día nos llame al sacrificio.  
Hoy, que el esposo se halla  
Lejos de la ciudad y su recinto,  
Ven, en nocturna vela,  
Á ser felice, como yo contigo. » —  
De una azotea arriba  
Así se oyó sonar, y entre el sombrío  
Ramaje de naranjos  
La voz de una mujer que abre un postigo  
Y á su amante da entrada,  
Y lo cierra tras ambos de improviso,

(1) Imitación de Alfredo de Vigny.

La secreta poniendo,  
Que la puerta guardaba, en el pestillo.  
Y luego estas palabras  
Del amante y la bella enardecidos,  
En la estancia se oyeron,  
Vibrando el artesón de cedro rico:  
«¡Al fin vengo á abrasarme  
En los rayos del sol de ojos tan lindos!  
¿Por ventura es más bello  
Que tu frente, en el valle, el fresco lirio?  
¿Y más que el de tus labios,  
De la rosa el perfume es exquisito?  
Como blando tu acento,  
Son suaves, oh hermosa, tus cariños....  
¡Ah, pronto, desanuda  
Tu importuno collar, tus atavíos!  
No; deja que mi mano  
Pueda enjugar lo que el ambiente quiso  
Llorar en tus cabellos  
De su celoso y húmedo rocío.  
—Por culpa mía sólo  
La noche heló tu frente, ¡oh mi querido!  
—Pero mi pecho en llamas  
Sólo alienta de amor al albedrío;  
¡Mi bella entre las bellas,  
Cuando estoy junto á ti, me regocijo!  
¿Qué importa de las noches  
Exponerme por ti á coger el frío,  
Si el fruto de la palma  
Del amor no se coge sin peligros,  
Si ese fruto lo tengo,  
Si ya lo va á gustar el labio mío?  
—Sí.... mas ¿qué pasos oigo?....  
Y á estas horas, así ¿quién da ese grito?  
—Es que á oración convoca  
Un hijo de Aarón al pueblo pío....  
¿Por qué te empalideces?  
Deja, deja una vez que al fuego vivo  
Del ardoroso beso

Nuestros amores sean consumidos;  
De ti solo se pagan;  
Ahuyente tu temor y tu desvío,  
Y á toda negativa  
Selle por siempre el labio purpurino! »  
Y no se oyó ya nada;  
Y la nocturna lámpara, su tibio  
Resplandor consumiendo,  
Por sí sola á la fin perdió su brillo.

II.

Era la hora en que el sol por el Oriente  
Sus rayos enviaba á la campaña,  
Á los verdes olivos lustre dando  
En la Santa Montaña;  
Era la hora apacible en que atraviesa  
El camello el desierto,  
Sobre el giboso lomo soportando  
La carga tributaria,  
De polvo todo y de sudor cubierto;  
Era la hora en que el pastor que ha visto  
La última estrella en el azul perderse,  
Á la puerta se para de su tienda,  
La blanca tela que la cierra alzando,  
Á los suyos llamando  
Á entonar el cantar que ha de ofrecerse  
Al padre de la luz que un nuevo día,  
Con nuevo sol, al universo envía.  
Y el satisfecho seductor su crimen  
Al secreto entregando,  
Del placer ya enojoso se desvía,  
El placer y la víctima olvidando.

Ella se queda sola allí y se sienta,  
Y en su pálida frente se trasunta  
El rubor que acrecienta

Del fiero torcedor la aguda punta ;  
Fijar quisiera aquella noche triste  
Que su cómplice ha sido,  
Y que una sola fuera  
Con su mal, y esa aurora  
La última también y la primera.  
Su falta y el lugar contempla ahora,  
Se asombra de sí misma y de Dios duda ;  
Inmóvil, yerta, muda,  
Las manos junta, entrambos ojos clava  
En la secreta puerta,  
Y á no ser por el llanto  
Que señal de la vida en ella daba,  
Ser dijérase allí que estaba muerta.  
Tal vió Sodoma á la mujer incauta  
A quien Dios castigó cuando, soltando  
Á su cólera el freno,  
Y á dos pueblos malditos abrasando,  
Sus palacios sumerge  
De un pestífero lago en hondo seno.  
Desoye la infelice  
El celeste mandato :  
Tal vez quiere mirar por vez postrera  
El sitio donde vió la luz primera  
Y en donde fué felice,  
Ó la ambición su espíritu alentando,  
Curiosa intenta levantar el velo  
Del secreto de muerte ;  
Pero sus pies se clavan en el suelo,  
En estatua de sal se la convierte,  
Y el justo que á Segor se encaminaba,  
Pensaba que sentía  
Los pasos que tras él ya nadie daba.

No se ve de otra suerte  
La frente helada de la infiel judía.  
Mas ¿ quién es ese niño  
Que á su lado aparece ?  
Porque mira llorar, él también llora ;

Con tímido ademán el beso implora  
Que todas las mañanas se le ofrece,  
Y con incierta planta  
Receloso á su madre se adelanta ;  
Y de su madre al fin, sereno un tanto,  
Las mejillas besó que inunda el llanto.  
¡ Cuán dulces son sus besos !  
Devolverlos intenta ;  
Mas su esposo la espanta  
Y á sus ojos en su hijo se presenta.  
Delante de ese lecho,  
Esas paredes y ese sacro techo,  
De su secreto conyugal testigos  
Y su amor criminal, se aterroriza ;  
El maternal amor la ruboriza ;  
Y en esa alcoba austera  
Donde su hijo á besarla la provoca,  
Ella manchar creyera  
Los puros labios con su impura boca.  
Quiso hablar, y su voz formó sonidos  
Que murieron apena articulados ;  
Acentos sofocados  
Se escucharon también é indefinidos,  
Y del fondo del alma adolorida  
Pareció que arrancaba, á pesar suyo,  
El último suspiro de la vida.  
Aparta el hijo de su lado entonces,  
Que tanto al corazón en sobresalto  
La vergüenza ha tomado por asalto ;  
Abrir quiere la puerta,  
Y al rechinar los gonces  
En el umbral se tumba ;  
No de otro modo, el pedestal faltando,  
La estatua alabastrina se derrumba.

III.

En ese mismo día,  
En la ciudad su entrada hizo un viajero

Que volvía de Tiro.  
Testimonio de que era hombre opulento  
Sus caballos lo daban,  
Su comitiva toda y sus arreos.  
El onagro listado  
Y el indolente y sufridor camello  
Que al conductor se esquivaba,  
Tras él guía marchaban delantero,  
Á lomo sustentando  
De la carga preciada el grave peso;  
Y doce servidores  
Que á su señor también iban siguiendo,  
Las ricas sederías  
Llevando en hombros y encorvando el cuerpo,  
Y se decía el amo:  
«No hay dudar que mi Séfora en acecho  
Al horizonte pido  
Y el polvo que apetece su deseo,  
Y tal vez llora y clama:  
«¡ Ay, que aun está de la ciudad muy lejos,  
Y el sol se ha levantado,  
Y el camino de Tiro está desierto! »  
Sorprenderse la miro  
Cuando anhelosa sálgame al encuentro;  
Y le diré yo entonces:  
« Regocíjate, oh bella; todos esos  
Alfombrados, ese ámbar,  
Esa seda, esa púrpura, mi afecto  
Te hace obsequio de todo;  
Y aquí les traigo, de bruñido acero,  
Á tus ojos divinos,  
El que tú ambicionabas claro espejo. »  
Y en las tortuosas calles  
De la Santa Sión, así diciendo,  
De una en otra pasando,  
Se le perdió de vista en un momento

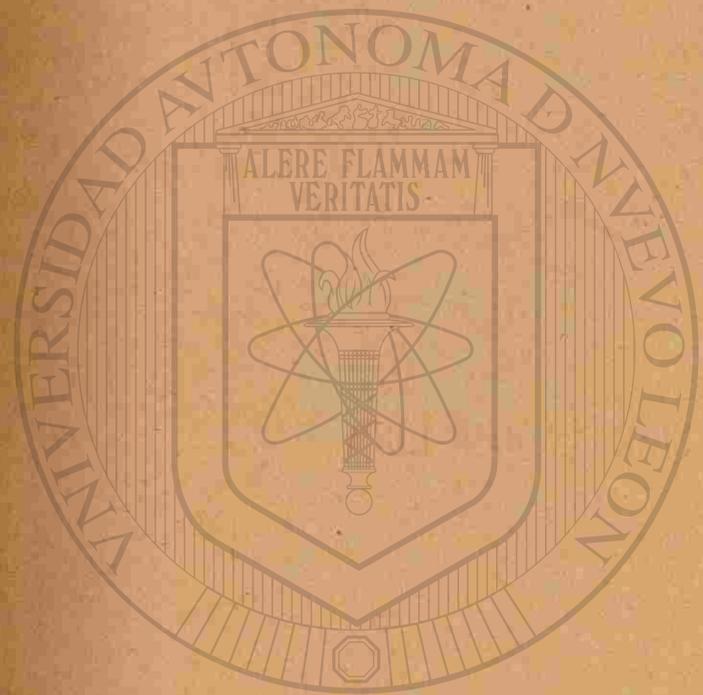
IV.

Y era día de fiesta, y en el templo  
El pueblo rumoroso se agolpaba;  
Los niños, los ancianos, las mujeres  
Que, en contrición y llanto sumergidas,  
Buscaban decididas  
Remedio para el mal que las labraba.  
El ciego que gritaba,  
Y el torpe cojo que correr quería,  
Y el asco de la tierra,  
El impuro leproso,  
Cada uno refería  
De su cura el milagro portentoso,  
Á los pies del Señor de tierra y cielo  
La turba prosternándose en el suelo.  
El que ha nacido entre el dolor y penas,  
Rey de la pobre gente,  
Milagros prodigaba,  
Derramando el consuelo á manos llenas;  
De sus labios manaba  
De oráculos eternos una fuente;  
La carga de la vida compartía  
Con todo el que sufría;  
Igualábase al pobre en la pobreza,  
Saliéndole al encuentro su grandeza.  
Y algunos hombres rudos,  
De humilde nacimiento,  
Pero en su escuela divinal formados,  
Pero llenos del mismo sentimiento,  
Lo seguían callados  
Contemplando la luz que despedía  
La célica aureola  
Que su testa sagrada circuía.

De súbito aparece,  
Arrebatada entre tropel furioso,

Por el pelo cogida,  
Manchada una mujer de sangre y lodo;  
Al cielo levantaba  
Sus azorados y brillantes ojos;  
Los brazos no, que atados  
Los tenía á la espalda por los codos.  
Ante el Hijo del Hombre  
Es conducida; les escribas torvos,  
Imaginando insultos,  
Y engolfados en mares de sus odios,  
Reunidos se adelantan,  
La presentan, y uno habla de este modo:  
«Decidnos, ¡oh Maestro!  
¿Qué pensáis vos de ese pecado odioso?  
Sorprendida y culpable  
Esta adúltera ha sido entre nosotros,  
De Moisés en las leyes  
¿Qué halláis contra ella?» Y la afrontaban todos,  
Y la infel desposada  
Su espantado mirar giraba en torno,  
Como buscando alguno  
Que en trance tal sirviérale de apoyo.  
Y con piedras en mano,  
Ensañando á las turbas el encono,  
Su fiesta de ella hacían  
Y estos gritos se daban unos y otros:  
«¡Ah, que apedreada sea  
La adúltera mujer: ya el alevoso  
Seductor está muerto!»  
Y lloró la infeliz. Pero de pronto:  
«La primer piedra tire  
Quien se halle sin pecado entre vosotros»,  
Dijo Jesús; y á un lado  
Á colocarse fué, volviendo el rostro.  
El inconstante pueblo  
Comenzó á serenarse poco á poco;  
Y al fin apaciguado,  
Dejó de ser como era numeroso;  
Al tiempo que el Maestro,

Inclinándose á tierra, hizo en el polvo,  
En idioma ignorado,  
Caracteres que un dedo misterioso  
En la mansión celeste  
Retrazó de los Ángeles Custodios....  
Jesús, al levantarse,  
Miraba á su alrededor, y estaba solo.

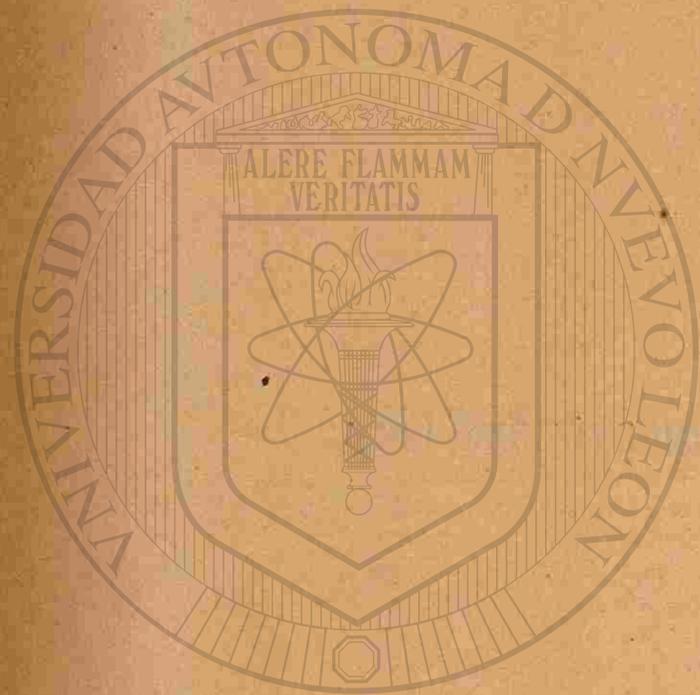


D. MARTÍN JOSÉ LIRA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



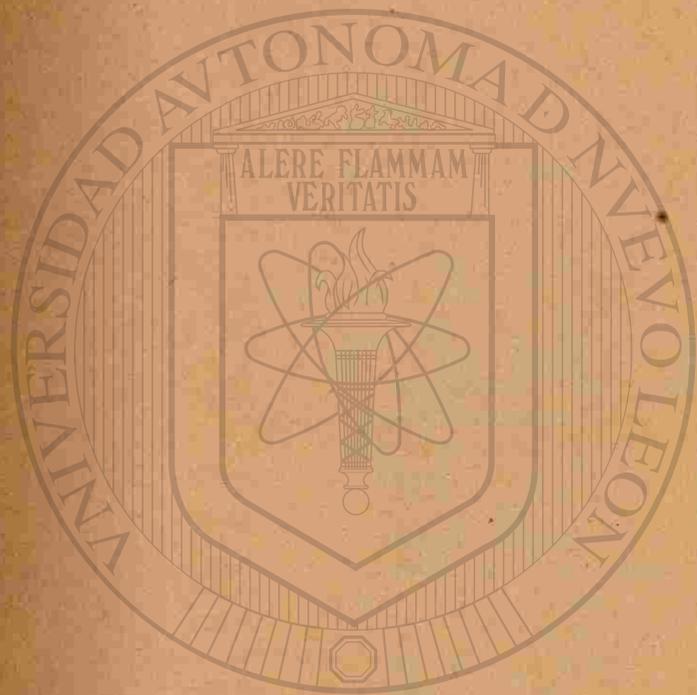
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. MARTÍN JOSÉ LIRA.

CAÍDA DEL SOL EN EL MAR.

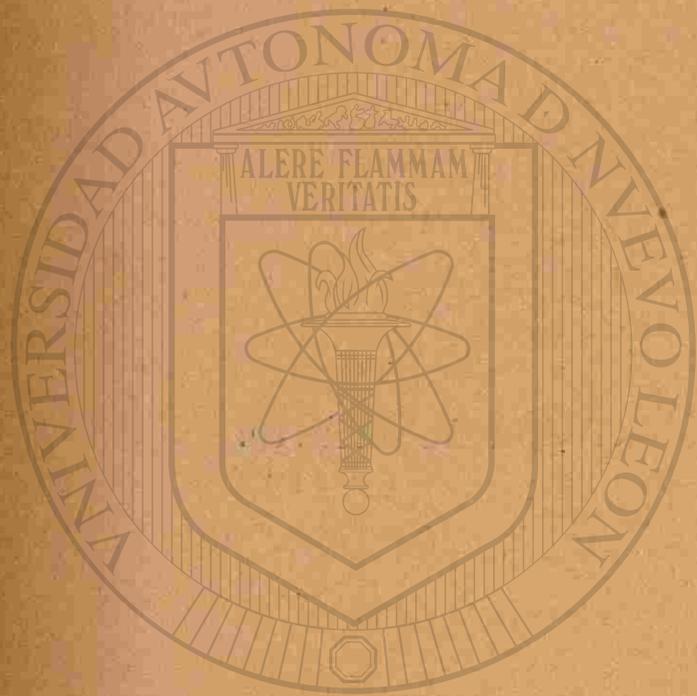
—¡El baño, el baño!—la postrera hora  
Del día, exclama con solemne acento:  
—Su delicioso aroma esparza el viento,  
De la urna inmensa, en la onda bullidora.—  
Ya va de un punto á otro voladora,  
Tapizando de grana el firmamento,  
Tienda formando al frígido elemento,  
Do el sol temple el ardor que le devora.  
Ya el gigante desciende; ya su canto  
Entona la sirena misteriosa;  
Ya se echa en brazos de las olas bellas.  
Rápidas éstas, tiéndenle su manto;  
Pues fingiendo mirada perezosa,  
¡Su desnudez atisban las estrellas!



D. DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

ODA AL AMOR.

¡Oh Amor! ¡tú que gobiernas  
El sentimiento humano ;  
Que ensalzas ó prosternas  
Con invencible mano  
El inmortal espíritu  
Que anima nuestro ser !  
¡Deidad cuyos santuarios  
Tiernas ofrendas llenan,  
Y nunca solitarios,  
Con ecos mil resuenan  
De jubilosos cánticos  
Que aclaman tu poder!

Jamás tu santo nombre  
Juró mi labio en vano,  
Ni de tu ley, al hombre  
Impenetrable arcano,  
Mofé en impía sátira,  
Ó en chiste baladí:  
Tu alto misterio adoro,  
Tu omnipotencia siento,  
Y hoy que á mi musa imploro  
Nuevo favor y aliento,

¡Á ti de mi fiel cítara  
El primer canto, á ti!

Al rey de la colina  
Y á la del prado diosa,  
Á la orgullosa encina  
Y la purpúrea rosa  
La luz del sol vivifica  
Dió pródigo el Señor;  
Y á el alma humana, germen  
De simpatía y ciencia,  
En cuyo sueño duermen  
Verdad, bien y creencia,  
Le dió tu luz purísima,  
Tu luz fecunda, Amor!

¡Ay de la pobre planta  
Que el sol nunca ha mirado,  
Y pálida levanta  
En medio del nublado  
Su estéril rama, huérfana  
De aromas y de flor!  
¡Ay del mortal que un rayo  
De amor jamás ha herido,  
Y en lánguido desmayo  
Su corazón sumido,  
Se agita en una atmósfera  
Sin luz y sin calor!

¡Oh, cuán de otra manera  
Si, Amor, tu lumbré viertes  
Del alma en alta esfera,  
Y fúlgido conviertes  
La infancia y su crepúsculo  
En alba y juventud!  
El silencioso velo  
Se ve caer, las nieblas  
Disípanse, y el cielo  
De mil celajes pueblas

Rosados, blancos, diáfanos,  
De casta beatitud.

Al recibir tu aliento,  
Del hombre la conciencia  
Despierta al sentimiento,  
Y efuvios de alma esencia  
En expansión magnífica  
Exhala el corazón:  
Á tu calor respira  
Perfume la ternura,  
Inspiración la lira,  
Fulgores la hermosura,  
La ciencia fe y espíritu,  
El arte creación.

Tú irradias, y en el mundo  
Del alma es primavera:  
El germinar fecundo  
Bullir se oye doquiera;  
Gloriosas metamorfosis  
Contémplanse doquier;  
La voz, la risa en notas  
Transfórmanse y en canto,  
En tembladoras gotas  
De albo rocío el llanto,  
En mariposa nítida  
La oruga del placer.

Tu luz á nuestra mente  
Explica todo arcano;  
El idioma rugiente  
Del tímido Oceano,  
Los himnos del empíreo  
De bendición y paz.  
Del viento los gemidos,  
La queja de las brisas,  
La lengua de los nidos,  
Del bosque las sonrisas,

Las codiciadas lágrimas  
De la aurora fugaz.

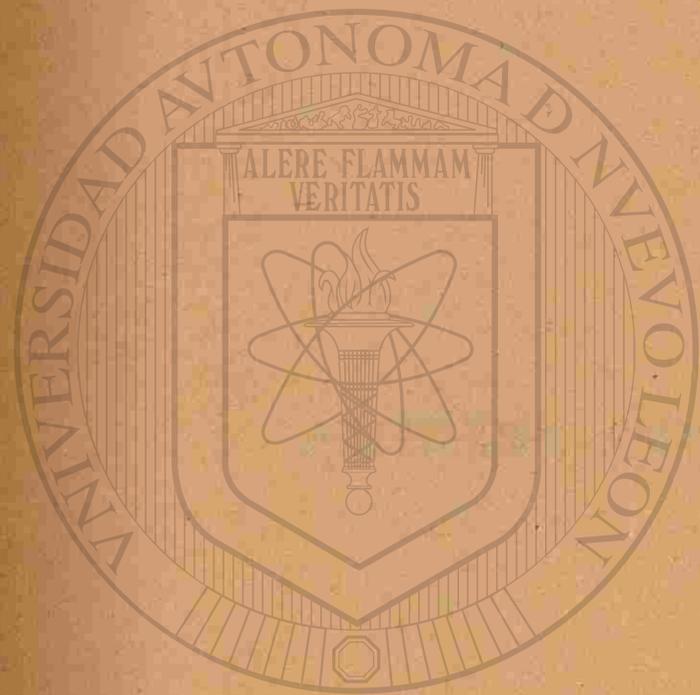
¡Deidad augusta y pura,  
Antorcha de la vida  
Que con mortal presura  
Transmite á la partida,  
Á sus hermanos pósteros  
Cada generación!  
En vano á tu ara insulto  
Arroja el sensualismo  
En su grosero culto,  
Ó estéril ascetismo  
Á tu poder sin límites  
Disputa el corazón.

¡Tú no eres, no, la suave  
Voz de sirena odiosa,  
El banco en que la nave  
Encalla impetuosa,  
La pérfida luciérnaga  
Engaña al viajador!  
¡Tú eres la voz que un día  
Pablo oye en su camino,  
La estrella que nos guía  
Con resplandor divino  
Á las celestes márgenes  
Do reina el Creador!

REPÚBLICA ARGENTINA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



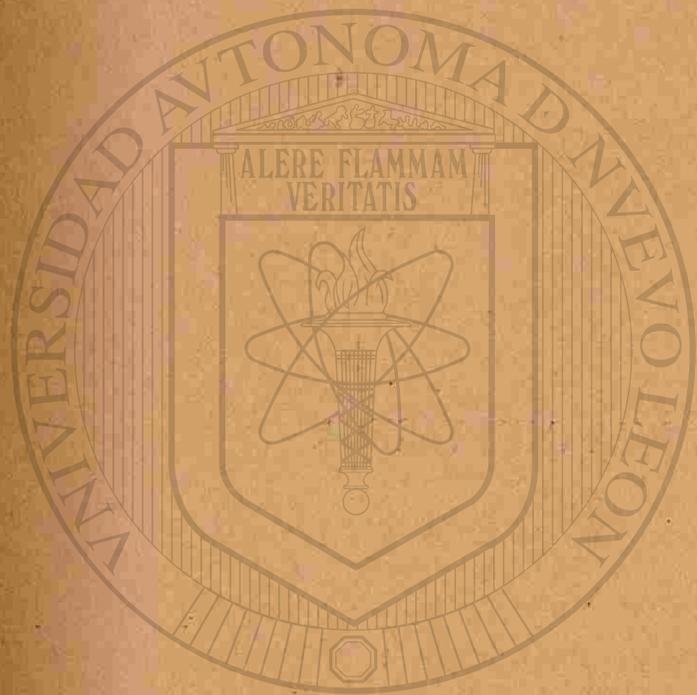
D. JUAN CRUZ VARELA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





D. JUAN CRUZ VARELA.

EL 25 DE MAYO DE 1838, EN BUENOS AIRES.

«Ya raya la aurora del día de Mayo:  
Salgamos, salgamos á esperar el rayo  
Que lance primero su fúlgido sol.

Mirad: todavía no asoma la frente,  
Pero ya le anuncia cercano al Oriente  
De púrpura y oro brillante arrebol.

Mirad esas filas; el rayo, el acero,  
Los patrios pendones, la voz del guerrero  
Al salir el astro saludo le harán;

De párvulos tiernos inocente coro  
Alzará á los cielos el canto sonoro,  
Y todas las madres de amor llorarán.

Por los horizontes del río de Plata  
El pueblo en silencio la vista dilata  
Buscando en las aguas naciente fulgor;

Y el aire de vivas poblaráse luego  
Cuando en el baluarte con lenguas de fuego  
Anuncie el momento cañón tronador:

Cándida y celeste la patria bandera  
Sobre las almenas será la primera  
Que el brillo reciba del gran luminar:

Y ved en las bellas cándida y celeste  
Cómo la bandera de nítida veste  
En gracioso talle graciosa ondear.

Yo he sido guerrero: también ha postrado  
Mi brazo enemigos: me le ha destrozado  
La ardiente metralla del bronce español.

No sigo estandartes inútil ahora;  
Pero tengo patria.... Ya luce la aurora,  
Y seré dichoso si miro este sol.»

Así entre extranjeros que absortos oían,  
Y á ver esta pompa de lejos venían,  
Hablabá un soldado, y era joven yo.

¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquéllas!  
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas  
Consiente el tirano que el mando robó.

¡Ay, sella tus labios, antiguo guerrero,  
Y no hables ahora si ansioso extranjero  
La gloria de Mayo pregunta cuál es!

Sí, sella tus labios, reprime tus iras,  
¡Ah, no te desprecien los hombres que miras,  
Espera los días que vendrán después!

¡En vano se abrieron de Oriente las puertas!  
¡Como en negra noche mudas y desiertas  
Las calles y plazas y templos están!

Sólo por escarnio de un pueblo de bravos  
Bandas africanas de viles esclavos  
Por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje  
Es en este día meditado ultraje  
Del nuevo caribe que el Sur abortó.

Sin parte en tu gloria, nación Argentina,  
Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:  
En su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro  
Do temblando mora, la mano de hierro  
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.

Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;  
Los hombres de Mayo son hombres de crimen  
Para este ministro del genio del mal.

Sin él, patria, leyes, libertad gritaron,  
Sin él, valerosos la espada empuñaron,  
Rompieron cadenas y yugo sin él.

Por eso persigue con hórrida saña  
Á los vencedores de su amada España,  
Y en el grande día la vengá cruel.

El Plata, los Andes, Tucumán hermoso,  
Y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso  
¿Le vieron acaso pugnar y vencer?

Vilcapujio, Ayuma, Moquegua, Torata  
Donde la victoria nos fué tan ingrata,  
¿Le vieron acaso con gloria caer?

Á fuer de cobarde y aleve asesino,  
Españaba el momento que al pueblo argentino  
Postrado dejara discordia civil,

Y al verle vencido por su propia fuerza  
Le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza  
En que arrastre esclavo cadena servil.

¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos;  
De la dulce patria nuestras mismas manos  
Las tiernas entrañas osaron romper:

¡Y por castigarnos al cielo le plugo  
Hacer que marchemos uncidos al yugo  
Que obscuro salvaje nos quiso imponer!

¿Y tú, Buenos Aires, antes vencedora,  
Humillada sufres que sirvan ahora  
Todos tus trofeos de alfombra á su pie?

¿Será que ese monstruo robártelos pueda  
Y de ti se diga que sólo te queda  
El mísero orgullo de un tiempo que fué? (1).

¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,  
Qué nuevo infortunio, cara patria mía,  
De que tú no seas la víctima ya?

¡Ah, si tu tirano supiese siquiera  
Reprimir el vuelo de audacia extranjera  
Y vengar insultos que no vengará!

De Albión la potente sin duro castigo,  
Del Brasil, de Iberia bajel enemigo  
La espalda del Plata jamás abrumó.

¡Y hora extraña flota le doma, le oprime,  
Tricolor bandera flamea sublime,  
Y la azul y blanca vencida cayó!

¿Qué importa al perjuro tu honor ó tu afrenta?  
Los heroicos hechos que tu historia cuenta,  
Tus días felices, tu antiguo esplendor,

(1) *Col misero orgoglio d' un tempo che fu*, dice el vehemente Manzoni en uno de sus coros. (El A.)

Deslumbran su vista, confunden su nada,  
Y el bárbaro intenta dejar apagada  
La luz que á los libres en Mayo alumbró.

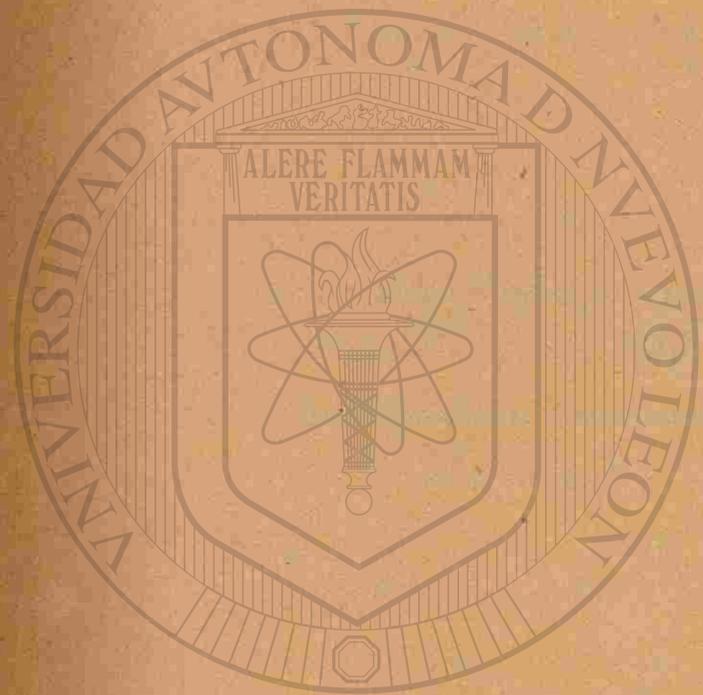
Tú, que alzando el grito despertaste un mundo  
Postrado tres siglos en sueño profundo  
Y diste á los reyes tremenda lección,

¿De un déspota imbécil esclava suspiras?  
¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?  
¿No has visto á tus plantas rendido un león? (1).

¡Hijos de mi patria, levantad la frente  
Y con fuerte brazo la fiera inclemente  
Que lanzó el desierto, de un golpe aterrada!

Lavad vuestra mancha, valientes porteños,  
Y mostrad al mundo que no tiene dueños  
El pueblo que en Mayo gritó *Libertad*.

(1) Alusión al último verso de la primera estrofa del himno nacional argentino. (El A.)

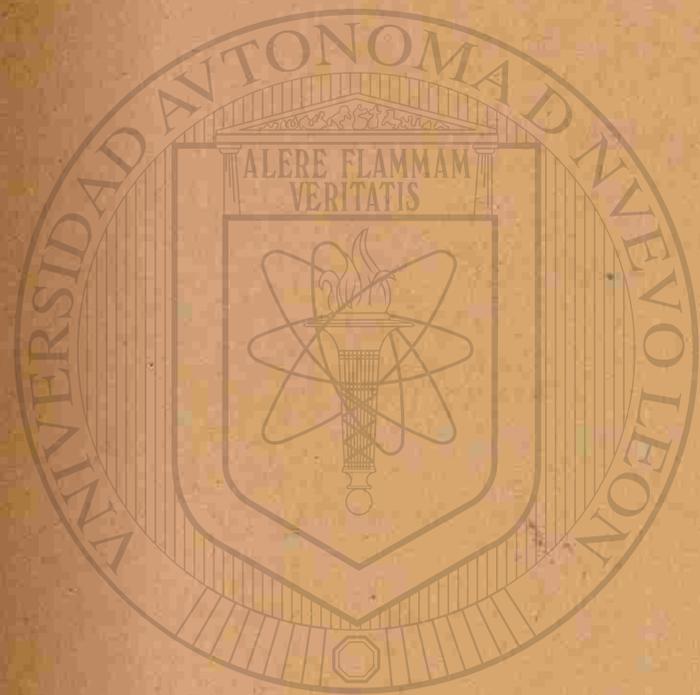


D. FLORENCIO VARELA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. FLORENCIO VARELA.

LA CONCORDIA.

Deh, fate un corpo sol di membri amici  
Fate un capo che gli altri indrizzi e frene.

*(Gerusalemme Liberata.)*

¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!  
Por ti este pueblo sacudiera el yugo  
De servidumbre dura;  
Y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo  
Darle nueva existencia,  
Y llamarle á gozar de independencia.

No abandones jamás la tierna planta  
Al furor de los vientos, cuando apenas  
Lozana se levanta.  
Libra á tu pueblo, oh Dios, de las escenas  
De discordia inhumana,  
Que destruyen la tierra americana.

Si en merecida pena á sus delitos  
Impuso tu justicia á otras naciones  
Los males infinitos  
Que traen las fraternales disensiones,  
El pueblo del Oriente  
Como recién nacido es inocente.

Sálvate, por piedad: no se marchiten  
Jamás sus esperanzas deliciosas;  
Sin fin en él habiten  
La Concordia y la Paz, hijas dichosas  
De la Virtud, consuelo  
Al hombre justo dado por el cielo.

Á su sombra benéfica florecen  
Las ciencias y las artes bienhechoras,  
Los pueblos se engrandecen  
Llenos de vida; y leyes protectoras  
La perfección alcanzan  
Y moderada libertad afianzan.

La Concordia es la fuente más fecunda  
De los bienes que gozan los humanos;  
Y como el sol inunda  
Con su fulgor las cumbres y los llanos,  
Ella con su influencia  
Á todo sabe dar nueva existencia.

Al verla se despeñan al abismo  
La ambición prepotente, la ignorancia,  
El ciego fanatismo,  
La sacrilega y ruda intolerancia,  
Y todos los errores  
Que las pasiones traen con sus furios.

Ella fué la que un día dió renombre  
Á mi patria: por ella el universo  
Veneraba su nombre,  
Y la historia veraz, y el rico verso  
En página divina  
Honraron la república Argentina.

El cielo la robó tanta ventura.  
¡Llanto y respeto á su fatal estrella!  
Y el que, con lengua impura,  
Se atreva á mancillar su fama bella,

Y su desgracia insulte,  
En el profundo Averno se sepulte.

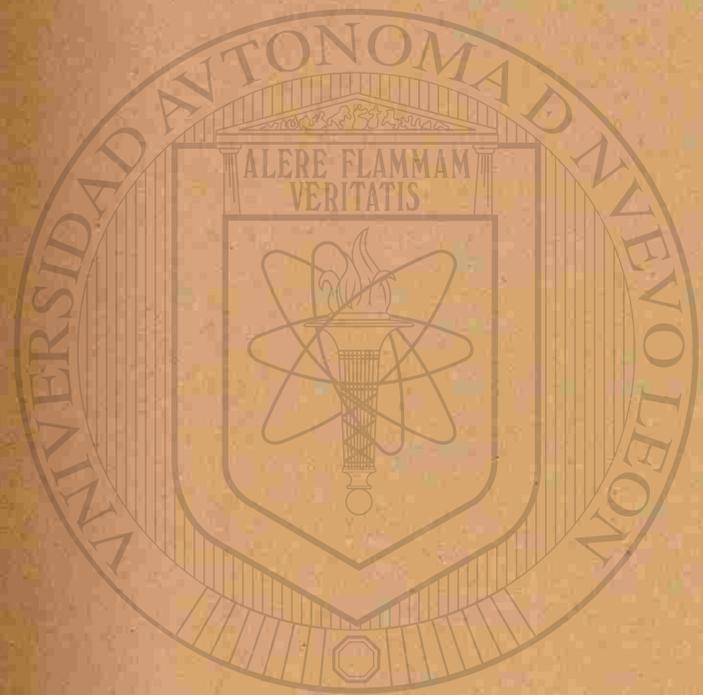
Sus males evitad, hijos de Oriente;  
De la Concordia al delicioso abrazo  
Volad alegremente:  
Él os estreche con perpetuo lazo,  
Ahogando en vuestra orilla  
De la anarquía la letal semilla.

La madre entonces besará tranquila  
Al hijo de su amor, sin que la muerte  
De la rebelde fila  
Se lo arrebate en flor, y á dura suerte  
Su ancianidad condene,  
Y de amargura y de dolor la llene.

Ni temerá el colono que, inclemente,  
El soldado feroz sus mieses tale,  
Dejando solamente  
La negra huella que el furor señale;  
Y de pueblos cubiertos  
Los campos se verán que hoy son desiertos.

Mis votos oye, oh Dios Omnipotente,  
Y una familia sola reunida  
Forma en el rico Oriente,  
Que, á leyes paternas sometida,  
La peligrosa rienda  
Nunca usurpar con crímenes pretenda.

Ampara tú su juventud dichosa,  
Y hostias de Paz adornen tus altares;  
Con mano bondadosa  
Vierte sobre ella dones á millares  
De la gloria y ventura;  
¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!



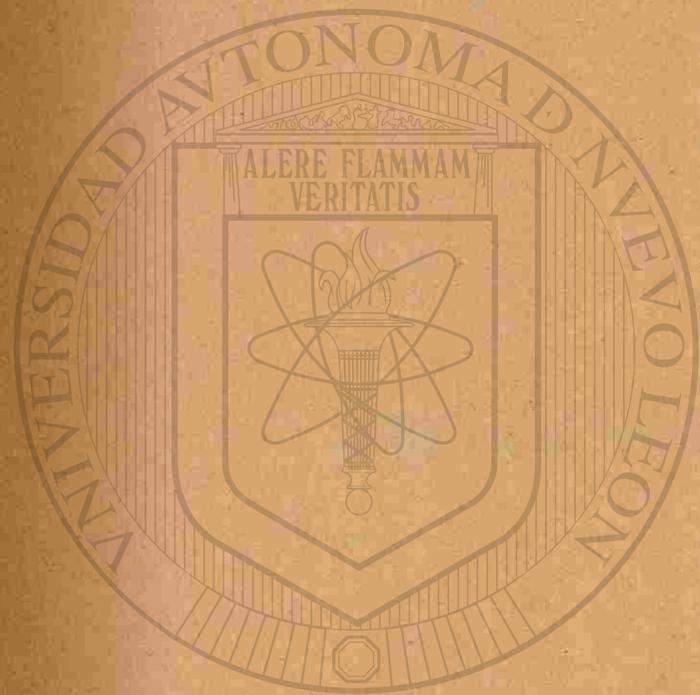
D. VENTURA DE LA VEGA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. VENTURA DE LA VEGA.

IMITACIÓN DE LOS SALMOS.

¡Ay, no vuelvas, Señor, tu rostro airado  
Á un pecador contrito!  
Ya abandoné, de lágrimas bañado,  
La senda del delito.

Y en ti, humilde, oh mi Dios, la vista clavo  
Y me aterra tu ceño,  
Como fija sus ojos el esclavo  
En la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera  
Se alzó mi orgullo ciego,  
Y cayó aniquilado cual la cera  
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca  
Torpes himnos al viento,  
Yo estrellaré, Señor, contra una roca  
El impuro instrumento. ®

¡Levántate del polvo, arpa sagrada  
Henchida de armonía!  
¡Y tú, por el perdón purificada,  
Levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora,  
Y por el ancho mundo,  
Cantaré de la diestra vengadora  
El poder sin segundo.

Te cantaré, oh mi Dios, cuando te plugo  
Bajo tu amparo y guía  
Á Israel acoger, que bajo el yugo  
De Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino  
Pusiste fiero espanto.  
Tembló: tu brazo conoció divino:  
Soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó; de enjuta arena  
Ancha senda le ofrece:  
Síguelo Faraón.....—La mar serena  
Lo traga, y desaparece.

Viólo el Jordán, y huyó; monte y collado  
Cual tierno corderillo  
Saltaron de placer; el risco alzado  
Cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿Por qué tus aguas dividiste  
Y á Faraón tragaste?  
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?  
Monte, ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra.  
Las trompetas sonaron:  
¡Paróse el sol, y *Gabaón* se aterra,  
Y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura  
Agua en mansa corriente,  
Y aplacó de tu pueblo su dulzura  
Allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,  
Al que enjugó tu lloro:  
Acompañe la cítara tu canto,  
Y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,  
Osado el marinero,  
Y pide al polo el que la mar le niega  
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro sūave;  
Y el hondo mar turbando  
Cruzan los vientos, y la triste nave  
Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende  
Al abismo horroroso;  
Ruge el trueno: veloz el aire hiende  
Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado  
Le miras con ternura.  
El vendaval es céfiro: el hinchado  
Mar tranquila llanura!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,  
Al que enjugó tu lloro:  
Acompañe la cítara tu canto,  
Y el tímpano sonoro.»

Los tiranos del mundo en liga impía  
Para el mal se adunaron,  
Y á la incauta Israel «¡Dios nos envía!»  
Desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha  
Al justo renovemos:  
Blasfememos, que Dios no nos escucha:  
Dios no ve: degollemos.»

Dijeron, y no son.—Su raza impía  
Cual humo se deshizo.—  
¿No oirá quien dió el oído? ¿No vería  
El que los ojos hizo?

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,  
Al que enjugó tu lloro:  
Acompañe la citara tu canto,  
Y el tímpano sonoro.»

Los impíos que tus casas allanaron  
De uno al otro horizonte,  
Y con hachas sus puertas destrozaron,  
Como leña del monte;

Los fuertes que se alzaban, cual montaña  
Que á las nubes se eleva,  
Desparecieron como débil caña  
Que el huracán se lleva.

Los robustos de *Edén*, y los tiranos  
De *Moab*, ¿qué se hicieron?  
¡El Señor los miró y abrió sus manos,  
Y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,  
Al que enjugó tu lloro:  
Acompañe la citara tu canto,  
Y el tímpano sonoro.»

EL CANTO DE LA ESPOSA.

IMITACIÓN DEL «CANTAR DE LOS CANTARES».

Ven á tu huerto, Amado;  
Que el árbol con su fruto te convida,

Y el céfiro callado  
Espera tu venida:  
Tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada  
Desdeña esquiva la purpúrea rosa  
Á la tierra inclinada:  
La abeja silenciosa  
Ni en torno gira, ni en la flor se posa;

Ni á su consorte halaga  
El ruisenor, sin ti, cantando amores;  
Ni mariposa vaga  
Entre las gayas flores,  
Desplegando sus alas de colores.

Ven á tu huerto, Esposo;  
Ven á gustar las sazonadas pomas  
En mi seno amoroso;  
Ven, que si tú no asomas,  
Sin ti mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado  
El sol ardiente tus mejillas tuesta:  
Aquí el roble copado  
Blanda sombra nos presta,  
Y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo en mi morada;  
Mas del Esposo, el corazón velando,  
Espera la llegada.  
Ya oí su acento blando;  
El Esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO.

Abre, Esposa querida;  
No te detengas, no, consuelo mío;  
Ábreme por tu vida;

Que yerto estoy de frío,  
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA.

¡Ay! ¡que el desnudo pecho  
Temo al aire sacar, Esposo amado,  
De mi caliente lecho!  
¡Ay! ¡que el pie delicado  
Temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo  
Entró por los resquicios de la puerta:  
Á su tacto amoroso  
Mi corazón despierta,  
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alcéme presurosa  
Para abrir al Esposo que esperaba,  
Y mirra muy preciosa  
Mi mano destilaba,  
Que corrió por los gongos de la aldaba.

Mas el Esposo amado  
No me esperaba, ¡ay triste! ¡Y era ido  
Celoso y despedido!  
¡Mi acento dolorido  
Llámalo, y no responde á mi gemido!

Los guardas me encontraron  
Que la ciudad custodian, y me hirieron,  
Y el manto me quitaron,  
Como sola me vieron,  
Y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,  
Si por dicha encontráis mi fugitivo,  
Decidle que no sea

Con su adorada esquivo;  
Que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conocéis por ventura,  
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?  
Gallarda es su figura  
Como el cedro eminente,  
Y bruñido marfil su tersa frente.

Conoceréis quién sea,  
Si al verle os encendéis en fuego vivo.  
Doncellas de Judea,  
Traedme al fugitivo;  
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

Á MIS AMIGOS.

No muera, amigos, en el pecho helado  
Tímido el fuego creador del genio:  
Llega el momento en que la lira el libre  
Cántico suene.

Ese que os hizo de abundante vena  
Rico presente la deidad del Pindo,  
No es vuestro solo; de la patria es feudo:  
Ella lo pide.

¡Ay! ¡de la patria!..... preguntar os oigo:  
«¿Dó está la patria?..... Al corazón no llega  
Del que contento en la cadena vive  
Himno sonoro.»

»Francia, que el trono de ignominia, alzado  
De Waterlloo sobre los muertos héroes,  
Fiero padrón de servidumbre indigna,  
Rompe y sepulta;

»Francia en buen hora renacer la dulce  
Lira contemple en que cantaba Horacio,  
Rotos al bote de romana lanza  
Partos y Medos.

»Goce al cantor de las *Mesénias* (1), goce,  
Íncrito *Alfonso* (2), tu gigante numen;  
Píndaros tenga la que tiene tantos  
Héroes cual hijos.

»¡Ay de nosotros!— Sobre todos cruje  
Látigo alzado déspota altanero,  
Y hunde en el polvo y con la planta huella  
Liras y leyes!»

Sí; mas la musa que inspiró el robusto  
Son que la trompa eternizó de Herrera,  
Cuando Lepanto enrojeció con turca  
Sangre sus olas;

Y la que tierna suspiró en Rioja,  
La que del *Tormes* encantó las aguas,  
Todas llorosas os demandan nuevas  
Aras y culto.

«Jóvenes, dicen, á la dulce sombra  
De ese laurel que vuestra frente anhela,  
Santa amistad y poesía junten  
Vates hermanos.

»Harto las iras de belleza ingrata  
Supo ablandar enamorado canto,  
Y vuestra lira enguirnaldó de rosas  
Alma Ciprina.

(1) Casimiro Delavigne.  
(2) Lamartine.

»Otros acentos las Pimpléas aman,  
Cuando despunta suspirada aurora;  
Pruebe á lanzar el inflamado plectro  
Ronca tirtéida.»

¿Veis? Ya Pirene de sus cumbres lanza  
Hijos de Iberia que á salvarla vienen (1).  
¿Veis? ¡Ya el tirano en su caduco trono  
Pálido tiembla!

¡Caros alumnos! á la nueva patria,  
Ya desligada de servil coyunda,  
Himnos de gloria y libertad la corva  
Cítara ensaye.

Á LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBÓN

VISITANDO EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID.

Cuando la griega juventud volaba  
Al campo de la gloria,  
Y al macedón guerrero arrebatava  
El sangriento laurel de la victoria;  
¿Quién á blandir la fulminante lanza  
Robusteció su brazo?  
En el estrago de feroz matanza,  
¿Quién su pecho alentó?—quién, sino el fuego  
Del entusiasmo ardiente  
Que corrió en viva llama por sus venas,  
Cuando escuchó elocuente  
Tronar la voz del orador de Atenas?

(1) La invasión de los liberales emigrados, capitaneada por *Mina* y *Valdés*.

Tú fuiste, oh santo fuego,  
Tú, quien el duro mármol animaba  
Bajo el cincel del inspirado griego;  
Tú, quien la trompa de Marón sonaba:  
En cuanto el mundo á la memoria ofrece  
De eterno, de elevado,  
Tu creador espíritu aparece;  
Tú, ante el funesto vaso envenenado,  
En el alma de *Sócrates* brillabas,  
Tú la mano de *Apeles* dirigías,  
En la lira de *Pindaro* sonabas,  
Y la lanza de *Aristides* blandías.

Mas, ¡oh! ¿por qué ofuscada  
Á tan remota edad vuela mi mente?  
La centella sagrada,  
De la aureola de Dios destello ardiente,  
Que de la antigua Grecia derruida  
El canto melodioso  
Eternizó y el brazo belicoso,  
¿Yace entre sus escombros extinguida?

No.—Como chispa eléctrica impaciente,  
Que presa en frío pedernal, no pudo  
Brillar, hasta que siente  
De acerado eslabón el golpe rudo;  
Así en medroso pasmo  
En tu pecho dormía,  
Juventud española, el entusiasmo;  
Mas cuando el regio acento generoso  
Retumbó por los ámbitos de España,  
De el Pirene riscoso  
Al confín andaluz que Atlante baña,  
Estalla al fin la mágica centella  
Las almas conmoviendo,  
Y el abatido pueblo se levanta,  
Y en sed de gloria ardiendo,  
Lidia el guerrero y el poeta canta.

¡Todo ya es entusiasmo, todo es vida!  
Navarra muestra su campaña en sangre  
De rebeldes teñida;  
Allí guerrera juventud, clamando  
*Cristina y libertad* en ronco acento,  
La espada desnudando,  
La vaina arroja al viento,  
Y al son del himno nacional se lanza  
Con noble bizzarria  
Sobre la hueste audaz que el polvo muerde  
En *Luchana, Arlabán, Mendigorria*.

Aquí los que sintieron  
Su pecho palpar, en mudo asombro  
De rodillas cayeron  
Ante la virgen pura  
Cuyo rostro de cándida hermosura  
Y maternal desvelo  
Reveló al gran *Murillo* el mismo cielo.

Los que el sagrado canto  
Que entonaba León en arpa de oro  
Oyen con tierno llanto,  
Y al Dios del almo coro  
Alzan también el cántico sonoro;

Ó al robusto sonido  
De la trompa de *Herrera*, ante sus ojos  
Ven cargadas de bárbaros despojos  
Á las veleras naves españolas  
Victoriosas bogar, cuando *Lepanto*  
Con turca sangre enrojeció sus olas;  
Todos en lazo fraternal unidos,  
Digno templo á las artes elevando,  
Preparan ya los himnos merecidos,  
Y aprestan los pinceles  
Con que en la edad futura eterna sea  
La fama de esa hueste generosa  
Que por su Reina hermosa

Y por la santa libertad pelea.  
Mas ¡oh! ¿qué nuevo rayo  
De luz las liras y los lienzos dora,  
Como á los campos del florido Mayo  
El resplandor de la rosada aurora?  
¿Me engaña mi deseo?  
¡Vedlo!..... ¡es ella!..... ¡es *Cristina!*  
Su presencia divina  
Baña de lumbre al español *Liceo.*

Busca en tu dulce lira  
Cómo pintar su célica hermosura  
Que amor y gloria inspira,  
Si al humano poder por dicha excedes,  
Inspirado poeta:  
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes  
En el vario color de tu paleta.  
Píntadla augusta, hermosa,  
Sobre el excelso trono castellano  
La frente hollando del rebelde fiero,  
Y con rísa bondosa  
Ciñendo de laureles con su mano  
Al pintor, al poeta y al guerrero.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

EPÍSTOLA.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,  
Que la amistad contempla silenciosa,  
Porque enjugarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa  
De un sepulcro do en flor arrebatada  
La dulce prenda de su amor reposa,

No con usados pésames le agrada  
Ver en el llanto que á sus solas vierte  
La majestad de su dolor turbada.

¿Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte,  
Antes que yo consuelos te ofreciera?  
Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,  
¿Cuál para ti, cuál otra que la mía  
Más diligente y cariñosa fuera?—

Contigo me crié: contigo un día  
En las aulas bebí de *San Mateo*  
El fuego de la hermosa poesía.

Aun me parece que vagar te veo  
Con precoz gravedad, cuando sonaban  
Las suspiradas horas de *recreo*,

Mientras otros, astutos, se burlaban  
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos  
Por el talado *jardinillo* andaban.

Allí vimos brotar los generosos  
Alientos de cien jóvenes, que ahora  
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora  
De *Espronceda*, ¡oh dolor! el genio ardiente  
Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *León* el ánimo valiente  
Apercibía á la inmortal jornada  
Que vió de Huesca la asombrada gente.

Allí *Pezuela* en lira delicada  
Probó la diestra que empuñar debía  
La épica trompa y la fulmínea espada.

Allí *Ochoa*, de ciencia y poesía  
Apurando el raudal con noble empeño,  
Labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,  
Rico de inspiración sonaba el canto  
De *Felipe*, el satírico limeño.

¡Allí otros mill.....—¡Oh fugitivo encanto!  
¡Oh sonrisa primera de la vida,  
Recuerdo de placer, que arranca llanto!

Y qué, Mariano, ¿la ilusión perdida  
De la edad infantil, en noche oscura  
Nos dejó acaso el alma sumergida?

¿No hay ya un rayo de luz serena y pura?  
¿Es este mundo una región de duelo  
De desesperación y de amargura?

No, no es verdad.—Del nebuloso cielo  
Del negro Septentrión esa herejía  
Vino en *traje francés* á nuestro suelo.

¡Todos pecamos!—Yo también un día,  
Gimiendo adrede por seguir la usanza,  
Vime arrastrado en la común manía

Á esa espelunca do á leer se alcanza  
Sobre la puerta con azufre escrito:  
«¡Ay! ¡dejad, los que entráis, toda esperanza!»

Allí en verso trotón, y á voz en grito,  
Lloraba su *vejez anticipada*  
Un melencólico imberbe mancebito.

Otro de la *romántica* pleyada,  
Que tres lustros de edad mostraba apenas,  
Al blando arrullo de niñez mimada,

Lloraba desengaños á docenas  
De esta *imperfecta* sociedad que al hombre  
Ata al nacer con grillos y cadenas.

¡Y porque más su desventura asombre,  
Quejábase también de estar *minado*  
De una secreta enfermedad *sin nombre!*

¡Era un vivir aquel desesperado!  
Sólo se oía en recia taravilla:  
¡¡*Maldición!!* por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla  
Conseguí despertar con trasudores,  
Á las voces de *Lista* y *Hermosilla*.

Y al contemplar de nuevo los albores  
Del sol que en torno á mí la densa bruma  
Disipaba con vivos resplandores,

Dije: ¡Gracias á Dios! Pues ni me abruma  
La sociedad, ni anillo con veneno  
Llevo, ni tengo mal que me consuma;

Ni he sido de fortuna tan ajeno  
Que un fiel amigo, una mujer constante  
No hallase alguna vez; yo no soy bueno

Para tanto gemir. ¡Extravagante  
Empeño es sepultarse de por vida  
En el infierno bárbaro del *Dante*,

Y no vagar, con alma embebecida  
En trinos de aves y en olor de rosas,  
Por los jardines mágicos de *Armida!*

Mis ojos otra vez á las hermosas  
Regiones se alzan del sereno polo  
Á buscar sus deidades fabulosas;

Que yo la lira del crinado Apolo,  
Que invoqué tantas veces al ruido  
De las doradas ondas del Pactolo,

No he de trocar por el feroz graznido  
Del repugnante pájaro que viene  
Del hedor de las tumbas atraído;

Y prefiero las aguas de *Hipocrene*  
Á esas lagunas cenegosas, donde  
Blanca fantasma su morada tiene,

Y al que pide favor sólo responde  
Con un ósculo hediondo y un acero  
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Alcese *Byron* de su numen fiero  
En las alas flamíferas, y escoja  
Á su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mío, á tanto no se arroja,  
Y me conduce por la usada huella  
Que en dulce resplandor bañó *Rinaja*.

¿Tan escasa de luz brilló la estrella  
De las clásicas musas? Si el auxilio  
Invocaba *Boscán* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?  
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena  
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio*?

Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena  
Á que el humano esfuerzo no resiste,  
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algún consuelo á tu dolor existe,  
Sólo en las musas le hallarás acaso:  
Sí, que también para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:  
Las que en el *lamentar de dos pastores*  
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso*.

Y ya que el golpe irreparable llores,  
Corra al són de la cítara tu llanto;  
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto  
Alivie tu mortal melancolía  
En la antigua amistad y en el encanto  
De la consoladora poesía.

Julio de 1842.

#### ORILLAS DEL PUSA.

¡Qué calor!..... sudando llego,  
Por la empinada montaña  
Resbalando,  
Á este valle que en sosiego  
Tu corriente, oh Pusa, baña  
Susurrando.

Déjame un rato olvidar  
En tus orillas mis penas,  
Y el sediento  
Labio en tus ondas mojar,  
Y en tus húmedas arenas  
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado  
Monte al Tajo, en raudo giro  
Se derrumba,  
Tan humilde, que sentado  
Desde aquí su cuna miro  
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano  
Tu breve curso no iguale;  
Corre ledó,  
Y que nunca el cortesano  
En la carta te señale  
Con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano  
Donde los cerros evite  
De la vida,  
Y allí del mundo lejano  
Tu breve carrera imite  
Y escondida.

Ese Tajo caudaloso  
En cuyo profundo seno  
Vas á morir,  
Ya con puente ponderoso  
Su terso raudal sereno  
Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa  
Su rápido curso estorba;  
Ya descende  
Ruin batel que se empavesa,  
Y su cristal con la corva  
Quilla hiende.

Su destino es envidiar,  
Ó de tu curso suave  
La paz suma,  
Ó el alto poder del mar  
Que puede tragar la nave  
Que lo abruma.

¡Pobre Pusa!..... Si insolente  
Por esos tendidos llanos  
Te lanzaras,  
En tu cristal inocente

¡Cuántos siervos y tiranos  
Retrataras!

De aquel trance malhadado  
De las armas españolas  
Fué testigo  
Guadalete ensangrentado,  
Y abrió tumba entre sus olas  
Á Rodrigo.

*Berecina* el lauro honroso  
Que cuatro lustros tejieron  
Hondo tragó,  
Y el poder de aquel coloso,  
Que los hombres no vencieron,  
Allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,  
Tu dichoso apartamiento  
Le procura  
Contra el ardor del estío  
Al peregrino sediento  
Agua pura.

Y al pastor que á tu campiña  
Desde ese monte descende,  
Y al rebaño  
Que á tus márgenes se apiña,  
Y al can que el redil defiende,  
Fresco baña.

Y hoy á mi cuerpo cansado,  
Contra el sol que ardiente pica  
Blando solaz.

¡Pusa, adiós!..... corre ignorado,  
Y los quintos (1) de Malpica  
Fecunda en paz.

(1) Llámense allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

LA AGITACIÓN.

¡Imposible arrancar del alma mía  
Sino acentos de amor!..... ¡Caber no puede  
Donde impera tu imagen adorada  
Sino amor, sólo amor!..... ¡Cuanto solía  
Mi pecho conmover..... ya todo cede  
A la ardiente mirada  
De tus luceros bellos!  
Mal mi grado, á sus mágicos destellos  
Mi turbulenta vida está sujeta,  
Como al influjo de fatal cometa.  
Cede el bajel al ímpetu rugiente  
Del huracán sañudo,  
Y al puerto amigo arrebatarse siente,  
Ó va á estrellarse en el peñasco rudo;  
Así en la fiebre do anhelando gira  
Este alma delirante,  
Tus ojos son, Amira,  
Los que entre el puerto y el peñasco errante,  
Sin elección, perdido el albedrío,  
La oscilación del huracán le imprimen,  
Y en ciego desvarío  
Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.  
¡Y este vaivén continuo, esta perpetua  
Conmoción es la vida!—¡Cuántas horas,  
Mudo, yerto, insensible  
Como la piedra en que sentado estaba,  
En seguir las sonoras  
Ondas de la corriente que pasaba  
Inerte consumía!  
¡Cuántas, la vista atenta  
Iba siguiendo estúpida la lenta  
Sombra que en derredor del tronco huía!  
Campo de soledad, yo te buscaba  
Porque el mundo decía  
Que la felicidad en ti habitaba,

Y en aquel corazón que la invocaba  
Su misterioso bálsamo vertía.  
Mi corazón de fuego  
En tí no la encontró: floresta umbría,  
Silenciosa montaña, campo triste,  
Yo la paz de la vida te pedía,  
Tú la paz de la tumba me ofreciste.  
Felicidad, ¿dó estás?—Este vacío  
Que al dilatarse el corazón no llena,  
Ven, ocúpalo tú. Si ronco suena  
El guerrero clarín, y á la matanza  
El hombre vuela contra el hombre, dime:  
¿Bastárame empuñar la férrea lanza  
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,  
Al son triunfal de los preñados bronce,  
En sangre bañe la mortal palestra,  
Misteriosa deidad, ¿te hallará entonces?  
En el tropel del mundo  
Yo también te busqué. Torvo guerrero,  
Sobre carro veloz, de lauro ornado,  
Agitando el acero,  
En lágrimas y sangre salpicado,  
Raudo al cruzar la turba peregrina,  
«¡Felicidad, felicidad!» clamaba;  
Y en tanto «¡Aquí domina!»  
Otro desde la tumba me gritaba.  
¿En la vida? ¿En la muerte?  
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!  
¡Y las horas corrían!.....  
¡Y los años volaban!  
Las hojas de los árboles caían.....  
Las hojas de los árboles brotaban. —  
¡Una mujer! con su flotante velo  
Tocó al pasar mi frente:  
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,  
Mis entrañas temblaron de repente:  
Los brazos tiendo á la fantasma bella;  
Mas al asirla, alzada  
Vi una ara ante mis pies, y detrás de ella.

Mi visión adorada,  
Y un misterioso acento que decía:  
«¡Profanación..... delito!»  
Y en su abatida frente se leía  
Un juramento escrito.  
Mi planta no, mas de mi pecho ciego  
Llegó un lamento á penetrar su oído,  
Y en sus trémulos labios tocó el fuego  
De mi ardiente gemido.  
Abrió sus ojos por la vez primera,  
Dejándome con sola una mirada  
En devorante hoguera  
Toda el alma abrasada.  
¡Ah! ¿qué me importa? Agitación sublime,  
¡Yo te adoro! ¡Tú eres  
Alma de mi existencia! Oprime, oprime  
Un corazón á quien la calma espanta;  
Inunda, inunda mi mejilla en lloro;  
Clamar me oirás entre congoja tanta:  
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL.

¿Dónde la gloria vive del que un día,  
En Accio vencedor, desde las cumbres  
Del enriscado Cáucaso á las playas  
Del mar de Luso dilató su imperio?  
¿Dónde?—Ese imperio destrozó en un punto  
Bárbara hueste que lanzó cual rauda  
Torrente el Septentrión: circos y templos,  
Termas, palacios, todo, el habla misma  
Despareció; mas al común estrago,  
Sobre siglos sin fin los inmortales  
Cantos de Horacio y de Marón divinos

Sobreviviendo van, y allí la gloria  
Del protector de las romanas letras,  
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre  
De turbulentos próceres la dura  
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,  
Del purpurado Richelieu? Juguete  
Del viento popular, voló en pedazos;  
Mas contra el murmurar de la indignada  
Posteridad, el opresor valido  
Salva su gloria en la que alzó, y aun vive  
Con renombre inmortal, docta *Academia*.  
Tú, más que á los históricos ejemplos  
Y ardiente sed de fama, á los impulsos  
Del corazón magnánimos que abrigas  
Obedeciendo fiel, en tus floridos  
Años, asunto con tus hechos prestas,  
Oh noble Conde, á la española musa.  
Ella, en tanto que al pie del soberano  
Solio te vió, dispensador de honores,  
Mezclar su voz no quiso á la que alzaba  
El lisonjero, que al poder presente  
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.  
Mas á la puerta del modesto albergue  
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,  
Te esperó silenciosa, el plectro de oro  
Presto, y la voz y la sonante lira.  
Oye cuál vibra en tu loor y el estro  
De cien vates inflama que, á porfía,  
«Eterno, cantan, vivirá tu nombre,  
Protector del saber.»—¡Oh noble, oh digno  
Premio que tanto mereciste y gozas!  
Gózalo en paz; y el que ásperos desdenes  
Halla no más, y hondo silencio, cuando  
De la áurea silla del poder la inestable  
Deidad le precipita, á sí se culpe.  
No riqueza y dominio á la existencia  
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,  
La abundancia, la paz su cuerpo nutren,  
Alma tiene también, y el alma vive

De esa gloria purísima, que el vulgo  
De los graves políticos desdeña,  
Y humo vano apellida. Tú, arrojando  
Tal vez su risa imbécil, decoroso  
Templo alzaste á *Talia*.—Allí de *Lope*,  
De *Calderón*, de *Rojas* y de *Ivarco*,  
De *Moreto* y de *Tirso*, numeroso  
Pueblo torna á admirar, ora discreta  
Y en artificio rica, ora terrible,  
Ora humilde y moral, la siempre nueva  
Dramática ficción.—Los que, al reflejo  
De aquellos faros luminosos, siguen  
La ardua senda con gloria que á la cumbre  
Del sacro Pindo guía, de las rosas  
Que en sus pensiles de eternal verdura,  
Al amoroso riego de Hipocrene  
Dulce fragancia esparcen, ya preparan  
Á tus sienes espléndida corona.  
Yo, á quien no es dado la sublime altura  
Del Helicón pisar, una sencilla  
Flor de su falda corto; ofrenda humilde  
Que agradecido te presento en estos  
Desaliñados números, que acaso  
No morirán, porque tu nombre llevan.

1851.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS.

Varios amigos del Marqués de Molins le dirigimos á París una carta en tercetos el día de Navidad del año de 1855. Cada uno escribió un trozo de ella, ligándose con el anterior. He aquí el mío: con él remataba la carta.

¡Oportuno en verdad viene ese tanto  
Á mediar el terceto antecedente,  
Pues me convida á principiar con *llanto!*.....

Llanto vierten mis ojos, hechos fuente,  
Mariano, desde aquel tremendo día,  
En mi memoria sin cesar presente;

Cuando en la lucidez de su agonía,  
Estrechándome tierna al casto seno,  
¡*Todo es verdad!* mi esposa me decía.

¡*Todo es verdad!* ¡Oh Dios! Si en ronco trueno  
Sonó un día tu voz, y á su rugido  
Saulo en tierra cayó de asombro lleno,

¡Oh milagro de amor no merecido!  
Tu voz por aquel labio moribundo  
Tocó mi corazón estremecido.

Gusano vil en lodazal inmundo,  
Alas de mariposa me nacieron,  
Y con ellas me alcé lejos del mundo.

Á regiones más puras me subieron;  
Mas no he llegado á la sublime alteza  
De los que el lazo mundanal rompieron.

¡Cuándo será! ¡Me oprime la tristeza!  
¡El pesar en que á solas me consumo  
Cesa al dormir, y al despertar empieza!

¡Pídele á Dios omnipotente y sumo  
Que te guarde á tu *Carmen!*..... ¡Ay, amigo,  
Y no le pidas más: el resto es humo!

¡De tu casta mitad al dulce abrigo,  
Donde quiera que estés, patria y honores  
Y placer y amistad verás contigo!

¡Ay, para mí no tiene el mundo amores,  
Ni encantos la amistad, ni luz el día,  
Ni calor el hogar, ni olor las flores!

Hoy viene á acrecentar la pena mía  
La memoria del santo aniversario  
Que á tu lado pasé..... ¡y ella vivía!

¡Cuán distinto de aquél! Destino vario  
Á ti te arroja cabe el turbio Sena,  
Á mí en Madrid me amarra solitario!

¡Mas, ay, el bronce místico resuena!  
¡Media-noche sonó..... luz desusada  
Brotó en *Belén* y el universo llena!

¡Triste prole de *Adán*, ya estás salvada!  
¡El niño-Dios, que los pecados quita,  
Nos abre ya la celestial morada!

¡Oh placer, allí está! ¡De Dios bendita,  
Mi *Mamiela*, vestida de hermosura,  
Entre los puros ángeles habita!

¡Alma inmortal! ¡De la celeste altura  
Por tu marido y por tus hijos vela,  
Que moran este valle de amargura!

Sí, Mariano: tu amigo sólo anhela  
Sentir en breve el lazo desatado  
Que este cautivo espíritu encarcela;

Y por tanto dolor purificado,  
Á mi esposa en la gloria unirte presto.....  
Y ver que allí también á nuestro lado  
Te guarda Dios el merecido puesto!

LA PAZ.

AL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

*Oda.*

Iris de paz, iluminando el cielo,  
La tempestad serena;  
El águila imperial recoge el vuelo  
Y torna al patrio Sena.

No en vapores de sangre se embriaga,  
Ni llama á la pelea;  
Ya en su garra potente el rayo apaga  
Que fulminó en Crimea.

Sus alas tiende, cual dosel brillante,  
Sobre la regia cuna,  
Donde reposa del francés triunfante  
La gloria y la fortuna.

Y allí á par descendiendo apresurado  
De la eternal montaña,  
A custodiar el vástago anhelado  
Llega el león de España.

Que sangre de Guzmán corre en sus venas:  
Sus timbres maternas  
Escritos muestra España en las almenas  
De Tarifa inmortales.

Siempre un Napoleón Dios nos envía  
Con misterio profundo,  
Cuando place á su gran sabiduría  
Recomponer el mundo.\*

Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo  
Sobre el francés vomita,  
De allá le envía su cortés saludo  
El bronce moscovita.

Del Cáucaso á la cumbre pirinea,  
Y por los anchos mares,  
Unida al lienzo tricolor, ondea  
El aspa de los Czares.

Y cubriendo de rosas sus espadas,  
De oliva sus pendones,  
Al festín de la Paz alborozadas  
Acuden las naciones.

Paz ese niño, y dicha y abundancia  
En su destino encierra.  
Pueblos, velad por él. ¡La paz de Francia  
Es la paz de la tierra!

HIMNO Á LUPERCO.

(*La Muerte de César*, ACTO III, ESCENA IX.)

¡Sacro ministro del potente Jove,  
Fuente de vida, animador del mundo,  
Numen fecundo, tutelar de Roma,  
Divo Luperco!

¡Blando rocío los sedientos prados  
Riegue, y del grano que su seno encierra,  
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,  
Frutos opimos!

Hoy solitaria, contemplando en torno  
Tálamo estéril, silenciosos lares,  
Va tus altares á colmar de ofrendas  
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:  
Deja el Olimpo, los espacios hiende:  
Numen, desciende: su mayor tesoro  
Roma te fia.

¡Numen, desciende! La fulmínea espada  
César esgrime contra el Parto rudo:  
¡Cubra tu escudo al Dictador de Roma,  
Divo Luperco!



D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.

—  
AVELLANEDA.

CANTO PRIMERO.

I.

¿Conocéis esa tierra bendecida  
Por la fecunda mano del Creador,  
De cuyo virgen seno sin medida  
Fluye como el aroma de la flor  
La balsámica esencia de la vida,  
Y se palpa su espíritu y su aliento  
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,  
En el cielo, en la luz, en la hermosura  
De su varia y magnífica natura?

Tierra de los naranjos y las flores,  
De las selvas y pájaros cantores  
Que el Inca poseyera, hermosa joya  
De su corona regia, donde crece  
El camote y la rica chirimoya,  
Y el naranjero sin cesar florece,  
Entre bosques de mirtos y de aromas,  
Brindando al gusto sus doradas pomos.  
Donde el sacro laurel, ambicionado  
Galardón del poeta y del soldado,

Al rayo desafía entre la nube  
Á par del cedro que gallardo sube,  
Y el *pacará* (1) que al viajador asombra  
Cien jinetes cobija con su sombra.  
Donde el zorzal y ruiseñor, artistas  
De ingenua inspiración sin hondas vistas,  
En las serenas tardes de verano,  
Cuando reina sin par melancolía  
En la natura, el premio soberano  
Se disputan del canto y la armonía.

Sus casas son verjeles (2)  
Donde habitó la paz y la abundancia  
En tiempos más felices, cuando fieles  
Á la costumbre y fe de sus mayores,  
Ó avenidos tal vez con su ignorancia,  
Vivían sus tranquilos moradores.  
Pero hoy ya no es así; de esos hogares  
Huyó la paz por la civil contienda,  
Y quedaron el llanto y los pesares,  
De las pasiones viles triste ofrenda.

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,  
Ni por bosquejo alguno conocerla  
De pluma ó de pincel! Cuando el invierno  
Con el soplo glacial de sus montañas  
Viene el raudal eterno  
De vida á amortiguar en sus entrañas,  
Una virgen parece adormecida  
Sobre cama de céspedes florida

(1) El *pacará* es el árbol más robusto y corpulento de Tucumán. Hay allí muchos cuya copa daría sombra á más de cien jinetes.

(2) *Sus casas son verjeles*. No es el pobre de Tucumán como el pobre de Europa: habita una pequeña casa más sana que elegante, cuyo techo es de paja olorosa. Un vasto y alegre patio la rodea, el que jamás carece de árboles frutales, de un jardín y de un gran número de aves domésticas. (Memoria descriptiva sobre Tucumán, publicada en 1834, por el señor Alberdi.)

Con las galas de ayer en torno suyo,  
Medio marchitas ya, pero olorosas,  
Flamantes y vistosas;  
Duerme y no duerme, sueña;  
Oye soñando el plácido murmullo  
Del festín y la danza, el alborozo  
Del expansivo y hechicero gozo,  
Y el recuerdo de todo en la sonrisa  
De su plácido rostro se diseña,  
Como si el fresco animador volviera  
Á respirar de perfumada brisa.  
Después la primavera,  
Con su templado sol y sus rumores,  
Su concierto de pájaros cantores,  
Á electrizar sus miembros adormidos  
Llega y bañar en lumbre sus sentidos;  
Y la virgen despierta  
De su sueño fugaz, y se levanta  
Radiante de alegría y de frescura,  
De gracia y de hermosura,  
Y á engalanar empieza  
Con corona de mirtos y arrayanes  
Su espléndida cabeza,  
Y su seno con ramos de mil flores  
De distintos matices y colores,  
Y á perfumarse con esencias puras,  
Derramando por montes y llanuras  
De su eterna beldad los resplandores:  
Hasta que el sol de la estación ardiente  
Subir hace á su frente  
Todo el intenso ardor, toda la vida  
Que entre su seno inmaculado anida,  
Revistiendo de pompa y de grandeza  
Su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,  
Engendra en sus entrañas virginales  
Cuanto apetece y necesita el hombre  
Para vivir feliz: en animales,

En frutas y productos tropicales,  
En colosal vegetación. En vano  
El adusto verano  
La quema con su sol; el Aconquiya  
Que entre las nubes fija  
La nevada cerviz, de sus raudales  
El tesoro derrama y la fecunda,  
La baña con sus fríos alientos  
Y sus campos sedientos  
De fresca lluvia y de vigor inunda.  
Entonces ella de lumbre  
Y de brillantes galas revestida,  
Bajo la azul techumbre,  
Cual magnífico templo se presenta  
Del infinito ser que la dió vida  
Y su eterno espíritu alimenta (1).

¡Cuán bella entonces es! ¡Al pensamiento  
Cuánto inspira de luz y arrobamiento!  
¡Cuán de eterna nutrición le ofrece!  
La mirada de Dios bañar parece  
Sus selvas virginales y sus montes,  
Sus campiñas y claros horizontes,  
Y transformar con su ínfame hechizo  
Aquella tierra en otro paraíso,  
Paraíso de gloria y de esperanza,  
De pura, inagotable bienandanza.

¡Cuán bella entonces es! ¡Cuán de calma,  
De aspiración sublime infunde al alma!  
Encantado jardín, valle florido  
Del edén desprendido  
Para adornar el argentino suelo.

(1) El capitán Andrews, en su *Viaje á la América del Sud*, publicado en Londres en 1827, no dice como yo que Tucumán es bellissimo, sino que «en punto á grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucumán no tiene igual en la tierra; que Tucumán es el jardín del universo». (Memoria de Alberdi.)

Sus aires son aromas  
Que parece fluir entre azul velo  
Del seno de redomas  
Inmensas de azahar y de azucena,  
De *poleo* (1), cedrón y hierbabuena;  
Brisas que dulcemente  
Los sentidos embriagan y la mente,  
Y el corazón llenando de alegría  
Dan alas á la inquieta fantasía.

### EL ÁNGEL CAIDO.

(FRAGMENTO.)

¡Salve, oh Plata! en tu presencia  
Multiplicarse yo siento,  
Sublimarse mi existencia,  
Lo que hay de humanal en mí;  
Y ora inquieta, ora iracunda  
Se muestra, hirviendo la vida  
Rebosar en mí fecunda,  
Como rebosa ahora en tí.

Y toda vez que el Pampero  
Sobre tus espaldas monta  
Y arrojar espuma fiero,  
Bramar te hace de furor;  
Y te azota, y tú soberbio,  
Tú indomable te agigantas,  
Por millares de gargantas  
Lanzando eco atronador;

Tú á mis ojos representas  
De la pasión y del hombre

(1) *Poleo*. Arbusto de cinco pies, cuya fragancia se parece á la del tomillo.

El afán y las tormentas  
Y la convulsión febril,  
Y el incesante murmullo,  
Y el tesón infatigable,  
Y de su indómito orgullo  
La pujanza varonil.

Cuando agitado te miro  
El corazón se me ensancha:  
Alegre y libre respiro  
De cuidado mundanal;  
Y todo olvido, y mi mente  
En su inspiración sublime  
Abarca, concibe, siente  
Lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso  
No hallan aire mis pulmones:  
Sólo entre fango diviso  
Las reliquias del *no ser*;  
Misteriosa y escondida  
Tú me revelas la fuente  
Del deleite y de la vida  
Que no tiene ni hoy ni ayer.

Esa inagotable fuente  
Que insaciables, delirando  
Mi corazón y mi mente  
Van buscando en el vivir;  
Cuya agua sola el abismo  
Insondable de pasiones  
Calmar podrá que en mí mismo  
Palpitante siento hervir.

¡Oh! la tierra me fastidia  
Con sus mezquinos afanes,  
Con su miserable envidia,  
Con su odiosa ingratitud,  
Con el humo de su gloria,

Con sus frívolos amores,  
Con su ambición irrisoria,  
Con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura  
De su gozo y sus deleites,  
Que refrigerio ni hartura  
Jamás á mi labio dan;  
Todo cuanto loco en ella  
Apetezco y acaricio,  
Y hasta el beso de la bella  
Que busqué con tanto afán.

Junto á ti mi pensamiento  
Algo tiene de divino:  
En todo ser y elemento  
Columbra el soplo de Dios;  
Y la vida de la muerte  
Surgir ve, armónico el orden,  
Del aparente desorden  
La luz viva del caos.

Tu voz, oh Plata estupendo,  
Gigantesca habla un idioma  
Que me deleita y comprendo,  
Que nunca en el mundo oí;  
Hay en ella una armonía  
Que mi espíritu apetece,  
Un arrullo que adormece  
Lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,  
Cabalgar sobre tus ondas,  
Y de tus entrañas hondas  
Los misterios descubrir,  
Y en el raudal torbellino  
De la tormenta engolfarse,  
En su atmósfera bañarse  
Y de su vida vivir!

Me place con el Pampero  
Esa tu lidia gigante,  
Y el incansable hervidero  
De tus olas á mis pies;  
Y la espuma y los bramidos  
De tu cólera soberbia,  
Que atolondran mis sentidos,  
Llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma  
Dormir, como suele á veces  
Dormitar tranquila mi alma  
Ó mi vida material;  
Cuando la luna barniza  
Tu faz de plata, y jugando,  
El aura apenas te riza  
La melena de cristal.

Me places, como el Océano  
Tu rival en poderío,  
Cuando lo surcaba ufano  
En mi albor de juventud;  
Con el corazón de luto  
Pero con alma nutrida  
De savia fértil de vida,  
De fe y sueños de virtud.

Me places, cual la llanura  
Con su horizonte infinito,  
Con su gala de verdura  
Y su vaga ondulación;  
Cuando en los lomos del bruto  
La cruzaba velozmente,  
Para aturdir en mi mente  
La febril cavilación.

Y te quiero, oh Plata, tanto  
Como te quise algún día,  
Porque tienes un encanto

Indecible para mí;  
Porque en tu orilla mi cuna  
Feliz se meció, aunque el brillo  
Del astro de mi fortuna  
Jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo  
Más dichoso de mi vida,  
Como reliquia querida  
De lo que fué y ya no es;  
Como la tumba do yacen  
Esperanzas, ambiciones,  
Todo un mundo de ilusiones  
Que vi en sueño alguna vez.

Oh Plata, al verte gigante,  
Me agiganto, iluso siento  
La emoción y arrobamiento  
De un inefable placer,  
Y mi vida incorporarse  
Con la tuya turbulenta,  
Y en inmortal transformarse  
Mi perecedero ser.

Si algo pedirte pudiera,  
Si me oyese, en tus ondas  
Sepulcro encontrar quisiera,  
Mi cuerpo entregarte, sí;  
Para que no viese el hombre  
Sobre lápida ninguna  
Jamás escrito mi nombre  
Ni preguntase quién fui.

EL POETA ENFERMO.

¡Oh juicio divinal!  
Cuando más ardía el fuego  
Echaste el agua.

*Forge Manrique.*

El sol fulgente de mis bellos días  
Se ha oscurecido en su primer aurora,  
Y el cáliz de oro de mi frágil vida  
Se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo  
Mi vida yace moribunda y triste,  
Y el sacro fuego, inspiración divina  
Devora mi alma.

¡Don ominoso! en juventud temprana  
Yo me consumo, sin que el canto excelso,  
Eco sublime de mi dulce lira,  
Admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas Musas  
Me prometieron, y guirnalda bella  
Á la sien tierna de la patria mía  
Yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta  
Con mano impía los frondosos ramos;  
Que el frío soplo de dolencia infausta  
Hiela mi vida.

Un foco inmenso de divinos ecos  
Mi alma era un tiempo; que el activo soplo  
De las pasiones exhalaba ardiente  
Voces sublimes.

Cuando tocaba en su celeste fuego  
Ardía al punto; el universo un himno  
Era para ella, de armonías puras  
Coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;  
Ángel de muerte de mi lira en torno  
Mueve sus alas, y suspira sólo  
Fúnebre canto.

Como la lumbre del metéoro errante,  
Como el son dulce de armoniosa lira,  
Así la llama que mi vida alienta  
Veo extinguirse.

Adiós por siempre, aspiraciones vanas,  
Vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;  
Adiós, del mundo lisonjeras glorias,  
Deleites vanos.

Adiós, morada de tiniebla y llanto,  
Tierra infeliz que la virtud repeles,  
Y desconoces insensata al genio  
Que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura  
Se halló oprimida; peregrino ignoto,  
Por ti he pasado y sin pesar ninguno  
De ti me alejo.

Lira enlutada melodiosa entona  
Funeral canto; acompañadla gratas,  
Musas divinas; mi postrer suspiro  
Un himno sea.

CONTESTACION.

¡Ah! Ya agostada  
Siento mi juventud, mi faz marchita,  
Y la profunda pena que me agita  
Ruga mi frente, de dolor nublada.

HEREDIA.

Feliz tú, que de bellas ilusiones  
Sin cesar halagado, á las visiones  
Inefables del alma  
Librar puedes tu ardiente fantasía,  
Y de éxtasi embriagar y de armonía  
Tu corazón en calma.

Feliz tú, que aspirando el aura pura  
Del majestuoso Plata, la hermosura  
Contemplas de la luna,  
Que asoma melancólica su frente,  
Como gentil beldad que de amor siente  
La congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,  
Oyes sólo el susurro misterioso  
De las olas serenas,  
Que al rayo de la luna resplandecen,  
Y en cadencia armoniosa se adormecen  
Sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo  
Hasta el trono de Dios levanta el vuelo,  
Y olvidada del mundo  
Escucha la armonía soberana  
Que de su eterna gloria eterna mana  
Cual venero fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente  
En esa viva, inagotable fuente  
Que al universo anima,  
Y con alas de fuego divagando  
El infinito abarca, y remontando  
Más y más se sublima.

¡Quién como tú pudiera, el pecho lleno  
De esperanza y de fe, por el ameno  
Camino de la vida  
Espaciar sus miradas halagüeñas,  
Y ver por todo imágenes risueñas,  
Como en la edad florida!

¡Quién en su lira modular sonora  
Dulce amor y amistad consoladora,  
Tesoros celestiales;  
Y al son de la hechicera melodía  
Derramar esperanza y alegría  
En los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú, que atrás dejando  
Un pasado feliz, y contemplando  
El porvenir brillante,  
Un mundo de esperanzas y delicias  
Ante tus ojos ves, y no codicias  
Nada al vulgo anhelante.

Mi juventud también tuvo visiones  
De ambición y de gloria, y mil pasiones  
Terribles le agitaron;  
Amor fué su delirio y su ventura,  
Y en brazos apuré de la hermosura  
Delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba  
El feroz huracán de cumbre altiva,  
Al impulso violento  
De fogosas pasiones, abatida

Cayó mi juventud, que solo vida  
Tiene para el tormento.

¡Oh si en himnos de excelsa poesía  
Yo pudiera el torrente de armonía  
Exhalar de mi pecho,  
Ó en tristes tonos modular suaves  
De mi fiero dolor las ansias graves,  
Las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mía  
Al eco de la tuya se uniría  
En soberano coro,  
Y esos pechos de bronce casi yertos  
Latirían oyendo los conciertos  
De vuestra lira de oro.

Pero, vano delirio, mi destino  
Es batallar con el dolor contino  
Hasta que suene la hora;  
Y consumirme en agonía lenta,  
Como el ave inmortal que en sí alimenta  
Fuego que la devora.

CREPÚSCULO EN EL MAR.

Antes de expirar el día  
Vi morir á mi esperanza.

ZARATE.

Allá en el horizonte el rey del día  
Su frente hunde radiosa,  
Y por el vasto espacio va flotando  
Su cabellera de oro luminosa.

De arboles vistosos y cambiantes  
Se adorna el firmamento,

Que entre negros celajes se confunden  
En su brillante airoso movimiento.

Y poco á poco sus inmensas alas  
La noche va extendiendo,  
Y con manto de duelo los adornos  
Y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones  
Ven la imagen sombría,  
De la esperanza que los sustentaba,  
Desvanecerse con la luz del día.

Y la hora en que yo veo de mi vida  
La trama deshacerse,  
Y el porvenir glorioso que la halaga,  
Como el cielo entre sombras esconderse.

En que yo digo adiós á la esperanza  
Y á los gozos del mundo,  
Y con incierto paso y sin vigia  
Marcho por un desierto tremebundo.

En que contemplo mi fugaz aurora  
Sin lucir disiparse,  
Y las lozanas flores de mi vida  
Sin exhalar perfume deshojarse.

En que á la vez mis bellas ilusiones  
Toman cuerpo, se abultan,  
Tocan la realidad, y desmayadas  
En crepúsculo negro se sepultan.

Mayo 1830.

MI DESTINO.

Oui, je mourrai: déjà ma lyre en est en deuil.  
Jeune, je m'éteindrai, laissant pas de mémoire.

V. Hugo.

Presa de mil dolencias  
El corazón marchito,  
Á veces angustiado  
Me concentro en mí mismo,  
Y voz secreta escucho  
Decirme estremecido:  
«En juventud temprana  
Morir es tu destino.»

«Antes que el lauro sacro  
Se entrelace y el mirto  
En tu lozana frente,  
Sufrirás el martirio  
Que al que nació poeta  
Reserva el hado impío;  
Que en juventud temprana  
Morir es tu destino.»

De Prometeo el fuego  
Arde en mi seno altivo;  
Un buitre despedaza  
Mi pecho enardecido,  
Y mi existencia llena  
De angustias y conflictos;  
Que en juventud temprana  
Morir es mi destino.

Á cada instante veo  
El tenebroso abismo  
De la tumba á mi planta,

Y el pensamiento mío  
Replega al contemplarlo  
Sus alas abatido;  
Que en juventud temprana  
Morir es mi destino.

Con el mirar profundo  
De espíritu divino,  
Mi genio el universo  
Abarca y lo infinito;  
Pero voz ominosa  
Me repite al oído  
Que en juventud temprana  
Morir es mi destino.

Como la flor del campo  
Que el inflamado estío  
Agosta en el momento  
De desplegar sus visos;  
Así se han marchitado  
Mis juveniles bríos:  
Que en juventud temprana  
Morir es mi destino.

¿Qué importa que llenase  
De fuego peregrino  
Mi pensamiento el cielo,  
Si soplo fugitivo,  
Exhalación errante,  
Al nacer ya me extingo,  
Si en juventud temprana  
Morir es mi destino?

Mi corazón desmaya  
De dolor consumido,  
Y mis fugaces días,  
Sin ostentar su brillo,  
Se eclipsan y descienden  
Á la mansión de olvido:

Que en juventud temprana  
Morir es mi destino.

23 Octubre 1831.

HIMNO AL DOLOR.

Nada se hace en la tierra sin motivo, y  
de la tierra no nace el dolor.

Las cosas que antes no quería tocar mi  
alma, ahora por la congoja son mi co-  
mida.

*Job.*

Devora, fiera insaciable,  
Monstruo ó demonio execrable  
Que avasallas la creación;  
Devora como lo has hecho,  
Si no te hallas satisfecho,  
Con furor aun más deshecho,  
Mi robusto corazón.

Cebe, cebe en mis entrañas  
Con más rencorosas sañas,  
Tu furia el diente voraz,  
Y en ellas continuo asida,  
Como el cáncer á la herida,  
Lo que me resta de vida  
Consuma en su afán tenaz.

Roe, roe; tu constancia  
No abatirá mi arrogancia,  
Ni mi orgullo tu furor.  
Nada, nada desconhorta  
Un corazón que conforta  
Alma grande á quien importa  
Poco placer, mundo, amor.

Roe, roe, y en mi seno  
Tu mortífero veneno  
Derrama: no he de gemir;  
Y cual Jacob, sin testigo  
Contra el ángel enemigo  
Lucharé firme contigo  
Hasta vencer ó morir.

No temas, no, que me espante  
Tu fuerza y poder gigante,  
Aunque frágil caña soy.  
Mi alma es símil á la roca  
Cuya frente el cielo toca  
Y la tempestad provoca,  
Siendo mañana lo que hoy.

Hollada la sierpe, vibra  
Su dardo, hiere y se libra  
Del villano pie veloz;  
Ó sobre el tigre enroscando  
Su flexible cuerpo blando,  
Lucha incansable, burlando  
Su instinto y saña feroz.

Devora: tu fiero brío  
Yo provoco y desafío  
Armado de mi razón;  
Yo, masa de vil arcilla,  
Yo, flor que un soplo amancilla,  
Trama débil y sencilla,  
Despojo de la creación;

Yo, miserable gusano,  
Luz que alienta efluvio vano,  
Insecto, chispa mortal;  
Yo, menos que un ente aerio,  
Yo, esclavo vil de tu imperio,  
Yo, polvo, nada, misterio.....  
Nacido en hora fatal;

Yo te provoco: descarga  
Sobre mí con mano larga  
Tus iras: yo callaré;  
Y sellando como el sabio  
Á toda queja mi labio,  
Cual firme monte á tu agravio  
Inmible siempre estaré.

Yo te provoco: Dios eres,  
Dios terrible que á los seres  
Impones tu dura ley;  
Dios, que su furia sedienta  
Con gemidos alimenta,  
Como el oso su cruenta  
Zarpa en indefensa grey.

Dios inexorable y fuerte  
Que divides con la muerte  
El vasto imperio del mal,  
Desde que el hombre perverso,  
En oscuro día adverso,  
Fué lanzado al universo  
Del crimen con la señal.

Yo te provoco: al infierno  
Pide su penar eterno,  
Su angustia y noche sin fin,  
Su exquisito sentimiento,  
El vivaz remordimiento,  
La congoja y el tormento  
Del soberbio serafín.

Pídele con sus delirios  
Sus indecibles martirios,  
El hielo y llama voraz;  
La sed, la rabia y despechos  
De los más precitos pechos  
Y aquellos marmóreos lechos  
Do no hay dueño ni solaz.

Pide también á la tierra  
Cuantos dolores encierra,  
Cuanto ha y debe padecer;  
Y sobre mí con violencia  
Lanza toda su inclemencia;  
Que de mi alma la excelencia  
No se dejará vencer.

Yo te provoco: cuatro años  
Los tormentos más extraños  
Probaste iracundo en mí;  
Agostando de mi vida,  
De mi juventud florida,  
La fuente excelsa, que henchida  
De un mundo de glorias vi.

Yo te provoco: cuatro años  
De mil y mil desengaños  
Me hiciste apurar la hiel;  
Y en un páramo desierto,  
Do todo era negro y yerto,  
Me dejaste al descubierto  
Presa de borrasca cruel.

Yo te provoco: tu mano  
De mis fatigas temprano  
La copiosa mies segó,  
Dejándome los abrojos,  
Para doblar mis enojos,  
Y el recuerdo y los despojos  
De un tiempo feliz que huyó.

Yo te provoco: ¿qué males,  
Qué ansias ó penas fatales  
Me podrán sobrevenir  
Que no haya firme sufrido?  
¿Qué pasión no habré sentido?  
¿Qué idea no habré podido  
Grande ó noble concebir?

Mi espíritu en su carrera  
Ha recorrido la esfera  
De lo terrestre y lo ideal;  
Visto su forma desnuda  
Y sondado sin ayuda  
Los abismos de la duda  
Del bien, la virtud y el mal.

Cuando los otros, insanos,  
A pensamientos livianos  
El juvenil brío dan;  
Y en el labio la sonrisa,  
Con inquietud indecisa,  
Flores de la vida aprisa  
Deshojando torpes van,

Mi corazón de tormentas  
Desatadas y violentas  
Sufrido había el rigor;  
Y laso en un solo día,  
Muerto al placer y alegría,  
Dicho, en su congoja, había  
Adiós eterno al amor.

En la edad en que sin tino  
Del error por el camino  
Mueve tropezando el pie  
La turba insana, y apura,  
Su vida en tiniebla obscura,  
Del placer la copa impura  
Que vacía siempre ve,

Ya mi espíritu ambicioso  
Para su ardor generoso  
Buscaba un nuevo manjar;  
Y en sus vuelos soberanos,  
Libre de brazos mundanos,  
De la creación los arcanos  
Osaba altivo indagar.

Como en un espejo terso  
Reflejaba el universo  
Sus maravillas en él:  
Nada, nada se encubría  
A la inteligencia mía,  
Y mi ardiente fantasía  
Era un mágico pincel.

Gloria, gloria era el acento  
Que en el cielo, tierra y viento  
Yo escuchaba resonar;  
Gloria mi pecho exhalaba,  
Gloria durmiendo soñaba,  
Y su fantasma miraba  
Doquier como astro brillar.

Ella me llevara ufano  
A contemplar del Oceano  
El tempestuoso furor;  
Ella entre cultas naciones  
A buscar dignas lecciones  
De graves meditaciones;  
Nuevo alimento a mi ardor.

¿Dónde se fué tanto sueño,  
Porvenir tan halagüeño,  
Tanta sublime pasión?  
¡Dolor impío! Triunfante  
Tu brazo asoló pujante  
El edificio gigante  
Que labrara mi ambición.

Tú agotando poco a poco  
Has ido el ardiente foco  
De luz que mi alma abrigó,  
Y con tu soplo de muerte  
Convirtiendo en masa inerte  
Una edad joven y fuerte  
Que mil frutos prometió.

¿Qué esperanza me has dejado,  
Qué idea no has sofocado  
En mi espíritu al nacer?  
¿Qué pasión ó sentimiento  
No me has trocado en tormento?  
¿Qué amor ó contentamiento  
En hastío ó desplacer?

¿Qué ilusión ó dulce engaño  
En funesto desengaño?  
¿Qué dicha en triste pesar?  
¿De qué angustia no has cercado  
Mi corazón desolado?  
¿Qué lágrima no has helado  
En mis ojos al brotar?

Nobles y grandes pasiones,  
Pensamientos y visiones  
Sublimes, gran porvenir;  
Estudios, vigilias largas,  
Siempre fastidiosas cargas  
Para débil cuerpo, amargas  
Horas de obscuro vivir

Y de frío desaliento;  
Todo, todo en un momento  
¡Oh inescrutable dolor!  
Para mí estéril ha sido,  
Grano en el agua esparcido;  
Y en fuente lo has convertido  
De despecho y amargor.

¿Qué aflicción ó desventura  
Podrá parecerme dura?  
¿Qué puedes robarme ya?  
¿Qué placer del mundo activo  
Puede tener atractivo  
Para mi pesar esquivo?  
¿Qué llenar mi alma podrá?

Ven, ven, oh dolor terrible;  
De tu poder invisible  
Haz un nuevo ensayo en mí;  
Verás que un alma arrogante  
Es como el duro diamante,  
Que siempre brilla flamante  
Sin admitir mancha en sí.

Ven, oh dolor, en silencio;  
Ven, pues ya te reverencio  
Como á genio bienhechor,  
Que mueve influjo divino;  
No cual numen que previno  
Inexorable destino  
Para venganza y terror.

Como animando la tierra  
El aire impuro destierra  
Con su ardiente rayo el sol;  
Así tú, oh dolor fecundo,  
Lacerando el cuerpo inmundo  
Que se ase reptil al mundo,  
Eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas,  
La limpias y purificas  
De la escoria material,  
Sublimando la excelencia  
De su peregrina esencia,  
Hasta darle una potencia  
Divina, excelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza,  
Su constancia y su grandeza  
En el yunque del sufrir,  
El triunfo glorificando  
Del que contigo luchando  
Sufre y calla, sofocando  
De sus huesos el gemir.

Sin tu influjo, el hombre henchido  
De vanidad, sumergido  
Yace en el mar del placer,  
Y cree en su delirio ufano,  
Cuando se arrastra gusano,  
Tierra y cielo soberano  
Sujetar á su poder.

Ven, que tal vez atesora  
Alguna fibra sonora  
Mi pecho, aun lleno de ardor;  
Que á tu inhumana porfía  
Exhalará una armonía  
Capaz de darme alegría  
Y de vencerte, oh dolor.

Ven luego; que una alma noble  
Firme, incontrastable, inmoble,  
Es contra la adversidad  
Como el Oceano sublime,  
Que de ley común se exime,  
En cuya frente no imprime  
Mancilla el tiempo, ni edad (1).

Sep. 1834.

#### LA AUSENCIA.

Fuése el hechizo  
Del alma mía,  
Y mi alegría  
Se fué también:  
En un instante

(1) Hemos hallado la explicación filosófica de este himno en el siguiente comentario de Kant al conocido dicho del estoico: «Oh dolor, jamás confesaré de ti que eres un mal». «Razón tenía el estoico, exclama aquél: lo que sentía y le arrancaba gritos era el mal físico, no el mal moral, incapaz para con él; porque el dolor no apoca la dignidad del hombre, y cuando más, modifica su estado. Pudo dejarse vencer del abatimiento; pero lejos de eso, hizo cobrar el dolor mayor espíritu y exaltación, porque tenía conciencia de no haber cometido injusticia ni maldad, y de no merecer, por consiguiente, castigo alguno.»—(El A.)

Todo he perdido:  
¿Dónde te has ido,  
Mi amado bien?

Cubrióse todo  
De obscuro velo  
El bello cielo  
Que me alumbró,  
Y el astro hermoso  
De mi destino  
En su camino  
Se obscureció.

Perdió su hechizo  
La melodía  
Que apetecía  
Mi corazón.  
Fúnebre canto  
Sólo serena  
La esquiva vena  
De mi pasión.

Doquiera llevo  
Mis tristes ojos,  
Hallo despojos  
Del dulce amor;  
Doquier vestigios  
De fugaz gloria,  
Cuya memoria  
Me da dolor.

Vuelve á mis brazos,  
Querido dueño;  
Sol halagüeño  
Me alumbrará:  
Vuelve tu vista,  
Que todo alegre;  
Mi noche negra  
Disipará.

LA DIAMELA.

Dióme un día una bella porteña,  
Que en mi senda pusiera el destino,  
Una flor cuyo aroma divino  
Llena el alma de dulce embriaguez;  
Me la dió con sonrisa halagüeña,  
Matizada de puros sonrojos,  
Y bajando hechicera los ojos,  
Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla  
Como don misterioso del cielo  
Que algún ángel de amor y consuelo  
Me viniese, durmiendo, á ofrecer;  
En mi seno inflamado guardéla,  
Con el suyo mezclando mi aliento,  
Y un hechizo amoroso al momento  
Yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, doquiera que miro  
Allí está la diamela olorosa,  
Y á su lado una imagen hermosa  
Cuya frente respira candor;  
Desde entonces, por ella suspiro,  
Rindo el pecho inconstante á su halago,  
Con su aroma inefable me embriago,  
Y á ella sola consagro mi amor.

LA LÁGRIMA.

Enjuga, enjuga esa preciosa perla  
Que para herir cristalizó el amor:  
Ella deslumbra el corazón, que al verla  
Hierve de nuevo en criminal ardor.

No venga, no, de tus hermosos ojos,  
Astros de vida, el brillo á obscurecer;  
No venga infausta á presagiar enojos,  
Ni amortiguar su bello rosicler.

Chispa divina del sagrado fuego  
Que infundió á tu alma celestial piedad  
Ella es, y deja al desdichado ciego  
Que vaga envuelto en triste obscuridad.

¿Por qué llorar? De las pasiones fieras  
Tú no has sentido el devorante ardor;  
Siempre te halagan auras lisonjeras,  
Nunca te asalta el frígido escozor.

¿Por qué llorar? Un misterioso velo  
Te encubre aún arcanos del vivir;  
Tu alma es más pura que la luz del cielo,  
Todo á tu anhelo miras sonreír.

¿Por qué llorar? Impresa en la memoria  
No llevas, no, la sombra del pesar;  
Gozas de un ángel la inefable gloria,  
Tu sueño guarda un ángel tutelar.

Mas ¡ay! que veo tu pupila ardiente  
Toda anegada en lloro virginal;  
Mas ¡ay! que asoma en tu lozana frente  
Del infortunio el precursor fatal.

Dale á mi mano el enjugar tus ojos;  
Mas ¡ah! que vierten fuego abrasador;  
Y yo, insensato, para más enojos,  
Ni llorar puedo ni sentir amor.

ÚLTIMO CANTO DE LARA.

Revestida de púrpura fulgente,  
En el diáfano Oriente  
La aurora aparecía y anunciaba,  
Bañando en su esplendor la inmensa esfera,  
Al gran planeta que en el orbe impera;  
Cuando el cómitre audaz clamó impaciente,  
Y la marina gente,  
Desplegando veloz los anchos linos  
Que dilata el pampero, en vuelo suave  
Se desliza la nave  
Por los senos del Plata cristalinos.

Todos sienten la ausencia, y silenciosos  
Tienden la vista por la playa ansiosos:  
No hay quien no dé un recuerdo ó un suspiro,  
Quien no traiga en secreto á la memoria  
Algún instante de delicia y gloria,  
Alguna imagen dulce: no hay quien mire  
Desparecer con ojo indiferente  
La ribera natal, la tierra amiga  
Que los objetos de su amor abriga.

Sólo uno está sereno; su semblante,  
Joven aún, pero sombrío y triste,  
Sólo demuestra indiferencia fría,  
Y en su marchita frente,  
Como herida de rayo omnipotente,  
Se ve de las pasiones elevadas  
La traza profundísima y radiante:  
Empero por las olas vaga inquieta,  
Su vista sin cesar, como sujeta  
Á poderosa magia, y contemplando  
El incansable hervor que las agita,  
Al que reina en su pecho semejante,  
Animarse parece, y en sus ojos

Y en su pálida faz brilla un instante  
El destello fugaz de la alegría,  
Y á la ilusión cediendo encantadora  
Que á su abatida mente aliento inspira,  
Al son fugaz de la armoniosa lira,  
Canta con voz sonora,  
Mientras luchando con las ondas fieras  
Se abre camino la sonante prora:

—Al fin respiro libre  
En tu agitado seno,  
Oh Plata caudaloso.....  
Al fin mi pensamiento borrascoso  
Vino á gozarse en medio del tumulto  
De tus ondas altivas nuevamente;  
Á olvidarse del mundo y los pesares  
Como otro tiempo en medio de los mares ;  
Á contemplar la férvida corriente  
Que hirviendo siempre amenazante gira,  
Y á celebrar tu nombre y tu grandeza  
Con plectro de oro y resonante lira.

Un hijo de tus playas te saluda,  
Oh padre de los ríos y á pagarte  
De admiración tributo generoso  
Viene desde su albergue silencioso.  
La inmensidad de tus sonoras aguas  
Ante los ojos míos hoy dilata,  
Grande, sublime, majestuoso Plata,  
Para que pueda mi inspirada mente  
Abarcar tu grandeza, y por el orbe,  
En alas de la fama y de la gloria,  
Llevar de tus portentos la memoria.

Corres sereno y con augusto paso,  
Bañando la mitad de un continente,  
Y llevas de tus aguas el torrente  
Al atónito mar por boca inmensa,  
Que temible y airado y no pudiendo

El impetu feroz de tu pujanza  
Sufrir ni tu soberbia, se abalanza,  
Te hace guerra, te impele, y rebramando  
Á tu cauce rehuyes anchuroso,  
Y en su límite estrecho no cabiendo,  
Hierves enfurecido y te levantas,  
Como fiero gigante,  
Sacudiendo las crines espumosa  
Hasta las nubes, y con voz tronante  
Á la tierra y al cielo á un tiempo espantas.  
Mas llegan en tu ayuda tributarios  
El Uruguay y Paraná famosos,  
Con curso dilatado, tempestuosos,  
Y uniendo á tu corriente su corriente,  
Con fuerza irresistible  
Arrollas dilatando victorioso,  
Hasta el abismo inmenso de los mares,  
La inmensa voz de tu poder ingente.

¿Quién al mirarte, oh Plata, no se asombra?  
¿Quién no siente elevarse si te nombra?  
Como Oceano inmenso te presentas  
Rodeado de peligros y tormentas,  
Y la atónita vista busca en vano  
El límite que pone soberano  
Á raya tu furor: doquiera torno,  
Hallo tu faz plateada, escucho el eco  
Aterrador salir con poderío  
De tu seno profundo,  
Dilatando tu nombre por el mundo;  
Veo hervir en mi torno  
Tus aguas espumosas, y encantado  
Creo mirar el impetuoso brío  
Del Atlántico inmenso. Y tú eres río;  
Pero río famoso, que triunfando  
De la saña del tiempo y de la muerte,  
Eterno vivirás, y á las edades  
Y á los remotos siglos la memoria  
Llevarás de tu patria y de tu nombre,

Con trompa resonante de victoria  
Que al universo asombre.

Tú fuiste el numen titular que un día  
Inspiraste á mi ardiente fantasía  
El canto soberano;  
Por ti la lira resonó en mi mano  
Y se elevó mi espíritu á la cumbre  
Do no alcanza la necia muchedumbre....  
Por ti mi mente ardía,  
Y del estrecho círculo anhelaba  
Salir que la ceñía;  
Por ti con raudo vuelo se elevaba  
Y en la cumbre veía  
Resplandecer los nombres  
Coronados de lauro omnipotente  
De los héroes famosos que la historia  
Con eco sempiterno á las edades  
Lleva de gente en gente,  
Y osó aspirar á la suprema gloria.

Tú llenaste mi pecho del ardiente  
Deseo de la fama, y me llevaste  
De mis paternos lares  
Al borrascoso seno de los mares,  
Y allá do los imperios y naciones  
Ostentan vanidosos....  
De su nada y su gloria los blasones.

Al fin he vuelto á ti, ¡cuán diferente  
De lo que fui! Mi desolada mente  
Nada encuentra en la tierra que la halague:  
Voló en pos de falaces ilusiones  
Y encontró desengaños:  
Buscó anhelosa ideales perfecciones,  
Y sólo halló la realidad terrible,  
El esqueleto lívido y horrible  
De lo que es, y envuelto en el torrente  
Del destino común de los mortales,

Mi triste corazón lleva consigo  
Del pesar enemigo,  
Del tedio y la aflicción los crudos males.

Adiós, Plata grandioso, los acentos  
De mi lira sonora  
Al murmullo incesante de tus ondas  
Ya no se mezclarán; la voz canora  
Del cisne de tus plácidas riberas  
Va á extinguirse por siempre. ¿Quién tu nombre  
Celebrará y grandeza? Ya el sepulcro  
Frió me espera en mi temprana aurora;  
Cual meteoro fugaz voy á ocultarme.  
¡Oh, si me fuera dado sepultarme  
En tus ondas amigas y que el hombre  
Repitiese mi nombre cual tu nombre!  
Adiós, por siempre, adiós, Plata grandioso;  
De un hijo de estas playas generoso  
El adiós postrimer recibe en tanto  
Y de mi lira el postrimer canto.—

Cesó de Lara el canto, y ya la prora  
La corriente sonora  
Del Uruguay surcaba majestuoso,  
Y el luminar grandioso  
En el rojo horizonte se escondía,  
Serenó derramando  
Amortiguada lumbre y el imperio  
De la región antártica dejando  
Al triste nuncio de la noche umbría.  
Hora infeliz al corazón que sufre,  
Hora menguada en que naturaleza  
Del velo funeral de la tristeza  
Se cubre toda, y en que el alma triste  
Siente un vago temor sobrecogida,  
Cual si viese en los pálidos desmayos  
De los menguantes rayos  
El postrimer adiós de la esperanza  
Ó el último suspiro de la vida.

¿Y adónde Lara va; dónde dirige  
Sus pasos hoy? ¿Va acaso vagabundo  
Cual otro tiempo á recorrer el mundo  
En busca de ilusiones? ¿Va anheloso  
De encontrar la verdad en los desiertos,  
Contemplando la pampa y maravillas  
De la naturaleza? No, angustioso  
Va á buscar la salud en las orillas  
Apacibles del Negro (1). Allí lo lleva  
La esperanza feliz de hallar consuelo  
Al mal que lo devora en otro cielo,  
En clima más benigno. Allí la calma  
Á la continua agitación de su alma  
Juzga que encontrará. ¡Vano delirio!  
Corre en sus venas la letal ponzoña;  
Va con él su tormento y su martirio.  
¡Desdichado de aquel que perdió un día  
La paz del corazón y que consigo  
Del desengaño cruel lleva la imagen;  
Del que en su ardiente y loca fantasía  
Á ilusiones falaces diera abrigo,  
Y fantásticas formas persiguiendo  
Perdió su juventud; se mira al cabo  
Del largo viaje solitario y triste,  
Sin encontrar el venturoso puerto,  
Cual peregrino en medio del desierto,  
Y burlado en su afán, en ningún sitio  
Halla reposo á su enemiga suerte,  
Y rodeado de angustias y pesares  
Vive con su dolor como en los mares  
El alción solitario, y sin amigos,  
Hasta que viene á su clamor la muerte!

Tal es el mal de Lara. Ya venía  
Armado de rigor el triste invierno;  
El frígido pampero por los campos

(1) Río de la República del Uruguay, á cuya margen está situada la ciudad de Mercedes.

Su soplo asolador ya derramaba,  
Y con la hojosa pompa de los bosques  
El suelo amarillento se vestía.  
Huye la golondrina, huyen las aves  
A región más benigna, y ya no se oyen  
Sino tristes gemidos en los sitios  
Do resonó poco antes la alegría.

Muere la pompa que ostentó el verano;  
Mueren de Flora las vistosas galas,  
Que amortiguado el resplandor Febeo  
A sus débiles restos no da vida,  
Y de tanto ornamento y hermosura  
No quedaron bien pronto ni vestigios.  
Así mueren también las esperanzas  
Que el hombre alimentó; les falta el fuego  
De la ilusión feliz, y desmayadas  
Caen como flores que marchita el hielo  
Y cual humo fugaz se desvanecen.

Así se disiparon bien temprano  
Las que daban vigor á tu existencia,  
Cuitado Lara: la fatal dolencia  
Tu ufana juventud ha sorprendido  
Cuando empezaba á desplegar su pompa,  
Y confuso ora ves ante tus ojos,  
De su dura inclemencia hecho despojos,  
El trabajo y afán que consagrabas  
Á hacerla fértil y fecunda un día.  
Así en la edad de la ambición ardiente  
En su amarga aficción ningún deseo  
Ni esperanza feliz Lara alimenta:  
Todo mira con ojo indiferente  
Su triste corazón, y nada siente  
Más que la herida cruel que lo atormenta.

Cuando los otros en triviales juegos  
Pasan los años de su infancia larga,  
Su corazón sensible desplegara

Un mundo de pasiones: corrió ansioso  
En pos de un atractivo falacioso,  
Y engolfado en su piélago profundo,  
Perdió inexperto sin timón ni guía  
Por siempre su inocencia y su alegría.

De su edad juvenil fueron amigos  
La soledad esquiva y el retiro:  
Cuando los otros impacientes vuelan  
Tras el placer fugaz, él solo hacía  
Su deleite, su gloria y su recreo  
De pensar solitario; y asentado  
Bajo el dosel de la enramada umbría,  
Ya en la margen del Plata, ya abrigado  
Del manto de la noche y en los sitios  
Que circunda el terror....

Así los pasatiempos esquivando  
Creció su juventud como la eucina  
Solitaria y robusta que domina  
Las cumbres más soberbias: el halago  
Del mundo seductor, ni los prestigios  
De la beldad risueña, encantadora  
Que el juvenil torrente insano adora,  
De su burlado corazón la calma  
Pudieron perturbar: solo con su alma,  
Impasible y sereno alimentando  
Las ansias de su pecho y sus pasiones  
Ardientes, con felices ilusiones  
De renombre y de gloria caminaba....

Á MI GUITARRA. ®

(FRAGMENTO.)

Tú, que has sido siempre  
Mi fiel compañera,

Justo es que te cante,  
Sonora vihuela.  
La dulce armonía  
Que exhalan tus cuerdas,  
Cuando enajenada  
Te pulsa mi diestra,  
Justo es que celebre  
Mi musa halagüeña,  
Pues endulza siempre  
Mis amargas penas.  
Cuando enfurecida  
La negra tristeza  
Devora mi pecho,  
De angustias me llena,  
Te tomo en mi mano,  
Te pulsa mi diestra,  
Y al oír tu armonía  
La fiera se aleja.  
Halaga mi oído,  
Que suenen tus cuerdas  
De amor y ternura  
Las dulces endechas.  
Y me digo entonces:  
Pues que amar se niega  
Mi burlado pecho,  
De tus dulces cuerdas  
Oigamos al menos  
De amor las endechas,  
Que el que amando vive  
Sufre muchas penas.

Ora suave cantes,  
Ora más severa  
Eficaz preludies  
Las pasiones fieras;  
Ora el paso sigas  
De la danza suelta,  
Graciosa imitando  
Sus giros y vueltas;

Ora la voz dulce  
De alguna belleza  
Acompañes suave,  
Siempre me enajenas.  
Así es que te adoro,  
Sonora vihuela,  
Con igual cariño  
Que amante á su bella,  
Y elevarte quiero  
Mas que las estrellas,  
Al tono cantando  
De tus dulces cuerdas  
Sonoras odas  
Y canciones tiernas.  
Tú, que has sido siempre  
Mi fiel compañera,  
Serás de hoy mi numen,  
Mi lira suprema.

LA CAUTIVA.

PRIMERA PARTE.

El desierto.

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes. El desierto  
Inconmensurable, abierto,  
Y misterioso á sus pies  
Se extiende, triste el semblante,  
Solitario y taciturno,  
Como el mar, cuando un instante,  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades,  
Del ave y bruto guaridas,  
Doquier cielo y soledades,  
De Dios sólo conocidas,  
Que él sólo puede sondar.

Á veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante,  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento ligeras,  
Lo cruza cual torbellino  
Y pasa; ó su *toldería* (1)  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el día.....  
Duerme..... tranquila reposa.....  
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas  
Sublimes, y á par sencillas,  
Sembró la fecunda mano  
De Dios allí! ¡Cuánto arcano  
Que no es dado al vulgo ver!  
La humilde hierba, el insecto,  
La aura aromática y pura,  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anochecer,

Las armonías del viento.....  
Dicen más al pensamiento,  
Que todo cuanto á porfía  
La vana filosofía

(1) *Toldería*: el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.—(Nota del autor, lo mismo que todas las que siguen.)

Pretende altiva enseñar.  
¡Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza!  
¡Qué lengua humana alabarlas!  
Sólo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
Reclinaba en occidente,  
Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenos y diáfano el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Esparcía, misteriosa  
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas  
Sus alas de aroma llenas,  
Entre la hierba bullía  
Del campo, que parecía  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra, contemplando  
Del astro rey la partida,  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida  
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí ó allá, en la campaña;  
Bramaba un toro de saña,  
Rugía un tigre feroz:  
Ó las nubes contemplando,  
Como extático y gozoso  
El yajá (1) de cuando en cuando

(1) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

Turbaba el mudo reposo  
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
Que el vasto horizonte ardía;  
La silenciosa llanura  
Fué quedando más oscura,  
Más pardo el cielo, y en él  
Con luz trémula brillaba  
Una que otra estrella, y luego  
A los ojos se ocultaba,  
Como vacilante fuego  
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,  
Con su claroscuro manto,  
Veló la tierra; una faja  
Negra como una mortaja,  
El occidente cubrió.  
Mientras, la noche bajando  
Lenta venía. La calma  
Que contempla suspirando,  
Inquieta á veces el alma,  
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido  
Que suele hacer el tronido  
Cuando retumba lejano,  
Se oyó en el tranquilo llano

«El *Yajá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado, duro y fuerte con que pelea..... En su canto repite estas voces: *Yajá, yajá*, que significa en guaraní, «vamos, vamos», de donde se le impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir *yajá, yajá*, como si dijeran: «Vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas.» Los que saben esta propiedad del *yajá*, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos.....»

En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

Sordo y confuso clamor;  
Se perdió..... y luego violento,  
Como baladro espantoso  
De turba inmensa, en el viento  
Se dilató sonoro,  
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba,  
Y envuelto en polvo cruzaba  
Como animado tropel,  
Velozmente cabalgando;  
Víanse lanzas agudas,  
Cabezas, crines ondeando,  
Y como formas desnudas  
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
Con su alarido perturba  
Las calladas soledades  
De Dios, do las tempestades  
Sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
Se atreve á hollar el desierto  
Cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
En sus yermos á buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando  
De salvajes, atronando  
Todo el campo convecino.  
¡Mirad! Como torbellino  
Hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
Del bruto que arroja espuma:  
Vaga al viento su melena,  
Y con ligereza suma  
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela,  
Clavando al bruto la espuela,  
Sin mirar al rededor?  
¡Ved! Que las puntas ufanas  
De sus lanzas, por despojos  
Llevan cabezas humanas,  
Cuyos inflamados ojos  
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
Al indomable coraje  
Que abatió su alevosía;  
Y su rencor todavía  
Mira con torpe placer  
Las cabezas que cortaron  
Sus inhumanos cuchillos,  
Exclamando:—Ya pagaron  
Del cristiano los caudillos  
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos (1) do vivieron  
Presas de las llamas fueron,  
Y muerde el polvo abatida  
Su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio,  
Sus mujeres, sus infantes,  
Que gimen en cautiverio,  
Á libertar, y como antes  
Nuestras lanzas probarán.—

Tal decía; y bajo el callo  
Del indómito caballo,  
Crujiendo el suelo temblaba;

(1) Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos.

Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras, la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto  
Su silencio pavoroso,  
Su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE.

El festín.

Noche es el vasto horizonte,  
Noche el aire, cielo y tierra.  
Parece haber apiñado  
El genio de las tinieblas,  
Para algún misterio inmundo  
Sobre la llanura inmensa,  
La lobreguez del abismo  
Donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,  
Por entre las sombras negras,  
Los espíritus foletos  
Con viva luz reverberan,  
Se disipan, reaparecen,  
Vienen, van, brillan, se alejan.  
Mientras, el insecto chilla,  
Y en fachinales (1) ó cuevas  
Los nocturnos animales  
Con triste aullido se quejan.

La tribu aleve entretanto,  
Allá en la Pampa desierta,  
Donde el cristiano atrevido  
Jamás estampa la huella,

(1) Llámense así en la provincia ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

Ha reprimido del bruto  
La estrepitosa carrera;  
Y campo tiene fecundo  
Al pie de una loma extensa,  
Lugar hermoso, do á veces  
Sus tolderías asienta.

Feliz la maloca (1) ha sido;  
Rica y de estima la presa  
Que arrebató á los cristianos:  
Caballos, potros y yeguas,  
Bienes que en su vida errante  
Ella más que el oro precia;  
Muchedumbre de cautivas,  
Todas jóvenes y bellas.  
Sus caballos, en manadas,  
Pacen la fragante hierba;  
Y al lazo, algunos prendidos,  
Á la pica, ó la manea,  
De sus indolentes amos  
El grito de alarma esperan.  
Y no lejos de la turba,  
Que charla ufana y hambrienta,  
Atado entre cuatro lanzas  
Como víctima en reserva,  
Noble espíritu valiente  
Mira vacilar su estrella;  
Al paso que su infortunio,  
Sin esperanza, lamentan,  
Rememorando su hogar,  
Los infantes y las hembras.

Arden ya en medio del campo  
Cuatro extendidas hogueras,  
Cuyas vivas llamaradas  
Irradiando, colorean

(1) Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

El tenebroso recinto  
Donde la chusma hormigüea.  
En torno al fuego sentados  
Unos lo atizan y ceban;  
Otros la jugosa carne  
Al rescoldo ó llama tuestan;  
Aquél come, éste destriza,  
Más allá alguno degüella  
Con afilado cuchillo,  
La yegua al lazo sujeta;  
Y á la boca de la herida,  
Por donde ronca y resuella,  
Y á borbollones arroja  
La caliente sangre fuera,  
En pie, trémula y convulsa,  
Dos ó tres indios se pegan;  
Como sedientos vampiros,  
Sorben, chupan, saborean  
La sangre, haciendo murmullo,  
Y de sangre se rellenan.  
Baja el pescuezo, vacila,  
Y se desploma la yegua,  
Con aplauso de las indias  
Que á descuartizarla empiezan.

Arden en medio del campo,  
Con viva luz, las hogueras;  
Sopla el viento de la pampa,  
Y el humo y las chispas vuelan.  
Á la charla interrumpida,  
Cuando el hambre está repleta,  
Sigue el cordial regocijo,  
El beberaje y la gresca,  
Que apetecen los varones  
Y las mujeres detestan.  
El licor espirituoso  
En grandes vacías echan,  
Y, tendidos de barriga  
En derredor, la cabeza

Meten sedientos, y apuran  
El apetecido néctar,  
Que bien pronto los convierte  
En abominables fieras.  
Cuando algún indio, medio ebrio  
Tenaz metiendo la lengua,  
Sigue en la preciosa fuente  
Y beber también no deja  
Á los que agujian furiosos;  
Otro viene, de las piernas  
Lo agarra, tira y arrastra,  
Y en lugar suyo se espeta.  
Así bebe, rie, canta,  
Y al regocijo sin rienda  
Se da la tribu: aquel ebrio  
Se levanta, bambolea,  
Á plomo cae, y gruñendo  
Como animal se revuelca.  
Éste chilla, algunos lloran,  
Y otros á beber empiezan.  
De la chusma toda al cabo  
La embriaguez se enseñorea,  
Y hace andar en remolinos  
Sus delirantes cabezas.  
Empieza el bullicio entonces  
Y la algazara tremenda,  
El infernal alarido  
Y las voces lastimeras.

Mientras, sin alivio lloran  
Las cautivas miserables,  
Y los ternezuelos niños,  
Al ver llorar á sus madres.

Las hogueras entretanto  
En la obscuridad flamean,  
Y á los pintados semblantes  
Y á las largas cabelleras  
De aquellos indios beodos

Da su vislumbre siniestra  
Colorido tan extraño,  
Traza tan horrible y fea,  
Que parecen del abismo  
Precita, inmunda ralea,  
Entregada al torpe gozo  
De la sabática fiesta (1).  
Todos en silencio escuchan.  
Una voz entona recia  
Las heroicas alabanzas,  
Y los cantos de la guerra.

Guerra, guerra y exterminio  
Al tiránico dominio  
Del huinca (2); engañosa paz:  
Devore el fuego sus ranchos;  
Que en su vientre los caranchos  
Ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,  
Y en su fogoso tordillo  
Salió Brián;  
Pocos eran, y él delante  
Venía; al bruto arrogante  
Dió una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:  
Con la fulminante espada  
Se alzó Brián;  
Grandes sus ojos brillaron,  
Y las cabezas rodaron  
De Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido,

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos.

(2) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ú hombre que no es de su raza.

Como toro enfurecido  
Se encaró;  
Ceño torvo revolviendo,  
Y el acero sacudiendo:  
Nadie acometerle osó.

Valichu (1) estaba en su brazo;  
Pero al golpe de un bolazo (2)  
Cayó Brián  
Como potro en la llanura:  
Cebo en su cuerpo y hartura  
Encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega  
El que vivir quiere esclavo;  
Pero el indio guapo no:  
Chañil cayó como bravo,  
Batallando en la refriega;  
De una lanzada murió.

Salió Brián airado  
Blandiendo la lanza;  
Con fiera pujanza  
Chañil lo embistió;  
Del pecho clavado  
En el hierro agudo,  
Con brazo forzado,  
Brián lo levantó.

Funeral sangriento  
Ya tuvo en el llano;  
Ni un solo cristiano  
Con vida escapó.

(1) Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído, en el Falkner, Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

(2) Bolaz: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando, en el otro, otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

¡Fatal vencimiento!  
Lloremos la muerte  
Del indio más fuerte  
Que la Pampa crió.

Quiénes su pérdida lloran,  
Quiénes sus hazañas mentan,  
Óyense voces confusas,  
Medio articuladas quejas,  
Baladros cuyo son ronco  
En la llanura resuena.  
De repente todos callan,  
Y un sordo murmullo reina,  
Semejante al de la brisa  
Cuando rebulle en la selva;  
Pero, gritando, algún indio  
En la boca se palmea,  
Y el disonante alarido  
Otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo  
De las pasadas ofensas  
Se aviva en su ánimo entonces,  
Y atizando su fiereza,  
Al rencor adormecido  
Y á la venganza subleva.  
En su mano los cuchillos,  
Á la luz de las hogueras,  
Llevando muerte relucen.  
Se ultrajan, riñen, vocean,  
Como animales feroces  
Se despedazan y bregan,  
Y asombradas las cautivas,  
La carnicería horrenda  
Miran, y á Dios en silencio  
Humildes preces elevan.

Sus mujeres entretanto,  
Cuya vigilancia tierna

En las horas del peligro  
Siempre cautelosa vela,  
Acorren luego á calmar  
El frenesí que los ciega,  
Ya con ruegos y palabras  
De amor y eficacia llenas,  
Ya interponiendo su cuerpo  
Entre las armas sangrientas.

Ellos resisten y luchan,  
Las desoyen y atropellan,  
Lanzando injuriosos gritos;  
Y los cuchillos no sueltan  
Sino cuando, ya rendida  
Su natural fortaleza  
Á la embriaguez y al cansancio,  
Dobla el cuello y cae por tierra.

Al tumulto y la matanza,  
Sigue el llorar de las hembras  
Por sus maridos y deudos;  
Las lastimosas endechas  
Á la abundancia pasada,  
Á la presente miseria,  
Á las víctimas queridas  
De aquella noche funesta.

Pronto un profundo silencio  
Hace á los lamentos tregua,  
Interrumpido por ayes  
De moribundos, ó quejas,  
Risas, gruñir sofocado  
De la embriagada torpeza;  
Al espantoso ronquido  
De los que durmiendo sueñan,  
Los gemidos infantiles  
Del ñacurutú (1) se mezclan;

(1) Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

Chillidos, aúllos tristes  
Del lobo que anda á la presa.  
De cadáveres, de troncos,  
Miembros, sangre y osamentas,  
Entremezclados con vivos,  
Cubierto aquel campo queda,  
Donde poco antes la tribu  
Llegó alegre y tan soberbia.

La noche en tanto camina  
Triste, encapotada y negra;  
Y la desmayada luz  
De las festivas hogueras  
Sólo alumbra los estragos  
De aquella bárbara fiesta.

TERCERA PARTE.

El puñal.

Yace en el campo tendida,  
Cual si estuviera sin vida,  
Ebria la salvaje turba,  
Y ningún ruido perturba  
Su sueño ó sopor mortal.  
Varones y hembras mezclados,  
Todos duermen sosegados:  
Sólo, en vano tal vez, velan  
Los que libertarse anhelan  
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando  
Los caballos, que vagando  
Libres despuntan la grama:  
Y á la moribunda llama  
De las hogueras se ve,  
Se ve sola y taciturna,  
Símil á sombra nocturna,  
Moverse una forma humana,

Como quien lucha y se afana,  
Y oprime algo bajo el pie;

Se oye luego triste aúllo,  
Y horrisonante murmullo,  
Semejante al del novillo  
Cuando el filoso cuchillo  
Lo degüella sin piedad:  
Y por la herida resuella,  
Y aliento y vivir por ella,  
Sangre hirviendo á borbollones,  
En horribles convulsiones,  
Lanza con velocidad.

Silencio. Ya el paso leve  
Por entre la hierba mueve,  
Como quien busca y no atina,  
Y temeroso camina  
De ser visto ó tropezar,  
Una mujer. En la diestra  
Un puñal sangriento muestra;  
Sus largos cabellos flotan  
Desgreñados, y denotan  
De su ánimo el batallar.

Allá va. Toda es oídos;  
Sobre salvajes dormidos  
Va pasando..... escucha..... mira.....  
Se para..... apenas respira,  
Y vuelve de nuevo á andar.  
Allá marcha, y sus miradas  
Vagan en torno azoradas,  
Cual si creyesen ilusas  
En las tinieblas confusas,  
Mil espectros divisar

Allá va, y áun de su sombra  
Como el criminal se asombra.....  
Alza, inclina la cabeza;

Pero en un cráneo tropieza  
Y queda al punto mortal.  
Un cuerpo gruñe y resuella,  
Y se revuelve; mas ella  
Cobra espíritu y coraje,  
Y en el pecho del salvaje  
Clava el agudo puñal.

El indio dormido expira:  
Y ella veloz se retira  
De allí, y anda con más tino,  
Arrostrando del destino  
La rigurosa crueldad.  
Un instinto poderoso,  
Un afecto generoso  
La impele y guía segura,  
Como luz de estrella pura,  
Por aquella obscuridad.

Su corazón de alegría  
Palpita. Lo que quería,  
Lo que buscaba con ansia  
Su amorosa vigilancia  
Encontró gozosa al fin.  
Allí, allí está su universo,  
De su alma el espejo terso,  
Su amor, esperanza y vida;  
Allí contempla embebida  
Su terrestre serafín.

—Brían—dice,—mi Brían querido,  
Busca durmiendo el olvido;  
Quizá ni soñando espera  
Que yo entre esta gente fiera  
Le venga á favorecer.  
Lleno de heridas, cautivo,  
No abate su ánimo altivo  
La desgracia, y satisfecho

Descansa, como en su lecho,  
Sin esperar ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,  
Para hacerle más amargo  
De la muerte el pensamiento,  
Deleitarse en su tormento,  
Y más su rencor cebar  
Prolongando su agonía,  
La vida suya, que es mía,  
Guardaron, cuando triunfantes  
Hasta los tiernos infantes,  
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno  
De sus madres. ¡Día lleno  
De execración y amargura,  
En que murió mi ventura,  
Tu memoria me da horror!—  
Así dijo, y ya no siente,  
Ni llora, porque la fuente  
Del sentimiento fecunda,  
Que el femenil pecho inunda,  
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza  
En su corazón alianza  
Han hecho, y sólo una idea  
Tiene fija, y saborea  
Su ardiente imaginación.  
Absorta el alma, en delirio  
Lleno de gozo y martirio  
Queda, hasta que al fin estalla  
Como volcán, y se explaya  
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,  
Mirando al cielo, y ceñido  
El cuerpo con duros lazos,

Abiertos en cruz los brazos,  
Ligados manos y pies.  
Cautivo está, pero duerme;  
Inmóvil, sin fuerza, inerme  
Yace su brazo invencible:  
De la Pampa el león terrible  
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía  
Esperando con el día  
Horrible muerte, está el hombre  
Cuya fama, cuyo nombre  
Era, al bárbaro traidor,  
Más temible que el zumbido  
Del hierro ó plomo encendido;  
Más aciago y espantoso  
Que el Valichu rencoroso  
Á quien acata su error.

Allí está. Silenciosa ella,  
Como tímida doncella  
Besa su entreabierto boca;  
Cual si dudara le toca  
Por ver si respira aún.  
Entonces las ataduras  
Que sus carnes roen duras  
Corta, corta velozmente  
Con su puñal obediente,  
Teñido en sangre común.

Brián despierta. Su alma fuerte,  
Conforme ya con su suerte,  
No se conturba, ni azora;  
Poco á poco se incorpora,  
Mira sereno, y cree ver  
Un asesino: echan fuego  
Sus ojos de ira; más luego  
Se siente libre y se calma,

Y dice:—¿Eres algún alma  
Que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,  
Ángel bueno, ó vacilante  
Parto de mi fantasía?  
—¡Brián, mi Brián! Soy tu María.  
¿No me ves? Tu amada soy.  
Y mientras cobra pujanza,  
Ebria la feroz venganza  
De los bárbaros, segura,  
En aquesta noche oscura  
Velando á tu lado estoy.

Nada tema tu congoja.—  
Y enajenada se arroja  
De su querido en los brazos,  
Le da mil besos y abrazos,  
Repitiendo:—¡Brián, mi Brián!—  
La alma heroica del guerrero  
Siente el gozo lisonjero  
Por sus miembros doloridos  
Correr, y que sus sentidos  
Libres de ilusión están.

Y en labios de su querida  
Apura aliento de vida,  
Y la estrecha cariñoso  
Y en éxtasis amoroso  
Ambos respiran así;  
Más, súbito él la separa,  
Como si en su alma brotara  
Horrible idea, y la dice:  
—María, soy infelice,  
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza  
Habrá ajado la pureza  
De tu honor, y mancillado

Tu cuerpo santificado  
Por mi cariño y tu amor.  
Ya no me es dado quererte.—  
Ella le responde:—Advierte  
Que en este acero está escrito  
Mi pureza y mi delito,  
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,  
Y saltará de contento  
Tu corazón orgulloso;  
Diómele amor poderoso,  
Diómele para matar  
Al salvaje que insolente  
Ultrajar mi honor intente;  
Para, á un tiempo, de mi padre,  
De nuestro hijo y mi madre,  
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa  
Que la luz del sol hermosa,  
Sacar de las fieras manos  
De estos tigres inhumanos,  
Ó contigo perecer.  
Loncoy, el cacique altivo,  
Cuya saña al atractivo  
Se rindió de estos mis ojos,  
Y quiso entre sus despojos  
De Brián la querida ver,

Después de haber mutilado  
Á nuestro hijo, anegado  
En su sangre yace impura;  
Sueño infernal su alma apura:  
Dióle muerte este puñal.  
Levanta, mi Brián, levanta;  
Sigue, sigue mi ágil planta;  
Huyamos de esta guarida

Donde la turba se anida  
Más inhumana y fatal.

— ¿Pero á dónde, á dónde iremos?

¿Por fortuna encontraremos  
En la Pampa algún asilo  
Donde nuestro amor tranquilo  
Logre burlar su furor?

¿Podremos, sin ser sentidos,  
Escapar, y desvalidos,  
Caminar á pie, jadeando,  
Con el hambre y sed luchando,  
El cansancio y el dolor?

— Si; el anchuroso desierto  
Más de un abrigo encubierto  
Ofrece; y la densa niebla  
Que el cielo y la tierra puebla,  
Nuestra fuga ocultará.  
Brián, cuando aparezca el día,  
Palpitantes de alegría,  
Lejos de aquí ya estaremos,  
Y el alimento hallaremos  
Que el cielo al infeliz da.

— Tú podrás, querida amiga,  
Hacer frente á la fatiga;  
Mas yo, llagado y herido,  
Débil, exangüe, abatido,  
¿Cómo podré resistir?  
Huye tú, mujer sublime,  
Y del oprobio redime  
Tu vivir predestinado;  
Deja á Brián infortunado,  
Solo, en tormentos morir.

— No, no, tú vendrás conmigo,  
Ó pereceré contigo.  
De la amada patria nuestra

Escudo fuerte es tu diestra,  
¿Y qué vale una mujer?  
Huyamos, tú de la muerte,  
Yo de la oprobiosa suerte  
De los esclavos; propicio  
El cielo este beneficio  
Nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos.  
Huyamos, mi Brián, huyamos;  
Que en el áspero camino  
Mi brazo y poder divino  
Te servirán de sostén.  
— Tu valor me infunde fuerza,  
Y de la fortuna adversa,  
Amor, gloria ó agonía  
Participar con María  
Yo quiero; huyamos, ven, ven.—

Dice Brián, y se levanta.  
El dolor traba su planta,  
Mas devora el sufrimiento;  
Y ambos caminan á tienta  
Por aquella obscuridad.  
Tristes van, de cuando en cuando  
La vista al cielo llevando,  
Que da esperanza al que gime.  
¿Qué busca su alma sublime?  
La muerte ó la libertad.

— Y en esta noche sombría  
¿Quién nos servirá de guía?  
— Brián, ¿no ves allá una estrella  
Que entre dos nubes centella  
Cual benigno astro de amor?  
Pues esa, es por Dios enviada  
Como la nube encarnada  
Que vió Israel prodigiosa;

Sigamos la senda hermosa  
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto  
Nos llevará á feliz puerto.—  
Allá van. Solas, perdidas  
Huyen dos almas queridas,  
Que amor en la tierra unió;  
Y en la misma forma de antes,  
Andan por la noche errantes,  
Con la memoria hechicera  
Del bien que en su primavera  
La desdicha les robó.

Allá van. Vasto, profundo  
Como el páramo del mundo  
Misterioso es el que pisan;  
Mil fantasmas se divisan;  
Mil formas vanas allí,  
Que la sangre joven hielan:  
Mas ellos vivir anhelan.  
Brían desmaya caminando,  
Y al cielo otra vez mirando  
Dice á su querida así:

—Mira: ¿no ves? La luz bella  
De nuestra polar estrella  
De nuevo se ha oscurecido,  
Y el cielo más denegrido  
Nos anuncia algo fatal.  
—Cuando contrario el destino  
Nos cierre, Brían, el camino,  
Antes de volver á manos  
De esos indios inhumanos,  
Nos queda algo: ¡este puñal!—

CUARTA PARTE.

La alborada.

Todo estaba silencioso.  
La brisa de la mañana  
Recién la hierba lozana  
Acariciaba y la flor,  
Y en el oriente nubloso  
La luz apenas rayando,  
Iba el campo matizando  
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;  
Ni del pájaro se oía  
La variada melodía,  
Música que al alba da;  
Y sólo, al ronco bufido  
De algún potro que se azora,  
Mezclaba su voz sonora  
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,  
Sola techumbre del cielo,  
Libre, ajena de recelo  
Dormía la tribu infiel;  
Más la terrible venganza  
De su constante enemigo  
Alerta estaba, y castigo  
Le preparaba cruel.

Súbito al trote asomaron  
Sobre la extendida loma  
Dos jinetes, como asoma  
El astuto cazador;  
Y al pie de ella divisaron  
La chusma quieta y dormida,

Y volviendo atrás la brida  
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.  
Pronto en brutos altaneros  
Un escuadrón de lanceros  
Trotando allí se acercó,  
Con acero y lanza en mano;  
Y en hileras dividido,  
Al indio no aperebido  
En doble muro encerró.

Entonces el grito «¡Cristiano, cristiano!»  
Resuena en el llanto.  
«¡Cristiano!» repite confuso clamor.  
La turba que duerme despierta turbada,  
Clamando azorada:  
«¡Cristiano nos cerca, cristiano traidor!»

Niños y mujeres, llenos de conflicto  
Levantán el grito;  
Sus almas conturba la tribulación;  
Los unos pasmados, al peligro horrendo,  
Los otros huyendo,  
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quién salta al caballo que encontró primero,  
Quién toma el acero,  
Quién corre su potro querido á buscar;  
Mas ya la llanura cruzan desbandadas  
Yeguas y manadas,  
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,  
Blandiendo en su mano  
La terrible lanza que no da cuartel.  
Los indios más bravos luchando resisten:  
Cual fieras embisten.  
El brazo difunde matanza cruel.

El sol aparece: las armas agudas  
Relucen desnudas:  
Horrible la muerte se muestra doquier.  
En lomos del bruto, la fuerza y coraje  
Crece del salvaje;  
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie en tierra poniendo, la fácil victoria,  
Que no le da gloria,  
Prosigue el cristiano lleno de rencor.  
Caen luego caciques, soberbios caudillos;  
Los fieros cuchillos  
Degüellan, degüellan sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,  
Gemir del que implora,  
Puesto de rodillas, en vano piedad.....  
Todo se confunde: del plomo el silbido,  
Del hierro el crujido,  
Que ciego no acata ni sexo ni edad.

Horrible, horrible matanza  
Hizo el cristiano aquel día;  
Ni hembra, ni varón, ni cría  
De aquella tribu quedó.  
La inexorable venganza  
Siguió el paso á la perfidia,  
Y en fácil y breve lidia  
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida  
De sangre, hediondo y sembrado  
De cadáveres el prado  
Donde resonó el festín.  
Y del sueño de la vida  
Al de la muerte pasaron  
Los que poco antes se holgaron  
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban  
Lágrimas de regocijo;  
Una al esposo, otra al hijo  
Debió allí la libertad;  
Pero ellos tristes estaban,  
Porque ni vivo ni muerto  
Halló á Brián, en el desierto,  
Su valor y su lealtad.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS QUINTA PARTE.

El Pajonal (1).

Así, huyendo á la ventura,  
Ambos á pie divagaron  
Por la lóbrega llanura,  
Y al salir la luz del día  
Á corto trecho se hallaron  
De un inmenso pajonal.  
Brián, debilitado, herido,  
Á la fatiga rendido,  
La planta apenas movía;  
Su angustia era sin igual.

Pero un angel, su querida,  
Siempre á su lado velaba,  
Y el espíritu y la vida,  
Que su alma heroica anidaba  
La infundía, al parecer,  
Con miradas cariñosas,  
Voces del alma profundas  
Que debieran ser eternas;  
Y aquellas palabras tiernas  
Ó armonías misteriosas,  
Que sólo manan fecundas  
Del labio de la mujer.

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos, á la distancia, aparecen en la planicie como bosques: son los *casis* de la Pampa.

Temerosos del salvaje  
Acogiéronse al abrigo  
De aquel pajonal amigo,  
Para de nuevo su viaje  
Por la noche continuar;  
Descansar allí un momento,  
Y refrigerio y sustento  
Á la flaqueza buscar.

Era el adusto verano;  
Ardiente el sol como fragua,  
En cenagoso pantano  
Convertido había el agua  
Allí estancada, y los peces,  
Los animales inmundos  
Que aquel bañado habitaban,  
Muertos el aire infestaban,  
Ó entre las impuras heces  
Aparecían á veces  
Boqueando moribundos,  
Como del cielo implorando  
Agua y aire: aquí se vía  
Al voraz cuervo, tragando  
Lo más asqueroso y vil:  
Allí la blanca cigüeña  
El pescuezo corvo alzando,  
En su largo pico enseña  
El tronco de algún reptil;  
Más allá se ve el carancho,  
Que jamás pieza desdeña,  
Con pico en forma de gancho,  
De la expirante alimaña  
Zajar la fétida entraña:  
Y en aquel páramo yerto,  
Dónde á buscar, como á puerto,  
Refrigerio, van errantes  
Brián y María anhelantes,  
Sólo divisan sus ojos,  
Feos, inmundos despojos

De la muerte. ¡Qué destino  
Como el suyo miserable!  
Si en aquel instante vino,  
La memoria perdurable  
De la pasada ventura,  
Á turbar su fantasía,  
¡Cuán amarga les sería!  
¡Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso  
En el lodo pegajoso  
Penetraron, ya cayendo,  
Ya levantando, ó subiendo  
El pie flaco y dolorido;  
Y sobre un flotante nido  
De yajá (columna bella,  
Que entre la paja descuella,  
Como edificio construido  
Por mano hábil) se sentaron  
Á descansar ó morir.  
Súbito allí desmayaron  
Los espíritus vitales  
De Brián á tanto sufrir;  
Y en los brazos de María,  
Que inmóvil permanecía,  
Cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
Pintar al vivo podrían  
El desaliento y angustias,  
Ó las imágenes mustias  
Que el alma atravesarían  
De aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
Perseguida y conculcada  
Por cuantos males tiranos  
Dió en herencia á los humanos  
Inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto

Retonece más robusto  
De su noble alma el valor;  
Y otra vez con paso fuerte,  
Huella el fango do la muerte  
Disputa un resto de vida  
Á indefensos animales;  
Y rompiendo enfurecida  
Los espesos matorrales,  
Camina á un sordo rumor  
Que oye próximo, y mirando  
El hondo cauce anchuroso  
De un arroyo que copioso  
Entre la paja corría,  
Se volvió atrás, exclamando  
Arrobada de alegría:  
— ¡Gracias te doy, Dios supremo!  
Brián se salva, nada temo—

Pronto llega al alto nido  
Donde yace su querido;  
Sobre sus hombros le carga,  
Y con vigor desmedido  
Lleva, lleva á paso lento,  
Al puerto de salvamento  
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa  
El inmoble cuerpo posa,  
Y los labios, frente y cara  
En el agua fresca y clara  
Le embebe; su aliento aspira,  
Por ver si vivo respira;  
Trémula su pecho toca;  
Y otra vez sienes y boca  
Le empapa: en sus ojos vivos,  
Y en su semblante animado,  
Los matices fugitivos  
De la apasionada guerra  
Que su corazón encierra,

Se muestran. Brián recobrado  
Se mueve, incorpora, alienta,  
Y débil mirada lenta  
Clava en la hermosa María,  
Diciéndola:—Amada mía,  
Pensé no volver á verte,  
Y que este sueño sería  
Como el sueño de la muerte;  
Pero tú, siempre velando,  
Mi vivir sustentas, cuando  
Yo en nada puedo valerte  
Sino doblar la amargura  
De tu extraña desventura.  
—Que vivas tan sólo quiero,  
Porque si mueres, yo muero;  
Brián mío, alienta, triunfamos;  
En salvo y libres estamos;  
No te afijas. Bebe, bebe  
Esta agua, cuyo frescor  
El extenuado vigor  
Volverá á tu cuerpo en breve,  
Y esperemos con valor  
De Dios el fin que imploramos.—

Dijo así, y en la corriente  
Recoge agua, y diligente  
De sus miembros con esmero  
Se aplica á lavar primero  
Las dolorosas heridas,  
Las hondas llagas henchidas  
De negra sangre cuajada,  
Y á sus inflamados piés  
El lodo impuro; y después  
Con su mano delicada  
Las venda. Brián silencioso  
Sufre el dolor con firmeza;  
Pero siente á la flaqueza  
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento  
Corre á buscar; y un momento,  
Sin duda el cielo piadoso,  
De aquellos tiernos amantes,  
Infortunados y errantes,  
Quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE.

La espera.

Triste, oscura, encapotada  
Llegó la noche esperada,  
La noche que ser debiera  
Su grata y fiel compañera;  
Y en el vasto pajonal  
Permanecen inactivos  
Los amantes fugitivos.  
Su astro, al parecer, declina,  
Como la luz vespertina  
Entre sombra funeral.

Brián, por el dolor vencido,  
Al margen yace tendido  
Del arroyo; probó en vano  
El paso firme y lozano  
De su querida seguir;  
Sus plantas desfallecieron,  
Y sus heridas vertieron  
Sangre otra vez. Sintió entonces  
Como una mano de bronce  
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,  
Con corazón agitado,  
Que amanecerá otra aurora  
Más bella y consoladora;  
El amor le inspira fe

En destino más propicio,  
Y le oculta el precipicio  
Cuya idea sólo pasma:  
El descarnado fantasma  
De la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,  
Ciega pasión la fascina;  
Mostrando á su alma el trofeo  
De su impetuoso deseo  
La dice: tú triunfarás.  
Ella infunde á su flaqueza  
Constancia allí y fortaleza;  
Ella su hambre, su fatiga  
Y sus angustias mitiga,  
Para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,  
¿Qué sería? Frágil caña  
Que el más leve impulso quiebra,  
Ser delicado, fina hebra,  
Sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
Que pone á raya el destino,  
Ángel poderoso y tierno  
Á quién no haría el infierno  
Vacilar ni estremecer.

De su querido no advierte  
El mortal abatimiento,  
Ni cree se atreva la muerte  
Á sofocar el aliento  
Que hace vivir á los dos;  
Porque de su llama intensa  
Es la vida tan inmensa,  
Que á la muerte vencería  
Y en sí eficacia tendría  
Para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,  
Es religión arraigada  
En lo íntimo de la vida.  
Fuente inagotable henchida  
De esperanza; su anhelar  
No halla obstáculo invencible  
Hasta conseguir victoria;  
Si se estrella en lo imposible,  
Gozoso vuela á la gloria  
Su heroica palma á buscar.

María no desespera,  
Porque su ahinco procura  
Para lo que ama ventura,  
Y al infortunio supera  
Su imperiosa voluntad.  
—Mañana— el grito constante  
De su corazón amante  
La dice: —mañana el cielo  
Hará cesar vuestro duelo,  
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto,  
Camina en densa tiniebla,  
Y en el abismo de espanto  
Que aquellos páramos puebla,  
Ambos perdidos se ven.  
Parda, rojiza, radiosa,  
Una faja luminosa  
Forma horizonte no lejos;  
Sus amarillos reflejos  
En lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,  
Y que con el viento crece,  
Se encrespa, aviva y derrama  
El resplandor y la llama  
En el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,

En tinieblas engolfado,  
Cuyo esplendor vaga horrendo,  
Era trasunto estupendo  
De la inferna terriblez.

Brián, recostado en la yerba  
Como ajeno de sentido,  
Nada ve: ella un rüido  
Oye; pero sólo observa  
La negra desolación,  
Ó las sombrías visiones  
Que engendran las turbaciones  
De su espíritu, ¡Cuán larga  
Aquella noche y amarga  
Sería á su corazón!

Miró á su amante. Espantoso,  
Un bramido cavernoso  
La hizo temblar, resonando:  
Era el tigre que buscando  
Pasto á su saña feroz  
En los densos matorrales,  
Nuevos presagios fatales  
Al infortunio traía.  
En silencio, echó María  
Mano á su puñal veloz.

SÉPTIMA PARTE.

La quemazón.

El aire estaba inflamado,  
Turbia la región suprema,  
Envuelto el campo en vapor;  
Rojo el sol, y coronado  
De parda oscura diadema,  
Amarillo resplandor  
En la atmósfera esparcía;

El bruto, el pájaro huía,  
Y agua la tierra pedía  
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento  
Limpiaba los horizontes,  
Y de la tierra brotar  
De humo rojo y ceniciento  
Se veían como montes;  
Y en la llanura ondear,  
Formando espiras doradas,  
Como lenguas inflamadas,  
Ó melenas encrespadas  
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas  
Por la esfera dilataban,  
Como cuando hay tempestad,  
Sus negras alas inmensas;  
Y más, y más aumentaban  
El pavor y oscuridad,  
El cielo entenebrecido,  
El aire, el humo encendido,  
Eran con el sordo ruido,  
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
Contempla asombrado  
Los turbios reflejos;  
Del día enlutado  
La ceñuda faz.  
El humilde llora,  
El piadoso implora;  
Se turba y azora  
La malicia audaz.  
Quién cree ser indicio  
Fatal, estupendo  
Del día del juicio,  
Del día tremendo

Que anunciado está.  
Quién piensa que al mundo,  
Sumido en lo inmundo,  
El cielo iracundo  
Pone á prueba ya.

Era la plaga que cría  
La devorante sequía  
Para estrago y confusión  
De la chispa de una hoguera,  
Que llevó el viento ligera,  
Nació grande, cundió fiera  
La terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos  
Relucen, chispean ;  
En rubios manojos  
Sus crines ondean  
Flameando también:  
La tierra gimiendo,  
Los brutos rugiendo,  
Los hombres huyendo,  
Confusos la ven.  
Sutil se difunde,  
Camina, se mueve,  
Penetra, se infunde;  
Cuanto toca, en breve  
Reduce á tizón.  
Ella era, y pastales,  
Densos pajonales,  
Cardos y animales  
Ceniza, humo son.  
Raudal vomitando,  
Venía de llama,  
Que hirviendo, silbando,  
Se enrosca y derrama  
Con velocidad.  
Sentada María  
Con su Brián la vfa:

— ¡ Dios mío! — decía, —  
De nós ten piedad. —

Piedad María imploraba,  
Y piedad necesitaba  
De potencia celestial.  
Brián caminar no podía,  
Y la quemazón cundía  
Por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,  
Como culebra serpeando,  
Velozmente caminó ;  
Y agitando, desbocada,  
Su crin de fuego erizada  
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
De animales y reptiles  
Quema el fuego vencedor,  
Que el viento iracundo atiza ;  
Vuelan el humo y ceniza,  
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,  
Los cautivos desdichados,  
Con despavoridos ojos,  
Están, su hervidero oyendo,  
Y las llamaradas viendo  
Subir en penachos rojos.

No hay cómo huir, no hay efugio,  
Esperanza ni refugio ;  
¿ Dónde auxilio encontrarán ?  
Postrado Brián yace inmoble  
Como el orgulloso roble  
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.

Detrás arroyo profundo  
Ancho se extiende, y delante,  
Formidable y horroroso,  
Alza la cresta furioso  
Mar de fuego devorante.

—Huye presto,— Brián decía  
Con voz débil á María —  
Déjame solo morir ;  
Este lugar es un horno :  
Huye ¿ no miras en torno  
Vapor cárdeno subir ?—

Ella calla, ó le responde :  
—Dios, largo tiempo, no esconde  
Su divina protección.  
¿ Crees tú nos haya olvidado ?  
Salvar tu vida ha jurado  
Ó morir, mi corazón.—

Pero del cielo era juicio  
Que en tan horrendo suplicio  
No debían perecer :  
Y que otra vez de la muerte  
Inexorable, amor fuerte  
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora :  
De la pasión que atesora  
El espíritu inmortal  
Brotó, en su faz la belleza  
Estampando y fortaleza  
De criatura celestial,

No sujeta á ley humana ;  
Y como cosa liviana  
Carga el cuerpo amortecido  
De su amante, y con él junto,

Sin cejar, se arroja al punto  
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente  
Surca la mansa corriente  
Con el tesoro de amor ;  
Semejante á ondina bella  
Su cuerpo airoso descuella,  
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
Sobre sus hombros nevados  
Suelos, reluciendo van ;  
Boga con un brazo lenta,  
Y con el otro sustenta  
Á flor, el cuerpo de Brián.

Aran la corriente unidos  
Como dos cisnes queridos,  
Que huyen de águila cruel,  
Cuya garra, siempre lista,  
Desde la nube se alista  
Á separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
En perseguirlos. Ufana  
En la orilla opuesta el pie  
Pone María triunfante,  
Y otra vez libre á su amante  
De horrenda agonía ve.

¡ Oh del amor maravilla !  
En sus bellos ojos brota  
Del corazón, gota á gota,  
El tesoro sin mancilla,  
Celeste, inefable unción ;  
Sale en lágrimas deshecho,  
Su heroico amor satisfecho,  
Y su formidable cresta

Sacude, enrosca y enhiesta  
La terrible quemazón.

Calmó después el violento  
Soplar del airado viento:  
El fuego á paso más lento  
Surcó por el pajonal  
Sin topar ningún escollo;  
Y á la orilla del arroyo  
Á morir al cabo vino,  
Dejando, en su ancho camino,  
Negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE.

Brián.

Pasó aquél, llegó otro día  
Triste, ardiente, y todavía  
Desamparados como antes,  
Á los míseros amantes  
Encontró en el pajonal.  
Brián sobre pajizo lecho  
Inmóble está, y en su pecho  
Arde fuego inextinguible;  
Brotó en su rostro visible  
Abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos  
Sus ojos, como adormidos,  
La luz esquivan, ó abortos  
En los pálidos abortos  
De la conciencia (legión  
Que atribula al moribundo),  
Verán formas de otro mundo;  
Imágenes fugitivas,  
Ó las claridades vivas,  
De fantástica región.

Triste á su lado María  
Revuelve en la fantasía  
Mil contrarios pensamientos,  
Y horribles presentimientos  
La vienen allí á asaltar;  
Espectros que engendra el alma,  
Cuando el ciego desvarío  
De las pasiones se calma,  
Y perdida en el vacío  
Se recoge á meditar.

Allí, frágil navecilla  
En mar sin fondo ni orilla,  
Do nunca rie bonanza  
Se encuentra, sin esperanza  
De poder al fin surgir.  
Allí vé su afán perdido  
Por salvar á su querido;  
Y cuán lejano y nubloso  
El horizonte radioso  
Está de su porvenir.

¡Cuán largo, incierto camino  
La desdicha le previno!  
¡Cuán triste peregrinaje!  
Allí ve de aquel paraje  
La yerta inmovilidad.  
Allí ya del desaliento  
Sufre el pausado tormento,  
Y abrumada de tristeza,  
Al cabo á sentir empieza  
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,  
Y al aspecto de su amante  
Desfallece su heroísmo;  
La vuelve, y hórrido abismo  
Mira atónita detrás.  
Allí apura la agonía

Del que vió cuando dormía  
Edén de ventura eterno,  
Y al despertar, un infierno  
Que no imaginó jamás.

En el empero nublado  
Flamea el sol colorado;  
Y en la llanura domina  
La vaporosa calina,  
El bochorno abrasador.  
Brián sigue inmóvil, y María  
En formar se entretenía  
De junco un denso tejido,  
Que guardase á su querido  
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento  
Que al levantarse ó moverse  
Hace animal corpulento,  
Crujir la paja y romperse  
De un cercano matorral.  
Miró ¡oh terror! y acercarse  
Vió con movimiento tardo,  
Y hacia ella encaminarse  
Lamiéndose, un tigre pardo  
Tinto en sangre: atroz señal.

Cobrando ánimo al instante  
Se alzó María arrogante,  
En mano el puñal desnudo,  
Vivo el mirar, y un escudo  
Formó de su cuerpo á Brián.  
Llegó la fiera inclemente;  
Clavó en ella vista ardiente,  
Y á compasión ya movida,  
Ó fascinada y herida  
Por sus ojos y ademán,

Recta prosiguió el camino,

Y al arroyo cristalino  
Se echó á nadar. ¡Oh amor tierno!  
De lo más frágil y eterno  
Se formó tu hermoso sér.  
Siendo sólo afecto humano,  
Chispa fugaz, tu grandeza,  
Por impenetrable arcano,  
Es celestial.—¡Oh belleza!  
No se anida tu poder.

En tus lágrimas, ni enojos;  
Sí en los sinceros arrojos  
De tu corazón amante.  
María en aquel instante  
Se sobrepuso al terror,  
Pero cayó sin sentido  
Á conmoción tan violenta.  
Bella como ángel dormido  
La infeliz estaba, exenta  
De tanto afán y dolor.

Entonces ¡ah! parecía  
Que marchitado no había  
La aridez de la congoja,  
Que á lo más bello despoja,  
Su frescura juvenil.  
¡Venturosa si más largo  
Hubiera sido su sueño!  
Brián despierta del letargo:  
Brilla matiz más risueño  
En su rostro varonil.

Se sienta..... extático mira.....  
Como el que en vela delira,  
Lleva la mano á su frente  
Sudorífera y ardiente.  
¿Qué cosas su alma verá?  
La luz noche le parece.  
Tierra y cielo se oscurece,

Y rueda en un torbellino  
De nubes.—Esté camino  
Lleno de espinas está:

Y la llanura, María,  
¿No ves cuán triste y sombría!  
¿Dónde vamos? — Á la muerte.  
—Triunfó la enemiga suerte.—  
Dice delirando Brián.

— ¡Cuán caro mi amor te cuesta!  
Y mi confianza funesta,  
¡Cuánta fatiga y ultrajes!  
Pero pronto los salvajes  
Su deslealtad pagarán.—

Cobra María el sentido  
Al oír de su querido  
La voz, y en gozo nadando  
Se incorpora, en él clavando  
Su cariñosa mirada.  
—Pensé dormías—la dice—  
Y despertarte no quise;  
Fuera mejor que durmieras  
Y del bárbaro no oyeras  
La estrepitosa llegada.

¿Sabes? Sus manos lavaron,  
Con infernal regocijo,  
En la sangre de mi hijo;  
Mis valientes degollaron.  
Como el huracán pasó,  
Desolación vomitando,  
Su vigilante perfidia.  
Obra es del inicuo bando.....  
¡Qué dirá la torpe envidia!  
Ya mi gloria se eclipsó.

De paz con ellos estaba

Y en la villa descansaba.....  
Oye, no te fies, vela.....  
Lanza, caballo y espuela  
Siempre lista has de tener.....  
Mira donde me han traído.....  
Atado estoy y ceñido,  
No me es dado levantarme,  
Ni valerte ni vengarme,  
Ni batallar ni vencer.

¡Venga, venga mi caballo!  
¡Mi caballo por la vida!  
¡Venga mi lanza fornida,  
Que yo basto á ese tropel!.....  
Rodeado de picas me hallo.....  
¡Paso, canalla traidora,  
Que mi lanza vengadora  
Castigo os dará cruel!

¿No mirais la polvareda  
Que del llano se levanta?  
¿No sentís lejos la planta  
De los brutos retumbar?  
La tribus es, huyendo leda,  
Como carnicero lobo,  
Con los despojos del robo,  
No de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,  
Y degollados dormidos  
Nuestros hermanos queridos  
Por la mano del infiel.  
¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla!  
¡Venga mi lanza ligero!  
Mi caballo parejero  
Dará alcance á ese tropel.—

Se alzó Brián enajenado,  
Y su bigote erizado

Se mueve; chispean rojos,  
Como centellas, sus ojos  
Que hace el entusiasmo arder ;  
El rostro y talante fiero,  
Do resalta con viveza  
El valor y la nobleza,  
La majestad del guerrero  
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfallece.  
Ella atónita enmudece :  
Nó halla voz su sentimiento;  
En tan solemne momento  
Flaquea su corazón.  
El sol pálido declina:  
En la cercana colina  
Triscan las gamas y ciervos,  
Y de caranchos y cuervos  
Grazna la impura legión,

De cadáveres avara,  
Cual si muerte presagiara,  
Así la caterva estulta,  
Vil el heroísmo insulta,  
Que triunfante veneró.  
María tiembla. Él alzando  
La vista al cielo, y tomando  
Con sus manos casi heladas  
Las de su amiga adoradas,  
Á su pecho las llevó,

Y con voz débil la dice:  
—Oye: de Dios es arcano,  
Que más tarde ó más temprano  
Todos debemos morir.  
Insensato el que maldice  
La ley que á todos iguala:  
Hoy el término señala  
Á mi robusto vivir.

Resígnate; bien venida  
Siempre, mi amor, fué la muerte  
Para el bravo, para el fuerte,  
Que á la patria y al honor  
Joven consagró su vida.  
¿Qué es ella? Una chispa, nada,  
Con ese sol comparada,  
Raudal vivo de esplendor.

La mía brilló un momento,  
Pero á la patria sirviera;  
También mi sangre corriera  
Por su gloria y libertad.  
Lo que me da sentimiento  
Es que de ti me separo,  
Dejándote sin amparo  
Aquí en esta soledad.

Otro premio merecía  
Tu amor y espíritu brioso,  
Y galardón más precioso  
Te destinaba mi fe.  
Pero ¡ay Dios! la suerte mía  
De otro modo se eslabona;  
Hoy me arrancan la corona  
Que insensato ambicioné.

¡ Si al menos la azul bandera  
Sombra á mi cabeza diese!  
Ó antes por la patria fuese  
Aclamado vencedor!  
¡ Oh destino! ¡ quién pudiera  
Morir en la lid, oyendo  
El alarido y estruendo,  
La trompeta y atambor!

Tal gloria no he conseguido:  
Mis enemigos triunfaron;  
Pero mi orgullo no ajaron

Los favores del poder.  
¡Qué importa! mi brazo ha sido  
Terror del salvaje fiero:  
Los Andes vieron mi acero  
Con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!  
¡Oh embriaguez de la victoria!  
¡Oh campos, soñada gloria!  
¡Oh lances del combatir!  
Inesperadas alarmas,  
Patria, honor, objetos caros,  
Ya no volveré á gozaros;  
Joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario  
De mi primera batalla,  
Y en torno á mí todo calla....  
Guarda en tu pecho mi amor,  
Nadie llegue á tu santuario....  
Aves de presa parecen.  
Ya mis ojos se oscurecen;  
Pero allí baja un condor,

Y huye el enjambre insolente.  
Adios, en vano te aflijo....  
Vive, vive para tu hijo.  
Dios te impone ese deber.  
Sigue, sigue al occidente  
En trabajosa jornada.  
Adios, en otra morada  
Nos volveremos á ver.

Calló Brián, y en su querida,  
Clavó mirada tan bella,  
Tan profunda y dolorida,  
Que toda el alma por ella  
Al parecer exhaló.  
El crepúsculo esparcía

En el desierto luz mustia.  
Del corazón de María,  
El desaliento y angustia,  
Sólo el cielo penetró.

NOVENA PARTE.

María.

¿Qué hará María? En la tierra  
Ya no se arraiga su vida.  
¿Dónde irá? Su pecho encierra  
Tan honda y vivaz herida,  
Tanta congoja y pasión,  
Que para ella es infecundo  
Todo consuelo del mundo;  
Burla horrible, su contento;  
Su compasión, un tormento;  
Su sonrisa, una irrisión;

¿Qué le importan sus placeres,  
Su bullicio y vanagloria,  
Si ella, entre todos los seres,  
Como desechada escoria,  
Lejos, olvidada está?  
¿En qué corazón humano,  
En qué límite del orbe,  
El tesoro soberano,  
Que sus potencias absorbe,  
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,  
Y una fresca sepultura  
Encuentra; lecho postrero,  
Que al cadáver del guerrero  
Preparó el más tierno amor.  
Sobre ella hincada María,  
Muda, como estatua fría,

Inclinada la cabeza,  
Semejaba á la tristeza  
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos  
Caen por los hombros tendidos,  
Y sombrean de su frente,  
Su cuello y rostro inocente,  
La nevada palidez.  
No suspira allí, ni llora;  
Pero como ángel que implora,  
Para miserias del suelo  
Una mirada del cielo,  
Hace esta sencilla prez:

— Ya en la tierra no existe  
El poderoso brazo,  
Donde hallaba regazo  
Mi enamorada sien:  
Tú ¡oh Dios! no permitiste  
Que mi amor lo salvase;  
Quisiste que volase  
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma  
Tu seno regalado:  
Del bienaventurado  
Reciba el galardón:  
Encuentre allí la calma,  
Encuentre allí la dicha,  
Que busca en su desdicha,  
Mi viudo corazón.—

Dice: un punto su sentido  
Queda como sumergido.  
Echa la postrer mirada  
Sobre la tumba callada  
Donde toda su alma está.  
Mirada llena de vida;

Pero lánguida, abatida  
Como la última vislumbre  
De la agonizante lumbre  
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;  
Y tomando por la orilla  
Del arroyo hacia el ocaso,  
Con indiferente paso  
Se encamina al parecer.  
Pronto sale de aquel monte  
De paja, y mira adelante  
Ilimitado horizonte,  
Llanura y cielo brillante,  
Desierto y campo doquier.

¡Oh noche! ¡oh fúlgida estrella,  
Luna solitaria y bella,  
Sed benignas! El indicio  
De vuestro influjo propicio  
Siquiera una vez mostrad.  
Bochornos, cálidos vientos,  
Inconstantes elementos,  
Preñados de temporales,  
Apiadaos; fieras fatales,  
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos  
De los míseros humanos  
Está el oculto destino,  
Siquiera un rayo divino  
Haz á su esperanza ver.  
Vacilar, de alma sencilla,  
Que resignada se humilla,  
No hagas la fe acrisolada;  
Susténtala en su jornada,  
No la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,

Adios, pajonal amigo.  
Se va ella sola. ¡ Cuán presto  
De su júbilo, testigo,  
De su luto fuiste ¡ oh Dios!  
El sol y la llama impía  
Marchitaron tu ufanía;  
Pero hoy tumba de un soldado  
Eres y asilo sagrado:  
Pajonal glorioso, adiós!

Gózate; ya no se anidan  
En tí las aves parleras,  
Ni tu agua y sombra convidan  
Sólo á los brutos y fieras:  
Soberbio debes estar.  
El valor y la hermosura,  
Ligados por la ternura,  
En tí hallaron refrigerio;  
De su infortunio el misterio  
Tú sólo puedes contar.

Gózate; votos ni ardores  
De felices amadores  
Tu esquividad no turbaron;  
Sino voces que confiaron  
Á tu silencio su mal.  
En la noche tenebrosa,  
Con los ásperos graznidos  
De la legión ominosa,  
Oirás ayes y gemidos:  
Adiós, triste pajonal.

De tí María se aleja,  
Y en tus soledades deja  
Toda su alma; agradecido  
El depósito querido  
Guarda y conserva; quizá  
Mano generosa y pía  
Venga á pedírtelo un día:

Quizá la viva palabra  
Un monumento le labra  
Que el tiempo respetará—

Día y noche ella camina:  
Y la estrella matutina  
Caminando solitaria,  
Sin articular plegaria,  
Sin descansar ni dormir  
La ve. En su planta desnuda  
Brotó la sangre y chorroa;  
Pero toda ella, sin duda,  
Va absorta en la única idea  
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.  
Su garganta es viva fragua,  
Un volcán su pensamiento;  
Pero mar de hielo y agua  
Refrigerio inútil es  
Para el incendio que abriga;  
Insensible á la fatiga,  
Á cuanto ve indiferente,  
Como mísera demente  
Mueve sus heridos pies

Por el desierto. Adormida  
Está su orgánica vida;  
Pero la vida de su alma  
Fomenta en sí aquella calma  
Que sigue á la tempestad,  
Cuando el ánimo cansado  
Del afán violento y duro,  
Al parecer resignado,  
Se abisma en el fondo oscuro  
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
Fiebre lenta y devorante,

Ultimo efugio, suplicio  
Del infierno, semejante  
Á la postrer convulsión  
De la víctima en tormento:  
Trance que si dura un día  
Anonada el pensamiento,  
Encanece, ó deja fría  
La sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿Adónde  
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?  
¿Está por ventura exhausto?  
¿Más dolor en holocausto  
Pide á una flaca mujer?  
No; de la quieta llanura  
Ya se remonta á la altura  
Gritando el yajá.—Camina,  
Oye la voz peregrina  
Que te viene á socorrer.

¡ Oh ave de la Pampa hermosa,  
Cómo te meces ufana!  
Reina, sí, reina orgullosa  
Eres, pero no tirana  
Como el águila fatal:  
Tuyo es también del espacio  
El transparente palacio:  
Si ella en las rocas se anida,  
Tú en la esquivez escondida  
De algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,  
El huracán y el tronido  
Ella busca, y deleite halla  
En los campos de batalla:  
Pero tú la tempestad,  
Día y noche vigilante,  
Anuncias al gaucho errante;  
Tu grito es de buen presagio,

Al que asechanza ó naufragio  
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera  
La voz del ave agorera,  
Oye, María infelice.  
— ¡ Alerta, alerta! — te dice;  
— Aquí está tu salvación. —  
¿ No la ves cómo en el aire  
Balancea con donaire  
Su cuerpo albo-ceniciento?  
¿ No escuchas su ronco acento?  
Corre á calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,  
Ni el feliz reclamo escucha;  
Y caminando va á prisa:  
El demonio con que lucha  
La turba, impele y amaga.  
Turbios, confusos y rojos  
Se presentan á sus ojos  
Cielo, espacio, sol, verdura,  
Quieta, insondable llanura  
Donde sin brújula vaga.

Mas, ¡ ah! que en vivos corceles  
Un grupo de hombres armados  
Se acerca. ¿ Serán infieles,  
Enemigos? No: soldados  
Son del desdichado Brián.  
Llegan, su vista se pasma;  
Ya no es la mujer hermosa,  
Sino pálida fantasma;  
Mas reconocen la esposa  
De su fuerte capitán.

Creíanla cautiva ó muerta;  
Grande fué su regocijo.  
Ella los mira y despierta.

— ¿No sabéis que es de mi hijo? —  
Con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando á María  
Todos el labio sellaron ;  
Mas luego una voz impía :  
— Los indios lo degollaron —  
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,  
Cual se quiebra seco tallo  
Al menor soplo de viento,  
Ó como herida del rayo,  
Cayó exámine á sus pies.  
Al verla caer, turbados,  
Los animosos soldados  
Una lágrima vertieron,  
Y en torno á su cuerpo hicieron  
Mudo círculo después.

Aquella trama formada  
De la hebra más delicada,  
Cuyo espíritu robusto  
Lo más acerbo é injusto  
De la adversidad probó,  
Un soplo débil deshizo :  
Dios para amar, sin duda, hizo  
Un corazón tan sensible ;  
Palpitar le fué imposible  
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡ Oh voz fiera !  
¡ Cuál entraña te abortara !  
Mover al tigre pudiera  
Su vista sola ; y no hallara  
En tí alguna compasión,  
Tanta miseria y conflicto,  
Ni aquel su materno grito ;  
Y como flecha saliste,

Y en lo más profundo heriste  
Su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones  
De un mar de tribulaciones  
Ella arrostró ; y la agonía  
Saboreó su fantasía,  
Y el punzante frenesí  
De la esperanza insaciable,  
Que en pos de un deseo vuela ;  
No alcanza el blanco inefable,  
Se irrita en vano y desvela ;  
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,  
Sus ilusiones volaron,  
Y sus deseos con ellas ;  
Sola y triste la dejaron  
Sufrir hasta enloquecer.  
Quedaba á su desventura  
Un amor, una esperanza,  
Un astro en la noche oscura,  
Un destello de bonanza,  
Un corazón que querer,

Una voz cuya armonía  
Adormecerla podría ;  
Á su llorar un testigo,  
Á su miseria un abrigo,  
Á sus ojos qué mirar.  
Quedaba á su amor desnudo  
Un hijo, un vástago tierno ;  
Encontrarlo aquí no pudo,  
Y su alma al regazo eterno  
Lo fué volando á buscar.

Murió ; por siempre cerrados  
Están sus ojos cansados  
De errar por llanura y cielo,

De sufrir tanto desvelo,  
De afanar sin conseguir.  
El atractivo está yerto  
De su mirar: ya el desierto,  
Su último asilo, los astros  
De tan hechiceros rastros  
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.  
¿No veis el raro prodigio?  
Sobre su cándida frente  
Aparece nuevamente  
Un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
Rosada, entre nieve brilla,  
Y revive en su semblante  
La frescura rozagante  
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
Y estampó en su rostro hermoso  
Aquel inefable hechizo,  
Inalterable reposo,  
Y sonrisa angelical,  
Que destellan las facciones  
De una virgen en su lecho,  
Cuando las tristes pasiones  
No han ajado de su pecho  
La pura flor virginal.

Entonces el que la viera,  
Dormida ¡oh Dios! la creyera;  
Deleitándose en el sueño  
Con memorias de su dueño,  
Llenas de felicidad;  
Soñando en la alba lucida  
Del banquete de la vida  
Que sonríe á su amor puro:

Mas ¡ay! que en el seno oscuro  
Duerme de la eternidad.

EPÍLOGO

¡Oh María! Tu heroísmo,  
Tu varonil fortaleza,  
Tu juventud y belleza  
Merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor, el abismo  
Fatal tus ojos no vieron,  
Y sin vacilar se hundieron  
En él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía  
Salvar quisiste á tu amante,  
Y lo viste delirante  
En el desierto morir  
¡Cuál tu congoja sería!  
¡Cuál tu dolor y amargura!  
Y no hubo humana criatura  
Que te ayudara á sentir.

Se malogró tu esperanza,  
Y cuando sola te viste,  
También mísera caíste,  
Como árbol cuya raíz  
En la tierra ya no afianza  
Su pompa y florido ornato:  
Nada supo el mundo ingrato  
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta,  
Como diamante en la mina  
La belleza peregrina  
De tu noble alma quedó.  
El desierto la sepulta,

Tumba sublime y grandiosa,  
Do el héroe también reposa  
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
Fué amar, amor tu delirio,  
Amor causó tu martirio,  
Te dió sobrehumano sér;  
Y amor en edad florida,  
Sofocó la pasión tierna,  
Que omnipotencia de eterna  
Trajo consigo al nacer.

Pero no triunfa el olvido,  
De amor, ¡oh bella María!  
Que la virgen poesía  
Corona te forma ya  
De ciprés entretejido  
Con flores que nunca mueren;  
Y que admiren y veneren  
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
Inhospitable morada,  
Que no siempre sosegada  
Mira el astro de la luz;  
Descollando en una altura,  
Entre agreste flor y yerba,  
Hoy el caminante observa  
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre  
La copa extensa y tupida  
De un ombú (1), donde se anida

(1) Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras, como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.

La altiva águila real;  
Y la varía muchedumbre  
De aves que cría el desierto,  
Se pone en ella á cubierto  
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano  
Plantó aquel árbol benigno,  
Ni quién á su sombra el signo  
Puso de la redención.  
Cuando el cautivo cristiano  
Se acerca á aquellos lugares,  
Recordando sus hogares  
Se postra á hacer oración.

Fama es que la tribu errante;  
Si hasta allí llega embebida  
En la caza apetecida  
De la gama y avestruz,  
Al ver del ombú gigante  
La verdosa cabellera,  
Suelta al potro la carrera.  
Gritando:—¡ Allí está la cruz!—

Y revuelve atrás la vista,  
Como quien huye aterrado,  
Creyendo se alza el airado,  
Terrible espectro de Brián.  
Pálido el indio exorcista  
El fatídico árbol nombra.  
Ni á hollar se atreven su sombra  
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado  
Cuenta, que en la noche oscura  
Suelen en aquella altura  
Dos *luces* aparecer;  
Que salen y habiendo errado  
Por el desierto tranquilo,

Juntas á su triste asilo  
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes  
Serán del páramo aéreo,  
Quizá espíritus, ¡misterio!  
Visiones del alma son.  
Quizá los sueños brillantes  
De la inquieta fantasía  
Forman coro en la armonía  
De la invisible creación.

Á LA JUVENTUD ARGENTINA.

I.

Compañeros, salud; al fin, exento  
De esperanza ó temor, mi pensamiento  
Rompe el sueño fatal que le oprimía,  
Y en medio del silencio pavoroso  
Osa hablaros, con eco poderoso,  
De patria y libertad la musa mía.

¿Y podré acaso refrenar mi lengua  
Cuando el luto y la mengua  
De la mísera patria estoy mirando?  
¿Cuando, sólo en su mal los ojos fijos,  
Gimen y callan sus bastardos hijos  
Sus antiguas virtudes olvidando?

¿Cuando, dado al temor y al egoísmo,  
Ve sentarse, paciente, al despotismo  
Sobre el trono sagrado de sus leyes,  
Un pueblo que fué libre, y cuya espada,  
Con gloria y con honor siempre vibrada,  
Hizo temblar á los ilicuos reyes?

¿Cuando á la faz del mundo impunemente  
Una turba venal, necia, impudente,  
Instrumentos estúpidos de un hombre,  
Hoy se atreve á vender nuestros derechos  
Conquistados con sangre y con mil hechos  
Dignos de admiración y de renombre?

¿Cuando la raza humana conmovida  
Marcha al soplo de Dios, y nueva vida  
Recobran las naciones de ambos mundos,  
Mientras se encorva humilde el argentino,  
Hollar dejando su blasón divino  
Á un ható de satélites inmundos?

No; salga al fin mi incorruptible acento,  
Y convierta en coraje al desaliento,  
Y subleve al espíritu abatido  
Contra todo poder que injusto oprima,  
Y este fuego sagrado que me anima  
Castigue al opresor y al oprimido.

II.

¿No los veis, no los veis, compañeros?  
Ya caminan mostrando altaneros  
Por divisa sanguíneo color;  
Ya levantan el grito perjuro,  
Y en sus hombros un idolo impuro  
Llevan de odio, exterminio y rencor.

Preguntad á esos viles traidores  
Si celebran con esos clamores  
De la patria algún triunfo marcial.  
Preguntad si su frente lavaron,  
Si en el campo de honor conquistaron,  
Combatiendo, algún lauro inmortal.

No, dirán; nuestro triunfo es más grande  
Que el que escrito en la cima del Ande  
El acero argentino dejó;  
Nuestro brazo abatió al patriotismo,  
Y de nuevo exhumó al despotismo  
Del sepulcro en que Mayo lo hundió.

¿No miráis? Ya del monstruo arrogante  
La deforme cabeza triunfante  
En el solio se ve de la ley.  
Nuestros fueros son ya sus antojos,  
Y apacienta en nosotros sus ojos  
Como mansa y estúpida grey.

¿Y esto sufre un gran pueblo, paciente,  
Con infamia del siglo presente,  
Cuando puede morir con honor?  
¿Esto sufre y gimiendo se humilla,  
Cuando ve la terrible cuchilla  
Amagar con siniestro fulgor?

III.

Si; el cuello doble abatido  
Al castigo merecido  
El Pueblo que ha preferido  
La tiranía á la ley;  
Pues lo tolera villano,  
Sufra el azote inhumano  
De un compatriota tirano  
Quien romper supo el de un rey.

Que su real, noble ropaje  
Manche, pisotee y aje;  
Que lo envilezca y ultraje  
Como al esclavo el señor;

Que á su lengua maldiciente  
Ponga mordaza, y el diente  
De la ironía insolente  
Le muestre al ver su furor.

Que se ría de sus penas;  
Con el sudor de sus venas  
Doble el peso á sus cadenas,  
Nutra su turba voraz;  
Que dé á la razón tormento,  
Y anonade el pensamiento,  
Tomando por instrumento  
La superstición falaz.

Que la sangre corra á ríos  
Para hartar los desvarios  
De sus enconos sombríos,  
De su barbarie feroz;  
Y que la infame ralea,  
Que lo sostiene y rodea,  
Y á quien huella y bofetea,  
Hiera, asesine á su voz.

Que á la venganza del mundo,  
Todo exangüe y moribundo,  
Te saque el Tirano inmundo  
Del siglo á ser irrisión,  
Oh Pueblo, y con rojos lazos  
Orne tus sienes y brazos,  
Y á su vista mil pedazos  
Haga tu heroico blasón.

Rememora tu grandeza  
Para sentir la tristeza  
Del abismo de vileza  
Do te hundió tu insensatez;  
¿Cinco lustros vanamente  
Uno y otro continente

No te llamó independiente,  
No admiró tu intrepidez?

Dime, oh Pueblo soberano,  
¿Qué hiciste de ellos liviano  
Cuando tuviste en la mano  
Tu destino y porvenir?  
Despedazarte cual fiera,  
Dar la palma lisonjera  
Á la ignorancia rastrera,  
Al ingenio perseguir;

Á tus ilustres varones  
Pagar con muerte y baldones,  
Y merecer maldiciones  
De los que te dieron ser;  
Á las madres dejar llanto,  
Al patriotismo quebranto,  
Á tus hijos sólo espanto,  
Sólo hierro que romper.

IV.

Digno premio á tu gloria y tu demencia,  
Digno ejemplo á tu prole, digna herencia;  
Mas no fué crimen tuyo, te engañaron;  
Tu ignorancia y pasiones sedujeron,  
Los que de tu honra y sangre avaros fueron,  
Y de tu ciego error se aprovecharon.

De ellos el crimen es, tuya la mengua,  
Tuyo el largo sufrir; así mi lengua  
Sólo infamar quisiera á los malvados;  
Pero la voz de la justicia austera  
Dice que el despotismo sólo impera  
Sobre pueblos cobardes ó estragados.

V.

Aceptemos el don, compañeros,  
Como ejemplo elocuente y terrible,  
Y en las almas altar invisible  
Elevemos á la *Libertad*;  
Demos culto á su imagen secreto,  
Mientras yace la Patria querida  
En el mar de miseria sumida  
Do la hundió la más negra maldad.

Reine, mande á esos seres innobles  
En buen hora el feroz despotismo;  
Pero sepa que aun hay patriotismo,  
Y que hierva en silencio el volcán;  
De esa turba que besa su planta  
Vil reciba alabanzas impuras;  
Pero sepa que vivas y puras  
Las virtudes heroicas están.

Por tener una patria y ser libres  
Nuestros padres valientes lucharon,  
Y gloriosos sus armas llevaron  
Desde el Plata al Pacífico mar;  
Con su sangre y su vida preciosa  
La corona del triunfo obtuvieron,  
Y en herencia á sus hijos quisieron  
Leyes, patria, derechos dejar.

Pero vano fué todo, y vosotros,  
De la patria mirando el desdoro,  
Lloraréis el precioso tesoro  
Que os robara una inicua facción;  
Ella puso á merced de un tirano  
Vuestras leyes, derechos y vida,  
Y os insulta y amaga atrevida  
Porque osáis arrostrar la opresión.

Arrostradla, y lanzad anatema  
Contra el bando de necios traidores  
Que imagina con viejos errores  
El progreso del siglo atajar;  
Arrostradla, y con ella luchando,  
Á ese Pueblo que atónito gime  
Dad al menos ejemplo sublime;  
No dejéis vuestro honor mancillar.

De los héroes de Mayo sois hijos,  
No herederos de sangre de esclavos;  
Digna prole de raza de bravos  
Para bien de la Patria seréis;  
Si á su esfuerzo debió ella la vida,  
Si renombre la espada le diera,  
Del saber la corona os espera:  
Feliz, libre, ilustra la la haréis.

¿Ignoráis, por acaso, la suerte  
Que esa turba ignorante os destina?  
Que arrastréis una vida mezquina,  
Que de parias sufráis el baldón.  
El pensar es un crimen para ellos,  
Abrigar alma noble, demencia,  
Detestar la opresión, insolencia,  
Pronunciar Libertad, rebelión.

¡Maldición! ¿Pretendéis, miserables,  
Poner freno al fugaz pensamiento?  
¿No sabéis que terrible y violento  
Rompe al cabo cual fiero huracán?  
¿No sabéis que la lava oprimida  
Largo tiempo rebulle y fermenta,  
Pero al fin inflamada revienta  
Por la boca del negro volcán?

VI.

¡Compañeros, salud! la tiranía,  
Más injusta y audaz que la que un día  
Desplomó sobre América la Iberia,  
Hoy con ella ambiciona embrutecernos,  
Apagar la razón y envilecernos,  
Para afirmar su reino en la miseria.

Gimen vuestros hermanos y suspiran,  
Y el astro hermoso de la Patria miran  
Entre nubes perderse enrojecido,  
Marchitarse su gloria y sus laureles,  
Y el numen que acataron siempre fieles  
Á los Andes volar despavorido.

Allí se burla del horrible encono  
De las pasiones viles, sobre trono  
De nieve sempiterna, y con su escudo  
El vasto mundo de Colón cubriendo,  
Y torrentes de luz siempre vertiendo,  
Hace la guerra al despotismo rudo.

Empero ahora de la Patria nuestra  
Vosotros, compañeros, sois la diestra,  
La esperanza y el muro do se estrelle  
Su efímero poder; hasta que henchida  
Rompa la indignación como avenida,  
Liberte, arrase y su exterminio selle.

Marzo de 1835.

(D. A. D. L. C.) (1).

(1) Del autor de los *Consuelos*.— Con estas iniciales se publicó esta composición en el núm. 1.º de la *Revista del Plata*, Montevideo 15 de Mayo de 1839. La revolución del Sur estalló en 29 de Octubre de este mismo año.

(Nota de D. Juan María Gutiérrez.)

Á DON JUAN CRUZ VARELA,

MUERTO EN LA EXPATRIACIÓN.

Pobre al fin, desterrado  
De su patria querida,  
El poeta Argentino  
Dijo adiós á la lira,  
Dijo adiós al vivir;  
¡Triste destino el suyo!  
En diez años, un día  
No respirar las auras  
De la natal orilla:  
¡¡No verla ni al morir!!

Pero esto no bastaba.  
Al volver al asilo,  
De donde moribundo  
Satélites vendidos  
Al tirano feroz,  
Lo arrojan á que busque  
En el mar un abrigo;  
Al abrazar su madre  
Su esposa y tiernos hijos,  
Les da el último adiós.

Cuando anhelante mira  
Su espíritu agitado  
Alborear victorioso  
El nuevo sol de Mayo,  
El sol de libertad;  
Cuando otra vez la pluma,  
Temible á los tiranos,  
Toma en pro de la Patria  
Y de su esfuerzo sacro,  
Pasa á la eternidad.

¡Oh Dios! ¡cuánta amargura  
Á su agonía lenta!  
¡Ver vana la esperanza  
Que su alma de poeta  
Tanto tiempo abrigó!  
¡No ver su Patria libre,  
Después que á defenderla,  
Ilustrarla y servirla,  
Su juvenil riqueza  
Su ingenio consagró!

¡Verla en las manos viles  
De viles opresores,  
Siendo escarnio y vergüenza  
De las cultas naciones  
Sin poderla valer;  
Ultraje sobre ultraje  
De enemigos innobles  
Sufrir en el destierro,  
Y devorar baldones  
De infames con poder!

¡Mendigar, por patriota,  
El pan del extranjero,  
Tan duro y tan amargo  
Á los altivos pechos,  
¡Oh digno galardón!  
Partirlo con sus hijos,  
Y con su esposa, lleno  
De esas lágrimas tristes,  
Que como plomo hirviendo  
Brotan del corazón!

¡Tolerar la arrogancia  
De la mezquina turba,  
Insectos miserables  
Que en torno al león susurran  
Cuando en hierros está:  
Y el graznido molesto

De esas aves inmundas,  
Que en desechos del tigre  
Ceban su torpe gula,  
Hartas de sangre ya!

¡Oh Dios! cuánto infortunio  
Reservado al poeta,  
Reservado al ingenio  
Que en la común palestra  
Se avanza á combatir  
En pro de la justicia  
Y la verdad austera;  
Sin más arma que el filo  
De incorruptible lengua,  
Firme en su fe y sentir.

En premio inmerecido  
Del heroico combate  
Que hace al error y al crimen,  
Y del sudor y afanes  
De su más bella edad,  
Recibe desengaños,  
Muerte, infamia ó pesares,  
Y dejas que, burlando  
Tu justicia insondable,  
Triunfe la iniquidad.

¿No la veis cómo hipócrita  
Se postra ante tus aras,  
Y grita levantando  
Su mano ensangrentada:  
«Dios es justo también?»  
Castigo, recompensas,  
Justicia soberana,  
¿Qué son? ¿ó indiferente  
Tu providencia infausta  
Prodiga el mal y el bien?

¡Insondable misterio!

Aquí no es el castigo  
Ni la infamia del crimen;  
Que él reina y tiene impío  
De la justicia el fiel;  
La inocencia perece  
Implorando tu auxilio,  
Y las virtudes lloran  
Sus más ilustres hijos,  
Perseguidos por él.

Para mezquinos seres  
Sin labor concentrado  
Crece y medra fecundo  
De la fortuna el árbol,  
Para el poeta no.  
La tierra que él abona  
Con su sudor y llanto,  
Sólo espinas le ofrece:  
Otros se regalaron  
Con el fruto que dió.

El corazón que sabe  
Mover los corazones,  
Inflamarlos, henchirlos  
De sentimientos nobles,  
De espíritu marcial;  
El que en las horas tristes  
Con hechiceras voces  
Los consuela y anima,  
Pintándoles visiones  
De una ventura ideal:

Ignorado en la tierra  
Huérfano y solo vive,  
Sin que nadie el misterio  
De su elación sublime  
Alcance á penetrar;  
Ni lo que sufre y calla,  
Simpático y sensible

Á los males humanos,  
Sin que ninguno aplique  
Bálsamo á su pesar.

Aquel que generoso  
Los lauros de la gloria  
Reparte, celebrando  
Las virtudes heroicas  
De los pueblos blasón,  
Y su elocuente ejemplo  
Llega á edades remotas,  
La palma del martirio,  
La diadema espinosa  
Recibe en galardón.

Pero no, en paz descansa  
En tu florida tumba ;  
Cantor del Plata ilustre,  
La que alcanzó tu Musa  
Digna venganza fué ;  
La infamia del tirano  
Estampó ya tu pluma  
En indelebles versos :  
No es la victoria suya,  
Aunque en la cumbre esté.

Hoy el clamor lo engríe  
De sus esclavos necios ;  
Pero quizá mañana  
La justicia del pueblo  
Cuenta les pedirá  
De la sangre inocente  
Que bárbaros vertieron ;  
Y á ti, y á tus amigos  
De infortunio, alto premio  
De honor consagrará.

En vano al ver tu suerte  
La Providencia acusa,

Porque vedó al poeta  
Los delicados frutos  
De su terrestre edén ;  
Incienso perdurable  
Fué el patrimonio suyo,  
Y su inefable dicha  
Y su deleite puro,  
Ver en idea el bien.

Gozarse en animarlo  
Con un fecundo soplo,  
Ofrecerlo vestido  
Á los humanos ojos  
De belleza inmortal ;  
Y ver la muchedumbre,  
En frívolo alborozo  
Menospreciar del mundo,  
Por agruparse en torno  
De su creación ideal.

¡Oh poeta! la gloria  
Que te cupo en herencia  
Bella fué, yo la envidio ;  
Yo, que tarde á la arena  
Lleno de ardor corrí. —  
Tu Musa nació al ruido  
De la trompa guerrera,  
Nació al nacer la Patria  
Virgen, robusta y bella,  
Para inspirarte á ti.

La mía, al eco infausto  
De las impuras órgias  
Del despotismo en triunfo,  
Cuando murió su gloria,  
Su libertad y honor. —  
Tu Musa de laureles  
Se fabricó coronas  
Y entusiasmada al grito

De combate y victoria,  
Dió al heroísmo loor.

La mía, al triste luto  
De la mísera Patria  
¿Qué pudo dar? Silencio,  
Ó una acerba mirada  
De estéril compasión;  
Y buscó en los abismos  
De la conciencia humana  
Cantos que nunca oyeron  
Las argentinas playas,  
Cantos del corazón.

No tema en mí tu nombre  
Rivalidad mezquina;  
Las musas son hermanas  
Y á la rastrera envidia  
Niegan su alto laurel.  
La región do se albergan  
Es mundo de armonía  
Inagotable, y sólo  
La inspiración divina  
Bebe el poeta en él.

Émulos generosos;  
Tal vez mi lira no hable,  
¿Qué importa? tributando  
Á la tuya homenaje  
Hago ofrenda al deber.  
¿Se negará al ingenio  
Que á su Patria honrar sabe  
Este don, cuando turba  
De ambiciosos vulgares  
Honra usurpa y poder?

¡Oh! tú fuiste dichoso,  
Respiraste aura libre,  
Y el astro de la Patria

En el Oriente viste  
Más de una vez brillar.  
Yo sólo allá en mi infancia  
La vi en sueño felice;  
Que joven á otro clima  
Me llevó ansia sublime  
De saber y admirar.

Tú entre libres gozaste  
De su benigno influjo;  
Yo entre opresor y esclavos  
Mi juventud consumo,  
Falto de aire vital;  
Y esperando el gran día  
De redención y triunfo,  
Viendo doquier vileza,  
Salvar mi honor procuro.  
Del contagio letal.

Pero ¡ay! con esperanza  
Frágil yo me alucino:  
De ese glorioso día  
Los albores lucidos  
Mi voz no ensalzará.  
Mi vida ya se agota  
Como se agota un río  
En arenal sediento;  
Mi corazón altivo  
Despedazado está.

Poeta, ¿qué es la vida  
Después que victoriosos  
Del combate salimos,  
Mostrando arado el rostro  
De honrosa cicatriz?  
¿Qué es? inacción molesta,  
Triste afanar: sin logro,  
Ir, venir como el vulgo

Con el costal al hombro:—  
¡Oh, tú fuiste feliz!

Mas morir cuando el alma  
Lleva joven y ardiente  
La ambición generosa  
Que á conquistar impele  
El lauro vencedor;  
Al poner pie en la liza  
Que ambicionan los fuertes;  
Morir desesperado;—  
Triste destino es éste,  
Este acerbo dolor.

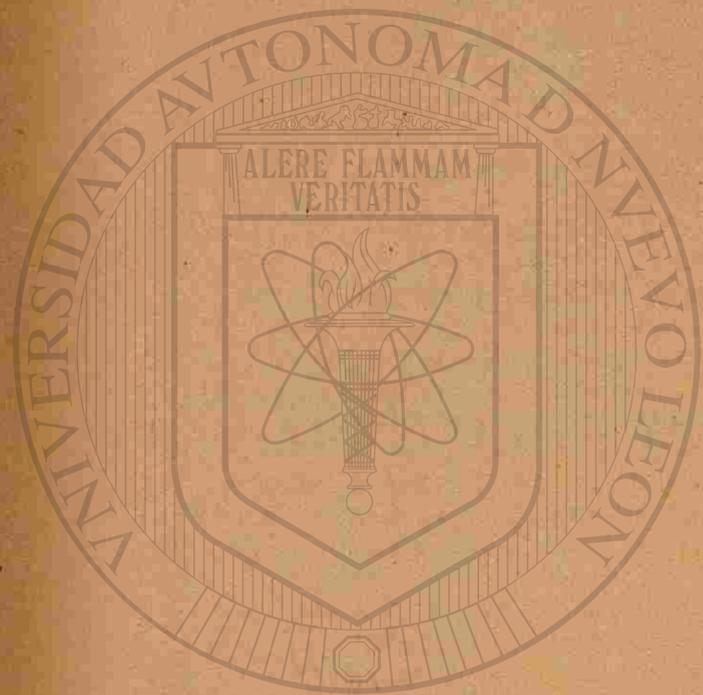
Paz al noble poeta,  
Honra al digno patriota  
Que en la arena luchando  
Supo doble corona  
Á su frente ceñir.  
Musa de nuestro siglo,  
La libertad lo llora  
Mártir esclarecido,  
Y su ejemplar memoria  
Transmite al porvenir.

Estancia de los Talas. Abril 1839.

D. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

Á MI CABALLO.

Rey de los llanos de la patria mía,  
Mi tostado alazán, ¡quién me volviera  
Tu fiel y generosa compañía  
Y tu mirada inteligente y fiera!

¿Has llorado por mí? ¿Cuando otra mano  
Limpia el polvo á la crin de tus melenas,  
Recibes las caricias siempre ufano,  
Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,  
Tan sólo de recuerdos ha vivido,  
Y en todos los caminos de este mundo  
La imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,  
Es el aliento de la vida humana,  
La constante visión de la memoria,  
El sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,  
La nativa llanura abandonaste  
Y el lago cristalino y azulado  
En el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos  
Los astrós que en el Plata se reflejan!

¡Con renegridos ojos y cabellos  
Esclavo el corazón sus hijas dejan!

Crecen allí las flores y las mieses  
Sin el cansancio de la frente humana,  
Y señala el camino de los meses  
Fruto sabroso que perfume emana.....

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora  
Cuando llegando á la ventana mía,  
Hallaste mi cabeza indagadora  
Ante el libro doblada que mentía?

Ya del oriente el resplandor velaba  
Del lucero de amor la mustia lumbre,  
Y la aromada brisa que reinaba  
El pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto  
Mi ser me pareció; tendí los brazos,  
Y sólo sombras y silencio quieto  
Halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,  
Que en mi inocente corazón nacía,  
Y á mi joven, incauta inexperiencia  
Placeres y deleites prometía.

¡Placer..... deleite! espinas y dolores  
Sólo encontré cuando clavé los ojos  
En los de una mujer, tan seductores,  
Que alfombra hizo á su pie de mis despojos.

¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,  
La vez primera que el amor sentimos,  
Cuando está el corazón en primavera  
Y al son de las pasiones nos abrimos.

La idolatré, y hasta la estampá leve

Besé de sus pisadas vagarosas  
Sobre la hierba de la senda breve  
Formada de jazmines y de rosas,

Y en las arenas de mi patrio río,  
Cuando ella, entre las bellas argentinas,  
En las auroras dulces del estío  
Se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,  
Más de una vez has inundado el seno  
De otro alazán fogoso y diligente,  
Con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas á las tuyas confundidas  
Se vieron muchas veces en la arena,  
Cuando en voces del alma desprendidas  
Conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero  
Por mi amada en los campos preferido,  
Y el paso redoblabas placentero,  
De mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez desde tu inquieta espalda  
De flores despoblé la enredadera,  
Para adornar su sien de una guirnalda  
Que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas,  
Puesto ya el sol, su calle y su ventana,  
É inclinando la frente te parabas  
Ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! Del pobre desterrado  
En el variable pecho de la bella  
No hay ni un recuerdo del amor pasado,  
Ni en sus paternos campos una huella.

1844. En el mar.

AMOR DEL DESIERTO.

«Pende de lenho á lenho a rede extensa:  
Allí descanso toma o corpo laço;  
Allí se esconde a marital licença.....»

CARAMURU. Canto II, octava LXI.

Entre troncos de palmeras,  
Como nido de torcazas,  
De dos hijos del desierto  
Suspendida está la hamaca;  
Y á compás de los vaivenes,  
Y á los soplos de las auras,  
Como tórtolas que arrullan  
Sus amores dulces cantan:

—En la laguna,  
La leve espuma  
De la onda azul,  
No es tan liviana,  
No es tan gallarda  
Como eres tú.

—El agua hirviente  
De los torrentes  
Del Paraná,  
No pasma tanto  
Como en el llano  
Tu marcha audaz.

—Como la concha  
Rosada y roja  
Que hay en la mar,  
Así es tu boca  
Cuando rebosa  
De risa y paz.

—Como las pomas  
Llenas de aroma,  
Llenas de miel,  
Tal es tu labio  
Si en dulce halago  
Toca en mi tez.

—Como la hierba  
De la pradera  
Y el arrayán,  
Así son blandos  
Los tiernos lazos  
De mi beldad.

—Cual muelle alfombra  
Bajo las sombras  
De árbol en flor,  
Así es á mi alma  
La sombra grata  
De mi señor.

Como tórtolas que arrullan  
Sus amores así cantan,  
Y á la par de las canciones  
Ondulando va el hamaca;  
Y al cansancio del deleite,  
Y á las sombras que se avanzan,  
Adurmiendo van los ojos  
Sin temores ni esperanzas.

6 Abril 1845, en el Pacifico.

RECUERDO.

Del huracán las alas tenebrosas  
Sobre el abismo enfurecidas van,  
Cual fúnebres coronas deponiendo  
Blancas espumas sobre el negro mar.

Vienen en tanto á la memoria mía  
Las frescas horas de mi quieta edad;  
Con la inquietud presente se confunden  
Como la espuma y el horror del mar.

¡Visión de luz! ¡Amor primero y puro,  
Cáliz de almíbar que arrojé desleal!  
En esta noche que entristece á mi alma,  
Eres la espuma que ilumina al mar.

Perfumes llegan de mi patrio suelo  
Del trébol, rosas, violas, azahar,  
Y de esa flor del aire misteriosa  
Que es como espuma blanca de la mar.

Siento en la playa del inmenso río  
Correr veloz el férvido alazán,  
Bañado el pecho en argentada espuma,  
Como la espuma que levanta el mar.

Madre y hermanas que lloráis mi ausencia,  
Yo pisaré vuestro desierto umbral:  
Es el tirano odioso de mi patria  
Espuma leve que se traga el mar.

Golfo de Gascuña. Noviembre 1843.

D. JOSÉ MÁRMOL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ MÁRMOL.

LOS TRÓPICOS.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO: «EL PEREGRINO».)

Y en medio de las sombras  
Enmudece la voz del Peregrino,  
Y el rumor de las ondas solamente  
Y el viento resbalando por el lino  
Sobre el *Fénix* (1) se oía,  
Que como el genio de la noche huía  
En las alas del viento tristemente;  
Alumbrando sus huellas  
Sobre el azul y blanco las estrellas.

.....  
¡Qué bello es al que sabe sentir con la natura  
Pasar al Mediodía del circo tropical,  
Y comparar el cielo de la caliente zona  
Con el que tibio pinta la luz meridional!

¡Los trópicos! ¡Radiante palacio del crucero (2),  
Foco de luz que vierte torrentes por doquier!  
Entre vosotros toda la creación rebosa  
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

(1) Nombre del buque.  
(2) Constelación del Sur.

Cuando miró imperfecta la creación tercera  
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,  
Naturaleza llena de timidez y frío  
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡Basta!» volviéndola sus ojos,  
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,  
El aire de su boca los trópicos sintieron  
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo  
Naturaleza en ellos su trono levantó,  
Dorado con las luces de la primer mirada,  
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes,  
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán;  
Las aves que la arrullan en melodía eterna,  
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas  
Se visten, con las nubes, de la cintura al pie:  
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan  
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna  
No habita ese bandido del Andes morador,  
Que de las duras placas de sempiterna nieve  
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,  
Tocanos, guacamayos, el león y la torcaz,  
Y todos, cuando tiende su obscuridad la noche,  
Se duermen bajo el dátil en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala  
Formando pabellones para burlar el sol,  
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,  
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante  
No emana sino vida y amor y brillantez:  
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,  
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rey.

Así como la niña de quince primaveras,  
De gracias rebosando, de virginal amor,  
No bien recibe el soplo de enamorado aliento  
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.....

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde  
Resbala como tibio suspiro de mujer,  
Y en voluptuosos giros besándonos la frente  
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla  
Los trópicos encierran, magnífica: «la luz»,  
La luz ardiente, roja; cual sangre de quince años,  
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera  
El alba, el mediodía, la tarde tropical;  
Un rayo solamente del sol en el ocaso,  
Ó del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes  
Se toca, se resiste, se siente difundir:  
Es una catarata de fuego despeñada  
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,  
Que cual si reflectase de placas de metal,  
Traspasa como flecha de imperceptible punta  
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,  
Que en torbellino brota la frente de Jehová  
Parado en las alturas del Ecuador, mirando  
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica  
La tierra que recibe los rayos de su sien,  
É hidrópica de vida revienta por los poros,  
Vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,  
Partidas las montañas fluctuando entre vapor,  
Las luces son entonces vivientes inflamados  
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses  
Caracoleando giran en derredor á él,  
Y azules mariposas en bosques de rosales  
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje  
Nadando sobre lagos con lindes de coral,  
Saludan al postrero suspiro de la tarde  
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas  
Que muestran indecisas escuálido color;  
Así como las hijas en torno de la madre  
Cuando reciba su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos  
Las fantasías bellas de los poetas van,  
Son ellas las que brillan en rutilantes mares,  
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;  
Allí se poetiza la voz del corazón:  
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos  
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más..... y el mustio color de las estrellas  
Al paso de la noche se aviva en el cenit,  
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes  
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas  
Parecen las ideas del infinito ser  
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre  
No bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente,  
Con iris y aureolas magníficas de luz,  
La luna se presenta como la virgen-madre  
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

### LAS NUBES.

(FRAGMENTO DE «EL PEREGRINO».)

Gloria á vosotros, vaporosos velos  
Que flotáis en la frente de los cielos  
Como alientos perdidos  
Del que arrojó los astros encendidos,  
O cual leves encajes  
Que velan de su rostro la hermosura,  
Enseñando al través de los celajes  
De sus azules ojos la dulzura,  
El alabastro de su frente hermosa,  
Su labio de corales,  
Y en bellas espirales  
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos  
Del alma de mi Dios? ¿Bendice al mundo  
Cuando de oro y azul pintáis la esfera  
Y derramáis colores  
Ricos en fantasías y en amores  
Como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonríe  
Cuando á la frente cándida del alba  
Asomáis con el tinte de la rosa,

Cual el rubor al pálido semblante  
De virgen candorosa  
Al primer beso de su tierno amante?

¿Al contemplar el mundo,  
Se acuerda de su bello paraíso,  
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso  
Por el que habita lodazal inmundo;  
Y por el hombre siente,  
Y se le nubla de pesar la frente  
Cuando quedáis en la tranquila tarde  
Con esa luz fantástica, sombría,  
Entre el ser y el no ser del tibio día?

¿Sois el imán entonces misterioso  
Que arrastra á meditar el pensamiento  
Y agita silencioso  
Dentro del corazón el sufrimiento?  
¡Quién en vosotras, húmedos los ojos,  
No clavó alguna vez, cuando del día  
Va muriendo la luz, cual va muriendo  
Del alma con los años la alegría,  
Y la enlutada noche hasta el ocaso  
Llega, cual la vejez, paso tras paso!

Decid nubes, decid, ¿sois los reflejos  
Del alma de mi Dios?..... El rudo crimen  
De la obcecada humanidad primera  
Arrancó de sus labios soberanos  
Tremenda maldición. Cayó en la frente  
De la obra de sus manos  
El rayo de su voz omnipotente;  
Y vosotras, rodando por la esfera  
Hidrópicos los senos,  
Lanzasteis cual torrente furibundo,  
Entre millón de truenos,  
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra

En sus ejes rodó; y en todas ellas  
No iluminara el sol ni las estrellas  
Las sombras del airado firmamento,  
Y tan sólo á vosotras en continuo  
Y rápido volar negras mirara,  
Lanzando en torbellino  
Á su maldita frente  
Las ondas y las ondas del torrente.  
Cumplióse el fallo irrevocable y justo  
Del poderoso juez del universo,  
Y á su semblante, adusto  
Al castigar al crimen del perverso,  
Asomó la alegría  
Y vosotras con ella  
Bañadas del color del claro día,  
Al decir: «*Basta*» y levantar del arca  
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma  
Su maldición también. Allí vosotras  
Al eco de su voz acudís luego,  
Y en encendidas fuentes se desploma  
De vuestro rojo seno un mar de fuego.....  
Y al volver el semblante  
De la hirviente ceniza el ser divino,  
En pos de su camino  
Vais siguiendo su planta  
Á iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesús el postrimero  
Dolorido suspiro en el madero;  
Allí también, oh nubes misteriosas,  
Pálidas os contemplo y silenciosas,  
Cubrir la luz del luminar del cielo  
Y por el Hombre-Dios vestir de duelo.  
Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo  
Del alma de mi Dios? ¿Son sus enojos  
Y el eco de su acento,  
Y el fuego de sus ojos

Terrible centellando,  
Cuando en montes trepáis al firmamento  
La recia y ruda tempestad rodando?  
¿Ese trueno es su voz? Esa serpiente  
De fugitiva luz, ¿es la mirada  
Que lanza de repente  
Al volar su carroza de topacios  
Chispeando estrepitosa en los espacios?  
¡Salud, nubes, salud!..... Sí, sois las bellas  
Luces de un rico y eternal espejo,  
Donde el Dios que conserva las estrellas  
De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos extasiamos  
Cuando azuláis los cielos,  
Bellas cual los primeros dulces años;  
Y tímidos temblamos  
Cuando os tornáis encapotados velos,  
Tristes como los tristes desengaños.  
Y en la tarde tranquila  
Por eso el corazón medita y flota  
En la mar de recuerdos dilatada,  
Y del cáliz del alma tibia gota  
Empaña la pupila,  
Fija en el horizonte la mirada  
Por vuestro imán fatídico arrastrada.

¡Ay! ¡Cuántas veces de la verde orilla  
Del río cuyas ondas arrullaron  
Mis sueños al nacer, húmeda en llanto  
La pálida mejilla,  
Mis ojos en vosotras se clavaron!

¡Y no era aún infeliz! ¡Aun no la mente  
Desplegando la momia de la vida,  
Al corazón valiente  
Con su esqueleto lívido asustara,  
Y el corazón volviendo

La vista entristecida,  
Sus lazos con el mundo desatará!

¡Pero ya un no sé qué de misterioso  
En el fondo de mi alma se escondía,  
Y os procuraba inquieto y silencioso  
Entré el ser y el no ser del tibio día!  
Así la joven que inexperta siente  
La primera impresión dentro del alma,  
Sin saber el porqué de sus sonrojos  
Teme y evita los extraños ojos,  
Y el corazón sin calma,  
Por el jardín, perdida,  
En las flores se fija distraída.  
¡Cuántas veces proscrito y peregrino,  
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,  
Desde extranjera roca  
Os contemplé llorando mi destino,  
Y con esa expresión que nunca alcanza  
El labio á repetir, el alma mía  
Os contó sus pesares,  
Triste como el crepúsculo del día,  
Desde el arena de extranjeros mares!.....

Hay momentos, oh nubes,  
Que misterioso eléctrico fluído  
El alma con vosotras armoniza,  
Y al hombre con el polvo confundido  
Ángel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes  
Del cielo tropical, y erais, oh nubes,  
De oro y rubíes movedizos montes.  
Si tiene el Hacedor trono y querubes,  
Ni el trono es más espléndido de galas,  
Ni las pequeñas alas  
De los querubes bellos  
Más bordadas de fúlgidos destellos.  
Allí mi fantasía

Ahogaba los recuerdos con deseos,  
Y en dulces devaneos  
Menos os daba mi alma que os pedía.  
Allí el amor de mi adorada hermosa  
Era un perfume emanación de vida:  
Allí era la mujer purpúrea rosa  
De la guirnalda del Señor caída.

Mas ¡ay! también del aterido polo  
Cubris los cielos como pardo manto;  
Y yo desde un bajel perdido y solo  
Donde nadie cantó, nubes, os canto.

Depeñadas cruzáis el firmamento  
Rápidas como herido pensamiento,  
Y atónita os contempla  
Mi alma, como el enojo soberano  
Lanzado en derredor de este Oceano,  
Que encarcelado y solo  
Entre el linde de América y del mundo,  
Maldice de su cárcel los confines,  
Y en rudos parasismos  
Sacudiendo sus crines  
Salta de los abismos  
Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,  
Dios y la humanidad en mi memoria,  
La humanidad con su doliente ceño,  
Dios con su poderío y con su gloria.  
Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo  
Nos os rindió alguna vez? En el contento,  
Ó con el alma en luto,  
¿Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas,  
Cuando flotáis en torno de la luna  
Cual ondas de humo de encendida pasta,  
Que sostenidas en el aire apenas

Soplo sutil á deshacerlas basta,  
El corazón dolido,  
¿Qué madre no ha llorado con vosotras  
El dulce fruto de su amor perdido;  
Ó amorosa y prolija,  
No imaginó entre flores,  
El porvenir de su inocente hija?.....

¿Qué virgen no os ha dicho sus amores,  
Ó la tardía ausencia  
Del ídolo feliz de su existencia?  
En la noche sombría,  
Cuando voláis en densa muchedumbre  
Como inquietas ideas  
De recóndita negra incertidumbre,  
¿Adónde el alma impía  
Que miró sin temor el cielo airado?  
¿Qué genio no ha volado  
En alas de su ardiente fantasía?  
¿Qué desterrado, acaso,  
En los velos de nácar y záfiro  
Que bajáis al ocaso,  
No ha mandado á su patria algún suspiro?.....

Pasad, nubes, pasad. Pasad serenas  
Para aliviar las escondidas penas  
De mis tristes hermanos en el Plata.  
Y del proscrito bardo  
Que vaga peregrino  
Y os canta, oh nubes, desde el frágil pino,  
Revelad á su dulce patria bella  
Cuánto suspira el corazón por ella:  
Que por ella en el mundo errante llora,  
Y cuanto más padece más la adora.

Marzo 8 de 1845.

Á ROSAS, EL 25 DE MAYO.

«Al triunfo, la agonía siguió del moribundo  
Al viva del combate, de servidumbre el ¡ay!

.....  
Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mía  
De paz y de ventura, de gloria y hermandad.»

JUAN CARLOS GÓMEZ.

I.

Miradlo, sí, miradlo. ¿No veis en el Oriente  
Tinéndose los cielos con oro y arrebol?  
Alzad, americanos, la coronada frente;  
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo  
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:  
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo  
Clavaron victoriosos en su nevada sien.

¡Veneración! Las olas del Plata le proclaman,  
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;  
Los hijos de los héroes «¡Veneración!» exclaman,  
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II.

¡Sus hijos! ¿Por qué huyeron de sus paternos lares  
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?  
¿Por qué corren proscritos sin patria y sin hogares  
Á tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales,  
¿Por qué no les embriaga la salva del cañón,  
Los vivas de los libres, los cánticos triunfales  
Y el ruido de las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,  
¿Por qué está de rodillas sin vitorearte, ¡oh sol!  
¿Por qué como otros días sus ecos no dilata  
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III.

Emboza, oh sol de Mayo, tus rayos en la esfera  
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló;  
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:  
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,  
Para evitar su mengua sepúltala, ¡por Dios!  
¡¡La emperatriz del Plata te espera de rodillas,  
Ahogada entre gemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,  
Robando de tus hijos la herencia de laurel;  
Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno  
Para vengar acaso su maldición con él.

IV.

¡Ah Rosas! No se puede reverenciar á Mayo  
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;  
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo  
Qué súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento  
Que has hecho de la patria que te guardaba en sí;  
Contempla lo que viene cruzando el firmamento,  
Y dinos de sus glorias lo que te debe á ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,  
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,  
Contempla, y un instante responde sin engaños:  
¡¡Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!

V.

Contempla lo que viene cruzando el firmamento  
Con luces que recuerdos iluminando van,  
Y dínos si conservan memoria de tu aliento  
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes  
Ó acaso en Chacabuco ó en Maipo ó en Junín;  
Ó si marcando hazañas más célebres y grandes  
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin,

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,  
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,  
Y dínos que lidiando la hubistes en Ayuma  
Ó acaso en Vilcapujio, Torata ó Moqueguá.

VI.

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo  
Sublime juramento que Mayo pronunció;  
Por eso vilipendías y lo abominas tanto,  
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente  
Bordando de victorias el mundo de Colón,  
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente  
Sin entreabir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo  
Sus altaneras sienas vestían de laurel,  
Al viento la melena, jugando con tu lazo,  
Por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

VII.

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada;  
Sino miseria, sangre, desolación sin fin;

Jamás en las batallas se divisó tu espada;  
Pero mostraste pronto la daga de Caín.

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo,  
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,  
Y al viento la melena, jugando con tu lazo  
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,  
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,  
Y atar ante tus hordas al pie de tu caballo  
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII.

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,  
Y sangre, sangre á ríos se derramó doquier;  
Y de apilados cráneos los campos se poblaron  
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hielos en tus fibras?  
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da,  
Cuando á tu rudo labio tu pensamiento vibras,  
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida  
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?  
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida  
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX.

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso  
Para poder buscarlo con el puñal en pos?  
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,  
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,  
Para llamar visiones que su pavor te den?  
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,  
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento  
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;  
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento  
Para arrojarle eterna tremenda *maldición*.....

X.

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia  
De un déspota que abriga sangriento frenesí,  
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:  
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El Bueno de los buenos desde su trono santo  
La renegada frente maldijo de Luzbel;  
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,  
También tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas  
La hiel de la venganza mis horas agitó:  
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;  
Pero como argentino, las de mi patria, no.

XI.

Por tí esa Buenos Aires que soportar sabía  
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un león,  
Hoy débil y postrada no puede en su agonía  
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto  
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;  
Pues de los hombres hartos, para ofender á Cristo,  
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,  
La frente doblegamos bajo glacial dolor,  
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo  
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor.....

XII.

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos  
Se cambian en celajes de nácar y zafir,  
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos  
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

*Hay más allá*, es el lema de su divina frente  
Grabado por la mano purísima de Dios;  
Y el Chimborazo al verlo lucir por el Oriente:  
*Hay más allá*, responde con su gigante voz.

*Hay más allá*, los héroes al expirar clamaron,  
Poblando con su grito de América el confín,  
Y entre vapor de sangre: *Hay más allá*, exhaláron  
Los campos de Ayacucho, de Maypo y de Junín.

XIII.

Sí, Rosas; vilipendia con tu mirar siniestro  
El sol de las victorias que iluminando está;  
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,  
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza  
Qué temblará en tu pecho tu espíritu infernal,  
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza  
Ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,  
Reventarán los pueblos que doma tu ambición;  
Y cual vomita nubes de su ceniza hirviente  
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV.

Entonces, sol de Mayo, sus días inmortales  
Sobre mi libre patria recordarán en tí;  
Y te dirán entonces los cánticos triunfales  
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata sin negra pesadumbre  
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,  
Pues opulenta entonces, reflejará tu lumbre  
En códigos y palmas y rico pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto  
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;  
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto  
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

Montevideo, Mayo 1843.

CANTOS DE LOS PROSCRITOS.

I.

¡Patria, patria! ¡Palabra divina  
Que en el cáliz del alma se esconde,  
Y á los sueños del alma responde  
Con promesas sublimes de amor!  
Ese nombre de paz y esperanzas  
Es la dulce oración del proscrito:  
Él aprende á llamarle bendito  
En la escuela que enseña el dolor.

II.

Patria hermosa que cuentas tus penas  
Á las ondas del río argentino,

Algo santo te deja el destino  
Al dejarnos el llanto por tí.  
Feliz hija del Genio y la Gloria:  
Triste madre de un tiempo de luto.  
¡Ay! Recoge ese noble tributo  
Que refleja tu imagen en sí.

III.

Sobre el árido suelo extranjero  
Nuestra vida ha perdido sus flores,  
Y á la luz de los años mejores  
Se tocó con la noche su albor.  
Pero en medio á la recia tormenta  
Que nos bate y marchita la frente,  
Bajo puro dulcísimo ambiente  
Conservamos la flor de tu amor.

IV.

Al dejar de un hermano los restos  
Bajo el suelo extranjero tan mudo,  
Suspiramos al ver que no pudo  
Ni la vida en su patria perder.  
Y al nacer nuestros hijos al mundo  
Mil recuerdos nos hieren prolijos,  
Al pensar que ni vemos los hijos  
En la patria del padre nacer.

V.

Fija, eterna, escondida en el alma  
Vive ¡oh patria! tu imagen hermosa;  
Como gota del alba en la rosa,  
Como perla en el fondo del mar.  
Tierno, santo tu nombre á los cielos  
En suspiro purísimo sube,  
Como el salmo en la pálida nube  
Del incienso que exhala el altar.

VI.

De los mares remotos las ondas  
Todas saben tu nombre y tus penas;  
Del desierto las tibias arenas;  
Bosque y prado lo saben también.  
¡Ay, si hablasen las lánguidas nubes  
Que despiden al sol de la esfera!  
¡Ay, si hablase la triste viajera  
Que circunda de estrellas su sien!

VII.

Todo el orbe se presta á nosotros:  
En las nubes te van pensamientos;  
El pampero nos da tus alientos;  
Nuestro llanto en las ondas tomad.  
¡Ay, que en torno á tus puertas andamos  
Cual amante que vela y se queja,  
Con su brazo rozando la reja  
Que le encierra su virgen beldad!

VIII.

Tus recuerdos son culto divino  
Que te rinde doquier la memoria;  
Nunca hubieron tus tiempos de gloria  
Más espléndida aureola de amor.  
Que entusiasmo que vive en el alma  
Tras veinte años eternos de llanto,  
Tiene mucho de grande y de santo  
Para orlar un recuerdo de honor.

IX.

Preguntad á la aurora de Mayo  
Por la frente que le alza el proscrito;  
Preguntad si su rayo bendito

No le baña orgulloso la sien.  
Preguntad á las tumbas qué sienten  
Cuando en hebra fugaz de aquel rayo  
Les mandamos recuerdos de Mayo,  
Y un gemido del alma también.

X.

¿No miráis esas luces que brillan,  
Cual destellos de un fuego divino?  
Son los ojos del Genio Argentino  
Irritado en tu obscuro confín.  
¿No escucháis un confuso rüido,  
Como de onda de un mar que se avanza?  
Son las sombras que claman: ¡venganza!  
De los héroes de Maipo y Junín.

XI.

¿No sentís que tu planta resbala  
Sobre el húmedo suelo que tocas?  
Es que el suelo, y el monte y las rocas  
Sudan gotas de sangre á tu pie:  
Es que todo se irrita y conmueve  
Al no ver de tus tiempos de gloria,  
Más virtud ni más santa memoria  
Que del pobre proscrito la fe.

XII.

Alza ¡oh madre! tu mano sagrada  
Y bendice tus hijos proscritos;  
Que de aquellos tus tiempos benditos  
No te queda más que ellos y Dios.  
Los que besen el pie del tirano  
No son dignos de un otro destino;  
Son ladrones del nombre argentino,  
Son bastardos sin alma ni voz.

XIII.

Somos pocos ¡oh patria! y no importa,  
Pues la gloria de un pueblo y su nombre  
Suele á veces guardarse en un hombre,  
Cual las luces del orbe en un sol.  
Para ver lo que valen los pueblos  
No se cuentan jamás sus esclavos;  
Son sus hijos virtuosos y bravos  
Los que dan á la historia el crisol.

XIV.

Desterrados y pobres y pocos,  
En nosotros el alma es un templo  
Donde brilla en magnífico ejemplo  
La más pura argentina virtud.  
Y si en medio al destierro caemos,  
Prolongada tu suerte inclemente,  
Será siempre padrón elocuente  
De tu honor nuestro humilde ataúd.

XV.

En la lid y al puñal del tirano  
Han caído tus hijos mejores;  
Al puñal ó los crudos rigores  
Del destierro caeremos también.  
Mas no temas; te quedan los niños;  
Esas verdes promesas de gloria,  
Cuya voz cantará tu victoria  
Coronada de palmas tu sien.

XVI.

¡Adiós, madre que el alma idolatra!  
¡Dios recoja tu llanto bendito,  
Y la vida del noble proscrito

También halle el amparo de Dios!  
Reclinada en las tumbas de Mayo,  
Otro tiempo benéfico espera,  
Y de él hasta el alba primera,  
¡Hija y madre de héroes, adiós!

A\*\*\*

Rosa fragante del edén caída;  
Ángel proscrito que perdió sus alas;  
Perla hermosa del alba desprendida;  
Hebra de luz de las etéreas galas;  
Paloma que ha dejado misteriosa  
Las selvas que habitó en el paraíso;  
Fantasía de Dios en noche hermosa,  
De que hizo luego terrenal hechizo.

¿Quién eres, dí, beldad fascinadora,  
Hálito de purísimas esencias  
Que embriaga el corazón y lo enamora,  
Que bajo indefinibles apariencias  
Al través muestras de encantado velo  
Entremezclado el mundo con el cielo?

¿Quién eres, que al poder de tu hermesura  
Se ata de nuevo al mundo,  
Y vuelve á sus perdidas ilusiones  
Aqueste corazón que la amargura  
Apuró del dolor? ¿Que en lo profundo  
De su ser misterioso sumergido,  
Dijo ¡adiós! al placer y á las pasiones;  
Y, de su propia vida desprendido,  
Á la fe y la esperanza estaba muerto,  
Ajeno al mundo, á los amores yerto?

¿Quién eres, que levantas misteriosa  
De mi alma yerta los oscuros velos,

Como el alba las sombras de los cielos  
Con sus manos de nácar y de rosa?

Y ¡cómo no admirarte! ¡cómo mi alma,  
Que sufre las angustias del poeta,  
No revivir para perder su calma,  
No reanimar la inspiración secreta,  
Si hay en ti más belleza y poesía  
Que en cuanto dora el esplendor del día?

Corriendo en pos de mi destino incierto  
He surcado los mares,  
He pisado la sien de las montañas;  
He cruzado el desierto  
Á la luz de los pardos luminares;  
Solitario he dormido  
Entre las sombras de la selva hojosa,  
Ó entre flexibles y sahumadas cañas,  
Y he despertado al lánguido quejido  
Que da de amor la tórtola medrosa:  
Mi religión, mi libro, mi belleza  
Fué siempre la gentil naturaleza;  
Pero hallo en ti más alta poesía  
Que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,  
Sobre una mar tranquila  
Como el cristal de plácida laguna,  
He visto levantarse silenciosa  
En columnas de luz la blanca luna:  
Panorama magnífico que en vano  
Pintar querría con mi acento humano.  
Pero ¡ay! sobre tu frente de alabastro  
Hay mayor majestad, mayor dulzura  
Que en la frente del astro  
Que rasga el vélo de la noche oscura.

Yo he cruzado mis brazos fascinado,  
Al contemplar la brillantina lumbre

Que en el cielo del trópico inflamado,  
En bella muchedumbre  
Derraman los luceros rutilantes.  
Allí se mira en ellos  
El ópalo, el zafiro y los diamantes,  
Y á sus raros y mágicos destellos,  
El alma se electriza  
Y tierno el corazón se poetiza.  
Pero ¡ay! en tus pupilas celestiales  
Hay más luz que en los astros tropicales.  
Espiral de la llama que calienta  
Tu tierno corazón; fuego divino  
Que tu espíritu de ángel alimenta,  
Y que en dulce destino,  
Al dar á mi alma agitación suprema,  
Más la enamora cuanto más la quema.

En medio del desierto, de repente  
La brida á mi caballo he recogido,  
Para mirar en el lejano Oriente  
Un trono de topacios suspendido  
En pedestal de nácar y rubíes;  
Y sobre gradas de purpúreas rosas  
Llegar al trono la naciente aurora,  
Desatando las cintas carmesíes  
Á sus cabellos de oro, y las hermosas  
Perlas que entre sus hebras atesora;  
Derramar luego de sus tiernos ojos  
Los tranquilos destellos del topacio,  
Y el reflejo fugaz de los sonrojos  
Que la vista del sol causa en su frente;  
Llenar después de esencias el espacio  
Dando su labio el matinal ambiente;  
Y grabar por doquier el sacro sello  
Que pone Dios en lo sublime y bello:

Pues bien: en ti mi admiración divisa  
Poesía mayor, mayor encanto

Que en esa aurora que revela tanto  
La existencia del Dios que la improvisa.

¿Quién, al ver la frescura de las rosas  
En tu semblante virginal, podría  
Echar de menos las que muestra hermosas  
El rubio Oriente al asomar el día?

Cuando en fugaz agitación sonríes,  
¿En qué cambiante de su luz la grana  
La radiante mañana  
Hallará de tus labios los rubíes?

¿En cuál nácar del alba tu garganta  
Y el alabastro de tu ebúrneo seno,  
Cuando, de vida y de suspiros lleno,  
Con tu aromado aliento se levanta?

¿Con qué cuadros de luz, con qué espirales  
La hermosa aurora á disputar se atreve  
Las gracias virginales  
Que, en movimiento blando,  
Se deleitan jugando  
En derredor de tu cintura leve?

¡Oh, si te hubiese visto un solo instante  
Allá en los tiempos en que el alma mía,  
Feliz y delirante,  
Era toda entusiasmo y poesía,  
Yo no hubiera pedido prosternado  
Á la naturaleza  
Los misterios sin fin de su belleza  
Que en mi lira después se han escuchado!

Tu suprema hermosura  
Mi enamorado labio cantaríá;  
Y de tus ojos á la lumbre pura,  
Divino fuera mi mundano verso,

Y mi verso te haríá  
Divinidad también del universo.

Para adornar tu espléndida cabeza,  
Pediríá á la gloria  
Lauros que eternizaran la memoria  
De mi amor y tu célica belleza.

Tu corazón, que espera  
Cual un arpa eoleana  
El primer soplo con que amor le hiera  
Para dar tierno su amoroso acento,  
De mi pasión temprana  
Sentido hubiese mi abrasado aliento.  
Yo buscaríá en ti la oculta fibra  
Que pulsada una vez se agita y vibra,  
Y hace que la mujer, sin saber que ama,  
Arda de amor en la sensible llama.

Entonces ¡ay! bebiendo de tu boca  
Savia de vida, espíritu de amores,  
Mi vida fuera un piélagos de flores;  
Y el alma mía, de entusiasmo loca,  
Haríá caprichosa  
Del mundo un éden (1), y de ti una diosa.

Con mis manos tu frente cubriríá  
Para que el sol no ajara tu hermosura,  
Y en hálitos de amor perfumaríá  
El aura que rozase  
Con su ala fugitiva tu sien pura.

Yo pondríá en tus hombros mi cabeza,  
Jugaríá mi mano con tus rizos,  
Y entonces ¡ay! del aura la belleza  
Mi amor envidiaríá y tus hechizos,

(1) El poeta, en vez de *edén*, pronunció *éden*, licencia poco recomendable.

Pues más enamorada sonaría  
Que la voz de Petrarca la voz mía.

En supremo embeleso  
Robaría á tu labio el primer beso,  
Y ¡ay! de Leonora la amorosa historia  
Olvidaría el mundo, y la hermosura  
Que dióle al Tasso su inmortal diadema.  
Yo con la luz de mi radiante gloria  
Diera más brillantez á tu ternura,  
Más vasto imperio á tu beldad suprema;  
Y en las alas del tiempo y la memoria  
Volarían mis cantos,  
Eternos con tu amor y tus encantos!

¡ Delirio celestial, huye de mi alma!  
¡ Mi pecho es una tumba, y quiero calma!

Allá en el Occidente  
Un astro baja su radiosa frente,  
¡ Esa es mi juventud..... esa es mi vida  
Por el genio del mal tan combatida!  
Hasta mis tristes ojos  
Llegas tú, criatura indefinible,  
Cuando ya sólo quedan los despojos  
De lo que fué mi ser. Mano terrible  
Puso el dolor en mi temprana vida,  
Y á la hazaña homicida  
Con que apuró en mi pecho sus rigores,  
Se agostaron las flores  
Lozanas de mi mente;  
Los años para mí se apresuraron,  
Y de mi joven frente  
La corona de amor me desataron.

Pero no; todavía  
No soy bien infeliz, pues que en mi seno  
Queda una fibra que vital palpita,  
Al talismán de tu sin par belleza;

Cual de un jardín ameno  
Que el huracán aniquiló en la noche  
Suele quedar oculta dentro el broche  
Una flor que levanta su cabeza  
Luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi lira una armonía.—  
La postrera quizá, sentida, ardiente,  
Flor que robo al jardín del alma mía,  
Y oso ponerla en tu virgínea frente.

### SUEÑOS.

Venid, venid, oh sueños, á mi abrasada frente;  
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,  
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,  
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo  
Perciba de la fuente, cual amorosa voz,  
Y en los espesos bosques el inocente arrullo  
Del céfiro en las hojas, al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos  
De donde lluevan palmas á mi inspirada sién,  
Y mire recorridos los azulados velos  
En las doradas puertas del suspirado edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,  
Apenas matizadas con oro y arrebol,  
Desciendan, y con ellas, envuelto en sus vapores,  
Me eleve á las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno  
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios;  
Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno,  
Al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente  
Cómo salió la lumbré del fúnebre capuz,  
Al contemplar absorto sobre su santa frente  
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano  
Del soplo que alimenta la vasta creación,  
Comprenda esa tormenta que aturde los espacios  
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios  
Convulsionando mundos con su potente voz,  
Al ver su chispeante carroza de topacios  
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y á comprender alcance, cuando sus santas huellas  
Los límites marcando del universo van,  
Cómo su luz esconden la luna y las estrellas  
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto  
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,  
Mi corazón bañado de religioso llanto,  
Á comprender alcance su misterioso ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,  
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,  
Como la voz del viento cuando en la selva gime,  
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y brote pensamientos de mi inspirada mente,  
Sublimes y abrasados del fuego celestial  
Que brilla en los espacios, ya rojo y esplendente,  
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, oh sueños, y el corazón sereno  
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;  
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno  
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,  
Y miraré durmiendo lo que despierto no.....  
Yo vivo solamente cuando febril deliro;  
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente  
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,  
Y que la mancha roja de su amarilla frente  
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della  
Si descornado el velo de la razón las ve?  
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella  
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día  
De la florida mente la diamantina red  
Que compasiva tiende sobre la fuente umbria  
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra  
Que sobre el mundo pone para correr veloz?  
¡Venid, hermosos sueños, y á vuestra dulce sombra  
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!.....

Venid, y cuando arroje de América la gente  
Su grito de venganza con fraticida voz,  
Yo soñaré que escucho la música inocente  
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente  
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,  
Y que la mancha roja de su amarilla frente  
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,  
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,  
También quitad al orbe su velo rutilante;  
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

AL SOL.

¿Por qué pasas, oh rey de los astros,  
De las puertas que te abre el Oriente?  
¿Por qué deja más tarde tu frente  
Del ocaso los bordes también?  
Dos momentos no más eres bello  
A los ojos del ánima mía:  
El momento en que anuncias el día,  
Y el momento en que velas tu sien.

Esa lluvia de llamas que viertes  
En tu vasta y radiante carrera,  
Da sublime esplendor á la esfera,  
Mas no al alma ilusiones de amor.  
Al mirarte en el cénit, mi alma  
Se concentra ofendida y vacila,  
Como tiembla la herida pupila  
Á tu rojo y ardiente color.

En la luz hay misterios divinos  
Que no alcanzan las almas de hielo;  
Tú los tienes, lumbrera del cielo,  
Foco eterno de vida y de luz.

¡Gloria al bello momento en que asomas  
Sobre cuna de nácar y rosas!

¡Gloria, oh sol, cuando débil te embozas  
Entre velos de leve capuz!.....

Desde el cielo á este mísero mundo,  
Todo el orbe respira alegría  
Cuando pintas las rosas del día  
De la aurora en la cándida tez.  
Cual despliegan las flores su broche,  
Abre el alma sus cálices, pura,  
Y en amor y esperanza y ventura  
Se armoniza y suspira á la vez.

De la aurora las lágrimas brillan;  
Olas de ámbar y amor se esparraman;  
Y, á la par de las aves, te aclaman  
Bosque y prados, montañas y mar.  
Allí copias la vida del hombre  
Cuando empieza sus horas de mundo,  
Cuando todo es etéreo y fecundo,  
Cuando es dulce hasta el mismo llorar.

¡Gloria, gloria, tesoro del cielo,  
Cuando llegas también al ocaso,  
Y con lento fatídico paso  
Vas diciendo á los hombres: adiós!  
¡Cuando cerca á tu pálida frente  
Las estrellas asoman prolijas,  
Como en torno á su padre las hijas  
Cuando su alma se vuela hasta Dios!

Nada muere á los ojos del hombre  
Sin robar á su pecho un suspiro;  
Y al bajar de tu espléndido giro  
Viertes ¡ay! melancólico amor.  
¿Quién, mirando tu lumbrera postrera,  
No ha llorado una vez en su vida,  
Al influjo de pena escondida,  
Sin poder definir su dolor?

Dios, la patria, destino y amada  
Son recuerdos constantes del alma,  
En las horas de paz y de calma  
En que tocas del cielo el confín.  
En el alma el amor se dilata  
Con más dulce verdad en su esencia,  
Porque toda es amor la existencia,  
Cuando piensa un momento en su fin.

Y en la tumba de ocaso cayendo  
Tu opulenta magnífica frente,  
Para luego llegar al oriente

De otra nueva y lejana región,  
Representas la vida del hombre  
Descendiendo á la vida del suelo,  
Y á la vez remontando su vuelo  
Fugitiva á otra nueva mansión.

¡Gloria, oh sol, cuando pintas el alba  
Con un tenue carmin de tu rayo!  
¡Gloria, oh sol, al llegar en desmayo  
Á la tumba de ocaso también!  
Dos momentos sublime te muestras  
Á los ojos del ánima mía:  
El momento en que anuncias el día,  
Y el momento en que guardas tu sien.

RÁFAGA.

Exhala, exhala á tu capricho libre,  
Corazón mío, tu dolor ó risa,  
Tus temporales ó ligera brisa,  
Ronco alarido ó melodiosa voz.  
No lates, no, para formar el eco  
De ajenas voces; tu primer acento  
Sólo fué tuyo; tu postrer aliento,  
Sin mezcla alguna volará hasta Dios.

Apura, apura con amarga risa,  
Corazón mío, tu letal veneno;  
Apura, apura, que del cáliz lleno  
Bebes y miras que rebosa más.  
Hoy es un día de los mil que pasas  
Como las sombras de la tarde triste,  
Como la flor que el huracán embiste,  
Y quiebra y yerma en su volar tenaz.

En que la vida con dolor se pasa,  
En que está fría y sin valor el alma,

Y una salvaje y desabrida calma  
Reemplaza el fuego de tu ardor febril.  
Que el mundo miras y del mundo ríes,  
Risa más agria que la hiel que bebes,  
Y en otro mundo á palpar te atreves  
Que allá te forjas en delirios mil.

Que vengan ora á prefijarte leyes  
Esos pigmeos que su voz levantan,  
Y creen que el arte de temor espantan,  
Dogmas dictando con hinchada voz.  
Que dél discuten sin saber que el arte  
No es otra cosa que la misma vida,  
Que de vigor é inspiración henchida  
Rompe sus diques y se eleva á Dios.

Diles que vengan y profanos dicten  
Formas al arte, la misión al vate;  
Que hablen de leyes y tenaz combate  
De un arte viejo, y el que joven creen.  
Que den preceptos y formulen dogmas,  
Que abran programas de sonoros temas  
Bellas escuelas, y á la vez sistemas  
Que á los poetas su destino den.

Que vengan hoy á prefijarle sendas  
Á lo que sientes palpar violento,  
Y después vayan á decir al viento:  
*Torced el vuelo y caminad ahí.*  
Diles que pongan sobre ti su mano  
Y digan luego si cual tú latieron;  
Si alguna vez inspiración sintieron,  
Para ser jueces de la que hay en ti.

Exhala, exhala á tu capricho libre,  
Corazón mío, tu dolor ó risa,  
Tus temporales ó ligera brisa,  
Ronco alarido ó melodiosa voz.  
Es tu misión la inspiración que sientas;

Tu arte es tu vida; tu sistema, tu alma,  
Altiva ó mansa, con ardor ó calma,  
Y tus preceptos los que ponga Dios.

No temas, no, de la censura y burla,  
Corazón mío, su severo juicio;  
Si no es su fallo para ti propicio,  
No menos libre volarás doquier.  
Ella se ocupa en levantar murallas  
Para encerrar el sentimiento en ellas;  
Y el corazón en agrandar la huellas  
Por donde pueda sin temor correr.

No temas nunca, y como nave osada,  
Suelta tus velas á merced del viento,  
Y cuando sople vendaval violento,  
Las olas rompe del rugiente mar.  
Y cuando pliegue sus inmensas alas  
Y quede el mar transparentando el cielo,  
Entonces suave con tranquilo vuelo  
Podrás la linfa sin afán surcar.

¿Quién hoy se atreve á señalarte rumbo  
Cuando tú mismo tu destino ignoras?  
¿Á tí misterio, que ignorado lloras,  
Arcano inmenso que formara Dios!  
Exhala, exhala á tu capricho libre,  
Corazón mío, tu dolor ó risa,  
Tus temporales ó ligera brisa,  
Ronco alarido ó melodiosa voz.

### ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1850.

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo  
Formó á su antojo tu destino extraño:  
Después de Satanás, nadie en el mundo,  
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen, has querido  
Que se hermanen tus obras con tu origen;  
Y, jamás del delito arrepentido,  
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendidas  
Una nube de sangre te rodea;  
Y en todo el horizonte de tu vida  
Sangre ¡bárbaro! y sangre, y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo  
Los cimientos de un templo, y, de repente,  
Desde el altar los ídolos de Mayo  
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa  
Á llamar en la tumba de Belgrano:  
Y ese muerto inmortal le abre su losa,  
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la gloria  
Á esconderse en las grietas de los Andes;  
Reclamando á los hielos la memoria  
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desaparecen;  
Se apagan los radiantes luminaires,  
Y en sangre inmaculada se enrojecen  
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,  
Todo perece do tu pie se estampa,  
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,  
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas, ¿después? tal es—atiende—  
La pregunta de Dios y de la historia:  
Ese *después* que acusa ó que defiende  
En la ruina de un pueblo ó en su gloria.

Ese *después* fatal á que te reta  
Sobre el cadáver de la patria mía,  
En mi voz inspirada de poeta,  
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla, y, en pos la destrucción, responde:  
¿Dó están las obras que brotó tu mano?  
¿Dónde tu creación? ¿Las bases dónde  
De grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio  
Que á tanto crimen te impeliese tanto?  
¡Aparta, aparta, aborto del demonio  
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,  
Hiena del Indo transformada en hombre;  
Mas ¡ay de ti, que un día al comprenderte  
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido;  
La fortuna ha rozado tu cabeza;  
Y, bárbaro y no más, tú no has sabido  
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente  
Con diadema imperial no elevas ledo;  
Murió la libertad, y, omnipotente,  
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temés se convierta  
En la corona de Milán la tuya;  
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta  
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;  
Tu grandeza, el terror por tus delitos;  
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte  
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucha salvaje de la pampa ruda,  
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;  
Eso sólo es matar porque desnuda  
Te dieron una espada fraticida.

Y, grande criminal en la memoria  
Del mundo entero, de tu crimen lleno,  
Serás reptil que pisará la historia  
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego á Roma, y la contempla,  
Y hay no sé qué de heroico en tal delito;  
Mas tú, con alma que el demonio templa,  
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,  
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;  
Y más sangriento que el sangriento Atila,  
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron  
La humanidad y, en fiebre carnícera,  
Con sus garras metálicas la hirieron,  
Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa  
De miserias y crímenes y vicios,  
Con una sed estúpida y rabiosa  
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino  
Con que tu sed de sangre has apagado;  
Tigre que te encontraste en el camino  
Un herido león que has devorado. ®

Espíritu del mal nacido al mundo,  
No has sido bueno ni contigo mismo;  
Y sólo dejarás un nombre inmundo  
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos  
Cuando asustarlos en la cuna quieran;  
Y ellos, temblando y en tu imagen fijos,  
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo  
Á los cuentos que invente tu memoria;  
Y execrando tus crímenes sin fruto,  
Rudo y vulgar te llamará la Historia.

¡ Ah, que casi tus crímenes bendigo,  
Ante el enojo de la patria mía,  
Porque sufras tan bárbaro castigo  
Mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en el Plata  
Aquel castigo sufrirás eterno;  
Nunca á tu nombre la memoria ingrata:  
Nunca á tu maldición el pecho tierno;

Y por último azote de tu suerte,  
Verás al expirar que se levanta  
Bello y triunfante y poderoso y fuerte  
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus alevés manos,  
Mas que una mancha sobre el cuello apenas;  
Que tú no sabes, vulgo de tirano,  
Ni dejar la señal de tus cadenas.

D. OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. OLEGARIO VICTOR ANDRADE.

ATLÁNTIDA.

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA.

¡Wake!  
HÁMLET.

I.

Cada vez que en la cumbre desolada  
De la ardua cordillera,  
Y tras hondo angustioso paroxismo,  
Como caliente lágrima postrera,  
Brota de las entrañas del abismo  
Misterioso raudal, germen naciente  
De turbio lago, caudaloso río,  
Ronca cascada ó bramador torrente,—  
Pardas nubes descienden á tejerle  
Caprichoso y movable cortinaje,  
Y abandonan los negros huracanes  
Sus lóbregas cavernas  
Para arrullar con cántico salvaje  
Su sueño, y en señal de regocijo,  
Sobre muros de nieves sempiternas,  
Desplegan, combatientes del vacío,  
Taciturnos guardianes

Del infinito páramo sombrío,  
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,  
Raudales que en la cuna  
Vela el misterio y con afán prolijo  
La fábula, Nereida soñadora  
Que el verde junco con la hiedra aduna,  
Como la dulce madre que despliega  
Sobre la tersa frente de su hijo.  
Teñida por los rayos de la aurora  
Su manto, de amor ciega,  
Envuelve con fantásticos cendales,  
Mientras se llena el mundo  
De rumor de catástrofes.—¡En tanto,  
Con las alas abiertas,  
Cruza la tierra el ángel del espanto,  
Y agita sus antorchas funerales  
El incendio iracundo  
Sobre la tumba de las muertas razas!

Allá en el fondo obscuro  
Del valle que á los pies del Apenino  
Se extiende como alfombra de esmeralda,  
Palenque misterioso del destino  
Do el Tiber serpentea  
Del monte Albano en la risueña falda,—  
Vago rumor se siente....  
El rumor de una raza despertada  
Con el sello de Dios sobre la frente!  
Y en el confín lejano  
Del mar, que muere en la desierta playa  
Del Asia envejecida,  
Con eterno lamento,  
Hondo clamor hasta los cielos sube,  
Que, en sùn medroso, el viento  
Esparce por la tierra estremecida.

¡La raza que despierta

Como enjambre irritado, en las sombrías  
Hondonadas del Lacio,  
Es la raza latina, destinada  
Á inaugurar la historia  
Y á abarcar el espacio  
Llevando por esclava á la victoria!  
¡Y el clamor que resuena  
De la alta noche en la quietud sagrada,  
Es el grito de Ilión, que se desploma  
Como gigante estatua derribada,  
Astro que se hunde en tenebroso ocaso  
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II.

Raudal que al descender á la llanura  
Se torna en ancho río,  
Aquella tribu obscura  
En turbulento pueblo convertida  
Sintió dentro del seno  
La inquietud de la ola comprimida,  
El rumor interior, la voz de trueno  
Que emplaza á las naciones  
Á las gigantes luchas de la vida;  
¡Y se lanzó impaciente  
En pos de sus destinos inmortales,  
Dando al viento los bélicos pendones,  
Siniestros mensajeros del estrago,  
Y encendiendo en el negro promontorio,  
Para servir de faro á sus legiones,  
La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano  
Del águila latina—  
La tierra despertó como de un sueño  
Al sentirla pasar. El Oceano,  
Generoso corcel que el cuello inclina

Cuando siente á su dueño,  
Rugió de gozo y le rindió homenaje—  
Todo lo holló con planta vencedora:  
La montaña y el páramo salvaje,  
Las misteriosas selvas seculares  
En que al compás de místicas endechas  
Afilaba el germano taciturno  
Con siniestra ansiedad el haz de flechas;  
¡Y las negras pirámides distantes,  
Que á la luz del crepúsculo parecen  
Abandonadas tiendas de campaña  
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada  
De su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,  
Como severa reina destronada,  
Dobló la frente ensangrentada al yugo,  
Mas no su corazón—eterna hoguera  
En que la llama de Sagunto ardía  
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera  
Lanzó á los aires resonante grito,  
Y el escudo de bronce hirió tres veces  
Sobre el dólmen maldito.  
Pero cayó expirante en la contienda,  
Para dormir el sueño del esclavo  
De César en la tienda.  
Y el sármata cruel, el bretón bravo,  
El escita ligero,  
El sombrío, feroz escandinavo  
Que en las brumas polares  
De otro mundo olfateaba el derrotero,  
Fueron á prosternarse en sus altares.

¡Largo su imperio fué, largo y fecundo!  
El hacha del Lictor estuvo siglos  
Alzada sobre el mundo.  
Cantó su origen inmortal Virgilio,  
Sus desastres, Lucano,  
Mientras brillaba en el lejano Oriente

La luz primera del ideal cristiano.  
Y en brazos de los Césares dormía,  
Al rumor de los sáfcos de Horacio,  
Enervada y tranquila,  
Cuando sintió tronar en el espacio  
El rudo casco del corcel de Atila.

¡Despertó, pero tarde! En vez del rayo  
Que en sus manos un día  
Viera la tierra atónita, llevaba  
El áureo tirso, y en la mustia frente  
La corona de hiedra de la orgía.  
Corrió al Foro, llamando á sus legiones  
Dispersas y distantes,  
¡Y sólo contestaron los histriones  
Mezclados al tropel de las bacantes!  
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo  
Del cielo, en sangre tinto,  
¡Creyó ver que cruzaban en silencio,  
Como un augurio aciago,  
La sombra lastimera de Corinto  
Y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde en verdad! El sol de Roma,  
Luz de la historia y esplendor del orbe,  
Del Aventino tras la obscura loma  
Y de la plebe trémula á los ojos  
Para siempre se hundió.—Rojo cometa  
Del horizonte en la desierta cumbre  
Apareció tras él, vibrando enojos.  
Nubes del Septentrión, vientos del polo,  
Sobre la tierra inquieta  
Esparcieron sus ráfagas de horrores.  
¡Sólo quedó de pie, soberbio atleta  
Vencido, no tumbado, destacando  
En las sombras el rostro giganteo,  
Como el genio de Roma en lucha eterna,  
Centinela de piedra, el Coliseo!

III.

No perecen las razas porque caigan,  
Sin honor ó sin gloria,  
Los pueblos que su espíritu alentaron  
En hora venturosa ó maldecida.  
Las razas son los ríos de la historia,  
Y eternamente fluye  
El raudal misterioso de su vida.  
El río que en otrora  
Turbulento y audaz cruzó la tierra,  
Ya por blandas y vírgenes llanuras  
Ó por yermos de arena abrasadora,  
Al soplo animador de la fortuna,  
De su cauce alejado  
Fué á morir como lóbrega laguna  
Inmóvil y callado.  
Pero el raudal ingente  
De la ánfora sagrada, la corriente  
Inagotable y pura, despeñada  
Por ignoto sendero,  
Con rumbo de torrente surgió un día  
En la tierra encantada  
Del indómito Ibero,  
Donde todo es amor, luz, armonía,  
Y el sol más bello, el aire más liviano,  
Y siempre altivo, desbordante y joven,  
Palpita y siente el corazón humano.

Así como al salir de su desmayo  
La tierra estremecida  
Del sol primaveral al primer rayo,  
Parece que sintiera  
En el aire, en el monte, en la pradera,  
En ondas tibias circular la vida;  
España despertó con fuerza nueva,  
Y unidas en eterno maridaje  
La pasada romana fortaleza

Y la savia salvaje  
Del hijo del Pirene, diestro en lides,  
Engendraron la raza destinada  
Á suceder á la cesárea estirpe,  
La raza soberana de los Cides.

Llenó el mundo su nombre.—Las naciones,  
Del monte Calpe hasta el peñón marino  
En que vela el britano,  
Creyeron que se alzaba en lontananza  
La sombra augusta del poder latino,  
Que de nuevo volvía  
Á ser el dueño del destino humano.  
¡Y España, como Roma, poseída  
De vago afán, de misterioso anhelo,  
Soñaba con batallas, cuando un día,  
Al tender la mirada por el cielo  
Desde las altas cumbres de Granada,  
Vió surgir en lejanos horizontes  
La visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio,  
Y dejó de su espíritu los rastros  
En fecundas, espléndidas creaciones!  
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,  
Y ansioso de combates  
Fué á renovar en África prodigios  
Y hazañas de Escipiones;  
¡Pero también se derrumbó impotente,  
No del potro del Vándalo á las plantas  
Ni del cruel vencedor al ceño airado,  
Sino cuando cayó sobre su espíritu  
La sombra enervadora del Papado!

IV.

Mientras España duerme acurrucada  
Al pie de los altares,

Calentando su espíritu aterido  
En la hoguera infernal de Torquemada,  
Francia recoge el cetro abandonado  
De la historia, y prepara  
Otra hoguera, á que arroja  
Con ánimo esforzado  
Fragmentos de Bastillas,  
Instituciones viejas, privilegios,  
Y de un vetusto trono las astillas,  
¡Hoguera á cuya lumbre soberana  
Va á forjar como en fragua ciclopea,  
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora  
De las grandes, fecundas convulsiones,  
La hora en que al compás de las borrascas  
Se tumban ó levantan las naciones,  
Dios envía á la tierra los gigantes  
Del genio ó de la espada,  
Cual si necesitase de almas fuertes  
Y músculos pujantes  
Para no perecer en la jornada.  
¡Así la Francia tuvo  
En las horas más grandes de la historia  
El genio de Voltaire para anunciarle  
El tremendo, supremo cataclismo,  
Y el brazo poderoso  
De Napoleón, el genio de la gloria,  
Para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo  
Astro de inmensa curva, que á su paso  
Deja como reguero de laureles,  
Fulgor de incendios, resplandor de soles,  
Pero astro que se pone en el ocaso  
Tras nubes de rojizos arrebales.  
Brillante, fué el imperio de la fuerza!  
¡Brillante pero efímero; la espada  
Que sobre el mapa de la Europa absorta

Trazó fronteras, suprimió desiertos,  
Y que quizá de recibir cansada  
El homenaje de los reyes vivos,  
Fué á demandar en el confín remoto  
El homenaje de los reyes muertos —  
La espada de Austerlitz, la vieja espada  
En los escombros de Moscoví mellada,  
Ya no describe círculos gigantes  
Esparciendo el pavor de la derrota;  
Cayó en los campos de Sedán, sombríos,  
Ensangrentada y rota!

V.

Anteos de la historia,  
Los pueblos que el espíritu y la sangre  
Llevan de aquella tribu aventurera  
Que encadenó á su carro la victoria,  
Ya los postre ó abata  
La corrupción ó la traición artera,  
No mueren aunque caigan.— Así Roma  
En su tumba de mármol se endereza,  
Y renace en Italia, como planta  
Que el polvo de los siglos fecundiza.  
Así España sacude la cabeza  
Tras largas horas de sopor profundo,  
Y arroja los fragmentos  
De su pasada lápida mortuoria,  
Para anunciar al mundo  
Que no ha roto su pacto con la gloria!  
¡Y Francia, la ancha herida  
Del pecho no cerrada,  
En la sombra se agita cual si oyera  
Rumores de alborada!

VI.

¡Soberbio mar engendrador de mundos!  
¡Inquieto mar Atlante

Que ora manso, ó terrible, en giro eterno,  
Ya imitando el fragor de roncadas lides,  
Ya gritos de angustiadas multitudes  
Ó gemidos de sombras lastimeras,  
Te vuelcas y sacudes  
En la estrecha prisión de tus riberas!  
Soberbio mar, de cuyo fondo un día  
La colosal cabeza levantaron,  
Coronada de liquen y espadañas,  
Al ronco son de tempestad bravía  
Náufragos del abismo las montañas.  
Mientras el cielo en la extensión desierta  
Que eternas sombras por doquier velaban,  
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,  
Inmensa flor de luz, recién abierta,  
Sobre la cual en armonioso coro  
Enjambres de planetas revolaban.

Tú eres el mismo mar que alzaste un día  
Bajo arcadas fantásticas de brumas  
Al vaivén de las olas adormido  
Y envuelto dulcemente  
En pañales de espumas,  
Jirones de la túnica de armiño  
De tus playas bravías,  
Huérfano de la historia, un mundo niño.  
¡Con cuánto amor velabas  
Su cuna, y qué sombrías  
Nieblas sobre tu frente desplegabas  
Para que el aire errante, el viento inquieto  
Y el astro vagabundo  
No fuesen á contarle tu secreto  
Á la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,  
El labio mudo, palpitante el seno,  
Á interrogar el horizonte obscuro  
De vagas sombras y rumores lleno,  
Cuando el alba indecisa aparecía

Mensajera de Dios en el Oriente,  
Trayéndote perfumes de los cielos  
Para mojar tu frente!  
¡Y qué grito salvaje  
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,  
Retorciendo los brazos,  
Cuando una vela errante aparecía,  
Y en la tarde traía  
Bramando el oleaje,  
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII.

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos  
Guardaron el secreto!  
¡Lo presintió Platón cuando sentado  
En las rocas de Engina contemplaba  
Las sombras que en silencio descendían  
Á posarse en las cumbres del Himeto;  
Y el misterioso diálogo entablaba  
Con las olas inquietas  
Que á sus pies se arrastraban y gemían!  
¡Adivinó su nombre, hija postrera  
Del tiempo, destinada  
Á celebrar las bodas del futuro  
En sus campos de eterna primavera,  
Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba  
La empresa ruda al genio renaciente  
De la latina raza, domadora  
De pueblos, combatiente  
De las grandes batallas de la historia.  
Y cuando fué la hora,  
Colón apareció sobre la nave  
Del destino del mundo portadora.  
Y la nave avanzó. ¡Y el Oceano,  
Huraño y turbulento,

Lanzó al encuentro del bajel latino  
Los negros aquilones,  
Y á su frente rugiendo el torbellino  
Jinete en el relámpago sangriento!  
¡Pero la nave fué, y el hondo arcano  
Cayó roto en pedazos,  
Y despertó la Atlántida soñada  
De un pobre visionario entre los brazos!

¡Era lo que buscaba  
El genio inquieto de la vieja raza,  
Debelador de tronos y coronas!  
¡Era lo que soñaba!  
¡Ámbito y luz en apartadas zonas!  
¡Helo armado otra vez, no ya arrastrando  
El sangriento sudario del pasado,  
Ni de negros recuerdos bajo el peso,  
Sino en pos de grandiosas ilusiones,  
La libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya; lleva en el seno  
El insondable afán del infinito,  
Y el infinito por doquier lo llama  
De las montañas con el hondo grito  
Y de los mares con la voz de trueno!  
¡Tiene el altar que Roma  
Quiso en vano construir con los escombros  
Del templo egipcio y la pagoda indiana,  
Altar en que profese eternamente  
Un culto sólo la conciencia humana!  
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,  
Con sus rojas antorchas de volcanes,  
Será el altar de fulgurantes velos  
En que el himno mortal de las ideas  
La tierra entera elevará á los cielos.

VIII.

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas

Bajo el arco triunfal de mil colores  
Del trópico esplendente,  
Las Antillas levantan la cabeza  
De la naciente luz á los albores,  
Como bandadas de aves fugitivas  
Que arrullaron al mar con sus extrañas  
Canciones plañideras,  
Y que secan al sol las blancas alas  
Para emprender el vuelo á otras riberas.

¡Allá Méjico está! sobre dos mares  
Alzada cual granítica atalaya,  
Parece que aun espía  
La castellana flota que se acerca  
Del golfo azteca á la arenosa playa.  
Y más allá Colombia adormecida  
Del Tequendama al retemblar profundo,  
Colombia la opulenta  
Que parece llevar en las entrañas  
La inagotable juventud del mundo.

¡Salve, zona feliz, región querida  
Del almo sol que tus encantos cela,  
Inmenso hogar de animación y vida,  
Cuna del gran Bolívar, Venezuela!  
Todo en tu suelo es grande:  
Los astros que te alumbran desde arriba  
Con eterno, sangriento centelleo,  
El genio, el heroísmo,  
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo  
En la cumbre inmortal de San Mateo.

Tendida al pie del Ande,  
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,  
Yace la Roma de los Incas, rota  
La vieja espada en la contienda grande,  
La frente hundida en la tiniebla obscura.  
Mas no ha muerto el Perú, que la derrota  
Germen es en los pueblos varoniles

De redención futura.  
Y entonces cuando llegue  
Para su suelo la estación propicia  
Del trabajo que cura y regenera,  
Y brille al fin el sol de la justicia  
Tras largos días de vergüenza y lloro,  
El rojo manto que á su espalda flota  
Las mieses bordarán con flores de oro.

¡Bolivia, la heredera del gigante  
Nacido al pie del Ávila, su genio  
Inquieto y su valor constante  
Tiene para las luchas de la vida;  
Sueña en batallas hoy, pero no importa;  
Sueña también en anchos horizontes  
En que en vez de cureñas y cañones  
Sienta rodar la audaz locomotora  
Cortando valles y escalando montes!  
¡Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,  
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve  
Á coigar en el techo  
Las vengadoras armas, convencido  
De que es estéril siempre la victoria  
De la fuerza brutal sobre el derecho!  
El Uruguay, que combatiendo entrega  
Su seno á las caricias del progreso;  
El Brasil, que recibe  
Del mar Atlante el estruendoso beso,  
Y á quien sólo le falta  
El ser más libre, para ser más grande;  
Y la región bendita  
¡Sublime desposada de la gloria,  
Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,  
¡La patria bendecida,  
Siempre en pos de sublimes ideales,  
El pueblo joven que arrulló en la cuna  
El rumor de los himnos inmortales!

Y que hoy llama al festín de su opulencia  
Á cuantos rinden culto  
Á la sagrada libertad, hermana  
Del arte, del progreso y de la ciencia.  
¡La patria que ensanchó sus horizontes  
Rompiendo las barreras  
Que en otrora su espíritu aterraron,  
Y á cuyo paso en los nevados montes  
Del Génesis los ecos despertaron.  
¡La patria! que olvidada  
De la civil querella, arrojó lejos  
El fratricida acero,  
Y que lleva orgullosa  
La corona de espigas en la frente,  
Menos pesada que el laurel guerrero.  
¡La patria! en ella cabe  
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,  
En ella el sol de redención se enciende,  
Ella al encuentro del futuro avanza,  
Y su mano del Plata desbordante  
La inmensa copa á las naciones tiende.

IX.

¡Ámbito inmenso, abierto  
De la latina raza al hondo anhelo!  
El mar, el mar gigante, la montaña,  
El eterno coloquio con el cielo....  
Y más allá desierto.  
Acá, ríos que corren desbordados;  
Allí, valles que ondean  
Como ríos eternos de verdura;  
Los bosques á los bosques enlazados;  
Doquier la libertad, doquier la vida  
Palpitando en el aire, en la pradera  
Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada

Que Platón presintió! Promesa de oro  
Del porvenir humano.—Reservado  
Á la raza fecunda  
Cuyo seno engendró para la historia  
Los Césares del genio y de la espada,  
Aquí va á realizar lo que no pudo  
Del mundo antiguo en los escombros yertos.  
¡La más bella visión de las visiones!  
Al himno colosal de los desiertos  
La eterna comunión de las naciones.

PROMETEO.

I.

Sobre negros corceles de granito  
Á cuyo paso ensordeció la tierra,  
Hollando montes, revolviendo mares,  
Al viento el rojo pabellón de guerra  
Teñido con la luz de cien volcanes,  
Fueron en horas de soberbia loca,  
Á escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible  
Dispersando nublados y aquilones,  
Ya heridos de pavor los astros mismos  
En confusión horrible,  
Como yertas pavesas descendían  
De abismos en abismos;  
Y el tiempo que dormía  
En los senos del bátratro profundo,  
Se despertó creyendo que llegaba  
La hora final del mundo.

El cielo estaba mudo;  
Y la turba frenética avanzaba  
Con ronca vocería,

Como avanza rugiendo la marea  
En la playa sombría,  
Cuando Jove asomó: vibró en su mano  
El rayo de las cóleras sangrientas,  
Rugió en su voz el trueno del estrago  
Y encadenó á su carro las tormentas.

Temblaron los jinetes  
En los negros corceles de granito;  
Redoblaron su saña  
Arrojando á los pórticos del cielo  
Con insultante grito  
Pedazos de montaña,  
Y volcaron los mares  
Para apagar en la soberbia cumbre  
Los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,  
Blandió sobre sus frentes altaneras  
El hacha del relámpago que hiere  
Como á una vieja selva las esferas:  
Á su golpe profundo,  
Vacilaron montañas y titanes;  
Y bajó el torbellino,  
Heraldo de su gloria,  
Con la negra cimera de huracanes,  
Á anunciar á los mundos la victoria.

Rodó la turba impía  
En espantoso vértigo á la tierra;  
No volverá á flamear en las alturas  
Su pabellón de guerra  
Teñido con la luz de cien volcanes.  
Cayeron los titanes,  
Del abismo en las lóbregas entrañas;  
Y Jove, vengativo,  
Convirtió los corceles de granito  
En salvajes é inmóviles montañas.

II.

El Cáucaso, caballo de batalla  
De algún titán caído  
Al golpe del relámpago sangriento,  
Se destaca sombrío  
Con el cuello estirado, cual si fuera  
Á beber en el cauce turbulento  
Del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,  
Y entre el espeso matorral de rocas,  
Que fueron la melena sudorienta  
Donde cuelgan las nubes vagabundas  
Sus desgarradas tocas  
Y en la noche desciende  
Á dormir fatigada la tormenta,  
Tendido está el gigante,  
Que amarraron los cíclopes soberbios  
Tras larga lucha fiera  
Con templadas cadenas de diamante:  
Aun su pecho jadea  
Como cráter hirviente;  
Y cada vez que se retuerce inquieto,  
El sol vela su frente,  
Y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,  
Rojas hogueras que atizó el encono,  
Antorchas funerarias de la noche  
De su eterno abandono.  
Y no es un grito humano  
Lo que exhala su pecho—  
Que no tiene el dolor tan rudas notas;—  
Es el estruendo del volcán que estalla,  
El grito del torrente en la espesura,  
Choque de aceros y corazas rotas  
En el fragor de la feroz batalla.

Sólo el Ponto responde á sus rugidos  
Que lanza en su desvelo,  
Y llama en su socorro con voz lúgubre  
Á las inquietas ondas del Egeo.  
Es que también él lucha;  
Lucha con lo imposible y siempre espera.  
Salvaje enamorado,  
Quiere arrastrar consigo á la ribera,  
Y la ribera sorda  
Escapa de sus brazos,  
Dejándole en la lucha misteriosa  
De su veste de juncos los pedazos.

En vano el Ponto grita  
Y se endereza embravecido y fiero.  
¡Él es también gigante encadenado!  
¡Es también prisionero!  
No romperá la valla que lo cerca,  
Ni extenderá su turbulento imperio.  
Basta una faja de menuda arena  
Para atarlo en perpetuo cautiverio.

El titán no se abate.  
¡Es que el dolor enerva á los pigmeos,  
Y á los grandes infunde nuevos bríos!  
Cada día es más bárbaro el combate  
Y más ruda su saña;  
Si afloja un eslabón de su cadena,  
Un martillo invisible lo remacha  
Sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos  
Al salvaje festín de su martirio,  
Vienen los cuervos en revuelta nube;  
Verdugos turbulentos,  
Que Júpiter envía enfurecido  
Á desgarrar la entraña palpitante  
De su rival temido.

Suelta el titán los brazos  
En actitud cobarde y dolorida  
Al sentir su frenética algazara;  
¡Parece que cayera anonadado  
Bajo el horrible peso de la vida!  
¿Qué maza lo ha postrado?  
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?  
¿Es que después del rayo de los dioses  
Viene á escupirle el rostro la canalla!

¡Así en la larga noche de la historia  
Bajan á escarnecer el pensamiento,  
Á apagar las centellas de su gloria  
Con asqueroso aliento,  
Odios, supersticiones, fanatismos;  
Y con ira villana,  
El buitre del error clava sus garras  
En la conciencia humana!

« ¡Oh Dios caduco ! grita  
El titán impotente:  
Como esta negra carne que renace  
Bajo el pico voraz del cuervo inmundo,  
Renacerá fulgente  
Para alumbrar y fecundar el mundo  
La chispa redentora  
Que arrebaté á tu cielo despiadado,  
Germen de eterna aurora  
Del caos en las entrañas arraigado.

» Desata, Dios caduco,  
La turba ladradora de tus vientos;  
Sacude los andrajos de tus nubes,  
Y acuda á tus acentos  
La noche con sus sombras,  
Con montañas de espuma el Oceano;  
No apagarán la luz inextinguible  
Del pensamiento humano!

» ¿Qué importa mi martirio,  
Mi martirio de siglos, si aun atado,  
Júpiter inmortal, yo te provoco,  
Júpiter inmortal, yo te maldigo?  
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,  
El mártir de tu encono  
Siente tronar la ráfaga tremenda  
Que va á tumbar tu trono?

» Tres siglos no he dormido;  
Tres siglos de tormentos.  
No hay astro que no se haya estremecido  
Al sentir mis lamentos,  
Ni nube que al pasar no haya vertido  
En la copa de aromas del ambiente,  
Una gota de llanto  
Para mojar mi frente.

» Á veces he llorado,  
Y el raudal de mis lágrimas heladas  
Corrió por la ladera  
Con ruido de cascadas.  
El Araxa sombrío,  
Dragón de negras fauces,  
Que se calienta al sol en la pradera,  
Es hijo de mis lágrimas. Por eso  
Lanza gritos tan hondos,  
Y atrae cuanto se acerca á su ribera.

» De vez en cuando siento  
Sollozos de mujer á la distancia:  
Es Hesione, la mártir, que se queja  
En el fondo del valle abandonada.  
Las águilas del Cáucaso que pasan  
Á la nube bermeja,  
Que recibió en la faz ruborizada  
El ósculo del sol en el ocaso,  
Le cuentan mi martirio  
Y me traen el mensaje de su pena,

¡El mensaje ternísimo que escucho,  
Sacudiendo mi bárbara cadena!

» ¿Qué importan tus tormentos,  
Tus tormentos de siglos, Dios airado,  
Si en la lengua sonora de los vientos  
Me transmite los himnos de su alma,  
Como al través del médano abrasado  
Va el polen de la palma?  
¿Si en el trémulo seno,  
Como el rayo en los negros nubarrones,  
Lleva ella palpitando  
El feto colosal de las naciones?

» ¡Desata tus borrascas!  
¡Lanza á los aires tu bridón de llama,  
Caduco soberano,  
Y despliega en los cielos tenebrosos  
Tu sangriento oriflama!  
Será tu empeño vano;  
Soplo estéril tu aliento.  
Yo he engendrado el titán que ha de tumbarte  
De tu trono de nubes:  
¡El titán inmortal del pensamiento!

» Ayer, la tierra muda  
Flotaba en los abismos de la nada,  
Como una urna vacía  
Al soplo del azar abandonada,  
Y en sus hondas y frías cavidades  
Sólo el eco se oía  
Del monólogo eterno de las sombras,  
Y el rumor de las roncadas tempestades.

» Hoy, la tierra está viva: alguien habita  
El fondo de los mares;  
Germen de vida y juventud palpita  
En sus bosques de acidias y corales.  
No es el viento el que gime en la maraña

De las selvas sonoras;  
¡Ruido de alas abajo, y en el cielo  
Parece que revientan  
Semilleros de auroras!

» ¡Júpiter: aturdido con tu gloria,  
Embriagado de orgullo,  
No sientes en los senos del abismo  
Lo que siente arrobado Prometeo!  
Algo como un arrullo  
En el nido de nieblas del vacío,  
De misterioso enjambre el aleteo,  
Cual si bandas de estrellas ensayasen  
Su plumaje de luz, para lanzarse  
Á lucir en los campos del espacio  
Su espléndido atavío.

» ¡Aquella sombra muda,  
Aquel eterno esclavo peregrino,  
Que lanzaste sin rumbo  
En las negras jornadas del destino,  
Ya no va caviloso,  
Temblando del rumor de su pisada;  
Lleva la frente erguida  
De misteriosa aureola circundada!

» Hay luz y voz en ella:  
Es flor recién abierta,  
Cuya blanca y espléndida corola  
Tiene el perfume agreste de las cumbres  
Y el latir convulsivo de la ola;  
En breve de su seno  
Volarán las ideas—  
Mariposas de luz del pensamiento—  
Y asombrarán al mundo con sus alas,  
Más sonoras que el viento.

» Ellas me vengarán, Jove caduco:  
Serán mis herederas.

Yo arrojé en el cerebro de los hombres  
Semillas de volcán, germen de hogueras.  
Desata el huracán de tus furoros,  
Redobla mi tormento;  
Que ya viene el titán que ha de vengarme:  
¡ *El titán inmortal del pensamiento!* »

Dijo y calló: no ya desesperado,  
Torva la faz, revuelta la pupila,  
Sino grave, sereno, resignado,  
Como quien sin vencer, sabe que es suya  
La victoria final, y no vacila.

III.

No volvió á retumbar en la montaña  
El grito del titán retando al cielo;  
Ni temblaron las nubes, ni los astros  
Detuvieron su vuelo  
Para mirar la bárbara batalla;  
Ni el negro Ponto amotinó sus ondas  
Crispado y convulsivo,  
Para arrancar de su prisión eterna  
Al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,  
Que habitó el huracán encadenado,  
Y descendió el Araxa gemebundo  
Con torpe pesadumbre,  
Á arrastrarse callado en la llanura,  
Como del alma en el profundo cauce  
Desatan en silencio los recuerdos  
Sus ondas de amargura.

¡ Siempre el gigante en vela!  
El cielo era la página sombría  
En que al débil fulgor de las estrellas  
Las misteriosas sílabas leía

De su destino fiero;  
Y el errante cometa,  
Que en la lejana cumbre aparecía,  
Su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía  
Como ruido levísimo de espumas  
En las inquietas algas detenidas;  
Como el roce ligero  
De fantásticas plumas  
Que tocaban su sien calenturienta;  
Murmullo blando de hojas  
De un árbol invisible desprendidas  
Después de la tormenta.

No eran rayos de luna,  
Ni jirones de niebla desgarrados  
Por el aire liviano:  
Era el coro armonioso  
De las gentiles hijas del Oceano,  
Que á la luz del crepúsculo salían  
De sus grutas azules,  
Y en torno del titán encadenado  
Los húmedos cabellos sacudían.

« No duermas, Prometeo »,  
Al pasar á su oído murmuraban,  
Desatando en su alma  
Las ansias infinitas del deseo.  
« ¡ No duermas, que el Olimpo se estremece  
Con inquietud extraña,  
Y truenan los abismos,  
Como truena el volcán en la montaña! »

Prometeo velaba,  
Fijo el ojo en las lóbregas esferas  
Que como enormes olas palpitaban,  
Y atento al ruido sordo  
Que las brisas del valle le traían,

El ruido de las razas que hormigueaban  
Del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV.

Una tarde.... ya el sol desfallecía,  
Como herido impotente,  
En los brazos oscuros  
Del enorme fantasma de Occidente,  
Cuando sintió temblar la dura roca  
En que apoyó tres siglos la cabeza,  
Y oyó en los aires algo  
Como un tropel de fieras  
Retrozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,  
Interrogó á las nubes que rodaban  
Por el espacio mudo,  
Como gigantes témpanos de nieve  
Que desprende impaciente  
El huracán sañudo.  
Las nubes le dijeron  
Que el Olimpo crujía,  
Y que los viejos dioses expiraban  
En horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa  
De las gentiles hijas del Océano  
Que en su pecho vertía  
Las infinitas ansias del deseo,  
Volvió á sonar dulcísima en su oído  
Para decirle en melodioso idioma:  
«Despierta, Prometeo;  
Que en las lejanas cumbres  
Un nuevo sol asoma!»

Volvió el titán á sacudir airado  
Sus duros eslabones,

Que al esfuerzo supremo rechinaron;  
Y las rocas cayeron  
Como viejos torreones  
Por el rayo de Júpiter heridos,  
Y los cuervos hambrientos se alejaron  
Con lúgubres graznidos.

V.

¡Ya el gigante está en pie! ¡ya la montaña,  
Ara de su martirio,  
Que empapó con la sangre de su entraña  
Y aturdió en la embriaguez de su delirio;  
La montaña, testigo dolorido  
De su tremenda historia,  
Es su negro caballo de pelea:  
El pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida  
Que su impaciencia calma,  
Y otra vez avasalla  
Con cadenas de asombros á su alma?  
¡Ve alzarse en el confín del horizonte,  
Del espacio en los ámbitos profundos,  
Sobre la excelsa cúspide de un monte  
Que se estremece inquieta,  
Y en medio del espanto de los mundos,  
De una cruz la fantástica silueta!

«¡Al fin puedo morir! grita el gigante  
Con sublime ademán y voz de trueno.  
¡Aquella es la bandera del combate,  
Que en el aire sereno  
Ó al soplo de pujantes tempestades  
Va á desplegar el pensamiento humano  
Teñida con la sangre de otro mártir  
—Prometeo cristiano—

Para expulsar del orgulloso Olimpo  
Las caducas deidades!

»Es un nuevo planeta, que aparece  
Tras los montes salvajes de Judea,  
Para alumbrar un ancho derrotero  
Á la conciencia humana.  
¡El germen fulgurante de la idea,  
Que arrebaté al Olimpo despiadado;  
La encarnación gigante de mi raza,  
*La raza prometeana!*

» ¡Al fin puedo morir! ¡Hijo de Urano,  
Llevo sangre de dioses en las venas,  
Sangre que al fin se hiela!  
Aquel que me sucede, hijo del hombre,  
Lleva el fuego sagrado  
Que eternamente riela,  
Ya lo azoten los siglos con sus alas  
Ó el viento furibundo,  
El fuego del espíritu, heredero  
Del imperio del mundo.»

Dijo, y cayó como la vieja encina  
Que troncha el leñador con golpe rudo;  
La montaña tembló, y el negro Ponto  
Se enderezó sañudo,  
Para asistir á su hora postrimera,  
Y las gentiles hijas del Océano  
Bajaron presurosas  
Y en torno á su cadáver encendieron  
De perfumados leños una hoguera.

VI.

¿Qué es aquello que cruza  
Con planta soberana  
Sembrando mundos y encendiendo estrellas

Por la extensión callada?  
Si se posa en la cumbre,  
La cumbre se despierta sonrosada,  
Como al ósculo tibio de la aurora  
Despierta enrojecida la mañana.

Si baja á la pradera,  
Dormida en brazos de la niebla fría,  
La pradera galana  
Con su velo de novia se atavía,  
Y al rumor misterioso de su huella  
Se ciñe el viejo bosque  
Su corona más bella:

Si al mar descende—que la espalda encorva  
Como esclavo sumiso  
Para besar su turbulenta planta—  
El mar abre su seno  
Y el más sublime de sus himnos canta:  
El himno con que arrulla  
El sueño de los negros promontorios,  
Centinelas inmóviles del mundo,  
Y le enseña latiendo en sus entrañas  
De las faunas y floras venideras  
El légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado  
Rechinan á su empuje omnipotente,  
Y se alzan en tropel á su presencia,  
Desde el fondo del caos petrificado,  
Las formas y las razas extinguidas  
En cuya adusta frente  
El ojo de la ciencia deletrea  
El verdadero Génesis del mundo,  
Que la leyenda bíblica falsea.

Todo á su paso vive, alienta, brota:  
El mar, el monte, la desierta esfera;  
Y á su soplo creador todo se expande,

Palpita y reverbera.  
Levanta el polo mudo,  
Como un arco triunfal para que pase,  
Sus montañas de hielo,  
Y enciende presuroso  
Sus gigantescas lámparas el Ande  
Para alumbrarle el tránsito del cielo.

Él es el soberano, el heredero  
Del cetro de la tierra,  
Por su inmenso poder transfigurada.  
No hay piélago, ni abismo  
Que no rasgue su seno á su mirada.  
El guerrero inmortal que en cruda guerra  
Destronó el paganismo  
Y rompió las cadenas que arrastraba  
La pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina  
Encendida en las bóvedas oscuras  
De la conciencia humana,  
Que todo lo ilumina;  
El signo de una raza de titanes  
Destinada á la lucha y al martirio:  
*¡La raza prometeana!*

¡En la cruz, en la hoguera,  
En el árido islote, en el desierto,  
En el claustro sombrío, donde quiera  
Vierte su sangre á mares  
Que los helados páramos caldea,  
Su sangre que en los cauces seculares  
De la historia, desata  
Las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos  
En la fe y en la gloria  
Cuantos despejan la futura ruta  
Con la luz inmortal del pensamiento.

Ya mueran en el Gólgota, ya apuren  
De Sócrates severo  
La rebosante copa de cicuta,  
Ya, nuevo Prometeo,  
Al torvo fanatismo desaffe  
Sobre Roma, montaña de la historia,  
El viejo Galileo.

VII.

¡Arriba, pensadores; que en la lucha  
Se templá y fortalece  
Vuestra raza inmortal, nunca domada,  
Que lleva por celeste distintivo  
La chispa de la audacia en la mirada  
Y anhelos infinitos en el alma,  
En cuya frente altiva  
Se confunden y enlazan  
El laurel rumoroso de la gloria  
Y del dolor la mustia siempreviva!

¡Arriba, pensadores;  
Que el espíritu humano sale ileso  
Del cadalso y la hoguera!  
Vuestro heraldo triunfal es el progreso  
Y la verdad la suspirada meta  
De vuestro afán gigante.  
¡Arriba, que ya asoma el claro día  
En que el error y el fanatismo expiren  
Con doliente y confuso clamoreo!  
¡Ave de esa alborada es el poeta,  
Hermano de las águilas del Cáucaso,  
Que secaron piadosas con sus alas  
La ensangrentada faz de Prometeo!

Á VICTOR HUGO.

I.

¡La negra selva por doquier! ¡el viento  
Como inquieto lebrél encadenado  
Aullando en la espesura!  
¡La noche eterna por doquier! ¡el cielo  
Como un mar congelado,  
Y el mar como una inmensa sepultura!

De tarde en tarde brilla  
De la aurora boreal el rayo frío,  
Y á su vislumbre pálida, los astros  
Que ruedan lentamente en el vacío  
Enormes buques náufragos semejan,  
Que al ronco son del trueno,  
Van llevando sin rumbo  
Cadáveres de mundos en su seno.

Hay vida en la creación, vida embrionaria  
Pero embotada y fría.—Allá á lo lejos,  
En la extensión inmensa y solitaria,  
Islas y continentes van surgiendo  
De la muriente aurora á los reflejos,  
Como monstruos del mar que se dirigen  
En confuso rebaño hacia la orilla;  
Y los montes lejanos,  
Gigantes de armaduras de granito,  
Parece que esperasen de rodilla  
El mandato de Dios, para lanzarse  
Á escalar la región del infinito.

II.

Era la edad en que la densa noche  
Del polo sobre el mundo se extendía,

La noche de la calma aterradora,  
En cuya soledad, lóbrega y fría  
Como raudal helado, dormitaba  
La savia engendradora.  
No hay noche sin mañana.....  
En el cielo, en la historia, donde quiera  
La sombra es siempre efímera y liviana,  
La nube, por más negra, pasajera;  
Y aquella noche al fin iba á rasgarse  
Como inmensa, flotante vestidura.  
Preludios de gorjeos, ruidos de alas,  
La alegría del nido en la espesura  
Flotaron en la atmósfera ligera,  
Y antes de desplegar la luz sus galas  
Entonó un ave la canción primera.

Al eco de la insólita armonía  
La tierra despertó.—La selva oscura  
Con ansia de volar, batió las ramas;  
Misteriosa y extraña vocería  
Se alzó del mar en la siniestra hondura,  
Cual si ensayasen sus salvajes himnos  
La borrasca y la tromba asoladora,  
Y de la informe larva del abismo,  
Mariposa de luz, surgió la aurora.

III.

También la historia tiene  
Torvas noches de horror, como el Oceano,  
Noches glaciales en que duerme todo,  
La vida, el arte, el pensamiento humano.  
También como en la selva primitiva  
De mustias cicadeas,  
La savia del espíritu dormita,  
Sin reventar en frutos, ni cuajarse  
La flor de las ideas.

¡Qué lentas son las horas de la historia!  
¡Qué largo y qué sombrío  
El imperio del mal, cuando parece  
La conciencia pasmada  
Profundo cráter de apagada escoria,  
Desierto cauce de agotado río,  
Y en la noche callada  
No se oye más rumor que el de la orgía  
Ó el áspero crujir de la cadena,  
Mientras del cielo en la extensión vacía  
La ronca voz de los espantos truena!

IV.

Tarda el amanecer, pero al fin llega.  
¡Oh mal, no eres eterno!  
Así como en la noche de la tierra,  
Profunda noche de aterido invierno,  
El mundo despertó cuando en las ramas  
De la selva dormida  
El primer himno resonó del ave  
Que desplegaba el ala entumecida  
Presintiendo á la aurora;

Así la humanidad despierta inquieta  
En la noche moral abrumadora  
Cuando surge el poeta,  
Ave también de vuelo soberano,  
Que en las horas sombrías  
Canta al oído del linaje humano  
Ignotas armonías,  
Misteriosos acordes celestiales,  
Enseñando á los pueblos rezagados  
El rumbo de las grandes travesías,  
La senda de las cumbres inmortales.

V.

Olvidada de Dios, Judá apuraba

La copa del placer.—En sus altares,  
Los ídolos extraños recibían  
Cobarde adoración.—No era la Esposa  
Sencilla del Cantar de los Cantares,  
No era la Virgen de Israel, gallarda  
Como las palmas de Samir: ¡ajada  
La tez de rosa y ulcerado el pecho,  
Con inquietud febril se revolcaba  
Del vicio impuro en el candente lecho!

¡Viento de corrupción, viento de muerte  
Soplaba sobre el mundo!—¡Babilonia,  
Del deleite en los brazos reclinada,  
Ceñida la guirnalda, flaco el brazo  
Para blandir el hierro,  
Y á la orilla del Eufrates sentada,  
Á los pueblos vecinos daba cita  
En las lúbricas danzas del Becerro  
Ó á la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba á morir—como bacante  
Ebria al compás de báquicas estrofas,  
Al son de besos, al rumor de orgías—  
Cuando á las puertas del cerrado templo,  
Torvo y airado apareció Isaías.  
Y tronó en los espacios vengadora  
Su voz, hondo murmullo  
De rayos, fulminando  
Al crimen, á la guerra y al orgullo,  
Prediciendo á la plebe pecadora  
Largas horas de llanto, tras las cuales,  
Purificada y bella, surgiría  
La ciudad del Señor; y á Babilonia,  
Á Babilonia la soberbia, el día  
En que el Medo feroz, los vasos de oro  
Y las sedas de Persia, el arpa siria  
Con que encantaba al mundo,  
Las águilas de bronce, los jardines  
Aéreos, todo, todo,

Iba á hollar insensible  
De sus corceles bajo el casco inmundo.

VI.

Dos razas batallaban  
En campo estrecho con furor insano:  
La vieja raza de la historia, aquella  
Señora un tiempo del destino humano,  
Abuela de naciones;  
La que templó sus armas  
Al sol de Arabia y abrevó en las ondas  
Del Indus y del Tigris sus legiones;  
Y la raza nacida  
Del sol levante al ósculo de fuego,  
Que llevaba en la frente  
La centella de luz del genio griego.

¿Cuál iba á sucumbir? La raza vieja  
Esclava del destino, mar volcado  
De Tesalia en el valle sonriente,  
Avanzaba tenaz.—Ya estaba mudo  
De Maratón el bosque consagrado.  
Ya no brillaba en el combate rudo  
De Leónidas la diestra refulgente,  
Cuando la musa helena,  
La musa de alas de águila de Esquilo,  
Hendió los aires y voló á la escena,  
De la rapsodia enervador asilo,  
Y con voz que aun resuena  
Del mar Egeo en la sonora playa,  
Ceñida de laurel la sien divina,  
Al cadencioso son del ritmo jonio,  
Y entre el fragor de la feral batalla  
Lanzó el himno triunfal de Salamina.

VII.

Ya Roma no era Roma, la que un día  
Encadenó á su paso la fortuna,  
La Roma de los grandes caracteres;  
Mudo el foro, desierta la tribuna,  
En sus plazas y circos no se oía  
Más que el rumor de esclavos y mujeres  
En bulliciosa confusión danzando  
Al son lascivo de los himnos griegos,  
Ó el palmotear de cortesana impura  
Del vil histrión en los obscenos juegos.—  
Ya Roma no era Roma. No anidaban  
Del Aventino en la gloriosa cima,  
Emblema de una raza gigantea,  
Las águilas de Júpiter tonante,  
Sino en mansa, blanquísima bandada,  
Las palomas de Venus Citerea.

Dormido estaba el rayo, como duerme  
En el monte la lava rugidora  
Y en la cumbre el turbión.—Llegó la hora,  
Y el rayo despertó.—Vibró en la lira  
De Juvenal, no en caprichoso alarde  
De dulce verso ó de canción sonora,  
De torpe mofa ó de cobarde duda,  
Sino implacable, acerbo, burilando  
En carne viva la común afrenta.  
Némesis vengadora, el duro azote  
Alzó sobre la sien calenturienta  
De aquél rebaño humano,  
Y fué marcando con eterno mote  
Á la falsa virtud, al crimen pálido,  
Al vulgo y al tirano.

VIII.

Eclipse de la historia, la Edad Media,

Crepúsculo sin día,  
¡Pesaba sobre el mundo, como inmenso  
Torrente de tinieblas despeñado  
Del ancho cielo en la extensión vacía.  
Astro sin luz, el pensamiento, mustia  
Lámpara de un altar abandonado  
Que el cierzo helado azota,  
Al través de las sombras perseguía  
De un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino,  
Bajó del corazón al antro obscuro  
Á descifrar la letra del arcano,  
La misteriosa cifra del futuro,  
Y con voz ora triste y ora grave,  
Mezcla á veces de cántico y lamento,  
Dijo á la muchedumbre horrorizada:  
*¡ Quien sabe de dolor, todo lo sabe!*  
Y de su siglo la conciencia helada,  
Se despertó á su acento.

IX.

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto  
La caravana humana, halla un poeta  
Que espera en el dintel, alta la frente  
Coronada de pálidos luceros,  
Sacerdote y profeta,  
Para enseñarle el horizonte abierto  
Y bendecir los nuevos derroteros.

¡ Á ti te tocó en suerte, soberano  
Del canto, inmortal Hugo,  
La más ruda jornada de la historia!  
Ya no es una nación que rompe el yugo  
De la opresión, ni el canto de victoria  
Tras las horas durísimas de prueba.

¡Hoy es la humanidad que se emancipa!  
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

¡Todo lo tienes tú! la voz de trueno  
Del gran profeta hebreo,  
Fulminador de crímenes y tronos;  
El grito fragoroso del que un día  
Encarnó, para ejemplo de los siglos,  
La idea del derecho en Prometeo;  
La cuerda de agrios tonos  
De Juvenal, aquel Daniel latino  
Tremendo justiciero de su siglo,  
Y el rumor de caverna de los cantos  
Del viejo Gibelino.

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo  
Te dió tan vasto sin igual proscenio.  
¡No hay notas que no vibren en tu lira,  
Espacios que no se abran á tu genio.  
Cantas al porvenir, y los que sufren,  
Esclavos de la fuerza ó la mentira,  
Sienten abrirse á sus llorosos ojos  
De la esperanza las azules puertas.  
Apostrofas al tiempo, y se levantan,  
Mágico evocador de edades muertas,  
Como viviente, inmenso torbellino,  
Razas extintas, pueblos fenecidos,  
Fantasmas y vestiglos,  
Para contarte en misterioso idioma  
La colosal *Leyenda de los siglos!*

¡Todo lo tienes tú! todo lo fuiste:  
Profeta, precursor, mártir, proscrito.  
Gigante en el dolor, te levantaste  
Cuando en la noche lóbrega sentiste  
Temblar los mares, vacilar la tierra  
Con pavorosa conmoción extraña,  
Cual si un titán demente forcejease  
Por arrancar de cuajo una montaña.—

Era Francia, montaña en cuya cumbre  
Anida el genio humano;  
La Francia de tu amor, que tambaleaba  
Herida por el hacha del germano;  
¡Y arrojando la lira en que cantabas  
La *Canción de los bosques y las calles*,  
Fuiste á tocar llamada  
De París sobre el muro ennegrecido  
En el rónico clarín de Roncesvalles!

¡Desde aquí, teatro nuevo  
Que Dios destina al drama del futuro,  
Razas libres te admiran y se mezclan  
Al coro de tu gloria—  
Orfeo que bajaste  
En busca de tu amante arrebatada,  
La santa democracia,  
Á las más hondas simas de la historia!  
¡Desde aquí te contemplan  
Entre dos siglos batallando airado  
Y arrancando á la lira  
La vibración del porvenir rasgado  
Ó el triste acento de la edad que expira!  
¡Y al través de los mares,  
Astro que bajas al ocaso, envuelto  
En torrentes de llama brilladora,  
Entonando tus cantos seculares  
Te saludan los hijos de la aurora!

EL NIDO DE CÓNDORES.

L.

En la negra tiniebla se destaca,  
Como un brazo extendido hacia el vacío  
Para imponer silencio á sus rumores,  
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,  
De nieve que gotea  
Como la negra sangre de una herida  
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes  
Van pasando calladas,  
Como tropas de espectros que dispersan  
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo  
En el peñasco mismo,  
Que se mueve y palpita cual si fuera  
El corazón enfermo del abismo.

Es un nido de cóndores, colgado  
De su cuello gigante,  
Que el viento de las cumbres balancea  
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,  
En cuyo negro seno  
Parece que fermentan las borrascas  
Y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece  
Con inquietud extraña:  
¡Es que sueña con algo que lo agita  
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle ni la sierra  
De encantadoras galas;  
Ni menos con la espuma del torrente  
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible  
Que en la noche se inflama  
Despeñando por riscos y quebradas  
Sus témpanos de llama.

¡No sueña con la nube voladora  
Que pasó en la mañana  
Arrastrando en los campos del espacio  
Su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron á su vista  
Holló muchos volcanes,  
Su plumaje mojaron y rizaron  
Torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa  
Su agitación extraña:  
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza  
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía  
Vencedor inclemente,  
Trayendo los despojos palpitantes  
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos  
La rápida ladera:  
Un niño, y un anciano de alta talla  
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano  
Con acento vibrante:  
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto  
De esa cumbre gigante.»

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;  
Lanzó ronco graznido,  
Y fué á posar el ala fatigada  
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido  
De fúnebre congoja,  
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba  
Con su pupila roja.

II.

Enjambre de recuerdos punzadores  
Pasaban en tropel por su memoria,  
Recuerdos de otro tiempo de esplendores,  
De otro tiempo de gloria,  
En que era breve espacio á su ardimiento  
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,  
Iba en pos de la niebla fugitiva,  
Dando caza á las nubes en Oriente;  
Ó con mirada altiva  
En la garra pujante se apoyaba,  
Cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana, ¡inolvidable día!  
Ya iba á soltar el vuelo soberano  
Para surcar la inmensidad sombría  
Y descender al llano,  
Á celebrar con ansia convulsiva  
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado  
En las hondas gargantas de Occidente;  
El rumor del torrente desatado,  
La cólera rugiente  
Del volcán que en horrible paroxismo  
Se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra  
Resonaron después. Relincho agudo  
Lanzó el corcel de la argentina tierra  
Desde el peñasco mudo;  
Y vibraron los bélicos clarines,  
Del Ande gigantesco en los confines.

Crecida muchedumbre se agolpaba

Cual las ondas del mar en sus linderos ;  
Infantes y jinetes avanzaban  
Desnudos los aceros,  
Y atónita al sentirlos la montaña,  
Bajó la frente y desgarró su entraña (1).

¿Dónde van? ¿dónde van? Dios los empuja,  
Amor de patria y libertad los guía :  
Donde más fuerte la tormenta ruja ;  
Donde la onda bravía  
Más ruda azote el piélago profundo ;  
¡Van á morir ó á libertar un mundo!

III.

¡Pensativo á su frente, cual si fuera  
En muda discusión con el destino,  
Iba el héroe inmortal que en la ribera  
Del gran río argentino  
Al león hispano asió de la melena  
Y lo arrastró por la sangrienta arena.

El cóndor lo miró, voló del Ande  
Á la cresta más alta, repitiendo  
Con estridente grito: ¡Este es el grande!  
Y San Martín oyendo,  
Cual si fuera el presagio de la historia,  
Dijo á su vez: ¡Mirad, esa es mi gloria!

IV.

Siempre batiendo el ala silbadora,  
Cabalgando en las nubes y en los vientos,  
Lo halló la noche y sorprendió la aurora ;

(1) Pasaje de los Andes.—23 de Enero de 1817.

Y á sus rancos acentos,  
Tembló de espanto el español sereno  
En los umbrales del hogar ajeno.

Un día..... se detuvo; había sentido  
El estridor de la feroz pelea;  
Viento de tempestad llevó á su oído  
Rugidos de marea;  
Y descendió á la cumbre de una sierra,  
La corva garra abierta, en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas  
Bajaban los bizarros batallones,  
Y penachos, espadas y cimeras,  
Cureñas y cañones,  
Como heridos de un vértigo tremendo,  
En la cima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda,  
La enseña de los libres ondeaba  
Acariciada por la brisa leda  
Que sus pliegues hinchaba;  
Y al fin entre relámpagos de gloria  
Vino á alzarla en sus brazos la victoria (1).

Lanzó el cóndor un grito de alegría,  
Grito inmenso de júbilo salvaje;  
Y desplegando en la extensión vacía  
Su vistoso plumaje,  
Fué esparciendo por sierras y por llanos  
Jirones de estandartes castellanos.

V.

Desde entonces, jinete del vacío,  
Cabalgando en nublados y huracanes,

(1) Batalla de Chacabuco.—12 de Febrero de 1817.

En la cumbre, en el páramo sombrío,  
Tras hielos y volcanes,  
Fué siguiendo los vividos fulgores  
De la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba  
Para verla pasar, y que en la lira  
De bronce de sus olas entonaba,  
Como un grito de ira,  
El himno con que rompe las cadenas  
De su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella  
Noche de maldición, noche de duelo,  
En que desapareció como una estrella  
Tras las nubes del cielo;  
Y al compás de sus lúgubres graznidos  
Fué sembrando el espanto en los dormidos (1).

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día  
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo;  
El sol de libertad que aparecía  
Tras nublado profundo,  
Y envuelto en su magnífica vislumbre  
Tornó soberbio á la nativa cumbre.

VI.

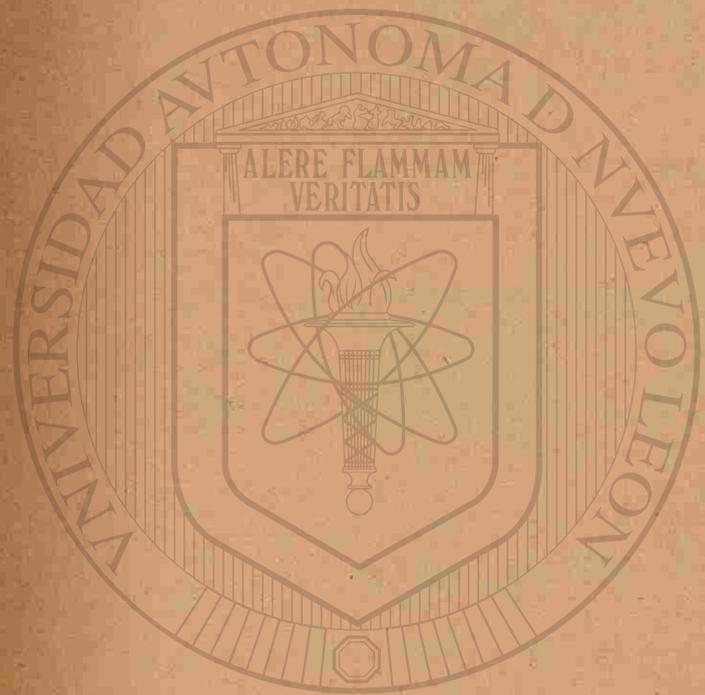
¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,  
En el calvo señor de la montaña!  
Por eso se agitaba entre su nido  
Con inquietud extraña;  
Y al beso de la luz del sol naciente  
Volvió otra vez á sacudir las alas  
Y á perderse en las nubes del Oriente.

(1) Sorpresa de Cancha Rayada.—19 de Marzo de 1818.

¿Adónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?  
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?  
Va á esperar del Atlántico en la orilla  
Los sagrados despojos  
De aquel gran vencedor de vencedores,  
Á cuyo solo nombre se postraban  
Tiranos y opresores.

Va á posarse en la cresta de una roca  
Batida por las ondas y los vientos,  
*Allá, donde se queja la ribera  
Con amargo lamento,  
Porque sintió pasar planta extranjera  
Y no sintió tronar el escarmiento.*

¡Y allá estará! Cuando la nave asome  
Portadora del héroe y de la gloria;  
Cuando el mar patagón alce á su paso  
Los himnos de victoria,  
Volverá á saludarlo como un día  
En la cumbre del Ande,  
Para decir al mundo: ¡Este es el grande!



U A N L

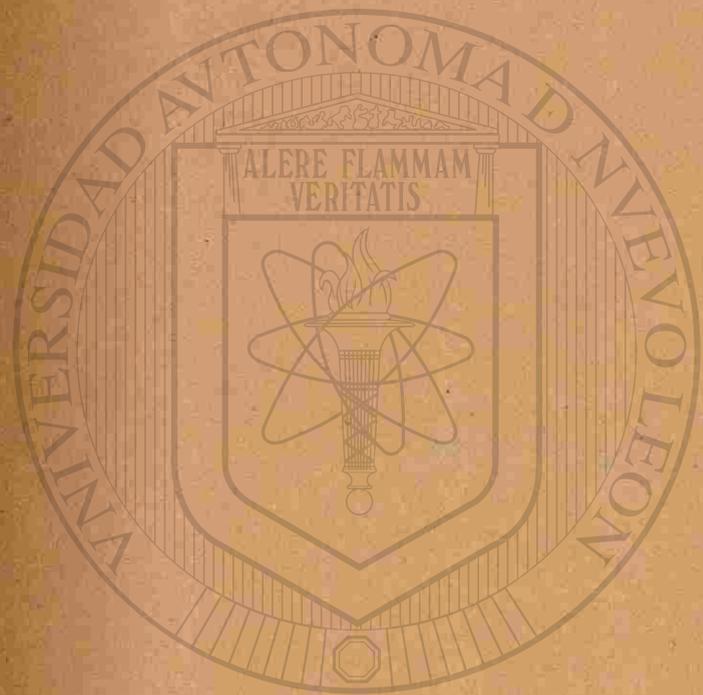
D. CARLOS ENCINA.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

D. CARLOS ENCINA.

CANTO AL ARTE.

I.

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto,  
Gloria y dolor del hombre,  
Si sois verdad, ¿por qué luchar crueles  
Mientras la humanidad vaga perdida  
Náufraga en los océanos de la vida?  
¿No hay más allá en el mundo  
Tras la prisión que la mirada abarca,  
Y el vuelo del espíritu detiene  
El horizonte que la ciencia marca?  
¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el arte  
Que creó el sentimiento del poeta  
Es un ensueño de la mente inquieta?  
¿La idea que ardorosa  
Labra el cerebro y hasta el cielo llega  
Será quizá engañosa  
Transformación de la materia ciega?  
¡Virtud, justicia! ¿sois también mentira,  
Atributo del átomo que gira,  
Y el Dios, del alma anhelo,  
Vana ilusión del miserable suelo?  
¡Sentimiento y razón! Fatal misterio  
De la humana existencia,  
¿Quién llevará del vencedor la palma  
En la lucha del alma contra el alma?

II.

¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo  
Que hasta el alma del hombre se desprende;  
Allí sus formas el artista encuentra;  
Allí el poeta su palabra enciende,  
Y el músico, al buscar sus armonías,  
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino  
La ciencia calla, y la razón postrada  
Se siente por el vértigo atraída  
Hacia el abismo de su propia nada.  
¡Allí principia el arte! Allí se eleva  
Por la fe revestido  
De indecible poder, de virtud nueva;  
Y, siguiendo el impulso  
Que el sentimiento creador le imprime,  
Se lanza á la región de lo sublime.  
Es rápido cometa que en su vuelo  
Atraviesa las órbitas del cielo,  
Y que, eterno girando  
En torno al ideal, el infinito,  
De esferas en esferas, va buscando.  
Como dos cuerdas vibran y responden  
Cuando están al unísono ajustadas,  
El artista se temple  
En las notas sagradas,  
Y es la obra del genio que se admira  
Reflejo de lo eterno que lo inspira.  
Así bajo el ardiente colorido  
El lienzo mudo vive y se sublima,  
Y de suaves formas revestido,  
Al duro mármol la pasión anima;  
Así el poeta revelarse siente  
El mundo de la luz allá en su mente;  
Y los vagos acordes

Que al imperio del ritmo se conciertan  
Sed de infinito al corazón despiertan.

III.

¡Sentimientos purísimos que al alma  
Sois corona de gloria!  
¡Verdad, justicia, aspiración perpetua  
Que no cabe en la forma transitoria!  
¿Qué de vosotros fuera  
Sin el Arte que al hombre diviniza?  
¿Qué deciros supiera  
Esa razón que todo lo analiza?....  
La ciencia intenta conocer el cielo  
Y la unidad descubre de las fuerzas;  
Pero mira allí mismo el sentimiento  
Y ve los mundos que, en su marcha eterna,  
Una suprema voluntad gobierna.  
La razón quiso penetrar al hombre  
Y sólo halló un cerebro;  
Pero el Arte ha encontrado la conciencia,  
Y ha visto á Dios allí donde no alcanza  
El severo rigor de la balanza.  
¡No; no es una ilusión, no es un delirio  
El ideal supremo  
Que á la más noble aspiración responde!  
¡No puede ser mentira  
La visión inmortal que el alma esconde!  
La fiera en su guarida  
Es feliz y perfecta  
Por la gruta y el bosque protegida;  
El águila que sube  
Á las regiones de la parda nube,  
Los hierros no sospecha  
De la atracción que su dominio estrecha;  
El bruto muere sin pavor; en su alma  
Elemental no existe,  
De la severa ley, la imagen triste.

¿Por qué al hombre no llega  
Esa armonía que al insecto alcanza?  
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?  
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?  
¡No; no es una ilusión; no es un delirio  
La santidad del bien! ¡luz escondida  
De la conciencia humana en el misterio!  
Hay algo más que el átomo y la fuerza;  
Hay algo más que moles poderosas  
Sometidas del número al imperio.  
Del fondo de mi pecho un eco ardiente  
Al labio llega que mi voz inflama:  
¡Lo bello, lo sublime, no es materia!  
¡No es material el ser que lo proclama  
El canto poderoso de Beethoven,  
El pincel de Rafael, de Dante el verso,  
Todo eso es inmortal, todo es divino,  
Como es luz trasformada el Universo.  
¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe  
La ciencia atea que borrar pretende  
Toda virtud y gloria de la tierra?  
¡Lo que sobre el secreto de la vida  
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV.

Hay fuerzas que atraviesan  
De infinito á infinito  
Los espacios profundos;  
Son cadenas de luz en que reposa  
La unidad de los mundos.  
El ávido saber las interroga,  
Y el planeta descubre  
Que á la paciente observación se encubre,  
Y en el pálido rayo  
De la remota estrella  
Sabe leer su presente, y de su historia  
Tal vez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene  
También sus armonías. Sus acordes  
Vagan del infinito á lo creado;  
No hay voz que los exprese, pero se oyen  
Con acento no hablado.  
El genio los admira  
Y á ellos ajusta la inspirada lira;  
El átomo pensante se armoniza,  
Y raro encanto su existir hechiza.  
Es del arpa de Dios sagrada nota  
Que en el misterio de los mundos brota.  
Eso es lo que sentimos  
Cuando, en las horas de silencio y calma,  
Vago ideal que en la razón no cabe,  
Que se presiente, pero no se sabe,  
Con secreto anhelar aspira el alma.  
Gravitación sublime, á cuyo influjo  
Los mundos del espíritu se rigen;  
Cadena de armonía, que vincula  
El ser creado á su celeste origen.

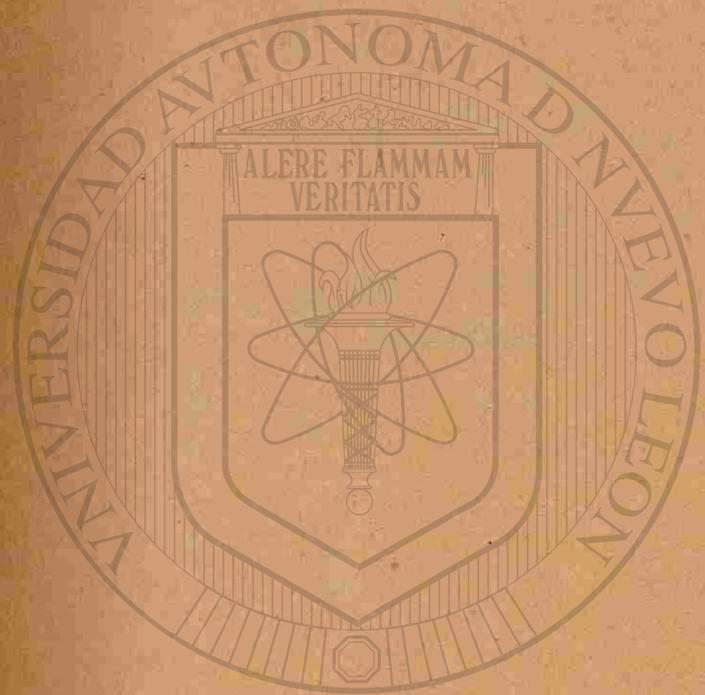
V.

Cuando en la edad primera  
El hombre de las selvas  
Su vida con el bruto confundía  
Y el dominio del suelo dividía,  
De su cerebro apenas  
El rayo de la idea  
Vagaba obscuro al labio balbuciente;  
Y preso en las cadenas  
De la materia ruda,  
Al suelo hundía la nublada frente.  
Y los tiempos pasaron  
En su eternal camino,  
Y las formas cambiaron  
Bajo el imperio del cincel divino.  
Hasta que al fin la llama creadora

Que al planeta circunda  
Iluminó la noche de su mente  
Como la luz de la primera aurora;  
Alzó su faz al cielo,  
Que un reflejo inmortal transfiguraba,  
Y á la bóveda inmensa  
Demandó su misterio,  
La frente altiva, la mirada intensa;  
Y con grito sin nombre:  
— ¡Hay un Dios! exclamó; y aquella hora  
La hora sagrada fué del primer hombre.  
Así la humanidad se alzó del polvo  
Para vencer los tiempos  
En inmortal carrera.  
Su primer sacerdote fué un poeta;  
Un canto al infinito fué la forma  
Que revistió la religión primera.  
Desde entonces, por siempre,  
Como valla insalvable,  
Entre el hombre y el bruto colocada,  
Está la imagen del Creador alzada,  
Imagen pura, limpia, transparente,  
Que la razón no ve, que el alma siente.  
¡Ella es el manantial de lo sublime  
Que el corazón en sus raudales baña;  
Ella fecunda el pecho de los héroes;  
Ella es la fe que al mártir acompaña!  
El frío escepticismo  
Alza su estéril mano,  
Y borrar lo imborrable intenta en vano;  
Antes la luz que los espacios llena  
Su propia faz velara,  
Y el caos, el universo, sepultara.  
No volverán los días  
De aquel ser de las selvas primitivo  
Para cuyo existir fuera bastante  
La tierra fecundante.  
¡El hombre ya no vive de materia:  
Vive de la verdad! ¡Su alma tocada

Por el fuego divino  
Presa no puede ser de muerte incierta;  
Tiene ante sí la inmensidad abierta!  
¡Allí, su aspiración y su destino!

¡Artistas, sacerdotes de lo bello!  
Vuestra misión sobre la tierra es santa:  
¡Dios es del Arte la sublime idea;  
Que su revelación el Arte sea!  
¡Suprema luz increada,  
Artista de los mundos! yo te invoco:  
Hacia la humanidad tu mano extiende,  
Y un rayo de tu llama  
En los altares de mi patria enciende.



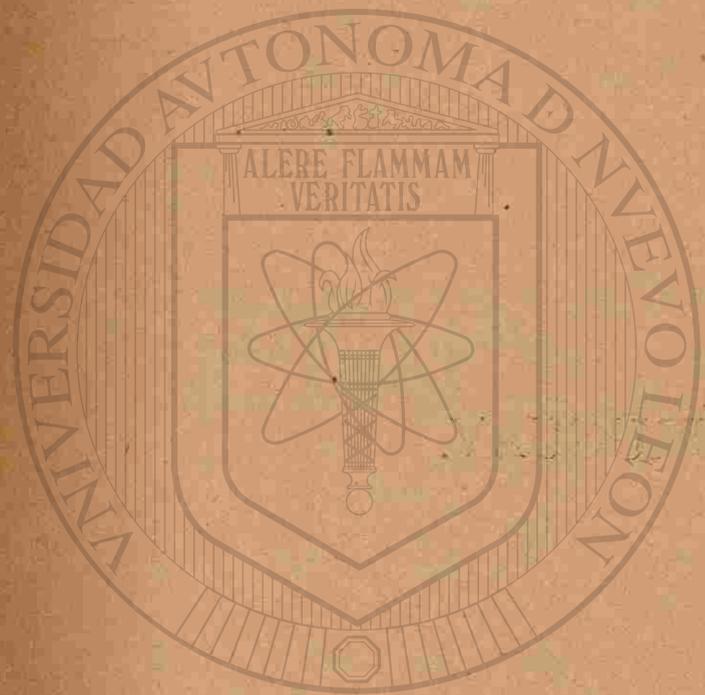
U A N L  
URUGUAY.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

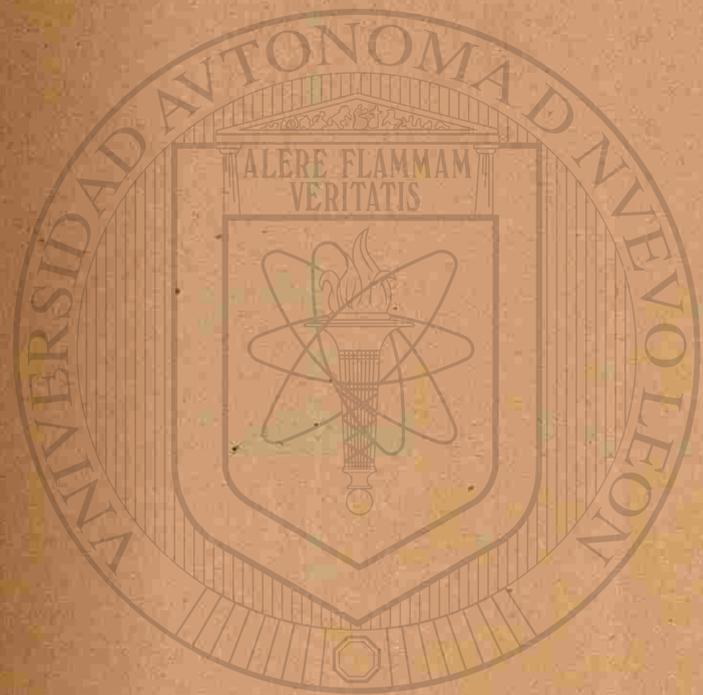




D. FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

D. FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

LETRILLA SATÍRICA.

«Navega nuestro bajel  
Viento en popa y mar bonanza.  
¡Buena va la danza!»

No den interpretaciones  
Á mis versos los ilusos,  
Que el que ataca los abusos,  
Ama á las instituciones;  
Mas si aquestas prevenciones,  
No son suficiente fianza,  
«¡Buena va la danza!»

De las capas que yo mismo  
Me admiro de su grandor,  
Es la más «doble» y mejor  
La capa del patriotismo:  
Muchos profesan civismo  
Mientras corre la pitanza;  
«¡Buena va la danza!»

Defiende en campo de honor  
La libertad un valiente  
Como un héroe, y no consiente  
Ni aun la sombra de opresor;  
Mas en la paz ¡qué dolor!

Aquél duerme y éste avanza.  
«¡Buena va la danza!»

Con más astucia que un gato,  
Más agallas que un taurón,  
Se presenta un trapalón  
Con un proyecto barato;  
Luego tocan á rebato  
Y asegura lo que alcanza.  
«¡Buena va la danza!»

Tiene por padrino á «un gordo»  
El gran sisador don Tejo,  
Y danle para «el manejo»  
Un empleo de alto bordo:  
Ordeña á la patria el tordo  
Cual si fuera vaca mansa.  
«¡Buena va la danza!»

Consigue otro parvulillo  
«Mangia con tuti», y gandul,  
Vender por blanco y azul  
Lo que es «verde y amarillo»,  
Y logra algún empleillo  
En que se llena la panza.  
«¡Buena va la danza!»

Muestra Fabio por trofeo  
Sus heridas, su opinión,  
Buscando colocación  
Sin alcanzar su deseo,  
Ó le ofrecen un empleo  
En la isla de Sancho Panza.  
«¡Buena va la danza!»

Confiado en el galardón,  
Sirve Jorge en trance duro;  
Mas en pasando el apuro  
Lo relegan á un rincón,

Á vivir, cual camaleón,  
Del aire de la esperanza.  
«¡Buena va la danza!»

Llega al foro de un Tarquino  
Constanza, y si pestañó,  
Ha de salir cual salió  
La esposa de Colatino;  
Mas su heroísmo y destino  
No imita doña Constanza.  
«¡Buena va la danza!»

Va el pueblo en una elección  
Á votar como en barbecho,  
Y la astucia y el cohecho  
Triunfan en la votación:  
Se repite otra ocasión,  
Y sigue la contradanza.  
«¡Buena va la danza!»

Entra un licurgo doncel  
De la ley en el santuario,  
Y se adhiere á un partidario,  
Sacrificando por él  
De Temis la espada fiel  
Y de Astrea la balanza.  
«¡Buena va la danza!»

¡Alto ahil dice un figurón;  
Yo soy la Patria y la Ley,  
Los demás son una grey  
De irracional condición;  
Mis fueros son el cañón  
Y mi derecho la lanza.  
«¡Buena va la danza!»

Manchados de concusión  
Muchos se lavan ufanos,  
Como Pilatos, las manos

Sin lavarse el corazón,  
Y al hacer la expoliación  
Se escudan con la ordenanza.

«¡Buena va la danza!»

El escribano Pantoja  
Gordo escribe y apartado,  
Sin ver que el papel sellado  
Cuesta á dos reales la hoja:  
De sus derechos no afloja,  
Según su maldita usanza.

«¡Buena va la danza!»

Ve á una garza don Ciriaco,  
Se emboba y casa con ella,  
Pensando que es la doncella  
«Sexto signo» del zodiaco;  
Mas ella hace al monicaco  
Capricornio sin tardanza.

«¡Buena va la danza!»

Llega un albéitar de «alén»,  
Nuevo adepto de Esculapio,  
Conjugando el verbo «rapio»  
Y matando á «tutiplén»;  
Todos le dicen amén,  
Y autorizan la matanza:

«¡Buena va la danza!»

Odio al vicio, dice Andrés,  
¡Virtud es nuestra divisa!  
Mientras pierde la camisa  
Al «en puertas» y al «en tres»,  
Perorando en los cafés  
De Colón y de la Alianza.

«¡Buena va la danza!»

Llega en cerdudo lenguaje  
Un gringo diciendo «gui»,

Y mil monos luego aquí  
Le imitan el aire y traje,  
Ó le encargan que trabaje  
En la pública enseñanza.

«¡Buena va la danza!»

Sóplase orondo un trompeta  
En el Parnaso, porque  
Aprendió el «peopo-e»,  
«Poe-teata-poeta»,  
Y en su mísera quarteta  
Enreda una mezclanza.

«¡Buena va la danza!»

Porque no llegue á rabiar  
Matan un cuzco inocente;  
Mas pagandó «la patente»,  
Ya puede un mastín campar,  
Que impune con su collar  
Rabie y muerda con confianza.

«¡Buena va la danza!»

Hay escritor adulón  
Que al sol que nace se inclina,  
Hace Bruto á un Catilina  
Y Vespasiano á un Nerón,  
Itúrbide és Washington  
Mientras no hay una mudanza.

«¡Buena va la danza!»

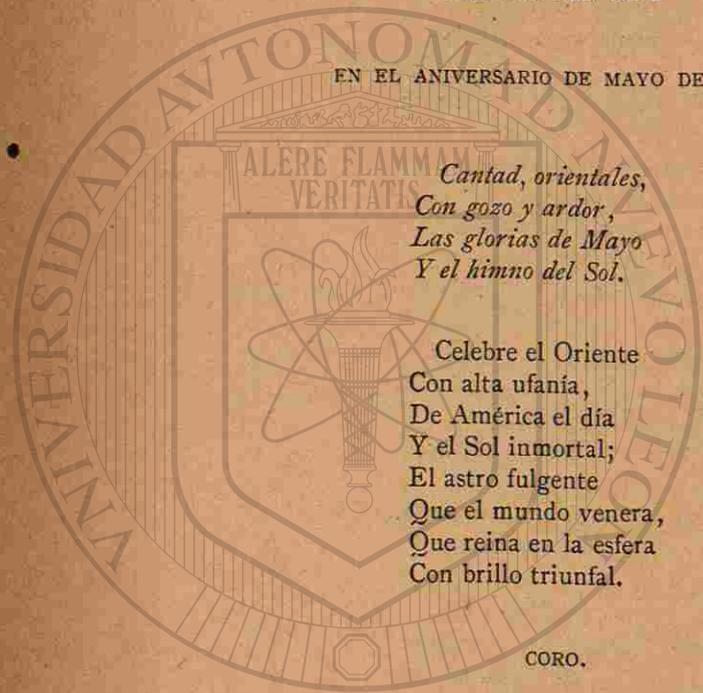
Es verdad que hay mil varones  
En patriotismo acendrados;  
Hay virtuosos magistrados,  
Temístocles y Catones;  
Sólo hablo con los bribones  
Cuando les digo por chanza:

«¡Buena va la danza!»

«¡Buena va la danza!»

HIMNO AL SOL

EN EL ANIVERSARIO DE MAYO DE 1844.



*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Celebre el Oriente  
Con alta ufania,  
De América el día  
Y el Sol inmortal;  
El astro fulgente  
Que el mundo venera,  
Que reina en la esfera  
Con brillo triunfal.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

¡Oh antorcha divina!  
Ya en rubios reflejos  
Se anuncia á lo lejos  
Tu hermoso arrebol;  
Ya el cielo ilumina  
Tu lumbre naciente,  
Y entona el Oriente  
El himno del Sol.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Sus tiernos capullos  
Desatan las flores,  
Que esencias y olores  
Esparcen doquier;  
Y en dulces arrullos,  
En trinos sùaves,  
Saludan las aves  
Tu luz al nacer.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Cual numen velado  
De diáfanas nubes,  
Ya espléndido subes  
Brillando al trasluz;  
Ya el velo ha rasgado  
Tu aurífera llama,  
Que en torno derrama  
Diluvios de luz.

CORO

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Fugaces se alejan  
 Las sombras del monte,  
 Y el turbio horizonte  
 Se mira inflamar;  
 Y azules reflejan  
 Con pompa y decoro,  
 En láminas de oro,  
 Las ondas del mar.

CORO.

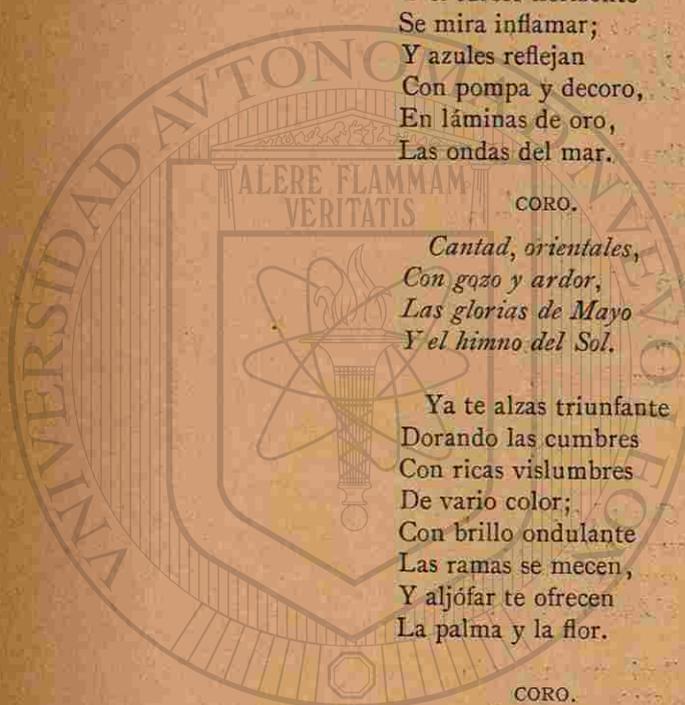
*Cantad, orientales,  
 Con gozo y ardor,  
 Las glorias de Mayo  
 Y el himno del Sol.*

Ya te alzas triunfante  
 Dorando las cumbres  
 Con ricas vislumbres  
 De vario color;  
 Con brillo ondulante  
 Las ramas se mecen,  
 Y aljófara te ofrecen  
 La palma y la flor.

CORO.

*Cantad, orientales,  
 Con gozo y ardor,  
 Las glorias de Mayo  
 Y el himno del Sol.*

Atónito y ciego  
 Desmaya el que mira  
 Tu espléndida pira,  
 Tu globo inmortal;  
 Porque eres de fuego  
 Abismo insondable,  
 Espejo inefable  
 Del Sér divinal.



CORO.

*Cantad, orientales,  
 Con gozo y ardor,  
 Las glorias de Mayo  
 Y el himno del Sol.*

Ya brilla eminente  
 Tu augusta diadema,  
 Magnífico emblema  
 De regio esplendor;  
 El indio la frente  
 Levanta á tu aurora,  
 Y absorto te adora,  
 Deidad superior.

CORO.

*Cantad, orientales,  
 Con gozo y ardor,  
 Las glorias de Mayo  
 Y el himno del Sol.*

El águila el vuelo  
 Levanta orgullosa,  
 Y en lo alto, pomposa,  
 Desdeña al mortal;  
 Te mira y al cielo  
 Ansiosa se encumbra,  
 Y al fin la deslumbra  
 Tu luz celestial.

CORO.

*Cantad, orientales,  
 Con gozo y ardor,  
 Las glorias de Mayo  
 Y el himno del Sol.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVOS LLEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Tú el aire depuras,  
Fecundas el suelo,  
Derrites el hielo  
Y doras la mies;  
Y allá en las alturas,  
Entre auras serenas,  
Divisas apenas  
El mundo á tus pies.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

De Dios un destello  
Revela tu esencia,  
Y á tu alma influencia  
Se ven fomentar:  
La hormiga, el camello,  
La grama, la encina,  
El oro en la mina,  
La perla en el mar.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

El lujo y las flores  
Que ostenta natura,  
Su varia hermosura,  
¿Qué fueran sin ti?  
Pues son los colores  
Del alba un suspiro  
Que tiñe al zafiro,  
Que enciende al rubí.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Si en cruel parasismo  
Tu luz se abismara,  
Contigo espirara  
El orbe á la vez;  
Cayendo al abismo  
Que al mundo envolviera,  
El hombre, la fiera,  
El ave y el pez.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tú alumbras los mares,  
Las leves espumas  
Do en nicho de plumas  
Se mece el alción;  
Y ves los lugares  
Do el polvo se ostenta  
De Tyro opulenta,  
De altiva Sidón.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tu curso y presencia  
Demarcan fielmente  
El día presente  
Y el tiempo que fué;  
Los siglos tu esencia  
Jamás alteraron;  
Igual te miraron  
Adán y Noé.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tú al griego en las lides  
Has visto tremendo,  
Cien pueblos venciendo  
Con bélico afán;  
Y hoy miras de Alcides  
La raza indomable  
Gemir bajo el sable  
De un fiero Sultán.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tú has visto opulentos  
Palacios y reyes,  
Costumbres y leyes,  
Surgir y caer;  
Tú alumbras fragmentos  
De Troya y Palmira,  
Y siempre se mira  
Igual tu poder.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tú alumbras y doras  
La excelsa montaña,  
La humilde cabaña,  
La torre imperial;  
Mas no te minoras,  
Ni en brillo decreces,  
Ni en polvo pereces  
Cual frágil mortal.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tú á Egipto alumbraste  
El día que osado  
Del mar devorado  
Su ejército fué;  
É inmóvil paraste  
Tu curso esplendente,  
Cumpliendo obediente  
La voz de Josué.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Postrado al embate  
Del mar y del noto,  
Se aterra el piloto  
En noche fatal;  
Mas su alma ya late  
De gozo y espera  
Al ver en la esfera  
Tu luz matinal.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tú opaco luciste  
El día en que Oriente  
Al cetro potente  
Dobló su cerviz;  
Doce años le viste  
Luchando en su pena,  
Y en áurea cadena  
Esclavo infeliz.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Tú has visto grandioso  
Al pueblo argentino  
Vencer al destino,  
Postrar un león;  
Y hoy ves un odioso  
Califa sangriento  
Domar su ardimiento,  
Pisar su blasón.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

He aquí en el Oriente  
Sus huestes altivas  
Rugir vengativas,  
Con fiero desmán;  
Mas siempre potente  
Al pueblo no esclavo,  
Perínclito y bravo  
Tus rayos verán.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

Hoy fuerte le miras,  
Su gloria vislumbra  
Y al cielo te encumbras  
Con fuerza mayor;  
Sus plectros y liras  
La patria ha templado,  
Y el himno sagrado  
Resuena en tu honor.

CORO.

*Cantad, orientales,  
Con gozo y ardor,  
Las glorias de Mayo  
Y el himno del Sol.*

LA ESCARLATINA.

ODA.

¿Cómo es que solitaria está sentada  
La opulenta ciudad hoy abatida?  
¡Cual viuda abandonada  
Y en dolor sumergida,  
De cien provincias la inclita señora  
Sin regia pompa y enlutada llora! (1).

¡Ya se fué la hermosura  
De la hija de Sión!..... Sus anchas puertas  
Derrumbadas, desiertas,  
Publican su desastre y amargura,  
Y en fúnebres querellas  
Gimen sus sacerdotes y doncellas.

¿A la hija de Sión, oh Dios tremendo,  
Cubrió de obscuridad tu mano airada,  
Porque á ti desoyendo  
Corrió desenfrenada;  
Y al tocar de sus crímenes la cumbre,  
Probó aflicción y dura servidumbre.

Sus muros dominantes  
La virgen de Judá mira enlutados;  
Ni cánticos sagrados  
Resuenan en su templo .... ¡Oh, caminantes,  
Decid, yo os desaffio,  
Si hay un dolor que iguale al dolor mío!

(1) El fondo y el tono de esta estrofa, y las tres siguientes, son una imitación expresa de las lamentaciones de Jeremías. (El A.)

Así en Jerusalén desamparada  
Sus ruinas el Profeta contemplando,  
Con voz acongojada  
Se lamentaba, cuando  
El Dios de las venganzas por castigo  
La abandonó al poder de su enemigo.

Y tú, oh patria afligida  
Del contagio cruel, ¿á quién lamentas?  
¿Cómo librar intentas  
Los hijos de tu amor, cuando extendida  
Miran la espada fuerte,  
Y en la respiración beben la muerte?

¿Cómo al juez vengador en desagravio  
No levantas, oh mísera, tus preces?  
Mas ¡ay! sellas el labio,  
Confundida enmudeces;  
¡Y el remedio á tu inmenso desconsuelo  
Lo buscas en la tierra y no en el cielo!

¿No oyes cuán doloroso  
Doquier suena el clamor? La triste viuda  
En su aflicción aguda  
Se abraza del cadáver del esposo,  
Le estrecha, y afligida  
Quisiera con su aliento darle vida.

Aquí una madre en queja lamentosa  
Exhala su dolor; y delirante  
Besa, y besa ardorosa  
Al hijo que expirante  
Transmite, oh Dios, á su materno seno  
Con el postrer suspiro su veneno.

Allí gime afligido  
En torno á un ataúd el triste esposo;  
Aquí más clamoroso  
El tierno infante con acento herido

Llora, porque ha quedado  
En mísera orfandad desamparado.

Con fatal estridor cruzar se miran  
Los carros de la muerte pavorosos,  
Que ya cansados tiran  
Los brutos vagarosos,  
Anunciando su fúnebre trofeo  
Los oscuros penachos del arreo.

Nadie en el ansia fiera  
Osa aspirar el aire inficionado;  
Mas, ¡oh inútil cuidado,  
Si de improviso asaltan, y doquiera,  
Al débil como al fuerte,  
Los feos parasismos de la muerte!

En la desolación é inmenso duelo,  
Ya el triste llanto y la plegaria ansiosa  
Desoye airado el cielo;  
Y la muerte horrorosa,  
Para tragar más víctimas, hambrienta  
Su vientre ensancha y su furor aumenta.

Ya en las auras tremendo  
Vibra su espada el ángel del espanto;  
El abismo entretanto  
Lanza un clamor de gozo, recibiendo  
Las numerosas almas,  
Y la profundidad bate sus palmas (1).

De una joven en féretro enlutado  
He allí el cadáver lívido y adusto:  
¡Cual la han abandonado!  
¡Ya con horror y susto,

(1) Imitación del profeta Habacuc. El abismo dió su voz, la profundidad alzó sus manos. Cap. III, vers. X.

Nadie se acerca en torno de la que antes  
Era tan bella y tuvo mil amantes!

¿Do está la faz serena,  
La graciosa sonrisa, el rojo labio?  
¿Quién con bárbaro agravio  
Mudó en cárdeno lirio la azucena?  
¿Do está el dorado lecho?  
Los que ayer la servían..... ¿qué se han hecho?

Así, de mil terrores afligidos  
Todos en larga noche se estremecen,  
Y apenas se adormecen,  
Cuando ya en los oídos  
Suena al primer albor de la mañana  
El eco funeral de la campana.

En tan aflicta suerte,  
Cercado de la parca y sus despojos,  
Vuelve, oh patria, los ojos  
Á Aquel que es solo sabio, solo fuerte;  
Y es el único medio,  
Que el que te ha dado el mal te dé el remedio.

Vuelve ya presurosa..... en su amargura  
Ve cuál tendió su mano al israelita  
Con paternal ternura;  
Pero también medita  
Que le dijo con eco tempestuoso:  
*Soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso (1).*

Porque en su fe confía,  
Vence David al bárbaro gigante;  
Él concede triunfante  
Á Jehú las victorias..... mas la impía

(1) Exodo, cap. XX, vers. 5.

Jezabel obcecada  
Fué por hambrientos perros devorada.

Con diez plagas que anuncian sus furores,  
Intima á Faraón, que endurecido,  
Se obstina en sus errores;  
Y cuando al escogido  
Pueblo va á devorar con torpe enojo,  
Le sepulta en las ondas del mar Rojo.

Allí el tirano mismo,  
Sus carros, sus caballos y guerreros,  
En remolinos fieros  
Bajaron como el plomo al hondo abismo,  
Que henchido de repente  
Extendió, rebramando, su corriente.

Tú sólo, sí, mi Dios, fuerte y piadoso,  
Á la patria infeliz salvar pudieras;  
Tú que oyes bondadoso  
Las preces lastimeras;  
Mas ¡ay del pueblo impío á quien desamas,  
Si en tu furor tu indignación derramas!

Oye, pues, su lamento,  
Y el hondo cáliz de tu grande ira  
Retira, oh Dios, retira,  
Purificando el aura con tu aliento,  
Porque en tu templo santo  
Resuene de alegría el dulce canto.

LA MADRE AFRICANA.

ODA (I).

«Tairai-je ces enfants de la rive africaine  
Qui cultivent pour nous la terre americaine?  
Différents de couleurs, ils ont les mêmes droits,  
Vous mêmes, contre vous, les armez de vos lois!»

DELILLE.—Poema *La Desgracia y la  
Piedad*, canto I.

¿Y así, cruel pirata, así te alejas,  
Robándome tirano  
Los hijos y el esposo? ¿Así inhumano  
En desamparo y en dolor me dejas?  
¡Ay, vuelve, vuelve! En mi infeliz cabaña,  
Donde te dí acogida,  
¡Ve cuál me dejas como débil caña  
Del huracán violento combatida!

Vuelve, entrañas de fiera,  
Que por mi mal viniste;  
Llévame á mí también, y al menos muera  
Con mis prendas amadas.... Mas ¡ay triste!  
Yo no espero ablandar tu pecho duro  
Con lamentos prolijos:  
¡Tú no sientes amor, ni tienes hijos!

¿Y es posible que el sol resplandeciente  
Que ostenta esa bandera  
Llegue á estas playas por la vez primera  
Á autorizar un crimen tan patente?

(I) Estos versos los publiqué en execración del bárbaro comercio de negros que en contravención de la ley de libertad y abolición de este tráfico, seguan haciendo varios especuladores, y muy especialmente el buque llamado *Aguila*, que con bandera oriental fué á la costa de África á tan reprobado comercio.

¡Oh globo celestial, que esplendoroso  
Dominas en las cumbres,  
Obscurece tu luz, y al monstruo odioso  
Sólo sangriento y con horror alumbres!

Mas ¡ay, que nueva pena  
Descubren ya mis ojos!  
He allí el arco y las flechas, que en la arena  
Del asalto traidor fueron despojos.  
¡Infeliz compañero, tú ignorabas  
Que esos blancos altivos  
Proclaman libertad y hacen cautivos!—

De esta suerte la misera africana  
Se queja inútilmente,  
Mientras su nave apresta indiferente  
El traficante vil de carne humana.  
Y truena el bronce, y su clamor repite,  
Que el clamar la consuela;  
Mas el *Aguila*, en hombros de Anfitrite,  
Suelta las alas y al estruendo vuela.

Al punto encadenados  
Los cautivos se miran,  
Y al fondo del bajel desesperados  
Los lanzan sin piedad, y ellos suspiran;  
Mientras que la infeliz desde la peña  
Se arroja y da un lamento,  
Que en pos de la alta popa lleva el viento.

#### EL HOMBRE DE IMPORTANCIA.

##### LETRILLA SATÍRICA.

No historia, ni poesía,  
Ni ciencias estudies, Fabio;  
Quien más charla ese es más sabio,

Lo demás es bobería:  
En pomposa algarabía  
Hable con gran petulancia;  
Y ya es hombre de importancia.

Órgano de la opinión  
Llame á cualquier periodista  
Con mucho de socialista,  
*Luces, progreso y fusión;*  
*Carta*, y no constitución,  
Dirá al estilo de Francia;  
Y ya es hombre de importancia.

No se deje en el tintero  
Á la clase proletaria,  
Con lo de acción trinitaria,  
*Receta y mes financiero;*  
*Apanaje y fibustero,*  
Den á su asunto sustancia;  
Y ya es hombre de importancia.

*Retrógrado* ha de decir,  
*Statu quo*, y feudalismo;  
Que *el siglo marcha al cinismo,*  
Y que *es nuestro el porvenir;*  
*Sueño de oro* ha de embutir,  
Y *talismán y elegancia;*  
Y ya es hombre de importancia.

*Fracasar, cotización,*  
*Casación y aprendizaje,*  
*Masacre, ojivo y carruaje,*  
Adornen su locución;  
Y en larga *lucubración*  
Dé á luz una extravagancia;  
Y ya es hombre de importancia.

Con aire de quien desprecia,  
Al drama más bello embista:

Hable del *protagonista*,  
*Prótasis* y *peripecia*,  
Extasiando á Roma y Grecia  
Con *sarcasmo* y con jactancia;  
Y ya es hombre de importancia.

Elimine con baldón  
Á Cervantes y Mariana,  
Descargando su maana  
Desde Lope hasta Bretón;  
¡*Anatema*, maldición!  
Lance en esa turba rancia;  
Y ya es hombre de importancia.

No hay que una vida, dirá  
Con galicismo expresivo,  
Y el mundo definitivo  
Su diorama aplaudirá;  
Y de un *parque* elogiará  
La *escultural* elegancia;  
Y ya es hombre de importancia.

Mutua *solidaridad*,  
É impulso *emancipatrix*  
Son voces que harán feliz  
Á una *notabilidad*;  
Y en *misteriosa ansiedad*  
Haga votos por la infancia;  
Y ya es hombre de importancia.

Con *satánica sonrisa*  
Jure á su virgen amor  
Con un *volcánico* ardor  
Que *cruce* cual blanda brisa,  
Y de *hinojos* ante Elisa  
Acredite su constancia;  
Y ya es hombre de importancia.

La *toaleta* y el *buró*,

Lo de *prosaica figura*,  
Y el llamar *pastor* á un cura,  
Son de un hombre *comm'il fò*:  
Dará *quitanzas*, mas no  
Recibos, que es cosa rancia;  
Y ya es hombre de importancia.

Instaure un *comicio* y dé  
Garantías á las *masas*,  
Con facultades escasas  
Al que en la *poltrona* esté;  
Y haga *profesión de fe*  
Con moderna altisonancia;  
Y ya es hombre de importancia.

Hable en tono campanudo  
Al emitir su *moción*,  
Como *hombre de corazón*,  
Y no *estacionario* rudo;  
Y, en fin, sabio y *concienzudo*  
Charle con gran arrogancia;  
Y ya es hombre de importancia.

#### CANCIÓN SECULAR DE HORACIO.

Traducida y publicada para solemnizar las fiestas nacionales de la  
Constitución en su aniversario del 4 de Octubre de 1834.

#### Á FEBO Y DIANA.

(CANTAN AMBOS COROS DE NIÑOS Y NIÑAS.)

¡Oh refulgente Febo, oh casta Diana  
De las selvas señora,  
Astros lucientes que el mortal adora!  
De la gente romana  
Á vuestras aras puesta,  
Oid el voto en la sagrada fiesta,

En que de las Sibilas providentes  
Ordenan los cantares  
Que á los dioses de Roma tutelares,  
Infantes inocentes,  
Virgenes superiores,  
Entonen himnos y tributen flores (1).

CORO DE NIÑOS.

¡Sol que desde tu carro luminoso  
Fecundas la Natura,  
Ya ostentes ó ya ocultes tu luz pura!  
Objeto más grandioso  
Que el pueblo de Quirino  
Jamás alumbre tu poder divino.

CORO DE NIÑAS.

¡Oh Diana, que al feliz alumbramiento  
Presides bienhechora,  
Sé de las tiernas madres protectora!  
Y ensalce nuestro acento  
Tu alabanza divina;  
Bien te nombres Fecunda ó bien Lucina.

La sucesión romana innumerable  
Bajo tu amparo crezca;  
Él la ley del Senado favorezca,  
Que dando al sexo amable  
Conyugales cadenas,  
Igualé nuestra prole á las arenas.

AMBOS COROS.

Porque el futuro tiempo repitiendo  
Su giro majestuoso

(1) Esta canción se cantaba en Roma en la solemne fiesta secular, por dos coros de lo más distinguido de ambos sexos. (El A.)

Cada ciento y diez años, más dichoso,  
Vuelva feliz, trayendo  
Los himnos y alegrías  
Por tres serenas noches y tres días (1).

Y vosotras, oh Parcas de infalible  
Y fatídico acento,  
Tenga lo que anunciasteis complemento  
Al tiempo imprescriptible;  
Y á par de los pasados,  
Seguid hilando venturosos hados.

En ganados y frutos abundando,  
Á Ceres y Pomona  
Brinde la tierra espléndida corona  
De espigas, sustentando  
Sus procreos y aumentos  
Salubres aguas y templados vientos.

CORO DE NIÑOS.

Mitiga, oh blando Febo, el ardoroso  
Esplendor de tu llama:  
Oye á los niños, cuya voz te aclama.

CORO DE NIÑAS.

Y tú, planeta hermoso,  
Reina de las estrellas,  
Oye, cándida Luna, á las doncellas.

AMBOS COROS.

Si Roma es obra vuestra; si arribaron  
Á la etrusca ribera

(1) Los sacerdotes Sibilinos, por adular á Augusto, interpretaron los oráculos de modo que las fiestas seculares cayesen en tiempo de aquel emperador, diciendo que el siglo debía tener 110 años. (El A.)

Las falanges troyanas, que doquiera  
Los númenes salvaron;  
Si obedeciendo al cielo,  
Fundaron su ciudad en nuestro suelo;

Á los que el pío Eneas conduciendo  
Desde Troya incendiada,  
Por medio de las llamas, con su espada,  
Libre camino abriendo,  
Les ofreció tendrían  
Un imperio mayor que el que perdían;

Dad á la juventud, oh soberanos  
Númenes protectores,  
Costumbres y virtudes superiores,  
Descanso á los ancianos,  
Y á la romúlea gente  
Hijos, riqueza, y gloria permanente;

Y el que de blancos toros grata ofrenda  
Os tributa ante el ara (1),  
De Venus y de Anquises sangre clara,  
Reine, y su imperio extienda:  
Tigre en la lid, osado,  
Y apacible deidad con el postrado.

Ya por tierra y por mar despavorido,  
Al romano denuedo  
Y á la albana segur respeta el Medo;  
Ya á ley se han sometido  
El escita insolente  
Y el que del Indo bebe en la corriente;

Ya la fe, paz y honor, y la olvidada  
Virtud en nuestro suelo,

(1) Mientras en el atrio del templo se cantaba este himno, Augusto César, descendiente de Anquises y Eneas, estaba dentro presentando el sacrificio á los dioses. (El A.)

Y el antiguo pudor, tornan del cielo;  
Ya en la patria adorada,  
Luciendo un siglo de oro,  
Difunde la abundancia su tesoro.

CORO DE NIÑOS.

Y el adivino Febo decorado  
Con su arco rutilante,  
De las Pimpleas director amante,  
Al que aliviar es dado,  
Con saludable ciencia,  
De los cansados miembros la dolencia,

Si favorable al templo Palatino,  
Si al Lacio delicioso  
Y al romano esplendor mira afectuoso,  
De Augusto el gran destino  
Eternice seguro  
En la región inmensa del futuro (1).

CORO DE NIÑAS.

Y Diana, cuya fúlgida diadema  
Desde el Algido monte  
Y el Aventino alumbraba el horizonte (2),  
Favorezca suprema  
Á los quince varones,  
Y atienda de la infancia á las canciones (3).

AMBOS COROS.

Ya de Febo y de Diana terminado

(1) Augusto había levantado un templo sobre el monte Palatino. (El A.)

(2) Diana tenía su templo sobre el Aventino, y era mirada como protectora de éste y del monte Algido. (El A.)

(3) Quince eran en aquella época los sacerdotes depositarios é intérpretes de los libros Sibilinos. (El A.)

El himno de alabanza,  
Lleva el coro la plácida esperanza  
Que Júpiter sagrado  
Y las sumas deidades  
Derramen sobre Roma sus bondades.

SUPER FLÚMINA BABILONIS.

SALMO.

(Traducción literal.)

Sentados á la margen  
Del babilonio río,  
Allí, Sión, tu nombre  
Recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras arpas  
Y cimbales festivos,  
Tristes ya y destemplados,  
De los frondosos sauces suspendimos.

Los que en vil servidumbre  
Nos llevaban, ¡oh indignos!  
Por escarnio intentaron  
Oír nuestras canciones allí mismo.

Ellos, que nos trajeron  
Con ignominia uncidos,  
«Entonad—nos decían—  
De Sión los cantares y los himnos.»

¡Cantar! ¿Cómo es posible?  
¿Cómo infamar, impíos,  
Del Señor los cantares  
En tierra ajena y en ajenos grillos?

No, Sión; y primero  
Que así te dé al olvido,  
Y en tu ignominia cante,  
Me olvide de mi diestra y de mí mismo.

Yerta mi lengua, y fija  
Al paladar indigno,  
Si de ti me olvidare,  
Pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere,  
Ó si indolente y tibio,  
Jerusalén no fuese  
De mi alegría el móvil y principio,

Tu ira, Señor, se acuerde  
De esos infandos hijos  
De Edón, cuando disfrute  
Jerusalén su día apetecido.

Ellos son los que dicen,  
Sedientos de exterminio:  
«¡Hasta los fundamentos  
Asolad, asolad sus edificios!»

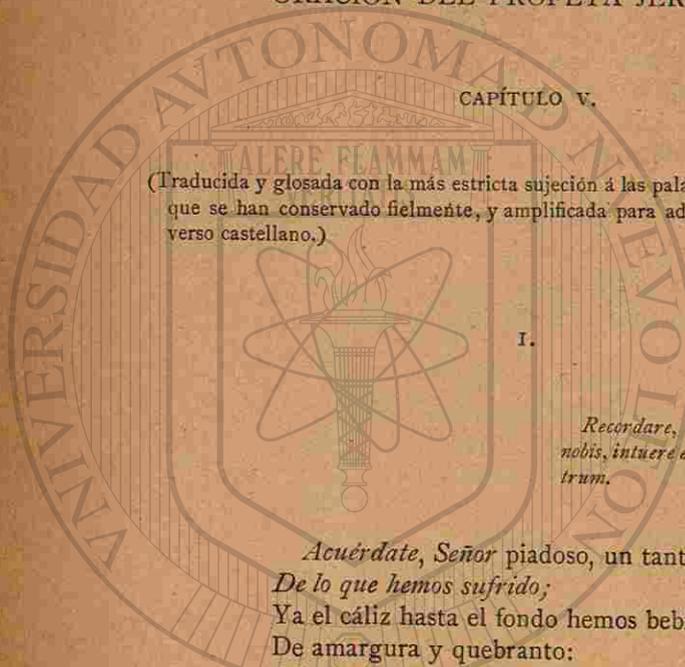
¡Oh hija desventurada  
Del pueblo aborrecido!  
¡Feliz quien te dé el pago  
Del tratamiento vil que te debimos!

¡Oh bienaventurado  
El que á tus parvulillos  
Logre alzar con sus manos  
Y en la piedra estrellarlos vengativo!

ORACIÓN DEL PROFETA JEREMÍAS.

CAPÍTULO V.

(Traducida y glosada con la más estricta sujeción á las palabras del texto sagrado, que se han conservado fielmente, y amplificada para adaptarla al consonante y verso castellano.)



I.

*Recordare, Domine, quid acciderit nobis, intueri et respice opprobrium nostrum.*

*Acuérdate, Señor piadoso, un tanto  
De lo que hemos sufrido;  
Ya el cáliz hasta el fondo hemos bebido  
De amargura y quebranto:  
Mira y repara nuestro oprobio y llanto.*

2.

*Hæreditas nostra versa est ad alienos: domus nostræ ad extraneos.*

*Nuestra hermosa heredad á forasteros  
Ha pasado; y proscrita  
La prole de Jacob al raso habita,  
Dándose nuestros fueros,  
Nuestras casas, á extraños herederos.*

3.

*Pupilli facti sumus absque patre, matres nostræ quasi viduæ.*

*Huérfanos sin hogar en nuestro suelo,  
Y humillando la frente,  
Sin padre hemos quedado, é igualmente  
Clamando al sordo cielo,  
Nuestras madres, cual viudas, sin consuelo.*

4.

*Aquam nostram pecunia bibimus et ligna nostra pretio comparavimus.*

*Por el dinero, con sudor ganado,  
Nuestra agua hemos bebido;  
Todo menos la fe lo hemos perdido;  
Y por precio forzado  
Nuestra leña también hemos comprado.*

5.

*Cervicibus nostris minabamur: lassis non dabatur requies.*

*Por nuestros cuellos sin piedad llevados  
Éramos por doquiera,  
Objeto del ludibrio y saña fiera  
De bárbaros soldados;  
Ni se daba descanso á los cansados.*

6.

*Ægypto dedimus manum et Assyrîis: ut saturaremur pane.*

*Al detestado Egipto, ¡oh suerte dura!  
Y al Asirio inhumano,  
Cansados de sufrir, dimos la mano,  
¡Profanación impura!  
Por saciarnos de pan en la amargura.*

7.

*Patres nostri peccaverunt et non sunt:  
et nos iniquitates eorum portavimus.*

*Pecaron nuestros padres: su pecado  
Nos trajo infanda guerra;  
Ya no existen aquéllos; ya en la tierra  
Son polvo inanimado,  
Y nosotros su culpa hemos cargado.*

8.

*Servi dominati sunt nobis: non fuit  
qui redimeret de manu eorum.*

*Los que eran siervos, con orgullo insano  
Nuestros amos se hicieron;  
Las selvas nuestros ayes repitieron.  
Clamábamos en vano:  
¡No hubo quien nos salvase de su mano!*

9.

*In animabus nostris afferebamus ba-  
nem nobis, a facie gladii in deserto.*

*Con riesgo de la vida, en país cubierto  
De turbas enemigas,  
Nos tratamos el pan, entre fatigas  
Y con suceso incierto,  
Ante la aguda espada en el desierto.*

10.

*Pellis nostra, quasi cibus, exusta  
est: a facie tempestatum famis.*

*Nuestra piel como un horno quemada  
A la intemperie ha sido;  
El rostro juvenil ha envejecido;  
La energía indomada,  
Por tempestades de hambre yace helada.*

11.

*Mulieres in Sion humiliaverunt: et  
virgines in civitatibus Juda.*

*En Sión, insolentes humillaron  
A las mujeres bellas  
Con bárbara irrisión, y a las doncellas  
Que todos respetaron,  
En las ciudades de Judá ultrajaron.*

12.

*Principes manu sustensi sunt: facies  
senum non erubuerunt.*

*Colgados en suplicios por las manos  
Los Principes se vieron;  
Las fieras con horror se estremecieron:  
Ellos, más inhumanos,  
No respetaron flébiles ancianos.*

13.

*Adolescentibus impudice abusi sunt:  
et pueri in ligno corruerunt*

*Abusados los jóvenes han sido  
Con lascivia furente,  
Y en medio á la algazara que impudente  
Sofocaba el gemido,  
Los niños en el leño han perecido.*

14.

*Senes defecerunt de portis: juvenes de  
choro psallentium.*

*Los ancianos del pueblo, y Senadores  
De las puertas faltaron,  
Tribunales y templos se cerraron,  
Y huyeron con temores  
Los jóvenes del coro de cantores.*

15.

*Defecit gaudium cordis nostri: ver-  
sus est in luctum chorus noster.*

De nuestro corazón, lleno de espanto,  
Faltó ya la alegría;  
Funesta era la noche y triste el día,  
Y hasta en el himno santo  
Convirtiósse en lamento nuestro canto.

16.

*Cecidit corona capitis nostris: vae no-  
bis! Quia peccavimus.*

Ya de nuestras cabezas ha caído  
La festiva corona;  
Basta ya de ignominia: ¡oh Dios, perdona!  
Harto hemos padecido,  
¡Infelices! porque hemos delinquido.

17.

*Propterea maestum factum est cor-  
nostrum: ideo contenebrati sunt oculi  
nostris.*

Por esto el corazón acongojado  
Se ha puesto; y sin consuelo  
Nuestro misero llanto riega el suelo:  
Por esto al verte airado  
La luz de nuestros ojos se ha eclipsado.

18.

*Propter montem Sion quia dispersit  
vulpes ambulaverunt in eo.*

Por cuanto el monte de Sión ha sido  
Talado con fiereza,  
Profanada se mira su grandeza,  
Y en yermo convertido,  
Las raposas su altura han recorrido.

19.

*Tu autem, Domine, in æternum per-  
manebis: solium tuum in generationem  
et generationem.*

Mas tú, excelso Señor, eternamente  
Subsistirás glorioso,  
Y en dos orbes reinando tempestuoso,  
Sobre el sol refulgente,  
Tu solio durará de gente en gente.

20.

*Quare in perpetuum oblivisceris nos-  
tri? Derelinques nos in longitudine  
dierum?*

¿Y cómo, para siempre así olvidados  
Nos dejarás llorosos?  
Y en lo inmenso de días numerosos,  
Hijos desheredados,  
¿Nos habrás de dejar desamparados?

21.

*Converte nos, Domine, ad te, et con-  
vertemur: innova dies nostros sicut á  
principio.*

Conviértenos á tí; no más cautivos  
Sin tí, Señor, lloremos;  
Muévenos tú y á ti nos volveremos,  
Y gratos y festivos  
Renueva nuestros días primitivos.

22.

*Sed proficiens repulisti nos: iratus  
est contra nos vehementer.*

Mas desechándonos, con rostro airado  
Nos arrojaste ¡oh pena!  
Á gemir sin consuelo en vil cadena,  
Porque ya en alto grado  
Contra nosotros ¡ay! te has irritado.

EPIGRAMAS.

838 (1).

MADURECES.

— Ansioso un higo comía —  
Cuenta á Gil el viejo Arbelo;—  
Y ¡trís! saltó un diente al suelo,  
De sólo tres que tenía.

— Es bien raro este accidente  
Estando maduro el higo.  
Y aquél contestóle: — Amigo,  
Más maduro estaba el diente.

839.

EL «FLOS SANCTORUM», Ó LA VIDA DE LOS SANTOS.

Del *Flos Sanctorum* leer  
Cuatro vidas cada día,  
Por penitencia imponía  
Á Justa el padre Oliver.

— Mándeme, padre, otras penas —  
Dijole humildosa Justa.  
— ¿Por qué? — Porque no me gusta  
Saber de vidas ajenas.

854.

NO PERDONAR NI AL DEMONIO.

Tuerta y vieja Estefanía,  
Demanda á Antonio ante el Juez

(1) Son los números de la vastísima colección de epigramas de Acuña de Figueroa, de la cual hemos entresacado éstos.

Porque imprudente y soez  
La persigue noche y día.  
— ¡Un sátiro es ese Antonio! —  
Exclamó el Juez impaciente.—  
Ya veo que el insolente  
No perdona ni al demonio.

858.

UN SANTO SORDO.

Para que las muchas lluvias  
Cesasen en una aldea,  
Sacan á San Roque en andas,  
Y empezó lluvia más recia.  
— El santo se habrá engañado —  
Exclamó el cura: — Paciencia;  
O con la bulla ha entendido  
Que le pedimos que llueva.

860.

LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS, NO DE AHORA.

*Traducción del francés.*

Dos niños, Gaspar y Rosa,  
Que en la inocencia se hallaban  
(Cual pocos hay), se extasiaban  
Ante una pintura hermosa.

Viendo á Eva y Adán allí  
Cual Dios los crió por su mano,  
Preguntó Rosa á su hermano:  
— ¿Cuál será el marido aquí?

— Decir cuál será el marido  
No sé — contestó Gaspar; —

¿Y quién lo va á adivinar  
Si están los dos sin vestido?

862.

Á UN POETA SUPERFICIAL.

Dices que clara y corriente  
Fluye tu vena, Procopio;  
Ese infundado amor propio  
Ya te acusa de insipiente.

Ser claro no es ser fecundo,  
Si no hay otro don más raro:  
Un arroyo cuando es claro  
Indica que no es profundo.

876.

UNA CULTIPARLA.

—Yo me extasio y recreo—  
Decía una culterana,  
Recostada en mi otomana  
En los brazos de Morfeo.—

—¡Qué imprudencia, Dios ben lito! —  
Exclama absorta Leonor:—  
Dice que es feo su amor  
Y hace gala del delito.

877.

Á TORO MUERTO.

Cuenta Gil que con braveza  
Cortó un brazo á un enemigo;  
Y Blas contestóle:—Amigo,  
Mejor fuera la cabeza.

Á esto el guapo replicó:  
—¿Conque la cabeza? ¡Ah, pavo!  
Ya esa operación un cabo  
La había hecho antes que yo.

886.

LA DECLINACIÓN DEL «QUIS VEL QUI».

Declinando el *quis vel qui*  
Don Pedancio á unos cazurros,  
Dijoles:—Todos los burros  
Se atascan por fuerza aquí.  
—¿Conque.... todos?—exclamó  
Uno de ellos;—eso es broma.  
—¿Por qué lo supones?—¡Toma!  
Porque usted no se atascó.

887.

UN BARBERO DESOLLADOR.

Afeitándose Trifón  
Con un barbero asaz viejo,  
Vió luego en su mal manejo  
Que era miope y temblón.  
—No me vayáis á cortar—  
Dijo el paciente al armado;  
Y el responde:—No hay cuidado;  
El hueso lo ha de avisar.

899.

UNA DEVOTA MUY RECOGIDA.

No hay que tildar á Tomasa,  
La ahijada de fray Facundo;

Ella hizo la cruz al mundo,  
Y es un convento su casa.

Cualquiera rumor siniestro  
Debe ser falso á fe mía;  
Pues cierra al Ave María  
Y sólo abre al Padre Nuestro.

918.

Á UN PREDICADOR SIN AUDITORIO.

*Imitación del italiano.*

Á predicar fray Alberto  
Sube, y huye todo fiel;  
Bien se puede decir de él:  
*Vox clamantis in deserto.*

927.

Á UN PLAGIARIO.

Tus pobres publicadas poesías  
Son plagios y copiadas fruslerías:  
Aun las tiene el librero almacenadas;  
¿Quién se atreve á comprar cosas robadas?

928.

Á UN ENEMIGO SIN MOTIVO.

Sé que es un ingrato Bruno;  
Pero ese odio que me tiene  
No sé de dónde le viene,  
Pues no le hice bien ninguno.

941.

UN TRAMPOSO ASPIRANDO Á LA INMORTALIDAD.

Lleno de deudas don Febo,  
Solía enfermo decir:  
—No me deje Dios morir  
Sin pagar á cuantos debo.—

Y no es poco lo que el tal  
Pide á Dios; pues ciertamente,  
Para pagar solamente  
Tendrá que ser inmortal.

942.

LAS SIETE HERMANAS.

—Siete hijas tenéis, y en ellas  
Veis las siete maravillas.  
—Poco es; pues siendo tan bellas,  
Pueden pasar por estrellas....  
—Y ser las siete cabrillas.

974.

UN ÁRBOL DE BUEN FRUTO.

—De este grande árbol que ves—  
Decía un viudo á un casado—  
Tres mujeres se han ahorcado,  
Y la mía entre las tres.  
—Esa es gran cosa, si es cierta—  
Respondió aquél con soflama;—  
Quiero llevar una rama  
Para plantarla en mi huerta.

990.

EL ORDEN DE SAN BERNARDO.

Contemplando Andrés atento  
De una iglesia el frontispicio,  
Llega y dícele un novicio:  
—¿Qué tal? ¿os gusta el convento?

Ved qué frontis tan gallardo:  
Del orden corintio es.  
—¡Cómo!—replicóle Andrés—  
¿Pues no es del de San Bernardo?

993.

CONSEJO Á UN MAL PINTOR.

—La casita que compré—  
Dice un pintor chapucero—  
La he de hacer blanquear primero,  
Y después la pintaré.

—Al revés debes obrar—  
Respondió un crítico adusto;—  
Píntala antes á tu gusto  
Y luego la haces blanquear.

997.

Á LA PAJA Y NO AL GRANO.

Charla y más charla embutía  
Paca al juez que la escuchaba,  
Y por más que él dice:—Acaba  
Y al grano—ella proseguía.

—Acaba ya de una vez,  
Que es inútil tanta paja.  
—Señor—respondió la maja—  
No es inútil para el juez.

1.074.

UNA OBRA SIN ÍNDICE.

De la lengua castellana  
El Diccionario un librero  
Propuso á Crispín Badana;  
Y él, con suficiencia vana,  
Dijo:—Veamos primero.—

La obra hacia el fin registró  
Con aire grave Crispín,  
Y luego la desechó.  
—Qué, ¿no hacemos trato?—No;  
Le falta el índice al fin.

1.089.

LOS DEVOTOS DE LA VIRGEN.

De la Virgen el valer  
En su varia advocación,  
Sacaban á colación  
Unos devotos ayer.

—La del Carmen es sin par.  
—Mejor es la del Rosario.  
—Pues en milagros..... ¡canario!  
No hay como la del Pilar.—

Mas un catalán se enfada,  
Y grita:—¡Qué disparate!  
Virgen, la de Monserrate:  
Las demás no valen nada.

1.060.

EL ASNO LEYENTE.

— Mi asno lee y es erudito, —  
Decía Perico á Pablo:  
Y por prueba, en el establo  
Púsole un papel escrito.

— ¡Hombre, no mientas así!  
Yo no le oigo leer ni jota.  
— ¿Qué has de oír? ¿No ves, idiota,  
Que él lee sólo para sí?

1.114.

A UNA FLAQUÍSIMA TUERTA.

(Epitafio.)

Aquí yace Estefanía,  
Flaca y aguda mujer,  
Que bien pudo aguja ser,  
Pues sólo un ojo tenía.

Momia, esqueleto de alambre,  
En torno á sus huesos vanos  
Yacen también los gusanos,  
Porque se murieron de hambre.

1.142.

UN CONSUELO BIEN DESATINADO.

De un gran ladrón el sobrino  
Lloraba, viéndole ahorcar;  
Y decíale un vecino:  
— ¡Paciencia! ese es el camino  
Que todos hemos de andar.

1.149.

CONSENTIDO Y CONSENTIDOR.

*Consentido* al pobre Juan  
Llama el vulgo (¡qué insipiente!),  
Porque el infeliz consiente  
Á su mujer un galán.

El vulgo murmurador  
Comete un *contrasentido*:  
El otro es el *consentido*,  
Juan sólo es *consentidor*.

1.150.

LAS DOS GEMELAS.

Dos hijas gemelas Rosa  
Tiene, diversas en todo:  
En genio, estatura y modo;  
Una fea y otra hermosa.

Tal divergencia la madre  
Ponderaba á don Eloy;  
Y él respondióle: — ¡Ya estoy!  
Es decir, no son de un padre.

1.152.

Á UN GENERAL QUE SE HALLÓ CON UNA VICTORIA SIN SABER CÓMO. <sup>®</sup>

Celio, imbécil general,  
Zopenco de tomo y lomo,  
Obtuvo, sin saber cómo,  
Una victoria campal.

Por más que digan, yo digo  
Que el pobre hombre no ganó  
La tal victoria, sinó  
Que la perdió el enemigo.

1.201.

LA MUERTE DE ANACREÓN.

Laureado Anacreón, y en grata orgía,  
Entre el vino y los cánticos murió.  
Vive y bebe, oh mortal, con alegría,  
Que al fin has de morir, bebas ó no.

1.204.

RESPUESTA SARCÁSTICA Á UN OBISPO.

Sin prudencia un obispo á un pobre cura  
Reprendió de manera torpe y dura:  
—¿Cómo conmigo disputáis, insano,  
Vos que sois de la tierra un vil gusano?  
—¡Qué queréis!—respondióle con modestia;—  
No todos pueden ser una gran bestia.

1.205.

UN SERMÓN OÍDO EN EL MAYOR SILENCIO.

—Hoy todos en silencio y recogidos  
Oyeron mi sermón—dice fray Juan;—  
Dios los toca.—Y añade el sacristán:  
—Apenas se escuchaban los ronquidos.

1.212.

UN HIJO DE APOLO.

—Hijo de Apolo á Leonardo  
Titulan, cuando es un bolo.  
—Y ¿por qué no podrá Apolo  
Tener un hijo bastardo?

1.221.

UN VIEJO Y UN LABRADOR.

Un viejo á un labrador  
Dijole con cara adusta:  
—¡Pasto al mulo, y del mejor!—  
Y él contestó:—Sí, señor;  
Tengo del que á usted le gusta.

1.222.

UNA QUE NO PUEDE DECIR NO.

Reprendiendo Cornelio á su María  
Por tantas infidencias que le hacía  
Responde ella:—Es verdad, bien lo sé yo:  
¡Es cosa singular! desde que á ti  
En la iglesia me hicieron decir sí,  
Se me olvidó á los otros decir no.

1.224.

LA PROPIEDAD LITERARIA.

De la obra que á luz Panuncio diera  
La propiedad por ley se reservó;  
Y porque intacta reservada fuera,  
Ni un ejemplar el pueblo le tomó.

1.234.

CORTESÍAS Á UN VERSISTA PLAGIARIO.

Sus versos con cien plagios recitaba  
Celio, y cien veces yo lo saludaba.  
—¿Por qué y á quién saludas hecho un lele?—  
Preguntóme, y al punto contestéle:  
—Yo siempre hago cumplidos  
Y saludo al pasar mis conocidos.

1.235.

Á UN LADRÓN RATERO QUE IBAN AZOTANDO.

Azotado por sentencia  
Va ese ladrón: ¡qué ignorante!  
No ha robado lo bastante  
Para probar su inocencia.

1.257.

DÓNDE APRENDIÓ EL LATÍN EL POETA HORACIO.

—El latinista mejor  
Fué Horacio.... ¡Qué poesía!  
Y ¡qué sátira!—decía  
Á don Serapio un doctor.

—¡Oh!—respondió don Serapio,  
Rascándose el peluquín:—  
Debió de estudiar latín  
Con algún padre Escolapio.

1.258.

INDULGENCIAS CONCEDIDAS AL GRAN ORADOR ROMANO.

—¡Oh, qué encantos desarrolla  
Cicerón, claro y brillante!—

Decía cierto estudiante  
A un padre de misa y olla.—

¡Qué oraciones, qué elocuencial  
¿Las ha leído usted?—¡Pues no!  
¡Si un Papa les concedió  
Cuarenta años de indulgencia!

1.259.

UN SERMÓN DESATINADO,

Fray Calixto en el sermón  
De la Anunciación decía  
Que «el gran Dios premió en María  
La cristiana devoción».

Y añadió el padre Calixto  
Que «el divinal emisario  
La halló rezando el rosario  
Delante de un Santo Cristo».

1.290.

LO QUE ES LA MUJER.

—¡La mujer! joya sin par,  
Sumo bien, dulce vocablo,  
Del cielo rico manjar.

—Así es—respondió Gaspar;—  
Menos si lo guisa el diablo.

1.293.

HONORABLE RESISTENCIA CONTRA UN NUEVO TARQUINO.

—¿Conque esta siesta, ¡ay Torcuata!  
Ese infame se atrevió  
Á tí, y no has gritado?—No,  
Por no despertar á tata.

— Mas ¿cómo al ver su descoco  
No has resistido, hija mía?  
— ¡Pues no! Yo bien le decía:  
«Sosiégate, no seas loco!»

1.323.

UN ESCRIBANO DANDO FE.

Un notario sorprendió  
Á un quídam con su mujer,  
Y armó una de Lucifer  
Y al reo ante el juez llevó.

Allí confuso el Fulano,  
Dijo:— Mi culpa confieso:  
¿Cómo negar.... si el suceso  
Pasó por ante escribano?

1.359.

GENIO Y FIGURA.....

Á un avaro prestamista  
Á bien morir auxiliaba  
Un fraile, y le aproximaba  
Un crucifijo á la vista.

De plata era el crucifijo,  
Y al verlo exclamó el doliente:  
— Daré sobre él solamente  
Media onza con plazo fijo.

1.400.

UN JUDÍO VENDIENDO UN SANTO CRISTO.

De marfil un crucifijo  
Vende el judío Absalón

En cien pesos; y un burlón,  
— Eso es un robo—le dijo.—

¡Por la copia un precio tal  
Pedir! eso es de usureros,  
Cuando por treinta dineros  
Vendiste al original.

1.401.

PROPOSICIÓN DE UN GASTRÓNOMO.

— Para poderse comer  
Un pichón á cualquier hora—  
Decía Bruno á Isidora—  
Dos al menos deben ser.

— ¿Para tan parca ración  
No es muy bastante con uno?  
— Dos deben ser—dijo Bruno;—  
El que come y el pichón.



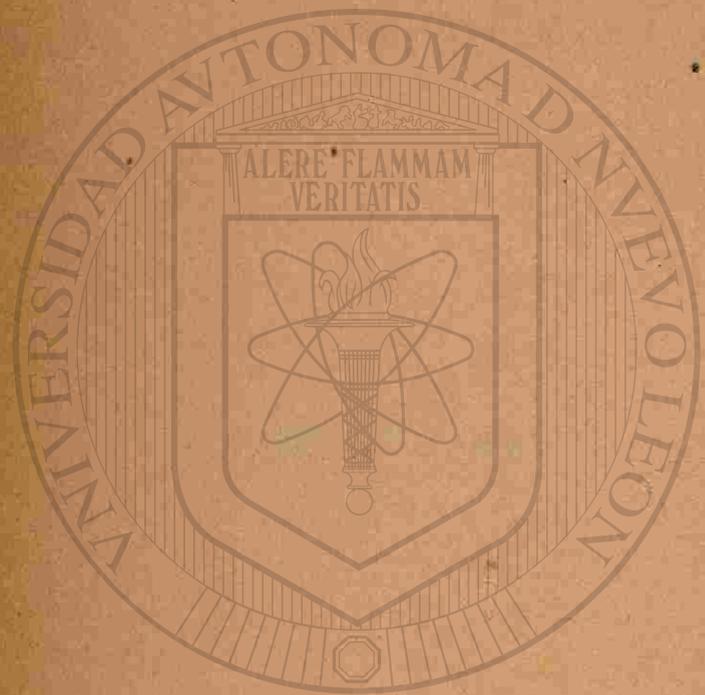
D. BARTOLOMÉ HIDALGO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. BARTOLOMÉ HIDALGO.

RELACION

QUE HACE EL GAUCHO RAMÓN CONTRERAS Á JACINTO CHANO,  
DE TODO LO QUE VIÓ EN LAS FIESTAS MAYAS DE BUENOS AIRES,  
EN EL AÑO DE 1822.

CHANO.

Conque mi amigo Contreras  
¿Qué hace en el ruano gordazo?  
Pues desde antes de marcar  
No lo veo por el Pago.

CONTRERAS.

Tiempo hace que le ofrecí  
El venir á visitarlo,  
Y lo que se ofrece es deuda:  
¡Pucha! pero está lejazos.  
Mire que ya el mancarrón  
Se me venía aplastando.  
¿Y usted no fué á la ciudad  
Á ver las fiestas este año?

CHANO.

¡No me lo recuerde, amigo!  
Si supiera ¡voto al diablo!  
Lo que me pasa, ¡por Cristo!  
Se apareció el veinticuatro  
Sayavedra el domador  
A comprarme unos caballos:  
Le pedí á diez y ocho reales,  
Le pareció de su agrado,  
Y ya no se habló palabra,  
Y ya el ajuste cerramos;  
Por señas que el trato se hizo  
Con caña y con mate amargo;  
Caliéntase Sayavedra,  
Y con el aguardientazo  
Se echó atrás de su palabra,  
Y deshacer quiso el trato.  
Me dió tal coraje, amigo,  
Que me aseguré de un palo,  
Y en cuanto lo descuidé  
Sin que pudiera estorbarlo  
Le acudí con cosa fresca:  
Sintió el golpe, se hizo gato,  
Se enderezó, y ya se vino  
El alfajor relumbrando:  
Yo quise meterle el poncho;  
Pero, amigo, quiso el diablo  
Trompezase en una taba,  
Y lueguito mi contrario  
Se me durmió en una pierna,  
Que me dejó coloreando:  
En esto llegó la gente  
Del puesto, y nos apartaron.  
Se fué y me quedé caliente,  
Sintiendo no tanto el tajo  
Como el haberme impedido

Ver las funciones de Mayo;  
De ese día por el cual  
Me arrimaron un balazo,  
Y pelearé hasta que quede  
En el suelo hecho miñangos.  
Si usted estuvo, Contreras,  
Cuénteme lo que ha pasado.

CONTRERAS.

¡Ah, fiestas lindas, amigo!  
No he visto en los otros años  
Funciones más mandadoras,  
Y mire que no lo engaño.  
El veinticuatro á la noche.  
Como es costumbre, empezaron.  
Yo vi unas grandes columnas  
En coronas rematando,  
Y ramos llenos de flores  
Puestos á modo de lazos.  
Las luces como aguacero  
Colgadas entre los arcos,  
El cabildo, la pirami,  
La recoba y otros lados,  
Y luego la versería.  
¡Ah, cosa linda! un paisano  
Me los estuvo leyendo,  
Pero ¡ah, poeta cristiano,  
Qué décimas y qué trovas!  
Y todo siempre tirando  
Á favor de nuestro aquel.  
Luego había en un tablado  
Musiquería con fuerza,  
Y bailando unos muchachos  
Con arcos y muy compuestos  
Vestidos de azul y blanco;  
Y al acabar, el más chico  
Una relación echando

Me dejó medio.... quién sabe.  
¡ Ah, muchachito liviano,  
Por Cristo que le habló lindo  
Al *veinticinco de Mayo!*  
Después siguieron los fuegos,  
Y cierto que me quemaron,  
Porque me puse cerquita,  
Y de golpe me largaron  
Unas cuantas escupidas  
Que el poncho me lo cribaron.  
A las ocho de tropel  
Para la Merced tiraron  
Las gentes á las comedias;  
Yo estaba medio cansado  
Y enderecé á lo de Roque:  
Dormí, y al cantar los gallos  
Ya me vestí; calenté agua,  
Estuve cimarroneando,  
Y luego para la plaza  
Cogí y me vine despacio:  
Llegué, ¡bien haiga el humor!  
Llenitos todos los bancos  
De pura mujerería;  
Y no, amigo, cualquier trapo,  
Sino mozas como azúcar,  
Hombres, eso era un milagro,  
Y al punto en varias tropillas  
Se vinieron acercando  
Los escueleros mayores  
Cada uno con sus muchachos,  
Con banderas de la patria  
Ocupando un trecho largo:  
Llegaron á la pirami  
Y al dir el sol coloreando,  
Y asomando una puntita....  
¡Bracatán! los cañonazos,  
La gritería, en tropel,  
Música por todos lados,  
Banderas, danzas, funciones,

Los escuelistas cantando;  
Y después salió uno solo  
Que tendría doce años,  
Nos echó una relación....  
¡Cosa linda, amigo Chano!  
Mire que á muchos patriotas  
Las lágrimas les saltaron.  
Más tarde, la soldadesca  
Á la plaza fué dentrando,  
Y desde el fuerte á la iglesia  
Todo ese tiro ocupando.  
Salió el gobierno á las once  
Con escolta de á caballo,  
Con jefes y comandantes  
Y otros muchos convidados,  
Doctores, escribinistas,  
Las justicias á otro lado,  
Detrás la oficialería  
Los latones culebreando.  
La soldadesca hizo cancha,  
Y todos fueron pasando  
Hasta llegar á la iglesia.  
Yo estaba medio delgado  
Y enderecé á un bodegón,  
Comí con Antonio el manco,  
Y á la tarde me dijeron  
Que había sortija en el bajo;  
Me fuí de un hilo al paraje,  
Y cierto no me engañaron.  
En medio de la alameda  
Había un arco muy pintado  
Con colores de la patria:  
Gente, amigo, como pasto,  
Y una mozada lucida  
En caballos aperados  
Con pretales y coscojas,  
Pero pingos tan livianos  
Que á la más chica pregunta  
No los sujetaba el diablo.

Uno por uno rompía  
Tendido como lagarto,  
Y..... ¡zas!..... ya ensartó..... ya no.....  
¡Oiganle que pegó en falso!  
¡Qué risa, y qué boracear!  
Hasta que un mocito amargo  
Le aflojó todo al rocín  
Y ¡bien haiga el ojo claro!  
Se vino al humo, llegó  
Y la sortija ensartando  
Le dió una sentada al pingo  
Y todos, *viva*, gritaron.

Vine á la plaza: las danzas  
Seguían en el tablado;  
Y vi subir á un inglés  
En un palo jabonado  
Tan alto como un ombú,  
Y allá en la punta colgando  
Una chuspa con pesetas,  
Una muestra, y otros varios  
Premios para el que llegase:  
El inglés era baqueano (1):  
Se le prendió al palo viejo,  
Y moviendo pies y manos  
Al galope llegó arriba,  
Y al grito ya le echó mano  
Á la chuspa, y se largó  
De un pataplús hasta abajo:  
De allí á otro rato volvió  
Y se trepó en otro palo,  
Y también sacó una muestra,  
¡Bien haiga el bisteque diablo!  
Después se treparon otros  
Y algunos también llegaron.  
Pero lo que me dió risa  
Fueron, amigo, otros palos

(1) Diestro.

Que había con unas guascas  
Para montar los muchachos,  
Por nombre rompecabezas;  
Y enfrente, en el otro lado,  
Un premio para el que fuese  
Hecho rana hasta toparlo;  
Pero era tan belicoso  
Aquel potro, amigo Chano,  
Que muchacho que montaba,  
Contra el suelo..... y ya trepando  
Estaba otro..... y ¡zás! al suelo;  
Hasta que vino un muchacho  
Y sin respirar siquiera  
Se fué el pobre resbalando  
Por la guasca, llegó al fin  
Y sacó el premio acordado.  
Pusieron luego un pañuelo  
Y me tenté, ¡mire el diablo!  
Con poncho y todo trepé,  
Y en cuanto me lo largaron,  
Al infierno me tiró,  
Y sin poder remediarlo  
(Perdonando el mal estilo)  
Me pegué tan gran culazo,  
Que si allí tengo narices  
Quedo para siempre ñato.  
Luego encendieron las velas,  
Y los bailes continuaron,  
La cuetería y los fuegos.  
Después todos se marcharon  
Otra vez á las comedias.  
Yo quise verlas un rato  
Y me metí en el montón,  
Y tanto me rempujaron  
Que me encontré en un galpón,  
Todo muy iluminado,  
Con casitas de madera  
Y en el medio muchos bancos.  
No salían las comedias

Y yo ya estaba sudando,  
• Cuando, amigo, de repente  
Arde un maldito vaso  
Que tenía luces dentro,  
Y la llama subió tanto  
Que pegó fuego en el techo:  
Alborotó el cotarro,  
Y yo, que estaba cerquita  
De la puerta, pegué un salto  
Y ya no quise volver.  
Después me anduve paseando  
Por los cuarteles, que había  
También muy bonitos arcos  
Y versos que daba miedo.

Llegó el veintiséis de Mayo  
Y siguieron las funciones  
Como habían empezado.  
El veintisiete lo mismo;  
Un gentío temerario  
Vino á la plaza: las danzas,  
Los hombres subiendo al palo,  
Y allá en el rompecabezas  
Á porfía los muchachos.  
Luego con muchas banderas  
Otros niños se acercaron,  
Con una imagen muy linda  
Y un tamborcito tocando:  
Pregunté qué virgen era;  
«La Fama», me contestaron:  
Al tablado la subieron  
Y allí estuvieron un rato,  
Á donde uno de los niños  
Los estuvo proclamando  
Á todos sus compañeros.  
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo  
Ver al muchacho caliente,  
Y más patriota que el diablo.  
Después hubo volatines,

Y un inglés todo pintado,  
En un caballo al galope  
Iba dando muchos saltos.  
Entretanto la sortija  
La jugaban en el Bajo,  
Por la plaza de Lorea  
Otros también me contaron  
Que había habido toros lindos.  
Yo estaba ya tan cansado,  
Que así que dieron las ocho  
Corté para lo de Alfaro,  
Donde estaban los amigos  
En beberage y fandango:  
Eché un cielito en batalla,  
Y me resbalé hasta un cuarto  
Donde encontré á unos calandrias  
Calientes jugando al paro,  
Yo llevaba unos realitos,  
Y así que echaron el cuatro,  
Se los planté, perdí en boca,  
Y sin medio me dejaron.  
En esto un catre viché (1),  
Y me la fui acomodando,  
Me tapé con este poncho  
Y allí me quedé roncando.

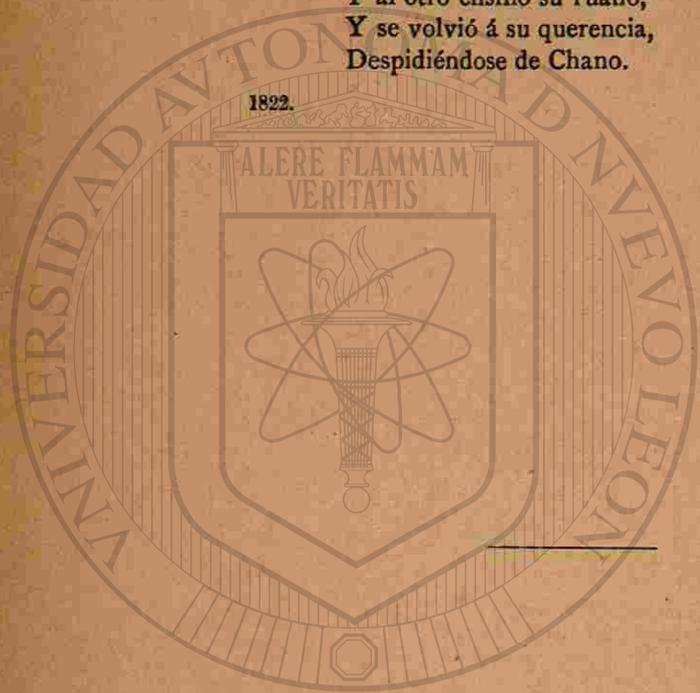
Esto es, amigo del alma,  
Lo que he visto y ha pasado.

CHANO.

Ni oirlo quisiera, amigo;  
Cómo ha de ser, ¡padezcamos!  
Á bien que el año que viene,  
Si vivo, iré á acompañarlo,  
Y la correremos juntos.

(1) Descubrí.

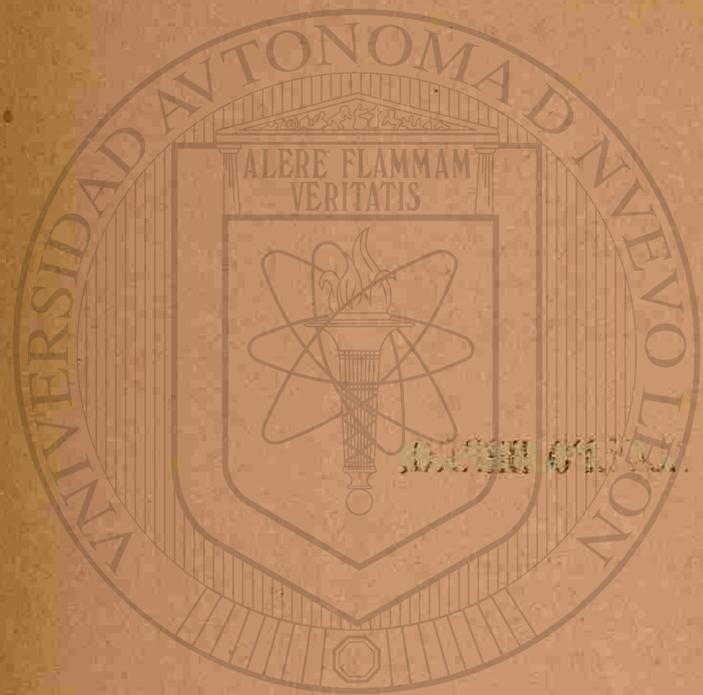
Contreras lió su recado  
Y estuvo allí todo un día;  
Y al otro ensilló su ruano,  
Y se volvió á su querencia,  
Despidiéndose de Chano.



D. ADOLFO BERRO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. ADOLFO BERRO,

EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida  
Breves horas marca el cielo,  
Para imagen en el suelo  
Del contento mundanal.

Es tu aroma regalado  
Á mi espíritu doliente,  
Cual de virgen inocente  
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas  
Te dió grata la natura,  
Y á tu cáliz la amargura  
De las hieles del amor.

En su negra cabellera  
La hermosura te ensortija,  
Ó tu trono alegre fija  
En sus labios de rubí.

En ti encuentra blando alivio  
El ausente que padece;  
Tu belleza se le ofrece  
La que su alma cautivó;

Y mirándote arrobado,  
Mil recuerdos en su mente  
Se despiertan blandamente:  
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores,  
Flor querida, disipaste!  
¡Cuántas veces mitigaste  
De mi amada la esquivéz!

Hoy de nuevo la esperanza  
En ti el alma deposita;  
¡La esperanza! que marchita  
Veré luego con la flor.

#### EL ESCLAVO.

De luna que expira la luz macilenta  
Las vías aclara del ancha ciudad;  
Silencio doquiera la noche sustenta,  
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puerta de humana morada  
Un hombre infelice se mira llorar;  
Sus ojos, que brillan en faz atezada,  
Parecen del cielo justicia implorar.

—¡Ay mísero—exclama con flébil acento—  
De aquel á quien roba destino fatal  
Amigos y deudos en solo un momento  
Y lejos arroja del suelo natal!—

Sus lágrimas corren ardientes en vano,  
Y en vano con ellas procura mover;  
Que el blanco no mira con ojos de hermano  
Al triste á quien negro le cupo nacer.

Nada queda á mi existencia  
Arrojada con violencia  
Á esta tierra de dolor.  
El recuerdo me devora  
Que me dice á toda hora:  
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado  
Del verdugo ensangrentado  
Fiera imagen ideal,  
Que acrecienta los tormentos  
De sus últimos momentos  
En la vida terrenal;

Así acosa al africano  
El aspecto del tirano  
Que cautivo le llamó,  
Y que injusto le condena  
Á arrastrar servil cadena  
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! tus pesares  
Se redoblan á millares  
En la torpe esclavitud:  
Que tu bárbaro destino  
Es llorar y de continuo  
Ver abierto el ataúd.

¡Por qué un alma noble me dieras, oh cielo,  
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,  
Si miro doquiera mil rostros de hielo  
Y escucho palabras de muerte, infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible  
Del Dios sempiterno de paz y de amor,  
Y en todos la llama prendió inextinguible,  
Destello sublime del alma Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente

El blanco codicia llevara y maldad;  
Cautivo al inerme condujo insolente,  
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirla en sus aguas al mar no le plugo,  
Que senda espaciosa tranquilas le dan;  
Y al negro condenan á bárbaro yugo,  
Á vida infecunda de misero afán.

Escucha la plegaria  
¡Oh Padre de natural  
Que en llanto y amargura  
Eleva el alma á ti.  
Destroza con tu soplo,  
Que abate las naciones,  
Las bárbaras prisiones  
Del hombre de color.

Celebran tu justicia  
En coros reverentes  
Mil pueblos diferentes  
Del Sur al Septentrion  
¿Y sólo tus miradas  
No alcanza el africano?  
¿Le apartas de tu mano,  
Le libras al dolor?

Reservas al que ofende  
La vida de tu hechura,  
Tras larga desventura  
La muerte de Caín;  
Y al blanco, que en cruceza  
Excede al tigre fiero,  
¿Tu rayo justiciero,  
Señor, no alcanzará?

Escucha la plegaria  
¡Oh Padre de natural  
Que en llanto y amargura

Eleva el alma á ti.  
Destroza con tu soplo,  
Que abate las naciones,  
Las bárbaras prisiones  
Del hombre de color.

Á LA MUERTE.

En vano, cruda Muerte,  
En mí tu saña apuras:  
Si están mis manos puras,  
¿Qué mal podré temer?

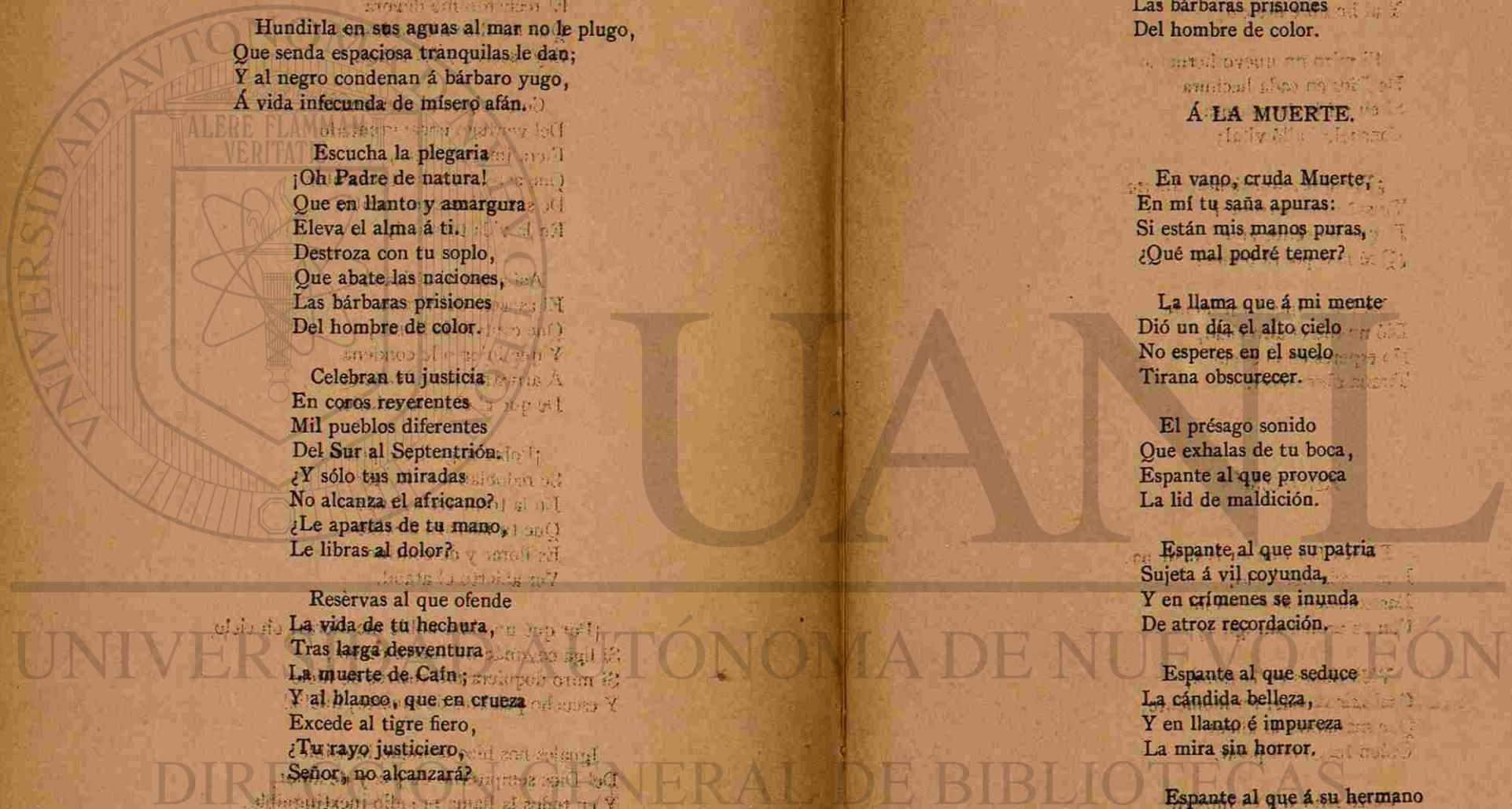
La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo  
No esperes en el suelo  
Tirana obscurecer.

El présago sonido  
Que exhalas de tu boca,  
Espante al que provoca  
La lid de maldición.

Espante al que su patria  
Sujeta á vil coyunda,  
Y en crímenes se inunda  
De atroz recordación.

Espante al que seduce  
La cándida belleza,  
Y en llanto é impureza  
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano  
Conduce en cautiverio,  
Ó lleva el adulterio  
Al lecho del amor.



Si yo de paz proclamo  
Las leyes á porfía;  
Si odié la tiranía  
Y al hombre desleal;

Si miro un nuevo hermano  
De Dios en cada hechura;  
Si en mí la desventura  
Consuelo halló vital;

¿Por qué, sangrienta Muerte,  
Tu saña me persigue?  
El que inocente vive  
¿Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo,  
No esperes en el suelo  
Tirana obscurecer.

AL JAZMÍN.

Blanca flor que en la mañana,  
Empapada del rocío,  
Das consuelo al pecho mío  
Con tu aroma sin igual;

Vida tienes en la rama,  
Cual mis dichas, un momento;  
Que marchitas al aliento  
Ceden luego del pesar.

Culto rinden á tu imperio  
Las mosquetas y las rosas;  
Que te ponen las hermosas  
Para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste  
De una virgen sin ventura,  
Que del alma la amargura  
Dió á tu cáliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche  
De los hombres el murmullo,  
Abres luego tu capullo  
Matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena  
De la aurora apetejada,  
En ti encuentra nueva vida  
El inquieto picaflor.

Dió á tus hojas la natura  
El color de la esperanza;  
Que tu aroma sólo alcanza  
Doblegar á la esquivéz.

Yo te vi en el puro seno  
De quien causa mis dolores;  
La más bella entre las flores  
Desde entonces te llamé.

De la cruz que mi sepulcro  
Marque al pío viandante  
No te apartes un instante,  
Aromático jazmín.

Al mirarte así enlazado,  
Pensativa y lacrimosa,  
Dirá acaso alguna hermosa:  
—Fué poeta é infeliz.

LA VIRGEN BAÑÁNDOSE.

Sobre la playa extendida  
El mar sus ondas desliza,  
Y en la arena movediza  
Templa el impetu fugaz.

Ríela en las verdes aguas,  
Del sol la luz placentera:  
Cruza en tanto la ribera  
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el cielo,  
De amor la fúlgida estrella;  
No el azahar que descuella  
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,  
Desnudo el pie torneado,  
Y el albo cuerpo velado  
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas  
Templar el ardor de Enero;  
Por eso al rayo primero  
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se para;  
Que frío el líquido siente;  
Córtale luego impaciente  
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido  
Perderse en alegre juego,  
Y sobre las aguas luego  
Húmedo el cuello mostrar.

Dichoso el mortal, la dije,  
Que amor encuentre en tus ojos:  
Disiparás sus enojos,  
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata  
De un ángel de paz al lado,  
Para, en su seno, arrullado,  
Dormir, exento de afán;

Beber el hálito suave  
Que exhala inocente boca,  
Cuando el halago provoca  
Con sus palabras de amor;

Mirar el rostro sereno,  
Contino de la hermosura,  
Que á ser del hombre ventura,  
Predestinada nació,

El porvenir es, sin duda,  
Que aguarda, niña hechicera,  
Á quien la diestra sincera  
De virgen esposa des.

Mas ¡ay! si á lazos profanos  
Sujetas el débil cuello,  
Verás, cual vano destello,  
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga  
Por siempre, niña, en el pecho,  
Si cae una vez deshecho  
Muro, que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso  
Las seductoras miradas;  
Que van en ellas mezcladas  
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas  
Esparce en el prado ameno,  
Perece si el tierno seno  
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta;  
Vuelve á tu pobre morada,  
Y allí, del mundo olvidada,  
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío  
La ruborosa violeta,  
Y nunca mano indiscreta  
La roba al suelo feliz.

1840.

Á UNA ESTRELLA.

Pálida estrella que mi frente hieres  
Con luz escasa, mientras en blando lecho  
Busco á los males que mi ser devoran  
Bálsamo en vano.

¿Por qué te ostentas solitaria en medio  
Del negro manto que la noche tiende,  
Pábulo dando á las que abriga el alma  
Locas ideas?

¿Eres la virgen del amor primero,  
La casta virgen que en el labio puso  
Trémulo beso, y á mi fe robara  
Lívida muerte?

¿Eres el ángel que en mi guarda vela  
Y ansiosa vienes á calmar la mente,  
Secando el lloro que arrancó á mis ojos  
Mundo engañoso?

Querub, acaso, del celeste coro,  
De allí te apartas para dar consuelo  
Al que en estrecha y solitaria cárcel  
Mísero gime.

Tal vez al hombre que del suelo patrio  
Lejos arroja su infeliz destino,  
Traes en tu lumbre de perdidos bienes  
Grato recuerdo.

En ti la imagen de la amante esposa,  
En ti la faz del adormido hijuelo,  
Ó el rostro amigo de la anciana madre  
Plácido mira.

Al nauta guías que los mares hiende,  
Al indio rudo que el desierto corre,  
Y al verte augura bonancible día  
Yerto el mendigo.

Mas ¡ay! velada por opacas nubes  
Tu luz perece, macilenta estrella,  
Y el pecho mío, por doquier te busca,  
Présago late.

Ingratas voces que al oído llegan  
Astro te dicen de mi frágil vida,  
Que mustia brilla, y el sepulcro espera  
Luego en su seno.

MAÑANAS DE ESTÍO. ®

I.

De la loma al pie una fuente  
De hermosura peregrina,  
Bajo sauces lagrimosos  
Deja ver su clara linfa.

En sus márgenes de grama  
Reclinada está una niña,  
Sonrosada, blanca y bella  
Cual la aurora que la mira.

De su cuello y su cintura  
Las lazadas descendidas,  
En el seno contorneado  
Blando abrigo halla la brisa.

Sin gustar de la frescura  
Con que el agua la convida,  
Por sobre ella prestamente  
El desnudo pie desliza.

Alza á veces puras gotas  
Que al caer forman mil prismas,  
Dando paso á los destellos  
Que el naciente sol envía.

La flotante cabellera  
En los hombros se ensortija;  
Ya los besa, y ya se aparta  
De las auras impelida.

En la fuente acaso toca  
Y fugaz el agua riza,  
Cual las alas presurosas  
Del alción que allí se anida.

En sus manos tiene un ramo  
La rosada y blanca niña,  
De marchitos azahares  
Y cerradas margaritas.

Le contempla; dentro el agua  
Deja el pie, que el frío eriza,  
Y risueños pensamientos  
En su bella faz se pintan.

De los ojos renegridos  
Se humedecen las pupilas,  
Y halagüeños como nunca,  
Con no visto fuego brillan.

¿Qué tendrá, pues, ese ramo  
Que la pone así festiva?  
¿El enlace será, acaso,  
De azahar y margaritas?

Es que ayer á la alborada,  
Al venirse, aun adormida,  
Á bañarse en esa fuente,  
Cuyas aguas hoy esquivaba,

Halló el ramo atado á un sauce  
Con celeste-blancas cintas,  
Sujetando al mismo tiempo  
Unas décimas sentidas.

Que es á ella á quien han sido  
Estas trovas dirigidas,  
Duda, cierto, no le queda;  
Mas ¿por quién fueron escritas?

No lo sabe, aunque sospecha  
Son de alguno cuya vista  
Vió mil veces fija en ella  
En los bailes de las trillas.

Y se cuenta que él la hizo,  
No había mucho, compañía,  
Al volver de unas carreras  
Hasta el rancho donde habita.

La plateada luna, entonces,  
Derramando luces vivas  
Se mostraba con la madre  
Del amor, toda encendida.

—¡Cuán hermosa está esa estrella!—  
Prorrumpió la dulce niña,  
Que entregada á ideas vagas  
Contemplándola venía.

Y él la dijo luego al punto:  
—Es verdad.... siempre divina;—  
Y clavó sus tiernos ojos  
En los de ella distraída.

El misterio que esas voces  
Y miradas envolvían,  
No sé yo si desde luego  
La inocente entendería.

Pero sí que desde entonces  
Siempre está imaginativa,  
Cuando ve cómo esa estrella  
En el puro cielo brilla.

II.

Deleite causa en verano  
Pasear la extensa ribera,  
Cuando la aurora en la esfera  
Tiende su manto fugaz.

Y ver las aguas lucentes  
Que dan continuo en las peñas,  
Cual las ideas risueñas  
Del hombre en la eternidad.

Allí en la orilla las gotas,  
Que el dolor trajo á la frente,  
Seca el purísimo ambiente  
Que se adormece en redor.

Y el pensamiento ya libre,  
Trasciende mares y tierra,  
Para abarcar cuanto encierra  
En sí la humana mansión.

Al soplo airado del cielo  
Mira ceder las naciones,  
Indestructibles lecciones  
Dejando en pos al pasar.

De las ciudades que fueron  
Busca las débiles huellas,  
Y encuentra impresas en ellas  
De torpes vicios los pies;

Y en vez del blando murmullo  
Que hace el mundano contento,  
Se escucha sólo «¡Escarmiento!»  
Entre las ruinas sonar.

De Europa altiva sorprende  
La desmayada natura,  
Que el arte en vano procura  
Lozana y fértil tornar.

De cada pueblo á las puertas  
Negro fantasma se eleva,  
Que con sus lágrimas lleva  
«¡Miseria!» escrito en la faz.

En desnudez el mendigo  
Pasa las noches heladas,  
De las soberbias moradas  
Bajo el mármoleo dintel.

Y las migajas recoge  
Del destrozado sustento  
Que el cortesano opulento  
Le echa tal vez con el pie.

¡Maldito el suelo en que el hombre  
Así ante el hombre se postra,  
Y sus desprecios arrostra  
Porque se muere de afán!

¡Maldito el suelo que sólo  
Brinda con taza de hieles,  
A esos desnudos tropeles  
Que acosa el hambre ó la sed!

Llena de ingratas ideas  
Se vuelve entonces la mente  
Al virginal continente  
Que vió Cristóbal Colón,

Y que al tornar, el encono  
Del mar burlando y el viento,  
Cual mujeril ornamento  
Echó á los pies de Isabel.

De Dios la diestra invisible  
Formó su espléndido cielo,  
Y abrióla toda, y el suelo  
De ricos dones sembró.

Bañan sus playas extensas  
El mar Atlántico airado,  
Y el que de gozo arrobado  
Llegó Balboa á besar;

Cuando, la espada desnuda,  
Las ondas cerca del pecho,  
De su monarca en provecho  
Tomó marcial posesión.

Montañas tiene soberbias,  
De cuyo inmóvil asiento,  
Se arrojan ríos sin cuento  
Para perderse en la mar.

Y hay en sus llanos verdura  
Que ansiosos pacen los brutos,  
Y abundantísimos frutos  
De regalado sabor.

¡Feliz mil veces el hombre  
De quien la cóncava cuna,  
Alumbra pálida luna  
En tan lozana mansión!

¡Feliz! verá de la vida  
Los demarcados momentos,  
De agudas penas exentos,  
En libre tierra correr.

Que si algún torpe tirano  
De entre la turba se eleva,  
Es ese tiempo de prueba  
Para las almas templar.

Hasta que llega el instante  
En que con manos de hielo  
Le postra Dios en el suelo  
Y dice airado: «No más.»

III.

EL OMBÚ.

(Fragmento.)

Venga la blanda guitarra,  
Venga, bien mío, y cantemos;  
Que ya el Oriente de rojo  
Tienen del sol los reflejos.

Venga, que en lomas y llanos  
Rebrama el toro soberbio,  
Y bajo altivos caballos  
Retumba herido el potrero.

Naturaleza se anima,  
Y con sus voces sin cuento  
Alzar mil himnos parece  
De gratitud al Eterno.

También sus alas veloces  
Sacude ya el pensamiento  
Cuanto en redor la circunda  
Tocando al paso en su vuelo.

En el ombú solitario,  
Que es de la loma ornamento,  
Al fin detiéndose, en presa  
A siempre ingratos recuerdos.

Y de sus hojas marchitas,  
Que mecen raudos los vientos,  
Gotas de leve rocío  
Mira caer en el suelo,

Cual se desprenden veloces,  
Del desengaño al aliento,  
Las ilusiones queridas  
Que abriga el hombre en el pecho.

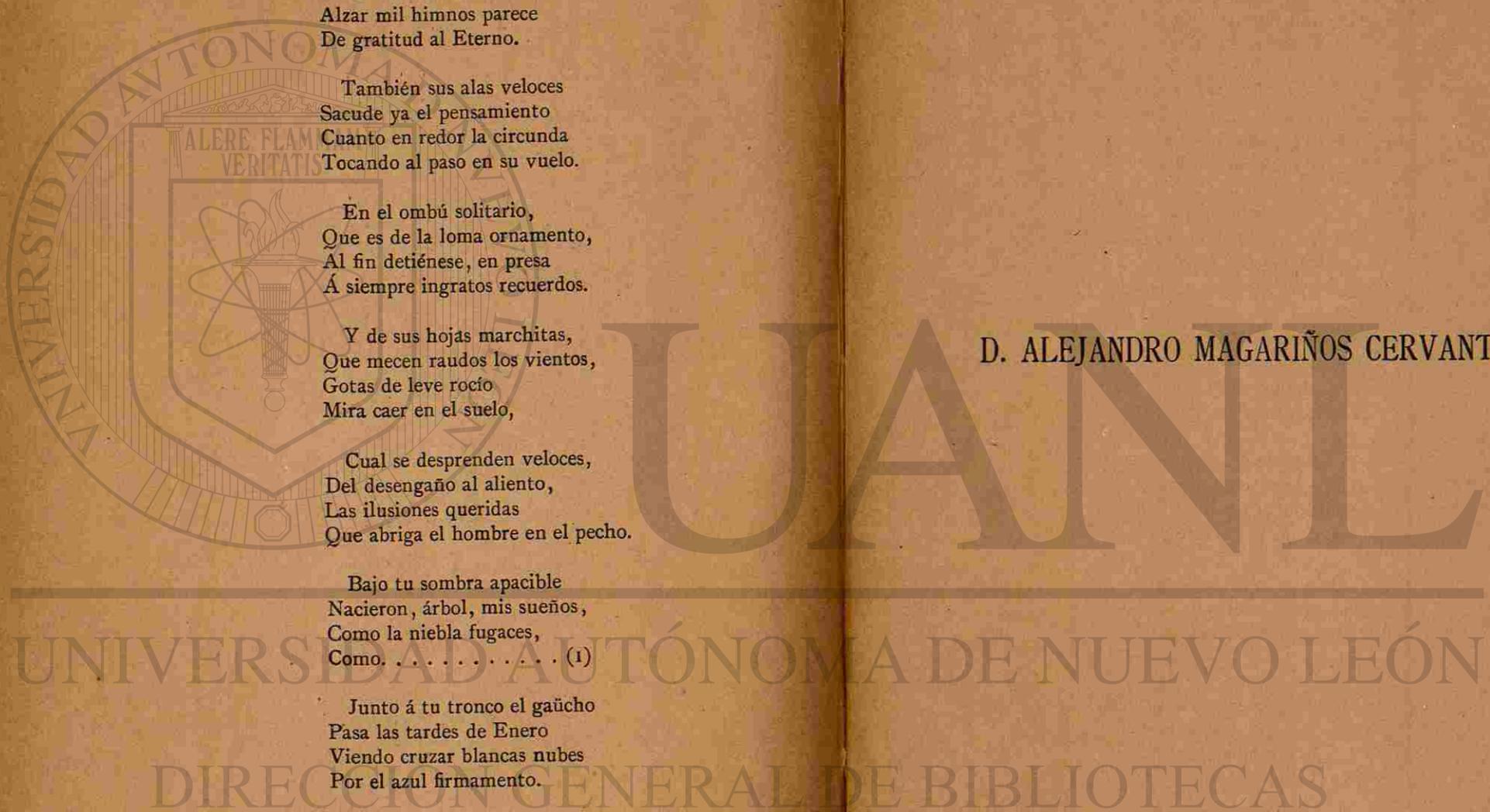
Bajo tu sombra apacible  
Nacieron, árbol, mis sueños,  
Como la niebla fugaces,  
Como. . . . . (1)

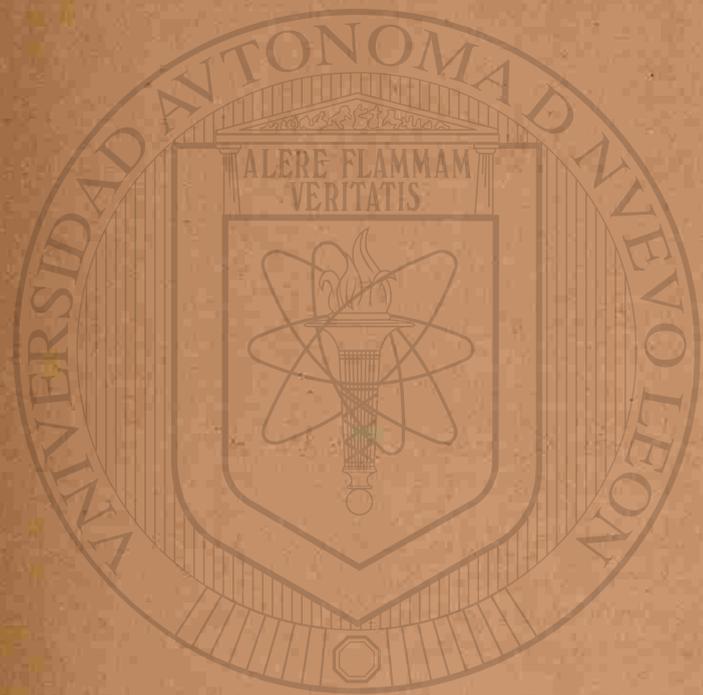
Junto á tu tronco el gaúcho  
Pasa las tardes de Enero  
Viendo cruzar blancas nubes  
Por el azul firmamento.

.....  
.....

(1) Incompleto en el original del poeta.

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

ONDAS Y NUBES.

Como esas ondas es nuestra vida,  
Como esas nubes nuestra ilusión,  
Y la esperanza, perla escondida  
En lo más hondo del corazón.

Mientras el astro de amor las dora,  
Mientras no brama recio huracán,  
Hacia la playa tranquila ahora  
Con dulce arrullo corriendo van.

Pero si ruge furioso el viento,  
Si oculta airado su disco el sol,  
Ondas y nubes en un momento  
Su calma pierden y su arrebol.

El rayo incendia la mansa nube,  
Y á su sangriento fulgor se ve  
Cómo se rompe y al cielo sube  
Negra la onda que blanca fué.

Así en la vida, cuando inflexible  
El desengaño nos hiere cruel,  
Ó el infortunio nos brinda horrible  
Su negra copa llena de hiel,

Se trueca en duda y amargo hastío  
Nuestra esperanza, nuestra ilusión,  
¡Y acaso, acaso, ya seco y frío  
Por siempre dejan el corazón!

Feliz, oh Carmen, tú á quien el cielo,  
Pródigo al darte dicha sin fin,  
Quiso enviarla contigo al suelo  
Bajo la forma de un serafín.

¡Nívea paloma, blanca azucena,  
En cuyo cáliz duerme el amor,  
Nunca en tu frente pura, serena,  
Clave su garra fiero el dolor!

¡Jamás te asalte, dulce gacela,  
De las pasiones el frenesí!  
¡Jamás el ángel que por ti vela  
Tienda las alas y huya de tí!

Pronto ¡ay! tu estrella se eclipsaría,  
Fuera un infierno tu grato edén,  
Y en hierro ardiente se trocaría  
La azul guirnalda que orla tu sien.

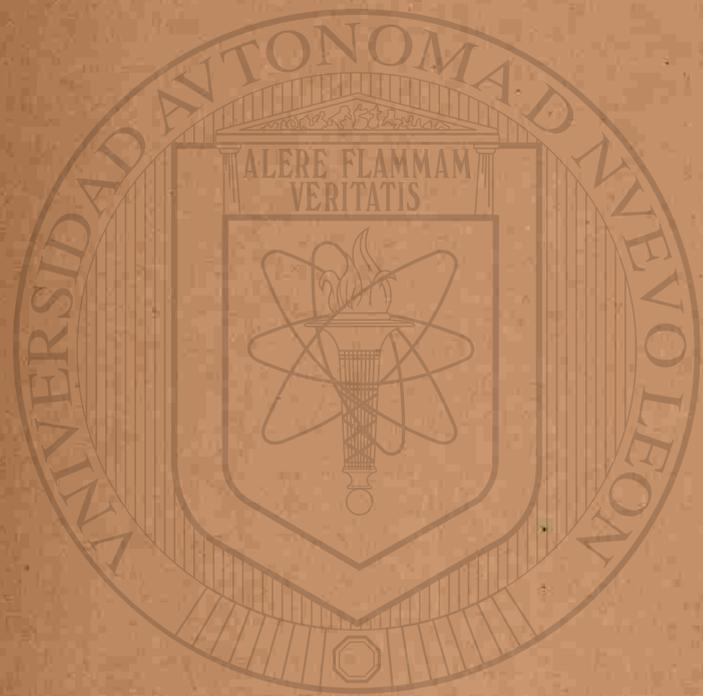
Y en vez de aromas, brisas y flores,  
Sólo hallarías ¡destino cruel!  
Nubes preñadas de sinsabores,  
Y ondas y ondas de amarga hiel.

Que ondas y nubes son el emblema  
De nuestra vida triste ó feliz;  
Ya negro abismo, ya una diadema,  
Que nos circunda de áureo matiz.

Por eso, Carmen, cuando me pides  
Que un pensamiento te deje aquí,  
Mientras con ojos tranquilos mides  
El mar y el cielo, te digo así:

«Como esas ondas es nuestra vida,  
Como esas nubes nuestra ilusión,  
Y la esperanza, perla escondida  
En lo más hondo del corazón.

»¡De tu existencia vivo trasunto,  
Que siempre brillen cual brillan hoy,  
Y á eternas dichas que siempre junto  
Vaya el recuerdo que yo te doy!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## NOTA FINAL.

---

En el tiempo transcurrido desde que comenzó la publicación de esta ANTOLOGÍA, han fallecido los siguientes poetas, dignos todos de ocupar puesto en la segunda edición de ella, si alguna vez llega á hacerse: D. Ignacio M. Altamirano y D. Manuel Gutiérrez Nájera (mexicanos), D. Julián del Casal (cubano), D. J. Pérez Bonalde (venezolano), D. Rafael Núñez y D. Jorge Isacs (colombianos), D. Juan León Mera (ecuatoriano). No nos queda espacio suficiente en este apéndice para presentar muestras de sus obras y hacer de ellas un estudio tan detenido como merecen. Pero no quiero defraudar á los amantes de curiosidades literarias, de las recónditas noticias que sobre algunos versificadores y copleros de la época colonial, especialmente en la isla de Santo Domingo, me comunica mi docto amigo y compañero D. Marcos Jiménez de la Espada, en carta cuyos principales párrafos voy á transcribir literalmente.

«LICENCIADO JUAN MÉNDEZ NIETO.

»No he podido averiguar en qué lugar de España nació; aunque, por lo que odiaba á los portugueses, sospecho que era de Extremadura.

»En 1.º de Septiembre de 1607 confesaba que tenía setenta y seis años de edad.

»Estudió en Salamanca, y después de comenzar varias carreras siguió la de medicina.

»Fue médico titular de Arévalo; curó de unas rebeldes cuartanas al Príncipe de Évoli; y por no atreverse á curar (dice él) al príncipe D. Carlos, huyó de la corte, residente entonces en Toledo, llevando licencia para pasar á Indias.

»Detúvose algún tiempo en Sevilla, ejerciendo su profesión con gran fortuna y provecho, y allí se hubiera establecido; pero casó, ó el dejó que le casaran con D.<sup>a</sup> Marta Ponce, criada y deuda de los Duques de Arcos, y como el matrimonio fuera muy á disgusto de los parientes de D.<sup>a</sup> Marta, por temor á sus amenazas, y aun á cosa mayor, se determinó á usar de su licencia, escapando, como pudo, á Indias.

»Hacia los fines del año de 1559 aportó á Santo Domingo de la Española, en cuya capital permaneció unos ocho años; y después de breves residencias accidentales en Nombre de Dios y Río de la Hacha, y de un viaje, por causa de negocios particulares, á Santa Fe de Bogotá, se fijó definitivamente en Cartagena de Indias hasta su muerte, acaecida poco después del año 1616, en que ya no podía firmar, «por estar impedido de la vista corporal».

»Dejó concluidas y preparadas para imprimirse, en Sevilla, dos obras, tituladas, la una, *De la facultad de los alimentos y medicamentos indianos, con un tratado de las enfermedades patricias del reino de Tierra firme*, y la otra, *Discursos medicinales*. La primera no la conozco, é ignoro si se sabe de ella. La segunda se conserva íntegra y toda de puño de su autor, quien la dedica, en 1.º de Julio de 1611, al licenciado Alonso Maldonado, oidor en el Consejo de las Indias (tengo copia de ella sacada por mí mismo, que ocupa más de 1.060 cuartillas).

»El licenciado Méndez, activo, de carácter franco, ingenioso y de clara inteligencia, no perdió su tiempo en Salamanca, de cuya Universidad y costumbres estudiantiles hace una pintura de un dibujo y color que no son de los que generalmente se emplean al recordar las glorias tradicionales de nuestra enseñanza, y sí más bien los propios de la escuela picaresca y maleante. De sus aulas salió excelente latino, con el caudal de erudición entonces necesario para hombrarse con la gente culta, músico entusiasta, gran aficionado

á la poesía y, sobre todo, un perfecto galeno al uso de su siglo, empírico, sanguinario, polifarmacó, pedante y con más humos que una quema de paja.

»Pero todo esto trasciende muy poco á la prosa de sus *Discursos*, la cual, por lo llana, espontánea y abundante en refranes y dichos, es, casi sin duda, la que se hablaba en aquel tiempo, la vulgar y corriente, y de donde Cervantes hubo de tomar muchos de sus *cervantismos*. Gracias á ella se leen sin enfado las relaciones técnicas de enfermedades y curas, y con mucho gusto los episodios que en ellas intervienen por razón de las costumbres domésticas ó públicas de aquí y de allá, y del genio ó posición social del enfermo y de sus parientes y allegados; y no digamos si le ocurre contar sus aventuras de viaje ú otras de más cuenta, porque entonces, salvo mejor opinión (y desquitando la influencia del carácter de Méndez en el relato), en la mía, se acerca al donoso realismo de los Mendozas y Alemanes. Como creo también, haciendo igual salvedad, que descargados de la máquina de dietas, recetas y formularios, y de las citas que á menudo interrumpen el texto, quedarían los *Discursos medicinales* reducidos á un libro de amena lectura y de interés histórico.

»En ellos se encuentran esparcidas varias muestras de las poéticas aficiones del autor, tan breves algunas, que no alcanzan á dar idea del mérito de quien las compuso; por ejemplo, estos cuatro versos libres, traducción de un dístico de Ovidio:

«No es fácil detenerse al muy hambriento  
»Si ve la mesa puesta y bien colmada;  
»Y el agua que corriendo se despeña  
»Da gana de beber al que la mira.»

»Y la octava con que termina el siguiente pasaje del discurso 21 del libro III:

»Y como cayese enfermo de la rodilla izquierda, que tenía flaca y lastimada de la herida que en ella había recibido de los franceses en Santa Marta, á cuya causa se me apostemó del trabajo de las muchas visitas, de suerte que me tuvo tres años en la cama, tan encogida la pierna y tan cojo, que tenía perdida ya la esperanza de poder ya visitar ni servirme de ella; y con este sentimiento y desgracia tan perjudicial para mí y toda la república, que lo sentía mucho,

»hice unas otavas con que, llorando al son de la harpa, desfogaba  
»mi congoja, que comenzaban, si bien me acuerdo, de esta manera:

«¡Ay Fortuna cruel; ay ansias mías!  
»¡Ay desdichado triste; ay mal tan fuerte!  
»¡Ay, que el amor trocó mis alegrías,  
»Mi vida y libertad en pena y muerte!  
»¡Ay triste, que en el medio de mis días  
»El mundo me ha dejado de tal suerte,  
»Que no podrán hacer ya mis pisadas  
»Que pasen de la puerta mis jornadas!»

»Si no conociéramos del licenciado Méndez más que esta octava, realmente era cosa de acompañarle en su llanto. Pero en sus *Discursos* hay algo mejor (no mucho), y donde con más fundamento se puede juzgar del premio que merecen sus galanteos á las Musas.

»Hable el interesado, y perdone usted lo largo de las citas.

»Refiriendo la cura desgraciada que hizo en Santo Domingo á Luis de Angulo, Alguacil mayor de aquella ciudad, retrata al sujeto con estas palabras: «Era de edad de veintisiete hasta treinta años, tan fascinoroso y malvado, cuanto era su cuñado, Diego de Guzmán, noble y virtuoso..... Era su mujer deste Angulo una señora que, aunque se dejaba ver en la tierra, tenía su habitación en el cielo; tanta era su virtud y cristiandad, y como tal no pudo estar en un sujeto con su marido, como no pueden estar los demás contrarios, y como más voraz y activo la consumió y mató el marido con muchos malos tratamientos, especialmente con una har- »tazga de coces que le dió, por pequeña ocasión, estando preñada, »de que mal parió y se murió, ganando dichosamente el cielo her- »moso por la vil tierra que dejó, y por el temporal y mal marido el »eterno y supremo esposo.»

»No huelga el retrato, por lo que verá usted más adelante.

»Suprimo una porción de peripecias que interrumpieron y alargaron la cura de nuestro galeno, motivadas del carácter adusto, veleidoso y desleal del enfermo; y voy á que, sintiéndose morir con un violento cólico, volvió á llamar por terceros al licenciado Méndez, á quien había groseramente despedido, el cual, cediendo á los ruegos del suegro de Angulo y á las tentaciones de una taleguilla preñada de cuatro marcos de perlas de cadenilla, consintió en encargarse otra vez del paciente; y «preguntádoles — prosigue —

»(después de embolsarse la talega) por la causa del accidente, me »dió por razón lo mucho que había cenado y el haber estado des- »nudo escribiendo tantas horas (hasta más de media noche). Á lo »que respondí, entendiendo que escribía para España:—Las urcas »no se irán, por mucha priesa que se den en estos diez días, y no »tenía por qué tomar ese trabajo á deshoras, que fué la principal »causa deste accidente; porque, aunque hubiera cenado, como dice, »si durmiera y lo cociera el estómago, no hubiera nada desto.— »Que no escribía para España, me respondió, que aun eso fué lo »peor.—No lo hubo bien dicho cuando entendí lo que era, y que »estaba haciendo coplas, porque él me había mostrado unas otavas »que hacía de todas las damas de aquella ciudad, con cierta ficción »poética, imitando á Montemayor (1), para que le alabase y le tu- »viese por grande poeta; y disimulando con ello comencé de hacerle »remedios, etc., etc.»

»Aquí tiene usted la razón de por qué me detuve en el retrato de este poeta (?), descubierto por nuestro licenciado.

»El cual continúa diciendo que el más eficaz de dichos remedios fué una infusión de hojas de tabaco que le hizo descargar vientre y estómago por ambas vías, y le dejó sumido en un profundo sueño. «Pues como yo lo viese que dormía — continúa Méndez — descansa- »damente y sin dolor, dije al paje que escondiese la vela y lo dejase »dormir. Yo me fui á mi casa, y al tiempo que bajaba por la sala »adonde tenía el escritorio, vide estar el cuaderno de las coplas en »él abierto, y cogiéndolo sin que el paje lo viese, me lo llevé; y »como estaba ya desvelado y sin gana de dormir, puseme á leer por »él hasta el día; y entre otros disparates escribía una visión de nin- »fas, riberas de la Isabela, que es el río que por allí pasa, adonde »ensartaba cuantas damas en aquella ciudad había, cada una en su »otava, como hizo Montemayor, y á algunas, que quería más favore- »cer, les echaba dos, como hizo á D.<sup>a</sup> Ana de Guzmán y á la otra »D.<sup>a</sup> Ana de Carvajal; pero cuando llegó á su daifa, que fué la pos- »trera de todas, colocóla y púsola en un carro de marfil con muchas »columnas dóricas, frescos, epitafios y letreros, y que, como á »Diana sus doncellas, la venían á ella acompañando y sirviendo »todas las otras, que la más ruin dellas era harto mejor que ella por »su extremado valor y hermosura; y que cuatro dellas, las más

(1) Alude al *Canto de Orfeo*, inserto en *La Diana Enamorada*.

»ilustres, le servían de pedestales á las columnas y la traían cargada;  
»con otros cien mil desvaríos que, cuando los acabé de leer, quedé  
»asombrado y tan desvanecido como él, ó poco menos, pues que cogí  
»una pluma y luego allí, donde había acabado, comencé yo y es-  
»cribí, en el breve tiempo que hasta el día quedaba, lo que se sigue:

»Perdónete Dios, hombre,  
»Que así acabaste verde entre pastoras;  
»Que no hay quien no se asombre  
»En ver que así á deshoras  
»Gastas tu vida y alma entre señoras;  
»Gastando largamente  
»La hacienda y el dinero mal ganado.  
»Es justo que se cuente  
»Que á otros fué robado,  
»Para comprar tu suerte y triste hado.  
»Y aquella verdadera  
»Ninfa, por quien tan poco tú pensabas,  
»Que cierto de Dios era  
»Traslado, ¿qué esperabas  
»Cuando tan malamente la tratabas?  
»¿Pensabas que no hay muerte  
»Ni Dios para los malos obstinados?  
»Pues cierto lo hay tan fuerte,  
»Que serán condenados  
»Según sus grandes culpas y pecados.  
»No pienses que Cupido  
»Alivia á los malvados un momento,  
»Ni el ser favorecido  
»Te sacará del cuento  
»De los precipitados al tormento;  
»Mas piensa en la partida,  
»Pues andas tan cercano ya á la muerte.  
»No esperes tener vida,  
»Pues vives de tal suerte  
»Que todos van huyendo por no verte.  
»El pueblo se ha quejado  
»De ti al Sumo Juez Omnipotente,  
»Mandamiento está dado  
»Que dejes ya la gente  
»Y lles por delante  
»Y partas de este mundo incontinente,  
»Las deas, las pastoras soberanas,  
»El vivir de Levante,  
»Los hurtos y las ganas  
»Y las otavas ritmas de las *Anas*;

»También aquella dea  
»De quien en tu escritura tanto tocas;  
»También las de Guinea,  
»Pues que no son tan pocas  
»Que puedan referirlas muchas bocas;  
»Y aquel gran adulterio  
»Que hiciste contra Apolo y su cliente;  
»Y lo del cementerio  
»Y más, que, según siento,  
»No se puede decir ni tiene cuento.  
»Por tanto, yo no quiero  
»Arar con buey cansado en el arena,  
»Mas antes te requiero  
»Te acuerdes de la pena,  
»Pues no te hizo el amor tu alma tan buena.»

»Para comprender la intención y sentido de estas coplas, entre fúnebres y burlescas, hay que advertir que Méndez había pronosticado que Angulo, á quien curaba en Septiembre, moriría en el próximo Octubre, como así sucedió. Y este Octubre es ciertamente el de 1560.

»Hallándose ya en Cartagena indiana, y recordando cómo y por qué dejó la Teología por las Leyes, escribía á fines del año de 1606 (libro 1, disc. 3.º):

«Viéndome, pues, forzado de la bendición de mi padre, y muy opulento y lleno de libros, que es cosa que á los estudiantes da mucha honra y vanagloria, comienzo de armar mi librería y hinchí las cuatro paredes de un grande aposento de textos abiertos y de doctores modernos y antiguos cerrados, de suerte, que no se alegaba autor, aun en las lecciones de oposición, que yo no tuviese, y pásome luego al otro día á oír mis leyes con mucho sentimiento de mis compañeros y condiscípulos y del Retor, que era mucho mi señor, que le enseñaba yo á tocar harpa y me hacía mucha merced; y fray Domingo (de Soto) me reprendió por qué lo había dejado, y me dijo que gustaba mucho de tenerme por discípulo; y yo que lo sentí más que todos ellos y lo siento hoy en día y lo lloro con cuerpo y alma. En testimonio de lo cual escribiré aquí unas otavas que no ha muchos días que hice, con las cuales algunas veces, cantándolas al cuarto del alba después de bien cansado de estudiar, me enternezco, como es razón, porque las canta conmigo una negra criolla mía que ha tenido la mejor voz que ha habido en las Indias, adonde por maravilla hay una razonable, y con esto es diestra en el canto

»de órgano, y la sonada que en la harpa se le da muy aparejada para todo ello; y son las otavas estas que se siguen:

»Males que de mi mal tarde os cansastes,  
»Bienes que tan temprano os despedistes,  
»Días que obscuras noches os tornastes,  
»Noches gastadas en memorias tristes,  
»El bien que en tiernos años me mostrastes,  
»Por qué tan largo tiempo lo escondistes?  
»No es vuestra, no, la culpa, yo la tengo,  
»Y de sola esperanza me sostengo.  
»Mostráste me del cielo la carrera,  
»Tan llena de contento y alegría,  
»Tomé el arado en mano, y como quiera,  
»Un surco ó dos eché el primero día;  
»Volví á mirar atrás, que no debiera,  
»Perdí todo el contento que tenía;  
»Y así, cuitado, pobre y desvalido  
»Á dura senectud soy conducido.  
»Engolfado en el mundo y sus miserias  
»Sin jamás tomar puerto ni sosiego,  
»Con mil trabajos, muertes y lacerias,  
»Como hombre, al fin, sin luz y que anda ciego,  
»Trabucando de una en muchas ferias,  
»Do se compra muy caro eterno fuego,  
»Anduve todo el tiempo de mi vida  
»Sin orden, sin concierto y sin medida.  
»Mil veces intenté salir á nado  
»Arrimado á una tabla ó dos siquiera,  
»Tantas fui rebatido y revocado  
»Por sus ministros en esta manera:  
»Teníanme tan fuerte engarrafados  
»Con siete garfios, que hacia la ribera  
»No fué posible, no, tener salida  
»En todo este discurso de mi vida.  
»Agora ya, Señor, pues me ha dejado  
»El mundo por inútil y abatido,  
»Á ti, Padre Eternal, seré tornado  
»Como el pródigo hijo y affigido,  
»Confuso de aquel tiempo mal gastado,  
»Hambriento, andrajoso y aburrido,  
»Desechado del mundo y de las gentes,  
»De extraños y de amigos y parientes.  
»Socórreme, Señor Omnipotente,  
»No mires mis enredos y marañas,  
»Para que dende hoy más de gente en gente  
»Sean más manifiestas mis hazañas;

»No niegues á este triste penitente  
»Esas piadosísimas entrañas;  
»Pues nunca del rendido te vengaste,  
»Mi pena, mi dolor, mi llanto baste.»

»Esta canción llorosa y aquella de que nos dió solamente la primera octava, son dignas de respeto como desahogos particulares y domésticos de íntimos dolores, nada más, y como tales las presento á la consideración de usted.— La sátira (?) contra Angulo ni siquiera tiene la disculpa de las *lamentables* octavas. Pero á pesar de esas tachas, ¿no merecen alguna memoria los antojos poéticos del sensible é irritable galeno? Usted lo verá con más claros ojos que los míos; y verá usted también si su censura de los versos de una persona á quien no quería bien y tenía por un malvado, como era el Angulo, basta para borrar á éste de la lista de los copleros dominicanos.

»Mucho peor voluntad tenía Méndez Nieto á un Juan Fernández, Provisor del obispado de Cartagena, á quien llama, porque así le apodaban todos, el *Pastor Simón*, á causa de sus simonías, á cuya causa hicieron contra él y corría por el vulgo una sátira anónima titulada *La Simonaida*. Danos noticia y muestra de ella con motivo de la solemne entrada del Provisor en la capital de su diócesis, que refiere en estos términos:

«..... Estuvo un día todo desde las ocho horas en la estancia de Lorenzo Martín, que está un cuarto de legua de ella (Cartagena), esperando á que el acompañamiento que sus parientes por su mandato le tenían muñido, lo fuese á recibir; y viniendo con poco menos de cien hombres á caballo y otros tantos peones, llegó en el caballo de camino hasta la puente, y allí le tenían el hábito y vestido sacerdotal, con un sombrero llano, como de cardenal, con cuatro borlas de seda de una libra cada una que se puso encima del bonete; y le tenían la haca blanca de Arjona, su pariente, alheñada cola y crines y con una gualdrapa muy guarnecida y costosa; y desta manera entró y anduvo por donde anda la de *Corpus Christi*, primero que entrase en su casa. Lo que habiendo visto y notado el poeta satírico, que no era migaja necio, le dijo después de haberlo relatado como ello pasó en verso limpio y elegante esta octava que se sigue:

«Quería yo saber, Simón malvado,  
»Cuándo pensaste tú tener tal vida.

»¿Fué, por ventura, cuando atormentado  
»Estabas nel Infierno sin medida?  
»¿O cuando en el mesón fuiste criado  
»Que allá en Almodóvar nos convida,  
»Y entonces por soñarte mesonero  
»Erraste el golpe y diste en caballero?»

»Méndez dice que el Provisor era hijo del dueño del mejor mesón de Almodóvar, donde posó yendo de Guadalupe á Sevilla después de su escapatoria de Toledo.»

«LÁZARO BEJARANO.

»Natural de Sevilla, en cuya ciudad compuso algunas poesías, acerca de las cuales nada sé, salvo que debió escribirlas para las justas literarias celebradas en aquella ciudad en honor de San Juan Bautista, San Pablo y Santa Catalina en los años de 1531 y 1533.

»Juan de Castellanos nos da noticias de este poeta y señor de las *Islas de los Gigantes*, por otro nombre Curaçao, Aruba y Buinare, en la *Introducción* á la segunda parte de sus *Elegías* (oct. 53 á 71), v dice de él en las 65 á 66:»

»Su musa digna fué de gran renombre,  
»Lo cual no digo por le ser amigo,  
»Sino porque sus gracias y sus sales  
»No sé yo si podrán hallar iguales.  
»Haciendo yo por estas islas vía,  
»Sería por el año de cuarenta,  
»Allí lo ví con su doña María  
»E tantas soledades descontenta.»

»Por lo cual y por la pérdida de un hijo no tardaron en regresar á la Española, de donde habían pasado á las islas de su señorío.

»Advertiré que Castellanos equivoca el nombre de la señora, que no era el de María, sino el de Beatriz, como parece por el documento que sigue y por más de un concepto interesa á la biografía de Bejarano. Es una provisión de la Audiencia de la Española de 4 de Julio de 1541, que D. Juan B. Muñoz extractó para su colección (t. LXXXII, folio 216) en esta forma:

«Refiere que D. Diego de Colón dió en encomienda á Juan de Ampies (era factor de Santo Domingo) y sus hijos y sucesores las

»islas de Curaçao é Buynare é Aruba, para que tuviesen cargo dellas y se sirviesen de sus indios como naborias con jurisdicción civil y criminal, lo cual fué confirmado por los del Consejo, tomando cierto asiento con dicho Ampies en tiempo del licenciado Rodrigo de Figueroa (hacia 1520), do se le añadió facultad de contratar con el cacique de Coro. Agora Lázaro Bejarano, marido de D.<sup>a</sup> Beatriz de Ampies, hija de aquel factor, ha expuesto en la Audiencia que él, como conjunta persona de ella en goce de dicha merced, ha nombrado, como Justicia mayor, por tenientes suyos á Manuel Méndez, en Curaçao, y en Aruba á Francisco de Rutia, y pide se confirmen, etcétera.»

»Gonzalo Fernández de Oviedo (*Hist. G. y N. de las I.*, lib. vii, capítulo XIX) lo cita como «hombre de honra é digno de crédito», para atestiguar un curioso fenómeno de espejismo que se observa en la península de Paraguana, frontera á las islas de los Gigantes.

»Y por último, el oidor Alonso de Zurita, en la *Relación de las cosas de la Nueva España*, inédita, le dedica un artículo todo sustancia, en el *Catálogo de los autores que han escrito historias de Indias ó tratado algo dellas*, adjunto de dicha relación, y publicado por el Sr. García Icazbalceta en el tomo III de su *Nueva Colección de documentos para la historia de México* (Introducción), 1891, por copia de mi mano que tuve el honor de enviarle. Por dicho artículo sabemos que escribió un *Diálogo apologético contra Ginés de Sepúlveda*, lleno de noticias curiosas sobre las gentes de la isla de Cubagua hasta la punta de Coquibacoa (en las que estaban comprendidas las de su feudo), y escritas por muy elegante estilo; y añade que era hombre de muy buen juicio, muy honrado y de mucha virtud y verdad, etc. Zurita lo conoció y trató siendo oidor en la Española; y por lo que yo sé de este magistrado, era de tanta honradez y verdad como Bejarano.

»Vea usted ahora cómo nos lo presenta Méndez Nieto con ocasión de su llegada á Santo Domingo (1559) en el lib. II, disc. 2.<sup>o</sup>:

«Presidían en aquella Audiencia entonces el Ldo. Angulo y la Sra. D.<sup>a</sup> Brígida, su mujer, que eran oidores más antiguos por ausencia del Ldo. Maldonado, que había ido por Presidente á Guatemala, y eran oidores el Dr. Cáceres y el Ldo. Chagoya (Echagoya), vizcaíno. Había cuatro médicos, todos ellos al tono de los demás que suelen pasar á Indias, que son los desechados, que no pudiendo sustentarse en España, porque no les darán una mula que curen, se

»vienen acá todos, como á tierra de ciegos, adonde el tuerto es rey, ó regidor por lo menos.

»Eran estos cuatro pilares en quien estribaba la salud de aquella ciudad, el Dr. Bravo, estudiante de Sevilla y graduado en ella, el Ldo. Cabrera, el Ldo. Pineda, tuerto, cojo y mal agestado, y el Ldo. Ulloa, portugués, que iba para la India y arribó allí en la nao *San Pedro*, que tenía de locura todo lo que le faltaba de ciencia, como bien se lo dijo el famoso Bejarano, por su delgado ingenio y buena poesía, en esta copla que se sigue, para cuya inteligencia es de saber que había en aquel tiempo un cura en la iglesia mayor que también se llamaba Bejarano, hombre de tan poca ciencia y letras, que aun el Catecismo no había venido á su noticia; y queriéndolos desengañar á entrambos, les dijo desta manera:

«Muy mal cura el portugués,  
»Bejarano muy mal cura,  
»El uno por la locura,  
»Y el otro que necio es.  
»Si la necedad es cura,  
»¿Qué no será la locura?»

»Era este Bejarano señor de Curaçao y el más raro ingenio que pasó á las Indias; no le hizo ventaja Marcial, cordobés, en epigramas graciosos y de grandes sentencias, como se verá por este otro que referiré suyo, que autor y dichos tan maravillosos lugar tienen en nuestra escritura:

»Habitaban en Santo Domingo dos hombres tan eminentes y experimentados en distinguir y conocer lo bueno de lo malo, que podían ser mojones del rey de copas. Era el uno el Secretario de aquella Audiencia, Nicolás López, y el otro Juan de Triana, vecinos entrambos honrados y bien conocidos. Eran grandes amigos y visitábanse el uno al otro muy de mañana, al salir del sol; y lo primero con que se saludaban era con un copón de vidrio hecho á posta en el horno que allí hay dél, que tenía medio azumbre de porte. Y sucedió que viniendo aquella hora el Bejarano por la plaza grande en frente de las casas del Secretario, vídolos que estaban á la ventana convidándose con el tazón sobre un bocado de salchicha con que se habían desayunado; y viendo el emblema tan bien pintado, parecióle que era justo ponerle la letra al pie, y luego allí en el escritorio del mismo Secretario la hizo de repente y se la envió, que dice desta manera:

«A Nicolás escribano  
»Vi á las seis de la mañana  
»Con un tazón en la mano  
»Esgrimiendo con Triana,  
»Y dice desta manera:  
»¡Á fuera, Triana, á fuera!  
»Que si sois buen bebedor,  
»Mi padre fué labrador  
»*Et ego sum vitis vera.*»

»Nunca supo este hombre decir mentira ni callar verdad aunque fuese á su costa, como lo fué muchas veces; y así, como vido que aquella Audiencia andaba en aquel tiempo mal reformada, y que no guardaban justicia sino al que les guardaba la cara, porque el Angulo y el Cáceres estaban hechos de concierto y llevaban al Chagoya, que era solo, por donde querían, no pudiendo sufrir tanta desorden é insolencia determinó decírselo por enigma, como á buenos entendedores, y fué desta manera:

»Cortó de una hoja de un libro viejo las letras muy al justo, y dividiéndolas por sus repartimientos, como hacen en la imprenta, las fué después pegando sobre otro papel con alquitira, y escribiendo con ellas lo que se sigue:

«Bien se puede llamar juego  
»Do el as vale más que el rey.  
»Prohibido está por ley  
»Que no sea guía el ciego  
»Ni aren con asna y buey.  
»Entre el lobo y cancerbero  
»Arrastrando va el cordero.  
»¡Miserable habitación  
»Do puede más un ratón  
»Que el león bravo cebero!»

»Hecha, pues, la copla de molde con la industria que dicho tengo, porque no fuese posible conocer la letra, la metió en una palma, á manera de requesón, y la dió á un negro bozal que la llevase en la mano como requesón que se vende, y que pasase por las Casas Reales al tiempo que estaban á la ventana la señora Presidenta con otras damas que estaban con ella en visita; y como lo viesen, luego se aficionaron al requesón y enviaron por él á gran priesa, y quitándose al negro, se fué, que no pareció más; y como lo desatasen

»y viesen el porque, que iba de buena letra, lo dieron al Sánchez de  
 »Angulo, su marido, para que se lo declarase; el cual, llamando luego  
 »á los oidores, se lo mostró, y se proveyó que se hiciese terrible y  
 »rigurosa pesquisa sobre ello; y así prendieron todos los poetas, y al  
 »Bejarano entre ellos; y como la letra fuese tan desconocida, nunca  
 »se pudo hallar rastro, que á poderlo hallar no le fuera bien contado;  
 »porque notaba al Angulo de hombre ciego y que no veía lo que  
 »pasaba en su casa y vendía la justicia, que es el Rey, por lo que se  
 »deja asir con la mano; y que él y la señora araban juntos, que es,  
 »que sentenciaban en favor del que mejor se lo pagaba, porque el  
 »Cáceres no hacía más de lo que ella le mandaba; y que llevaban  
 »arrastrando al cordero, que era el Chagoya, que era buen juez y  
 »recto, y así nunca se hacía justicia; y finalmente, que un ratón,  
 »que era la señora, que no tenía tres palmos de cuerpo, que lo más  
 »era corcho, podía más que el bravo y severo (sic) león que allí en los  
 »estrados estaba pintado en las armas reales, que era decir que podía  
 »más que el Rey; por lo cual tenía por desdichados los que allí habi-  
 »taban, como en efecto lo eran; porque el hombre prudente no tiene  
 »de vivir sino donde se guarde justicia y pase rfo por medio del pue-  
 »blo ó arroyo.»

»En el disc. 4.º del lib. II, vuelve Méndez Nieto á tratar de Be-  
 jarano, al recordar algunos rasgos geniales del Ldo. Alonso Mal-  
 donado, Presidente que fué de la Audiencia de la Española en 1552,  
 y después de la de Guatemala, y Adelantado de Campeche, ó de  
 Yucatán, por su mujer D.ª Catalina de Montejo, hija del conquista-  
 dor Francisco y de D.ª Beatriz de Herrera; el cual pasaba por Santo  
 Domingo á su casa de Nueva España, creo que por los años de 1562  
 ó 64, aunque no confío mucho en este cálculo, y no tengo ahora á  
 mano documentos para fijar con seguridad el de la pasada.

«Algunas cosas notables—escribe Méndez—se cuentan y tienen  
 »en memoria deste Adelantado en aquella isla de Santo Domingo.....

»Es, pues, una dellas, que era este hombre tan grave y melancó-  
 »lico, que jamás, en cuanto allí presidió, le vido persona alguna reir,  
 »y si lo iban á visitar cien hombres y á quejarse y pedir justicia otros  
 »tantos, á todos les daba el callar por respuesta, y al mejor tiempo se  
 »levantaba y los dejaba, y subiéndolo en su mula, se iba á la fuente  
 »que dicen del Arzobispo, y esto sin dejarse acompañar de hombre  
 »nacido, si no era de Alonso Hernández Melgarejo, que mañosamente  
 »le había cogido la voluntad y con ella la nao *San Pedro*, que le

»depositó (era de 1.200 toneladas de porte y su cargamento valía  
 »medio millón de pesos); y llevábale un ciego que tañía sinfonía, que  
 »se decía Cieza, y tendiendo allí una alfombra y dos cojines, se re-  
 »costaba y detenía al son del agua y del instrumento hasta la ora-  
 »ción, que se volvía por donde vino. Hizo en aquel tiempo el famoso  
 »Bejarano cierta sátira, que llamó *Purgatorio de amor*, en la cual,  
 »por lindo estilo poético ensartó los principales personajes de aquella  
 »ciudad, trayéndoles á la memoria sus faltas y públicos defectos, para  
 »que se enmendasen, y entre ellos á este Presidente, que á la sazón  
 »allí era (empezó á serlo á principios de 1552), diciendo de esta  
 »manera:

«También vide á Maldonado,  
 »Licenciado y Presidente,  
 »Á la sombra de una fuente  
 »Descuidado del cuidado  
 »Que el Rey le dió de su gente;  
 »Y al son de una gynfonía,  
 »Que Cieza el ciego tañía,  
 »Cantaban los Melgarejos;  
 »Gritos dan niños y viejos  
 »Y él de nada se dolía.»

FR. ANTONIO DE CALANCHA.

«Historia | Del Celebre | Santuario de | Nvestra Señora de Copacabana, y sus Milagros, è Inuencion de la | Cruz de Carabuco. | A Don Alonso Bravo de Sarabia y Soto | mayor del Abito de Santiago, del Consejo de su Magestad, Consultor | del Santo Oficio, y Oydor de Mexico. | Por el P. J. Alonso Ramos Gavilan, Pre- | dicador, del Orden de N. P. S. Agustin. | Año (Escudete gr. en mad. con el emblema augustiniano) 1621. | Con licencia en Lima; Por Geronymo de Contreras.

1, 4.º-VIII-432, IV fs. fin.

»En el último de los fs. de principios, al pie de un grab. en mad. que representa la Virgen de Copacabana, hay estas dos quintillas compuestas por Fr. Antonio de la Calancha y dedicadas á Fr. Alonso Ramos:

«Dos milagros más verán  
 »En tu obra peregrina,  
 »Donde en toda paz están  
 »Vna Paloma diuina  
 »En manos de vn Gauilán.

- »Y porque el otro veamos
- »Para gloria más crecida,
- »En Autor y libro hallamos
- »Al fruto, y árbol de vida,
- »Colgado de vuestros Ramos.»

»En los dos últimos folios del fin de la obra hay más poesías, que no tuve la advertencia de copiar. Quizá alguna de ellas sea de autor boliviano. Ahora creí que podía averiguarlo; pero no es el *Santuario* de Gavilán el que ha parecido, sino otro que ya conocía.

»En la rarísima 2.<sup>a</sup> parte de la Crónica del P. Calancha, consta que nació en 1584 en la ciudad de la Plata, y que murió el 1.<sup>o</sup> de Marzo de 1654 de una apoplejía. Era hijo del capitán Francisco de la Calancha y de D.<sup>a</sup> María de Benavides.

»Sé por carta suya que tenía una hermana monja en la Encarnación, de Lima, y del mismo nombre que su madre.»

## ÍNDICE.

### INTRODUCCIÓN.

	Páginas.
XII.—Chile .....	V
XIII.—República Argentina .....	LXXXIX
XIV.—Uruguay .....	CCV

### CHILE.

<i>El Licenciado Pedro de Oña.</i>	
Arauco domado—Canto quinto.....	5
<i>D.<sup>a</sup> Mercedes Marín del Solar.</i>	
Canto Fúnebre.—Á la muerte de D. Diego Portales.....	33
Soneto.—Á la sepultura del Sr. D. Manuel Vicuña, primer Arzobispo de la Iglesia chilena.....	42
<i>D. Salvador Fuentes.</i>	
El Campanario.—Canto primero.....	45
<i>D. Hermógenes de Irisarri.</i>	
La mujer adúltera.....	67
<i>D. Martín José Lira.</i>	
Soneto.—Caída del Sol en el mar.....	79
<i>D. Domingo Arteaga Alemparte.</i>	
Oda al amor.....	83

- »Y porque el otro veamos
- »Para gloria más crecida,
- »En Autor y libro hallamos
- »Al fruto, y árbol de vida,
- »Colgado de vuestros Ramos.»

»En los dos últimos folios del fin de la obra hay más poesías, que no tuve la advertencia de copiar. Quizá alguna de ellas sea de autor boliviano. Ahora creí que podía averiguarlo; pero no es el *Santuario* de Gavilán el que ha parecido, sino otro que ya conocía.

»En la rarísima 2.<sup>a</sup> parte de la Crónica del P. Calancha, consta que nació en 1584 en la ciudad de la Plata, y que murió el 1.<sup>o</sup> de Marzo de 1654 de una apoplejía. Era hijo del capitán Francisco de la Calancha y de D.<sup>a</sup> María de Benavides.

»Sé por carta suya que tenía una hermana monja en la Encarnación, de Lima, y del mismo nombre que su madre.»

## ÍNDICE.

### INTRODUCCIÓN.

	Páginas.
XII.—Chile .....	V
XIII.—República Argentina .....	LXXXIX
XIV.—Uruguay .....	CCV

### CHILE.

<i>El Licenciado Pedro de Oña.</i>	
Arauco domado—Canto quinto.....	5
<i>D.<sup>a</sup> Mercedes Marín del Solar.</i>	
Canto Fúnebre.—Á la muerte de D. Diego Portales.....	33
Soneto.—Á la sepultura del Sr. D. Manuel Vicuña, primer Arzobispo de la Iglesia chilena.....	42
<i>D. Salvador Fuentes.</i>	
El Campanario.—Canto primero.....	45
<i>D. Hermógenes de Irisarri.</i>	
La mujer adúltera.....	67
<i>D. Martín José Lira.</i>	
Soneto.—Caída del Sol en el mar.....	79
<i>D. Domingo Arteaga Alemparte.</i>	
Oda al amor.....	83

REPÚBLICA ARGENTINA.

	Páginas.
<i>D. Juan Cruz Varela.</i>	
El 25 de Mayo de 1838 en Buenos Aires.....	91
<i>D. Florencio Varela.</i>	
La Concordia.....	99
<i>D. Ventura de la Vega.</i>	
Imitación de los Salmos.....	105
El Canto de la esposa.—Imitación del <i>Cantar de los cantares</i> ....	108
Á mis amigos.....	111
Á la reina gobernadora D. <sup>a</sup> Maria Cristina de Borbón, visitando el Liceo Artístico y Literario de Madrid.....	113
Á D. Mariano Roca de Togores, en la muerte de su esposa.....	116
Orillas del Pusa.....	121
Al Excmo. Sr. Conde de San Luis, por la creación del Teatro Español.....	126
Al Excmo. Sr. Marqués de Molins.....	128
Oda.—La paz.—Al nacimiento del Príncipe imperial de Francia.	131
Himno á Luperco. ( <i>La muerte de César</i> , acto III, escena IX.)....	132
<i>D. Esteban Echeverría.</i>	
Avellaneda.—Canto primero.....	137
El Angel caído. (Fragmento.).....	141
El Poeta enfermo.....	146
Contestación.....	148
Crepúsculo en el mar.....	150
Mi destino.....	152
Himno al dolor.....	154
La ausencia.....	162
La Diamela.....	164
La lágrima.....	164
Último canto de Lara.....	166
Á mi guitarra. (Fragmento.).....	173
La Cautiva.—Primera parte.—El desierto.....	175
— Segunda parte.—El Festín.....	181
— Tercera parte.—El puñal.....	189

	Páginas.
— Cuarta parte.—La alborada.....	199
— Quinta parte.—El pajonal.....	202
— Sexta parte.—La espera.....	207
— Séptima parte.—La quemazón.....	210
— Octava parte.—Brián.....	216
— Novena parte.—María.....	225
— Epilogo.....	235
Á la juventud argentina.....	238
Á D. Juan Cruz Varela, muerto en la expatriación.....	246
<i>D. Juan Maria Gutiérrez.</i>	
Á mi caballo.....	257
Amor del desierto.....	260
Recuerdo.....	261
<i>D. José Mármol.</i>	
Los trópicos. (Fragmentos de un poema manuscrito, <i>El Peregrino</i> .).....	265
Las nubes. (Fragmento de <i>El Peregrino</i> .).....	269
Á Rosas, el 25 de Mayo.....	276
A***.....	287
Sueños.....	293
Al Sol.....	296
Ráfaga.....	298
Rosas, el 25 de Mayo de 1850.....	300
<i>D. Olegario Victor Andrade.</i>	
Atlántida.—Canto al porvenir de la raza latina en América.....	307
Prometeo.....	322
Á Victor Hugo.....	338
El nido de cóndores.....	346
<i>D. Carlos Encina.</i>	
Canto al arte.....	357
<i>D. Francisco Acuña de Figueroa.</i>	
Letrilla satírica.....	369

	Páginas.
Himno al Sol, en el aniversario de Mayo de 1844.....	374
Oda.—La escarlatina.....	384
Oda.—La madre africana.....	389
Letrilla satírica.—El hombre de importancia.....	390
Canción secular de Horacio (traducida y publicada para solemnizar las fiestas nacionales de la Constitución, en su aniversario del 4 de Octubre de 1834).— Á Febo y Diana.....	393
<i>Super Flumina Babilonis.</i> —Salmo.....	398
Oración del profeta Jeremías.....	400
Epigramas.....	406
<i>D. Bartolomé Hidalgo.</i>	
Relación que hace el gaucho Ramón Contreras á Jacinto Chano, de todo lo que vió en las fiestas mayas de Buenos Aires, en el año de 1822.....	425
<i>D. Adolfo Berro.</i>	
El azahar.....	437
El esclavo.....	438
Á la muerte.....	441
Al jazmin.....	442
La Virgen bañándose.....	444
Á una estrella.....	446
Mañanas de estío.....	447
<i>D. Alejandro Magariños Cervantes.</i>	
Ondas y nubes.....	457
<i>Nota final.</i> .....	461

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



